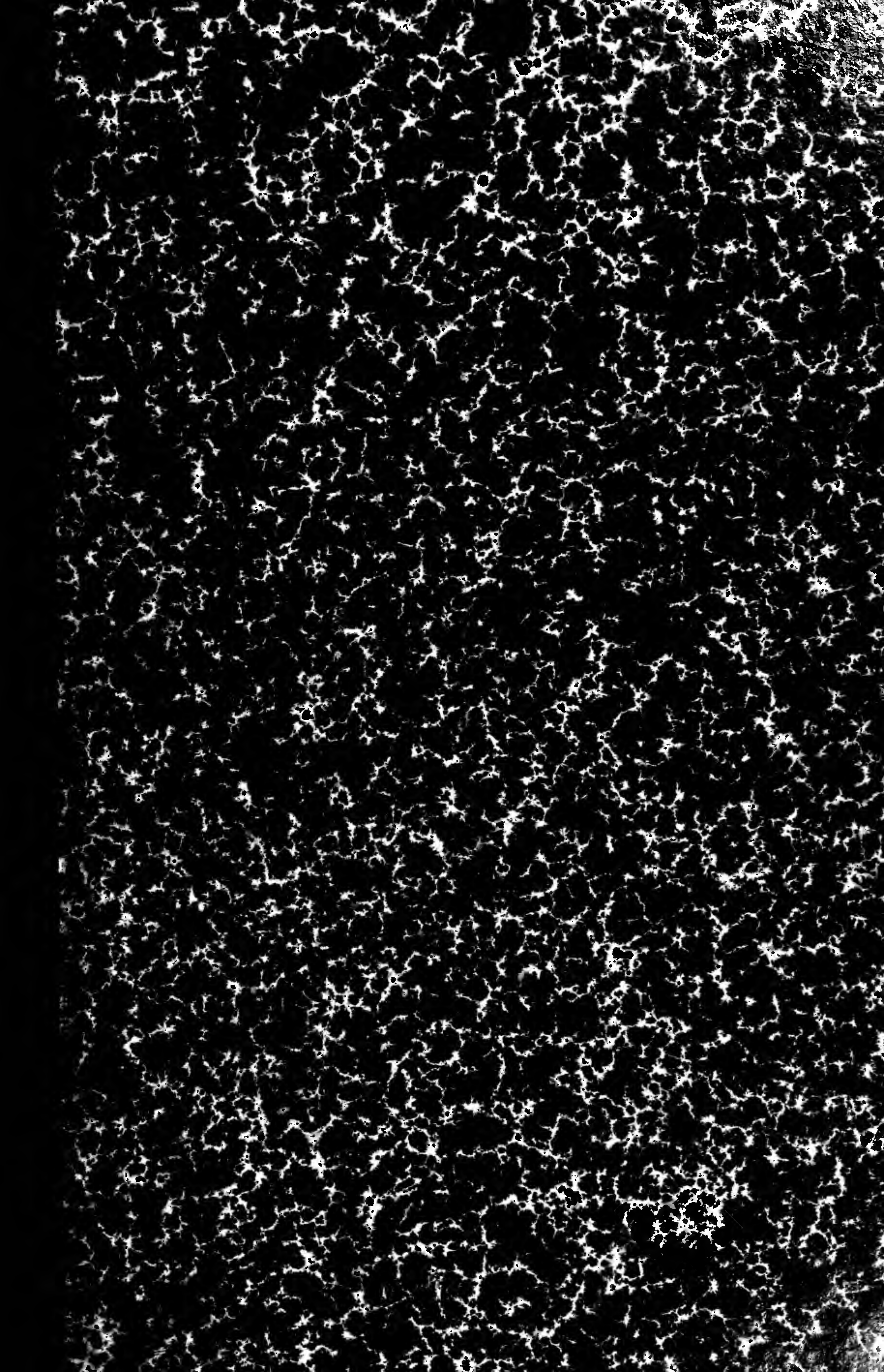
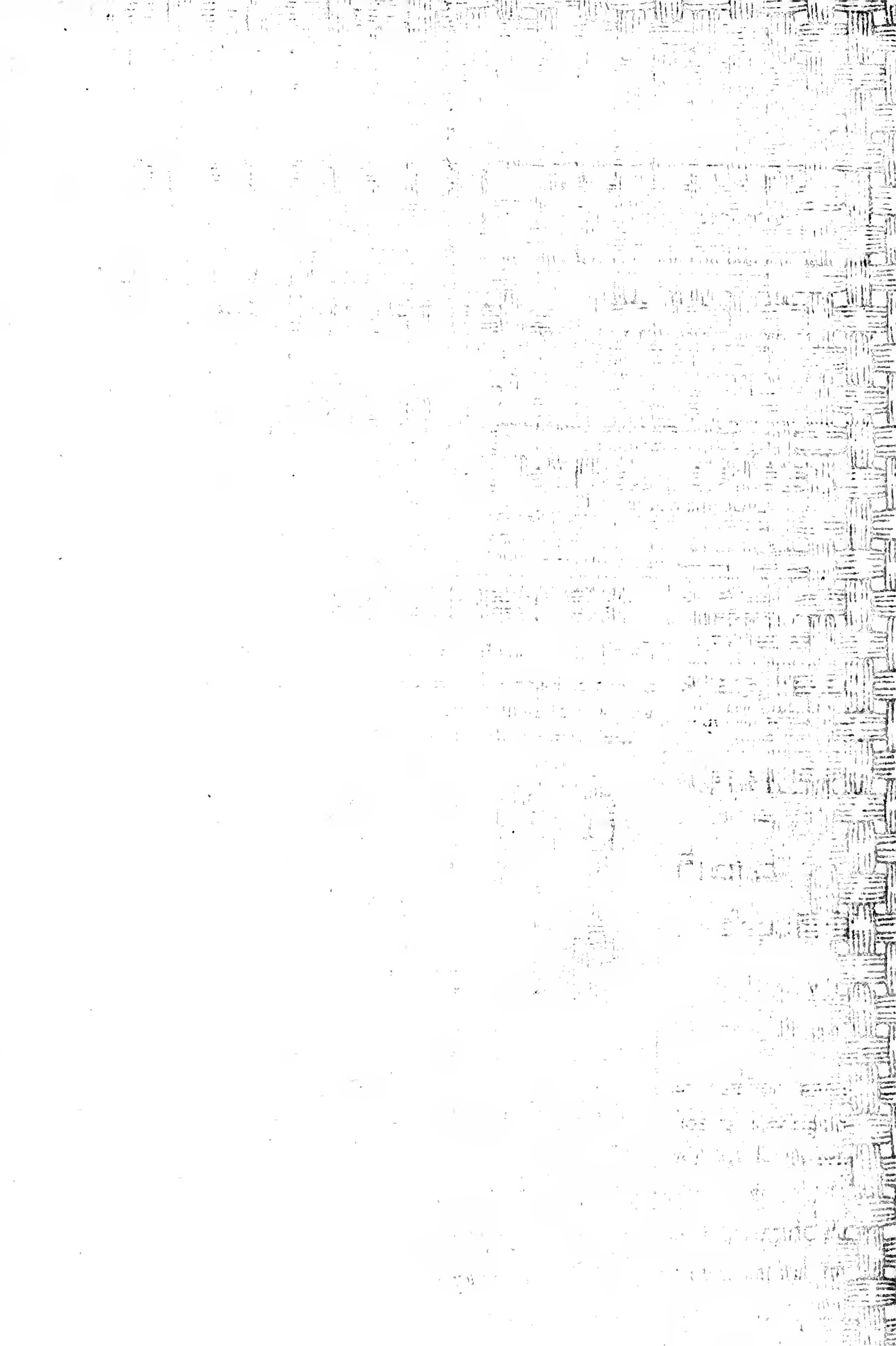






Badillo dibujó. J. Laurent y C.ª

Fernando F de Cordova

MIS

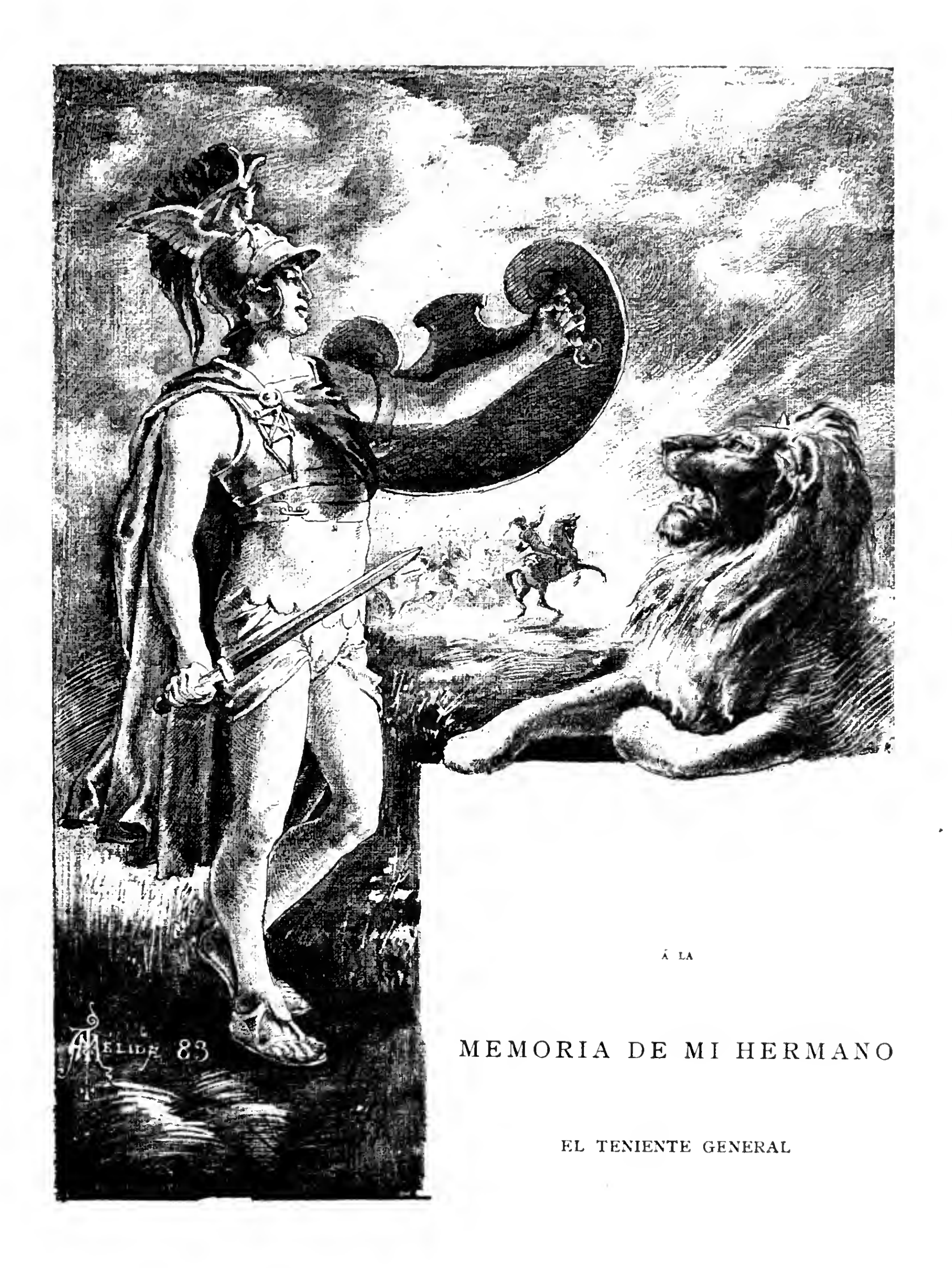
POR EL TENIENTE GENERAL

DON FERNANDO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA



MADRID

IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20



Á LA

MEMORIA DE MI HERMANO

EL TENIENTE GENERAL

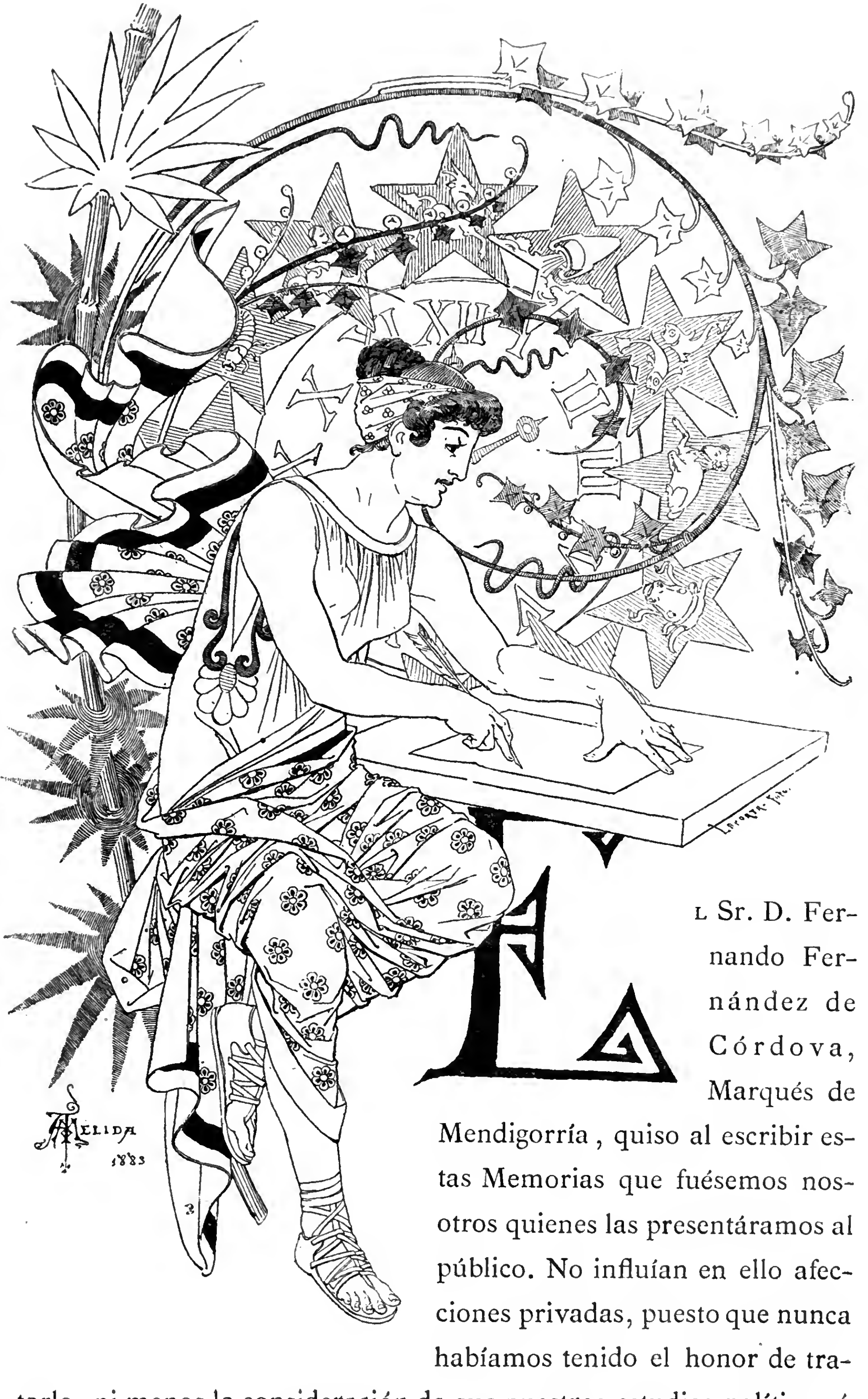
Madrid. — 1881.

FERNANDO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA

MARQUÉS DE MENDIGORRÍA.

POR

D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



El Sr. D. Fernando Fernández de Córdova, Marqués de Mendigorría, quiso al escribir estas Memorias que fuésemos nosotros quienes las presentáramos al público. No influían en ello afecciones privadas, puesto que nunca habíamos tenido el honor de tratarlo, ni menos la consideración de que nuestros estudios políticos ó militares nos hubiesen dado autoridad para abrir unas páginas como

las que contiene esta obra: fué un capricho de anciano, una súplica de escritor, á cuyo influjo no pudimos ni debimos sustraernos. La muerte del general Córdova dejó en suspenso, sin embargo, nuestra promesa, y acudimos á su familia para advertirle que en esta nación donde abundan hombres políticos eminentes, que á su cualidad de tales reunen la de insignes escritores, y hombres distinguidos de guerra, que así manejaron en su juventud la espada como en la edad viril manejan la pluma, debían escoger alguno de ellos para desempeñar el honorífico encargo del Marqués. Pero la familia, bien sea por piadoso respeto, bien por benévola aunque equivocada distinción, hubo de insistir en el propósito de su jefe, y hénos aquí obligados á poner prólogo en un libro de historia contemporánea, de ciencia política y de arte militar, á nosotros que no somos ni militares, ni políticos, ni historiadores.

El general Córdova tuvo indudablemente una idea al demostrar su empeño. Había vivido desde sus primeros años en las luchas de la política, en las turbulencias de la guerra, en los azares de la gobernación del Estado; y ya á su vejez, cuando la fatiga moral y material iba rindiendo sus bríos, desengañándole de todo é imposibilitándole para todo, sólo halló consuelos á su ánimo en el cultivo de las letras. Nos parece aún estarle viendo en su despacho de la calle de Alcalá, mostrando por encima del bufete de estudio, medio cuerpo ágil y hermoso todavía, envuelto entre papeles, libros y legajos, con cara sonriente y verbosidad propia de quien disfruta un período feliz; olvidándose quizá de que el otro medio cuerpo, presa de la parálisis, desconcertaba aquella arrogante figura que tanto cautivó y que era entonces cautiva de sus padecimientos. Nada en él revelaba una situación de angustias y dolores: llamando de continuo á las puertas de su memoria para que apareciesen los hombres y los hechos que había de referir ó retratar, tenía esa cara placentera del que evoca recuerdos y le acuden; pues las esce-

nas recordadas, aunque aludan á asuntos desagradables, gozan el privilegio de producir el regocijo del hallazgo. Córdova escritor prescindía del Córdova enfermo; y así como la impotencia mezclada á la ociosidad le hubiera amargado el espíritu conduciéndole tal vez á la desesperación, la impotencia de sus acciones, contrastada por la actividad de su numen, le mantenía gozoso y resignado. Todas sus grandezas de hombre público, de ministro, de general en jefe, las trocaba ahora por una página de Melo, por un capítulo de Solís ó por una empresa de Saavedra Fajardo. Vivía en la literatura más aún de lo que había vivido en la política ó en las armas, gustando de tratarse con escritores y artistas, discurriendo largas horas sobre asuntos de imprenta y publicidad, embelesado por la ilusión literaria, que es sin disputa la primera de las ilusiones. Por esto quizá arrostró sereno la dolencia de sus últimos años; quizá por esto eligió á un hombre de letras para presentar su libro.

Tienen las Memorias una ventaja sobre los demás productos de la imaginación, y es que el argumento de ellas está formado. Los planes de una obra de esta especie, así como su desarrollo, residen en el alma del escritor sin fatigosas lucubraciones de ingenio ni prolijos estudios retóricos; así es que la pluma corre sobre el papel, como corría la del general Córdova, y produce páginas interesantes, aun no siendo el que la maneja artista ni literato. Basta con que conserve frescura en los recuerdos y que use sinceridad en la narración, para que esa crónica privada adquiera los caracteres de documento público; basta, sobre todo, con que el cronista haya influído de una manera directa en los asuntos de su país, para que sus revelaciones sean útiles á la Historia. Si entre los hombres notables de nuestra España hubiera sido más común, ó fuese en adelante, el dedicar la vejez á referir su vida, no sería tan menguado nuestro caudal histórico, ni tan susceptible de juicios diferentes la apreciación de hechos que anublan ó deslucen nuestros anales patrios.

Se tildarán tal vez las Memorias de contener un exclusivismo exagerado. Cierto es que los autores de ellas se sitúan en un punto desde el cual describen un círculo cuyos radios convergen á su exclusiva personalidad. Los sucesos que cuentan ó la época que pintan parecen referirse á ellos solos, y como si las demás personas que los rodean fuesen auxiliares decorativos; pero seméjanse en esto al vigía que reconoce un campo hasta el límite sensible de su horizonte, y si la Naturaleza le ha negado más alcance, no por ello resulta estéril su inspección ocular, pues sumando sus observaciones con las de otros vigías resulta el conocimiento exacto de toda una comarca.

Debe, pues, generalizarse la costumbre entre los hombres públicos, cultiven ó no las letras, de consignar los hechos de su vida antes de abandonarla, para que las lecciones que ellos mismos reciben puedan aprovechar á otros, y para que la Historia vaya nutriéndose de datos auténticos, indispensables después en su composición. Sirven además las Memorias como de examen de conciencia al que las escribe, en el que sus propios juicios suelen ser más severos que los de los extraños, y donde si la defensa se extrema á veces, este vicio se neutraliza con el apasionamiento no siempre justificado de los contradictores. Aun cuando el que redacta su autobiografía no hiciese otra cosa que revelar noticias secretas ó aducir documentos desconocidos, sería ya grande su valor histórico, y tanto más si se atiende á que en todo alegato puede aprenderse mucho, por desesperada que sea la causa defendida.

El Marqués de Mendigorría no adolece en sus Memorias de un personalismo exagerado, ni disculpa sus propias faltas con las faltas ó torpezas de los demás. Lejos de esto, se juzga imparcialmente á sí mismo, confesando sus errores cuando en ellos incurre, y enalteciendo el valer de sus camaradas, de sus jefes ó de sus adversarios en cuantas ocasiones se lo brinda la narración. Descuellan,

sobre todo, en las páginas que van á leerse, cualidades que avaloran al hombre y al caballero. La ternura con que recuerda á sus padres; el amor idólatra que siente por su hermano mayor, y los consejos de virtud y honradez que dirige á sus hijos, son prueba de que los dulces afectos del alma no se habían extinguido en él con las rudezas del soldado.

Puede decirse que la primera parte de estas Memorias no se refieren á D. Fernando, sino á D. Luis Fernández de Córdova, al insigne general que ocupa con su nombre los comienzos de nuestra desdichada guerra carlista. El autor se esconde tras la figura de su hermano, de quien apenas le separa la edad, pero á quien concede absoluta supremacía en prendas y aptitudes. Subordinado á él, mirándose en él, siguiéndole en sus acciones y estudiándole en sus pensamientos, se vanagloría de servir de satélite al que conceptúa astro de la milicia y sol de aquel turbulento período histórico. Nunca como ahora será conocido el guerrero diplomático que á contar con más larga vida, hubiese formado época en los anales de nuestra patria.

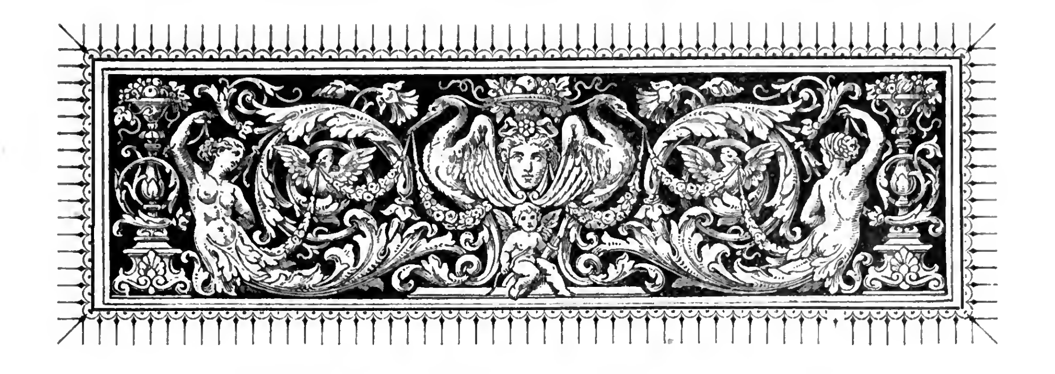
Justicia igual distribuye el general Córdova entre los personajes con quienes se ha cruzado en su larga carrera militar y política. Parco en las censuras y benévolo en los encomios, ni las primeras traspasan el límite de la urbanidad, ni los segundos se contienen en la reserva de la emulación. Al referir lo que sabe y exponer lo que ha visto, emplea los respetos de una hidalga pluma, hasta el punto de que por su encargo especial no ha de publicarse el último tomo de estas Memorias, pues aludiendo á tiempos muy cercanos, temió que se le motejara de inconveniente. Con el advenimiento al trono del Rey D. Fernando VII comienza su narración, y con el reinado de D.ª Isabel II acaba: si más adejante sus hijos consideran oportuno dar á luz el resto de la obra, ellos lo decidirán.

Por hoy, y volviendo á nuestras palabras de antes, presentamos

al público las MEMORIAS INTIMAS del Marqués de Mendigorría, más con anuncio de editor que con prólogo de crítico. La ilustre Academia de la Historia, en el luminoso informe que sigue, ha dicho con autoridad mucho más de lo que nosotros podríamos decir sin competencia. Cúmplenos sólo agradecer al noble difunto la distinción que nos dispensó, y á su cariñosa familia el haber confirmado tan honorífico como inocente empeño.

Madrid, 1.° de Mayo de 1886.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



INFORME

ELEVADO AL

DIRECTOR GENERAL DE INSTRUCCION PUBLICA

POR LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

SOBRE

LAS CUALIDADES DEL PRESENTE LIBRO.

EXCMO. SEÑOR:

La Real Academia de la Historia ha examinado el manuscrito del general D. Fernando Fernández de Córdova, Marqués de Mendigorría, titulado *Mis Memorias íntimas*, que V. E. ha remitido á informe de este Cuerpo literario. Dividió el autor sus *Memorias* en dos partes, y la primera de ellas empieza con los años de su más tierna juventud, después de haber citado con justo elogio las más ilustres acciones de sus abuelos, y muy en particular las de su padre, oficial bizarro que en una de las provincias sublevadas en América, á principios de este siglo, perdió noblemente la vida por la patria en la plaza del Potosí, donde fué fusilado por los rebeldes á 10 de Diciembre de 1810. Acaba esta primera parte en el capítulo XX, al tiempo de emigrar D. Fernando de Córdova á Portugal después de los sucesos del 7 de Octubre de 1841, que tan triste desenlace tuvieron, y desde este mismo punto arranca la narración de la segunda parte, distribuída en treinta capítulos, que terminan en 1849, con el mando del autor en Cataluña, cuando por orden del Gobierno fué á reemplazarle el Marqués del Duero. Acaso las Memorias que dejó el autor escri-

tas se extiendan más y abracen un período posterior; para las dos partes dichas son las únicas que han sido remitidas al examen de la Academia, y, por consiguiente, las únicas á que este informe se refiere; cumpliendo añadir que la primera de ellas, que alcanza hasta 1841, ha visto ya la luz pública en un periódico semanal, titulado *La Ilustración Española y Americana*, aun cuando en forma un tanto desordenada. Ahora se trata de reimprimirla, corrigiendo este defecto, juntamente con la continuación ya dicha y con algunas adiciones de notas ó apéndices que merecen particular atención.

Están consagrados los siete primeros capítulos (que por cierto no son los menos curiosos del libro) á los tiempos de Fernando VII y de la juventud del autor, ocupando en ellos la política un lugar subalterno, y otro más principal escenas de la milicia, en las cuales figura Córdova como oficial subalterno de la Guardia Real, si bien ya bastante conocido por sus relaciones de familia, por su gallardía y por aventuras que le ganaron cierta especie de notoriedad, y que son conducentes para la verdad del cuadro y para pintar las costumbres de la época, retratadas con plausible ingenuidad. Es de suponer que no fueron escritas estas páginas sino muchos años después; pero, como sucede frecuentemente, tales recuerdos de la edad temprana se reproducen en la memoria con todo el verdor y lozanía de la juventud, que agradan y embellecen los objetos, y no sin gran ventaja para el que las escribe, para los lectores y para el período referido.

Es de notar que en cada período de estas *Memorias íntimas* renace el autor con la edad que entonces tenía y con las ideas que á la sazón reinaban, como, por ejemplo, realistas en tiempo de Fernando VII, viniendo á resultar de la sincera y variada sucesión de las mismas una de las más atractivas enseñanzas de esta lectura. Es justo clasificar entre los capítulos más importantes los que se refieren al espacio que medió entonces entre la primera enfermedad del Rey y su muerte, aun cuando no suministra muchos datos interesantes acerca de lo ocurrido en Madrid y en la Granja. Pero es muy curioso é históricamente interesante cuanto el autor cuenta acerca de lo acaecido por aquellos días en Portugal, donde había ido con carácter de ayudante y agregado de la Legación que en señal de particularísima confianza había sido confiada por Fernando VII á su hermano D. Luis, encontrándose allí en presencia del infante Don Carlos, que había salido de Madrid como desterrado. De aquella rama de la Real familia habían recibido los Córdovas atenciones y favores á que estaban muy reconocidos; pero mediaban deberes tales, que á todos se sobreponen, y por fuerza había de ocurrir uno de esos rompimientos, tanto más estrepitosos cuanto más apretados son los nudos que se necesita romper. Desde el primer día ocurrieron encuentros y lances desagradables, que llegaron al más alto punto al recibirse en Lisboa noticia de haber muerto el rey D. Fernando y al declarar el Infante que estaba resuelto á sostener los derechos que él creía asistirle. El enojo de D. Carlos contra los Córdovas, los de la infanta Doña Francisca, su esposa, y sobre todo el de la Princesa de Beira, primero en Lisboa, luego en Cintra, de donde huyó el Infante para sustraerse á la vigilancia del joven agregado

militar; después en Coimbra, donde logró alcanzarle este último, en Yelves, y, por último, en el palacio episcopal de Castelbranco, donde había fijado su residencia aquel Príncipe, ya en rebelión abierta contra el Gobierno de Madrid, dieron lugar á escenas referidas rápidamente, con donaire y naturalidad propias del estilo en que se deben escribir las Memorias. Lo mismo se pudiera decir de otros varios capítulos, si permitiera reseñarlos el límite á que debe ceñirse este informe. Los siguientes abrazan la narración de las interesantísimas campañas de nuestra guerra civil, desde que llegó el autor á las provincias del Norte, precediendo á su hermano D. Luis, de quien fué después ayudante, hasta que este último se separó del ejército, cuyo mando había desempeñado con tan brillante éxito, retirándose á Francia después de la revolución de la Granja; y ésta es la parte más animada é interesante de toda la obra.

Apartado ya del teatro de la guerra el escritor de las *Memorias*, consagra algunos capítulos á la relación de los sucesos más graves que presenció después de su vuelta á Madrid, donde había de ser su principal cuidado defender el nombre y la reputación de quien era para él, además de hermano, objeto de una especie de culto, y á quien tenía que defender contra sus émulos y enemigos, que no dejaban de ser numerosos, obligándole este empeño á varias contiendas con escritores y periodistas, de lo que salió airoso por el alternado empleo de la bizarría ó de la maña, según lo refiere con detención y no poca complacencia. La sublevación (en 30 de Noviembre de 1836) del 4.º regimiento de la Guardia; el famoso y terrible desafío que por aquellos días tuvo lugar entre el capitán Manzano y el general Seoane, que resultó gravemente herido, y más adelante el peligroso trance en que se vió la población de Madrid (en 13 de Septiembre de 1837), cuando llegaron hasta las tapias del Retiro las tropas del Pretendiente y de Cabrera, fueron acontecimientos de muy diversos grados de importancia pero todos de mucho ruido, con carácter significativo, que da á conocer el de los tiempos en que ocurrieron.

Pocos viven ya de los que pudieran tener de ellos cabal conocimiento, y es buena fortuna que los haya referido quien asistió á ellos ó como testigo, ó como mediador no sin riesgo, ó como oficial superior con mando de fuerza. Los de Sevilla, á fines del año siguiente de 1838, encierran todavía dudas y misterios que nunca conocerá con exactitud la Historia, como no los refiera alguno completamente iniciado de las causas de donde dimanaron. No podía ser muy completa la narración de Córdova, que no asistió á ellos, ni podía ser desapasionado, obstando para ello los más naturales afectos. Pero merece ser leída con detención la defensa que en las *Memorias* se hace de los dos ilustres personajes (D. Luis Fernández de Córdova y D. Ramón Narvaez) que desempeñaron el papel de protagonistas en aquel extraño drama, cuyas consecuencias no fueron leves y pudieron ser muy trascendentales.

Los últimos á que alcanza la parte primera de las *Memorias* son los tan conocidos y tan importantes del pronunciamiento de Septiembre de 1840 y del de 7 de Octubre de 1841 en Madrid. Á estos últimos asistió el autor dentro del Real Palacio, á donde le condujo la ansiedad que no podía menos de excitar en su alma aquel trágico epi-

sodio de nuestras revoluciones, aunque no había tomado parte en los trabajos de la conspiración, según él mismo asegura. Su presencia en medio del combate le permitió describirlo con la claridad y el calor que nunca faltan en sus narraciones; pero también dió lugar á otra consecuencia personal y muy desagradable, y fué la de verse obligado á emigrar.

En cuanto á la segunda parte de las *Memorias*, sería obra enojosa enumerar ni aun los principales acaecimientos que su narración comprende, empezando con la del viaje del autor de ellas á Portugal como emigrado, y de allí, con el mismo carácter, á París, de donde volvió después á España por Cataluña al estallar la contrarrevolución de 1843, en que tomó muy activa parte. Desde aquél, y durante los años siguientes, tan intensamente mezclado se encuentra su nombre con todos los sucesos militares y aun con muchos civiles, que le ha sido rara vez posible en su autobiografía pasar por alto ninguno de ellos, por lo que parece tan excusado su análisis como aprovechada puede ser la lectura. Desde los sucesos de Sevilla, ya mencionados, varía en cierta manera el carácter de estas curiosísimas *Memorias;* cambio que se nota muy particularmente en la segunda parte, que es por lo que merecen el nombre de *Póstumas*, no habiendo sido publicadas en vida del autor. De ninguna manera les perjudica esta alteración en cuanto á la fundada curiosidad y vivo interés que su lectura provoca; pero sí suscita cierta escabrosidad para el encargo confiado á la Academia, pues que, en primer lugar, desde que se aproxima la narración al día presente, empieza á recaer sobre materias que se enlazan más estrechamente con los que todavía apasionan á los partidos políticos. Sucesivamente mueren ó desaparecen las personas que figuraban en las *Memorias* al hablar de los tiempos de Fernando VII y de los primeros del reinado de su hija, y al mismo compás se van presentando en el teatro real de la vida y en este libro otras que todavía no han fallecido, que gozan acaso de cierta madurez que no estorba á su importancia, y que han de sentir cierta sorpresa al verse juzgadas por una voz que sale del fondo de una tumba; si no ellas, cuando menos viven sus hijos, sus amigos y sus más allegados parientes. Por otra parte, desde el punto ya señalado cambia la posición del autor; empieza éste á desempeñar un papel más principal en los sucesos, y están á su alcance todos los secretos del drama político, de donde nace que sus revelaciones son más curiosas y picantes; pero también le incumbe mayor suma de responsabilidad en los sucesos, de donde resulta que no pueden aceptarse á ojos cerrados sus juicios, con la confianza que sólo inspira el desinterés absoluto. Al decir esto no se pretende suscitar duda acerca de su imparcialidad, que en muchos pasajes de las *Memorias* es digna de aplauso. Pero tales como queda dicho han sido siempre, desde los días remotos de Jenofonte y de César, las ventajas é inconvenientes de los libros en que narran los hombres más ó menos célebres sus propios hechos, y con desconfianza ó sin ella, el público ha leído siempre atentamente sus relaciones autobiográficas ó memorias, con tanta mayor avidez cuanto más grande ha sido la franqueza y aun la indiscreción de las revelaciones.

Además, en tales escritos no aparecen los hechos desnudos, sino acompañados de

conjeturas y comentarios que son indispensables para su interpretación y cabal conocimiento; y de tal manera abundan en estas curiosas é interesantes *Memorias*, que no es fácil que acerca de todos ellos concuerden las opiniones de personas distintas, siendo de presumir que en muchos difieran, por la diversidad de las doctrinas, de los temperamentos ó de los puntos de vista. Pero sea de esto lo que quiera, la obra mencionada contiene materiales que pueden ser de mucho provecho para la historia política de una extensa parte del siglo XIX en España. No han sido los naturales de este suelo tan inclinados á hablar de sí mismos como los de otros países, ni á escribir memorias, cuyo ramo de literatura histórica no ha sido, por consiguiente, tan cultivado y abundante como otros varios. Por lo mismo crece el valor de las pocas que han sido escritas, y crece en proporción de la notoriedad de sus autores, del papel que han hecho durante su vida, y en proporción misma de la reserva que han guardado, bajo cuyos diferentes aspectos se recomienda el libro á que este dictamen se refiere, y cuyo autor nada calla de lo que es concerniente á los actos y al carácter de los hombres políticos, si bien se muestra escrupulosamente circunspecto en lo que atañe á la vida privada de estos mismos personajes.

Nada se ha dicho aún acerca del estilo y método del autor, cuya obra aparece redactada sin pretensiones literarias ni artísticas, con las cuales sin duda hubiese ganado, aun cuando tal vez perdiera el tono sencillo y natural de franca narración que la distingue, y que es por su claridad y llaneza el que mejor cuadra á este género de escritos.

Era el general Córdova muy aficionado al estudio, sobre todo, de historias de campañas y de otros libros militares; vivió en contacto frecuente con personajes activos de la política y milicia; de buen trato social, pero poco aficionado á refinamientos y perfiles literarios, y cuyo lenguaje habitual es el que emplea en su libro al correr de la pluma, con lo que añade color de realidad á recuerdos y diálogos, y es de notar la vida que da á su cuadro.

Como era natural, tanto en la primera parte ya publicada, como en la segunda de dichas *Memorias*, ocupa cierta parte la política, en el sentido común y estrecho que suele darse á esta palabra, es decir, la lucha de los partidos por el mando. Pero el período que abraza comprende sucesos y cambios de indecible trascendencia, para cuya recta apreciación contienen datos interesantes en materias públicas, ó secretos conocidos, ó misteriosos, si bien se omite todo lo más vulgar ó manoseado. Contienen además capítulos muy curiosos, consagrados á la descripción de las costumbres y vida social en diferentes períodos, y otros también, como puede suponerse, no poco estimables, consagrados á la organización del ejército y otras materias militares, acerca de lo cual, según opinión general, era el Marqués de Mendigorría sujeto muy versado y experto.

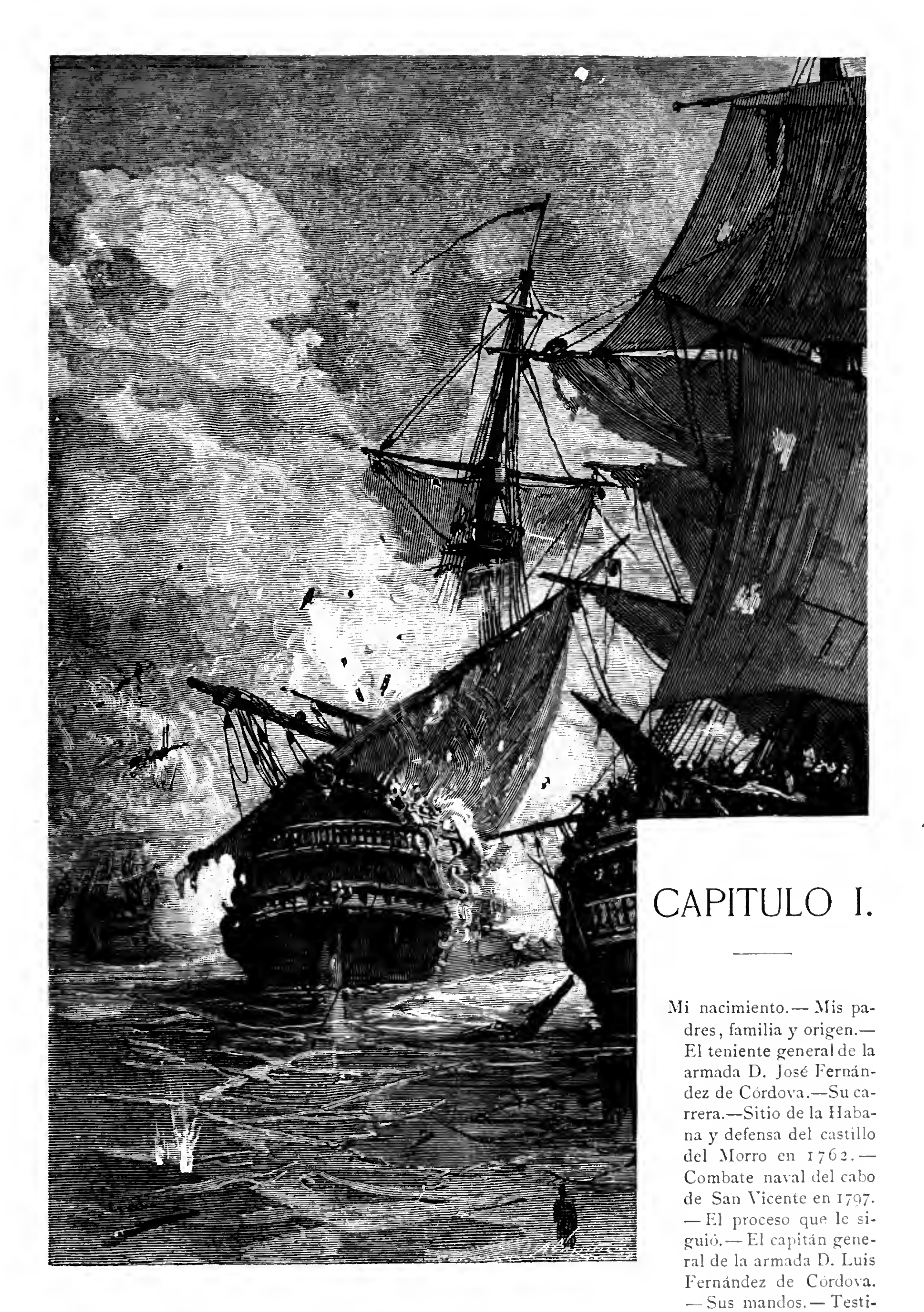
Es de notar una circunstancia que acrece el valor y atractivo de estas *Memorias*. Entre los que han cultivado igual género de literatura, no siguieron todos un método idéntico, siendo muchos los casos en que el autor, al juzgar á los personajes á quienes

conoció y los sucesos en que ha mediado, los ensalza ó deprime según el postrer y definitivo criterio del tiempo en que escribió su propia biografía, y no afirmará la Academia en términos absolutos que no haya en la *Memoria* algún párrafo que responda á este mismo sistema. Pero, por punto general, es más meritoria la ingenuidad del autor, pues en cada ocasión juzga á los personajes y sus hechos sin disimulo superfluo, con arreglo á las ideas, á las prevenciones y á los sentimientos que á él mismo animaban por los años á que su narración se va refiriendo. De donde resulta que como atravesó por tantas épocas distintas durante su larga y accidentada vida; como desempeñó tan altos empleos; como frecuentó la sociedad más selecta y aristocrática; como estuvo en perpetuo contacto con muchos de los más poderosos é influyentes personajes españoles de su siglo, sin que por eso dejase de alternar con todas las clases de la nación y del ejército; y sobre todo, como no se envuelve por exceso de discreción en nebulosidades y subterfugios, resulta que su libro será una curiosa y animada galería de las costumbres, ideas y pasiones que en diferentes esferas y círculos sociales se han ido reemplazando durante un espacio muy variado y no breve de la era presente.

No vacila, por tanto, la Academia en declarar que la conservación y publicación de estas *Memorias* es punto de importancia, primero para los lectores á quienes acomode enterarse del pro y del contra acerca de los sucesos coetáneos, y más adelante para los analistas futuros; porque si tales escritos no son todavía ni pueden ser la historia, contienen material precioso de que ésta habrá menester para mostrarse en su día imparcial y completa; y en tal concepto, las *Memorias íntimas* del Marqués de Mendigorría ofrecen un vivo interés histórico.

Así tengo la honra de manifestarlo á V. E., por acuerdo de la Academia, con devolución de dichas *Memorias.*

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid, 27 de Junio de 1885.—El Secretario, PEDRO DE MADRAZO.—Excmo. Sr. Director general de Instrucción pública.—Es copia.—Firmado.—AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA.



CAPITULO I.

Mi nacimiento.— Mis padres, familia y origen.— El teniente general de la armada D. José Fernández de Córdova.—Su carrera.—Sitio de la Habana y defensa del castillo del Morro en 1762.— Combate naval del cabo de San Vicente en 1797. — El proceso que le siguió.— El capitán general de la armada D. Luis Fernández de Córdova. — Sus mandos.— Testimonio de Florida Blanca.—Asedio de Gibraltar.— El Conde de Casa-Rojas.— D. Adrián Valcárcel.— D. José Fernández de Córdova, mi padre.— Sus campañas y su muerte.— Desesperada situación de mi familia en América.—Nuestro regreso á España.— Resolución de las Cortes de Cádiz.

Nací en la ciudad de Buenos Aires el 2 de Septiembre de 1809. Fue-

ron mis padres el capitán de fragata de la Real armada D. José Fernández de Córdova, Maestrante de la Real de Sevilla, y D.ª María de la Paz Valcárcel y O'Conrri, empleado aquél en las regiones de nuestro antiguo poderío colonial, con el mando de las fuerzas sutiles que guardaban del contrabando una parte de las costas del Río de la Plata. Había mi padre sentado plaza de guardia marina en 27 de Agosto de 1787, y comenzado su carrera en un servicio activo de repetidas campañas durante la anterior guerra, al mando de una lancha cañonera en el apostadero de Cádiz. Hecha la paz, pasó con su familia á Montevideo, en el año de 1803, á petición del comandante general y gobernador de dicha plaza, D. Pascual Ruiz Huidobro, que deseó tenerle á sus órdenes para el establecimiento de los guardacostas de aquel puerto, desempeñando entonces el mando de la goleta *La Paz*. Mi nacimiento, así como el de otros de mis hermanos, en América, fué, pues, debido á estas fortuitas circunstancias, puesto que mis padres eran de origen y antiguo abolengo español, peninsular, y naturales de Cádiz y de la Isla de San Fernando. Empeño tengo en consignar que, aunque nacido en América, no circula por mis venas sangre de raza criolla, de aquella raza que, en pugna con la madre patria, separóse entonces de la metrópoli, aumentando los conflictos y desventuras que ya producían en la Península la inicua invasión francesa de 1808 y la gloriosa epopeya de nuestra independencia. Española fué, pues, como digo, mi familia, y española es la sangre transmitida á mis hijos, que se vanaglorían de pertenecer á esta nación insigne de tan grandes merecimientos y virtudes. Pero mi familia, puede decirse, pertenece también por tradición histórica á la marina Real, que ha ilustrado con tantos días de gloria la bandera nacional en todos los mares del globo, y á cuya institución vivirá para siempre unido el recuerdo de los Fernández de Córdova y de los Valcárcel, de antiguos é ilustres servicios en ella. Perdóneseme este rasgo, que parecería inmodesto si fuera yo de los que fundan orgullo propio en méritos ajenos; pero necesario es, al principio de estas *Memorias*, dedicar algunos renglones á mi familia y á mi origen.

Si mi padre emprendió con arrojo y entusiasmo desde sus primeros años la carrera naval, no hizo en esto más que seguir las honrosas huellas que le trazaran memorables antecesores. Don José Fernández de Córdova, mi abuelo paterno, llegó á teniente general de la Real armada, siendo uno de los primeros doscientos caballeros pensionados á quienes agració Carlos III con la cruz de su nombre al fundar esta orden en 1771. En su larga y brillante hoja de servicios se lee que en 1769, y mandando el navío *San Isidro*, «fué el primero que con el bajel de la marina de España penetró en la bahía de Tablas, y aunque sin instrucciones para el manejo que debía observar con la República

de Holanda, que dificultaba, por el tenor de los tratados de Utrecht y de las oficiosidades de la corte de Londres, la entrada de los buques españoles en aquel puerto y su navegación por el cabo de Buena Esperanza á las Indias Orientales, pudo contrarrestar y superó los impedimentos que se le presentaron por parte de los Estados Generales, en los términos más urbanos de honor y conveniencia política para la nación, de que, á su vuelta, le fueron significadas las aprobaciones más completas de S. M.» Años antes, en 1762, montando el navío *El Tigre*, formó parte de la expedición que bajo el mando del Marqués del Real Transporte fué á socorrer á la Habana, amenazada por las fuerzas británicas, cuando por consecuencia del célebre *Pacto de familia* encendióse la lucha con Inglaterra. La Historia consigna en páginas inmortales cuál fué el comportamiento de nuestra marina en la defensa de aquel puerto, que, por la insuficiencia de un general desventurado, cayó no obstante en poder enemigo. La hoja de servicios de mi abuelo enumera detalladamente los servicios por él prestados en aquella ocasión gloriosa, entre los cuales citaré el mando del baluarte San Blas, el traslado á la plaza de los pertrechos que se encontraban en la Cabaña bajo el fuego enemigo, y el de toda la pólvora que guardaban los almacenes situados fuera del recinto, la que sirvió para la heroica defensa del castillo del Morro, á la cual hubo también de concurrir, salvándose milagrosamente entre los escombros del fuerte, cuando, tomado por los ingleses, sirvió de sepultura gloriosa al célebre D. Luis Velasco, su comandante, al Marqués González y á la mayor parte de su guarnición.

Obtuvo después D. José de Córdova rápidos adelantos en su carrera y el mando de diferentes escuadras, ora en las guerras marítimas que siguieron, ora conduciendo grandes caudales procedentes de América, ora dirigiendo la instrucción naval y el planteamiento de nuevos reglamentos tácticos de la marina. El cielo quiso, no obstante, acibarar la vejez de aquel ilustre anciano con un acontecimiento tan infausto por sus resultados como glorioso por sus particulares circunstancias.

Contaba cincuenta y tres años de servicios cuando, empeñada nuestra nación nuevamente en guerra con la Gran Bretaña, se entregó en Cartagena, á fines de Diciembre de 1796, del mando de la escuadra que dejaba D. Juan de Lángara para ocupar el Ministerio de Marina. Había este general sostenido la mar más de tres meses sobre las costas de la Provenza, ribera de Génova y golfo de Lyon, arribando los navíos con las averías y destrozos consiguientes á una campaña fatigosa, por lo crudo de los tiempos en aquella estación del año.

Con la orden de su mando recibió Córdova la de habilitar la escuadra con urgencia y conducirla á Cádiz, no interrumpiendo consiguientemente sus cuidados hasta el 2 de Febrero del siguiente año de 1797,

en que, reparado y provisto de agua, víveres y pertrechos de guerra y mar, salió de Cartagena con 27 navíos de línea (1), 10 fragatas, un bergantín, 13 lanchas, 4 urcas y de 40 á 50 embarcaciones marchantes, con ricas mercaderías y valiosos objetos. Ascendía la dotación de aquella escuadra á 16.115 plazas efectivas, con porte total de 1.384 cañones, faltando todavía para el completo de la fuerza reglamentaria 2.500 hombres de todas clases: de entre los navíos, seis eran de tres puentes, gobernados por otros tantos jefes de escuadra que mandaban las seis divisiones de la flota, y enarbolaba el general en jefe su insignia en el *Santísima Trinidad*, de 130 cañones, que era el barco mayor y más formidable de nuestra marina en aquel tiempo.

Con vientos favorables y sin accidente atravesó la escuadra el Estrecho de Gibraltar el día 5 de aquel mes de Febrero; mas el 6, hallándose á la altura del cabo Espartel, sobrevino una mutación repentina en el tiempo y dirección del viento, que la obligó á ganar altura en la mar, haciéndose de todo punto imposible su entrada y la del convoy en Cádiz. Hasta el 8, en que recibió Córdova la noticia de encontrarse una escuadra enemiga al abrigo de la costa portuguesa, mantúvose cruzando aquellos mares y corriendo el temporal; mas aquel día y los siguientes, mientras disponía la reconcentración y derrota para el puerto, multiplicáronse los avisos de los buques enviados á la descubierta, y el 14, navegando en las aguas del cabo de San Vicente, divisó nuestra escuadra á la enemiga, fuerte de 15 navíos de alto bordo.

Era una mañana nublada y fría. La cerrazón había obstinadamente ocultado el horizonte durante las primeras horas, hasta que una brisa más fresca, disipándola de improviso, permitió divisar á escasa distancia al enemigo. Entonces, sobre el navío *Trinidad*, tuvo lugar una escena conmovedora y grandiosa. Rodeado de su plana mayor y á presencia de la tripulación toda, el anciano general descubrió la encanecida cabeza, y de rodillas sobre el alcázar del navío, elevó sus preces al Todopoderoso, enviándole acción de gracias por haberle deparado tan propicia ocasión de servir á su Rey y de dar á su patria un día más de gloria. Sin perder momento comunicó sus órdenes, distribuyó sus navíos, aprestó sus cañones, y ordenando la pronta línea, zafarrancho de combate y caza general, lanzóse al ataque.

No puedo entrar en los detalles técnicos de las maniobras que se ejecutaron, ni en la circunstanciada narración de todas las peripecias de la batalla. Básteme decir que, por efecto de haber sido desobedecidas

(1) Eran sus nombres: *Santísima Trinidad, Conde de Regla, Salvador del Mundo, Mejicano, Princesa de Asturias, Concepción, San José, San Genaro, San Ildefonso, San Juan Nepomuceno, San Francisco de Paula, San Isidoro, San Antonio, San Pablo, Atlante, Glorioso, San Nicolás, Oriente, Infante, Don Pelayo, Firme, Soberano, Santo Domingo y San Juan.*

muchas de sus órdenes, mal interpretadas otras, destruido el movimiento principal envolvente que debía verificar el grueso de nuestras fuerzas, por efecto de cambios repentinos en la dirección del viento, por insuficiencia numérica de personal en las tripulaciones y por la inexperiencia y mal estado de instrucción de los que gobernaban los navíos, sólo seis buques de los del inmediato mando del general en jefe se empeñaron resueltamente en la batalla, teniendo que habérselas contra los quince ingleses en parcial y desigual combate. Natural era que el vicealmirante Jerwis, y Nelson, que mandaba la retaguardia enemiga, no desaprovecharan la circunstancia. En vano desde el *Trinidad* ordenó Córdova al resto de su escuadra el empeño general de la batalla. En vano repitió incesantemente desesperadas señales. Los refuerzos no llegaban; el peligro crecía, y la lucha se trababa terrible, mortífera, heroica, entre los seis navíos españoles y el grueso enemigo. En el *San Nicolás* peleóse cuerpo á cuerpo, y su comandante, el brigadier D. Tomás Giraldino, recibió gloriosa muerte gritando: *¡Misericordia, misericordia! ¡Fuego, fuego, hijos!* El jefe de escuadra D. Francisco Javier Winthuysnen perdió también la vida en el *San José;* el comandante del *Salvador*, brigadier D. Antonio Yepes, fué barrido por la metralla, mientras que sobre el *Trinidad* cargaban sucesivamente cuatro navíos ingleses, uno de los cuales mandaba Nelson en persona. A las dos horas de fuego, los trozos de vergas, jarcias, velamen y cordajes, amontonados sobre las cubiertas, hacían ya muy difícil el gobierno del navío y obstruían la circulación de la gente. El mastelero de gavia, deshecho á cañonazos, concluyó por desplomarse sobre una banda, inutilizando toda la artillería de aquel lado. Sobre la cabeza del general cayó la red de combate. Consta que, desembarazado de ella, púsose tranquilamente á calzar un zapato, «*para no perder*, dijeron sus subordinados, *ni por accidente su actitud de mando.*» La lucha continuaba sin embargo á la desesperada, realizándose por todas partes prodigios de heroísmo; pero el *San José*, el *San Nicolas* y el *Salvador*, muertos sus capitanes, fueron apresados, con el *San Isidoro*, cuya tripulación, harto mermada, concluyó por ser insuficiente para su gobierno. Apresados estos buques, únicos que combatían, mantúvose dos horas todavía el *Trinidad*, hasta que, declarada una vía de agua imposible de cegar en aquellos momentos, acordóse en Consejo de guerra, con arreglo á ordenanza, arriar la bandera, después de una defensa gloriosa, y seguros de haber cumplido con exceso los deberes del honor, pues según la aseveración de los mismos enemigos, el estado del *Trinidad* «era el de un navío completamente destrozado, enteramente inservible y absolutamente indefenso.»

A este tiempo los navíos *San Pablo*, *Pelayo* y *Conde de Regla*, con

acertadas aunque tardías diligencias y justamente elogiados esfuerzos, llegaron al combate, bastando esto para que los ingleses diesen por terminado el empeño y abandonasen el mar de batalla, que, á pesar de sus pérdidas, quedó por la escuadra del Rey.

No era todavía anochecido; duraba aún el fuego enemigo cuando con su plana mayor trasbordaba el general en jefe á la fragata *Diana*, buque que también llegó tarde al teatro de la acción para poder embarcarle facilitándole el mando; pero, así y todo, ordenó que en el navío *Príncipe* se pusiese la señal de pronta línea de combate, para restablecer el orden y renovar al siguiente día la batalla.

Desesperado, pero no abatido, palpitante su viejo corazón de marino, vió transcurrir aquella noche, esperando con ansia la claridad del alba para conocer el estado de los navíos de la escuadra y modo de opinar de sus generales y comandantes. A la pregunta por señal general de si estaban al romper el día en buena disposición para entrar en fuego, contestaron afirmativamente el *San Pablo*, *Don Pelayo*, *San Antonio* y *Oriente;* en sentido negativo, la *Concepción*, *Mejicano* y *Soberano*, y por aviso de la *Perla* supo que el *Santo Domingo* y el *Atlante* tampoco se hallaban en disposición de combatir; aquél, por tener mojada la pólvora; éste, por falta de gente. Mas como al entrar la mañana se descubriera al enemigo y ardiese Córdova en deseos de vengar el revés y de rescatar la presa, insistió en preguntar á los subalternos si convenía ó no el ataque, contestando el *Príncipe*, *Conquistador* y *Pelayo* que convenía; el *Mejicano*, *San Pablo*, *Soberano*, *Santo Domingo*, *Concepción*, *San Ildefonso*, *San Juan Nepomuceno*, *Atlante*, *San Genaro* y *Firme*, que debía evitarse; y el *Glorioso*, *San Francisco*, *Conde de Regla* y *San Fermín*, que era menester aplazarlo. Tales respuestas no podían dejarle duda de que el empeño de una nueva acción haríale responsable de sus resultas; pero así y todo, para no dar al enemigo tiempo de perseguir al *Trinidad*, que con escolta había mandado conducir á Cádiz, ni lugar de reconocer el estado de sus fuerzas, dispuso el rumbo del lado en que aquél se hallaba, obligando con esta demostración al inglés á acogerse al puerto de Lagos en vez de seguir hasta Lisboa, como fué su primera intención, y ordenando el reconocimiento de aquel puerto por la fragata *Brígida*, permaneció con la escuadra en facha á las inmediaciones por todo el tiempo que lo permitieron los vientos, demostrando así por segunda vez que ofrecía un combate al vicealmirante enemigo y que éste se negó á admitirlo.

Redújose, pues, aquella función naval, de tan imprevistos resultados, á una lucha en que toda la escuadra inglesa reunida obtuvo la consecuente ventaja sobre una exigua parte de la nuestra, desamparada de su principal columna, fuerte de las tres cuartas partes del número total

de navíos; lucha en que los seis que entraron en fuego combatieron denodadamente, siendo tanto mayor el mérito de la resistencia, cuanto más desesperada habíase hecho aquella situación por efecto de los invencibles azares de la mar.

De regreso la escuadra en Cádiz, dispuso S. M. se constituyera un Consejo de guerra, á cuyas resultas deberían quedar sujetos sus individuos todos, desde el general en jefe hasta los subalternos á quienes pudiera caber alguna responsabilidad en los desgraciados accidentes de la batalla. Sabido es que gobernaba á la sazón en España D. Manuel Godoy, el cual, por razones de interés personal que no he de juzgar aquí, pero sobre las cuales la Historia ha pronunciado ya su fallo inapelable, acababa de pactar con el Directorio de la República francesa aquel descabellado y funesto tratado de San Ildefonso, que debía ser para la patria fuente inagotable de humillaciones y desdichas. Necesitaba Godoy hacer méritos para con sus nuevos aliados los franceses, los cuales en sus gacetillas y discursos se deshacían en injurias y denuestos, achacando á la impericia de la marina española el reciente triunfo del inglés (1); y así, con el empeño de darles satisfacción y de estrechar más los lazos políticos que á Carlos IV ligaban con el Directorio, influyó Godoy durante todo el curso del proceso, tanto en calidad de primer Ministro como en la suya especialísima de privado—cuando en Marzo de 1798 hubo de remplazarle en los Consejos del Rey don Francisco de Saavedra—para que el Consejo pronunciara un fallo severísimo contra el jefe y los individuos de aquella escuadra.

Más de dos años duraron los procedimientos. El general Córdova, defendido por el brigadier de la armada D. Juan Ruiz de Apodaca, después capitán general y virrey de Méjico; el general Conde de Morales de los Ríos, segundo de la escuadra, y muchos otros comandantes y jefes principales, fueron condenados á privación de empleo y extrañamiento de los Sitios Reales, por más que con respecto á mi insigne abuelo quedaran plenamente averiguados y probados en el proceso los extremos siguientes: «1.º, que se dieron oportunas órdenes á la voz y por señales por el comandante general de la escuadra; 2.º, que unas fueron obedecidas y otras no; 3.º, que dió el ejemplo más decidido de valor é intrepidez; 4.º, que los enemigos se retiraron del mar de batalla; y 5.º, que en los días siguientes al combate huyeron á la vista de nuestras fuerzas.»

Esto no obstante, fué condenado, recibiendo en su persona y en la de los valientes que sufrieron igual suerte, un ultraje sangriento nues-

(1) Se conservan entre los papeles de mi casa multitud de impresos franceses que justifican esta aseveración.

tra marina, por influencia de un valido al que arrastraban aquellos intereses y aquella política francesa que tantos días de luto debía acarrear para la patria. El valiente brigadier Churruca, aquel héroe que pocos años después pereció gloriosamente en Trafalgar por los mismos humillantes desaciertos del valido, conoció el resultado del Consejo de guerra hallándose en Brest, y justamente indignado, escribía á Cádiz con fecha 20 de Marzo de 1799 lo siguiente: «He visto el monstruoso resultado del Consejo de guerra; no hay en él un renglón que no sea la quinta esencia de la injusticia y de la barbarie, y á los ojos de la posteridad será para la marina española menos desastroso el combate que ignominioso el juicio pronunciado sobre él. No me consolaré jamás de haber tenido parte en un proceso que ha tenido tan infame terminación, ni podré dejar de llevar al sepulcro el pesar de haberme separado de él; pues si no me hubiera embarcado, tendría otras resultas muy diferentes, porque me sobraban medios y razones para abismar á los viles intrigantes que han brigado, y abrir los ojos á la turba de ciegos que han sentenciado la causa sin verla» (1).

Debo añadir que el general Córdova fué sentenciado por siete votos contra seis, y que uno de aquéllos, á las veinticuatro horas de haberlo pronunciado, envió al Ministerio de Marina su retractación escrita. Por lo demás, fueron devueltos al general Córdova, años más tarde, así como á los demás condenados, sus empleos, honores y preeminencias; circunstancia que permitió á mi abuelo en 1808, cargado de años y más envejecido por el peso de aquel infortunio, ofrecerse para el mando de la escuadrilla de lanchas cañoneras con que debió ser atacada la francesa del almirante Rosilly, en guerra ya su nación contra la nuestra, surta en su puerto y dispuesta á bombardear á Cádiz. La firmeza de la marina española obligó entonces á la enemiga á abatir el pabellón, rindiéndose á fuerzas marítimas inferiores.

Mis lectores me perdonarán una tan larga excursión por el campo de mis recuerdos sobre aquel hecho concreto; pero era deber mío ineludible, al comienzo de estas *Memorias*, reivindicar la honra y el buen nombre de aquel marino ilustre, á la vez que precisar, fundado en el testimonio de documentos incontrovertibles, las particularidades de aquella función naval, desconocidas hasta el presente, al menos por nuestros historiadores generales. Olvidando unos que el recuerdo de los reveses encierra mayores enseñanzas que la exaltación de los triunfos, apenas dedican media página al estudio de aquel acontecimiento, que tuvo, no obstante, en su tiempo graves resultas. Otros han formado, por falta de estudio, equivocados juicios, de cuya inexcusable ligereza

(1) Conservo esta carta autógrafa.



Don José Fernández de Córdova y Ramos de Garay.

(Copia de un retrato existente en el Museo Naval de Madrid.)

participa el mismo D. Modesto Lafuente en su *Historia general de España*, dirigiendo al jefe de aquella escuadra censuras y cargos tan perfectamente gratuitos, como que ni siquiera los formuló, durante el proceso, el Ministerio fiscal.

Tengo la fundada esperanza de que no transcurrirá mucho tiempo sin que pueda entregar al juicio público los muchos papeles, antecedentes, datos, planos y noticias de que está nutrido el archivo de mi casa en la parte que se refiere á esta determinada época, encomendando á pluma menos cansada que la mía la demostración de que, si la suerte nos fué adversa en aquella memorable jornada, hay en ella abundante gloria que reivindicar para la Armada española y para el general que la mandó.

El tío de aquel valeroso marino, á quien en los grados inferiores sirvió de ayudante, D. Luis Fernández de Córdova, ascendió en 1783 á la dignidad de capitán general de la Real armada, después de sesenta y dos años de revelantes servicios en el mar. En 1732 asistió en el navío *Conquistador* á la campaña de Génova y Spezia y á la toma de Orán. Al año siguiente, después de hacer el crucero sobre el cabo Bon, en Berbería, hallóse á bordo del mismo buque en la toma de Nápoles y Palermo, en la de Pescara en el Adriático, en otras funciones de mar en la costa de Calabria, y en dos combates con navíos argelinos, que fueron á pique en las aguas de Mostagán y de Cartagena. Seis años después, en América, montando el navío *La Europa*, se halló en el primer sitio que los ingleses pusieron á Cartagena de Indias, donde con el mando de cuatro botes armados tomó, en *Punta de Canoa*, una falúa de los navíos de guerra británicos. En 1747 surcaba el Océano andando á corso de moros y mereciendo la encomienda de Vetera en la Orden de Calatrava por su triunfo contra los de Argel.

No fué menos brillante la campaña de 1779, en que le cupo el honor de mandar las escuadras combinadas de España y Francia, la última de las cuales gobernaba el Conde D'Orvilliers. Iban á sus órdenes los tenientes generales D. Antonio Ulloa, de nombre tan esclarecido en la marina y en las letras, D. Miguel Gastón, y los jefes de escuadra D. Adrián Cantín, D. Ignacio Ponce, D. Antonio Posadas y D. Antonio Osorno. Las aguas de Owesant, en el canal de la Mancha, el cabo Lizard y las presas de Portsmouth fueron testimonio brillante, en aquella campaña, de su valor y de su pericia. «Jamás, dice un historiador inglés, desde los tiempos de la famosa *Armada Invencible* se habían visto las Islas Británicas amenazadas por una expedición tan formidable.»

Por dificultades y lentitudes de la corte de París hubieron, no obstante, de renunciar los aliados al proyectado desembarco de 50.000 hombres en las costas inglesas, y Córdova, después de aprovisionarse

en Brest, vióse obligado á volver á España con los 37 navíos y fragatas de su mando, para atender al bloqueo de Gibraltar, sitiada ya la plaza por las tropas del general D. Martín Alvarez de Sotomayor. Entonces fué cuando, obligado á tomar puerto en Cádiz para repararse, y dirigiéndose otra flota española á Cartagena al mando de D. Juan de Langara, se encontró ésta sorprendida por las naves inglesas del almirante Rodney, empeñándose entre Cádiz y el cabo de Santa María, el 16 de Enero de 1780, una batalla naval tan desdichada como gloriosa para nuestras armas, cuyo mérito recompensó el justo Gobierno de Carlos III otorgando merecidos galardones á los jefes é individuos de la armada, que también allí obtuvieron un éxito desgraciado, aunque combatiendo con su probada bizarría.

Un acontecimiento próspero vino á compensar en cierto modo á nuestra España de aquellos reveses, acontecimiento en el que tuvo la primera participación D. Luis de Córdova. He aquí cómo lo relata el Conde de Florida Blanca en su célebre *Memorial á Carlos III:* «Dios, dice, quiso favorecer mis buenos deseos, pues con motivo de haber enfermado el Ministro de Marina en ocasión que yo despachaba lo que ocurría urgente en la Secretaría de Marina, me llegaron una mañana los avisos de Inglaterra de que estaban para salir dos convoyes de sus puertos, uno para Jamaica con tropas, vestuarios, armas y municiones, para reforzarse en aquellas islas é intentar algo contra las nuestras, y otro con embarcaciones de comercio ricamente cargadas para la India Oriental. Estos convoyes debían, según mis avisos, navegar unidos hasta las islas Azores, sin más escolta que un navío y dos fragatas, y en aquel paraje debían dividirse, tomando cada uno su rumbo. Sabían los ingleses nuestra resolución de no dejar á Cádiz ni sus costas, porque en aquella plaza todo cuanto se mandaba y hacía se sabía exactamente por nuestros enemigos.

»Recibidas las noticias antecedentes poco antes del mediodía, pasé sin pérdida de instante al cuarto de V. M. para representarle el golpe que podían dar nuestras escuadras si en lugar de estarse cruzando entre los cabos se alejaban hasta las islas Azores y esperaban al paso los convoyes ingleses.

»A pesar de la repugnancia que V. M. tenía de permitir que se apartasen de nuestras costas las escuadras, comprendió la importancia y consecuencia de mi propuesta, y bajo de varias precauciones que me dictó para impedir el abuso de sus órdenes, me las dió para que se comunicasen á Córdova.

»En el momento se despacharon dos correos por las vías de Cádiz y Lisboa, para que de ambas partes saliesen embarcaciones ligeras que alcanzasen á Córdova ó cualquiera de sus bajeles y entregasen las órde-



DON LUIS FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA Y CÓRDOVA.

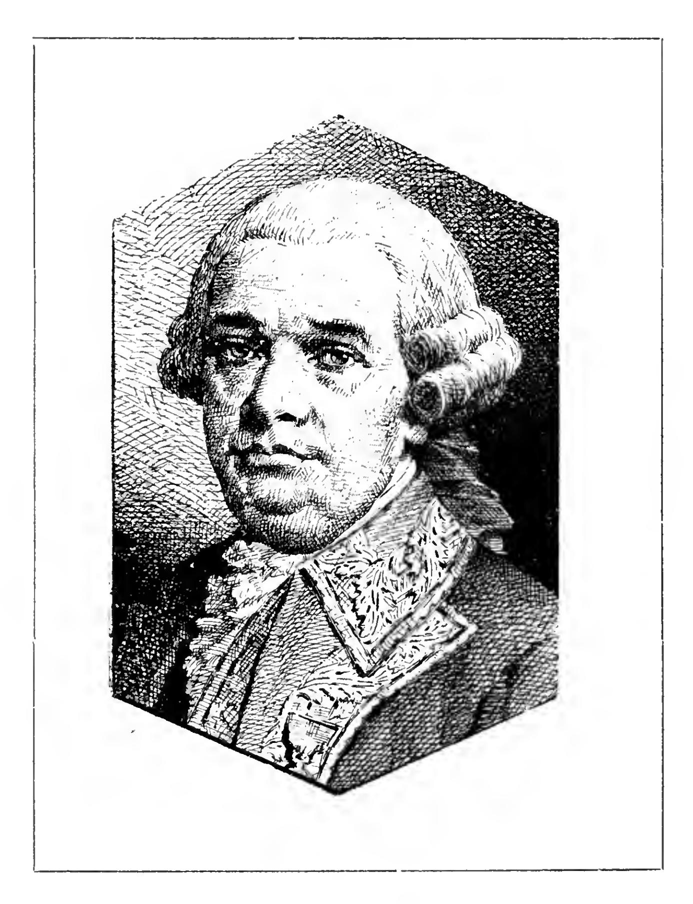
(Copia de un retrato existente en el Museo Naval de Madrid.)

nes para el fin propuesto; y habiéndolo conseguido el barco que salió de Cádiz, pasó Córdova á las Azores, esperó y apresó (9 de Agosto de 1780) los convoyes con tanta dicha, que de 55 buques no escapó uno solo, huyendo los tres de guerra que por su alijo y ligereza pudieron libertarse.

»Se tuvo esta gloriosa y utilísima acción por una especie de milagro; pero aunque todo se debió y debe á la Providencia de Dios, quiso ésta que concurriesen á la ejecución de sus designios las combinaciones de recibir yo las noticias, mi diligencia de aprovecharlas, y la proporción que me daba el despacho interino de Marina. Lo menos de aquella acción fué el apresamiento de tanto número de buques, interesados en más de 140 millones. El haberse apoderado V. M. de más de 3.000 hombres, de los vestuarios destinados á las tropas que tenían los enemigos en sus islas, y de los armamentos y municiones que llevaban á las mismas, frustró todas las ideas de agresión que podían tener en la campaña siguiente contra nuestras posiciones; y si nuestras fuerzas combinadas de mar y tierra destinadas en cabo Francés hubieran podido y querido aprovecharse de esta proporción y de las ideas, que parecieron á algunos atrevidas, del Conde de Gálvez, tal vez la Jamaica, ó la mayor parte de ella, habiera caído en nuestras manos.»

Pero aquellos planes y otros no menos ventajosos de Florida Blanca se frustraron al cabo ante el rigor de nuestras desdichas. Próxima estaba á rendirse la plaza de Gibraltar por falta de víveres y abastecimientos, hacia fines de 1782, aun después de incendiadas las famosas baterías flotantes, cuando una flota inglesa al mando del almirante Lord Howe, empujada por los vientos del Este y á favor de una noche tempestuosa, logró hacer penetrar en Gibraltar cuatro buques de carga en ocasión en que la escuadra combinada, que todavía mandaba D. Luis de Córdova, fuerte de 46 á 50 navíos de línea, habíase visto obligada por el temporal á tomar abrigo en Cádiz. Mas el 20 de Octubre, y ya fuera del Estrecho, avistóse aquél con el enemigo, trabándose entre más de 30 navíos de Lord Howe y 33 españoles y franceses un combate que dió por resultado la fuga del inglés, no sin haber tirado durante la acción sobre nuestros buques con bala roja, circunstancia que motivó la siguiente protesta de D. Luis de Córdova, inserta en el parte de aquella acción, de fecha 22 de Octubre, en el navío *Santísima Trinidad* á la vela: «Y omitiré, por decoro á la dignidad de la Corona británica, la discusión del uso que hizo de las balas incendiarias en la acción, y si en caso de ser apresado el navío del almirante mismo en un combate de escuadra, debería ser tratado como incendiario, sin remisión ni excepción de personas, por una conducta y medios tan chocantes á la humanidad.» Natural era que Carlos III y Luis XVI tributaran grandes

distinciones á Córdova. Recuerdo entre ellas el regalo de una magnífica caja de tabaco, de oro macizo, con el retrato del Rey de Francia ovalado de brillantes, y que, en puntas de estas preciosas piedras, llevaba esculpida la dedicatoria *De Louis à Louis.* Esta alhaja, más valiosa por lo que representaba que por su gran mérito intrínseco, se conservó largo tiempo en la casa del general, como inestimable gloria de familia.



El Conde de Casa-Rojas.

(Copia de un retrato existente en el Museo Naval de Madrid.)

También alcanzó la alta dignidad de capitán general de la armada mi bisabuelo materno D. José de Rojas, conde de Casa-Rojas, caballero profeso de la Orden de Santiago. Fué en su tiempo capitán general del departamento de Cartagena de Levante y presidente de su Real Chancillería, uno de los primeros magnates del reinado de Carlos III, y marino ilustre. Originaria su familia de Andalucía, distinguióse desde tiempo inmemorial por sus grandes riquezas territoriales, su preclara

nobleza y los servicios que al Rey y á la patria prestaron en las guerras los de su noble estirpe. Tampoco he de olvidar á mi inmediato abuelo materno, D. Adrián Valcárcel, caballero de la Orden de Santiago, y también general de la armada, y conocido entre sus contemporáneos por una energía de carácter y un valor que á veces llegaba hasta la ciega temeridad. Sus hijos D. Manuel y don Vicente heredaron tales condiciones, como también los nietos, y supieron no desmentir el nombre que llevaban derramando su sangre en la primera guerra dinástica, ya sobre el puente de Castrejana, ya defendiendo la invicta Bilbao en su segundo sitio. Al recordar de entre mis antepasados á los que acabo de mencionar, ninguna vanidad, en desuso en estos tiempos, me impele á despertar su memoria; sólo sí el deseo de hacer constar, en los de mi familia, una tradición de servicios secular y constante en aquella carrera en que se rinde siempre á la patria el don precioso de la propia sangre: tradición que ni en mí ni en mis hermanos se interrumpió, y que no he permitido se interrumpa tampoco en mis hijos, á los que desde niños hice colgar la espada. Si fueran otras las ideas de nuestra época y otros mis sentimientos, propios, en verdad, del tiempo en que vivo y que tanto tengo acreditados, ¿serían necesarios muchos datos para calificar un apellido como el que mis padres me legaron, y que desde el Gran Capitán, en el siglo XV, ilustra las casas ducales de Sessa, Feria, Medinaceli y Baena; las condales de Alcaudete, Sástago, Ampurias, Altamira y Cabra; las de los Marqueses de Comares, Mancera, Pobar, Priego, Mirabel;



DON ADRIÁN VALCÁRCEL.

(Copia de un retrato de familia.)

muchas otras que sería prolijo enumerar, y entre los que son parientes míos cercanos los Marqueses del Vado del Maestre, Condes de la Puebla, los Marqueses de Villaseca y los de Villesca, los Condes de Bornos, los Duques de San Carlos, de Castrotorreño y otros?

No hubiera, sin duda, mi desventurado padre alcanzado por sus méritos propios menores posiciones y nombradía que los generales sus abuelos. Muchos de sus compañeros de armas, á quienes tuve la fortuna de conocer, aseguráronme que su carácter y condiciones ofrecían á su país las más risueñas esperanzas. Contaba sólo treinta y seis años, y ya capitán de fragata, con veinticinco de servicios, presentábase para su porvenir militar una época de largas y gloriosas guerras. Poco después de mi nacimiento, y cuando apenas mis ojos se abrían á la luz del día, separábase de su familia y emprendía en los desiertos territorios americanos una rudísima campaña. Sus cartas de aquella época, que religiosamente conservo, lo atestiguan. Guerra de partidas, de emboscadas, de sorpresas y de traición, en la que, por fin, quiso el destino que sucumbiera; guerras semejantes á las primeras que sostuvieron en América los conquistadores españoles, pero en las cuales, y dadas nuestras circunstancias políticas, nuestro decaimiento, la escasez de nuestros recursos y nuestro desdichado gobierno, estábanos reservada la peor parte. Abandonado mi padre por las tropas que acaudillaba, formadas en su casi totalidad de milicias indígenas, fué hecho prisionero por los rebeldes cerca de la cordillera de los Andes, aunque no sin vender muy cara su libertad. Después, conducido con algunos españoles á la plaza del Potosí, fué bárbaramente arcabuceado, pagando con la vida su acendrado amor á la integridad de la madre patria.

He aquí un extracto de sus últimas operaciones, tomado de su hoja de servicios: «Noticioso en Montevideo de la pérdida de Buenos Aires, tomada por los ingleses, fué el que propuso á sus compañeros de marina su reconquista y combinó el plan que debía adoptarse para conseguirla. Presentado al comandante general y aprobado, se le nombró por los jefes de esta expedición por mayor general del ejército y marina. Su desempeño en esta época fué notorio por su resultado el día 12 de Agosto de 1806, que fué reconquistada dicha plaza; y atacada de nuevo, hizo en ella servicios nada comunes, hasta que el 5 de Julio de 1807 terminaron las hostilidades con una capitulación tan honorífica como útil á la nación, y por la que quedaron Buenos Aires y Montevideo libres de la dominación inglesa.—Hallándose en 31 de Diciembre de 1808 convaleciendo de una enfermedad en el pueblo de San Isidro, distante cinco leguas de Buenos Aires, supo que al día siguiente había de haber en dicha ciudad un alboroto popular para deponer al Virrey y

autoridades establecidas por la Soberanía, y sin detenerse un momento, tomó la posta, y antes de amanecer se presentó al Virrey para que lo emplease con utilidad á la pacificación del pueblo, como efectivamente contribuyó en mucha parte á la tranquilidad de todos. Tal conducta, y las demás cualidades que le adornaban, de talento, conocimientos marineros y militares, y especialmente un extraordinario valor, le adquirieron el aprecio de sus jefes, á cuyas órdenes estuvo los últimos años de su vida, entre los que se contaban el brigadier D. Juan Gutiérrez de la Concha, los virreyes D. Santiago Liniers, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros y el Mariscal de campo D. Vicente Nieto, el que, por Septiembre de 1809, hallándose electo presidente de Charcas y con el mando de las tropas de Buenos Aires destinadas á la pacificación de aquellas provincias, lo pidió al Virrey Cisneros para que fuese de su segundo y mayor general del ejército de su mando.



Don José Fernández de Córdova y Rojas.
(Copia de un retrato existente en el Museo Naval de Madrid.)

»Posesionado el general Nieto de la presidencia de Charcas, dió el de sus tropas á Córdova; y ya fuese por la confianza que tenía de su inteligencia, ó ya por considerar que sus oficios y recomendaciones habrían sido atendidas, lo empleó siempre en comisiones superiores á su graduación, hasta que, de resultas de la revolución de Buenos Aires, deposición de su Virrey y demás ruidosos acaecimientos, por orden del Virrey de Lima se mandó al presidente Nieto ir á sujetar los rebeldes del Río de la Plata. En esta época dió á Córdova el mando de la vanguardia, compuesta de 2.500 hombres, la mayor parte naturales del país y de Buenos Aires, que aunque en el primer ataque hicieron su deber y derrotaron á los revolucionarios, en el segundo, por no tener el freno de los europeos, que habían sido sacrificados en el primer choque, pasáronse al partido de

sus naturales y sacrificaron á sus jefes Nieto, Córdova y Sanz, como consta por los oficios y papeles públicos. De lo expresado se deduce que Córdova no murió como un simple capitán de fragata, y sí como el segundo jefe de un ejército cuya cabeza era Nieto; que, tanto en sus *Gacetas* como en los demás papeles públicos de Buenos Aires, lo tratan los insurgentes como segundo jefe revolucionario, y como tal lo fusilaron, habiendo indultado á todos los demás oficiales subalternos del ejército.—La muerte de Córdova fué en la plaza del Potosí, el 15 de Diciembre de 1810, por lo que consta que sirvió al Rey y á la patria, por la que murió, veintitres años, y en los que se halló en veintinueve acciones de guerra, habiendo pasado á mejor vida á los treinta y siete de edad.»

Y recordaré, en fin, que en mi familia no eran singulares estas catástrofes, pues el padre de aquel D. Luis Fernández de Córdova, de quien antes me ocupé, ofreció con su muerte el más admirable ejemplo de subordinación militar. En el *General Manifiesto* de los servicios de este esclarecido marino puede leerse lo siguiente: «El año de 1719 salí, en compañía de mi padre D. Juan de Córdova Laso de la Vega, de la Orden de Calatrava, en el navío de su mando nombrado *San Juan*, á conducir azogues á la Vera Cruz, en conserva del navío *San Luis*, que mandaba D. Francisco Cornejo. Después recibió orden para salir de Vera Cruz para la expedición de Panzacola, á pesar del mal estado de su navío, y á un hermano mío y á mí nos dejó en tierra, conociendo el peligro tan evidente que iba á correr; y al segundo día les entró tan fuerte Norte, que el navío *San Luis*, estando la bodega casi llena de agua, tuvo la fortuna de varar en la costa de la sonda de Campeche y se salvó la gente; el *Campanela* escapó, el casco desarbolado de los tres palos, y el navío de mi padre naufragó enteramente, sin haber parecido de él el menor vestigio....»

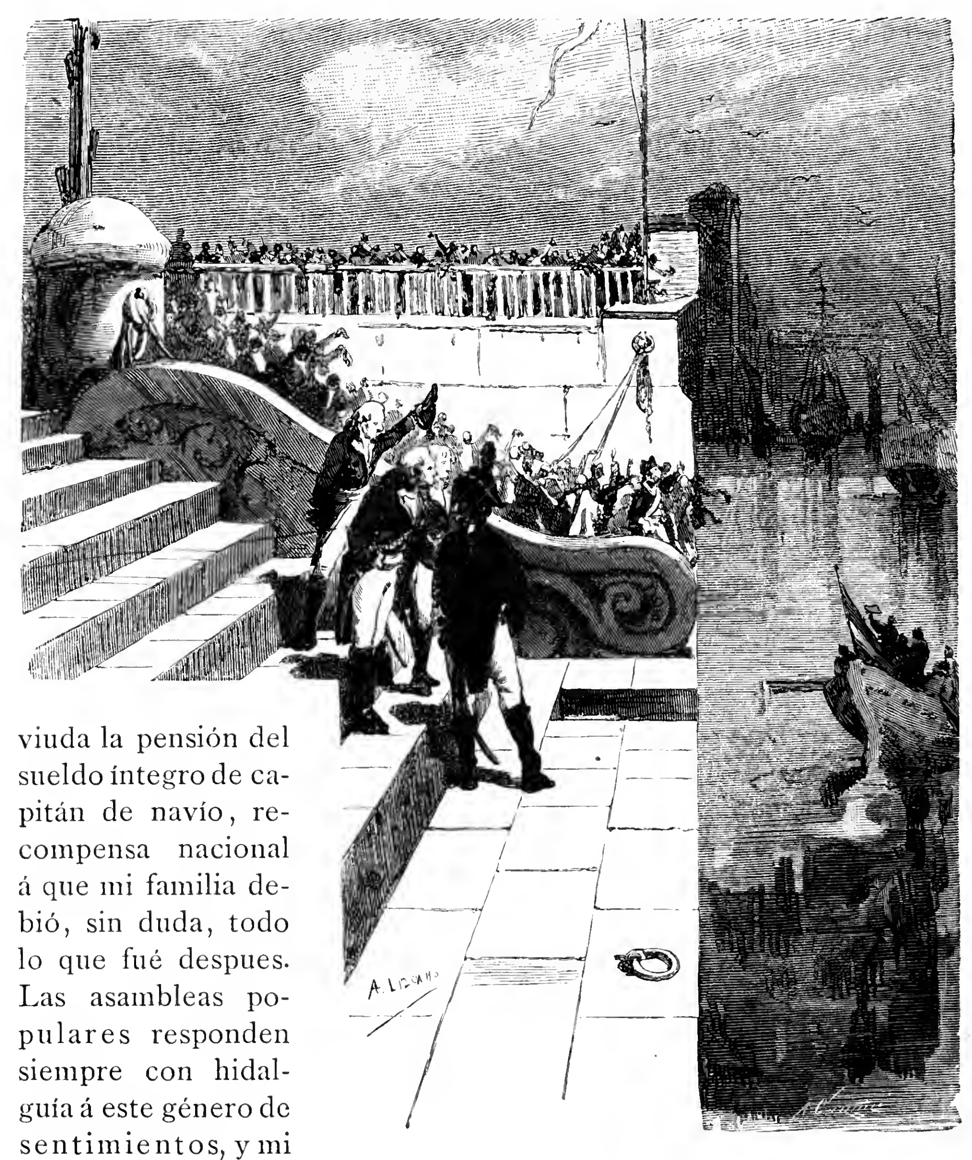
Quedé, por aquellas trágicas circunstancias ya relatadas, huérfano de padre, á poco de haber nacido, con otros siete hermanos, y sin más amparo que el de mi virtuosa madre, señora de grandes sentimientos, rara hermosura, amenísimo trato y de una educación superior á la que por lo general recibían en aquella época las mujeres de su elevada clase y nacimiento. Los ahorros realizados, y los productos de las presas marítimas que en vida correspondieron á mi padre, y que constituían entonces toda su fortuna personal, puesto que aun vivía mi abuelo el teniente general D. José de Córdova, fueron ocupados por los insurrectos, que reclamaban con amenazas los bienes que, pertenecientes á los españoles, estaban depositados en los conventos. Mi madre, pues, quedó, por este cúmulo de desventuras, viuda, arruinada, lejos de su familia y de su patria, y, como he dicho, con ocho hijos, el mayor de los

cuales sólo tenía once años. ¡Horrible y desesperada situación en verdad, pero ante la cual no rindió su espíritu de raza ni su corazón valeroso! Tanta desgracia en una mujer joven y bella, y por tan altos fines contraída, conmovieron profundamente la opinión pública en Buenos Aires, hiriendo en sus más delicadas fibras el sentimiento español, y espontáneamente abrióse en la ciudad una suscrición nacional en favor de mi madre y de los hijos del valiente marino sacrificado en el Potosí, con cuyos productos pudo aquélla atender por el momento á nuestras apremiantes necesidades.

Estas circunstancias de familia, y que, por decirlo así, acompañaron mi venida á este mundo, tuvieron en el curso de mi vida indudable influencia, determinando muchas de las ideas que jamás me han abandonado después. Cuando, entrado en años, pude meditar sobre el trágico fin de mi padre y sobre las desgracias que acarreó en nosotros, asentáronse mis sentimientos con firmeza inquebrantable contra la pena de muerte en los delitos políticos, y no han bastado las mil vicisitudes y enseñanzas de una larga carrera para que se borrase aquella primera y terrible impresión de mi niñez. Siempre procuré salvar la vida de cualquier desgraciado amenazado de perderla, votando sistemáticamente por ella en los Consejos de guerra en que he tenido que actuar como vocal, ó cuando he podido, como Ministro de la Corona, aconsejar la aplicación de la regia prerrogativa; y si los deberes imprescindibles y harto dolorosos que traen de suyo las posiciones oficiales hanme obligado alguna vez á confirmar una sentencia de muerte, he hecho lo humanamente posible para evitar su ejecución. Mi hermano D. Luis, por iguales motivos, abrigaba grandes sentimientos humanitarios, y entiendo que entre los muchos y gloriosos timbres de su carrera, y en especialidad entre los recogidos en el ejército del Norte en sus diferentes mandos, cuenta como el mejor y más puro el de no haber privado de la vida á un solo enemigo, á pesar de hacerse por entonces la guerra sin cuartel ni misericordia. *Fusilar no es gobernar*, decía Istúriz; y en efecto, largos años hace que los españoles viénense fusilando unos á otros, sin que por consecuencia de esta medida hayan conseguido nuestros partidos fundar un gobierno regular y estable.

Antes de emprender mi madre su regreso á España, verificáronlo mis dos hermanos mayores, D. José y D. Luis, á quienes mi abuelo, ya viejo y desconsolado, quería tener en su compañía. Mi madre fué objeto de la respetuosa solicitud de la armada, que rindió justo y noble tributo á la memoria de mi padre, conduciéndola á Europa en una fragata de guerra y colmándola de honores y atenciones. Esperábala en Cádiz una tierna acogida; tal era la sensación que produjeron sus desgracias en aquella ciudad, donde nuestra familia tenía su principal arraigo y

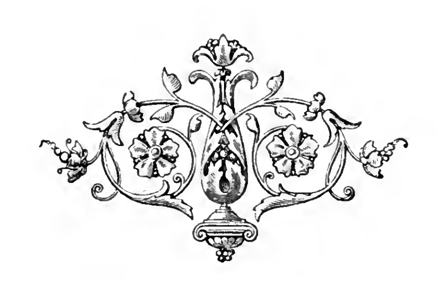
parentesco. Las famosas Cortes de Cádiz, á la sazón en plena y grande actividad política, declaron *héroe* á mi padre por unanimidad, consignando que su memoria merecía «bien de la patria», y votando para su

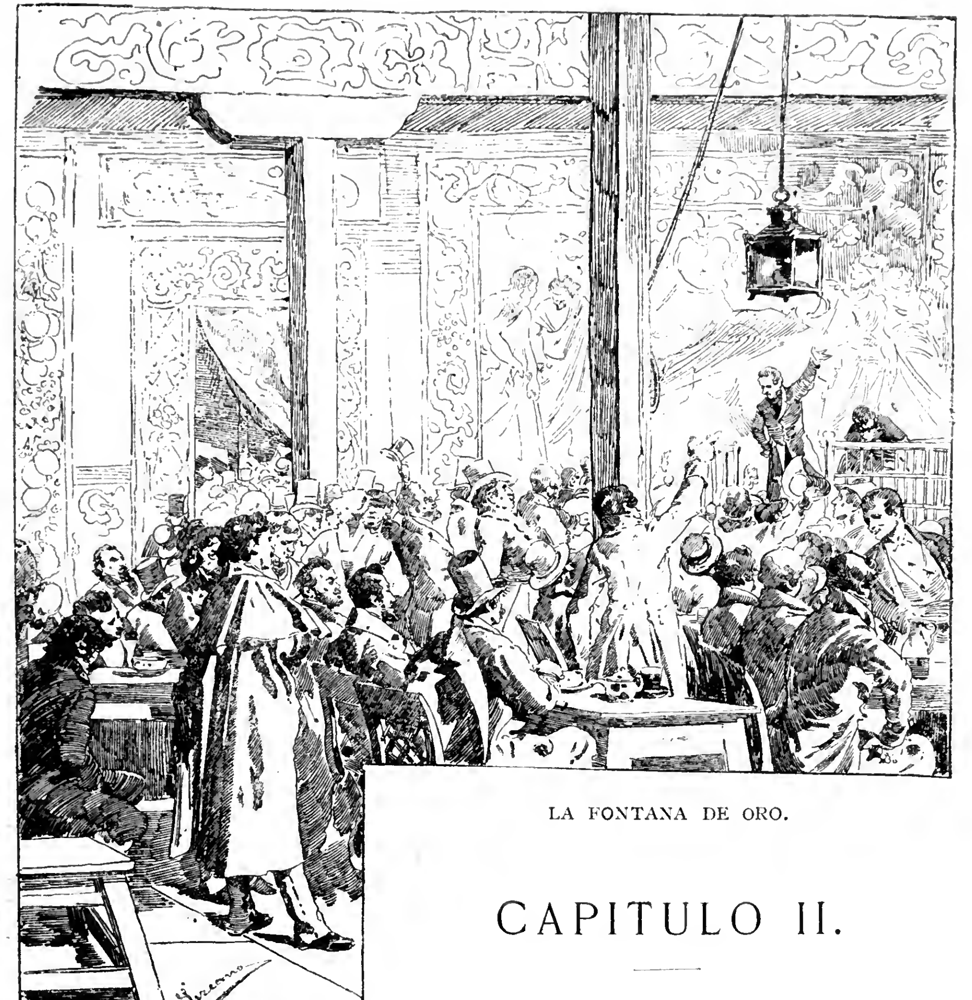


viuda la pensión del sueldo íntegro de capitán de navío, recompensa nacional á que mi familia debió, sin duda, todo lo que fué despues. Las asambleas populares responden siempre con hidalguía á este género de sentimientos, y mi madre pudo con esto y con el apoyo de su familia atender al cuidado y educación de sus hijos, pequeños entonces, porque durante su vida estas pensiones no estaban sujetas, como ahora, á esos crueles descuentos del 25 por 100 que se imponen á la desgracia, renovando ciertas heridas para las cuales no hay remuneración bastante. Murieron á poco dos de mis hermanas, D.ª Consolación y D.ª Julia, en época en que los dos mayores, D. José y D. Luis, obtuvieron, por mandato

expreso de la Regencia, plaza de cadetes en el Real cuerpo de Guardiás Españolas, pasando á Madrid, á su acreditada Academia, donde se recibía una excelente educación militar, y pagando sus asistencias con la legítima correspondiente á la fortuna que nos correspondió por muerte de mi abuelo el general.

Y en cuanto al autor de estas desaliñadas *Memorias*, á la sazón rapazuelo de escasos cinco años, hubo de permanecer en Cádiz, aprendiendo las primeras letras en uno de sus mejores establecimientos de enseñanza.





LA FONTANA DE ORO.

CAPITULO II.

La revolución de las Cabezas de San Juan. — Primeros hechos de mi hermano. — La defensa de la Cortadura. — Su conducta posterior. — El 10 de Marzo en Cádiz. — Sobre mi abuela Doña Julia de Rojas. — Cómo se viajaba en 1820. — Los discípulos de Lista. — Algunas observaciones sobre la época revolucionaria. — Los liberales en Madrid. — *Moderados y exaltados.* — *Realistas serviles* ó *feotas.* — Las sociedades patrióticas. — Á la puerta de la *Fontana de Oro.* — Conducta de los partidos. — El retrato de Riego. — Asesinato del cura de Tamajón. — El Rey y los batallones de la Guardia. — La jornada del 7 de Julio. — La invasión francesa. — Soy nombrado alférez de la Guardia.

Los acontecimientos políticos de 1820 obligaron á mi madre á salir de Cádiz. El ejército expedicionario de Ultramar habíase sublevado en las Cabezas de San Juan el 1.º de Enero, proclamando la Constitución de 1812, por la iniciativa del entonces comandante D. Rafael del Riego y del coronel D. Antonio Quiroga. Aquel suceso promovió el triunfo en España del partido liberal, la forzada sumisión de D. Fernando VII y el comienzo de una era política, si esperada y aplaudida por todos los amantes del progreso, preñada entonces de incertidumbres y disturbios.

Refiérome á estos acontecimientos sobradamente conocidos, para consignar aquí un hecho notorio, que enarboló la bandera política de mi hermano D. Luis, señalándole un puesto en un partido determinado y fijando en definitiva su suerte, suerte que yo seguí en todo el curso de su vida militar y política. Contaba apenas mi hermano entonces veintiún años de edad; acababa de ser nombrado por S. M. oficial de Guardias Españolas, y destinado, á petición propia, al ejército de Ultramar, donde, según escuché de sus labios muchas veces, quería vengar la desgraciada muerte de nuestro padre yendo á combatir contra los enemigos de la patria.

Por esta circunstancia encontrábase en Cádiz en aquella fecha, permaneciendo completamente extraño á los manejos y conspiraciones que en aquel ejército se fraguaban; pues si bien sus ideas y sentimientes empujábanle hacia la causa liberal, debía personalmente y profesaba ya gratitud y amor á la persona del Rey.

Aun recuerdo distintamente el efecto que en él produjo la noticia de lo acaecido en las Cabezas, noticia que no se esparció en Cádiz hasta el 3 de Enero. Hallábase aquel día enfermo en cama, cuando el movimiento y la agitación de la ciudad anunciaron á sus habitantes lo extraordinario del suceso. No sin que mi madre tratara de impedírselo, vistió el apenas estrenado uniforme de Estado Mayor y salió apresuradamente, anunciando que iba á presentarse á las autoridades para cumplir con su deber. Cumpliólo, en efecto, con tan buena suerte, que al siguiente día, ya entrada la mañana, uno de los amigos de mi casa penetró en ella con las mayores demostraciones de admiración, anunciando á mi madre que en todo Cádiz era llevado en lenguas el nombre del *muchacho*, el cual, en aquella noche, había salvado la ciudad de la invasión de las tropas constitucionales.

He aquí la verdad de lo ocurrido. Ofreció, en efecto, mi hermano sus servicios en aquella tarde al general Álvarez Campana y al Teniente de Rey de la plaza, Rodríguez Valdés, los cuales, sabedores de que la vanguardia de Quiroga marchaba en dirección de Cádiz, cuyas puertas debían abrir los constitucionales que en el interior la esperaban avisados, ni debieron hacer gran caso de aquel oficial adolescente, ni en verdad tenían la menor esperanza de rechazar la agresión, no pudiendo contar con la fidelidad del batallón de Soria, única fuerza que guarnecía la plaza. Mi hermano entonces, sin autorización de nadie, hubo de reunir hasta cuarenta y ocho individuos de la Milicia urbana, y adjudicándose el mando de aquellos respetables fusileros, se encaminó hacia la antigua fortaleza conocida por la *Cortadura de San Fernando*, tomando posesión de sus desmantelados muros como á cosa de las doce de la noche. Dos viejos y enmohecidos cañones

defendían el fuerte, utilizados, años hacía, únicamente en las salvas de ordenanza.

Presentáronse á poco las fuerzas sublevadas, que contestaron con algunos disparos á la intimación que mi hermano desde el muro les dirigiera, oyendo lo cual, hubo éste de mandar romper el fuego á sus cuarenta y ocho urbanos; y como no se encontrara mecha para inflamar la carga que los dos cañones encerraban, aplicóles su cigarro, produciendo dos estampidos que bastaron para que los de Quiroga tuvieran por fracasado el intento y regresaran prontamente á la Isla, engañados por aquella temeraria demostración. Curioso es advertir que aquellos dos cañonazos fueron los primeros que resonaron en España contra la Constitución de la Monarquía, y que diez y seis años más tarde, habiendo dimitido aquel oficial el mando en jefe de los ejércitos del Norte y de reserva, escribía en su *Memoria justificativa* los siguientes renglones: «Estos dos tiros me señalaron un puesto y un partido que no elegí, que había estado, que estuvo casi siempre en contradicción con mis ideas é inclinaciones, pero al que fuí tan fiel como lo he sido, lo soy y lo seré siempre, en todos los actos de mi vida pública ó privada, á cualquiera causa ó persona que mi fe reciba» (1).

Túvose en Cádiz el suceso por milagroso, y la persona de aquel imberbe oficial sirvió de blanco desde el siguiente día á los más apasionados y opuestos sentimientos, pues los muchos que en la ciudad

(1) Don Antonio Alcalá Galiano, en sus notabilísimos é interesantes *Recuerdos de un anciano*, refiere aquel hecho del siguiente modo:

«He aquí lo que había sido la inesperada y feliz resistencia de la Cortadura. Al saberse confusamente lo que había ocurrido en Arcos, donde había caído prisionero el general del ejército expedicionario, y con alguna más claridad, que habían entrado en la Isla de León tropas de los levantados, las autoridades de la plaza de Cádiz trataron de defenderla. El teniente de rey acudió al general Campana, el cual tomó el mando con cualquier título. No tenían mucha fuerza, y de la poca que tenían desconfiaban; pero nadie se movía ni alzaba la voz, y era fácil obrar cuando nadie se presentaba á oponerse, reinando en la ciudad quietud y silencio. En esto, un joven animoso tomó á su cargo la defensa de la Cortadura. Era el de quien ahora hablo, el capitán de infantería D. Luis Fernández de Córdova, tan famoso después en los anales de España, entonces de pocos años y ningún renombre, no obstante lo ilustre de su familia. Tenía yo relaciones de parentesco con Córdova y alguna amistad, y bien podría, si hubiese yo andado libre por Cádiz, haber tratado de atraerlo á nuestro partido, y es probable que lo hubiera hecho, y aun que lo hubiera conseguido, porque no tenía él opiniones políticas formadas, y de su carácter podía presumirse que lo sedujesen el atractivo de lo llamado libertad y una empresa que abría á su actividad un camino ancho y, según la opinión de muchos en aquellos días, glorioso. Pero Córdova sólo supo que había una rebelión ó sedición militar y que faltaban fuerzas para hacerle resistencia, si bien no tanto que algo no pudiese hacerse, y esto poco cubriría de gloria á quien con brío lo acometiese, mayormente si, favoreciéndole la fortuna, salía airoso de su empeño. Marchó, pues, á la Cortadura, con poquísima gente de la Milicia urbana y algunos artilleros; llegó allí, por su buena suerte y nuestra desdicha y la tardanza de Quiroga, como una hora antes de que los que venían á ocupar aquel puesto se presentasen; al sentirlos venir dió voces, armó alboroto, tocó tambores, aparentando tener consigo gran fuerza, mandó hacer disparos con tanta felicidad, que de dos cañonazos, uno hizo estrago en sus enemigos, y con su osadía y habilidad, cuando ya pocos, si acaso algún mal disparo podía hacer, vió retirarse á

simpatizaban con los promovedores de la revolución, declaraban públicamente que no tardaría en pagar con la vida su imprudencia, mientras que los de opuestas ideas le ensalzaban hasta las nubes, proclamándole héroe ó poco menos, con esa irreflexiva vehemencia tan peculiar á nuestro carácter en los días de grandes conmociones. Yo recuerdo todo esto por el estado de mortal inquietud en que mi familia, y especialmente mi madre, se encontraba, pues el improvisado personaje apenas si aparecía algunos instantes por casa con objeto de tranquilizarla, y para eso venía siempre acompañado de un tropel de gente vocinglera y armada, más propia para justificar los maternales cuidados que para desvanecerlos.

Mas no transcurrieron muchos días sin que las circunstancias deparasen á mi hermano nueva ocasión de distinguirse, comprometiéndose más, si esto era ya posible, por la causa del Rey.

El 24 de aquel mismo mes de Enero, ansiosos los conjurados de Cádiz por unirse con las tropas sublevadas de San Fernando, habían resuelto por medio de un golpe de mano apoderarse de las autoridades militares, señalando aquella noche para hacer estallar la conspiración. Hubo de recibir avisos anticipados el capitán general, y sin duda comunicóselos á mi hermano, pues éste, solo, penetró aquella noche en el cuartel del batallón de Soria, situado en Puerta de Tierra; arengó á los soldados, consiguió atemorizar á muchos y atraerse á los más, con lo cual no le fué ya difícil arrestar á los oficiales comprometidos, poner en libertad algunas autoridades que en el mismo momento comenzaban á ser reducidas á prisión, é incautarse de la persona del coronel don Santiago Rotalde, principal promovedor de todo.

Con esto quedó por de pronto seguro Cádiz para la causa del Rey, según la propia afirmación del antes citado D. Antonio Alcalá Galiano, testigo y también actor principal en aquellos graves acontecimientos y partidario acérrimo de la Constitución, por cuya causa estuvo varias veces á punto de perecer. Mi hermano, cuya prematura importancia, por tan atrevidos medios alcanzada, era ya reconocida hasta en el campo contrario, fué entonces objeto de repetidas y ventajosas proposiciones por parte de los que no habían de tardar en resultar vencedores. Á don Juan Mac-Crohón, que se acercó con tal objeto, hubo de contestarle: *Es*

los que venían á apoderarse del punto de cuya defensa se había encargado, labrando con este hecho la fábrica de su fortuna, que después tuvo su mayor aumento en una causa, si no idéntica, análoga á la de que él había sido ardoroso contrario, y todo ello, no con una deserción vergonzosa, sino al revés, sin mengua de su decoro. Pero fuerza es confesar que le favoreció la suerte, pues si Rodríguez Vera hubiese conocido el lugar donde estaba, lejos de retroceder, habría seguido por la playa, al abrigo ya de los fuegos de la fortaleza, y rodeando ésta, la habría entrado por la gola, casi indefensa, pudiendo Córdova y los suyos sólo morir con gloria, pero no rechazar á los agresores. Con esto quedó, por lo pronto, seguro Cádiz para la causa del Rey.»

tarde; el cañón ha hablado ya, y me he comprometido y ligado para el resto de mis días. Á un oficial de la Isla que intentó pasarse al partido del Rey, lo disuadió diciéndole: *No lo haga V., y téngase por feliz de morir por una causa tan bella y noble, que á pesar mío estoy obligado á combatir.* Iguales ó parecidos razonamientos opuso á las excitaciones de Arco Agüero, Alcalá Galiano y otros. Hasta el último instante mantuvo inquebrantable su juvenil entereza. No es, por lo tanto, extraño que conocidas después por el Rey tales circunstancias, le dispensara verdadera amistad y le mantuviera en su favor hasta el último día de su vida, facilitándole una carrera rapidísima y brillante.

Pero los acontecimientos públicos se desarrollaban rápidamente. Apurada la situación de los sublevados en aquellos dos primeros meses de Enero y Febrero entre las tropas del general D. Manuel Freire, y la guarnición de Cádiz subyugada por los esfuerzos y denuedo de algunos atrevidos, pocos eran los de la ciudad que esperaban el triunfo de la revolución en España; y sin embargo, nunca había estado más inmediato. El 21 de Febrero proclamábase la Constitución en la Coruña, el 5 de Mayo en Zaragoza, pocos días después en Barcelona y Pamplona, mientras que en Cádiz penetraba el general Freire y daba lugar por su indecisión y vacilante conducta á que el 9 de aquel mes de Marzo, recibidas ya las noticias de lo acaecido en Galicia, se proclamara también la Constitución, inscribiéndola en la plaza de San Antonio las turbas amotinadas, que celebraron aquella noche el suceso con iluminaciones, clamoreos, repiques de campanas y otras mil manifestaciones turbulentas, que, por inusitadas y extraordinarias, grabáronse de un modo indeleble en mi memoria. Burlando la vigilancia de mi madre, tuve ocasión de presenciar muchas de aquellas escenas, y aun recuerdo la sobrecogida actitud de los generales Freire y Villavicencio, asomados al balcón de una de las casas de la plaza de San Antonio, sin alentar ni contener por medio alguno el movimiento.

El siguiente día, 10 de Marzo, fué, como es sabido, de luto y desolación para Cádiz. Ni los generales, ni los jefes de mayor prestigio, entre los que sin vacilación ni vanagloria puedo contar á mi hermano, consiguieron evitar que la desenfrenada soldadesca cometiera excesos y desmanes contra la pacífica multitud. Por espacio de algunos días, el que estos renglones escribe, hubo de permanecer encerrado en compañía de todas las mujeres de su familia, sin escuchar otra cosa que de vez en cuando algunos disparos en la calle, correr de gentes, lamentos é imprecaciones, hasta que más en sosiego la ciudad, aunque amedrentada y ansiosa, súpose que el Rey había jurado en Madrid la Constitución y que debían las tropas de San Fernando hacer su triunfante entrada en

Cádiz, reemplazando á las que con medrado éxito y censurables medios, en los últimos días, habían sostenido la contraria bandera.

Resultó para nosotros, de aquellos hechos, que mi hermano salió de Cádiz para incorporarse en Madrid á su regimiento, si bien tuvo al poco tiempo que abandonar la capital por virtud de la causa que se formaba con motivo de los acontecimientos del 10 de Marzo en Cádiz, de la cual no le resultó ningún cargo, pero sí no escaso número de riesgos y compromisos con los patriotas, y más de un lance personal con los oficiales liberales, lances que sostuvo con entereza y buena fortuna. Sólo de éstos citaré dos. Tuvo lugar el primero en el Puerto de Santa María, pocos días después de jurada por el Rey la Constitución. Exaltadas las pasiones y envalentonados los liberales por su reciente triunfo, dominaban en aquella ciudad con demostraciones ruidosas y exigencias inaguantables para los vencidos. De los más exaltados eran los oficiales del escuadrón de artillería de Riego, los cuales habíanse posesionado del mejor café de la ciudad, situado, si mal no recuerdo, en la calle Larga, declarando públicamente que *prohibían* la entrada en él á todo el que no fuera reconocido partidario de la revolución. Hubo de llegar esto á noticia de mi hermano, que á la sazón se encontraba en el Puerto esperando el medio de trasladarse á Madrid, y una tarde, en los momentos en que toda la oficialidad de Riego se encontraba en el citado café en torno de una gran mesa corrida, penetró solo en él, tomando asiento en otra inmediata. Era mi hermano sobradamente conocido de todos los que habían pertenecido al ejército expedicionario de Ultramar, como también sus hechos y opiniones manifiestamente contrarias á la Constitución, y así, fácil es comprender el efecto que produciría su presencia en aquel sitio. La provocación fué inmediata.

—¡Á ver, mozo, mozo!—gritó mi hermano descompasadamente, dando con su bastón fuertes golpes sobre la mesa—traiga V. café;—y señalando con el dedo á los oficiales, añadió:—¡Antes que á los señores!

Nadie se explicó entonces, como no me explico yo ahora, qué causas movieron á la oficialidad aquella, en que figuraban hombres de corazón probado, á no recoger el guante. Pero el caso fué que mi hermano tomó su café, fumó su cigarro y permaneció en el local largo rato, sin que ninguno de los que en él estaban le dirigiera una sola palabra.

Meses más tarde, encontrándose en Sevilla, obligado á permanecer en aquella ciudad en virtud de los procedimientos que se le seguían por los sucesos de Cádiz, debió una noche en el teatro de pasar, para sentarse en su luneta, cerca de uno de los oficiales del ejército liberal, que ocupaba otro asiento en la misma fila, y como indefectiblemente tuviera precisión de rozarle, el oficial, después que mi hermano hubo pasado, cogió uno de los faldones de su levita y lo sacudió violentamente como

para librarse del polvo que le hubiera dejado aquel contacto. El insulto fué evidente, y la reparación pedida en el acto. Al siguiente día, en efecto, verificábase el duelo, cayendo el oficial atravesado de una estocada.

Mi madre resolvió por aquella época establecerse en Madrid con sus hijos menores, no ya sólo para atender mejor á nuestra educación y carrera, sino porque en Cádiz, donde, como digo, dominaba con despótica intolerancia el partido triunfante, hacíase insoportable la vida para aquellas familias que la opinión pública designaba, con más ó menos fundamento, como partidarias del antiguo régimen. La circunstancia de haberse trasladado á Madrid, poco tiempo después, mi abuela paterna doña Julia de Rojas, cuya ancianidad requería grandes cuidados y asistencias, hacía más interesante además nuestra permanencia en la corte.

Y ya que el nombre de mi abuela ha venido como de pasada á estamparse en estas páginas, no seguiré sin dedicar á su memoria algunos renglones. Era doña Julia de Rojas una señora en quien lo ilustre de su cuna y la alta posición de su marido habían desarrollado el orgullo de raza, y pretensiones, llevándolas á un extremo no admitido en esta época, aunque en aquélla era achaque regular y corriente. En Cádiz solía llevar, como muchas damas de su tiempo, á guisa de cinturón, el fajín rojo con los entorchados de teniente general de su marido, y siempre que salía á la calle, bien á paseo por la muralla de mar, bien en coche por Puerta de Tierra, hacíase rendir los honores que al general su marido por ordenanza correspondían, de todas las guardias, tropas ú oficiales sueltos que á su paso encontraba. Muchas veces he oído relatar á mi madre el hecho, muy comentado en Cádiz, de haber arrestado aquella señora en banderas, cierto día, al capitán del principal situado en la plaza de San Antonio, por haber omitido á su paso, el desgraciado, formar la guardia y batir marcha. No tuvo más hijo que mi padre, al que siendo mozo y guardia marina, arrestaba también frecuentemente, ora con objeto de corregir sus faltas militares, ora con el de impedirle viera á su novia y mi madre, pues hacía entonces guerra sin cuartel á aquel enlace.

Cuando tuvo lugar el desastre de San Vicente, y vió á su marido encausado y privado temporalmente del empleo, condújose con la más varonil entereza, siendo modelos de dignidad y de tesón las representaciones escritas que envió al rey D. Carlos IV y al privado Godoy. Desde su viudez ocupábase desde por la mañana temprano en examinar y consultar todos los papeles de familia, y especialmente los referentes al combate y al proceso, embrollándolos y confundiéndolos con tal éxito, que todavía no he podido yo ordenarlos completamente, á pesar de haberlo más de una vez intentado. Exigía siempre en sus últi-

mos años tener alguno de sus nietos á su mesa, y al terminar la cena rezaba siempre con la familia y servidores largas oraciones por el descanso eterno de su hijo, cuya muerte todos los días lloraba.

De todos sus nietos, tuvo siempre singular preferencia por mi hermano D. Luis, en quien la ilustre señora preveía quizá sus destinos.

Nuestro viaje á Madrid realizóse en las que entonces se llamaban galeras *aceleradas*, tardando desde Cádiz muy cerca de veinte días con otras tantas noches, que, por lo regular, se pasaban en las ventas y mesones del camino, en cuyas miserables viviendas, exceptuando las comidas más detestables, de todo carecían los viajeros; y cuéntese que este servicio se hacía sólo una ó dos veces al mes entre las capitales de provincia y la corte, aprovechando la ocasión muchos arrieros que con interminables recuas cargadas de granos, frutos ó tejidos, extendíanse á lo largo de las malhadadas carreteras reales; de modo que, más que otra cosa, parecían aquellas expediciones largas caravanas atravesando el desierto. Añadíase á las incomodidades de tales convoyes el sobresalto continuo de los viajeros, temiendo á cada instante ser víctimas de los malhechores, ladrones y cuadrillas armadas que infestaban los campos y saqueaban los caminos, siempre que previamente no se hubiera ajustado con ellos la libertad de atravesarlos, mediante crecidos estipendios. A veces las galeras detenían su partida hasta que lo verificara tal ó cual fuerza del ejército, que no bastaban siempre para garantir la vida y fortuna de los viajeros, pues más de una vez fueron en aquella época derrotadas por las partidas de facinerosos, y especialmente por la de los famosos *siete niños de Écija*, trabándose sangrientas y reñidísimas acciones. Más afortunados nosotros que otras familias, tuvimos escoltas numerosas, que las autoridades militares concedieron á mi madre por consideración á su posición y á sus desgracias. Recuerdo mucho la impresión que en mí y en mis hermanos produjeron 30 coraceros de carabineros Reales que, con un oficial, nos acompañaron desde Carmona á Écija.

Ya en la corte, y siempre al lado de mi buena madre, que demostró en todas ocasiones grande interés por nuestra educación, comencé mis estudios asistiendo á un colegio establecido en la calle de los Jardines, á donde concurrían hijos de familias distinguidas. Recuerdo, entre otros, á D. Juan y á D. José de la Pezuela, hijos del general, virrey que fué del Perú. Otro de mis hermanos, D. Ramón, de un año más que yo, fué al colegio de la calle de San Mateo, que había fundado D. Alberto Lista, y que se hizo famoso, no sólo por el nombre ilustre de este sabio maestro, sino por haber salido de sus aulas toda la generación de los poetas del romanticismo. Allí estudiaron Espronceda, Vega, Escosura, Felipe Pardo, muchos otros, y el mismo D. Juan de la Pezuela, hoy Conde de Cheste, que del de la calle de los Jardines pasó al del ilustre pedagogo,

poeta, historiador, escritor político y matemático, que todo esto era Lista y en todo sobresalía.

Entregado á estos primeros cuidados y tareas pasé aquellos primeros años de mi juventud, siendo más de una vez espectador casi inconsciente de todo lo que en Madrid acontecía, presenciando las continuas, ruidosas y á veces sangrientas manifestaciones de la opinión, que con frecuencia estallaban en las calles y plazuelas, ó en los cafés, teatros y paseos; pero formándose mis opiniones políticas en una época en que nadie estaba exento de sustentarlas con extraordinaria violencia, incluso las mujeres y los niños. Sinceramente confieso que desde pequeño túvelas muy realistas, bien por el ejemplo que mis hermanos me ofrecían, escuchando sus conversaciones é interesándome ardientemente en sus vicisitudes, bien por la especie de veneración, casi religiosa, que la persona del Rey me inspiraba. Apenas existía entonces un verdadero partido liberal en España, y aquellos que no ocultaban sus opiniones avanzadas eran considerados por la parte más sana del país como demagogos puros que traerían para España los horrores de la revolución francesa de 1793.

Justo es que consigne aquí esta circunstancia, desconocida de la generación presente, en verdad no muy exactamente informada del verdadero espíritu de aquella época, cuya fisonomía han retratado sólo hombres pertenecientes entonces á los partidos exaltados, con el natural interés de justificar su dominación y sus actos. Alcalá Galiano, Lafuente, Mesonero Romanos, Miraflores, Quintana y otros de la propia escuela fueron los únicos que ilustraron con producciones literarias estos anales, publicando obras por regla general notabilísimas, pero forzosa y naturalmente parciales en la mayor parte de sus apreciaciones políticas.

Y no es que yo pretenda, ahora ni en todo el curso de este modestísimo trabajo, invadir el campo de la Historia. Propóngome tan sólo relatar aquello de que fuí testigo presencial, ocupándome más adelante de los acontecimientos en que tomé una participación personal y directa, pues á esto y no á otra cosa puede sólo aplicarse en justicia el título de *Memorias*. Mas en mi calidad de habitante de la corte en aquellos años turbulentos, y de mozalbete que se avenía mal con largas permanencias en el hogar materno, tuve ocasión de presenciar muchos de los principales acontecimientos de la época, formando después, con ayuda de tales recuerdos, juicios y apreciaciones que, exactas ó no, erróneas ó fundadas, entrego hoy sinceramente al examen público.

Forzoso es convenir, de todos modos, que el restablecimiento del régimen constitucional en aquel año fué acogido en los primeros momentos con efusión y alegría por la mayoría de los españoles; pero es también exacto, y por todos reconocido, que aquella mayoría trocóse

pronto en exiguo grupo, el que, si bien contaba con hombres eminentes y dispuestos, no tardó mucho en divorciarse de la opinión por efecto de sus propios desmanes y exageraciones. Creíaseles más numerosos, porque en todas partes se encontraban; lo mismo acudían á los cafés bullangueros, que á las manifestaciones de la Puerta del Sol, de Palacio, de la Casa de Villa ó á las tribunas de las Cortes, ahogando con sus gritos y amenazas la voz de los diputados que no seguían su desatentada dirección, y silbando á los ministros que gobernaban bajo principios sensatos é inspirados en sentimientos verdaderamente liberales y patrióticos. La intolerancia y la violencia del partido exaltado llegó á un extremo que difícilmente puede concebirse en estos tiempos de costumbres políticas más sensatas y prácticas. Aquellos que, aunque liberales, no pertenecían á sus logias ó sociedades secretas, no podían salir á los paseos ni transitar por las calles sin exponerse á sus insultos y amenazas, que en muchos casos pasaban á vías de hecho. Ni aun el domicilio era sagrado para aquellas turbas tumultuosas, que garantidas por la impunidad, nada respetaban. Muchas noches acudían á las casas de inermes ciudadanos cantándoles el *Trágala*, que los pacíficos habitantes de Madrid oían con terror, como amenazas de muerte. Otras, por cualquiera noticia, ó con pretextos livianos, la osadía y la insolencia de aquellos llamados liberales llegaba hasta el extremo de cantar el mismo *Trágala* al Rey, debajo de los balcones de sus regias habitaciones, acompañando tan groseros actos con motes y nombres insultantes, tales como *narizotas*, *cara de pastel* y otros que no consignaré, dirigidos á la virtuosa Reina y á las Infantas, constituyendo con esto una amenazadora reproducción de aquellas escenas que señalaron el comienzo de la sangrienta revolución francesa. Más adelante, y cuando, por efecto de los acontecimientos de Aranjuez, comprendieron que los sentimientos del Monarca eran manifiestamente contrarios al Código político de 1812, no podía salir el Rey de Palacio sin que á su paso por las calles le esperaran apiñados grupos de patriotas que, rodeando ó siguiendo su carroza, iban continuamente gritando en son de chacota y burla: *¡Viva el Rey Constitucional!*, acentuando la última palabra, con manifiesta intención de zaherirle.

Como siempre acontece en los períodos revolucionarios, dividiéronse á poco los vencedores, formándose dos partidos políticos que reconocían igual origen, si bien tomaban distintos rumbos. Los más identificados con el nuevo orden de cosas llamáronse *exaltados*, y *moderados* aquellos que, como Toreno, Martínez de la Rosa, Argüelles, etc., deseaban el planteamiento de un gobierno estrictamente constitucional á la manera inglesa, tan alejado de las utopias y exageraciones de los primeros como de lo que representaban los *realistas*, *serviles* ó *feotas*, como se llamó más tarde á los que, titulándose *defensores de la fe*,

defendieron en los campos y con las armas los primitivos é ilimitados derechos de la antigua Monarquía.

Reuniéronse los *exaltados* desde los primeros días de la revolución, con objeto de comunicarse sus opiniones y de *pensar alto*, como entonces se decía, en un café que había establecido en la Puerta del Sol un italiano llamado *Lorencini*, cuyo establecimiento tomó el nombre de su propietario, personaje que, por aquella fortuita circunstancia, ha pasado á la historia de nuestras contiendas civiles. Los *ciudadanos*, que así se apellidaban entre sí desde entonces los liberales, por imitación á los franceses, subidos sobre las mesas de aquel café, improvisaban arengas y peroraciones invariablemente encaminadas á celebrar el advenimiento de la libertad, á exaltar á los caudillos del levantamiento y á combatir á todos cuantos no participaban de aquel épico entusiasmo, incluso á los Ministros liberales, á quienes tachaban de excesivamente reaccionarios, tímidos y subordinados á la autoridad Real. Aquella reunión del café de Lorencini fué la primera manifestación de este género que se produjo en España, siguiéndose poco después la fundación de una sociedad que, bajo el severo título de *Los Amigos del orden*, se estableció en otro café, no lejos del de Lorencini, llamado de *La Fontana de Oro*, que tenía acceso por la Carrera de San Jerónimo, y cuyas ventanas se abrían á la



Don Antonio Alcalá Galiano.

calle de la Victoria, cuajada siempre de numeroso gentío desde las siete de la noche en que comenzaban los discursos.

Muchas veces salía yo con mis compañeros de colegio, y siguiendo el general impulso, ó entraba en *La Fontana*, ó desde la calle de la Victoria escuchaba aquellos debates, en que tomaba estrepitosa parte el público de las mesas y el que afuera estacionaba, ora con atronadores aplausos, ora con prolongados silbidos, según que el orador lograba ó no satisfacer á sus pasiones. Allí escuché los arrebatados discursos de Alcalá Galiano, cuya fogosa elocuencia era por todos admirada, cuando no las ideas y teorías de que hacía público alarde. El poeta Gorostiza, Cortabarria, los dos hermanos Adan y algunos otros que no tengo presente, fueron con Galiano el alma de aquella sociedad patriótica, donde se vertieron las opiniones más extremadas con la vehemencia propia de tales circunstancias. Recuerdo que una noche, después de terminar un discurso que versó sobre lo acaecido con motivo de la disolución del Real cuerpo de Guardias de Corps, salía Galiano, que era pariente nuestro, de La Fontana, rodeado de un grupo de admiradores, y como me divisara cerca de la puerta, vínose á mí diciéndome:—*¡Hola! ¿Tú también por aquí? Pues dí de mi parte á tus hermanos que se vengan con nosotros y vestirán pronto los entorchados de general.*

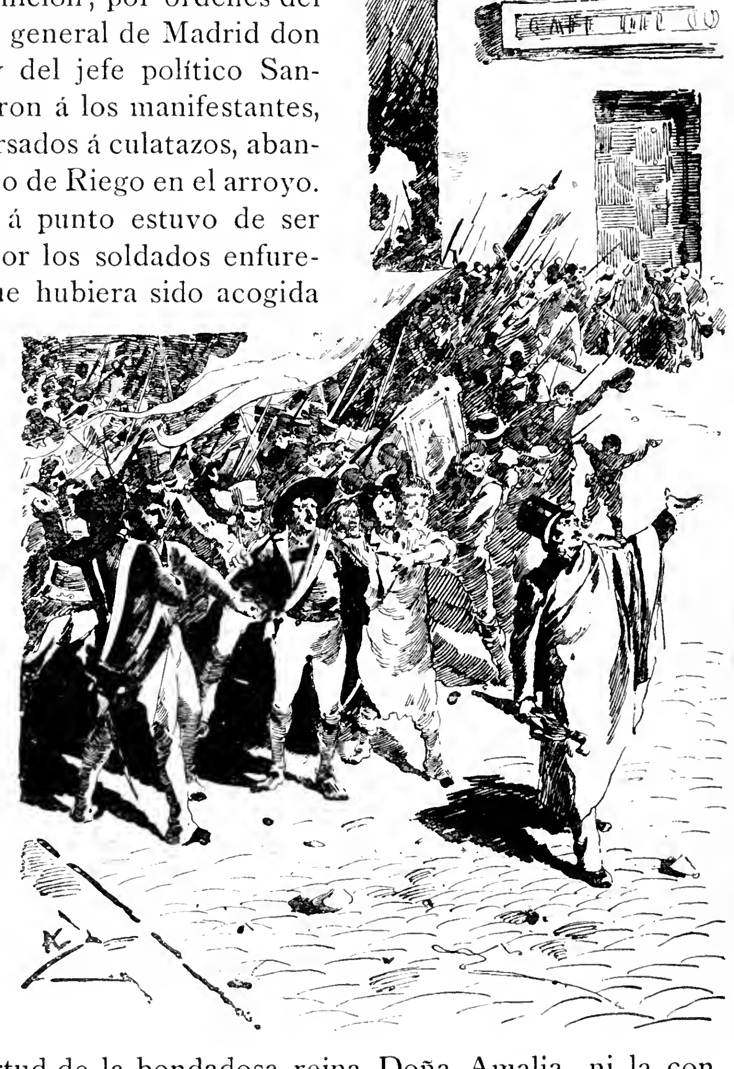
No era ciertamente en irse con los de *La Fontana* en lo que pensaban por entonces mis hermanos. Afiliados al partido contrario, es decir, á los *realistas* ó *serviles*, vivían en estado de permanente conspiración, y ocupábanse, como la mayor parte de la Guardia, á cuyos regimientos pertenecían, en urdir tramas y fraguar *complots* para derribar en breve plazo á los restauradores de la Constitución, hostilizando de igual modo á las dos fracciones del partido liberal, aunque por efecto de un maquiavelismo político tan empleado después en España, dirigían sus tiros preferentes del lado de los *moderados*, alentando á los exaltados en su desatentada conducta, pues sus crecientes excesos deberían redundar en el inmediato descrédito del nuevo sistema de gobierno. Formaron entonces los *realistas*, á ejemplo del partido contrario, varias y tenebrosas sociedades secretas, una de ellas denominada, si mal no recuerdo, la de los *anilleros*, por usar los adeptos iguales y simbólicos anillos, y otra la del *Angel exterminador*, de la que mi hermano Luis fué nombrado Vicepresidente en la primera época de su fundación, y donde, en vez de pronunciarse discursos como en las sociedades patrióticas, sujetábase á los afiliados á pruebas y juramentos terribles, y tratábase cada día de allegar los medios para derribar lo existente. A esta conducta contestaban los liberales con la formación de otras sociedades secretas no menos terroríficas, que venían á ser como el complemento de las patrióticas de que me he ocupado, entre las que tomaron grande

incremento ó influyeron no poco en los asuntos públicos, la de los *masones*, la de los *comuneros* y la de el *Grande Oriente*. De tales hechos no podían menos de resultar choques y conflictos constantes y escenas de desorden lamentables, excitados además los ánimos por la misma intervención de muchas damas y elevadas señoras que no tenían inconveniente en hacerse inscribir como *socias* en aquellas juntas secretas, no siendo las últimas en asistir á ellas, ni las menos vehementes en acalorar las imaginaciones, mezclándose con tal motivo la política con muchas intrigas y aventuras galantes de color subido.

Epoca era aquella en que todo el mundo estaba obligado á sustentar una determinada opinión, haciéndola pública por cuantos medios tuviera á su alcance, no admitiéndose por nadie, ni las componendas ó sutilezas á que nos tienen ahora acostumbrados los hombres públicos contemporáneos, ni los términos medios, cualesquiera que fuesen. Las clases inferiores del pueblo, en el campo y en las ciudades, eran decididamente partidarias del anterior régimen, así como la nobleza toda y el clero; pues si bien muchos grandes y títulos de Castilla, tales como Alcañices, Altamira, Gor, Perales, Abrantes, Noblejas, Oñate y otros, se apresuraron á inscribirse en los batallones y escuadrones de la Milicia nacional en los primeros días, hiciéronlo con la intención, apenas oculta, de garantir de ese modo sus casas y propiedades ante los desórdenes que todos preveían para época no lejana.

Las asonadas y motines eran cosa frecuente, y ya por conocidos, apenas si lograban interesar gran cosa al vecindario. Nada era más común que ver á Madrid cruzado de patrullas, con las tropas formadas en las plazas, ó sobre las armas en los cuarteles, circulando por las calles las masas de patriotas cantando á voz en cuello el *Himno de Riego*, que el mismo Riego entonó una célebre noche en el teatro, al propio tiempo que el insultante *Trágala*. Los pertenecientes á los cafés de *Lorencini*, de la *Fontana*, de la *Cruz de Malta*, y de otras sociedades, hacían también por cualquier motivo públicas y ruidosas manifestaciones, exigiendo á veces que el Gobierno confirmara lo que ellos resolvían. Casi todos, y para esos casos solemnes, llevaban en los sombreros, ó rodeándoles el cuerpo, grandes cintas verdes, en las que con letras de oro se leía el lema de *Constitución ó muerte*. Las mujeres, los niños y muchos soldados de los regimientos del ejército llevaban iguales distintivos. El público, si bien vivía así en continua zozobra, llegóse á familiarizar con las asonadas, y en más de una ocasión aconteció que, anunciadas de antemano por los periódicos y los discursos de los tribunos callejeros, preparábanse los vecinos pacíficos á presenciarlas desde los balcones, cual si se tratara de una procesión ó revista. Así hubo de ocurrir cuando, destituído el general Riego de la Capitanía general de Aragón, acorda-

ron los de la *Fontana* y demás exaltados protestar de aquel acto públicamente, paseando por todas las calles de la Corte el retrato del héroe popular, en son de amenaza y reto. Los balcones de la calle Mayor se poblaron aquel día como si hubiera sido el del Corpus ó el Jueves Santo; las mujeres vistieron sus mejores atavíos, y yo, como lo tenía por costumbre, salí siguiendo con algunos compañeros de colegio la tumultuaria comitiva del retrato, y presenciando en la calle Mayor cómo las tropas de la guarnición, por órdenes del entonces capitán general de Madrid don Pablo Murillo y del jefe político San-Martín, disolvieron á los manifestantes, los cuales, dispersados á culatazos, abandonaron el retrato de Riego en el arroyo. Por cierto, que á punto estuvo de ser hecho pedazos por los soldados enfurecidos; acción que hubiera sido acogida con gran contentamiento mío y satisfacción de los *realistas* incipientes con quienes iba.



Muchas veces aparecían en las esquinas carteles y pasquines, en los que groseramente se injuriaba al Rey con frases imposibles de estampar, sin que tampoco se respetara en ellos la reconocida virtud de la bondadosa reina Doña Amalia, ni la con-

ducta de las damas de la corte. Como represalias, salían á veces grupos de *realistas* en las altas horas de la noche, y con inmundicias de toda especie cubrían la lápida de la Constitución, que al siguiente día aparecía así mancillada. Por estos y otros ejemplos podrá advertirse el estado en que se encontraba el país, y la desdichada situación del Gobierno, obligado á contener por un lado á los ardientes partidarios de las nuevas instituciones, á parar por otro los continuos golpes que los absolutistas le asestaban, y á luchar cada día con el odio mal encubierto del Rey, secretamente adherido á cuanto maquinaban sus parciales.

Una tarde, en Mayo de 1821, creyeron, en fin, los realistas que el término de la revolución era llegado, y que el Monarca, cansado de sufrir vejámenes y humillaciones, había resuelto recoger las riendas del gobierno. Con motivo de una partida de facciosos de insignificante fuerza, levantada cerca de Madrid sobre el camino de Cuenca, habíase preso y conducido á la cárcel de corte al presbítero D. Matías Vinuesa, cura de Tamajón, acusado, sin pruebas, de haber contribuído á formarla (1). Era éste un respetable varón, de virtudes evangélicas, adorado de sus feligreses y de los pueblos comarcanos. Contra aquel sacerdote inofensivo desencadenáronse las furias de los demagogos, excitados en los *clubs* y en las sociedades secretas, y una mañana corrieron en tropel á la cárcel, forzaron sus puertas y asesinaron á martillazos al virtuoso presbítero, que, prosternado delante de un crucifijo, recibió la muerte con la resignación del justo y la mansedumbre del inocente. Sus asesinos, ebrios de furor y sedientos de sangre, recorrieron durante algunas horas de la tarde, sin oposición ni hostilidad alguna, las calles de la capital, mostrando á la población los martillos con que habían consumado el crimen y los pañuelos empapados con la sangre de la víctima. Recuerdo con indignación todavía el aspecto aterrado de la población, entregada sin defensa á los instintos sangrientos y brutales de aquellos malvados.

El Rey entonces, apreciando el estado moral del pueblo y del ejército, y todo el partido que podía sacar de aquella situación excepcional, vistióse el uniforme, y acompañado sólo del Duque de Alagón, su capitán de Guardias, bajó á la plaza de Armas de Palacio, adonde por su orden habían formado los dos batallones de sus Guardias que cubrían aquella tarde el servicio, y que lo recibieron en orden de parada, con demostraciones evidentes de entusiasmo. Conviene recordar que la Guardia componíase por entonces de aquellos aguerridos soldados que tanto

(1) Tengo para mí, y no me faltan motivos para afirmarlo, que ni escribió los papeles que se dice le fueron encontrados, ni tuvo conocimiento de ellos hasta que sirvieron de base á la acusación de que fué objeto.

ilustraron sus banderas en las jornadas gloriosas de Bailén, de Talavera y de la Albuera, y que, veteranos todos, veían en Fernando VII todavía el sagrado objeto que les hizo derramar su sangre sobre aquellos campos memorables. El Rey en este día dirigióles la palabra con una voz firme, sonora y vibrante, que llegaba al corazón. Sesenta y un años han transcurrido desde entonces, y todavía me parece que mis ojos ven lo que allí pasó y que mis oidos oyen el acento del Rey: «Soldados—les dijo en medio del más profundo silencio, y con la voz más enérgica que jamás he escuchado en los labios de un general—el atentado cometido esta tarde contra la persona del presbítero don Matías Vinuesa, mañana lo cometerán contra mi persona ó contra vosotros mismos. Soldados: yo confío en vosotros, y vengo ante vuestras filas á preguntaros si estáis dispuestos á defender á vuestro Rey constitucional.»

S. M. el Rey
Don Fernando VII.

Difícil me sería describir aquel espectáculo: los soldados no rompieron las filas para acercarse al Monarca, por respeto á la disciplina; pero levantando los fusiles, agitando las banderas y poniendo los morriones sobre las puntas de las bayonetas, prorrumpieron todos en aclamaciones no interrumpidas durante largo tiempo, en el que se oyeron muchos vivas al *Rey absoluto*, mientras que éste recorría las filas y con-

testaba con palabras cariñosas á sus entusiastas manifestaciones. Al pasar por el frente de mi hermano D. Luis, que servía como alférez del regimiento de Guardias españolas, le gritó éste, con aquella irresistible vehemencia de su carácter: *¡Señor, hasta morir!....—Lo sé, Córdova,* hubo de contestar el Rey; palabras, en aquella época, de inestimable precio, y que, transmitidas el mismo día á toda la familia, sirvieron de nuevo estímulo, si es que estímulo alguno necesitábamos, para proseguir en la defensa de lo que llamábamos *inviolables derechos de la persona del Rey.* Fernando VII, como ya he dicho, fué para cuantos llevaban mi nombre, verdaderamente sagrado.

Todo el mundo creyó en Madrid, después de la revista, que el Rey había dado el primer paso para recoger las riendas del gobierno y refrenar la anarquía, castigando severamente el crimen; pero se engañaron. El Rey entró en Palacio después de aquel ensayo, y comprobado así el prestigio de su persona, volvió á entregarse á los débiles consejos de sus favoritos y ministros. Soy de los que entienden que en los momentos de suprema crisis deben los reyes guiarse sólo por sus propias inspiraciones é iniciativa, aprovechando la decisiva influencia que indudablemente ejercen en el espíritu de las muchedumbres. D. Fernando VII debió en aquel día ponerse al frente de los soldados de la Guardia, reunir la guarnición, hablar á su pueblo, desarmar la parte más exaltada de la Milicia nacional y castigar rudamente á los asesinos infames del presbítero Vinuesa. La tímida política del partido gobernante, y las vacilaciones del Monarca, nos condujeron pronto á nuevas catástrofes, porque ha sido siempre fatalidad de los liberales españoles no acertar á imponer el rigor de la ley entre sus propias huestes, ni saber distinguir de entre sus honrados partidarios á los que en tiempos de libertad se erigen en déspotas y dictadores, amparados por ella.

La revista, pues, no dió los resultados que apetecían los innumerables partidarios del Trono, y aumentó, por el contrario, la osadía de las sociedades secretas, que atribuyeron, como siempre acontece en tales casos, á miedo lo que era en los consejeros de Palacio una mal entendida prudencia. Comprobóse de todos modos un hecho que debió animar al Monarca: desde luego podía contar con la adhesión del ejército y con el amor del pueblo, sin otros estímulos que su presencia y su palabra. La opinión de las clases de tropa érale favorable hasta los límites del entusiasmo; y si bien es verdad que algunos oficiales sustentaban ideas exageradas, estaban en muy contado número y era tan insignificante su influencia, que en los mismos cuerpos se consideraban comprometidos de muerte ante sus propios soldados, y ninguno se hubiera atrevido á presentarse en las filas, en supremos momentos. El desgraciado Landamburu fué asesinado por los de su

regimiento de walones, en el mismo patio interior del Real Palacio, y no transcurrieron muchos días sin que la pena de muerte se aplicara á



Don Francisco Martínez de la Rosa.

dos soldados de su compañía, acusados de haber perpetrado el alevoso crimen, como también al oficial Gafién, á quien se atribuyó una coparticipación horrenda, quizá calumniosamente.

Ante la política incierta del Gobierno, las pasiones y las violencias de los partidos se exacerbaban. Los hombres previsores esperaban graves acontecimientos, que no acertaría á conjurar, á pesar de sus buenos deseos, el célebre patricio que regía á la sazón los destinos públicos. D. Francisco Martínez de la Rosa, de honradez probada, de moderación suma, de elocuencia reconocida y de inteligencia esclarecida, carecía de las cualidades de energía y carácter que hacían indispensables lo grave y peligroso de la situación. Recuerdo muy bien que, por lo general, considerábase entonces como causa primera de todos los trastornos, aquellos principios democráticos que consignaba la Constitución del año 12; y así fué que el Rey y los Ministros resolvieron, de común acuerdo, sustituirla con otra que encerrara principios más conservadores y autoritarios, encargando su elaboración á Martínez de la Rosa, el cual secretamente la redactaba para imponerla al país un día por medio de un golpe de fuerza, si bien parece que el Gobierno estaba resuelto á convocar después Cortes que la sancionaran. Pero aquel proyecto fracasó de un modo que bien merece relatarse. Cuéntase que entre las novedades que Martínez de la Rosa introducía en el nuevo Código, figuraba, á más del Congreso de Diputados, un segundo Cuerpo deliberante, especie de Senado ó Estamento de próceres.

—¡Cómo! ¿dos Cámaras?—hubo de exclamar el Rey al serle sometido el proyecto por su primer Ministro;—¡dos Cámaras, cuando no podemos con una!.... ¡jamás!.... No admito tu Constitución.

Y fuera que Fernando VII no entendiera de aquellas teorías parlamentarias, ó fuera que no quisiera admitir Cámara alguna, lo cierto es que, según datos que tengo por muy fidedignos, Martínez de la Rosa quedó desde aquel momento derrotado en su favor y confianza, y que el Monarca sólo se ocupó desde entonces en tramar conspiraciones con su Guardia Real, esperando el momento anhelado de destruir todo el edificio de aquellas libertades. Mas anduvo torpe y desacertado en la elección de medios. Desconfiaba de todos sus generales, sin querer entenderse particularmente con ninguno, ni siquiera con D. Pablo Morillo, capitán general á la sazón de Castilla la Nueva, que aspiraba á su favor, que parecía muy dispuesto á servir su causa, y que reunía al mando militar de Madrid gran crédito en la opinión y fama merecida de valeroso soldado.

Así las cosas, cuatro batallones de la Guardia, un día, sin asociarse á otras fuerzas de las muchas adictas al Rey que guarnecían la capital, salieron inopinadamente de sus cuarteles, dirigiéndose al Real Sitio del Pardo, mientras que otros dos regimientos, también de la Guardia, entraron en Palacio para reforzar su custodia. No he de referir todos

los accidentes de la célebre é infortunada acción del 7 de Julio, tan comentada en la historia de nuestras contiendas civiles; pero es fuerza que acerca de aquellos acontecimientos diga algo desconocido para la mayoría de las gentes.

Desde luego es deber mío corroborar lo afirmado por el general Don Luis Fernández de Córdova en su *Memoria justificativa*, al ocuparse de aquellos acontecimientos en la parte que dicho libro consagra á sus antecedentes políticos: «La sinceridad, dice, es una ley irresistible de mi organización, y por mucho que con ella pueda servir á mis enemigos, nada he de ocultar ni disimular: aquella conspiración, su concepción y su conducta hasta que estalló, todo fué obra mía, sólo mía, y en todo tuve que luchar y triunfar contra toda clase de obstáculos y dificultades.» A muchos extrañará sin duda que un subteniente, que apenas alcanzaba en 1822 la edad de veintitres años, ejerciera tan personal y decisivo influjo en el ánimo de sus compañeros de armas y en el curso de los acontecimientos públicos. Pero ya conoce el lector de qué manera hubo mi hermano de asentar su inciativa y opiniones políticas en Cádiz dos años antes, y debe presumir el favor de que gozaba cerca de la persona del Rey, que veía en aquel joven un hombre dispuesto á jugarse cien veces la vida en defensa de sus intereses, y cuya elocuencia, fogosidad de carácter é impetuosos empeños eran los más propios para arrastrar á sus compañeros por cualquiera suerte de resoluciones, en aquellos días de exaltaciones locas y de temerarios arrebatos.

Desde el 2 de Julio hasta la noche del 6, en que se decidió en el Pardo el ataque á Madrid, dos géneros de negociaciones de índole distinta lleváronse á cabo entre los sublevados y la capital: las unas son conocidas en la Historia, y redujéronse á los tratos habidos entre el Gobierno y los sublevados por intermedio del coronel Pintado, tratos que fracasaron por consecuencia de la actitud de mi hermano, el cual confiesa que, «cuando ya estaban los batallones reducidos á obedecer al coronel y á subdividirse, me opuse, haciendo prevalecer mi dictamen, que rompió toda la negociación»: las otras fueron las entabladas entre los oficiales de la Guardia y el Rey, cuyos ignorados detalles puedo yo ahora revelar en esta exposición sincera de mis MEMORIAS ÍNTIMAS.

En la noche del 5, mi hermano Luis, comisionado por todo el cuerpo de oficiales, salió del Pardo y penetró secretamente en Palacio, celebrando con Fernando VII una conferencia de tres horas, presenciada únicamente por el Duque de Alagón y el Conde de la Puebla del Maestre, sumiller de Corps. Pretendían los oficiales que S. M. saliese de la capital después de hacer un llamamiento á las tropas adictas que en la guarnición tenía, y que con ellas y los seis batallones de la Guardia se situara en Aranjuez, á cuyo punto, desde inmediatas provincias, acu-

dirían otros cuerpos, formándose así á las puertas de Madrid un ejército respetable que inmediatamente recuperaría la capital y vencería á la revolución sin derramamiento de sangre, pues era evidente que ni el Gobierno, ni los patriotas, ni la Milicia nacional, intentarían en tal caso resistencia alguna. Pretendían tambien los oficiales de la Guardia, y esto es sin duda lo más interesante y lo más ignorado, que el Rey estableciera, después del triunfo, un gobierno liberal y templado, al amparo de una severa Constitución, en la que se garantizasen por igual medida la autoridad y prestigio de la Monarquía y las libertades públicas. Muchas veces lo he oído asegurar y repetir á mis hermanos y á muchos otros de aquellos oficiales que provocaron la triste jornada del 7 de Julio. El espíritu de aquel movimiento no fué de ningún modo absolutista, y bien decisivamente se comprueba esta afirmación mía con las siguientes líneas de una Memoria que escribió y presentó mi hermano Luis al Gobierno francés, pocos meses después de aquellos acontecimientos, en la que decía: «Si el Gobierno francés envía sus tropas á España para establecer sobre lo que existe aquello que existía, el remedio será tan malo ó peor que la enfermedad, pues será el tránsito de la democracia y la licencia al despotismo triunfante, vengativo é irritado.»—No tardaron los hechos en dar razón á sus palabras.

Aquellas dos proposiciones de la oficialidad sublevada en el Real Sitio, de que fué portador mi hermano, fueron igualmente rechazadas por el Rey, y al amanecer del día 6 hubo aquél de regresar al Pardo sin poder llevar á sus compañeros la cooperación personal del Monarca, pero sí la manifestación expresa de que los dos batallones afectos á la guardia de palacio no tomarían parte en ninguna de las empresas que acometieran los cuatro en mala hora pronunciados y encaminados fuera de la ciudad. Dedúcese, pues, de todo esto, que, si bien Fernando VII pudo estar de acuerdo con los jefes de aquellas fuerzas en reconocer la necesidad de ejecutar un movimiento, ni coincidía con ellos en la oportunidad del momento, ni en los medios de llevarlo á término feliz, ni en el pensamiento político que lo determinaba.

En el mismo día 6, y conocida por la oficialidad de la Guardia la resolución irrevocable del Rey, decidióse, contra el dictamen manifiesto é insistente de mi hermano, que al siguiente día 7 se penetraría en Madrid, se daría la batalla á la revolución y se obligaría al Rey, por la fuerza, á realizar aquello que no había aceptado de buen grado.

El resultado de aquella decisión ensangrentó inútilmente las calles de Madrid. Los oficiales, dirigidos más por el valor temerario que por la prudencia, y animados por el espíritu resuelto de sus soldados, con una fuerza en su totalidad de 2.000 hombres, entraron en Madrid antes de rayar el día, por la puerta de San Bernardino. Dividiéndose en la

plaza de Santo Domingo en dos columnas, una de ellas se dirigió por la calle de Preciados y la del Carmen, contra la casa de Correos en la Puerta del Sol : otra, subdividiéndose en cuatro pequeñas fracciones, atacó la plaza de la Constitución por otras tantas direcciones diferentes, eligiendo precisamente las avenidas más difíciles y estrechas, como la escalerilla, la calle de la Amargura y el callejón del Infierno. En todas partes encontró la Guardia preparada la resistencia, y la Milicia y los patriotas en posición esperando el ataque, que venía precedido de los avisos á que daba lugar la lentitud del movimiento y la indecisión de las columnas, que, no estando dirigidas en su conjunto por un jefe superior, perdieron los primeros momentos en movimientos descosidos é irresolutos. Todos los ataques fueron rechazados en la Puerta del Sol como en la Plaza Mayor.

Aquella valerosa oficialidad, puesta ya en el empeño, y aquellos soldados animosos, hicieron cuanto les fué posible para triunfar ó perecer. Sin los esfuerzos personales de mi hermano Luis, los batallones habrían quedado dispersos en la calle de la Luna. Por tres veces la columna que dirigió por el callejón del Infierno llegó hasta las bocas de los dos cañones colocados en batería en medio de la Plaza, y otras tantas la metralla y la caballería de Almansa rechazaron aquellos ataques, no sostenidos por el apoyo de otras fuerzas. La mandada por mi hermano mayor, D. José, también entonces subteniente de la Guardia, fué igualmente derrotada, después de heróicos esfuerzos, en la calle de la Amargura y en la misma Plaza Mayor. Todos lucharon hasta el último extremo para verificar la retirada á Palacio, donde se siguió combatiendo hasta la tregua.

Verificada después aquella desastrosa retirada por la puerta de la Vega y el camino de las Ventas de Alcorcón, muchos oficiales, y entre ellos mis dos hermanos, encontraron seguro refugio en las habitaciones de la Casa de Campo, pasando aquella misma noche, por la antigua é histórica mina que el Rey mandó franquear para salvarlos, á las habitaciones de Palacio, encontrando cerca de la familia Real un asilo en donde estuvieron muchos días ocultos, hasta que en sosiego la capital y restablecido el orden, pudieron algunos organizar su fuga al extranjero. De mi hermano Luis sé decir que, más comprometido que todos y amparado por el Rey, que le proveyó de dinero en cantidad respetable, hubo á poco de ganar la frontera francesa, disfrazado de zagal, en un coche de colleras que conducía á una familia amiga.

Por lo que á mí respecta, y fuerza es que hable de mí en ésta y en otras muchas ocasiones, diré que los primeros tiros de aquel infausto 7 de Julio me arrancaron de la casa en que vivíamos, en la calle del Príncipe, escapando del cuidado de mi madre, con el fin de conocer la

suerte de mis hermanos, que yo sabía estaban entre las fuerzas sublevadas. Leváronme mis investigaciones á Palacio, no sin correr en la Puerta del Sol y plaza de Santo Domingo los peligros á que me expusieron los proyectiles de uno y otro bando; pero yo no me daba cuenta de nada, y parecíame que el silbido de las balas era la música más natural, inofensiva y armoniosa que pudiera oirse. No se explicaron mis hermanos mi presencia entre ellos, ni cómo había podido atravesar la población en armas; mas fuí objeto, no obstante, del interés de oficiales y soldados, á quienes con gran contento y natural desparpajo daba cuenta de dónde había encontrado fuerzas de nacionales, á los que miraba y consideraba naturalmente como enemigos. El Rey, que veía todo lo que pasaba en la plaza de Palacio, desde sus ventanas, así como las infantas doña Francisca y doña Luisa Carlota, muy varoniles y esforzadas, supieron bien pronto que yo era hermano de los Córdova, el por qué y cómo estaba allí, y con qué ánimos esperaba correr todos los azares y peligros de la jornada. Nunca el rey Fernando olvidó estas circunstancias de mi vida, y cuando después me nombró alférez, concedióme aquella antigüedad, refiriendo al Ministro de la Guerra, D. José de la Cruz, lo que tanta gracia parecía haberle causado en aquel día. El Monarca, que en los de corte, algún tiempo después, demostraba tener siempre para mí, á pesar de la poca importancia de mi graduación y de mi edad, alguna palabra ó mirada benévola y de singular simpatía, no dejó de contribuir á que el año de 1825 me hicieran teniente de la Guardia, lo cual correspondía en el ejército al empleo de capitán, por lo que mi nuevo destino fué recibido por la opinión como prueba del despotismo y arbitrariedad con que estaba gobernado el ejército. No hay que olvidar que yo no tenía entonces más que catorce ó quince años, pero que el Rey estaba en su derecho nombrando oficiales que debía esperar le fueran fieles, en vez de los que le hicieran traición.

Al cabo, por orden de mis hermanos, alcancé á entrar en mi casa á las cuatro de la tarde, favoreciéndome en esta retirada por medio de nacionales, tropas y pueblo en armas y en una exaltación indescriptible, mi propia niñez, que no dejaba sospechar á nadie de dónde me retiraba y qué objeto me había guiado á correr por tan grandes peligros.

Los acontecimientos de aquel día, funesto para los amantes de la Monarquía, sólo sirvieron para exaltar nuestras ideas y pasión realista. Cada partida de facciosos hacíanos creer, como sucede siempre á los partidos vencidos, en el triunfo de la causa propia. Bastaba el rumor de cualquier nota de la diplomacia extranjera, un tanto seria, para vislumbrar la llegada de los franceses ó de los rusos; ó la noticia de los motines que menudeaban con harta frecuencia, para concebir espe-

ranzas, al parecer seguras, de que muy pronto la Inquisición daría muy buena cuenta de los pícaros *negros.*

Así trascurrió todo el resto de aquel año de 1822, y ya en el de 1823 ocurrió la invasión de los *cien mil hijos de San Luis*, con cuyo ejército, al que se unieron dos batallones formados con los soldados y oficiales de la Guardia derrotados en la jornada de 7 de Julio, y la Regencia, vinieron mis hermanos, haciendo su entrada en Madrid las tropas francesas en medio del entusiasmo frenético del pueblo. El día antes el general constitucional D. José de Zayas había capitulado con los franceses, pactando dejar la capital y salir por el camino de Extremadura, sin exponer la población á las contingencias de un combate entre los dos ejércitos. Una circunstancia desgraciada, sin embargo, ensangrentó las afueras de la Puerta de Alcalá. Se había adelantado el general realista Bessières con su caballería, pretendiendo entrar en la corte antes que los franceses, y llegó hasta lo más alto de la calle de Alcalá; pero las tropas constitucionales, que no habían salido todavía de Madrid, cargaron sobre aquéllas, haciendo correr bien pronto á los realistas en la misma dirección del camino de Alcalá. El pueblo había salido para vitorear á los deseados y queridos defensores de la fe, y muchos centenares de paisanos habían llegado hasta el inmediato pueblo de Canillejas con el fin de derribar la lápida de la Constitución, cuando la retirada de las tropas de Bessières los dejó abandonados al furor de las tropas constitucionales, que volvieron acuchillando con su caballería del regimiento de Almansa, ó mejor dicho, apaleando, á los que se mostraban tan impacientes y querían ser los primeros por ver á los *feotas*. Yo, que era un muchacho, á quien mi digna madre no podía retener en su casa, y que, como suele decirse, campeaba por mis respetos, me encontré también entre aquel pueblo de impacientes realistas; y si no recibí algún sablazo, ó por lo menos algún buen palo, debílo á la ligereza de mis pies y á cierto instinto militar que ya prematuramente al parecer tenía, y que me hizo salir del camino real para entrar en un terreno sembrado, en donde la caballería no se entretuvo en dispersarse, más sin duda por temor á un movimiento retrógrado de los de Bessières, que por el deseo de darnos testimonio de su piedad. Por la noche hube de referir en el hogar de mi querida madre esta segunda batalla, en donde sólo pude dar pruebas, así de mi habilidad para correr y de mi astucia contra el peligro, como del entusiasmo realista que instintivamente á la sazón me animaba.

El Rey hizo su entrada en la capital al grito unánime de *¡vivan las cadenas y la Inquisición!* y el régimen absoluto comenzó. Los liberales eran perseguidos como fieras feroces, y á pesar de mi contento por la

vuelta de mis hermanos en el ejército del Duque de Angulema, confieso que la conducta de los realistas me incomodaba y exasperaba tanto en medio de mi niñez, que en más de una ocasión tuve serios altercados, porque siempre he visto con malos ojos el encono y la persecución contra el vencido. Recuerdo lo vivamente que me impresionó el atropello sufrido cerca de la actual plaza del Senado y de la calle del Reloj, por el insigne patricio D. Manuel Rivadeneyra, que venía de Andalucía, y contra el cual el populacho abrigaba rencorosas prevenciones por haber sido miliciano nacional y uno de los que defendieron á Cádiz contra los franceses. Sin el auxilio de su padre, D. Cayetano, capitán de Guardias y mayor de la plaza, aquel hombre tan probo y benemérito hubiera perecido allí, perdiendo la patria al que un día había de levantar la monumental obra de la *Biblioteca de Autores Españoles*, que su malogrado hijo D. Adolfo tuvo la gloria de terminar después que el padre hubo pasado á mejor vida, con general sentimiento de todos los amantes de las letras y de cuantos conocieron y apreciaron sus grandes cualidades.

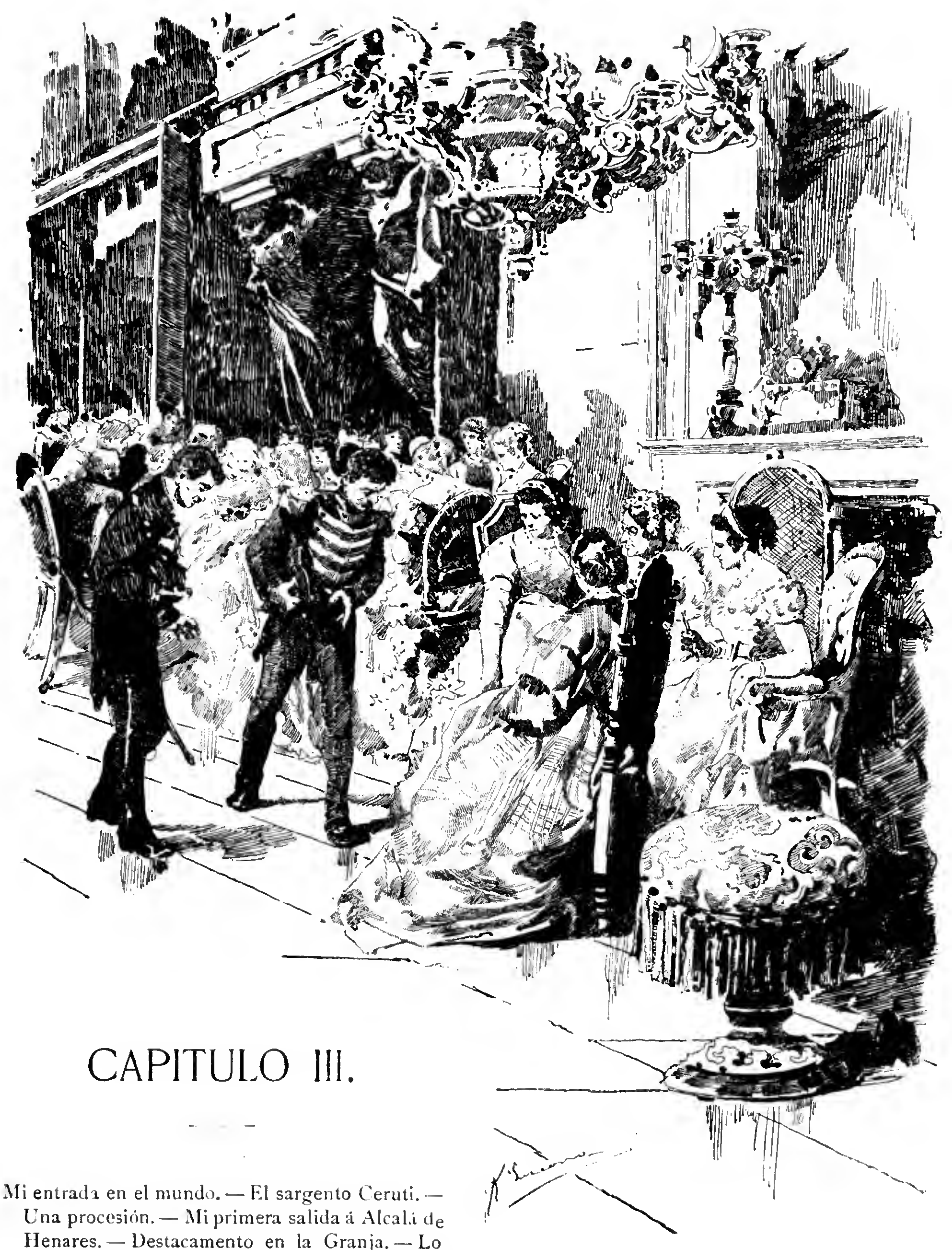
Reunida en Madrid toda mi familia, se trató de lo que en España se llama la carrera de los hijos; y en cuanto á la mía, acordóse no fuera la de la Marina, á pesar de ser la en que mi padre y mis abuelos sirvieron. Es verdad que la Marina estaba en aquella época (1823) tan abatida, que ni había un buque, fuera de los podridos y arrinconados en los arsenales, ni se daba una paga, como no fuese para celebrar los natalicios del Rey, y esto á duras penas. Mis hermanos, pues, me aconsejaron que ingresara en la Infantería del ejército, en la que se avanzaba mejor que en Caballería, ofreciendo á los oficiales más lisonjero porvenir. Hecha mi solicitud al Rey pidiendo el empleo de alférez, recomendóla á S. M. mi propia madre, y el Rey me nombró, *de su puño y letra*, alférez de Infantería, con goce de la antigüedad *del 7 de Julio de* 1822, pero sin sueldo, hasta que fuera examinado y aprobada mi suficiencia. Tales eran los términos del decreto.

Volví á mis estudios con más ánimos y esperanzas. Mi madre, privándose de algo de lo que en su vida le era necesario, me pagaba un maestro de Matemáticas, y con alguna aplicación, pude ser uno de los discípulos predilectos del profesor Dolz, que estableció sus aulas en la calle de la Luna. Mis estudios de *Ordenanza* y *Táctica* dirigiólos cierto oficial retirado que recibía un regular estipendio, y un amigo de casa me enseñaba la *Geografía* y la *Historia*. Pasábame muchas horas de la mañana estudiando en los jardines del Retiro, que siempre han conservado para mí el recuerdo de mis primeros años. El entusiasmo con que emprendí mi carrera me estimulaba para el estudio, pues en las doradas ilusiones de la edad acariciaba alcanzar elevados empleos en el ejército. No tardé más de cuatro meses en ser examinado. El resultado

fué para mí lisonjero, y aun, según las notas que obtuve, brillante, á lo que debí la gran satisfacción de poder recorrer á poco las calles de Madrid con mi charretera á la izquierda; la de pasar por delante de los centinelas para recibir el saludo, y la de oir afirmar á todos los amigos de casa, que llevaba *muy bien* el uniforme y que tenia *mucho aïre militar*, consabidas frases que se repiten siempre en tales casos.

Jamás se experimenta mayor satisfacción que en estos primeros pasos de la milicia, en los que un joven entusiasta se cree más importante que cualquiera de los que mayor posición tienen en el Estado. La vida del soldado es de ilusiones, y si éstas faltaran, la existencia del ejército sería imposible, con todas sus condiciones de sacrificios, de abnegación y de trabajos.





CAPITULO III.

Mi entrada en el mundo. — El sargento Ceruti. — Una procesión. — Mi primera salida á Alcalá de Henares. — Destacamento en la Granja. — Lo que me aconteció en Torrelodones.— Un lance de honor.— Composición de la Guardia Real.— Acantonamiento en Segovia.— Guarnición del regimiento en Madrid.— Fusilamiento de Bessières.— De servicio en la Granja.— Más desafíos.

Como antes he dicho, mi colocación en la Guardia Real de infantería fué la consecuencia del favorable examen que sufrí, y se puede añadir también del nombre que llevaba, y abonaban los hechos de mis hermanos. Gozaba yo una satisfacción inexplicable viéndome al frente de una compañía de granaderos, ya en la corte, ya en los sitios Reales, ya á la vista de mi familia. Mi excelente madre solazábase contemplando á sus

hijos haciendo el servicio con la seguridad y el aplomo de veteranos, y mis hermanos mayores me presentaban en todas partes, en donde yo creía que mi charretera de alférez era un título de mérito para las más apuestas señoritas de la corte. Con algunos de mis compañeros fuí presentado por mi hermano Luis á toda la sociedad, y particularmente en casa de la Duquesa viuda de Benavente y de Osuna, que era la más encopetada dama de España y de mayor elegancia y rango de Europa. Aquella señora vivía en el palacio llamado de la Puerta de la Vega, y de esta circunstancia nació el que se conociera en Madrid la casa de la Duquesa de Osuna y Condesa de Benavente con el nombre de *la Puerta Otomana*. Lástima es que esta familia, de posición social tan elevada, haya descendido después tanto en riqueza, por malas administraciones y por efecto del régimen constitucional y completamente democrático fundado desde la extinción de las vinculaciones y mayorazgos en España.

Recuerdo que cuando fuí dado á reconocer como alférez de la Guardia á la edad de catorce años, en la séptima compañía del primer batallón del primer regimiento de la Guardia, formaba en ella como sargento primero D. N. Ceruti, que, ostentando el grado de capitán, cubría su brazo con los galones de cuarenta años de servicio, y su pecho de cruces y medallas por acciones de guerra y variadas campañas. Cruzaba su uniforme el correaje de cruz, y su mano derecha empuñaba el fusil con el que por tantos años había defendido á la patria. Al descansar sobre las armas me acerqué al viejo soldado para alargarle la mano, y excuso decir que mientras servimos en la misma compañía y batallón, tuve por él siempre las consideraciones y hasta los respetos que merecía, por el ejemplo que daba á los soldados, de subordinación hacia su adolescente oficial. Muchos años pasaron después sin que yo conociera la suerte de Ceruti; pero ¡cuál sería mi satisfacción cuando al entrar por primera vez de Director de infantería en el edificio de la Cibeles, en donde se encontraba establecida la Dirección, hallé al buen Ceruti de conserje, conservando su empleo de sargento primero, pero con el grado de primer comandante! Después de algunas semanas de cumplir con las primeras atenciones del servicio, hícele conocer que era ya tiempo de que ocupara en el ejército el puesto de honor que correspondía al primer soldado de la infantería. Así, propuse al Gobierno que este sargento, que tenía el empleo de capitan, ocupara en la escala de éstos el lugar á que tenía indudable derecho; y como en la primera revista alcanzara el número de mayor antigüedad, hícele ascender en la primera propuesta. Elevado así por un derecho que jamás reclamó—no sé si por modestia ó por ignorancia—al empleo de segundo comandante, tomó por su antigüedad el número más alto de esta escala, as-

cendiendo á primero un mes más tarde. De esta suerte todos sus servicios quedaron recompensados, y Ceruti indemnizado de sus atrasos. No permití, sin embargo, que abandonara el puesto de conserje, que desempeñó siempre con suma honradez, procurándole la ventaja de casa y de una cuantiosa gratificación, mas variando el nombre de conserje, que ya no le correspondía por ser inferior á su empleo de primer comandante, díle el mando en jefe de los escribientes y ordenanzas, cuyo número ascendía entonces á más de 140 hombres. No dejó Ceruti nunca de mostrarse para conmigo, como para con todos los jefes del ejército, el mismo subordinado y leal sargento primero de aquella compañía de que fuí alférez. Contaba más de sesenta años, y tuve la satisfacción un día de sentarlo á mi mesa, brindando por la salud del mas viejo soldado de la infantería. Las lágrimas que embargaron la voz de aquel veterano, impidiéronle contestarme. No se daban en aquella época todavía los retiros por edad. La patria y el Rey conservaban en las filas á estos ejemplos y testimonios de valor, de disciplina y de lealtad. Si el 4.º de la Guardia hubiera pretendido sublevarse en 1825 contra sus jefes y oficiales, como lo hizo más tarde en la Granja, Ceruti habría bastado para imponer el orden y hacer respetar las banderas á los que las mancillaron y escarnecieron. Tales son las consecuencias que, con menoscabo de la disciplina y mengua del ejército, han producido muchas de las reformas en él introducidas.



El Sargento Ceruti.

Un suceso ruidoso, del que se habló mucho algunos días, y del que fuí yo el principal protagonista como simple alférez, contribuyó en Madrid á dar á mi nombre cierta importancia, que hoy me explico por el conocimiento que tengo de la política. Había yo acudido, como todos los jóvenes de mi edad, á la procesión que de la iglesia,

de Santo Tomás salía todos los años en la tarde de Viernes Santo. El tiempo estaba de lluvia, y sin embargo, el gentío se agolpaba en la calle de Atocha. Las mangas de las parroquias, con sus correspondientes pasos, retirábanse á sus iglesias respectivas en diversas direcciones. Un batallón de voluntarios realistas, marchando hacia su cuartel, había salido ya de aquella calle. Los balcones estaban cuajados de lindas y lucidas mujeres, y las calles, á pesar del agua que caía, no podían contener á los que se mantenían en ellas, más bien que por grandes sentimientos religiosos, por el deseo de ver y de ser vistos, haciendo alarde de varonil esfuerzo al desafiar todas las inclemencias del tiempo. Yo era uno de tantos en medio de tan grande muchedumbre, y acompañado de mi íntimo amigo el alférez de caballería D. Pedro Vargas Machuca, veíamos con pena que, al cabo, la célebre procesión, que nos hizo esperar lucir los flamantes uniformes, no se verificaria. Hallábame con sombrero puesto, como lo general de las gentes, pues en realidad ni había en las calles efigies, ni mangas, ni signos que obligaran á la reverencia, cuando un voluntario realista con su uniforme puesto, y en compañía de dos ó tres más, todos con sables al costado, me intimó, con ademán grosero é insolentes palabras, á que me descubriera. Aquella falta de parte de un soldado fué seguida de un golpe en la cabeza, que derribó mi sombrero de galón por tierra. No tenía yo carácter para aguantar tal insulto, por lo que, sin hacerme esperar, hube de responder con una cuchillada en la cabeza, que hizo prorrumpir al insolente en dolorosos gritos. Sus compañeros y él mismo tiraron de sus sables contra mí, y entonces D. Pedro Vargas Machuca hízolo á su vez del suyo, poniéndose á mi lado y haciendo ambos remolinetes con los sables: nuestra actitud mantuvo á respetuosa distancia á los insubordinados realistas, de los que algún otro más fué herido. Muchos paisanos pusiéronse á nuestro lado, arrojando piedras y pegando bastonazos á los que habían sido los agresores. Al cabo éstos abandonaron el campo; pero ya las gentes corrían por las calles inmediatas, llevando la alarma á los puntos más extremos de la capital, adonde se creía por la mayor parte de aquéllas que había estallado una revolución. Las guardias del Principal y otras, así como la de Palacio, pusiéronse sobre las armas, sin explicarse ninguna el motivo de las carreras, y el batallón de voluntarios realistas, contramarchando, dirigióse hacia Santo Tomás, en donde se creía por los más que se había alterado gravemente el orden público.

Ya en este estado las cosas, comprendí prontamente que si continuaba en aquel campo de batalla, del cual había quedado dueño, sería atropellado por los realistas, por lo que, envainando mi sable, me retiré con mi amigo Vargas por la Plaza Mayor al cuartel del Seminario, en

donde estaba alojado mi regimiento; retirada en que cediéronme paso las gentes, con señales marcadas de simpatías, sin duda por haber hecho frente á uno de esos milicianos voluntarios que, como suelen ser los de su clase, exentos de ordenanza y disciplina, en aquella época como en todas, eran odiados porque insultaban á todo el que no llevaba su uniforme, y cometían todo linaje de desafueros contra los que no mantenían públicamente sus opiniones políticas. Al siguiente día el general que mandaba la Guardia, D. Blas Fournás, se me acercó en Palacio, en el besamanos que la corte tenía dos veces por semana, para preguntarme si era yo ó mi hermano el que había promovido el desorden á las puertas de Santo Tomás. Á mi respuesta afirmativa de que yo fuí, me contestó dándome la orden para que me presentara arrestado en banderas, no por haber castigado al voluntario realista que me había faltado, sino por no haberme quitado el sombrero ante la imagen de la Virgen. Á estas pocas palabras contesté respetuosamente que me apresuraba á cumplir su mandato, pero que debía asegurarle que si no me había quitado el sombrero, era porque no había ya procesión y estaba lloviendo mucho.

Semejante acontecimiento tomó en aquella época una importancia muy superior á la que en verdad encerraba. Si hubiera ocurrido con algún oficial de ideas no tan reconocidamente realistas, se le habría degradado y aun mandado á presidio; tal era el estado de efervescencia de la opinión predominante y los ánimos del Gobierno contra cuantos pasaban como enemigos ó contrarios á la fe. Pero desde el día siguiente, es decir, desde aquel en que fuí arrestado, los alcaldes de Casa y Corte comenzaron á formarme una causa, otra instruía la policía, otra la Capitanía general, y otra el Corregidor. La Guardia Real, á su vez, formaba la que por derecho de atracción le correspondía. ¿Qué iba á ser de mí, empapelado de aquella suerte y rodeado de implacables jueces que veían en mis hechos un atentado contra la religión y un desacato contra la autoridad política del voluntario realista?

Este cuerpo instruía también sumario; fuí, no obstante, bien afortunado, pues todas las gentes de importancia en la corte pusiéronse á mi favor. Muchos grandes de España vinieron á visitarme en mi arresto de banderas. Las señoras dieron primero el ejemplo, acompañadas de mi hermano Luis, el cual gozaba con el favor del Monarca no escaso prestigio entre el bello sexo. Recuerdo, entre otras, á la Duquesa de Villahermosa, á la Marquesa de Malpica y á la Duquesa Condesa de Benavente; el Duque de Alba, el Conde de Oñate y muchos otros grandes que había en Madrid, á imitación de aquéllas, diéronse el santo para hacer una demostración que no era ciertamente en favor del humilde alférez de la Guardia, sino en contra de aquella institución

irresistible, que nunca cometió sino desmanes. Entre tanto, todo se pronunciaba en mi favor, porque á los dos días una orden del general Fournás poníame en libertad. Cuando fuí á presentarle mis respetos, aquel veterano de la guerra de la Independencia, de un carácter simpático y querido de todos los oficiales—que había defendido á Zaragoza en sus dos memorables sitios y á Gerona en el que será siempre



El General Fournás.

(Copia de un retrato de familia.)

eterna gloria para España—tuvo la bondad de leerme una comunicación y me informó de que habiendo él reclamado el derecho de atracción sobre las demás autoridades, que no le contestaron, habíales declarado que me ponía en libertad, quedando satisfecho de mi conducta. Tal fué el término que tuvo aquel suceso, en el que, según me dijeron mis hermanos, había tomado mucha parte el Rey, que se interesó por mí, hablando al general Fournás y celebrando por su parte la proeza ejecutada por el joven adolescente que poco tiempo antes

había visto en Palacio corriendo los peligros del 7 de Julio, y de cuyas opiniones realistas no se podía dudar por nadie. Ingenuamente confieso que, por mi parte, quedé orgulloso de todo lo que me había acaecido, y especialmente de las visitas de las señoras, en todas las cuales y en mis pocos años sólo veía, admirado y entusiasta, reunidas al alto rango la amabilidad, la elegancia y la hermosura.

Poco tiempo después salí de Madrid con mi regimiento para acantonarme en Alcalá de Henares, y ésta fué mi primera separación de mi familia (año 1825). Entonces aprendí á gobernarme como si tuviera diez ó doce años más de los diez y seis que contaba. Híceme lo bastante arreglado en mi ya independiente vida para no ser gravoso á mi buena madre. Vivíamos entonces los de mi clase con los diez y ocho duros que mensualmente disfrutábamos de sueldo, no permitiendo yo nunca que aquella señora me señalara cantidad alguna de asistencia, porque en realidad bastábame mi haber, aunque modesto, para todas mis necesidades, procurando que tan buena señora, de tanta abnegación por el bien de sus hijos, no se privara de una parte de lo que ella necesitaba para sí y mis hermanas doña Manuela y doña Paz, las cuales ya empezaban á ocupar en la sociedad el puesto distinguido que en ella les correspondía por el nombre que llevaban, la buena educación que recibieron y la elegancia, buen tono y mérito personal que las distinguió.

En aquella época, y en aquella ciudad, todo gasto que no fuera para comer era para nosotros superfluo, y por mi parte habíame preservado de la funesta costumbre del juego, que tanto arruina á la inexperta juventud. Guisábame mi asistente una buena comida, cuyo coste, arranchado con otros, no pasaba de ocho reales cada día. Es verdad que los artículos de primera necesidad eran baratísimos en aquella época, y los oficiales teníamos una indemnización por los derechos de consumos, que era una ayuda de costa sobre el sueldo, exactamente pagado.

Desde Alcalá, en el mes de Enero de 1825, fuí destacado con 30 hombres á San Ildefonso, para dar la guardia de la Real fábrica de cristales. Salí al frente de tales fuerzas con la misma satisfacción y suficiencia que si fuera mandando un ejército. Á pesar de mi inexperiencia, hube de dirigir la marcha sin itinerario señalado por los jefes, quizá con más acierto del que de mí podía esperarse, durmiendo en Canillejas, Las Rozas, Navacerrada y la Granja. El último día de camino fué la jornada penosa á causa de la nieve que coronaba y cerraba el puerto, y mi firmeza salvó la vida de un soldado á quien el exceso del vino puso en peligro en lo más alto de la cordillera, haciéndolo conducir á hombros de sus compañeros; y dando yo el ejemplo tomando su fusil y atrave-

sando con él el puerto por medio de terribles ventisqueros y con nieve hasta la rodilla. Así llegué á la venta de los Mosquitos primero, y á San Ildefonso á las diez de la noche, con el completo de la fuerza, que el temporal amenazó mermarme en algunos hombres. El extraordinario interés que tomé por salvar á todos valióme en esta ocasión el primer prestigio que tuve entre los soldados. Con esto dí algunas pruebas de mi propia firmeza, demostrando cuán injustos eran aquellos que para criticar á los oficiales de la Guardia por excesivamente jóvenes, nos suponían conducidos en las marchas en brazos de nuestros granaderos. Nuestra conducta, sin embargo, hízonos ocupar pronto el rango de aquellos oficiales que conocen el mejor precepto que la Ordenanza impone: el de dar ejemplo al soldado para el cumplimiento de todos los deberes.

En este destacamento corrió todo el mes de Diciembre de 1825, el más riguroso de aquel terrible invierno, que pasé todo él dentro del edificio de la fábrica, al abrigo de los hornos y obligado á ello por más de una vara ó dos de nieve que cubría los amenos jardines y las empinadas calles del Real Sitio. Durante aquel largo mes, sólo salí de la fábrica dos ó tres veces, requerido por el alcalde á causa de la presencia de manadas de lobos, que, hambrientos, bajaban al pueblo, y que yo con mis soldados ahuyentaba á tiros en divertida cacería. El director de la fábrica tenía una adorable familia que ensayaba funciones dramáticas para matar el tiempo, y recuerdo que yo tuve la pretensión de tomar parte en ellas, haciéndome cargo del papel de protagonista en el *Otello*, que á la sazón ensayaban. Entre las bellas hijas del director distinguíase una preciosa Desdémona capaz de volver locos á los más ardientes hijos de la Nubia; pero yo, por estimulado que estuviera ante tantos encantos, bien pronto conocí que el papel de Otello que pretendía era superior á mis fuerzas y disposiciones dramáticas, y que Dios no me llamaba por aquel para mí tan escabroso camino. Tuve, pues, que renunciar á esta pretensión, á que tanto se inclina la juventud, como renuncié poco tiempo después en Segovia á la música y á aprender á tocar la flauta, ante mi tenaz insuficiencia, que resistió á mi aplicación y á los esfuerzos del maestro, que era un músico del regimiento, el cual no consiguió de mí jamás el más pequeño adelanto.

Terminado el mes de mi destacamento, regresé á Alcalá. Mi entusiasmo militar no disminuía un ápice, y haciendo la primera jornada desde la Granja á Torrelodones, de cerca de ocho leguas, llegué con mi fuerza muy fatigada bastante entrada la noche. Las casas estaban ya cerradas y la tropa sin alojamiento. Parecía que el alcalde tenía intención de que se quedara desamparada en la calle. Por fortuna tuve la de encontrarme en la posada con el alguacil, que se negó á alojar los sol-

dados: yo entonces le obligué con amenazas y alguno que otro empellón á que me acompañara á distribuirlos entre el vecindario, no dejándole tranquilo hasta que ví la tropa bien acomodada. Con mi asistente y el corneta me retiré entonces á la posada misma, y cuando ya estábamos instalados y dispuestos á cenar, personóse en ella el alcalde con algunos paisanos armados, dando gritos y amenazándome con llevarme á la cárcel, porque, según él, había atropellado á su alguacil. Ninguna razón ni satisfacción de prudencia pudo acallar ni tranquilizar al funcionario, y el hombre, algo bebido, llegó á tocarme con la vara diciendo que *él era en el pueblo el Rey, y yo debía obedecerle.* Indignado entonces y furioso, arranquéle la vara y dile con ella dos ó tres golpes, que no pudieron causarle daño alguno porque era aquélla muy delgada y flexible.—¿Cómo dice V. que es el Rey?—le pregunté mientras tanto.—Yo conozco al Rey, que es un buen mozo, y V. es feo y viejo.—¡Favor al Rey!—voceaba á esto el frenético alcalde, mientras yo mandaba armar los soldados alojados cerca de mi posada, muy dispuesto á librar batalla. Conseguí por fin echar al alcalde á la calle y cerrar la puerta de la posada, con lo cual quedó el conflicto, al parecer, terminado. Mas al siguiente día vengóse aquella digna autoridad retardando dos ó más horas el bagaje mayor que había pedido, y dándome una mula falsa que no se dejaba montar, y que me obligó á seguir á pie todo el camino hasta Carabanchel, donde reposó la tropa de la segunda jornada. No me



ocuparía de este suceso de mi vida, si el parte que el alcalde dió al capitán general desfigurando y exagerando los hechos no hubiera dado también lugar á procedimientos judiciales que contra mí se emplearon por la auditoría de Guerra. Ofender ó apalear en aquella época á un alcalde era una cuestión de consecuencias graves para el que tenía la desgracia de proceder así. No sucedía entonces como después, en que prender ó fusilar á estas autoridades constitucionales ha podido hacerse sin consecuencia ni responsabilidad, en más de una ocasión.

El Rey, á cuya noticia llegó el suceso, mandóme poner en libertad. No debió parecerle mal que yo hubiese procedido contra el alcalde cuando éste se atribuía las prerrogativas regias y la comparación impertinente, y casi estoy por creer que hízole gracia el que hubiese hecho valer mis conocimientos con su Real persona para asegurar que era *muy buen mozo* y que no podía compararse con él el alcalde, *viejo y feo*. El hecho fué que esta sumaria contra mí formada no impidió que yo fuera hecho teniente del 4.º regimiento de la Guardia que se debía organizar en Segovia. Ya dos veces habíame protegido S. M. en mis cuestiones juveniles. En año y medio, y con tan escasa edad, habíame ascendido desde paisano á teniente de la Guardia, que equivalía al empleo de capitán en el ejército. Si á estas muestras del Real favor se añade que S. M. y sus hermanos, así como las Infantas, me hablaban, protegían y saludaban en la corte cuando todos los domingos y jueves recibía la Real familia en Palacio, vendráse en conocimiento de cómo debía llamar la atención de mis jefes y compañeros, para quienes yo era una persona importante, á pesar de mi verdadera insignificancia.

Pero no era yo el único oficial de cortos años y poco juicio que servía en la Guardia Real.—Todos los subalternos, con raras excepciones, entre los procedentes de las filas realistas, tenían casi mi edad. Los capitanes eran también muy jóvenes, como O'Donnell, Elío, España y otros; en cambio los jefes eran por lo general viejos y de poca energía para manejar aquella juventud instruída y valerosa, que sostenía diariamente continuos lances y demostraba el entusiasmo y espíritu militar que la animaba. Hallábase quizá aborrecida del ejército por espíritu de crítica y por la falta de merecimientos y de cierta respetabilidad que le negaban los pocos años. Decían de nosotros, los envidiosos, que teníamos todavía amas de cría y, como ya dije, que los granaderos nos llevaban en brazos durante las marchas. Muchos lances ocurrieron por estas ó análogas causas con oficiales veteranos. Dió, entre otros, pasto á mucha conversación y comentarios el que yo sostuve en Segovia con un teniente del Colegio general, que sin duda

animado por mis pocos años y escasa representación, osó insultarme una noche, en el café de madama Lera, con miradas insultantes y provocativas. Desafiéle; mas cuando íbamos á batirnos, me tiró á traición una estocada, que hubiérame muerto á no salvarme la capa que llevaba y que aquel desgraciado atravesó con su espada. Yo caí sobre él, sable en mano, y le perseguí y apaleé hasta que se refugió en el alcázar. Contenido á la puerta por la guardia, empleóla entonces contra mí; mas pude dar conocimiento á sus compañeros de tan innoble conducta, y fué á poco expulsado del Colegio, y posteriormente de la Infantería.

La Guardia Real, en efecto, habíase formado con oficiales por lo general de poca edad, servicios y merecimientos; pero todos pertenecían á familias distinguidas, animados de un noble espíritu militar y llenos de entusiasmo, con el que consiguieron formar los mejores regimientos que jamás ha tenido el ejército español, y que fueron después su orgullo y su gloria. La oficialidad era además instruída y cumplía sus deberes con una emulación establecida entre ellos por el sistema de los exámanes anuales y prácticos á que la sujetaba el Conde de España, que fué el general que la organizó y estableció con tanto éxito. Dió la Guardia muchos ilustres generales y distinguidos jefes, que sirvieron tanto en el ejército de la Reina como en el de D. Carlos, y puédese asegurar, con una lista de ellos que poseo, en que se hace constar la suerte de cada uno, que la mitad lo menos sucumbieron en el campo de batalla. El valor habíase formado por los sentimientos de honor y de delicadeza que amamantaban todos, y no dejó de contribuir á ello el gran espíritu caballeresco que nos llevaba al terreno del honor, en donde, con el sable ó la espada en la mano, resolvíamos cuantas cuestiones se suscitaban.

El 4.° de la Guardia, en donde ingresé, trasladóse para constituirse desde Alcalá á Segovia, y en esta marcha, ejecutada poco tiempo después de terminada mi cuestión con el alcalde de Torrelodones, no ocurrió otra novedad que la nueva jugarreta que hice á mi célebre alcalde el día que descansamos en el pueblo, matándole trece palomas de las que en el tejado de la casa tomaban el sol con otras muchas. Mientras esta ilustre autoridad daba parte de su desgracia al coronel, sin conocer al agresor, otra razia más grave ejecutaba yo en su gallinero, no menos numeroso, consiguiendo atolondrárselo todo, víctima del tufo de la pajuela; método que me había enseñado un tambor de mi compañía y de los más antiguos, pues contaba en el regimiento cuarenta años de servicios. El alcalde acabó de comprender entonces que no se podía luchar impunemente con oficiales de tan pocos años y de tan escaso seso.

En Segovia, donde el regimiento se alojó mal acuartelado en varios edificios, pasamos algunos meses, dedicados los oficiales á la organización é instrucción del cuerpo, que mandaba el brigadier D. Joaquín María Ezpeleta, oficial recto y veterano, de noble carácter, pero de no mucha energía y poco simpático á la oficialidad, que era algo rebelde. El regimiento adquirió en poco tiempo una instrucción superior á todo elogio, y su uniformidad, disciplina y equipo llamó la atención de todos los militares competentes, así como la manera de hacer el servicio cuando fué llamado á Madrid á dar la guardia del palacio de Su Majestad. El Conde de España pasaba revista todos los días y en todas las estaciones, amaneciéndonos en el Prado y haciéndonos desfilar por delante de su persona, con una exactitud que superaba á toda aquella que habíamos visto en los cuerpos franceses y suizos del ejército de ocupación, y que habíamos tomado como modelo. Los regimientos del ejército eran tan inferiores en la calidad de su gente, en el vestuario y en la instrucción, que no podían sufrir la competencia con los nuestros, que mandados por niños con la *leche en los labios*, como se nos suponía, imponíanse á los más veteranos del ejército en cualquier concepto que se les considerase. El espíritu político de la Guardia era inmejorable, y el Rey depositaba en ella la mayor confianza. Una de las causas era, en verdad, el que ningún oficial se ocupaba entonces y para nada de la política, no conociendo más norma que la defensa del Rey.

Poco después de nuestra llegada á Madrid ocurrió la sublevación del general Bessières, y mi regimiento dió la columna que fué á perseguirle, lo cual verificó con tal éxito el Conde de España, que á los tres días fué prisionero y fusilado. La historia secreta de este movimiento prueba la división y rivalidad en que ya vivía en Palacio la familia Real española. El infante D. Carlos representaba el partido apostólico más exagerado en sus opiniones absolutistas. Por influencia de este infante, Bessières llevaba del Rey un salvo-conducto que no le valió para salvar la vida, porque presentado por este desgraciado al Conde de España estando en capilla, dejólo fusilar por el jefe encargado, sin formación de causa.

El espíritu de la Guardia tampoco dejaba nada que desear al Rey, de quien los oficiales eran todos, sin excepción alguna, ardientes partidarios; y con razón podía S. M. confiar en ella, no sólo por el espíritu que la animaba, sino por su organización y su fuerza. Componíase la Guardia de infantería, que mandaba el Conde de España, de cuatro regimientos de dos batallones, y cada uno de éstos de 1.000 hombres escogidos en las cajas de quintos de las dos Castillas, Extremadura, Córdoba, Jaén, Aragón y Navarra. La provincial era todavía más brillante por la

composición de su fuerza, escogida entre todos los cuerpos de milicias. Con ella habíanse formado otros dos regimientos de granaderos de tres batallones, y otros tantos de cazadores. Cada uno de éstos tenía 1.000 hombres. Los 20 batallones de que constaban las dos infanterías formaban un total de 20.000 granaderos y cazadores, que por la instrucción de la tropa, por los oficiales que los mandaban y el espíritu militar que animaba á todos, constituían la mejor milicia que desde los famosos tercios había tenido nunca España. Mandaba la Guardia provincial el Conde de San Román, que se había distinguido valerosamente en la guerra de la Independencia y era el jefe de una de las primeras familias de la nobleza gallega. Componíase la caballería de la propia Guardia de dos brigadas, una de ellas de línea y la otra ligera. Aquélla la constituían dos regimientos de granaderos y coraceros con la fuerza de 500 caballos cada uno. Los lanceros y cazadores de que se formaba ésta constaban de igual número cada cuerpo, y para servir en todos se escogían los hombres en los depósitos de quintos, y en los establecimientos de remonta los mejores potros y caballos.

También la oficialidad de aquellos cuerpos de caballería era joven, y parecían haberse reunido en ella expresamente los mozos más bizarros y elegantes de España, casi todos pertenecientes á las familias nobles y aristocráticas de la Monarquía. Servían en ella los hijos del Príncipe de Anglona, de la casa ducal de Osuna; el Duque de Pastrana, de la del Infantado; el de San Carlos; los hijos del Conde de Puñonrostro; los Cabañas, Arjona, Carlos O'Donnell, Reina, Liniers y Arróspide. Los dos Diegos León, el malogrado y valiente general de este nombre y su primo del mismo apellido, que después llegó á ser también general; Pascual Real, que acaba de morir; Gerona, España, y más tarde el Conde de la Cimera y otros cien que omito, montando con apuesta gallardía magníficos caballos y vistiendo los más vistosos y ricos uniformes. Esta juventud daba ya á conocer entonces lo que podía esperarse de nuestra caballería. Entiendo que no se ha reunido en España desde la guerra de la Independencia una masa de dos mil caballos mejor mandada ni montada, ni más lujosamente vestida, ni más disciplinada y maniobrera. Las cargas por escuadrones y regimientos que tan numerosa caballería daba en los campos de Vallecas, y los despliegues de las columnas y cambios de frente, ejecutados siempre al trote ó al galope, que dirigía el noble Marqués de Zambrano, su comandante general, producían la admiración de militares nacionales y extranjeros. Sostenían á esta caballería 16 piezas de artillería también de la Guardia, que mandaban como oficiales subalternos Imaz, Reina, Concha, Patricio Escosura, etc., y como jefes otros no menos célebres, cuyos nombres, con sentimiento mío, escapan de mi memo-

ria. Sería, sin embargo, una omisión sensible para mí el dejar de citar entre los cuerpos más brillantes que hacían el servicio cerca del Rey, el de *Guardias de Corps*, de más de 800 hombres de la nobleza provincial, cuyo mando tenía el Soberano, el cual solía vestir su uniforme con preferencia; y el de *Alabarderos*, que se constituía con 300 veteranos, lo más escogido entre la flor y nata de los sargentos de todas las armas del ejército. Aquella Guardia, en fin, formaba una fuerza de 20.000 infantes, cerca de 3.000 caballos y 16 piezas de escogida y excelente artillería. Se organizaba el todo en brigadas y divisiones, mandadas por escogidos y acreditados generales, los cuales se unían por el mismo y común sentimiento de defender al Rey, que al propio tiempo sostenía un ejército sobre cuyas condiciones sería yo injusto si al recordar aquella Guardia, en que con tanto orgullo serví, no encareciera el mérito y los servicios que prestó á la patria y de que tan insignes muestras dieron después sus regimientos en una larga y cruenta guerra civil.

Vuelto á Madrid el 4.° de la Guardia luego que quedó completamente organizado, hicimos durante un año el servicio de Palacio, como he dicho. Á mí me tocó ir de jornada al Real Sitio de San Ildefonso, en donde tuve á mi cargo la instrucción de los quintos de mi batallón, que ejercitaba fuera de la puerta de Hierro, á las inmediaciones de la fábrica de cristales. El paseo por la tarde hízose de moda hácia aquel sitio por parte de la buena sociedad de Madrid, y con este motivo tuve el gusto de ver á la mayor parte de las señoras acudir á aquellas alamedas y celebrar algunas la manera uniforme con que mis 120 gallegos hacían el manejo del arma. Alcanzaba yo el raro y quizá triste privilegio de dar siempre que hablar á las gentes, y particularmente á la corte, á la que hacían siempre gracia mis ligerezas. Una tarde pasaba por delante de mis quintos una preciosa duquesa á quien me permitía hacer la corte con demostraciones galantes, y de la que nunca merecí más que insignificantes y raras miradas. Cuando vi aproximarse aquella señora al sitio donde yo estaba, encontrando la ocasión propicia, hice que los quintos presentaran las armas, y ya al frente se las rendí y la saludé con mi espada. Por desgracia, alguna persona maliciosa vió y comprendió mi intención, pues por la noche en el teatro se habló de ello, y el comandante de mi batallón, D. Luis Foxá, echóme una buena reprimenda: defendíme yo por la malicia de los que interpretaban así los movimientos del manejo del arma que mandaba á los quintos, y que pudieran haberse ejecutado en ocasión en que pasaran por el frente determinadas personas; pero esta defensa, en verdad fundada, no satisfizo al comandante, y hubo de asegurarme que iría á un castillo por dos ó más meses si otra vez se repetían estas casualidades. Mi desdeñosa duquesa

no volvió á mis ejercicios, dirigiendo sus paseos hacia otros parajes; mas seguro estoy de que de haberlos repetido hacia donde yo estaba, habría hecho de manera que no dejaran los soldados de tributarle honores militares de reina aun á costa de un castigo. Otra mañana pasó por mi campo el Rey, y tuvo la bondad de pararse á ver mis educandos, que, ya muy adelantados, lucieron toda la instrucción; pero cuando les mandé rendir armas, no dejó el Monarca de reirse, con su



acompañante el Duque de Alagón, dándome á entender que estaban ambos enterados de mi marcial galantería.

Varios sucesos de esta especie ocurrieron por aquellos días en el Real Sitio, que dieron también mucho que hablar y que fueron causa de algunos elogios por mi conducta: recuerdo que ocurrieron los dos más importantes el día de San Luis. Mandaba á la sazón en el Sitio el Conde de España. Aquel día, un joven muy distinguido y pendenciero, perteneciente al cuerpo consular, conocido en Madrid por su carácter

de espadachín y por sus pretensiones exorbitantes en el terreno de los amores apasionados, ocupó cerca del general un puesto que no le pertenecía en la corte. El Conde de España, muy celoso conservador de las prerrogativas, tratólo mal y violentamente como acostumbraba. Al salir de Palacio vino á buscarme el joven, pretendiendo aceptara el encargo de desafiar en duelo al general ó que le exigiera pública satisfacción. Me negué, como era natural, á cometer aquel acto de indisciplina, y díjele que en todo caso yo me encargaba por el general de darle satisfacción con las armas. Él aceptó; pero ya en el campo con los sables en la mano, cedió mi hombre de su pretensión, exigiéndole yo entonces ser quien en nombre suyo diera plena satisfacción al general. Y aunque hubo de someterse á esta condición, guardéme muy bien de ir á S. E. con semejante impertinencia, que podía costarme cara. El hecho hízose también público, y el Conde de España dióme en la corte la prueba de su benevolencia, saludándome con cariñoso afecto y tratándome con amabilidad. Todo el mundo vió de buen ojo que aceptara un lance á nombre de mi general con un hombre de mucho y probado corazón, muy tirador de las armas, y que por otra parte había estado tan poco respetuoso con el Conde de España, general y anciano.

Aquel mismo día de San Luis, en que por la mañana ocurría este suceso, tenía lugar por la tarde, sin la menor provocación, otro que empezó con preliminares más desagradables. Los lances personales suelen venir sin esperarlos ni pretenderlos y no pueden evitarse sin que la opinión muchas veces se vuelva en contra con notable injusticia, ó se disponga á acusar al prudente de hombre sin corazón ni energía, que arriesga el sacrificar la honra, por espíritu de propia conservación. Ya he dicho que eran los días de San Luis; las fuentes corrían, y el Rey, como era de inmemorial costumbre, recorría los jardines, rodeado de toda la familia Real, la servidumbre y sus guardias, atravesando inmensas masas del pueblo que de toda la provincia y las inmediatas acudían con vivo deseo de tributar á S. M. sus homenajes y respetos. En cada fuente reuníase multitud de gente, y el Rey daba la señal para que las aguas corrieran, luego que las personas estaban colocadas ó instaladas. Déjase comprender cuán difícil sería obtener buenos puestos, siendo los más preferentes y deseados los más cercanos á S. M. Estábamos en *la fuente de la Reina*, y yo acompañaba á la señorita de Pezuela, que era una de las más raras bellezas de la época. Pero en el momento en que empezaban á correr los surtidores, un joven de elegante, simpática y vigorosa figura, se colocaba precisamente delante de mi linda y distinguida acompañante, ocultándole con su cuerpo el conjunto de la hermosa vista. No pude permitir, sin menoscabo propio, tal grosería y

tocando suavemente al jóven, le señalé la persona á quien él sin saberlo incomodaba. El jóven se retiró sin resistencia á mi izquierda, y como tocado de un indecible furor, prorrumpió en denuestos contra mí, insultándome groseramente y desfiándome para más tarde en el camino de Segovia. Las voces que daba, y sus ademanes y gestos incultos, llamaron la atención de los Guardias de Corps del zaguanete y hasta de la corte, y no sé hasta dónde hubiera ido á parar aquella escena, si por haber dejado de correr las aguas no se hubiera marchado todo el mundo. Acompañaba yo casualmente á aquella señorita, y preguntada por mí, me aseguró que nunca había visto á aquel hombre, que más que joven galante y prudente parecía un energúmeno.

Ya terminada la tarde, acudí con dos testigos compañeros míos al sitio señalado. Mi contrincante no tardó en llegar con los suyos, y cuando todo estaba dispuesto para empezar el combate al sable, teniendo á su disposición para elegirlo entre dos pistolas, negóse á batirse, añadiendo que él no tenía otras armas que sus puños, que eran las que le había concedido la naturaleza. Ningún esfuerzo de sus padrinos ni de los míos le sacaron de aquella resolución, por más que, llevado de mi indignación, llegué á darle con mi sable dos ó tres golpes de plano. Ni las pistolas y algunos de los sables que arrojamos á sus pies le sacaron de su fría y resuelta resolución. ¿Qué se podía hacer con un hombre que, invocando mi generosidad, me preguntaba si no estaba ya satisfecho, aludiendo á los golpes que había recibido? Los sentimientos de compasión vinieron á mi ánimo, y dí por concluído el lance, no sin que antes me pidiese, á nombre de mi propia generosidad, que no dijera nada y olvidara aquel hecho cuando le encontrase en la sociedad de Madrid, que él frecuentaba. Así se lo ofrecí y cumplí, moviéndome á lástima cuando más tarde, encontrándome en el mundo, bastaba mi presencia para que desalojara la sala en que yo entraba. Su vergüenza quedó excitada, pero no tanto que tal posición no le hiciera exigir de mí la palabra que en el campo le había empeñado, de que le daría satisfacción en cualquiera época que me la reclamara. Nunca comprendí que este hombre, que empezó por insultarme y desafiarme, acudiendo al terreno, se hubiese rebajado á un punto que en verdad inducía á compasión. Todo esto dió que hablar, y comenzó á darme cierta celebridad de calavera y espadachín que en rigor no merecí, porque, si bien había ya tenido lances, y entre otros, uno con un compañero en Segovia, del cual salí muy airoso, ninguno fué por mí provocado, ni yo tenía carácter pendenciero ni contrario á la buena amistad y armonía en que deseaba vivir con mis camaradas y con todo el mundo en la sociedad. El espíritu de la época en Madrid y en el ejército era favorable á mantener estos duelos que se provocaban y aceptaban por

causas bien nimias, pero que hubieran costado más al crédito del oficial que los rehusara, que cuantas consecuencias pudiera acarrearle el propio combate.





CAPITULO IV.

Jornadas en los Sitios Reales.—Aranjuez en 1825.—La corte, la sociedad y los pretendientes.—El Rey y su política.—Fiestas y saraos en Madrid.—Los *pollos*.—Una broma pesada.—Reuniones semanales.—Baile de trajes en casa de Partana.—El Duque de Osuna.—El de San Carlos.—Damas ilustres.—Los paseos, los cafés y los teatros.—La Césari y la Cortesi.—Montresor.—Una impensada desgracia.

TERMINADA para la corte la estación de la Granja, que no duraba más que hasta fin de Agosto ó primera quincena de Septiembre, los Reyes se trasladaban á San Lorenzo hasta últimos de Noviembre, pasando luego una parte del mes siguiente en el Pardo. Mi regimiento daba el servicio en estos Reales Sitios, y en ellos la residencia era muy agradable. Sin embargo, la más grata de las jornadas era la de Aranjuez, que empezaba en el mes de Abril y terminaba hacia fines de Junio. Como era natural, durante la estancia de la corte en los Sitios la concurrencia era tan numerosa como escogida, prestando á aquellos lugares la animación que ahora sólo tiene Madrid en el invierno, y las poblaciones vascongadas cercanas al mar y á la frontera, en el estío. La mayor parte de los grandes de España tenían sus casas de recreo en los Sitios Reales; las familias que carecían de esta comodidad las alquilaban, pasando en ellas los mejores meses del año y desplegando allí un fausto conside

rable. Los viajes al extranjero, que después se han puesto y están ahora tan á la moda, hacíanse sólo en aquel tiempo por necesidad, por pretensiones exorbitantes de figurar y despilfarro de lujo. También seguían á la corte en los Sitios toda la alta servidumbre del Rey, los infantes D. Carlos y D. Francisco y la Princesa de la Beira.

Hermosas viudas é hijas huérfanas de antiguos servidores del Estado ocupaban en el servicio interior de Palacio los puestos de azafatas y camaristas. Otro elemento, de los más importantes y de animación para los Sitios, eran los Ministros, que se hacían acompañar de los empleados predilectos, pero siempre en gran número, y tras ellos concurría una nube de pretendientes de diversos rangos y carreras, aunque pertenecientes todos á cierta clase para la que sólo eran asequibles los empleos, pues el elemento democrático moderno estaba aún muy lejos de ascender á la superficie social. Muchos hacían depender directamente sus pretensiones del Monarca mismo, y una mirada benévola dispensada por el rey Fernando les satisfacía tanto como una promesa explícita de su favor. Claro está que á los Sitios Reales no iban las pretensiones subalternas; de modo que entre aquel cúmulo de obispos y magistrados, generales y consejeros, oidores é intendentes, corregidores y covachuelistas, había siempre muchos que arrendaban y amueblaban con fastuosidad lindas casas, tomaban coches, vestían lacayos y desplegaban la pompa de los trajes ó uniformes más vistosos. Ya he dicho que el favor de un Ministro no bastaba entonces, como más tarde, para obtenerlo todo, y los aspirantes á altas posiciones, como necesitaban más que de otra alguna de la privanza del Rey para conquistar el poder, agotaban todos aquellos recursos que tenían para hacerse valer más en los Sitios, en donde al mismo tiempo había mayores facilidades y ocasiones de acercarse á su Real persona.

Como se ve, todo contribuía á dar mayor prestigio y lucimiento á las jornadas, no tomando en ello escasa parte la numerosa oficialidad de las tropas que allí prestaban sus servicios. Regularmente mandaba uno de los generales superiores de mayor carácter en la corte. Los cuerpos de la Guardia alternaban siempre, y sus oficiales, con los Guardias de Corps, todos jóvenes, elegantes, pertenecientes á las primeras familias de España, y por lo tanto relacionados entre sí, eran el alma de las reuniones y de las tertulias, de los paseos y de los jardines. Para aumentar en éstos el aliciente y la animación, las excelentes músicas de Alabarderos, la de los Guardias de Corps y las de los regimientos de la Guardia amenizaban las horas de paseo, y por añadidura, nunca faltaban compañías dramáticas que trabajasen durante las noches. Sin embargo, justo es decir que la fuente de todo el bienestar que allí se disfrutaba eran el Rey y la Real familia, cuya amabilidad hacía el encanto de

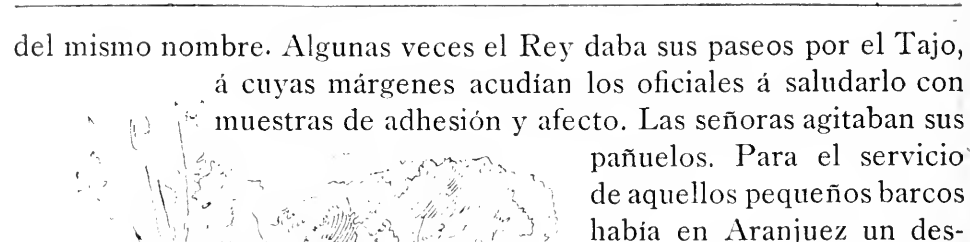
los concurrentes. Distinguíanse en ella por sus atractivos las Infantas, cuya hermosura era en verdad deslumbradora.

Debo repetir que Aranjuez, entre los otros Sitios Reales, llevábase la palma. Todo en él convidaba á hacer más grata la residencia. Lo hermoso de sus parques y alamedas, embellecidas por una vegetación poderosa en la estación de las flores; los aires puros que allí se respiran; la comodidad de una población bien abastecida, con adecuado y buen caserío para albergar las elevadas personas allí residentes; todo, en fin, todo le hacía el lugar de privilegio para el recreo de la corte. Apenas se anunciaba la jornada, el cuerpo diplomático extranjero acreditado cerca del Rey se apresuraba á buscar alojamiento. De Madrid, de las provincias, de todas partes afluía desde luego gran golpe de gente, y las anchas carreteras que con la capital comunicaban veíanse constantemente cuajadas de toda clase de coches y de las características *calesas*, el carricoche más propio de aquella época, que transportaban sin cesar viajeros de ida ó de retorno. En los días en que la corte vestía de gala y había besamanos, y en que Aranjuez se convertía en un verdadero y continuo jubileo, los vehículos y los cuartos de albergue eran insuficientes, y para muchos era grande el conflicto al tratar de encontrarlos. De Madrid llegaban en peso las corporaciones más elevadas del Estado y las comisiones de todos los cuerpos militares á festejar y cumplimentar al Rey, y sobradas fueron las veces en que muchos tuvieron que regresar en un mal caballo, y aun á pie. En los cuarteles había pabellón de oficiales que albergaba á éstos por docenas, y así en las casas particulares y en las fondas. Después del besamanos el Rey salía con la mayor ceremonia, acompañado de la Real familia, á recorrer á pie los jardines, y la diversión consistía, no sólo en ver correr las fuentes, sino en preparar, con sus ingeniosos juegos de saltadores, sorpresas en que nunca faltaban incautos que cayesen, produciendo universal hilaridad cuando era remojado un sencillo labriego, un paquete currutaco ó una remilgada polla, sin encontrar refugio mientras más querían escapar de los ocultos surtidores. Resaltaban, entre todos estos artificios, los del jardín de la Isla.

Por las mañanas solían reunirse muy animadas tertulias en los jardines, donde las más elegantes encopetadas damas lucían ya desde bien temprano sus escogidas y lujosas *toilettes*. Muchas veces el Rey las favorecía con su presencia, que siempre era agradable, porque Fernando VII reunía á su amable trato una gracia nada común, que hacíalo querido de las damas, á pesar de que su figura no había sido muy favorecida por la Naturaleza. Tal es el poder de la amabilidad cuando la emplean como arma de atracción los soberanos. Durante la tarde se paseaba por los jardines de la Reina, terminando en la calle

del mismo nombre. Algunas veces el Rey daba sus paseos por el Tajo, á cuyas márgenes acudían los oficiales á saludarlo con muestras de adhesión y afecto. Las señoras agitaban sus pañuelos. Para el servicio de aquellos pequeños barcos había en Aranjuez un destacamento continuo de vigorosos y adiestrados marineros.

Los pretendientes se manifestaban en todas partes á la presencia y á la memoria del Rey, imponiéndose en muchas ocasiones á la arbitrariedad ó capricho de los ministros, por



la justicia del Soberano que sobre aquéllos pesaba. Para el pobre que pedía recompensa, gracia ó justicia, había ciertamente entonces más garantías y mayores probabilidades de éxito que después, cuando todo ha dependido de los Ministros, porque era más fácil hacerse oir del Rey y obtener la prueba de sus bondades ó el galardón de la justicia, no estando él interesado en rehusarla al que la merecía, que alcanzarla de arrogantes y omnipotentes poderosos, que en muchas ocasiones resuelven más bien bajo la mira del interés de partido ó bajo el caprichoso dictamen de motivos menos justificados. De esta manera no había más que una administración y un ejército; el ejército y la administración del Rey, cuyos servicios redundaban en el mejor de la patria.

En una sociedad tan culta como lo era á la sazón la española, en el grado y rango que describo, son precisa condición de su existencia la animación, el entusiasmo, el amor y sus galanteos, y fácil es comprender que, en donde tantos elementos sociales se confundían, no habían de faltar las intrigas amorosas y sus empresas más atrevidas. También en éstas, como en todo, se hallaba el Rey á la cabeza de su corte, y sin faltar á las conveniencias y respetos de la moral, era uno de los caballeros más obsequiosos de su época con las damas. Seguía á la reina Amalia la brillante aureola de su virtud, proverbial en la corte, con la cual se imponía á cuantos tenían la fortuna de acercársele. El mismo ejemplo dimanaba de las infantas D.ª Francisca, D.ª Carlota y de la Princesa de la Beira, las cuales, con la admiración y el entusiasmo que despertaban, contribuyeron á formar más tarde el gran partido que con las armas en la mano defendió la causa representada por D. Carlos. De parte del Rey, la murmuración maliciosa no dejó de extender alguna vez sabrosas anécdotas.

En efecto, recientemente establecida la policía en España, habíase organizado una sección para los Sitios; y queriendo mostrar inteligencia y celo, tocó alguna vez los límites de la imprudencia. Hallábase la de Aranjuez á cargo del entonces coronel y más tarde general D. Trinidad Balboa, y pretendía éste hacer creer al Rey que ni él mismo se escapaba de su vigilancia. Cierto día, Balboa, á quien S. M. le hacía dar diariamente noticias de la chismografía del Sitio, escribió en uno de sus partes «que no ocurría más novedad que la alarma en que vivían los fieles súbditos de S. M., temiendo que los aires fríos y húmedos de la noche en los jardines atacaran su preciosa salud.» Descontento el Rey de ingerencia tan incómoda en sus interioridades, se apresuró á advertirle, con adusto ceño, que «cierta clase de indagaciones podrían concluir con un viaje á Ceuta.» Era Balboa demasiado perspicaz para no comprender el aviso; y si no dejó de

saber lo que pasaba en la corte, porque era hombre activo y atrevido, se guardaba mucho de ponerlo en conocimiento de quien no hubiera tenido el menor escrúpulo en enviarle á tomar aires á alguno de nuestros establecimientos de África. En otra ocasión el mismo coronel y sus agentes comprometieron, con sus partes escritos, el secreto de otras relaciones que el galante Soberano mantenía con una hermosa viuda. No se dejaba de decir por esto, ya en 1826, que la salud del Monarca estaba bastante decaída, por lo cual muchos de sus ardientes partidarios, y entre ellos yo — que á pesar de mis cortos años, que no me permitían grandes lucubraciones políticas, me contaba en el número de sus más decididos — temíamos mucho por su vida. En una corte donde todo se hacía por el favor del Monarca, no era extraño que el Rey estuviese rodeado y asediado de mujeres pretenciosas.

Si esto pasaba en los Sitios Reales, ¿qué sería en Madrid? En la capital, la juventud, más favorecida y afortunada, tenía diariamente grandes fiestas á que concurrir, y no se pasaba día de la semana sin algún gran baile ó reunión, que hacían de Madrid la corte más alegre y divertida de Europa. Todos los domingos recibía la Duquesa de Osuna, Condesa de Benavente, á la sociedad más selecta y escogida. Su base era el cuerpo diplomático extranjero y su propia y numerosa familia, en la cual parecía que, como por especial privilegio de la Naturaleza, las mujeres eran las más hermosas de la corte. En sus salones se oyó por vez primera el dictado de *pollos*, aplicado á los jóvenes de la aristocracia que formaban en el rango de esa dichosa edad en que el hombre es hombre sin haber dejado de ser niño. El mote lo creó uno de los caballeros de más ameno trato que jamás ha tenido la sociedad española, y al que no puedo dejar de tributarle unos renglones de recuerdo, porque fué de mis íntimos amigos y el más gallardo carácter de nuestra época: refiérome al inovidable Marqués de Santiago. Habíanse reunido cierto día, en efecto, en uno de los salones del palacio de la Puerta de la Vega, gran número de aquellos aristócratas mozalbetes, y hablaban todos con tanta algazara de descompuesto bullicio, inveterado hábito de las tertulias españolas, que Santiago, allí próximo, en alta voz les gritó: «¡Callen *los pollos!*» El apóstrofe fué apropiado é hizo fortuna: desde entonces la palabra llevó una acepción nueva al *Diccionario de la Academia*, pues ninguna otra puede describir más gráficamente el sentido que expresa.

No quiero, con este motivo, dejar en el olvido un lance que aquel incomparable Marqués de Santiago tuvo por los mismos días, y que debió acarrearle funestas consecuencias, aunque motivado por un arranque de su juvenil fantasía. Ocupando el puesto de primer secre-

tario de la Embajada de Inglaterra, acababa de llegar á Madrid un noble lord, que, como todos los individuos del cuerpo diplomático,



EL MARQUÉS DE SANTIAGO.

(Copia de un retrato de familia.)

fué invitado por la ilustre Duquesa á la asistencia en sus salones. Hízose presentar el digno inglés á las damas, entre las que, como una de las más hermosas y de primer abolengo, descollaba la Marquesa de Alcañices. Deseaba el nuevo diplomático decir en castellano á la Marquesa

alguna palabra que demostrara la aplicación que ponía en aprender nuestro idioma, y dirigióse á Santiago, á quien había conocido ya en París, para que le dictara la frase castellana con que había de preguntar si á la de Alcañices gustaba la música.

Era de oportunidad la pregunta, pues aquella noche ejecutábase en el palacio de Osuna un magnífico concierto en el que habían lucido á la vez los primeros actores de la Opera y la señorita Encarnación Camarasa, que era una consumada artista.

—Très facile—dijo Santiago:—vous povez dire: «V. ser muy cigüeña»; ce qui veut dire: «¿aimez-vous la musique?» Ne l'oubliez pas, milord.

Acercábase pocos momentos después el lord á la encantadora Marquesa, y con el mayor desenfado y confianza le decía:

—Señorra V. ser muy cigüeña.....

Y el confiado inglés repitió varias veces las extrañas palabras, que realmente ofendieron á la noble y altiva dama, cuya hermosura daba los más legítimos títulos á su orgullo. No tardó mucho en saber el diplomático la pesada broma que había llevado á cabo Antonio Santiago, y se apresuró á enviar sus padrinos al maestro que tan mal había servido á su pretenciosa cortesía. Osuna fué padrino de Santiago, y mucho le costó cortar un lance cuya causa dió bastante que hablar y que reir á la corte y á toda la buena sociedad de Madrid. Santiago, que por decir una gracia provocaba imprudentemente un lance cada día, afectaba tener mucho miedo al mantenerlos; pero cuando por primera vez se batió con Roncali, empleando el valor sereno del más confiado espadachín, convirtióse en regañón y pendenciero, no excusando los encuentros más serios y peligrosos.

Pero vuelvo á mi relato de las fiestas á que todas las semanas asistíamos, y del que me he separado para recordar á uno de mis más queridos amigos de la juventud. Los lunes se bailaba y se jugaba *al monte* en casa de Montoya, en cuya sociedad divertíanse mucho los concurrentes, por la franqueza del trato de la casa, que, unida al buen tono, hacían de ella el *rendez-vous* de los que no frecuentaban los privilegiados salones de los grandes y del cuerpo diplomático. Los martes monsieur D'Ouvril, embajador de Rusia, que vivía en el palacio que hoy tiene sin habitar en la calle de Alcalá el Marqués de Casa-Riera, invitaba también á la sociedad madrileña, y en sus vastos estrados ejecutábanse los más celebrados *cotillones*, que tanto se han perfeccionado en animación y lujo de figuras por la sociedad moderna. Entre contradanzas y valses, la juventud varonil acudía como á una cátedra á la mesa, sobre cuyo tapete, de riguroso color verde, enseñaban los viejos diplomáticos el ya hoy generalizado y casi olvidado juego del *écarté*, en el cual la

suerte me favoreció á veces con muchos luises de oro, en los que tuve el gusto de admirar con privilegiado cariño las efigies de Carlos X y de Luis XVIII. El embajador de Francia, Marqués de Reyneval, tenía señalados los miércoles, asistiendo á su casa, con corta diferencia, la misma sociedad que recibían sus colegas diplomáticos; pero diferenciábase un tanto, por lo rígido de la etiqueta y porque faltaba al conjunto de la fiesta, aquel aire de confianza con que los españoles saben armonizar con la alegría el buen tono, tanto más estimable, cuanto menos se extreman las exigencias de pura ficción. Con estas recepciones alternaban en los mismos días las del Conde de Brunetti, embajador de Austria, hombre de finísima elegancia y trato, como discípulo de Metternich, y que, siendo uno de los diplomáticos más capaces é influyentes que residían en Madrid, no supo sin embargo defenderse contra los seductores encantos de una de las bellas hijas del Marqués de Camarasa, con quien contrajo feliz matrimonio. Los Príncipes de Partana, de la Embajada de Nápoles, habían escogido los jueves para su selectísima sociedad.

Era el Príncipe un gran señor de antigua raza española, que tenía todo el carácter y las cualidades de magnificencia de nuestra vieja grandeza, brillando y sobresaliendo en su palacio el esplendor más generoso. Obscurecíale en estas dotes, sin embargo, la Princesa su mujer, dama la más elegante y de corazón más espléndido que jamás había producido aquel suelo de Nápoles, el país de la hermosura y de la gracia por excelencia.

Los bailes de los Príncipes de Partana sobrepujaban á todos, pues además de la suntuosidad y del lujo que en ellos se desplegaba, tenían los Príncipes el don de inspirar á los concurrentes la alegría y la confianza. Nadie se sentía humillado ni inferior al más elevado. en aquella grandeza. Los bailes terminaban con un *costumé* de grande etiqueta en el vestir, pero de sin igual confianza en el trato. El último, con el que se despidió de la corte de España para restituirse á Nápoles, dejó memoria por muchos años en Madrid. Las señoras llevaban todos sus brillantes y alhajas en sus prendidos, y trajes á cual más caprichosos. Recuerdo á la Condesa de Cervellón, que apenas podía soportar el peso de los diamantes en su preciosa cabeza y sobre su elegante traje, y á la infanta Doña Luisa Carlota, radiante de hermosura y de riquísimas joyas, siendo las únicas que pudieron rivalizar en tal conjunto con la Princesa de Partana. Los oficiales de la Guardia, así como otros muchos militares que no pertenecían á ella y que fueron invitados al baile, presentáronse todos con uniforme de corte, como se iba á Palacio en los días de besamanos, con calzón corto, media de seda, zapato de hebillas y sombrero tricornio de galón. No hay que decir que este uniforme se

prestaba á una inevitable exhibición de pantorrillas, que no intrigaba poco en los cuchicheos de confianza; y recuerdo que siendo yo por aquel tiempo el joven más delgado de la corte, las mías gozaban de cierta conocida celebridad.

Dos jóvenes estaban en aquella época á la cabeza de la primera sociedad madrileña, y asistieron á aquel memorable baile llamando la atención privilegiada del bello sexo. Era el primero el Duque de Osuna, de arrogante figura, de amabilidad extremada y de talento poco común. En aquel baile llevaba con todo lujo y grandeza un traje imitando á Felipe II. El otro era el Duque de San Carlos, capitán de granaderos de la Guardia Real de caballería, cuyo uniforme de etiqueta vestía. Ordinariamente veíase á estos dos jóvenes de nuestra aristocracia montar magníficos caballos. Fueron los primeros en Madrid

que se presentaron en los paseos dirigiendo elegantes carruajes arrastrados por troncos ingleses.

Favorecíanme estos altos personajes con la particular amistad y confianza que entre jóvenes de la misma edad se estrechan fácilmente por iguales opiniones políticas y simpatías sociales. Comía el Duque de Osuna en su palacio el solo día de la semana en que le dejaban libre los deberes sociales y de familia á que consagraba los demás, reuniendo en su mesa á sus predilectos amigos y á algunos de sus parientes de mucha mayor edad, los cuales tenían por el joven Duque grande afecto, reconociéndole por el jefe de la familia y de la clase toda. Participaba yo de estas semanales comidas, en las que reinaba el mejor tono, la jovial alegría y festivo trato de un hombre como el Duque, que apenas llegaba á la edad de veinte años. Recuerdo entre los asistentes, á sus tres primos hermanos, hijos del Príncipe de Anglona, de los que hoy sólo vive el Marqués de Javalquinto; Antonio y Perico Santiago, que las amenizaban con sus continuos chistes y agradable conversación, siempre sarcástica y picante; el Duque de San Carlos, el Marqués de Navarrés, el de Casasola y el Conde de Cumbres Altas, su hermano; marcándose en ellas el carácter especial de formalidad ó ligereza que á cada uno distinguía.

Ocupaban también sus puestos de la *Cámara baja*, como se llamaba la reunión de los más jóvenes, Camarasa, La Cimera y Mariano Osuna, el que pasados algunos años había de ocupar, con un grado elevado en la milicia, la alta posición de embajador en San Petersburgo y en Berlín, con los ducados que hubo de heredar, muy á pesar suyo, por la muerte prematura de su hermano. En el lado derecho de la mesa, y cerca del Duque, sentábase muchas veces, formando la *Cámara alta*, el veterano, aguerrido, excelente y jovial Conde de Puñonrostro, tan célebre en la corte por su chispeante gracia; el Príncipe de Anglona, que se distinguía en todas partes por su mal genio; el Conde de Toreno, por su buen tono y sus talentos; el de Parsent, el de Oñate y el Duque de Frías, cuyo arte consistió siempre en disimular modestamente lo mucho que sabía. Algunos días presentábase, para ocupar allí un lugar muy distinguido, mi hermano D. Luis, tan conocido y estimado de todos por su genial talento, sus lances, sus aventuras amorosas, sus elegancias supremas, sus gastos, pérdidas y ganancias en el juego—á que fué siempre aficionado—sus escritos, sus grandes aptitudes diplomáticas y sus primeros hechos de armas en la época revolucionaria. Íntimo favorito del Rey, con quien hablaba siempre libremente, influyendo así de una manera directa en la política del país, era mi hermano una de las figuras más brillantes de su época; y así, muchas veces los comensales del Duque de Osuna cedíanle por aclamación, aunque en verdad no le

pertenecía, el puesto preferente á la derecha del dueño de la casa, bien para que emitiera su opinión sobre algún hecho palpitante de la política, bien para que leyera ó recitara de sobremesa alguna de sus composiciones poéticas (1), bien para que relatase con inimitable intencionado gracejo la última chismografía de la corte, ó revelase el secreto de alguna disposición del Monarca relativa al personal femenino que prestaba sus servicios en el Real Palacio.

Natural era que en tales comidas, y muy especialmente cuando prevalecía por el número la *Cámara baja*, girase la conversación con preferencia sobre asuntos y cuestiones tan alegres como escabrosas para el que debe ahora retratar con alguna fidelidad de pincel la fisonomía propia de aquella sociedad y de aquella época, siquiera se empeñe en dulcificar los colores con tintas menos crudas y llamativas. Un ejemplo bastará, á mi juicio, para cumplir con este difícil aunque indispensable cometido.

Una noche, servido el café, encendidos los cigarros, saboreando cierto licor turco que por lo aromático hacíase traer el Duque de Constantinopla, y despedidos los criados, hízonos observar á todos un cuadro misterioso que representaba una mujer desconocida y hermosa, envuelta en pieles y telas de invierno, que sólo permitían entrever un divino semblante. Quedamos todos los concurrentes, viejos y jóvenes, extasiados ante aquella imagen, magistralmente ejecutada por uno de los primeros artistas de París; mas imagínense mis lectores cuál sería nuestra sorpresa y sentimientos, advirtiendo que por medio de un sencillo resorte

(1) En una de aquellas comidas, á que asistía con frecuencia el general Eguía, dijo mi hermano que se atrevería á llamarle *viejo* sin que se diera el ilustre militar por ofendido. Es de advertir que el anciano general se irritaba extraordinariamente cuando á su presencia se hablaba de edades, y sobre todo cuando creía aludida la suya, por remota que le pareciese la intención.

Mantenida secretamente una apuesta, leyó mi hermano en la comida siguiente, y á presencia del general—que se mostró muy regocijado—el siguiente soneto, grabado desde entonces en la memoria de mi excelente amigo el Conde de Pinohermoso, que me lo recitó muchos años después, recordando aquellos felicísimos tiempos de nuestra juventud.

Decía así:

Cual vigoroso roble con pie erguido
Que al huracán su fuerza altivo ostenta,
Y cual diestro piloto en la tormenta
Sereno evita el riesgo y advertido,
Tal de tus *canas* la prudencia ha sido
Para librar á Iberia de su afrenta;
Tal el esfuerzo que tu pecho alienta,
Cabeza ilustre del leal partido.
Ven, pues, ¡modelo de virtud y gloria!
Corre á obtener el venturoso día:
El Rey, tan caro siempre á tu memoria,
Todo lo espera de su *viejo* Eguía,
Mientras los hijos de la invicta España
Triunfos preparan á tan noble hazaña.

que el cuadro poseía, comenzaron á desaparecer á nuestra vista las telas, pieles y velos que vestían á la elegante dama y ocultaban sus secretos encantos, hasta dejarla en el propio estado en que se encuentran las dos



El Duque de Osuna.

obras maestras del Ticiano existentes en nuestro Museo Nacional. Una salva de aplausos saludó el artificio, valiendo á Osuna una magnífica ovación. Con esto queda, á mi entender, descrito el carácter de aquellas reuniones y el del Duque, en quien la representación seria y digna del primer nombre de España y sus cualidades de eminente hombre público

no excluía ciertamente aquel trato de gallarda franqueza con sus íntimos amigos. Su prematura muerte, acaecida muy pocos años después á consecuencia de un ataque cerebral, privó á la patria, á la Reina y



El Duque de San Carlos.

á su clase, de un eminente servidor, y su ilustre familia lloróle muchos años, recordando sus amigos siempre al hombre para quien ofrecía el porvenir tan dilatados y brillantes horizontes.

No puedo dejar de recordar aquí al Duque de San Carlos, que en

aquella época figuraba también en la sociedad con particular preferencia. Era éste un joven de más militares y rudas formas que Osuna, y faltábanle las insinuantes y atractivas maneras aristocráticas y diplomáticas de aquél; faltábale también el prestigio que daban á Osuna sus ocho millones de renta y sus palacios llenos de riquezas y objetos de arte, de antiguas armas, armaduras preciosas, y ricas colecciones de cuadros y de libros y manuscritos que habían reunido los veinte Duques de Osuna y del Infantado, sus abuelos; pero representaba el de San Carlos todo el porvenir militar de un joven que, siguiendo la carrera de las armas, entraba en ella con todas las ventajas y esperanzas que le ofrecían su nombre, los servicios de su padre y el favor de que éste gozaba en Palacio. No fué rico aquel ilustre Duque, ni tampoco bastante calculador é interesado para hacer un enlace matrimonial con rica heredera, á que lo invitaba su arrogante y noble figura, que se hacía más notable en la corte y en los Sitios Reales, montando con suprema habilidad magníficos caballos y manejando elegantes carruajes, hasta entonces desconocidos en Madrid, como he dicho. Por el favor que su padre gozaba con el Rey, alcanzó pronto el empleo de comandante de caballería y empezó su carrera sirviendo en el regimiento de granaderos á caballo de la Guardia. Si, como le aconsejaron sus amigos, y especialmente mi hermano, hubiera hecho la compaña del Norte como otros nobles, indudable es que habría pronto alcanzado los más altos empleos de la milicia. Casóse en los últimos años de su vida con la viuda del Conde de Colomera, que sólo le llevó en dote su hermosura y sus virtudes; cualidades inapreciables de la mujer propia, pero insuficientes para rehacer ó formar una gran casa de antiguo é histórico abolengo.

La Duquesa de la Roca, una señora de la primera grandeza de España y de gran distinción y belleza, que competía con todas las de aquella corte tan lucida y brillante, daba los viernes magníficos bailes, á donde era preciso ser muy afortunado para tener el privilegio de asistir, pues escogía entre la juventud los más distinguidos por el buen tono y la nobleza. Uno de los ornamentos de sus salones era su hermana, la Condesa de la Puebla del Maestre, cuyo mérito y gracia personales obscurecían también á las más apuestas. Todavía era muy niña la única hija de la Duquesa, cuando casó más tarde con el Marqués de Casa-Irujo, llevándole en dote, entre otras ventajas, el Ducado de Sotomayor. Con este título la conoce toda la sociedad elegante de Madrid. Su juventud de entonces impidió que su madre la presentara en los bailes, en donde hubiera ocupado el primer rango. Tampoco figuraba aún en el mundo social ni militar su hijo primogénito, mi inolvidable y siempre querido amigo el Conde de Requena, que tan brillantemente hizo, algunos años

más tarde, su entrada en otra más amplia carrera, mandando con gran distinción nuestra artillería en el puente de Lodosa contra un terrible ataque de las huestes carlistas.



LA MARQUESA DE ALCAÑICES.

(Copia de una miniatura de familia.)

Por último, para terminar esta ya larga enumeración de diversiones, diré que los sábados se abrían los salones de la señora de Vallarino, cuyas bellas y elegantes hijas hacían los honores á una sociedad muy escogida y no menos deseada por los jóvenes, pues la casa de esta dis-

tinguida señora era un compuesto de grata confianza, que no excluía el buen tono ni la cortesía más agradable.

Era Madrid, por lo tanto, la corte que, por lo alegre, disfrutaba á la sazón la más justa celebridad europea. Difícil sería recordar y señalar por sus nombres á todas aquellas damas que constituían el principal ornamento de su sociedad, y que adquirieron por toda Europa gran prestigio. En la casa de la Duquesa de Benavente parecía, como ya he dicho, haberse fijado el privilegio de la hermosura. Ya había pasado en la Marquesa de Santa Cruz y en las de Villafranca y Camarasa la primera juventud; pero se contaban sin menoscabo entre otras muchas señoras de menor edad y acreditada hermosura. Figuraba además la primera, entre las nietas de la ilustre Duquesa, la Marquesa de Alcañices, sin rival en la Corte, cuyo angélico rostro parecía en verdad el de una Madona de Rafael.

La Condesa de Corres, más conocida entonces por su nombre de pila, de Fernanda Santa Cruz, reunía una distinción de maneras que la colocaba en el puesto culminante entre las damas más bellas y escogidas, siendo la preferida de todo el cuerpo diplomático y de los aficionados al vals. Casóse á poco con el Conde de Corres, uno de los más agradables jóvenes de la época, y al cual merecí amistad distinguida. De aquel enlace nació la actual Marquesa de la Torrecilla, cuyas hijas son justamente admiradas por la generación presente.

De las hijas del Marqués de Camarasa, Pilar, que era tan bella como amable, casó después con el noble Conde de Toreno, que todo el mundo conoce; y Encarnación añadía á su mérito personal una voz de sirena que enamoraba á cuantos la escuchaban al piano. Digna hermana de ésta, la menor, Angelita, después Duquesa de Tamames, no era inferior en nada á las mayores. Recuerdo también á la Marquesa de Villagarcía, y vivamente á Dolores Montufar, Marquesa de Selva-Alegre, de quien se hubiera podido creer, no consultando las fechas, que Rubens hubiese sacado el modelo de sus mejores producciones. La Duquesa de Villahermosa, de mucha nobleza de carácter; la Marquesa de Malpica, hermana del Duque de Gor, de figura española, era igualmente bella y fué madre de la actual Marquesa de Santa Cruz, cuya juventud hizo recordar á muchos la espiritualidad delicada de las imágenes de Murillo.

Valencia había enviado por aquella época á la corte de Fernando VII las tres hermanas del ilustre Conde de Parsent, en quienes se encontraba felizmente la justa fama que de sus mujeres goza aquel bello jardín de España. Eran las tres hermanas de tipos diferentes, pero todos ellos admirables. La mayor casó bien pronto con el Conde de Oñate, y todo Madrid la ha conocido en el esplendor brillante de su

hermosura. La segunda, Vicenta, que sin duda pudo considerarse como la primera por la reunión de todas las dotes que pueden adornar á una mujer, unióse al Marqués de Navarrés, que más tarde debía



EL CONDE DE CORRES.

(Copia de un retrato de familia.)

heredar á su padre el Marqués de Lazán, una de nuestras glorias de Zaragoza; y la tercera hermana de Parsent fué la preciosa Marquesa de Campo-Verde. Ya creo haber citado á la Condesa de la Puebla, casada con el hijo primogénito del Conde de este ilustre título, sumi-

ller de Corps y favorito del Rey, que lleva el nombre de Córdova por nuestro común y sexto abuelo. Era también en aquel tiempo célebre, por la perfección de sus gracias y bellezas personales, la hija del viejo Duque de San Carlos, que por su casamiento, entre otras muchas grandezas y nobilísimos títulos, llevaba el de Condesa de Trastamara y Altamira, Duquesa de Sessa y de Montemar, cuyo apellido ilustre de Córdova se enlazaba con toda la descendencia del Gran Capitán. Había en aquella época en la corte otras cien mujeres, que citaría por poco que pusiera en tortura mi ya quebrantada memoria, de la que por cierto no se escapan ni la mencionada Princesa Partana de Nápoles, ni Mme. Catiche D'Ouvril, de la Embajada de Rusia, cuyo marido figuró después tantos años en el cuerpo diplomático de París.

Si en los salones de la sociedad de Madrid figuraban los oficiales de la Guardia entre sus más selectos caballeros, y hacían tan airoso papel en los Sitios Reales, lo propio acontecía en los paseos de la corte, en los que las costumbres de entonces se diferenciaban tanto de las modernas, introducidas en gran parte por los cambios políticos. No se conocía todavía el paseo de la Fuente Castellana, ni el de coches del Retiro, que hoy reune en desarmoniosa compañía á todas las clases. Las alturas de Recoletos y la Castellana, que carecían de caminos para comunicarse y cruzarse, eran entonces favorecidas por criadas de servicio, soldados, menestrales, chisperos y manolas que iban en busca de aventuras y que no hubieran osado presentarse en el Prado. Divertíase también el pueblo extendiéndose por todo lo largo del río, fuera de puertas, y por los caminos para llegar por el Mediodía al Canal, y por el Norte hasta los tejares y el Campo de Guardias. En mayor número dominaban las clases populares otros parajes, como los que se extendían por las afueras de las puertas de Toledo y de Segovia, los alrededores de la antigua Plaza de Toros y las alamedas del camino del Pardo hasta el soto de Migas Calientes. San Antonio de la Florida era el punto de reunión de gallegos y asturianos, que bailaban al són de las dulces muñeiras. Nuestras clases de tropa mezclábanse con el pueblo en amor y compañía, pues siempre los soldados y paisanos de Madrid se han reunido por el sentimiento de la nacionalidad, y ya se borraba el recuerdo de las luchas que pudiera separarlos y dividirlos. Había en aquella tropa tantos soldados viejos con galones de premios, tantos hombres escogidos por la estatura y buen porte, que no podían dejar de ser dueños de todos los corazones, rindiendo al amor sus brillantes armas ante las hermosuras populares.

Las clases medias frecuentaban por lo general el Retiro, visitando los domingos la casa vieja de Fieras, y paseando alrededor del prosaico y monótono Estanque. También lo verificaban en el Prado por el lado

de Recoletos y de Atocha, recorriendo las alamedas del Botánico, cuyas puertas sólo se abrían en las temporadas de la primavera y del verano. Por último, como ya he dicho, eran las clases principales por la riqueza y la alcurnia las que guardaban el natural privilegio de pasear en el salón del Prado, aunque para ello no había otro derecho que el establecido por la costumbre. Parecían estar separadas estas clases de las otras, casi por abismos, sin que con ello resultaran antagonismos ni rivalidades de trascendencia. Verdad es que á nadie se prohibía entrar en salón tan favorecido; sin embargo, el orgullo de raza establecía las diferencias, unos porque no querían parecer menos que los otros, y los de más encopetadas pretensiones, por no confundirse con los más modestos. Aquel paseo parecía tener puertas franqueadas sólo á títulos nobiliarios ó á altas posiciones pecuniarias. Dentro del mismo salón había sus preferencias de clases y de edad, que hacía conocer la riqueza del vestido de las señoras y el porte de las más jóvenes. Al lado del paseo de coches, una línea de toscos marmolilos, y otra paralela, á corta distancia, de asientos de piedra, formaban una estrecha calle que llamábamos *el gabinete* y separaba el salón

de los coches. En este reducido espacio, que tenía la ventaja, por su escasa concurrencia, de ser el más visto, de lucir mejor los trajes y estar más en contacto con los que paseaban en coche, reuníase lo que entonces se llamaba la *nata* de la sociedad. Por ningún estilo hubiérase permitido á las amas y criados, con los niños que cuidan, invadir el salón. Sólo ocupaban las calles contiguas y paralelas á él, donde podían ser vigilados por sus amos, hasta que más impunemente lo llenaron todo. La moda, la elegancia y las pretensiones de los hombres llegaba á la trivial pretensión de pasear, á riesgo de ser atropellados por algún coche, entre éstos y la línea de los marmolillos, que más tarde fueron sustituídos por una ordinaria y gruesa barandilla de bronce, que como una muralla de la China separa la gente de los coches, de la que pasea á pie con toda confianza. Entonces nunca se dió el caso de que ésta fuera atropellada por aquéllos. Yo era uno de los que gustaban estar más cerca de las damas que llegaban en sus carruajes, y fuí, con Manuel Concha y todos los de la Guardia, de los primeros en establecer la moda. Pero eran á la sazón pocos los coches de personas pertenecientes al comercio, y sólo entre ellos recuerdo el del Marqués de Casa-Riera, que entrara en aquel apartado. El paseo á pie era entonces de la más alta elegancia, y más preferido que el de coches.

Cuando la corte estaba en Madrid, iba S. M. con la Reina casi todos los días, por el interior y reservado del Retiro, acompañados ceremoniosamente de toda la familia Real y escoltados por batidores y zaguanetes de Guardias de Corps. Seguían á SS. MM. los Infantes por su orden de preferencia, y por lo tanto, al Rey, D. Carlos con su hermosa esposa D.ª Francisca; en pos de esta carroza, la de D. Francisco y doña Luisa Carlota, y finalmente, el coche de la Princesa de la Beira, que no por ser la última en el orden impuesto por la etiqueta era menos bella que sus hermanas ni se atraía menos las miradas y la admiración de todo el pueblo. No obstante, la Reina Amalia de Sajonia era la que entonces gozaba mayor simpatía y respeto, por reunir á su angelical belleza la bondad de carácter, la virtud y la piedad de que daba constantes pruebas, considerándosela como una santa verdaderamente adorable. Acompañaban á la familia Real, en coches especiales y tirados cada uno por seis vigorosas mulas, la alta servidumbre, que la formaba, como Mayordomo mayor, el Conde de la Puebla del Maestre y el Duque de Alagón, los dos amigos del Rey, parientes míos, que siempre me favorecieron con su apoyo. La familia Real no asistía nunca á los teatros, costumbre impuesta por los escrúpulos de la Reina, ni se daban bailes ni comidas en Palacio, privando así á la alta sociedad madrileña de los encantos que encontraba donde quiera que se hallara favorecida por la presencia de la familia Real. Los oficiales de la Guardia, á

quienes se obligaba á presentarse en público con uniforme, nos acercábamos á los coches para tener la honra de saludar al Rey y á los Infantes, y yo conseguía casi todos los días mostrar, por mis respetuosas y exageradas reverencias, cuán agradecido vivía á la protección que el Rey me había siempre dispensado.

Con mejor sentido que ahora, y mayores conveniencias para la salud, las gentes de aquella época paseaban en el invierno los domingos y días de fiesta, desde la una de la tarde, después de la misa, hasta las cuatro y media, hora en que se retiraban á comer, y en la cual comienza ahora su vida la sociedad moderna, haciendo gala de despreciar los catarros, reumas y pulmonías que pueden recoger en sus paseos generalmente nocturnos. En todas las estaciones el Prado era la cita y reunión de la sociedad elegante. La juventud de Madrid gozaba del privilegio, que en ninguna parte del mundo ha tenido, de encontrar diariamente, á hora marcada y en delicioso paseo dentro de la ciudad misma, un sitio en donde de fijo estaba cada uno seguro de verse con la mujer de su pensamiento ó de su ardiente culto. Dos ó tres horas reunidos en tan limitado recinto, dando continuadas vueltas á pié y en tan inmediato contacto, satisfacía á los más exigentes, formándose las relaciones más estrechas, porque, aun á despecho de las terribles oposiciones de padres y tutores, entonces muy frecuentes, nunca faltaba ocasión de deslizar un atrevido billete, una inteligente mirada ó la más inocente pero significativa frase. Eran, por lo tanto, más felices que los actuales aquellos jóvenes que tantas facilidades tenían para alimentar un amor constante, así como las doncellas para aprisionar en sus grillos á los que no podían defenderse en aquel campo de batalla, tan estrecho como estratégico para el bello sexo. La juventud de la época podía, pues, presentar con grandes probabilidades de éxito los títulos de su particular distinción.

Teníamos, sin embago, los oficiales de la Guardia tiempo para todo. Aun no había amanecido cada día, cuando ya estábamos en los cuarteles pasando revista y preparando las compañías á la luz artificial, para presentarlas en aquel mismo salón del Prado, donde nos amanecía siempre, recibiendo en parada al Conde de España, que con constante celo revistaba los cuerpos, formando y afirmando en ellos la disciplina, la instrucción y el espíritu. Después de un desfile en columna de honor, desde la cual los oficiales con sus espadas y las banderas inclinadas saludaban al general, retirábanse las tropas á los cuarteles. Otras horas del día destinábanse en el campo á la instrucción con los regimientos ó á las academias; pero nunca los oficiales faltaban á los paseos, porque las ocupaciones del servicio eran compatibles con las horas en que, presurosos y galantes, volvíamos al Prado.

Los cafés, que se cerraban á las diez y media de la noche, no eran para la juventud sitio favorecido en donde pasarla toda. Sólo en el del Príncipe comenzaban á reunirse y á trasnochar un poco los aficionados á las letras, los cuales tomaron también cierto barniz distinguido cuando se presentaron en su alegre tertulia los discípulos de Lista, tales como Escosura, Espronceda, Pezuela, Vega y otros que se hicieron célebres más tarde. Tampoco se conocían casinos ni *clubs* donde distraerse con juegos de envite. Eran muy pocos los que concurrían á las funciones de verso en los teatros del Príncipe y de la Cruz, cuando trabajaban, dirigidos por D. Juan de Grimaldi, los inolvidables Valero, Arjona y Carlos Latorre, que empezaban á dar á conocer su mérito al lado de Lombía, D. Antonio Guzmán y la Concepción Rodríguez. La ópera italiana, que alternaba en los dos únicos coliseos, de la Cruz y del Príncipe, que había en Madrid, era, como lo ha sido después y siempre, el espectáculo predilecto de la buena sociedad. En la época á que me refiero, empezaba á ponerse muy en moda, estando más al alcance de todas las fortunas. No sucedía, como después y ahora acontece, que el público madrileño ha permitido se abusara por contratistas y revendedores, de exigencias que debilitan el fervor de los aficionados á la música y que, á la larga, tiene que dañar el espectáculo predilecto. Un palco costaba 60 reales; una butaca, llamada entonces luneta, que no ocupaban las señoras, no pasaba de 12, ni de 6 un asiento de galería. No se pagaba como ahora la entrada aparte para ciertas localidades, costumbre que hasta entonces era desconocida en nuestros teatros y que se importó más tarde de Francia. La autoridad municipal manifestaba otro interés por sus administrados, más en armonía con sus deberes. Todas las localidades que no estaban abonadas debían ser vendidas al público en el despacho mismo, y no se permitía lo fuera ninguna con anticipación en contaduría á más altos precios. Para vigilar la ejecución de estas reglas y evitar el agio del revendedor con los empleados del teatro y del empresario mismo, presenciaba la venta pública un alcalde ó regidor, que, empezando por cerciorarse de que no se había vendido clandestinamente localidad ninguna, asegurábase de que su total se presentaba al despacho público. Para verificarse éste, formábanse á derecha é izquierda de la ventanilla dos agrupaciones, que llegaban á tener cola según que se aumentaba el número de los que pretendían comprar billetes. Una de estas filas la constituían los militares, para separarlos de los paisanos, cuya medida fué adoptada por evitar los motivos y ocasiones de las pendencias que promovían las susceptibilidades de aquéllos.

Todas las disputas, á que es tan dado nuestro carácter discutidor, versaban sobre la pasión exagerada en favor de esta ó de la otra actriz

ó cantante de más ó menos mérito. Las diferencias de estas opiniones dieron lugar por aquella época, sin exageración alguna, hasta á la separación de matrimonios y á rompimientos de bodas proyectadas y de relaciones amorosas secreta y largamente sostenidas. Muchos lances de honor entre jóvenes de todas las clases y posiciones ocurrieron entre los partidarios de la contralto señorita *Césari* y los de la primadonna Sra. *Cortesi*. Aquella encantadora cantante ejecutaba ante sus entusiastas partidarios, en la ópera *Il Posto abandonatto*, el papel del oficial que faltaba á sus deberes y debía pagar con la vida su crimen militar. Las escenas conmovedoras del Consejo de guerra, la cruel sentencia impuesta á la deserción, y la despedida de los dos amantes, representada en un tierno duo, impresionaban grandemente al público. Como en toda sociedad nueva para este género de espectáculos y nada escéptica, señoras de todas clases lloraban; muchos caballeros dejaban también asomar por sus ojos alguna lágrima, y á las mujeres les parecían desprovistos de todo corazón aquellos hombres que se resistían á la sensibilidad escuchando á la *Césari*, que ostentaba el cuerpo más bizarro y la cara más seductora del mundo. No era menos interesante la *Cortesi* en belleza y elegancia; y si las señoras eran partidarias del seductor oficial, de aquel valiente húsar de los tiempos de Federico II, eran, por el contrario, los hombres, por celos y antagonismo, entusiastas de la *Cortesi*, que arrebataba con su canto, su voz, su elegancia y dulzura. Yo, porque visitaba á la contralto y porque admiraba además en ella su talento y su gracia, era de los pocos hombres partidarios de esta admirable y privilegiada cantante. Lo era también por cálculo, porque el ser partidario de la contralto era tener un fuerte vínculo de alianza con el bello sexo, que me pagaba á la vez con sus simpatías, importándome muy poco la guerra y los desafíos á que me exponía el antagonismo de los hombres. Para dar una idea de cuán viva fué aquella cuestión entre las *divas* y la que promovían en la sociedad con sus encantos, no dejaré de consignar la ruda batalla que Manuel de la Concha, partidario también de la *Césari*, y yo, sostuvimos una noche con otros apasionados de la *Cortesi*. Fué tan escandalosa ante todo el público del Príncipe, que nuestros jefes, muy celosos por sostener la disciplina, nos impusieron una semana de arresto en banderas. Tanto mi amigo íntimo de entonces como yo, sobrellevamos con gusto nuestro castigo, por el aumento de favor que nos dió con nuestras aliadas del bello sexo. Recuerdo también otro desafío, sostenido por iguales causas entre el Duque de la Roca y mi hermano Luis, manteniendo éste la opinión de una señora de su íntimo conocimiento, á pesar de ser él, como yo, de los más incompetentes en materia de música para juzgar en cuál de las dos cantantes pesaba más el mérito.

En aquella época acudía á los teatros un piquete de tropa de la guarnición, mandado por un oficial, y á su intervención debióse se apaciguasen muchas veces los ánimos tan fuertemente alterados. Cuando las cuestiones políticas y la guerra civil empezaron á dar sustento de nuevo á las pasiones y á la actividad de la juventud de ambos sexos, no volvieron á conocerse esas luchas por tan poco razonables causas promovidas, trocándolas por otras más serias, graves y contrarias al bien público y á la tranquilidad de la patria.

Tales partidos, como el que se formó por aquellos tiempos en la Plaza de Toros entre los primeros espadas *Romero* y *Cándido*, probaban la pasión que los españoles ponen en todas las cuestiones que suscitan el interés ó el amor propio. Y por cierto que entonces era aquélla, como lo es en nuestros tiempos, la pasión favorita de los madrileños, empezando por el mismo Rey, que asistía con puntualidad á todas las corridas, aumentándose la popularidad de que gozaba en los tendidos y en los palcos, ocupados aquéllos por el pueblo de los barrios bajos, y éstos por la aristocracia más elevada de su corte. La familia Real asistía también al palco regio, siempre en los puestos de etiqueta que á cada uno correspondía. Fernando VII dirigía muy bien la lidia, pero con la extraña particularidad de que daba sus órdenes con señales disimuladas que hasta los más aficionados desconocían. Para mandar tocar á banderillas, llevábase unas veces la mano derecha al sombrero; si las banderillas debían ser de fuego, sacaba los avíos para encender un cigarro, y así, en diferentes formas y con signos para el público desconocidos, determinaba el momento de soltar los perros ó de comenzar la lidia de muerte. Generalmente daba Fernando VII satisfacción á los espectadores, que lo tenían por un *inteligente*, sin que por esto se librara siempre de algunas faltas que le valieron en ocasiones silbas terribles y la obligada tonadilla, cantada en coro, de *no lo entiende V.*, lo que hacía reir mucho al Monarca, pareciendo reconocer en aquellos momentos el principio de la soberanía nacional.

Los partidos que se formaron entre los entusiastas de uno y otro torero dieron á veces ocasión á serios altercados, riñas y aun batallas, que estuvieron á punto de alterar el orden público en Madrid, á la salida de la Plaza, así como ya he dicho que la parcialidad en favor de las cantantes fué origen de lances y desafíos. Estos sentimientos, más que ningún otro tierno y apasionado, llevaron á jóvenes de nuestra principal aristocracia á contraer matrimonio, uno de ellos con la *Césari* y otro con *La Sala*, de las primeras tiples que más tarde vinieron á encantar y seducir á los *dilettanti*. Pero no eran sólo las actrices las que con el canto y la belleza de sirenas nos seducían. Los cantantes masculinos, que á su mérito artístico reunían el personal y el de la ele-

gancia en el vestir, convirtiéronse en modelos que nuestros jóvenes se apresuraban á imitar. Fué uno de los más célebres en esto el tenor *Montresor*, joven agraciado, de interesante figura y finas maneras. La más escogida juventud remedaba la hechura de sus levitas, cortadas especialmente con una esclavina corta sobre los hombros, y sus abrigos y sombreros, que tomaron el nombre de *á lo Montresor*. No seguíamos los oficiales semejantes usos, porque de tales puerilidades, con que pagaba la juventud su tributo á la moda, librábanos la severidad con que se mantenía la orden prohibiéndonos el uso del traje de paisano, y cualquiera falta á la observancia de este mandato nos hubiera costado algunos meses de castillo. Además, con el uniforme militar vestíamos elegante y lujosamente, haciéndolo más estimable y respetado de todos, y con particularidad de las señoras jóvenes, que mostraban preferencia hacia una juventud que sostenía su prestigio por los sentimientos delicados, el esmero exterior y las demás cualidades de honor, delicadeza y suspicacia exagerada.

Tal era Madrid, tal su sociedad de aquel tiempo, y tal mi humildísima persona á fines de Agosto de 1825, época en que todo me sonreía en la vida, á la edad de diez y seis años, cuando un acontecimiento tan inesperado como siniestro vino á amargar mi vida y á llenar de aflicción y luto el ya harto lacerado corazón de mi pobre y querida madre. De los ocho hijos que dejó mi malogrado padre á su muerte, el séptimo, que se llamaba Ramón, tenía un año más que yo y, como yo, era alférez de la Guardia, del primer regimiento de granaderos, en que juntos servíamos. Distinguióse mi hermano en su corta vida por su talento y aplicación y el aprovechamiento con que había seguido sus estudios y pasado por exámenes que, á presencia de toda la oficialidad, habíale hecho sufrir, con su acostumbrado rigor, el Conde de España.

Digo, pues, que á su mucha capacidad intelectual reunía un corazón varonil y los sentimientos más sencillos y pundonorosos. Su figura era á la vez noble y hermosa. Todas las particularidades de su vida daban en él á conocer el valor y energía de carácter que debió heredar de su noble padre. La vida le sonreía por todos lados, y nuestra respetable madre, tan amante de sus hijos, quería á éste con pasión y casi con preferencia, si ésta hubiese sido posible en un corazón tan probo. Sus hermanos teníamos hacia él un cariño que en todo se reflejaba. ¿Qué causas pudo tener aquel joven de tan pocos años para quitarse la vida con el mismo fusil de su asistente? ¿Cómo pudo, al llevar á cabo tal atentado contra su vida, olvidar á su pobre madre y á sus hermanos, él, que siempre fué cariñoso con objetos tan queridos? Nunca se conocieron los terribles motivos que pudieron impulsarle á tan siniestro fin. Sin duda había perdido la razón aquel querido hermano, cuando olvidó á su res-

petable madre, á quien sus hijos todos rindieron el más profundo culto de respeto y de cariño, y cuya pérdida lloran desde que pasaron por el dolor inmenso de cerrar sus divinos ojos.





S. M. la Reina D.ª Amalia.
(Copia de un retrato existente en el Museo Nacional.)

CAPITULO V.

Graves disturbios en el país.—La guarnición en Zaragoza.—De cómo por escuchar *Il Barbiere di Siviglia* pueden correrse graves peligros.—Marcha á Cataluña.—La Ciudadela de Barcelona.—El juego.—D. José de Orive.—D. Manuel Gutiérrez de la Concha.—Desventuras de un padre capellán.—Mr. Durand de Saint-Mouris.—Servicio odioso.—Terribles ejecuciones.—Soy nombrado ayudante del 1.º de la Guardia.—El teniente Hidalgo.—D. Ramón Boiguez.—D. Enrique O'Donnell.—Quién era D. Simón la Torre.

El Rey continuaba por aquel tiempo sin sucesión de la reina Amalia, que, como ya he repetido, era un dechado de virtudes: sus sentimientos religiosos llegaban hasta el fanatismo, y tenía un cariño y amor hacia su augusto esposo, incomparables. Su salud era muy delicada, y

tales circunstancias ocasionaban divisiones profundas en el seno del poderoso partido realista. Si nada lo daba á conocer ostensiblemente en el alto clero y en el interior de Palacio, advertíase por ciertos síntomas y manifestaciones secretas. Habíalo revelado primeramente el movimiento y ejecución del general Bessières y las simpatías que se observaban entre los voluntarios realistas y la familia Real de D. Carlos, de quien aquéllos esperaban mayor y más eficaz apoyo.

La sublevación de los voluntarios y de todos los elementos más exaltados de Cataluña se verificó por entonces. El Rey en persona fué á combatir la rebelión, adelantándosele el Conde de España con fuerzas considerables, y entre éstas una parte de la Guardia Real. No tocó á mi Regimiento, 4.° de la Guardia, formar parte de aquella expedición, y quedó guarneciendo Madrid. El partido *Carlista* (1) tenía escasa fuerza en la opinión pública, muy favorable en su mayoría al Rey, y la sublevación fué sofocada con la sangre de unos 60 jefes de voluntarios realistas, cuyos fusilamientos, ordenados por el Rey y ejecutados por el Conde de España, acobardaron á los demás. El arzobispo Creus, de Tarragona, denunció á S. M. toda la conspiración, y entregándole los papeles que comprometían á D. Carlos, no pudo ya quedar duda al Rey de la culpabilidad de su hermano. Una vez de regreso los comprometidos, con la confianza que debía inspirarles la regia palabra, fueron presos y fusilados los más culpables, con lo cual acabaron de aterrarse los llamados «defensores de la fe», que pretendían gobernar en el país por el terror y acabar con los pocos liberales que se reconocían como tales en los pueblos. El Conde de España quedó en Cataluña de capitán general, conservando el mando de la Guardia, siendo ésta en parte destinada á la guarnición de Barcelona.

En el mismo año de 1827 promoviéronse en Zaragoza algunos alborotos con motivo de negarse el pueblo á pagar el diezmo sobre todos los artículos de la producción de las huertas. Mi regimiento fué destinado á sofocar aquel espíritu revolucionario, y marchamos á jornadas forzadas, deseosos, como jóvenes, de encontrar seria y tenaz lucha para tener ocasión de guerrear; pero en vez de resistencia, fuimos recibidos por el pueblo con demostraciones de afecto, y por la aristocracia del país con bailes y fiestas en las casas de campo y en la ciudad. La oficialidad de la Guardia tenía la ventaja de estar mucha parte de ella ligada en parentesco con la nobleza del país. Los castigos impuestos por el Rey en Cataluña habían afirmado en todas partes el principio de su autoridad. Y así fué que el orden y la paz, hallándose asegurados, no tuvimos que imponerlos á nadie.

(1) Ya entonces empezó á conocérsele con este nombre.

Recuerdo que al entrar en Zaragoza mi regimiento, la emoción que experimentamos los oficiales correspondió al respeto que inspira pueblo tan valiente. Habían transcurrido quince años desde que la capital de Aragón ganó inmortal renombre en su primero y segundo sitio contra las huestes de Napoleón I, y todavía parecían humeantes las gloriosas cenizas de Santa Engracia y de la mitad de la ciudad, volada por las minas y consumida por el incendio. Con razón conservaban los zaragozanos aquellas como preciosas reliquias y testimonios vivos del heroísmo con que las defendieron. El Coso fué el límite de los esfuerzos de los imperiales, que evitaron siempre todo combate cuerpo á cuerpo con los españoles, sintiéndose inferiores á nosotros en esas tremendas luchas. Desde la acera de aquella calle que comunica con Santa Engracia, y desde la mitad arruinada de la ciudad, que á costa de sacrificios sin cuento había caído en poder del enemigo, defendieron los españoles la acera opuesta, que los franceses no minaron, pero que fué después destruída por el cañón. Cada una de aquellas casas ofrecía aún á nuestra vista las innumerables huellas del fusil y de la metralla. Asombrábanos el heroísmo por tanto tiempo mantenido en pechos inaccesibles al temor y al desaliento, sufriendo el hambre y una terrible epidemia que cada día diezmaba las filas de los defensores. Ante aquellos insignes recuerdos de valor y de patriotismo, los oficiales del 4.° de la Guardia, con el sombrero en la mano en señal de admiración y respeto, recorrimos la ciudad, y particularmente los puntos más gloriosos de la defensa. El pueblo de Zaragoza, sensible á nuestra demostración, unióse á nosotros en aquel día, saludándonos con vivas y aplausos, como expresión de su agradecimiento y entusiasmo, y nadie que conozca el carácter aragonés dejará de figurarse la espontaneidad con que tales sentimientos fueron expresados. Desde entonces el pueblo zaragozano se identificó con el regimiento, como éste con sus habitantes. Verdad es que el ejército ha simpatizado siempre con él.

No se separó la oficialidad aquel día sin cumplir con algunos que entendió eran deberes imprescindibles. El primero fué visitar á la Virgen del Pilar en su magnífico y célebre templo. Después de orar allí breves instantes, pero respetuosa y religiosamente, cual lo teníamos entonces por costumbre, corrimos á ofrecer nuestros respetos y á saludar en su casa al héroe que personifica la gloriosa defensa de Zaragoza. El capitan general D. José Palofox y Melfi, que en aquella época gozaba de escaso favor en la corte, y que no había recibido todavía el título de Duque de Zaragoza, á pesar de ser hijo segundo de la ilustre casa de Lazán, nos recibió con muestras de cordial agradecimiento.

Entre los muchos episodios del sitio, dos han enardecido siempre mi sentimiento patrio, y los conservo en la memoria para llevarlos inte-

gros al sepulcro. El uno excita vivamente mi orgullo nacional, recordando á Palafox enfermo, hambriento, postrado por la calentura, y contestando al parlamentario francés que le intimaba la rendición cuando toda defensa es ya imposible, aquellas palabras lacónicas é inmortales



DON JOSÉ PALAFOX Y MELFI (Duque de Zaragoza).

(Copia de un retrato de familia.)

de ¡GUERRA Á CUCHILLO! Con esta impresión vive también la que me inspira con opuestos sentimientos el carácter del vencedor de Napoleón I, que mantuvo preso al vencido en un calabozo del castillo de Vincennes durante largos años, faltando á los deberes sagrados de las leyes de la guerra. No extrañen, pues, mis compatriotas que consigne en este libro, compendio de mis recuerdos *íntimos*, aquellas dos viví-

simas impresiones de mi primera juventud, que los años no han desvanecido ni amenguado, contribuyendo de algún modo, siquiera sea tan modesto como el presente, á perpetuar la memoria de aquel español insigne, cuya estatua no ha levantado todavía la patria por él tan heroicamente defendida, mientras se alzan otras inmerecidas, por el espíritu de partido y bandería.

La guarnición de Zaragoza fué para nosotros muy agradable. El soldado es allí querido del pueblo, y los oficiales son recibidos en todas partes con galantería. En esta capital se encontraba establecido de cuartel el teniente general D. Blas Fournás, y tuve el gusto de ofrecerle mis respetos, así como á su digna señora. Fué éste aquel general que me llevó á la Guardia y que tuvo por mí tantas deferencias cuando mi cuestión con los voluntarios realistas en la procesión de Santo Tomás el Viernes Santo. El respeto de que se hallaba rodeado su nombre, verdadera gloria española, era sin duda merecido. Reunía la amabilidad más cortés y el trato más esmerado á otras muchas cualidades que lo hacían querido de todos, entre ellas el recuerdo de la parte que tomó en la defensa que hizo de Zaragoza en sus dos sitios, y en Gerona, donde se distinguió como brigadier y general. Siempre que fuí á Zaragoza me puse á sus órdenes, y lo mismo hice después con su señora cuando tuvo la desgracia de enviudar. Un oficial debe respetar la memoria de los tiempos en que fué favorecido por sus jefes, honrándose á sí propio y elevando la respetabilidad de los que lo distinguieron con su apoyo. Siempre he aconsejado á los oficiales, como particularmente hágolo á mis hijos, que guarden toda suerte de deferencias hacia los generales á cuyas órdenes hayan servido. Yo iba con frecuencia á visitar al veterano, y cuando llegué á más altos puestos, tuve completa deferencia á las recomendaciones de su ilustre viuda, que fué una señora respetable y digna.

Un lance muy serio tuve á poco, que me sirvió de enseñanza para desconfiar siempre de lo que algunos llaman espíritu de cuerpo y de compañerismo, cuando se trata de arrostrar cuestiones y peligros á nombre de la generalidad. Acudía la oficialidad al teatro, como en las demás capitales de provincia, y pocos eran los que no lo hacían diariamente. La empresa había hecho ensayar la ópera *Il Barbiere di Siviglia*, traducida al español, formándose la orquesta con la mayor parte de la música del regimiento. Estaba esta ópera de moda en Zaragoza, y el empresario, que tenía asegurada la venta de todas las localidades, había dejado á la oficialidad, la noche de la primera representación, sin las que ocupaba diariamente cuando nadie ó muy pocas personas iban al teatro. Aquella inconsecuente resolución nos incomodó á todos, y el mismo día, en el campo de maniobras, convinimos en que ninguno

pondría los pies en el teatro si no se nos daba satisfacción cumplida. Resolvimos además que la música que pagábamos los oficiales dejaría de formar parte de la orquesta, con lo cual la ópera no podría ejecutarse. En esta última parte el coronel Ezpeleta intervino, mandando que los músicos cumplieran con su empeño, y por lo tanto con el público, lo cual, como era natural, aumentó nuestro descontento. Quedó en pie el acuerdo, sin embargo, de no ir á la representación, el que fué transmitido tanto al coronel como á los demás jefes. Estábamos ya los oficiales reunidos en el café y empezaba la función en el teatro, cuando se nos dió conocimiento de que en él y en las *lunetas*, hoy butacas, se hallaban algunos oficiales de la Guardia, que sin duda habían podido obtener billete por gestiones más particulares y activas. Semejante noticia exasperó á todos. Yo fuí comisionado para hacer saber á los afortunados cuál había sido la resolución del cuerpo de oficiales y para intimarles su inmediata salida del teatro. Así lo hice, llamándolos por medio de los acomodadores. Eran siete los que estaban y los que acudieron á mi llamamiento. Á todos dí á conocer el acuerdo de los demás oficiales. Cuatro dejaron el local, y tres se negaron á hacerlo, conformándose con sus consecuencias, que yo les dí á conocer, para la mañana siguiente después de la lista de policía.

No hay plazo que no se cumpla, y aquél era muy corto para que no llegara más pronto de lo que yo deseara. Los demás oficiales habíanme dejado con tres desafíos, y mis tres adversarios estaban en sus puestos á la mañana siguiente. Todos teníamos nuestros padrinos, y en un olivar inmediato al castillo empezó el combate con un teniente de mi compañía, llamado D. Félix Ichazo, oficial navarro y veterano, procedente de las filas absolutistas, hombre recio, de mala intención, valeroso y terco de carácter. Sólo me tiraba intencionadas estocadas al pecho; contestábale yo con cuchilladas á la cabeza, que él sabía evitar parándolas con destreza; mas conseguí al cabo asestarle una que le obligó á sentarse, tomar alientos y vendarse con su pañuelo. Durante el combate, el padrino de Ichazo animábale con sus gritos mientras se batía, y esto, que me pareció inconveniente y de mal gusto, me movió á desafiarlo también en el momento, para ver si conservaría tales ánimos cuando estuviera delante de una espada. Ichazo me pareció fuera de combate; pero quizá contra mis deseos y esperanzas, habíame equivocado. Levantándose y volviendo á coger el sable, me significó su deseo de continuar la pelea. Hube, pues, de conformarme, y la lucha continuó con nuevos bríos y con igual sistema, no dirigiéndome él más que estocadas, y yo á él cuchilladas á la cabeza. Otra le alcancé sobre el hombro derecho, de la cual el navarro no se dió siquiera por entendido; mas la tercera, que cruzó en la cabeza con la primitiva, hízole caer en tierra, no sin haberme

rozado una estocada sobre la tetilla izquierda, que no hizo más que levantarme la piel, pero que me causó una dolorosa contusión.

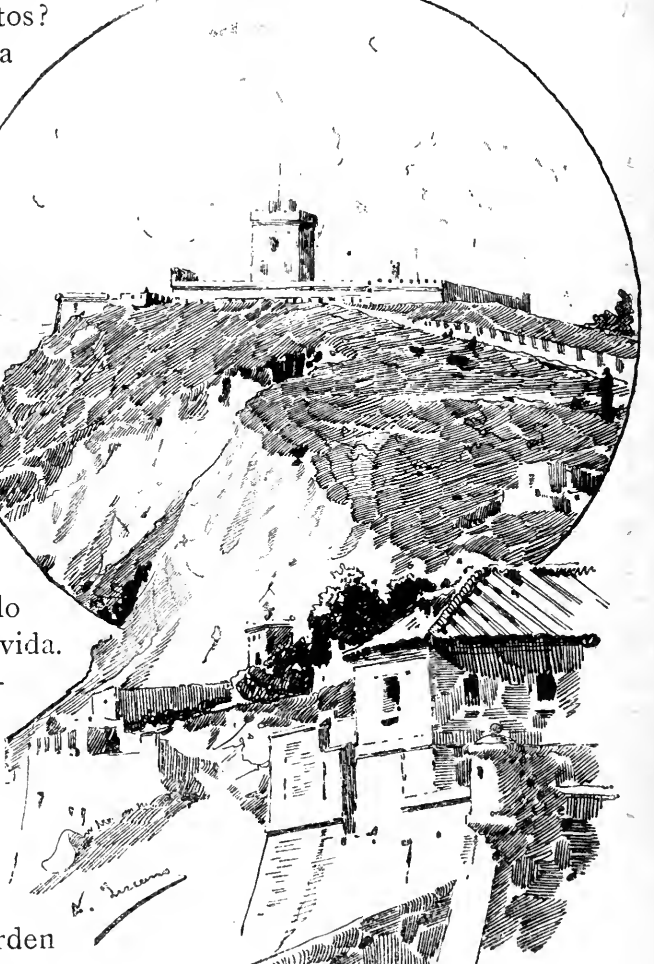
Ante aquel desenlace, todo lo demás encerraba escasa importancia. A un teniente dí una cuchillada en el brazo, y otra más ligera en la pierna derecha á un alférez. Faltaba para concluir el que fué padrino de Ichazo, y no hubo género alguno de satisfacciones que no me diera. Era aquel oficial muy obeso y presentaba un gran volumen, sobre el cual hubiera yo tenido blanco sobrado para ejercitar mi sable, que, en verdad, manejaba entonces con mucha destreza.

Así terminaron aquellos desafíos, que dieron bastante que decir en Zaragoza, y cuyo eco hubo de llegar á Madrid, donde corrió la noticia de mi muerte. Mi familia estuvo con gran cuidado algunos días, porque en aquel tiempo, no habiendo correos más que dos veces por semana y no conociéndose todavía el telégrafo para el servicio público, ningún medio podía satisfacer la natural ansiedad de una familia en casos de esta índole. Conocidos los hechos, tuvieron mis hermanos proporción de facilitarme una Real licencia para la corte, que yo me apresuré á disfrutar, marchando con una partida de caballería que mandaba el general y entonces todavía alférez Azlor, sobrino del Duque de Villahermosa y amigo íntimo mío. En Madrid, mis hermanos D. José y D. Luis recibiéronme con agasajos y cariño, pues parecióles un hecho extraordinario que yo hubiera tenido en un mismo día cuatro lances, sosteniéndolos todos con alguna firmeza de carácter; era éste el espíritu de la época, y celebraron ellos que yo siguiera sus propias huellas, entendiendo que para sostener el nombre á grande altura no había mejor camino que el de los duelos, á falta de una guerra en que tomar parte. Cosas del tiempo viejo en verdad, ya en desuso para la sociedad presente.

Mas no se crea por los que lean estos recuerdos, que al referir aquellos peligrosos extravíos de mi juventud pretendo presentarlos como un mérito personal. Nada más lejos de mi ánimo. Aquellas circunstancias, por el contrario, perjudicáronme más que pudieron favorecerme, dándome alguna fama de duelista y de mal carácter y formándome un concepto desventajoso ante mis jefes, que si no me impusieron severos castigos, debióse sin duda al prestigio de mi nombre y á la protección que con notoriedad me dispensaba el Rey, y consiguientemente toda la Real familia. Aquellos primeros lances, que en realidad no provoqué, me procuraron sin quererlo otros muchos, porque ninguno quería pasarme nada por el temor sin duda de verse desacreditados ellos mismos ante la importancia relativa y de esta índole que me daban. Por otra parte, repito, era aquélla una época en que los duelos estaban á la moda, creando en la oficialidad de la Guardia un espíritu especial

que la hacía respetable y de irrisistible prestigio. Un oficial que por prudencia evitaba un lance, perdíase en la opinión y corría el riesgo de que sus compañeros no quisieran alternar con él y de verse obligado por esto á retirarse del servicio. ¿Qué extraño era que yo, joven, con tan poca experiençia y juicio, teniendo por modelos á hermanos de una gran bravura, que habían sostenido lances terribles, quisiera imitarles en algo ya que no podía alcanzarlos en prendas relevantes y en singulares merecimientos?

Terminada mi licencia en Madrid, pasé á incorporarme á mi regimiento en Zaragoza, donde la sociedad era muy agradable, y la vida fácil y barata para los que no teníamos más que el sueldo, con el cual, yo, que ni jugaba entonces ni gustaba de francachelas y desórdenes, tenía más de lo que necesitaba para la vida. Guardándome de contraer deudas, siempre tuve dinero sobrado con que facilitarme elegante equipo de militar.



El Castillo de Monjuich.

El regimiento recibió poco después la orden de marchar á la guarnición de Barcelona, adonde fuimos á jornadas forzadas. Hicímoslas los oficiales á pie, en nuestros puestos de compañía, sin que nos fuera permitido montar á caballo. El Gobierno protegía entonces, más que lo ha hecho después, á los pueblos, no permitiendo vejarlos con bagajes ni otros suministros que no se pagaran en el acto. Aquella marcha fué realizada por la

joven oficialidad de la Guardia cual si hubiera sido veterana, dando así el ejemplo á la tropa y acostumbrándonos á medir por medio de nuestras propias fuerzas, las del soldado. Al llegar cerca de Barcelona, el Conde de España salió á Molins de Rey á pasarnos revista, quedando satisfecho del aspecto marcial del cuerpo y de la poca impedimenta que llevaban sus oficiales. El regimiento 4.º de la Guardia, que recordaré siempre con orgullo, ocupó para guarnecerla la ciudadela de Barcelona, y el 2.º se acuarteló en Atarazanas.

Tenía el general Conde de España la mayor confianza en estas tropas, que custodiaban á la vez el castillo de Monjuich, con cuyos puestos tan bien guarnecidos estaba muy seguro de dominar la capital, dado el caso, poco probable, de que se alterase el orden. El servicio ordenábase con el mayor rigor, como si estuviéramos al frente del enemigo. Ocupábamos los oficiales buenos pabellones que nos servían de alojamiento, aunque esto no impedía que la mayor parte tuviéramos alquiladas casas en la ciudad, en donde dormíamos muchas noches, no sin correr el riesgo de que se supiera por los jefes y fuéramos castigados. Los puentes de la ciudadela levantábanse á las diez de la noche, privándonos así de poder ir al teatro y acudir á la sociedad, lo cual hacía demasiado dura aquella guarnición. Mas no eran los jefes muy rigurosos, y hacían frecuentemente la vista gorda ante esas infracciones del servicio. Algunas veces, sin embargo, mandaban pasar lista á las altas horas, para darse la satisfacción de imponernos algunos días de arresto, cubriendo de este modo su responsabilidad ante aquel severo general, que se imponía por un rigor constante.

La soledad de la ciudadela estimuló el juego, y entonces fué cuando yo empecé á caer en esta afición peligrosa. La suerte no me fué contraria allí, ni en las casas de Santa Coloma y de Fenollart, adonde concurría frecuentemente con Manuel Concha, que era mi compañero inseparable, atraídos ambos por la belleza de las señoras barcelonesas que en estas tertulias se reunían. Sabido es que el juego produce siempre en alguno el interés de ayudarse con el manejo poco escrupuloso de las cartas. Dos episodios conviene que yo consigne para enseñanza de los incautos que me lean.

Jugábamos en cierta ocasión en la guardia del Principal. La noche estaba tormentosa, y tallaba un capitán gallego, muy veterano y feo, pero muy popular y querido de los oficiales, porque se ocupaba más de ganarnos el dinero que de exigir la puntualidad en el servicio. Como digo, era noche de invierno, y el temporal arreciaba fuera como sobre el tapete; los truenos y relámpagos hacían pavorosa la tormenta, y el veterano capitán exclamaba de vez en cuando con voz lúgubre: «*¡Pobres navegantes de mar y tierra!*» y al acabar la frase, venía siempre la carta

por él deseada, que parecía tener, no amarrada, sino aprisionada con fuertes y terribles grillos. Terminada la noche fatal, yo, que había conocido, aunque tarde, su juego, pero que no me conformaba con el para mí tristísimo resultado, aguardé á que todos se fueran, y una vez solo y frente á frente con el banquero, díjele con tono y ademán amenazadores:

—Capitán, la noche ha sido mala para mí, pero la mañana será peor para usted.

Miróme, vaciló un tanto, y díjome al fin, echándose á reir:

—Chavalito, ¿cuánto ha perdido usted?

—¡Treinta y siete duros!

—Pues ahí tiene usted dos onzas y un ochentín.

Confieso que los recogí y guardé. Tenía pocos años, y además estaba seguro de que eran míos. Inútil será decir que en lo sucesivo me abstuve de jugar con aquel capitán que con tan poco escrúpulo explotaba á sus camaradas.

El entonces teniente D José Orive, que después todo Madrid ha conocido como general distinguidísimo por su inteligencia, su gran bravura y lo simpático de su carácter, fué en el regimiento uno de mis más queridos compañeros. De aquella época data la afición proverbial que tuvo por las cartas, pero no ciertamente el saber aprovecharlas. Orive fué siempre pobre, y concluyó su vida sin dejar un solo real para su entierro. Nació su pasión por el juego de la necesidad que siempre tuvo de cumplir una sagrada obligación que se había impuesto. Huérfano de padre y madre á los pocos años y cuando no había pasado de cadete, encontróse sin más patrimonio que su espada y con el deber de cuidar y mantener numerosa familia; así es que se dió al juego con tanta constancia y persistencia como escasa fortuna. Todo esto hacía á Orive simpático, y ninguno dejábamos de interesarnos por que ganara, menos cuando, guiado por la pasión en que ya se había arraigado y siempre pegado al tapete, quería ganar á todos los oficiales hasta la última peseta.

Otra noche, estando yo de guardia en el Principal con Manuel Concha, se nos presentó un teniente también compañero, invitándonos á jugar un *écarté*, juego que por aquel tiempo andaba muy á la moda en Barcelona.

—Yo jugaré contra ustedes dos—nos dijo;—proposición que fué por nosotros aceptada. Las partidas sucediéronse; pero nuestro contrincante ganábalas todas indefectiblemente. Cuando no levantaba *el rey*, teníalo en la mano con otros triunfos. El hombre hizosenos sospechoso al cabo, y fijándonos en su juego, no nos fué difícil sorprenderlo poco después en el momento en que realizaba una de sus habilidades.

Concha quería matarlo; mas aquel desdichado, reconociéndose culpable y temiendo le expulsáramos de la Guardia, cosa fácil si planteábamos la cuestión, nos restituyó nuestro dinero, prohibiéndole nosotros que volviera á jugar con los oficiales del regimiento.

Ocurrióme después un hecho, del que siempre quedó memoria en el



regimiento cuando se trataba de juego. Teníamos en mi batallón un capellán, de esos que pasan por ser de la manga ancha. Todos lo queríamos como á un amigo, y sentíamos por él más estimación que respeto religioso. Jugábamos con él al monte cada noche, y tenía fama de aprovecharse de todas las ventajas que nuestra inexperiencia le procuraba. Don José, que así se llamaba nuestro padre capellán, sentábase siempre á la derecha del banquero, cuyo lugar preferente le otorgába-

mos todos en razón á su respetable ministerio. El Padre jugaba un duro, rara vez eran dos los que exponía, y cuando ganaba seis ú ocho, decía que ya tenía para el *verduraje* y no volvía á jugar hasta el día siguiente. Como por su posición estaba al lado del candelero de la derecha, colocaba su puesta cerca de él, y con un cigarro puro que ardía difícilmente, ponía el candelero sobre su puesta si perdía, ó la dejaba descubierta si aquel lado ganaba, después de haber intentado, aunque en vano, encender el cigarro. Yo tallaba aquella noche : la suerte debía serme favorable, y estaba de humor festivo. Quise dar un disgusto al reverendo capellán, y en un momento de mala suerte para él ocurrióseme encender un cigarro; levanté, pues, el candelero y dejé á descubierto los dos duros que en aquella ocasión jugaba; después, poniendo el candelero en sitio que no garantía la inviolabilidad de la puesta, recogí todas las que habían perdido, incluso la de D. José, que vió con marcado dolor desaparecer su dinero. Poco después hubo de terminar la partida, realizando yo muy regular ganancia; pero al dejar el pabellón, dije á D. José : «Tome usted para sufragios», y le dí ocho duros, que él guardó, comprendiéndolo todo y muy satisfecho del *verduraje* que había recogido para enviar su asistente á la plaza al siguiente día. El D. José tenía una ama y una sobrina de muy buenos bigotes, que todos los oficiales respetábamos por consideraciones sin duda á las virtudes espirituales que el buen capellán nos inspiraba. Aquella escena del candelero tuvo publicidad en Barcelona é hizo fortuna. El Conde de España, en la primera parada, dióseme por enterado con uno de aquellos bufidos con que él hacía saber á los oficiales el conocimiento en que estaba de las cosas censurables que nosotros creíamos más secretas.

Había entonces en Barcelona un banquero francés, llamado monsieur Paulin Durand de Saint-Moris, con pretensiones muy aristocráticas. Trataba, por lo tanto, con particular interés á los oficiales de la Guardia, obsequiándonos con bailes, comidas y jiras de campo. Aquel señor habíase introducido en la alta sociedad y desdeñaba la del comercio, á pesar de pertenecer á ella. Era de todos modos muy estimado y querido de los oficiales. Un día diónos gran banquete en una de las casas de campo inmediatas á la ciudad. No solía entonces haber comida de hombres sin juego. Llevaba la banca un capitán que luego llegó en la guerra á general por una serie de acciones y combates gloriosos. Mas era no sólo entusiasta, sino inteligente en el manejo del libro de las cuarenta hojas.

—Yo soy aficionado á los *cuatros* y á los *caballos* — decía Paulin Durand de Saint-Moris—porque he servido y hecho la guerra en el 4.° de húsares del bajo Rhin.

—Pues tendrá V. cuatros y caballos—decía el banquero, á quien todavía duraba la alegría del champagne.

En efecto, en todos los *albures* salía un cuatro ó un caballo, y en los *gallos* no faltaba la carta favorita de Mr. Durand, si no había aparecido en el *albur*. Excusado es decir que nunca ganaba ni un cuatro ni un caballo, y que la comida hízose harto cara para el opulento banquero. El juego nos fué pronto conocido. Para ganar en aquella banca bastaba jugar contra los *cuatros y caballos*. El teniente Concha y yo no sacamos de ello naturalmente partido, y volvimos en el faetón de monsieur Durand poco satisfechos y con los bolsillos escasamente provistos. Mas pasados los vapores de la comida, hicimos conocer al rico banquero cuán peligrosas eran las preferencias que él daba á ciertas hojas del famoso libro. Nos hacíamos, en verdad, escrúpulos de pasar por estas jugadas, en las que, como se ve, no se observaban las más perfectas reglas. Nuestro silencio allí, sólo pudo explicarse por las alegrías de la comida, por nuestra juventud y malísimas cabezas. Mas no se entienda que jugábamos por vicio, ni que pasábamos la vida sobre el tapete. La disciplina militar que imperaba en la Guardia no lo hubiera consentido, y el Conde de España era por nosotros harto respetable para no haber renunciado á semejante desorden ante una reprimenda del género de las que él echaba.

El juego que más imperaba era el *écarté*, en casa del Conde de Santa Coloma, en el que tomaban parte por un lado los hombres y por otro las señoras de la casa y las que también asistían á la tertulia. Aquí y en otras sociedades concurrían oficiales que después han tenido celebridad y que ya parecían merecerla, como los O'Donnell, Elío, Barrenechea, Lara, Urbina, Cotoner y otros que tan conocidos son en la historia militar del país. Ya he citado á D. Manuel de la Concha, mi compañero inseparable y con quien corría todas las aventuras galantes y todas las empresas del juego y de los duelos.

El servicio de la ciudadela hízosenos odioso por entonces, porque las dos guardias del Principal y de la Puerta del Socorro, que mandaban tenientes, guardaban cada una cuarenta ó cincuenta presos políticos, que de tiempo en tiempo daban lugar á sangrientas ejecuciones que aterraban á Barcelona y entristecían nuestros ánimos. Estaban los oficiales encargados de los presos, todos incomunicados. Éramos al propio tiempo los llaveros, y á nuestra presencia hacíase el examen de las comidas y las requisas dos veces al día. Teníamos que presenciar otras tantas veces la limpieza, lo cual nos repugnaba tanto, como penoso era penetrar en los calabozos en diversas horas del día y de la noche. Había un fiscal, odioso verdugo de los presos; él mismo vigilaba el servicio de los oficiales, muchos de los que iban arrestados á los castillos

si el cuidado de vigilancia y de atroz tiranía no se practicaba con rigor. Yo fuí hasta tres veces amonestado por el coronel por no emplearlo en aquel servicio. La verdad es que muchos presos se escaparon, gracias



DON MANUEL GUTIÉRREZ DE LA CONCHA.

(Copia de un retrato de familia.)

al auxilio de sus guardianes: la mayor parte de los oficiales, yo uno de los primeros, manteníamos la comunicación de los presos con sus amigos ó deudos; pero nuestra conducta humanitaria no pudo salvar la vida á muchos desgraciados que fueron condenados á muerte y ejecutados á

la vez en grupos de seis, ocho, y algunas veces de más, formándolos en ala delante de uno de los baluartes que daban frente á la ciudad. Muchas veces un tiroteo remataba á los que los soldados, por falta de serenidad, no habían podido concluir en la primera descarga. Era para nosotros los oficiales un día de luto cualquiera de aquellos en que se ejecutaban tales actos. Después de fusilados y conducidos por los presidiarios, presentábanse los cadáveres ante la expectación pública. El Conde de España hízose así odioso al pueblo, aunque obraba según el espíritu de la época y de las órdenes recibidas; pero el fiscal fué el blanco de todos los desprecios, y sin que ninguno nos pusiéramos de acuerdo, después de las primeras ejecuciones no volvimos á saludar á quien pudo atenuar los procedimientos y hacíalos más graves acriminando los actos de los acusados. Aquel oficial tuvo trágico fin. Emigrado al terminarse la guerra civil carlista, llevólo la suerte á Suiza. En una excursión que hizo por la montaña, una avalancha le enterró entre la nieve, dejándole solamente la cabeza descubierta. En esta situación las aves de rapiña le devoraron la cabeza y murió en medio de atroces tormentos. Aquella muerte debió ser impuesta por la Providencia como merecido castigo á quien había hecho derramar tantas lágrimas.

En uno de aquellos meses tocóme ir destacado al castillo de Monjuich, cuyo servicio se hacía con sobra de rigor. Aquel tiempo fué de fastidio y de cansancio, ocupándome únicamente del estudio, que no había abandonado. En Barcelona tomé maestro de francés y continué las matemáticas, que con bastante aprovechamiento seguí, á pesar de no tener obligación de continuarlas y de no exigírsenos nada que pudiera hacerlas necesarias. Del francés traduje al castellano la obra del general Rogniat sobre el arte de la guerra, que me había prestado mi querido amigo D. Enrique O'Donnell, hijo del Conde de La Bisbal, y cuya traducción he perdido con otros muchos libros y papeles que tuve en alta estima. Leía con preferencia la Historia Romana. Desde entonces tomé mucha afición á la lectura, y particularmente á la de obras militares, base esencialísima de educación para todo oficial de algunas aspiraciones.

El Conde de España continuaba pasando revista á los regimientos y examinando la instrucción de los oficiales. Era la cuarta vez que desde mi entrada en el servicio sufría aquellas pruebas. Mi examen fué satisfactorio en la escuela de compañía. Con el fusil en la mano primero, y luego con la espada, pude ejecutar y mandar toda la instrucción, dejando muy satisfecho al general. No lo quedó menos en la de batallón; así que, propúsome para ayudante en el primer regimiento, lo cual constituía un ascenso por la consideración y mayor sueldo que en

este empleo se disfrutaba, y por el servicio propio de este cargo, que me libró ya de las guardias y destacamentos. En aquellos regimientos de la Guardia el puesto de ayudante era un verdadero aprendizaje de jefe, pues ellos, con los oficiales de semana, conducían los batallones al ejercicio y los instruían diariamente. Á las horas de las listas pasaban éstas y tenían además la academia de sargentos. Mi nombramiento de ayudante era una prueba del aprecio que por mí tenían el general y los jefes, á pesar de que los duelos me hacían perder en la opinión.

Prueba era de ello harto evidente las notas que repetidas veces estampó de su puño y letra el Conde de España en mi hoja de servicios. El año de 1829 escribía en este documento: «Este oficial es regular en aplicación, tiene capacidad y entusiasmo militar; pero es de desear que la edad y la experiencia le hagan conocer el gran precio de la prudencia y comedimiento.» Y en 1831, manteniendo los primeros conceptos, decía lo segundo del siguiente modo: «La experiencia que adquirirá con la edad, le hará conocer que el valor debe reservarlo sólo para el servicio del Rey, y entonces será muy útil á su Real servicio.» Nada tan característico como aquellas notas puestas por el Conde de España á todos los que militaban bajo sus órdenes. Á falta de grandes aptitudes literarias, tenía para ello una originalidad espontánea y sarcástica inimitable. En la hoja de cierto oficial general, cuyo valor no estaba acreditado, hubo de escribir: «*Este brigadier es propio para el mando de una plaza abierta.*»

Pero la verdad es que, como he dicho, ninguno de los duelos que sostuve fué causado por provocaciones mías; y como prueba de que no era yo solo el que los mantenía, consignaré, para concluir este ya largo capítulo, algunos otros que probarán el espíritu batallador que animaba por entonces á la oficialidad de la Guardia.

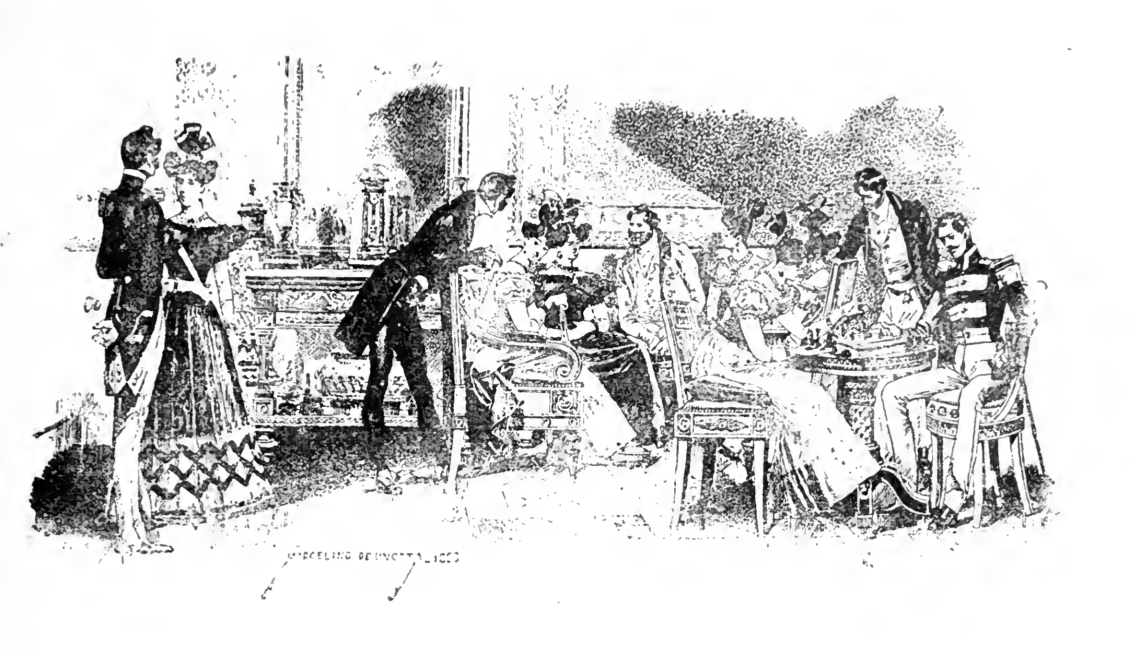
Estaba en Atarazanas acuartelado el segundo regimiento, y una tarde éste, que pasaba lista en el paseo de Santa Madrona, y mucha gente que en aquel sitio circulaba, vieron á un teniente del mismo cuerpo que, apaleado por otro, corría en precipitada fuga á refugiarse en las filas, hasta las cuales fué perseguido. El teniente no hizo la menor defensa ni exigió más tarde, como debía, la correspondiente reparación. La oficialidad del regimiento en masa pidió su expulsión, y el general, dando al oficial una licencia, trasladóle al primero, en el que yo acababa de entrar como ayudante, y que daba el servicio de la ciudadela. Todos convinimos que en cuanto se presentase, ninguno alternaría con él, y así sucedió. Una noche le tocó de ronda, y al teniente D. Ramón Boiguez, de guardia en el Principal, correspondía darle el santo; mas no queriendo hacerlo de palabra, púsoselo por es-

crito, y en el sobre este insultante apóstrofe : *Al apaleado.* Más ofendido de este acto que lo fué del hecho que lo había motivado, buscó el teniente un padrino, que lo encontró en D. Simón de la Torre, y desafió á Boiguez. Este, que era íntimo amigo mío, como continuó siéndolo el resto de su vida, reclamó mi auxilio, y con pocas discusiones, no usadas en aquella época, los llevamos al terreno, donde *el apaleado* pegó á su contrario tan fuerte cuchillada en el brazo, que se lo partió. Dos días después, con iguales ó parecidos términos D. Enrique O'Donnell provocaba de igual manera al que habían dado todos en llamar *el apaleado*, siendo igualmente desafiado por él. El resultado del combate, en el que también fuí padrino de O'Donnell, consistió en recibir éste una fuerte cuchillada en la cabeza, que con el tiempo fué causa de que cayera prisionero en la acción de Alsásua contra los carlistas, porque de sus resultas padeció siempre accidentes ante cualquiera emoción que experimentara. O'Donnell era de una bravura peculiar en su familia y de una inteligencia que hubiera dejado atrás á sus primos y tíos y á su propio padre, que fué de los primeros generales de la guerra de la Independencia. El oficial con estos dos lances quedó restablecido en su honra, y nadie se desdeñó ya en alternar con él en el servicio; pero fué siempre poco estimado y no llegó á tener amigos en el regimiento. Cuando la muerte del Rey, lo perdí de vista, y debió morir obscuro en el retiro de su casa ó en alguno de los batallones carlistas.

Por aquella época conocí en el mismo regimiento 1.° de la Guardia á D. Simón de la Torre y Hormazas, oficial entonces célebre también por los lances que tuvo en Barcelona y Madrid, que hicieron de él un verdadero y terrible duelista. Más célebre se hizo después en la guerra dinástica, llegando á mandar los batallones vizcaínos de su país, entre los que se distinguió por su bravura. En muchas ocasiones batióse contra el 4.° de la Guardia, en que sirvió, y cuando hizo en varias acciones oficiales y soldados cristinos prisioneros, tratólos con generosidad sin olvidar los lazos que á ellos le unían. Recuerdo que cuando lo conocí en Barcelona, al pasar yo al 1.° de la Guardia como ayudante, hubo entre los dos cierto antagonismo que necesariamente debía terminar en un duelo; mas éste se evitó por fortuna, buscando él mi amistad, que yo acepté con gusto y que ya conservé toda mi vida estrechamente. Durante la guerra combatimos en diferentes y opuestas filas. Cuando iba yo á parlamentar, corría él á verme, y ya hecho el convenio de Vergara, en el que le cupo la mayor parte, renovamos y estrechamos aquellas relaciones de los primeros años. Muchas veces vino á buscarme á los baños de Santa Agueda ó á Vitoria, y yo á su pueblo de Villaro, en el valle de Arratia, y en

Bilbao, en donde fijó su residencia. Siendo yo Ministro, propúsele para teniente general, por ser el más antiguo de los de su clase, y para la Capitanía general de Puerto Rico. Nunca dejó de ser Simón de la Torre un fiel y cariñoso amigo mío, ni yo de él un apasionado y leal compañero.





CAPITULO VI.

Viudez del Rey.—Llegada á Barcelona de Doña María Cristina.—Entusiasmo que inspira.—Mis diálogos con el Conde de España.—Los misterios de la *Patacada*.—Un oficio del Conde de España.—El alférez D. Fernando Cotoner.—Nuestras empresas amorosas.—Tristes desengaños.—Regreso de mi regimiento á Madrid.—Fallecimiento de mi hermano D. José.—Una misión diplomática de D. Luis de Córdova.—Enojo de los ministros Calomarde y Salmón.—Sus consecuencias.—Honrosas frases de Fernando VII.—Mi hermano en Portugal.—Una peligrosa travesía y un disfraz inverosímil.

La muerte de la reina Amalia fué sentida por todos los oficiales de la Guardia, de quienes era muy respetada, ya por la constancia de sus virtudes, ya por su carácter afable. El Rey lloró su pérdida, pero tardó poco tiempo en pasar á cuartas nupcias. Era la infanta Doña Luisa Carlota, esposa del infante D. Francisco, mujer de varonil firmeza, de rara actividad y tan enérgica que ningún obstáculo hacíala ceder, y había por entonces tomado á su cargo el casar al Rey con su hermana Cristina, princesa napolitana de mucha belleza y de singular gracia y talento. Un retrato en el que su imagen estaba fielmente representada, enamoró al ya prematuramente achacoso Monarca, viejo, más por el cansancio de los goces y por los padecimientos que por el número de los años que sobre él pesaban. No era difícil que en la corte venciera el partido que la infanta Carlota dirigía, ofreciendo al Rey una Princesa encantadora, sobre aquel que deseaba quedara viudo y sin

hijos, con la mira interesada de que pasara á D. Carlos la corona. Contra éste asociábanse todos los que esperaban que la sucesión directa del rey Fernando trajera novedades deseadas que no podían esperarse de D. Carlos, el cual representaba en el país las viejas y tradicionales ideas políticas, juzgadas y sentenciadas ya por las corrientes todas de la opinión pública. El matrimonio del Rey con la Princesa fué decidido y prontamente concertado. Debía entrar en España por Figueras, en Cataluña, y descansar en Barcelona, acompañada de su padre el Rey de Nápoles.

Hiciéronse los preparativos para los festejos inmediatamente; la Guardia participaba de la alegría general. No tardó la Princesa napolitana en llegar á la frontera, en donde fué recibida por los jefes de Palacio comisionados por el Rey, y por el Conde de España con gran parte de la Guardia, que le hizo los honores militares. En Barcelona, cuyo pueblo recibió á la Reina con inmenso entusiasmo, fué festejada con bailes, funciones de teatro y agasajos populares. Se alojó en el Palacio, y en la plaza tuvo lugar un baile de payeses que presenció desde uno de los balcones. Allí el entusiasmo por la joven Princesa fué indescriptible. La Guardia estaba durante aquella noche, que era fría, á cuerpo, y una orden de S. M. la mandó ponerse los capotes; tenía las armas presentadas, y otra orden la mandó descansar sobre ellas; estábamos los oficiales con los sombreros en la mano, y se mandó que nos cubriéramos. Estas y otras órdenes que demostraban mucho interés por el soldado, llenábannos verdaderamente de entusiasmo, y el pueblo, que también recibía atenciones y cuidados de la Soberana, celebraba aquellas bondades haciendo comparaciones entre ésta y los desdenes y falta de solicitud á que estaban acostumbrados, no sólo de la corte, sino de los magnates y autoridades. Jamás ví tanto entusiasmo del pueblo y del ejército. Si los Reyes comprendieran cuánto ganan separándose de la adulación de los poderosos, y tuvieran siempre esas y otras sencillas atenciones con el pueblo y con el ejército, serían invencibles contra sus enemigos en las grandes borrascas por que pasan. En la Lonja, el comercio de Barcelona la hizo gran recepción, y la Reina bailó contradanzas y valses con los oficiales é individuos de la aristocracia y comerciantes de la capital. Cúpome este honor, y la Reina, que ya se entendía con sus parejas en un castellano bastante correcto, tuvo la bondad de enterarse de si yo tenía mi madre en Barcelona, y como le dijera que estaba en Madrid, me preguntó si deseaba ir á la guarnición de la corte.

Sin exageración puedo repetir que la reina Cristina entusiasmó á todo el que tuvo la fortuna de verla. A su encantadora belleza y gracia reunía la amabilidad con todo el mundo, pues al que no hablaba, le saludaba ó

miraba con bondad. Su cuerpo era esbelto y elegante, y vestía con una sencillez que se armonizaba á la riqueza. Aquella Princesa tuvo enton-



S. M. La Reina Doña María Cristina.

(Reproducción directa, por el procedimiento Laporta, del cuadro de D. Vicente López.)

ces el mérito de atraerse aun á sus propios enemigos; y si todos los partidarios de D. Carlos hubieran tenido que tratar á la reina Cristina

ó servirla de cerca, muy pocos desertaran de sus banderas. Reunía, como digo, á una gran belleza que dominaba los corazones, un talento especial para la política y para toda discusión. Creo que si en vez de haberse dejado llevar más tarde por inclinaciones retrógradas hubiérase apoyado más en las ideas liberales de su época, su fuerza habría sido irresistible, y quizás la guerra dinástica hubiera durado menos tiempo, asegurando con más sólidos fundamentos el trono de Doña Isabel. Pero Doña Cristina no comprendió que sus primeras ventajas sobre D. Carlos, cuando en la corte apenas tenía un defensor, debíalas al principio liberal que representaba, y que con él y sus atractivos, su poder era, como fué, inmenso. Malos consejos la perdieron después, disminuyendo su prestigio y acarreándola una serie interminable de desgracias. La Reina dejó á Barcelona arrastrando todas las simpatías y dando al trono una fuerza que no habían podido conquistar ni los fusilamientos, ni los presidios y deportaciones.

El Conde de España, mientras tanto, hacíase cada día más impopular, y para salvarse de las asechanzas que contra él se formaban, redoblaba las precauciones en que vivía. Para dar una idea de cuáles eran, referiré lo que conmigo le ocurrió una tarde en la que no siendo todavía ayudante, hícele la última guardia de honor en el Palacio. Era Jueves Santo, y el general estaba en su casa de campo de Sarriá. A las tres de la tarde llegó al Palacio de Barcelona con su ayudante D. Miguel Boiguez, mandando que inmediatamente se sirviera la comida. En la mesa éramos cuatro, porque se contaba á su hijo, joven muy apreciable y simpático, que era también su ayudante y capitán de la Guardia. Durante la comida el general estuvo amable conmigo, dirigiéndome con frecuencia la palabra, pero evidentemente parecía dominado por alguna preocupación. Tomamos el café en el comedor sin levantarnos de la mesa: después de los postres, y cuando en un plato le puso el criado los cigarros, me dirigió la palabra.

—¿Fuma V., señor oficial?—El general no llamaba por su nombre á ninguno, por mucho que lo conociera y estimara.

—Sí, señor.

—Pues ahí tiene V. un cigarro para ahora, y otro para la una de la noche.

Yo los tomé.

—Este para las dos; éste para las tres; éste para las cuatro—me dijo, dándome tres cigarros más.

—Mi general—le contesté—yo no duermo en las guardias.

—Así debe ser, y yo me alegro que sepa V. cumplir con sus deberes.

Ya levantados de la mesa, me llamó á un lado cerca de un balcón y me dijo:

—¿Sabe V. lo que sucedió el año 20 al capitán general de Galicia?

—No, señor.

—Pues, en tal día como hoy, los oficiales que debían acompañarle á recorrer las estaciones le sorprendieron en su casa y le hicieron jurar la Constitución..... Usted dividirá su guardia en dos mitades. Una la dejará V. formada, con el sargento, á la puerta de Palacio, y V., con la otra mitad, subirá la escalera y formará en el descanso que hay antes de la antesala. ¿Está V. enterado?

—Sí, señor—le dije; y después de algunos momentos de silencio:

—¿Qué haría V. si la oficialidad se sublevara?

—Mi general, los oficiales no harán tal cosa.

—Pero ¿si la hiciesen?—insistió en preguntarme.

—Emplear las bayonetas de los soldados que mando—le contesté—y sin tirar un tiro, no dejar uno con vida.

El general debió quedar satisfecho de mi contestación, y me mandó ir á ocupar mi puesto, porque se acercaba la hora de la recepción.

Yo lo verifiqué, resuelto á cumplir mi consigna.

La recepción tuvo lugar, y la oficialidad acompañó al general, en mi concepto sin sospechas de que pudiera atribuírsele la posibilidad de tales intenciones. Todo pasó tranquilamente aquella tarde. Por la noche, sobre la una de la madrugada, encontrábame sentado en una silla, delante de la mesa de mi cuarto, con la Ordenanza en la mano, cuando la puerta se abrió de repente y el Conde de España se me presentó delante. Yo no tenía ni capote ni gorra de cuartel; esperaba la visita, y quería que el general no me sorprendiera; fumaba uno de sus cigarros y leía la Ordenanza.

—¿Qué lee V., señor oficial?

— La Ordenanza.

—Venga V. á pasear fuera del cuerpo de guardia—me dijo;—la noche está serena.

Entonces me contó muchas cosas de la política, que apenas entendí, porque la había olvidado desde que entré en el servicio; pero me refirió un hecho del sitio de Gerona, que desde entonces formó el culto que siempre he rendido á su defensor, el inmortal Alvarez. «La brecha estaba abierta en Gerona hacía quince días—contaba el Conde de España—y tenía el frente de dos batallones. La mayor parte de los fuegos de la plaza estaban apagados por las baterías francesas. El mariscal Augereau envió un parlamento, que entró vendado en la plaza. El general Alvarez en un baluarte casi destruído recibió la intimación del francés, que le amenazaba con degollar á la guarnición y arrasar la plaza si se prolongaba mucho tiempo la inútil y sangrienta defensa. A una señal de Alvarez, y quitada la venda al parlamento, unos cañones que no habían

sido desmontados ni descubiertos hicieron fuego con bala, y el héroe defensor contestó: «*El cañón lleva mi respuesta ya á vuestro general.*» ¡Ni la España oficial, ni el país en sus manifestaciones, han hallado recursos para elevar una estatua al héroe de Gerona!

El Conde de España estaba aquella noche con deseos de hablar y con



DON MARIANO ÁLVAREZ DE CASTRO.

(Copia de un retrato regalado al autor por el Ayuntamiento de Gerona.)

la intención decidida de distraerse. Gustábale mucho saber toda la chismografía de la ciudad, y especialmente la que tenía relación con sus oficiales.

—¿Qué es lo que ha pasado en la *Patacada* el sábado con el general Monet?—me preguntó como pretendiendo sorprenderme.

—Pues no ha pasado nada, mi general—le contesté;—como no se

refiera V. á una de esas bromas propias de semejantes diversiones, y de las que al siguiente día no queda rastro alguno.

En aquella época tenía Barcelona sobre todas las ciudades de España el particular privilegio de que se permitiesen por las autoridades los bailes públicos de máscaras, lo cual probaba la cultura de aquella población, tan digna de todas las libertades. Dábanse entonces los bailes de la *Patacada*, cuya entrada sólo costaba *dos reales*, y eran, sin embargo, muy agradables, porque á pesar de tan exiguo precio, concurría á ellos lo más selecto de la sociedad: los nobles los frecuentaban con preferencia y no se desdeñaban por cierto de embromar y bailar con las más sencillas y modestas hijas del pueblo. Estaban estos bailes á la moda, y los oficiales de la Guardia asistíamos con mucha puntualidad, sirviéndonos de aliciente las mujeres más hermosas que de todas las clases sociales había en Barcelona y pueblos inmediatos, y ya se sabe cuán encantadoras y en cuánto número las produce la excelente capital del Principado y su rica y pintoresca costa. Yo llevaba una noche por encima de mi uniforme un elegante dominó de raso negro, que me disfrazaba por completo. A poco de comenzado el baile presentóse en él el brigadier Espartero, que mandaba entonces el regimiento de Soria, acompañando á su linda esposa Doña Jacinta, la cual llevaba á su brazo al general Monet, jefe de la brigada de la Guardia que guarnecía á Barcelona. Distinguíase éste entre la sociedad más selecta y entre la oficialidad de la guarnición por lo apuesto de su arrogante presencia, por la finura de sus modales, la bondad de su carácter y la fama que del Perú le había seguido después de una larga guerra y operaciones difíciles, durante las que el valeroso soldado había atravesado varias veces los Andes y sostenido numerosos y brillantes combates. Joven todavía y pretencioso cerca del bello sexo, entreteníase en amable conversación con la de Espartero, autorizada por la presencia del marido, de quien aquél era íntimo antiguo amigo y compañero de armas en América. Por mi parte, con la mala intención de todo el que lleva una careta y la irresponsabilidad que ella garantiza, pero cuidando de no faltar á ninguno de los respetos sociales, me dirigí á Espartero, preguntándole:

—¿Por qué permites estos galanteos? No te fies de ese general, tan temible en los salones como en los campos de batalla.

Y como continuara así excitando la hilaridad del matrimonio y del mismo Monet, disponíame ya á dirigir mis bromas á otras señoras cuando se me acercó el cadete de Zamora D. José Santiago, después general, diciéndome que si quería intrigar á la de Espartero debería hablarla de cierta merienda que tuvo siendo soltera, en una de sus huertas de Logroño. Aquella noticia puso el colmo á mis deseos, y tomando cierto aire de reconvención misteriosa, la dije que era una

ingrata, que había olvidado á quien por ella se moría, y que aquella misma noche revelaría mi incógnito pidiéndola estrecha cuenta de las para mí inolvidable promesas de la huerta.

Muchas otras cosas debí añadir, que ni ahora recuerdo, ni podían tener más fundamento que la libertad con que se inventa bajo el disfraz. Pero conseguí con todo ello intrigar verdaderamente á la dama, que acabó por abandonar á Monet con el solo interés de conocerme. Debo decir que la de Espartero estaba en aquella época muy obsequiada de toda la sociedad barcelonesa, y que esto, con razón, parecía lisonjear á su marido, pues era en efecto de las más hermosas y elegantes. Así, pidiendo permiso al coronel de Soria para bailar un vals y hacer lucir el esbelto cuerpo de su mujer y sus ricos atavíos, continué la broma hasta que se agotaron mis inventos, sin que ella lograra conocerme. A poco la devolví á su marido, que con particular tacto la entregó de nuevo al brazo de Monet.

Bien porque este general hubiera adivinado bajo mi dominó el uniforme de la Guardia y quisiera conocer al osado que se había permitido interpelarle, bien porque deseara complacer á la coronela de Soria, que mostraba en saber quién era el de la huerta mucho empeño, dispuso que uno de sus ayudantes me siguiera á la salida. Mas hube yo de apercibirme de aquel manejo, y entre amostazado y temeroso de alguna represalia, me volví á la entrada de uno de los callejones más obscuros de la ciudad, y tirando de mi sable, hice tomar al perseguidor otro camino. A la mañana siguiente D. Manuel de la Concha, en la parada, fué objeto de una severa reprimenda de parte del general, que si fué merecida por alguna leve falta en el servicio, dió lugar á maliciosas interpretaciones de cuantos conocían el misterio de la Patacada. Es de advertir que en aquella época Manuel de la Concha era tan delgado como yo, lo que hacía muy fácil cualquier equivocación. Mas nos unían ya lazos fraternales de amistad, y él hubo de tomar con filosofía aquella inmerecida desventura.

El Conde de España, que en la intimidad era muy bromista, rióse mucho de aquella historia, que sólo puedo evocar al escribir estas *Memorias íntimas* y al escudriñar mis aventuras. Recuerdo perfectamente que el general, tomando conmigo un tono festivo y benévolo, díjome que no había echado de ver en mi carácter tanta inclinación á la intriga; que lo haría constar así en mi hoja de servicios, y que para dejar bien puesta la disciplina, haría saber por sí propio al general Monet que toda la criminalidad de los hechos recaía únicamente en mi persona. Excuso decir que el noble Conde me guardó siempre el secreto, sin hacer traición á mi confianza.

Era ya de día cuando el general, cansado de pasear y hablar, mandó

servir el café, al cual hice yo los honores, estragado el estómago con tanto fumar. El general era para mí una persona por quien hubiera dado la vida, y así es que cuando después de muchos años y defendiendo distinta causa, supe de qué manera desastrosa había sido asesinado por los mismos realistas, tuve verdadera pena y siempre guardé un respetuoso culto hacia su memoria. No he conocido un general que supiera presentarse á las tropas con mejor y más aire militar y con maneras tan



EL CONDE DE ESPAÑA.

(Copia de una miniatura de familia.)

imponentes. Habíase distinguido mucho en la guerra de la Independencia, bajo las órdenes de Wellington, con el mando de una división, y condújose con extremada bizarría en la batalla de los Arapiles. Después mandó hasta su rendición la plaza de Pamplona, y fué del general inglés, en todas ocasiones, uno de los subalternos más apreciados. Todos los oficiales de la Guardia fuímosle deudores de nuestra educación militar; ningún jefe fué más temido ni más respetado; pero ninguno tampoco tuvo jamás consideraciones iguales para con sus subalternos, que le pagaron con el indeleble recuerdo de un afectuoso reconocimiento.

Añadiré que jamás impuso castigo severo á nadie, contentándose con ligeros arrestos que no imprimían nota desventajosa ni depresiva. Tenía por la Guardia el cariño de un padre, y cuando en la guerra algún oficial que seguía distinta bandera caía prisionero de su tropa, tratábalo decorosamente, acabando por ponerlo en libertad. Guardaba á los que seguían la causa carlista las mayores consideraciones y aprecio, y solía decir que con aquellos ocho batallones de la Guardia que mandó como comandante general, establecería su cuartel general en Sarriá. Hízose odioso á los liberales por las muchas ejecuciones que se llevaron á efecto bajo su mando, y quizá también por el aparato terrible de que se revestían; pero es de advertir que aquellas crueldades estaban en el espíritu de la época, en las costumbres del Gobierno, y que el Conde de España debía someterse á órdenes superiores.

Por lo demás, se equivocarían cuantos creyesen que aquel hombre abrigaba siempre sentimientos de severidad y dureza. Pocos he conocido tan festivos. Véase un oficio en que bien claramente revela aquella inclinación de su carácter, dirigido al general Monet en 1830, que por dicha ha llegado á mis manos y que á la letra dice así:

«Excmo. Sr.: Tengo el honor y la satisfacción de acusar á V. E. el recibo de sus siete oficios del 9 del presente, que me han costado 12 reales; es justamente el importe de los mejores besugos que se venden en esta H. I. y coronada villa.

»Quedo muy satisfecho, menos del pago del pliego, de cuanto V. E. ha hecho y piensa hacer, porque V. E. es un varón recto y deseoso del buen servicio del Rey N. S. (q. D. g.).—Para que V. E. se penetre que en un solo oficio se puede hablar de todo con un aparte, para que no se confundan las materias y no cueste el pliego 12 reales, le diré que el Excmo. Sr. Caballero de Médicis, primer Consejero y Ministro, encargado del Departamento degl'Affari Esteri de S. M. el Rey de las Dos Sicilias, me ha dirigido un pliego que dice: «A su Eccellenza No»bile Signore Mariscallo D. Giovanni Antonio Monet, Comandante di »Brigata de la Guardia Real, etc., etc., etc.» Dicho pliego contiene el aviso de una condecoración para V. E., no sé cuál sea, ni tampoco puedo dirigírsela como algunas otras que he recibido, por no tener todavía permiso del Rey N. S. para ello; pero le anticipo á V. E. este aviso, que no le costará 12 reales como el pliego que V. E. me ha dirigido, pues lo incluyo al secretario de la Capitanía general, por lo que le recibirá V. E. de patria: y no teniendo otra cosa que comunicar á V. E.,

»Ruego á Dios le tenga en su santa guarda los muchos años de mi deseo. Madrid, 16 de Enero de 1830.—El Conde de España.—Excelentísimo Sr. D. Juan Antonio Monet.»

Seguí por aquellos tiempos (año 1831) en la guarnición de Barcelona; y como saliese á ayudante del 1.º después de dos años de servicios en el 4.º, y aquél viniera á relevar á éste, permanecí hasta cuatro años en la guarnición de aquel Principado, en cuyo tiempo pude apreciar el carácter y virtudes del pueblo catalán, tan brillante en el trabajo, en patriotismo, en la guerra, en hacer valer sus cualidades para la industria, el comercio, la agricultura, y en todas las empresas en que un pueblo viril se manifiesta. Cuando tuve que salir de Cataluña para regresar á la corte, dejé con pena á Barcelona, y siempre que el servicio me condujo años más tarde á esta ínclita y hermosa ciudad, sentí una satisfacción verdadera.

Era uno de mis amigos más íntimos desde que entrambos servíamos en nuestros primeros años en la Guardia, el alférez y hoy veterano general D. Fernando de Cotoner y Chacón Manrique de Lara, de las *nou* casas de Mallorca, joven de mucha gracia, de natural talento, simpático por los cuatro costados y de un trato tan ameno, que con él se podía pasar todo un día ó una semana sin fastidiarse ni dormirse, sobre todo en las épocas en que con él se consumía una buena partida de *malvasía* de Bañalbufar y un cajón de ricas y gordas sobreasadas que su amante madre le enviaba con barriles de exquisitas perdices escabechadas. Con este amigo que la suerte me había deparado, y que para acabar de retratarlo sólo me bastaría decir que con él me ponía muchas veces en camino á pie desde Alcalá á Madrid para pasear en el Retiro por la tarde, y volvíamos á deshacer el camino para llegar al ejercicio al amanecer del siguiente día, comencé una empresa amorosa, en la que los dos teníamos como novias dos hermanas, las dos bonitas, ambas jóvenes y ricas y dotadas de talento, coquetería y pretensiones. Eran huérfanas de un rico comerciante, cuya casa de banca seguía con mucha inteligencia la madre, que pretendía para cada una de sus hijas un marido noble con no quebrantado patrimonio. La madre nos recibía con cierto orgullo, quizá por los nombres que llevábamos, la gracia que le hacíamos y no sé además si porque, dada nuestra inexperiencia, no éramos para ella temibles en nuestras empresas contra sus hijas; y así era en efecto; pero la respetable señora otra cosa hubiera pensado si algunos años después nos hubiera tenido que juzgar. El joven Cotoner fué después un galanteador de los más finos de la Guardia y una de las espadas más entrometidas de la época. Mi compañero, en suma, tomó posición al oído de la más joven, y yo, para afirmar la mía, recibía lecciones de ajedrez, del que aquella Dolores de mi alma era maestra consumada. Los dos navegábamos viento en popa, y recuerdo que cuando la familia iba á dormir al campo, y nosotros por razón del servicio teníamos que dejar la quinta para venir á encerrarnos en la plaza,

mi amigo y yo contemplábamos desde lo alto de la muralla la casa en que aquellos ángeles dormían, quizá sin acordarse de nosotros.

Nuestro progreso era evidente, y de él se hablaba en los círculos aristocráticos y comerciales de Barcelona, cuando, sin prévio aviso ni adelantar la más pequeña señal, una noche nos encontramos con una de las plazas ocupada. La mayor de aquellas dos señoritas jugaba al ajedrez con un Marqués del país, rico y con casa en Gerona, hombre ya hecho y formal, de grandes barbas y bigotes y de buena y varonil figura; lo encontré en mi puesto de combate sobre el tablero, y la madre, muy contenta, parecía quererme indemnizar con sus propios halagos y atenciones. Napoleón en Marengo, cuando halló perdida la batalla, no se presentó más orgulloso de sí propio y de su fuerza que lo fuí yo en aquella derrota. Me dí por entendido con la conformidad del carácter más estoico, y aparenté una resolución de ánimo que tenía todos los honores de la heroicidad. Me retiré, no por escalones, sino en masa, y me mantuve en actitud defensiva. Alguna impresión debió producir esta conducta en el Marqués, pues al siguiente día, domingo, vino á preguntarme si yo tenía algún interés por la señorita, solicitando mi permiso para hacerle la corte en son de matrimonio. Mis seguridades y afirmaciones me parecieron un triunfo. Concedí la mano de la bellísima Dolores al Marqués, y en esto encontré una satisfacción que disminuyó la cruel y oculta derrota. ¿No era aquella ocasión propicia para emplear las armas que con tanta frecuencia manejaba en el terreno? Nada de eso; yo renuncié como D. Simplicio á la mano de D.ª Leonor y fuí á buscar mi venganza en otras compensaciones. En amor hay siempre ocasión de revancha, y debe uno vengarse tomando á cualquiera por enemigo. Cotoner quedó para un segundo acto de las asechanzas de la madre, que yo no contaré. Él lo hará si quiere escribir sus desgracias ó sus fortunas, que mucho tiene en verdad que contar.

A mí no me quedó por memoria de esta historia más que mi ajedrez, un tablero y un tomo del *Filidor*, que me procuró otro desengaño que también traeré á las páginas de esta triste pero íntima y verídica historia, de la cual hice también confianza al Conde de España, que se reía de mis desventuras y de las dobles pretensiones de la mamá. Mis compañeros de la Guardia y mis amigos de la sociedad admiraban que yo las refiriese á un general de tan mal genio; pero admiraban mucho más, dado su carácter, que él las escuchara con tan paternal benevolencia.

Con una maestra tan inteligente como lo había sido la dama de mis pensamientos, y con los estudios que en mi *Filidor* hacía de continuo con incansable aplicación, me creía en verdad por entonces un excelente jugador de ajedrez. Llevaba á las guardias mi tablero y mi libro;

visto lo cual un día por el alférez Sirera, con quien estaba de servicio en la puerta del Socorro de la ciudadela, me preguntó confiadamente si jugaba al ajedrez.

—Un poco, Sr. Sirera; ¿y usted?

—No mucho, mi teniente.

Y con no escasa presunción le invité á jugar unas partidas.

Puesto el tablero sobre la mesa, y las piezas en sus respectivas casillas, le dije con la mayor confianza:

—¿Qué piezas desea usted? ¿Con qué color acostumbra usted á jugar?

—Con el que usted quiera, mi teniente—contestó confiado el alférez.

—Pues le daré á usted las dos torres—le dije, pareciéndome poco todavía.

Sirera eligió el blanco y aceptó las torres, y mi amigo, á quien por lo grande que era de estatura y corpulencia le llamaban en el regimiento *el elefante en leche*, en muy pocas jugadas me ganó la partida con la mayor modestia. Creí sería aquello casual, y repetí la jugada, que tuvo para mí el mismo desgraciado éxito.

—Pues no puedo dar á usted dos torres—dije á mi contrincante, haciendo la primera confesión del vencido.

No tardó más tiempo en ganarme otro juego sin tal ventaja, y así hube de renunciar á darle pieza alguna, con suprema contrariedad. Jugamos mano á mano, y la derrota parecía haberse fijado en mis banderas. El señor Sirera, en fin, siguió ganándome y acabó por darme las dos torres. No necesito decir que por espacio de mucho tiempo dejé el juego, perdidas mis ilusiones, abandonando libro, piezas y tablero con un desengaño más en mi corta vida. Parecía que aquella ingrata Dolores se había llevado en pos de mis ilusiones lo poco que me enseñó de ajedrez. ¿Qué queda, en efecto, de una mujer ingrata é inconstante?

Sin acontecimiento alguno de importancia, seguí con mi regimiento, 1.º de la Guardia, en Barcelona, en cuya alta sociedad éramos siempre bien recibidos, así como en la del comercio. Repetiré que Barcelona era entonces, como lo ha sido siempre, muy agradable para todas las clases sociales, y en particular para el ejército, siendo considerada como la guarnición que más recursos ofrecía, ya por la baratura de los precios de todos los artículos de subsistencia, ya por sus buenos teatros, paseos y sociedades. Cataluña desde aquellos primeros años de mi juventud me inspiró irresistibles simpatías que nunca he desmentido después, considerando que si las demás provincias estuvieran en circunstancias de igualarla en sus hábitos de actividad y trabajo y en sus recursos industriales, España sería la primera nación de Europa.

Terminado el tiempo de dos años de guarnición, el regimiento recibió la orden de marchar á Madrid, relevado por los batallones del 3.º de

la Guardia. Verificamos la marcha, como siempre, á jornadas forzadas y por la línea más corta, pasando el Ebro por Mora y viniendo á tomar el camino Real en Alcolea del Pinar. Yo la hice á pie, á pesar de que por mi calidad de ayudante podía usar caballo; pero ni tenía dinero para comprarlo, ni quería por otra parte ir en un bagaje. Preferí, pues, realizar mi servicio á pie. Hacía las marchas con facilidad, y esto me daba prestigio ante los jefes y la tropa, porque demostraba que, aunque delgado y al parecer de constitución delicada y fina, tenía condiciones militares que me recomendaban. En el camino el comandante de mi batallón, D. Francisco Fulgosio, dióme la triste noticia del fallecimiento de mi hermano mayor D. José, á quien yo quería como á mi padre. Víctima de un repentino ataque de enajenación mental, sucumbió en pocos días, siendo coronel y oficial del Ministerio de la Guerra. Si la muerte no lo hubiera arrebatado tan pronto á nuestro cariño, seguramente esperábanle, como á D. Luis, los más elevados puestos de la milicia en la guerra carlista, porque era valiente hasta la heroicidad, entendido como el que más y de conocimientos militares poco comunes. Mi entrada en casa de nuestra madre fué una desgarradora escena. Aquella excelente señora, tan atormentada por la suerte, no encontraba consuelo en sus demás hijos, ni éstos podían dárselo cuando eran partícipes del mismo dolor. Muchos años han pasado desde aquella pérdida, y todavía conservo en el corazón el sentimiento de su amargura.



DON JOSÈ F. DE CÓRDOVA Y VALCÁRCEL.

Mi hermano Luis estaba á la sazón en Berlín de ministro plenipotenciario: había alcanzado el empleo de brigadier persiguiendo á Mina en su reciente empresa de Guipúzcoa, y por cierto que debió esto á circunstancias bien dignas de referirse.

Ocupaba el gobierno á la sazón el famoso D. Tadeo Calomarde, primer ministro del rey Fernando, con quien aquél gozó de la más grande y larga privanza que ministro alguno tuvo durante su reinado. Después

de la revolución francesa de 1830, que arrebató la corona de las sienes de Carlos X, mi hermano, que á la sazón desempeñaba en la corte de Berlín el puesto diplomático de ministro plenipotenciario, vino en posta á Madrid ganando horas, con una misión especial y secreta del rey Federico de Prusia, que se refería á la situación revolucionaria en que había entrado la Francia y á particularidades referentes al nuevo monarca Luis Felipe, que amenazaba á Fernando VII con proteger la invasión de los emigrados españoles, quienes habían ya penetrado en el territorio de España al mando de Mina por un lado y de Chapalangarra por otro. La misión de mi hermano cerca del Rey era de carácter particular y muy secreto entre los dos monarcas. Tratábase entonces de establecer los preliminares de una coalición contra la nueva revolución francesa, que parecía poner en peligro el orden público en Europa y la seguridad de los tronos.

El rey Fernando, á quien mi hermano enteró del estado político de Europa, habíale recibido con esas pruebas de afecto y estimación con que los Reyes acogen á los que les sirven con entusiasmo. Pero su llegada á Madrid fué equivocadamente apreciada por su jefe el ministro de Estado, Salmón, que condenaba en él el hecho de haberse venido á Madrid sin la licencia reglamentaria y permitídose dar al Rey noticias políticas de la corte en que estaba acreditado, sin haberlas antes comunicado al Gobierno. En aquella época, como en la presente, tenían los ministros la pretensión de que el Rey no supiera lo que más podía interesarle sino por el obligado conducto del consejero oficial. Las relaciones entre Salmón y Córdova agriáronse cada día, y las reservas de éste, que sólo se confiaba con el Rey, exaltaron más el ánimo de los ministros, hasta el punto de tomar parte en la cuestión el ministro de Gracia y Justicia, Calomarde, poniendo particular empeño en la causa de su colega el de Estado: así las cosas, un día llamóle aquél á su presencia para darle nuevas órdenes, imponiéndole la de salir de Madrid dentro de las veinticuatro horas.

Era Calomarde hombre irascible, y su favor con el Monarca hacíale orgulloso y despótico, sin que le hubiera hecho contraer hábitos de cortesía y buenas formas el roce de la corte. Con estas circunstancias de su carácter, propasóse con mi hermano en los términos más inconvenientes, llegando á amenazarle con que le haría salir de Madrid atado codo con codo: el desatentado ministro añadió algunas frases groseras, de aquellas que no toleran nunca los caballeros. Ante tan dobles é inauditos insultos, mi hermano, que era de una naturaleza delicada y no dispuesto á recibirlos sin castigarlos en el acto, dió á Calomarde un terrible bofetón con tan forzuda y nerviosa mano, que le hizo rodar sobre el canapé de su gabinete de despacho. El escándalo fué

inmenso en la Secretaría, porque de este acontecimiento, sin igual en los anales ministeriales, se enteraron todos los oficiales y porteros.

Conociendo mi hermano la gravedad inmensa de lo que acababa de hacer, quiso prevenir por sí propio al Rey y subió á las régias habitaciones, en donde y por conducto del Duque de Alagón consiguió llegar en el acto á presencia del Soberano. Enteróse S. M., al decir de los testigos, con satisfacción mal disimulada, del percance por que había pasado su primer ministro, y dirigiendo al que había sido su defensor en la Cortadura y el 7 de Julio una de aquellas penetrantes miradas que revelaban toda la profundidad de su alma, hubo de exclamar:

—«¡Una bofetada á Calomarde!..... Más te valiera habérsela dado á mi hermano Carlos..... ó al Arzobispo de Toledo!»

Inmediatamente dispuso que sin perder una hora saliera de Madrid, esperando sus órdenes y la contestación que debía llevar á Berlín en Vitoria; y no habría llegado mi hermano á su casa, cuando el criado favorito del Rey venía de su parte y portador de 2.000 duros en onzas de oro para hacer el viaje, y otros tantos cigarros de regalía. Empleado ya en Vitoria por el general Fournás, capitán general de las provincias Vascongadas, para mandar una columna contra Mina, mi hermano atacó en Vera al insigne caudillo, obligándole á refugiarse en Francia. Pocos días después el Rey nombró á Córdova brigadier, enviándole directamente el Real despacho. Tal era el afecto que por él tuvo siempre D. Fernando VII, al cual correspondía mi hermano con toda la abnegación y cariño de un servidor leal y agradecido.

En la corte mi regimiento encontró la buena acogida y prestigio que tenían los cuerpos procedentes de Barcelona, mejor vestidos, equipados é instruídos que los demás del ejército, merced al celo y cuidado del Conde de España. A nosotros los oficiales no llegaban todavía las conmociones de la política, que sin embargo empezaba á agitarse, promoviéndolas principalmente las rivalidades y luchas de la familia Real. El Rey tenía ya sucesión en la princesa doña Isabel, y la reina Cristina estaba otra vez embarazada. Pero yo, que asistía á las sociedades, que eran numerosas, así en las casas de la aristocracia como en el cuerpo diplomático, que frecuentaba mucho los teatros y los paseos, no pensaba nunca que hubiera política, ni sabía bien, creo yo, lo que esta palabra significaba. Nada puedo decir sobre ella, por lo tanto. Tengo que llegar á la época en que empezó á introducirse en las filas de la Guardia. Pero el primer acontecimiento notable que de aquellos años recuerdo fué la grave enfermedad del Rey en la Granja y su aparente fallecimiento, que llegó á creerse por todo el mundo como cierto y á conmover los partidos. Si el Rey hubiera muerto entonces, tengo por cierto que su hermano D. Carlos habría sido proclamado Rey, porque la

reina Cristina estaba acobardada y dominada por los partidarios del Infante. Pero repuesto el Rey, las disposiciones que se adoptaron por el nuevo Gobierno, la formación de alguna Milicia Nacional, en la que tomó parte la Grandeza, y el cambio de algunos oficiales en los regimientos, dieron más vigor á los partidarios de la Reina. Mi hermano Luis llegó de Berlín y fué nombrado ministro en Lisboa, á donde quiso llevarme de ayudante y como agregado militar. Ardía á la sazón en Portugal la guerra civil entre liberales y realistas, representados éstos por el infante D. Miguel y aquéllos por su hermano D. Pedro.

Pero antes de relatar algunos acontecimientos que tuve ocasión de presenciar en el vecino Reino, he de consignar aquí el recuerdo de una audiencia de despedida que á mi hermano y á mí nos concedió el rey D. Fernando. Hallábase S. M. paralizado de las piernas y sentado en un sillón en la Real cámara. Terminados los asuntos políticos de que habló con mi hermano, hizo llamar á la reina Cristina y la dijo estas palabras que se grabaron en mi memoria:

«En todas las apuradas circunstancias en que te encuentres, cuenta siempre con Córdova, que ha sido mi más fiel servidor»; y añadió, señalándome con el dedo: «Con éste contarás también.»

Aquellas frases decidieron nuestras opiniones. Nuestra bandera sería la que levantara D.ª Cristina; nuestra causa, la causa de la reina Doña Isabel II. ¡Cuántas veces arriesgué después mi vida, mi porvenir y mi fortuna por mantenerla! ¡Cuántas ingratitudes, olvidos y desdenes fueron necesarios para que un día abandonara yo la línea de conducta que me trazaran aquellas para mí inolvidables palabras de D. Fernando VII! Los hechos lo acreditarán así cuando se conozcan; cuando, exentos de los rencores y pasiones que llevan tras de sí las luchas contemporáneas, pueda recaer sobre ellos el juicio de la Historia.

En Lisboa ya (y era la primera vez que salía al extranjero), en todo encontré novedad y atractivo. Gracias á mi aplicación de los primeros años, pude hacerme entender por medio del francés, que volví á estudiar entonces con nuevo empeño. Fuí muy bien recibido en esta para mi nueva sociedad, y muy obsequiado por la inglesa y la escuadra de esta nación, que ofrecía á mi hermano, y á mí por consiguiente, repetidos convites á bordo de los diez ó más navíos que en las aguas del Tajo mantenía anclados. La Embajada inglesa nos atendió también con sus obsequios. Lady Russell, mujer del Embajador, sabía hacer los honores de su casa como ninguna: era una gran dama de la mejor sociedad, y reunía á su belleza la mayor distinción. Un domingo la Embajada española fué convidada á bordo del Almirante Parker á una de aquellas grandes comidas que acostumbran á dar los marinos ingleses. Mi hermano, que se encontraba enfermo, envió sus excusas

con una carta de que yo debía ser portador. El primer secretario de la Embajada, Durango, iba también conmigo, y los dos teníamos en el Coll Soudré un bote del navío almirante para conducirnos á su bordo. El tiempo estaba á la sazón revuelto; un fuerte viento del Sur y la marea montante levantaba olas temibles; la travesía se hacía en extremo peligrosa. Durango y yo nos comunicamos nuestros temores, pero resolvimos embarcarnos á la vista de un joven guardia marina y de ocho ó diez marineros que, inmóviles, parecían autómatas. Embarcámonos pues, y habiendo los marineros desatracado, el guardia marina que llevaba el mando del bote y manejaba el timón, dió algunas órdenes con notoria inexperiencia, que los marinos obedecieron, echando al aire, que por cierto era terrible, todos los trapos de la lancha. Aquello debió costarnos la vida. Desde aquel momento fuimos, como suele decirse, debajo del agua; las olas pasaban por encima de nosotros, y Durango y yo comprendimos bien pronto que íbamos á ser pasto de los peces.

—Este mocito nos va á ahogar—dije yo á Durango;—pero es menester hacerle conocer que nada tememos; que somos españoles y que despreciamos el peligro.

Jamás he disimulado el miedo tanto ni mejor que aquel día. Por fortuna estaba el almirante sobre el puente, y se dejó oir del guardia por medio de la bocina, con órdenes terminantes. La vela cayó, y gracias á esto sin duda atracamos al navío sanos y salvos. El viejo marino nos dió mil satisfacciones y mandó al guardia castigado á la cofa, de donde no lo quiso bajar en todo el día, con gran contento nuestro. Como estaba empapado de agua, dióme el almirante ropa suya mientras la mía se secaba. ¡Cómo estaría yo con un frac y un chaleco del almirante, el hombre más gordo de su escuadra, y yo el más delgado de los españoles que habían pisado Portugal y los Algarves! En la comida y en la sobremesa, que fué larga, bebí con todos los oficiales, y mientras muchos se apipaban hasta el punto de irse á dormir á sus camarotes ó se quedaban allí rendidos, confieso con modestia que sostuve el pabellón español á regular altura. Para volver á Lisboa, el almirante, que nos obsequió mucho durante la tarde y la noche que estuvimos á su bordo, púsonos un gran lanchón con doce remeros y un guardia menos bromista.

La familia Real de D. Carlos y la Princesa de la Beira llegaron por aquel tiempo á Lisboa con licencia del Rey. Este viaje era considerado como un verdadero destierro. Mi hermano recibió instrucciones del Gobierno para vigilarlos, y con toda la Embajada fuimos á recibir á SS. AA. y á presentarnos en el palacio de Belem, en donde se alojaron. Yo me puse mi grande uniforme de la Guardia, dándome mucha

importancia ante la sociedad portuguesa, y tambien fuí á saludar á los Príncipes españoles. Las Infantas, que siempre habían estado conmigo muy amables, me recibieron con una frialdad glacial que, justo es confesarlo, me llenó de amargura. Don Carlos tuvo algunas palabras más corteses que amables, y mi hermano, que no quedó contento del recibimiento como representante del Rey, redujo sus relaciones con esta parte de la familia Real á lo más preciso. Como la Historia ha publicado todo lo que es oficial en esta misión, me reduciré en mis *Memorias* á lo que se relaciona conmigo solo.





S. A. R. la Infanta Doña Francisca de Braganza.

CAPITULO VII.

Don Carlos en Lisboa. – Para qué fuí á Cintra y á Coimbra. —La guerra en Portugal.—Acción de Cascaes.— Muerte de Tel-Jourdán. — Impremeditado arranque de mi hermano. — Triunfo de los *pedristas.* — El cólera.—Sale de Lisboa la Embajada española.— Muerte de Fernando VII.—Notifícasela á D. Carlos el general Córdova.—Mi misión cerca de S. A. en Castellobranco.—Otra vez en el 1.º de la Guardia.— Mi destino al ejército del Norte. — Nómbrame Espartero su ayudante de campo. — Mi primera acción de

guerra. — En el Orrio, Arrigorriaga, valle de Arratia y Artaza. — Cómo se ganan y cómo se pierden las cruces laureadas. — Cotoner contuso.— Muerte de Ichazo. — Llega al ejército D. Luis de Córdova.— Su recomendación en Elizondo.—Otras acciones.— Una arenga interrumpida.— Movimientos de la división Córdova.

Los individuos de la familia Real habían tomado en Lisboa cierto aire de emigrados, y tras ellos llegaron muchos oficiales que querían correr su misma suerte. Un día me escribió Don José Fulgosio, oficial de la Guardia, amigo y pariente mío, pidiéndome una entrevista para hacerme una importante comunicación. Fuí á su posada á visitarle, y me declaró que estaba comisionado por la infanta D.ª Francisca, esposa de D. Carlos, para decirme que me fuera con sus partidarios y abandonara la Embajada. Mi contestación fué inmediata y categórica. Le manifesté que seguiría las banderas de la hija de Fernando VII y que no abandonaría á mi hermano, á quien consideraba como á mi padre, mi guía y mi general, por el cual daría mil veces la existencia. Esta contestación súpola mi hermano, gracias á una comunicación interceptada por su policía, y excuso decir cuánto la agradeció. Mi hermano ejercía, en efecto, sobre mí una influencia decisiva. No veía en él nada que no me entusiasmara y en que no reconociera una superioridad que consideraba como una especie de religión. De esta confidencia, que tanto le agradó, dió conocimiento oficial al Gobierno de Madrid. Sin él y sin la recomendación de Fernando VII, yo hubiera sido carlista. Lo digo ingenuamente. Á esta bandera me conducían entonces mis simpatías personales por aquella rama de la familia Real.

El Rey y su Gobierno querían que D. Carlos se alejase de Portugal y trasladara su residencia á Roma, para cuyo efecto le procuraban fondos y una fragata de guerra que, mandada por el benemérito jefe de escuadra, mi tío el veterano general D. Roque Gruceta, debía conducirlo á Civitavechia. El Infante eludía el cumplimiento de las órdenes del Rey con frívolos pretextos, y las relaciones entre la familia Real se agriaron por entonces mucho. Don Carlos estaba poco menos que en rebelión. La Embajada vigilaba de cerca los manejos carlistas, y como D. Carlos quisiera estar más lejos de mi hermano, se trasladó con toda su servidumbre á Cintra.

No era éste hombre para quien pudiera pasar inadvertida aquella maniobra, y tomó en tan deliciosa residencia una casa, donde me estableció á pretexto de unos amoríos, dándome una buena cantidad de *reis*.

—Comunícame partes diarios—me dijo—y vigila todo lo que haga D. Carlos. Dime quiénes vienen á visitarlo. Si por acaso se marchara

de Cintra, síguelo hasta el fin del mundo, dándome continuo conocimiento.

Quedé, pues, dueño de mis acciones, que era lo que más deseaba; pero satisfízome mucho la confianza de mi hermano, para quien yo fuí entonces su primer agente diplomático. Un día D. Carlos burló todas mis precauciones y vigilancias y desapareció de Cintra, sin que de ello tuviera yo el menor conocimiento. Fué una verdadera sorpresa. «Se me ha escapado, escribía á mi hermano y jefe en urgente carta; pero monto á caballo y voy en su busca.» Aquella tarde supe ya en Mafra que había dormido en el convento la noche anterior y que siguió por la mañana el camino de Alegría y Coimbra. Lo alcancé en esta ciudad, encontrándolo cuando iba á entrar en la iglesia. Al apercibirse de mi presencia me dijo con tono airado:

—¡Hola! ¿Me haces la policía?

—¿Yo? no, señor.....—Y como no supiera qué contestarle, añadí:—Sigo á V. A. por si necesita de mis servicios.

—Muchas gracias; pero ni los necesito, ni los quiero—me contestó.

—Mi deber, sin embargo, es ofrecerlos á V. A.

Y el Infante me volvió las espaldas, haciéndome un saludo con la mano que harto demostraba su enfado conmigo, y que yo sentí mucho, porque existía en mi corazón un grande afecto hacia su persona. Al día siguiente recibí orden de mi hermano para volver á Lisboa. Se moría de risa cuando le contaba toda mi expedición y la actitud del Infante.

La guerra entre D. Pedro y D. Miguel estaba entonces reducida á que el primero ocupaba Oporto, que sitiaba el segundo con un ejército numeroso y buena caballería. Los liberales habían combinado una división compuesta de fuerzas mandadas por el Duque de la Terseira, que debía desembarcar, como lo hizo, en las costas de los Algarves, para venir por tierra sobre Lisboa. Una escuadra *pedrista*, al mando de Napier, marino inglés de merecida fama y reputación, debía atacar la escuadra *miguelista* y venir sobre Lisboa en combinación con las tropas del noble Duque de la Terseira. Napier dió bien pronto cuenta de la escuadra miguelista, apresándola toda entera en las aguas del cabo de San Vicente. Mi hermano lo había previsto y dado cuenta anticipada al Gobierno, que protegía la causa realista de D. Miguel. En esta situación, una tarde estábamos en el palacio de la Embajada cuando se oyó un fuerte cañoneo á la orilla izquierda del Tajo. Mi hermano y yo, acompañados de un criado, nos dirigimos á la Plaza Nueva y allí supimos por gente del pueblo que el ejército de D. Pedro, con el Duque de la Terseira, estaba combatiendo contra el general Tel Jourdán cerca de la orilla izquierda del río. Mi hermano tomó un bote, y desem-

barcamos en la plaza del pueblo de Cascaes, que da vista á Lisboa y domina un castillo bien artillado.

Cuando desembarcábamos, las tropas miguelistas venían derrotadas, procurando retirarse en los barcos que en el muelle estaban. El general Tel Jourdán, en una tienda de la plaza, escribía al Gobierno de Lisboa pidiendo refuerzos, en vez de estar á la cabeza de las superiores fuerzas con que contaba. Cuando este desgraciado general vió á mi hermano, á quien en seguida reconoció, quiso disculparse del estado del combate; pero mi hermano, lleno de indignación, hubo de decirle: *Yo diré al Gobierno que no podía suceder otra cosa á una tropa mandada por un general que, como V. E., no se pone á la cabeza de sus soldados para cumplir con su deber.* El general, atolondrado entonces, salió á la plaza, ya cubierta de caballos y soldados fugitivos y de tropa liberal que los perseguía y hacía prisioneros. Un oficial, reconociendo al general, le asesinó villanamente, dándole muchas cuchilladas y estocadas sin que pudiéramos evitarlo. En este momento mi hermano se abalanzó á un caballo para ponerse á la cabeza de las tropas. La situación era grave; y considerándola así, sujeté el caballo que montaba mi hermano, á quien dije:—Acuérdate que eres ministro de España; que faltas á la neutralidad pactada, y que la acción está ya perdida por los miguelistas.—Es verdad — me dijo. — Y dejó el caballo; y con su carácter diplomático de ministro de España dióse á reconocer á las tropas vencedoras, pidiendo ver al Duque de la Terseira, que ya estaba en el pueblo al frente del Estado Mayor: esta entrevista se verificó en la calle, y de ella pasaron á conferenciar á una casa.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?—preguntó el Duque.

—Con el general Córdova, ministro de España.—El de la Terseira se arrojó entonces de su montura para abrazarlo. Se habían conocido en París, siendo aquél emigrado; y como mi hermano preguntara por el Marqués de Fronteira, éste se apeó de su caballo para estrechar al que también había tratado como un íntimo amigo en aquella sociedad de París, donde los dos fidalgos portugueses de quienes me ocupo y el ministro de España habían estado ligados por los lazos de la amistad más estrecha. Todos nos embarcamos para Lisboa, donde ya pudimos conocer que la causa de D. Miguel estaba perdida sin remedio, porque al siguiente día debían entrar en la capital las tropas de D. Pedro. Desde aquella época data la buena amistad que siempre cultivé con el excelente Marqués de Fronteira y su familia, una de las más principales y nobles de Portugal. Mi hermano, que correspondía á mi cariño con uno verdaderamente paternal, cuando hablaba de estos acontecimientos decía: «Mi hermano me dió aquella tarde lecciones de militar prudente y de circunspecto diplomático. Sin él, hubiera comprometido á mi

Gobierno con el inglés, y mi reputación militar para el porvenir, con un acto de imperdonable ligereza y temeridad.» En efecto, siendo mi hermano el hombre más valiente que he conocido en mi vida, tenía momentos en que no escuchaba la voz de la razón y de la prudencia, para dejarse llevar de una bravura ciega.

Al siguiente día, la revolución hacíase dueña de Lisboa. Las tropas pedristas entraban en la población, á pesar del río de dos leguas de ancho que los separaba de los miguelistas. Las armas de la Embajada española fueron descolgadas; pero nuestra bandera quedó enarbolada y respetada por aquel noble y liberal pueblo. Todo el personal de la Embajada permaneció en medio de la manifestación *pedrista*, sin que nadie osara levantar una voz contra ella. Tal era la consideración y el respeto que mi hermano había inspirado personalmente á un pueblo oprimido tantos años por la tiranía del Gobierno de D. Miguel.

Pero días antes de que estos acontecimientos políticos y militares tuvieran lugar, habíase desarrollado en Lisboa el cólera morbo, produciendo el terror en la población. En la Embajada habíamos perdido tres criados en pocas horas, y todos teníamos los primeros síntomas con que se presenta esta terrible enfermedad en los atacados, sin excepción alguna. Las formalidades de la Iglesia haciendo rogativas, en las que el pueblo seguía al Santísimo con cantos lúgubres y con recogimiento más triste todavía; el Santísimo también acompañado para auxiliar á los coléricos en sus últimos momentos, y los muertos recogidos en carros, sin ceremonia alguna, unido todo esto á que se desconocía el tratamiento que debía emplearse con los coléricos, muchos de los cuales morían en pocas horas, eran circunstancias que tenían aterrados á todos los que no podían huir de aquella espantosa epidemia, ó los alcanzaba en medio de los caminos y aun en los pueblos distantes. El doctor Drument había sido comisionado por nuestro Gobierno para estudiarla, y todo el tiempo que no pasaba en el hospital, estaba en el palacio de la Embajada. Un día me convidó á que le acompañara. No quise rehusar aquella extraña invitación, y pasé con el doctor tres ó más horas en el hospital estudiando la enfermedad en todos sus progresos: el estado de la piel del colérico, su calor, la lengua fría y blanca, el movimiento de vientre que le destruye, la posición uniforme é igual que toma en la cama con la cabeza fuera de la almohada; la pérdida de la vista, la fijación de ésta, y la frialdad, en fin, de todas las extremidades. Un alumno de la facultad no hubiera hecho un estudio más aprovechado que lo fué el mío. El Dr. Drument parecía interesarse en que presenciara yo todas sus experiencias. Con estas lecciones conseguí por mi parte desechar todo miedo ó aprensión á la enfermedad, y aquel'o me sirvió para visitar en Durango, en el mismo año, á los primeros



LORD WELLINGTON.

atacados en el pueblo, y dar conocimiento al general Espartero de que teníamos, en Vizcaya el cólera morbo. Para despreciar este peligro

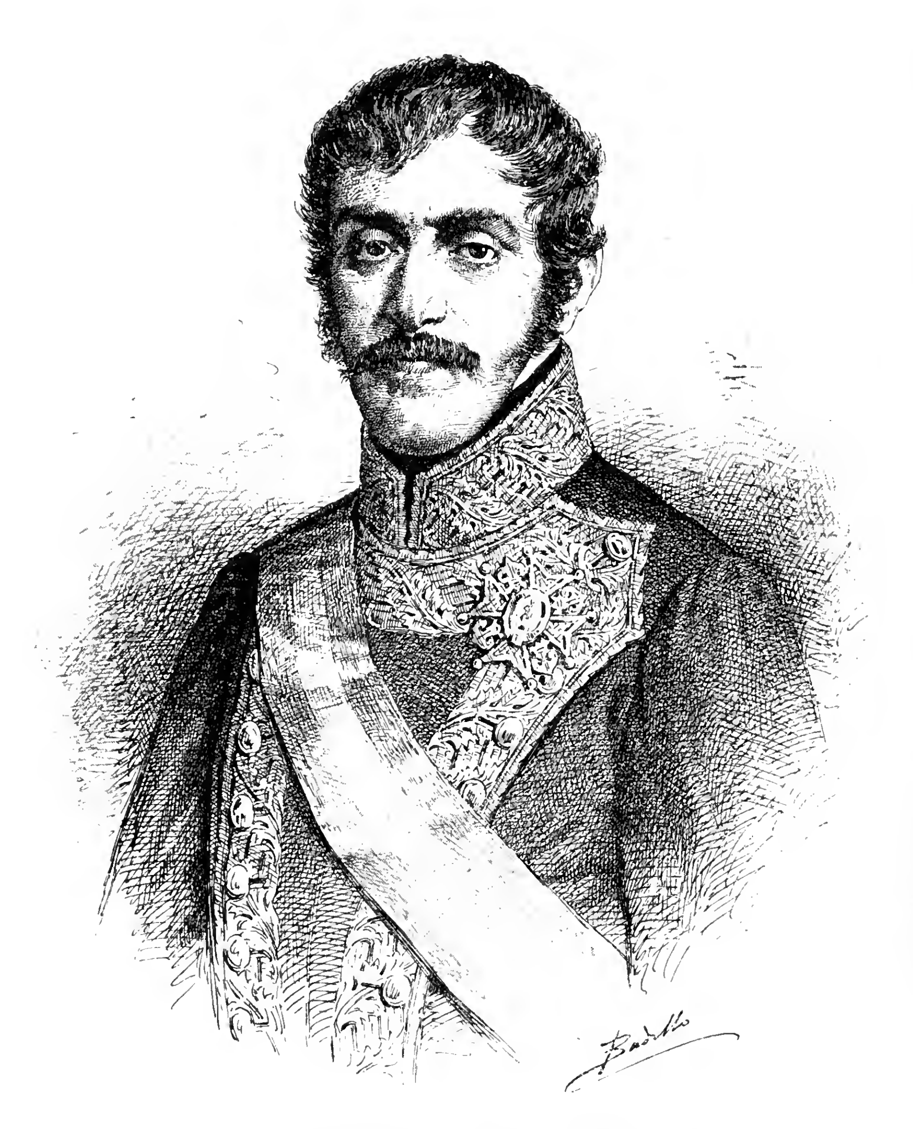
siempre que he estado en ciudad atacada, me ha servido aquella lección y aquel recuerdo.

Algunos días después de la entrada de las tropas pedristas en Lisboa salió de allí la Embajada con todo su personal. Además de los carruajes llevábamos caballos de silla, pues en aquel país eran verdaderamente necesarios por el mal estado de los caminos. También el territorio que atravesábamos estaba invadido por el cólera, que hacía en él estragos. Aquellos pueblos fueron teatro de la guerra destructora de 1812 entre ingleses y franceses, y por todas partes veíanse los vestigios de las célebre líneas de Torres-Vedra, testimonio mudo, pero glorioso, de las brillantes operaciones ejecutadas en aquel territorio por el inmortal Wellington. Como el Gran Capitán ante el Garegliano, detuvo el general inglés al ejército de Massena, fuerte de 80.000 hombres, cuando éste sólo debía ejecutar una marcha para apoderarse de Lisboa y coronar la conquista de Portugal. Pero aquel hábil general, que conocía como ninguno de sus compatriotas el empleo del soldado inglés, detuvo su retirada en el momento más crítico, ocupó las líneas de antemano estudiadas y preparadas, y apoyado en Lisboa como en una gran base de operaciones y en la escuadra británica, resistió una y cien veces los ataques del lugarteniente de Napoleón, que diezmado por el fuego, el hambre y la epidemia, vióse obligado á retirarse, perdiendo su artillería con la moral y la disciplina de sus tropas. Cuando Massena iniciaba su retirada sobre Almeida, su glorioso contrario tomó la iniciativa, y marchando con seguro y firme paso, sin retroceder ya un momento, se apoderó de esta plaza, recuperó Ciudad Rodrigo, venció en los Arapiles, ganó el castillo de Burgos, y al rey José la batalla de Vitoria. Mas no se detuvo en esto, y sitiando á San Sebastián y á Pamplona mientras empeñaba las batallas de San Marcial y de Sorauren, atravesó la frontera francesa para combatir victoriosamente en varios encuentros gloriosos y ganar, en fin, en Tolosa, la gran batalla que el Imperio francés, casi destruído, libró contra la Europa coaligada.

Llegamos por fin á Coimbra, única ciudad que se conservaba en buen estado por entonces. No conozco país tan bello y tan poético como aquellas célebres riberas del Mondego. Ya en la ciudad tuvimos la desgracia de perder al secretario de la Legación, Durango, y además dos criados, víctimas los tres de la epidemia.

El mando del ejército de D. Miguel fué confiado al mariscal Bourmont, que con buen número de oficiales vandeanos pretendieron restablecer la moral perdida en aquellas tropas miguelistas, preparando un ataque contra las líneas de Oporto, de las cuales fueron rechazados vigorosamente con pérdida de algunos oficiales franceses. El mariscal resolvió entonces levantar el sitio para acudir con la mayor parte de

las fuerzas á recuperar Lisboa. Pero mientras las tropas llegaban á esta capital, los pedristas acudían por mar desde Oporto, restableciendo muchas de las defensas de la guerra de la Independencia, ante las cuales



S. A. R. el Imfante Don Carlos M.ª Isidro.

fueron dos ó más veces los miguelistas rechazados. Tenía, pues, don Pedro las dos principales capitales del Reino y su causa muy adelantada, porque había entrado la deserción en el ejército contrario, y con ella la desmoralización y el desorden. El país, por su parte, íbase decla-

rando por la libertad y formábanse nuevos cuerpos de voluntarios extranjeros que acudían de Italia y de Francia á favorecer la causa de doña María de la Gloria.

La Embajada vino á Thomar, en donde estaban algunos ministros del Gobierno de D. Miguel. En esta ciudad un correo de gabinete nos trajo la noticia de la muerte de D. Fernando VII, que fué vivamente sentida por mi hermano y por mí, ambos agradecidos á los favores que nos había dispensado siempre aquel Monarca. Mi hermano fué á dar noticia de esta triste nueva á D. Carlos, que estaba en una ciudad próxima y que recibió con marcada aflicción; pero como aquél insistiese en que cumpliera las órdenes que para salir de Portugal el Gobierno reiteraba, D. Carlos, reponiéndose prontamente, le dijo con firmeza:

—Ahora soy yo el Rey, y tú, si quieres, mi ministro en Portugal.

—No, señor—contestó mi hermano.—Yo soy ministro de la Reina, y á ella sólo debo obediencia y lealtad.

—Pues entonces véte, porque ni yo te reconozco ni te necesito.

Toda relación entre D. Carlos y la Embajada quedó, por lo tanto, rota. Don Miguel, sus ministros y autoridades reconocían en todos los actos á D. Carlos por Rey de España, al cual presentábanse cada día mayor número de españoles, y especialmente militares, que venían á rendirle pleito homenaje ofreciéndole sus servicios. Dió mi hermano cuenta al Cobierno de Madrid, que lo presidía entonces D. Francisco de Zea Bermudez, de cuanto ocurría, y después de enérgicas reclamaciones al portugués, se retiró con toda la Embajada á la plaza de Elvas; mas no tardó muchos días en recibir la orden de hacer llegar por mano del Conde de Ramefort á D. Carlos un Real decreto por el cual hacíasele saber que si pisaba el territorio español sería tratado como rebelde, y como tal pasado por las armas. Por otro Real decreto mandábase á toda la servidumbre de D. Carlos que se retirara de su lado para volver á España. Dióme entonces el ministro la orden de que fuese á llevar al Príncipe los Reales decretos, y al amanecer y en compañía de Ramefort me puse en camino para Castellobranco, acompañado de un criado.

Los tres íbamos á caballo. No puedo tener presente ni los pueblos de la frontera que atravesábamos rápidamente, ni tampoco las distancias. Lo que sí recuerdo es que á las pocas horas fuimos detenidos por individuos de la milicia portuguesa y conducidos á un pueblo inmediato á presencia del juez. Éste, como supiera por mí que íbamos á Castellobranco, nos supuso carlistas, error en que naturalmente le dejamos. Entonces nos rogó dijéramos á D. Carlos que la inmediata plaza de Badajoz estaba para declararse por él, como también una parte de las tropas que había en la frontera. Consideré entonces de primera necesi-

dad comunicar aquella noticia á mi hermano, y dije al confiado juez portugués que la transmitiría á D. Carlos, pero que también convenía la enviase á Elvas para conocimiento de otras tropas que esperaban mi vuelta y mi visita á D. Carlos. El juez ofreció enviar al efecto un propio, que yo pagué, y mi hermano supo aquel día la novedad, pudiendo avisar al general Rodil y evitar la sublevación de la plaza. El burlado juez no me perdonó nunca, según después supe, aquella mala pasada. Continuamos nuestro camino después de almorzar, llegando con los caballos muy cansados á Castellobranco, donde nos alojamos en una mala posada cerca del palacio episcopal, que servía de residencia al Pretendiente. Vestido con mi gran uniforme militar, pasé á palacio ya anochecido.

Cuando entré en el salón que servía de antecámara, y que daba á una espaciosa escalera con grandes ventanas, encontré en él á más de setenta jefes y oficiales carlistas, que el Infante debía recibir en audiencia aquella noche. Á mi vista, toda aquella gente se echó á un lado del salón, dejándome solo en el otro, como para demostrar que no querían conmigo contacto alguno. Yo me mantuve impasible é indiferente, reconociendo á muchos oficiales que conmigo habían servido en la Guardia. Poco tiempo después se me presentó el Sr. Villavicencio, gentilhombre de D. Carlos, y me dijo:

—¿Qué se le ofrece á V.?

—Traigo pliegos que debo poner en manos de S. A. el infante don Carlos.

—¡Aquí no vive el infante D. Carlos!—me contestó gritando;—quien vive es el Rey de España, á quien todos los españoles deben obediencia, porque sus derechos.....

—Señor Villavicencio—le repliqué con energía—yo no vengo aquí á discutir derechos; cumpla V. con sus deberes dando cuenta á Su Alteza. Yo cumplo con los míos.

Villavicencio no contestó á estas palabras, y entró en las habitaciones del Infante, volviendo á salir poco después para introducirme en la cámara. Desde ésta penetré en un salón espacioso, donde don Carlos estaba de pie al lado de una mesa y vestido de riguroso luto. Yo, haciendo á S. A. reverentes cortesías, me acerqué, y presentándole el pliego, le dije:

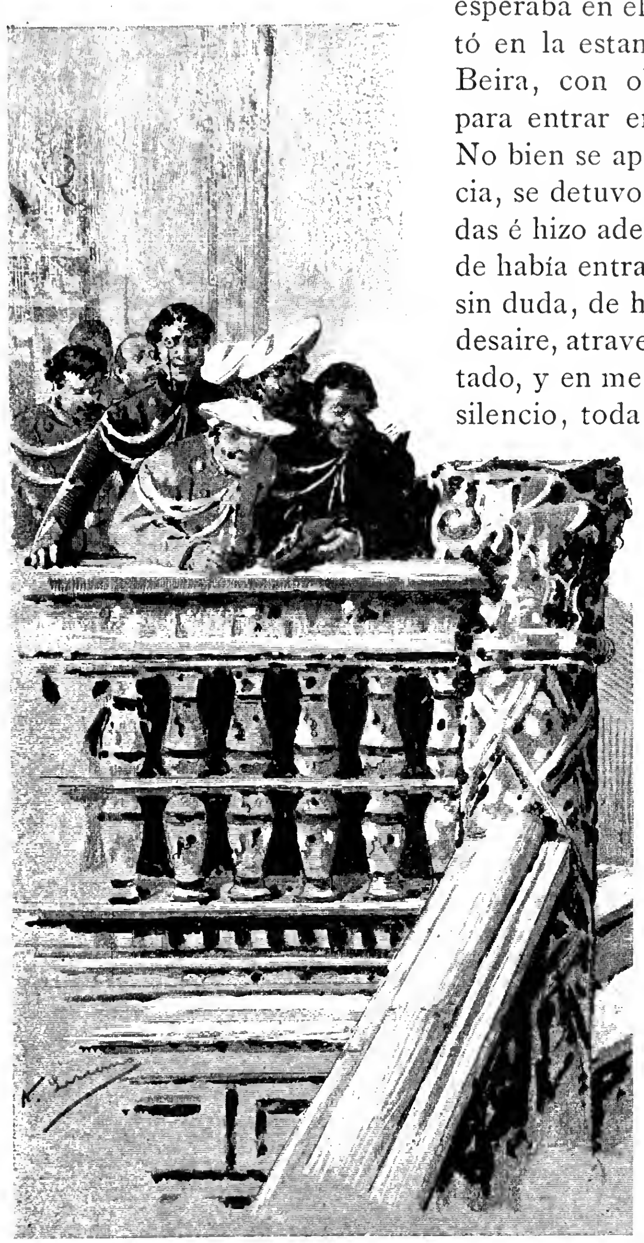
—El ministro de España me ha comisionado para presentar á V. A. este pliego que ha recibido de Madrid.

D. Carlos cogió el pliego, lo abrió, y con voz firme me dijo, después de haberlo leído:

—Está bien. Yo también tengo derechos y haré uso de ellos.

No me dió más contestación, é inclinando la cabeza me despidió,

señalándome la puerta para que saliera. Mi misión, sin embargo, no estaba terminada. Volví á la cámara, y como en ésta debía entregar á Villavicencio el decreto que le concernía referente á la servidumbre, esperaba en ella, cuando se presentó en la estancia la Princesa de la Beira, con objeto de atravesarla para entrar en otras habitaciones. No bien se apercibió de mi presencia, se detuvo, volvióme las espaldas é hizo ademán de irse por donde había entrado; pero con objeto, sin duda, de hacer más evidente el desaire, atravesó lentamente de costado, y en medio del más profundo silencio, toda la cámara. También permanecí impasible y con la frente alta. Un instante después apareció D. Carlos.



—¡Véte de aquí al momento, Córdova! —me gritó con arrogante voz y malas maneras.

—Señor, obedezco á V. A.—le contesté, recalcando la última frase, que debió ofenderle. Era un humilde teniente que en su palacio y á presencia de toda su corte le negaba el título de Majestad que todos le tributaban. Ya en la antecámara, donde había menos gente porque D. Carlos comenzaba su audiencia, entregué el Real decreto al señor Villavicencio, que no me dió contestación alguna. Lejos estaba entonces de suponer que muchos años después, siendo él gentilhombre y ayudante de campo del Conde de Montemolín, y yo capitan general

de Cataluña, había de salvarle de una muerte cierta á que le condenaba mi Gobierno como prisionero. En el curso de este escrito tendré ocasión de ocuparme de aquellos hechos.

Nada me detenía ya en el palacio episcopal de Castellobranco; con ánimo, pues, de emprender aquella misma noche mi jornada de vuelta, atravesé las antesalas y comencé á bajar la escalera, mientras que muchos oficiales que me habían seguido se apoyaban en la parte más alta de la barandilla en actitud provocativa. No había bajado el segundo tramo, cuando uno de los que arriba estaban hizo ademán de escupirme, produciendo el sonido gutural que á tal acto precede. Entonces me detuve, levanté la cabeza, y dando con mi sable un fuerte golpe en el mármol de la escalera, exclamé:

—¡Que baje ese mal caballero!

Ninguno escupió y ninguno bajó, á pesar de que permanecí inmóvil en aquella actitud por espacio de algunos momentos. Quizá mi ya antigua reputación de duelista me libró aquella tarde de un insulto, que muchos de los oficiales que allí estaban reunidos sabían no era yo hombre que tolerase. Me retiré á mi posada, y fuí en seguida á visitar al general portugués que mandaba en la plaza y en la frontera. Era éste un viejo fidalgo que vivía en su palacio y que con su señora me invitó á tomar el té; pero yo me excusé no habiendo comido. Me preguntó por dónde volvería, y hube de contestarle que regresaba por el camino más cercano á la frontera, distante poco más de media legua, dejándole convencido de que así lo haría, según la sencilla naturalidad con que le expuse mi proyecto. Pedí, pues, de cenar ya en la posada, y al mismo tiempo hízolo mi criado. Entre tanto los caballos comían doble pienso, disponiendo que no se les diera paja para que estuvieran más fuertes y ágiles; mandé muy luego ensillar, y monté tomando el camino que había traido, dejando así burlados á los que me esperaban sobre el de España y suponían que yo saldría más tarde. Luego supe que entre los emigrados habíase decretado mi muerte para dar satisfacción á SS. AA. de la manera insolente como me había presentado; apreciación inexacta, porque yo fuí siempre respetuoso con D. Carlos. Cuando pasamos por el pueblo residencia del juez, no fuí ya detenido. Por la tarde llegué á Elvas. Mi hermano no se cansaba de abrazarme; había pasado grandes cuidados considerando amenazada mi vida. Aprobada por él mi conducta, dió conocimiento de ella al Gobierno, que á los pocos días me envió el nombramiento del grado de teniente coronel. En aquella época no había en el ejército grado de comandante; el de teniente coronel servía para ganar la antigüedad de estos dos empleos. Esta expedición hízola conmigo el coronel Barón de Ramefort, agregado á la Embajada; pero sus opiniones carlistas no

le permitieron llegar á la corte de D. Carlos, y quedóse en un pueblo inmediato á Elvas esperando mi regreso, según había acordado con mi hermano, que dejó para mí toda la responsabilidad que resultase. Pocos días después recibió la Embajada orden de volver á España, por las gestiones oficiales de mi hermano, y fuimos á Alcántara á sufrir treinta días de cuarentena que pasamos con impaciencia suma, marchando luego á Madrid á jornadas regulares.



Don Juan de Zabala.

Volví entonces (año de 1833) á la ayudantía de mi batallón en el 1.º de la Guardia, que mandaba el brigadier D. Pedro Lampérez y posteriormente el de igual clase D. Francisco de Paula Figueras, que por una continuada serie de servicios distinguidos en la guerra y en la política llegó á ser teniente general y á ocupar largos años, con mucha distinción, el puesto de ministro de la Guerra en los Gabinetes del Duque de Valencia. Continuando mi servició particular, cansado de que mi regimiento no saliera á campaña y temiendo que la guerra se finalizase antes de que yo tomara parte en ella, solicité ser destinado al ejército del Norte bajo las órdenes del mariscal de campo D. Baldomero Espartero.

En Mayo de 1834 llegaba á Vitoria con un convoy, y con otro salía para Durango, adonde entré sin encuentro alguno, pasando por Villarreal, Urquiola y Mañaria. El general Espartero, que estaba con su división en aquella ciudad, hízome una excelente acogida, nombrándome su ayudante de campo. También me ordenó terminantemente que me alojara con él y comiera en su mesa, como de su propia familia. Había yo conocido al general en Barcelona, como ya saben mis lectores, y desde entonces teníame en buen concepto y estima. También estaba con él, como ayundante, el que fué mi bizarro é ilustre amigo D. Juan de Zabala, que en aquella época era teniente de lanceros de la Guardia. Con el general hallábanse además, como agregados, Bascarán, Ipiña y Ansuategui, este último tan práctico del país como consumado cazador. Servía también al lado del general Espartero el teniente de la Guardia D. José de Orive, como ya dije, íntimo amigo mío y uno de los oficiales de más mérito que he conocido, tanto por su valor sereno como por su instrucción militar y lo querido que siempre fué del soldado. En la guerra, con su regimiento, 4.º de la Guardia, desde que se rompieron primeramente las hostilidades en Castilla contra los carlistas, á las órdenes del Conde Armíldez de Toledo, logró distinguirse en todas las acciones, y ocupaba cerca de Espartero un puesto de preferencia, en el que habíase hecho notable por sus cualidades relevantes, dirigiendo siempre las tropas de vanguardia.

Mi satisfacción en el ejército era suma. La guerra, con sus trabajos, penalidades y peligros, ha sido siempre para los jóvenes una verdadera fiesta. El país, el clima, las marchas, los alojamientos y campamentos, todo tenía para mí poesía, novedad y encanto. Hacía verdaderamente la guerra con mucha comodidad, por tener dos buenos caballos, uno que compré en Portugal y otro que mi hermano me regaló en Madrid para entrar en campaña. También me procuré un macho para conducir mi equipaje y asistente. Grande era mi impaciencia por entrar en acción; mas poco tardé en satisfacerla, porque al siguiente día salimos de Durango, y subiendo por los altos de Muniqueta, vimos que sobre Santa Cruz de Vizcargui tomaba posición el enemigo en lo más elevado de aquellas alturas. Estaban mandadas las fuerzas carlistas por mi antiguo compañero D. Simón de la Torre, ya brigadier, el cual había ganado tal empleo distinguiéndose en varias acciones, y especialmente en la de Guernica.

No pretendo escribir la historia de aquella guerra. La salud me falta para ello, y especialmente el mal estado de mi cabeza no me permite registrar los muchos papeles, documentos y correspondencias que de aquella época conservo. Propóngome escribir tan sólo los hechos especiales que tengan algún interés para la historia particular de aquellas

luchas y para el conocimiento de algunos sucesos merecedores de recordación. La brillante pléyade de hombres que sobre los campos vascongados y navarros demostraron desde entonces las condiciones que más adelante los elevaron á los primeros puestos del Estado, merece, á juicio mío, conocerse en su vida familiar é íntima, con incidentes propios, rasgos característicos y particulares episodios, que los dibujarán mejor que sus historias y biografías, sobre todo narrados tales hechos por un compañero, testigo presencial, á quien los años no han fatigado del todo la memoria.

Espartero mandó atacar aquel día á los tres batallones carlistas con nuestras compañías de cazadores, mientras formaba sus columnas para apoyarlas de cerca. Yo estaba impaciente por romper el fuego con las compañías de vanguardia. A los pocos tiros vencieron al enemigo, y posesionados de las alturas que ocupaba, no volvimos á ver un solo contrario, ni siquiera rezagado. La división reunida marchó despues á alojarse en Guernica. Aquella primera acción tuvo para mí cierta solemnidad. Preocupábame la maldición con que en una noche me anatematizó en Madrid una mujer en la calle, á quien, por una apuesta que hice con otros amigos, pinché en su miriñaque con un alfiler. «¡ Maldito seas—me dijo;—Dios quiera que la primera bala que oigas te mate!» Sea por aprensión, ó porque me argüía la conciencia al recordar aquella acción mala é impropia de un caballero, conservé hasta entonces el temor supersticioso de su amenaza, que dejó naturalmente de preocuparme en cuanto pasó el plazo señalado.

Al siguiente día por la tarde, en marcha desde Guernica para Elorrio, fuimos atacados sobre el camino de Hermua, en donde pernoctamos, después de haber rechazado á los carlistas, que tuvieron pérdidas muy considerables. Al otro nos esperaron los enemigos en Elorrio, y allí los arrojamos de todas sus posiciones escalonadas en la dirección del valle de Santa Agueda. En tres consecutivos días habíamos combatido otras tantas veces contra los carlistas, y en todas me encontré á la cabeza de las guerrillas, procurando distinguirme á la misma vista del general, que tenía la costumbre de dirigir de cerca sus batallones á la vez que los iba empeñando.

Poco tiempo más tarde, y después de un descanso de varios días en Bilbao, penetramos en el valle de Arratia, después de un combate bastante sangriento sobre el puente de Arrigorriaga, que tomamos á viva fuerza con algunas compañías que puso á mis órdenes el general Espartero. En aquel valle, en donde permaneció la división dos días, sostuvimos durante la noche y el día combates contra Simón Torre en los pueblos de Villaro y Ceanuri. Desde ellos volvimos á desalojar al enemigo de Elorrio, después de una refriega muy obstinada por una y otra

parte, y marchando á Navarra incorporados al general en jefe Rodil, sostuvo la división de Espartero un fuerte combate contra Zumalacárregui sobre el puerto de Artaza, en cuyo ataque Espartero me distinguió recomendándome y proponiéndome para la cruz laureada de San Fernando, que quedó olvidada en el Ministerio de la Guerra.

Más tarde se convirtió aquella honrosa condecoración en cruz de primera clase, por razones de que sólo tienen conocimiento los oficiales que sin grandes méritos de campaña llegan á los más elevados puestos en el Ministerio de la Guerra. Verdad es que yo desdeñé obtener la primera condecoración y no hice reclamación alguna, después de haber ganado y obtenido otra de San Fernando en el Baztán. No calculaba, como otros más aprovechados, que cambiando cruces de primera por otras de segunda, además del crédito y reputación, alcanzábanse pensiones de 12.000 reales al reunir dos laureadas por estas permutas.

Como comprobación del hecho de armas á que asistí en Artaza, y que me valió la primera cruz de San Fernando, copiaré el parte en que el general Espartero me recomendaba, y diré por qué causa no obtuvo aprobación la propuesta, que además llevaba el apoyo del general en jefe Rodil, el cual pudo juzgar por sí propio el hecho á que me refiero, sobre aquel terreno tan frecuentemente regado con la sangre de nuestros soldados. He aquí el documento que lo comprueba todo: «Acción de Artaza, ocurrida en 31 de Julio de 1834: Informe dado por el general Espartero, con la propuesta hecha á la superioridad, y que consta en el archivo del Ministerio de la Guerra, referente al teniente coronel graduado D. Fernando Fernández de Córdova, teniente ayudante de la Guardia Real, y adicto como ayudante á sus inmediatas órdenes. «Este oficial—dice el parte de Espartero—se ha señalado á mi inmedia»ción en diferentes acciones dadas contra los rebeldes de Vizcaya; pero »en la de Artaza, á que esta propuesta se refiere, hizo prodigios de valor, »comunicando mis órdenes en los puntos de más riesgo, atacando con »las guerrillas y siguiendo á mi lado en la carga á la bayoneta que deci»dió la acción, por todo lo que le considero muy acreedor á la cruz »laureada de San Fernando.»

«En 3 de Agosto de 1834—dice á renglón seguido—desde el cuartel general de Mier dirigió el general en jefe del ejército de operaciones del Norte, D. José Ramón Rodil, al ministro de la Guerra una relación de los jefes, oficiales y tropa que más se habían distinguido en dicha acción, y en la que figuraba como de la 5.ª división el hoy general don Fernando Fernández de Córdova. La propuesta fué hecha en 10 de Enero de 1835 por el comandante general de las Provincias Vascongadas. En 29 de Mayo de 1835 se devolvieron al general Espartero las propuestas originales para que las rehiciera con arreglo á los formula-

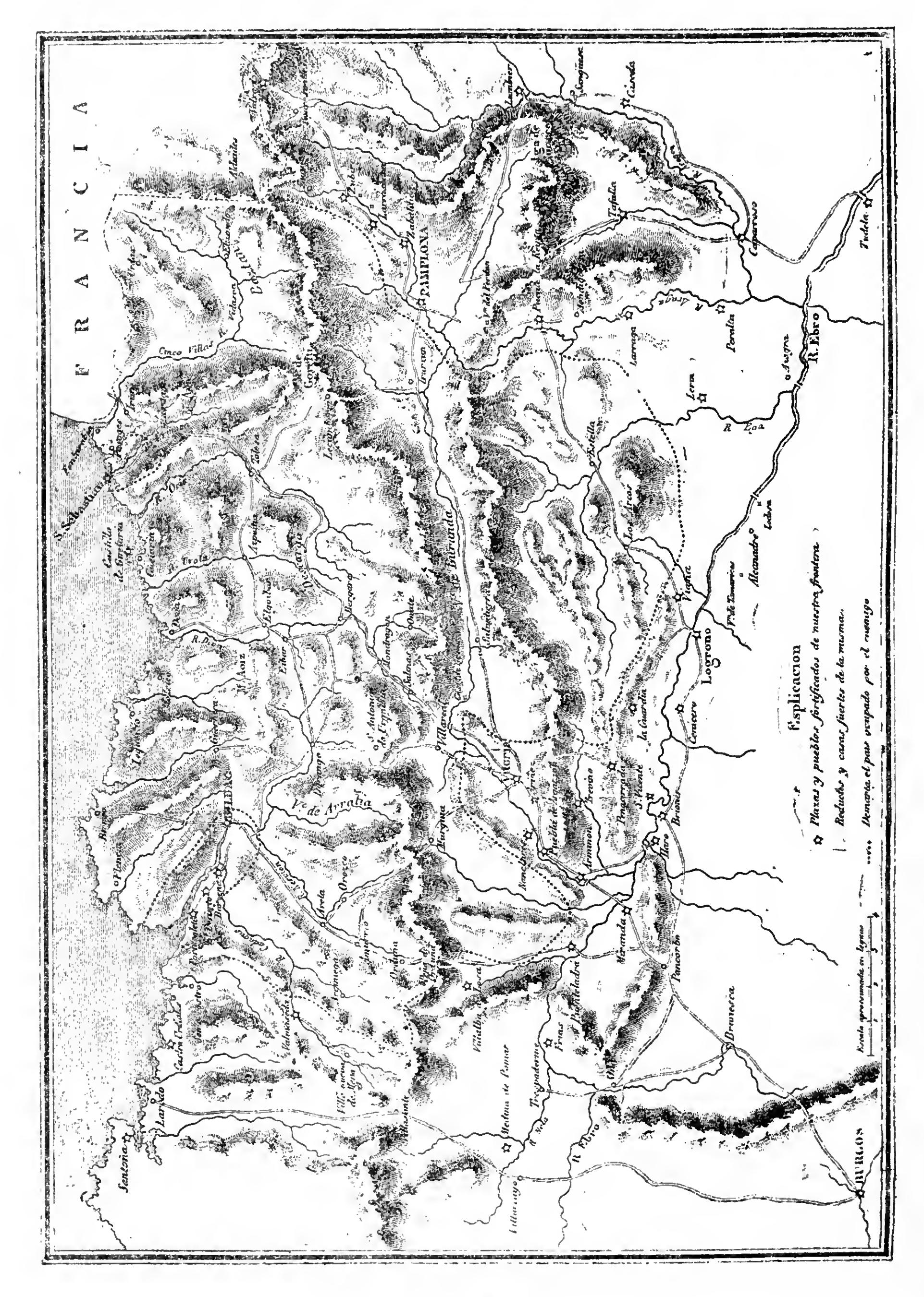
rios, sin que conste que volvieran á tener entrada nuevamente en el Ministerio de la Guerra, lo cual no era extraño en aquella época, porque la facción interceptaba muchos correos, ó porque tal vez no las llegara á recibir dicho general; pero lo que sí es cierto es que el expediente está sin terminar, sin que se sepa la causa, y de aquí el que sólo existan las propuestas en copia, pues las originales se devolvieron, como queda dicho.»

De regreso á Vizcaya asistí á la acción de Olazagoitia, cerca de Alsásua, en el valle de la Borunda. Cotoner fué allí herido, y lo libró de la muerte una comedia que llevaba en el bolsillo de la levita, de que era autor Ros de Olano, el cual se la había prestado horas antes. En el campo de batalla de esta reñida acción encontré el cadáver del comandante Ichazo, jefe de un batallón navarro carlista, y el mismo con quien me batí en duelo estando en la guarnición de Zaragoza. Era un oficial que tenía entre sus compañeros mucha reputación de valor, y murió gloriosamente á la cabeza de su batallón. En el camino de Urquiola nos encontramos con mi hermano, que acababa de llegar de Castilla con una división, y pidió á Espartero me dejase ir con él, porque estaba enfermo y me necesitaba. Espartero accedió, haciendo elogios de mí que me lisonjearon mucho, por lo mismo que en realidad no los merecía.

Antes de que esta incorporación con mi hermano se verificase, estuve con aquel general en Lequeitio, cuyo puerto fortificamos, combatiendo casi todos los días en sus alrededores. Al salir definitivamente de la ciudad, dejando guarnición respetable en ella, sostuvimos la sangrienta acción de Isparru, el 28 de Agosto, que decidió Espartero con una carga que acompañamos los ayudantes y oficiales á sus órdenes y una pequeña escolta de caballería. Desde que empecé mis servicios con este general desempeñé el encargo que me dió de escribir sus partes y comunicaciones al Gobierno, que siempre merecieron su aprobación. El general se reservaba calcular y designar en ellos las pérdidas que sufría el enemigo y las que éste nos causaba. Ya con mi hermano nunca volví á coger la pluma, porque no dejaba á nadie escribir. Él lo hacía con tanta brillantez como diligencia.

El servicio, tanto en las marchas como en los cantones, hacíase en la división del general Córdova con puntualidad, y yo me esmeraba mucho en desempeñarlo de manera que le satisficiera. Nunca me excusé de prestar el servicio que me correspondía, porque la salud que disfrutaba era excelente. Vivía infatigable sobre el caballo, y en las marchas estaba siempre en la vanguardia ó en los flancos, cuando la retaguardia no era el punto de más peligro y cuidado. Manifestábase mi hermano contento conmigo, y esta circunstancia me estimu-

laba más. Deseaba entrar en acción para que viera que procuraba hacerme digno de un nombre que él había conseguido elevar en



crédito, y no se hizo esperar, pues se trabó en el valle de Elizondo, el 22 de Septiembre de 1834, empezando con una compañía de Gerona y una sección de caballería que formaban la vanguardia. No referiré

por extenso lo que en extracto decía la *Gaceta* oficial; pero transcribiré el parte de mi hermano, que con vanidad he recordado toda mi vida, porque lo dictó un hombre que de otra suerte no lo hubiera escrito. Decía así al Gobierno, según se ve en la *Gaceta* que conservo: «Un sentimiento de delicadeza prevalecería sobre el de justicia, si yo no recomendase á V. E., sin duda con orgullo, á la persona de mi ayudante y hermano el teniente coronel D. Fernando Fernández de Córdova, á quien la tropa ha aclamado entre los objetos que excitaban su entusiasmo.» El general daba á continuación de estas lisonjeras frases cuenta de los hechos mismos. Aquella acción me valió otra cruz laureada de San Fernando, concedida por notoriedad.

El 25 de Noviembre del mismo año marchaba mi hermano al valle de Santa Cruz de Campezu por el puente de Arquijas, cuando vió al enemigo, que salía del pueblo de Zúñiga en dirección á la Amézcoa, atravesando las montañas. Hizome avanzar para picar su retaguardia y contenerle, lo cual verifiqué con la vanguardia. Estaba ésta dando frente al camino, teniendo delante la ermita del pueblo, y las compañías del 4.º de la Guardia se habían arremolinado porque sus oficiales se resguardaban del fuego enemigo detrás de dicha ermita. Al presenciar aquella actitud poco airosa para oficiales de crédito, corrí hacia ellos y los apostrofé duramente. En aquella época mis compañeros de la Guardia estaban alejados de mí por los celos que les inspirara el grado de teniente coronel que obtuve en Portugal. Mi posición á tiro corto del enemigo, invitando á los oficiales á salir de aquel punto, fué tan marcada, que ninguno dejó de venir aquella tarde á satisfacerme, saludándome y tendiéndome las manos. Aquella acción se terminó poco después cargando yo con algunas compañías á las fuerzas mandadas por Villarreal, que ya era reconocido como uno de los más valientes jefes carlistas.

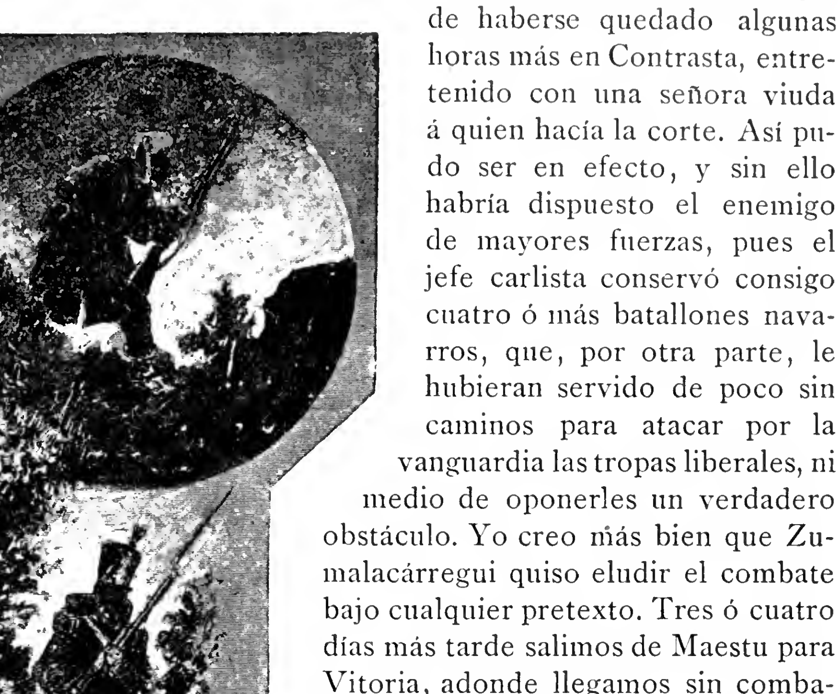
Por la tarde se empeñó otra acción delante del pueblo de Orbizu, que fué todavía más seria é importante. La Guardia (4.º regimiento) marchaba á este pueblo á alojarse, cuando se presentaron á su frente tres batallones navarros y al flanco 600 caballos, mandados y organizados por D. Carlos O'Donnell, oficial de mucha reputación, que había servido en la Guardia Real de caballería, y que preparaba sus escuadrones para cargarnos. Estaban los batallones formados en masa y con bayoneta arma al brazo, en actitud muy imponente. Las balas enemigas caían en mucho número, sonando sobre los cañones de los fusiles. Era el jefe de aquella fuerza el Barón de Meer, y su ayudante el que después ha llegado á ser capitán general de ejército y Marqués de Novaliches. No es necesario decir que aquella tropa, como toda otra española estando tan

bien mandada, era invencible. Pavía daba ya á conocer todo su mérito y cuánto merecía su naciente reputación. Mi hermano empezó á arengar la Guardia. «*Soldados*—les dijo—*esa caballería va á cargarnos; rechazadla con vuestras invencibles bayonetas, y que sólo las balas penetren en esta masa de valientes.....*» En este momento una de ellas rompió en dos mitades la espada que el general blandía, y sin interrumpir la arenga, alargó la mano y dirigió la vista á Pavía con tal expresión, que éste le cedió su sable. Aquella escena muda en medio de la arenga y de las balas no interrumpidas que diezmaban las filas entusiasmó á la tropa, y los dos batallones marcharon hacia la caballería, que fué desalojada del valle y de lo más llano del territorio, al grito de «¡Viva la Reina!» Los batallones navarros fueron atacados en su posición y arrojados de ella, perseguidos por mí con varias compañías, perdiendo algunos prisioneros. El Barón de Meer me recomendó certificando estos hechos, cuyo documento, que me enorgullece poseer, lego á mis hijos para que le guarden y les sirva de honrosa reliquia, como memoria de aquel general tan valeroso y respetable.

Cuando me retiré á Orbizu corrí á ver á mi hermano, que estaba ya alojado en casa del cura y sabía que al siguiente día tendría sobre sí á Zumalacárregui con el resto de los batallones, que aquella noche dormían en Contrasta, valle de la Amézcua. Nuestras fuerzas no pasaban de diez batallones, y yo, más por instinto y bravata que por inteligencia, le aseguré que teníamos sobradas fuerzas para hacer frente al enemigo. Sólo la responsabilidad le hacía contar entonces el número de los contrarios, aunque no rehusara el combatir con ellos. En las montañas no influye como en los llanos la superioridad numérica de una tropa tanto como otras condiciones, para el éxito de los combates. Basta tener buenas cabezas de columna y tropas serenas y disciplinadas. Al siguiente día muy de mañana marchamos en dirección de Maestu, cuya guarnición estaba estrechamente sitiada y falta de víveres para resistir más tiempo; pero llegamos á la plaza combatiendo y siempre atacados por los flancos y retaguardia, causando al enemigo grandes pérdidas, porque el general Córdova marchaba siempre escalonando las fuerzas por sí mismo y emboscándolas en algunas ocasiones con suma serenidad y acierto. La rapidez de nuestra marcha no dió lugar á que ninguna fuerza enemiga se nos adelantara en el camino y ocupara antes que nosotros los pasos difíciles y desfiladeros que precisamente teníamos que atravesar para alcanzar Maestu.

Poco antes de nuestra llegada, escarmentado el enemigo por los repetidos golpes que recibió en nuestra bien ordenada marcha, dejó de inquietarnos, habiendo sufrido muchas pérdidas. En los varios días que ocupamos la plaza, la abastecimos de víveres y repusimos los desperfec-

tos de sus murallas y edificios. Los carlistas acusaban á Zumalacárregui



de haberse quedado algunas horas más en Contrasta, entretenido con una señora viuda á quien hacía la corte. Así pudo ser en efecto, y sin ello habría dispuesto el enemigo de mayores fuerzas, pues el jefe carlista conservó consigo cuatro ó más batallones navarros, que, por otra parte, le hubieran servido de poco sin caminos para atacar por la vanguardia las tropas liberales, ni medio de oponerles un verdadero obstáculo. Yo creo más bien que Zumalacárregui quiso eludir el combate bajo cualquier pretexto. Tres ó cuatro días más tarde salimos de Maestu para Vitoria, adonde llegamos sin combatir. Los carlistas habían quedado escarmentados y sus pérdidas fueron muy considerables. Dispuesta esta marcha para emprenderla de noche, mi hermano varió la órden, esperando al día para empezar su movimiento. En las guerras de montañas toda marcha ejecutada en la obscuridad de la noche es un peligro de que debe huirse, y que el general Córdova evitó siempre.





D. Francisco Espoz y Mina.

CAP. VIII.

Confíase á Córdova el mando de tres divisiones por enfermedad de Mina.—Reunión en Los Arcos.—Situación del enemigo.—Los primeros movimientos.—Proyectos de Zumalacárregui.—Disposiciones de Córdova.—Por exceso de celo.—Rómpese el fuego.—La batalla de Mendaza.—Ataque de Oráa.—Momento crítico.—Los soldados del Infante y los granaderos de la Guardia provincial.—Faltas de López.—Abandonan el campo D. Carlos y Zumalacárregui.—Sobre D. Carlos.—Córdova y Oráa.—Elocuencia militar.

El general Mina mandaba á la sazón el ejército del Norte, y encontrándose bastante enfermo en Pamplona, no quiso detener más tiempo las operaciones, interrumpidas por aquella causa. Para ello confió el mando de las tropas que debían ejecutarlas contra Zumalacárregui al general Córdova, poniendo á sus órdenes las divisiones del brigadier Oráa y la de la Ribera de Navarra que mandaba el de igual clase D. Narciso López. Dispuso también Mina el ataque al jefe carlista que, con el grueso de sus fuerzas, se encontraba en tierra de Estella ó en los valles de la Amézcoa y Santa Cruz de Campezu. Al general Lorenzo confióle al propio tiempo las operaciones desde Pamplona y las que debía ejecutar sobre sus comunicaciones por el Çarrascal con el Ebro

hasta Tudela. Reunió Córdova entonces bajo sus órdenes 17 batallones, 800 caballos y 14 cañones, de los que 6 eran de carril estrecho y los otros 8 de montaña. Además de estas fuerzas, Mina ponía á las órdenes del joven general la brigada del coronel Gurrea, que operaba independientemente entre Logroño y Peñacerrada, y de cuyas fuerzas, compuestas de tres batallones y 300 caballos, podía aquél disponer ante una reunión de la masa principal carlista.

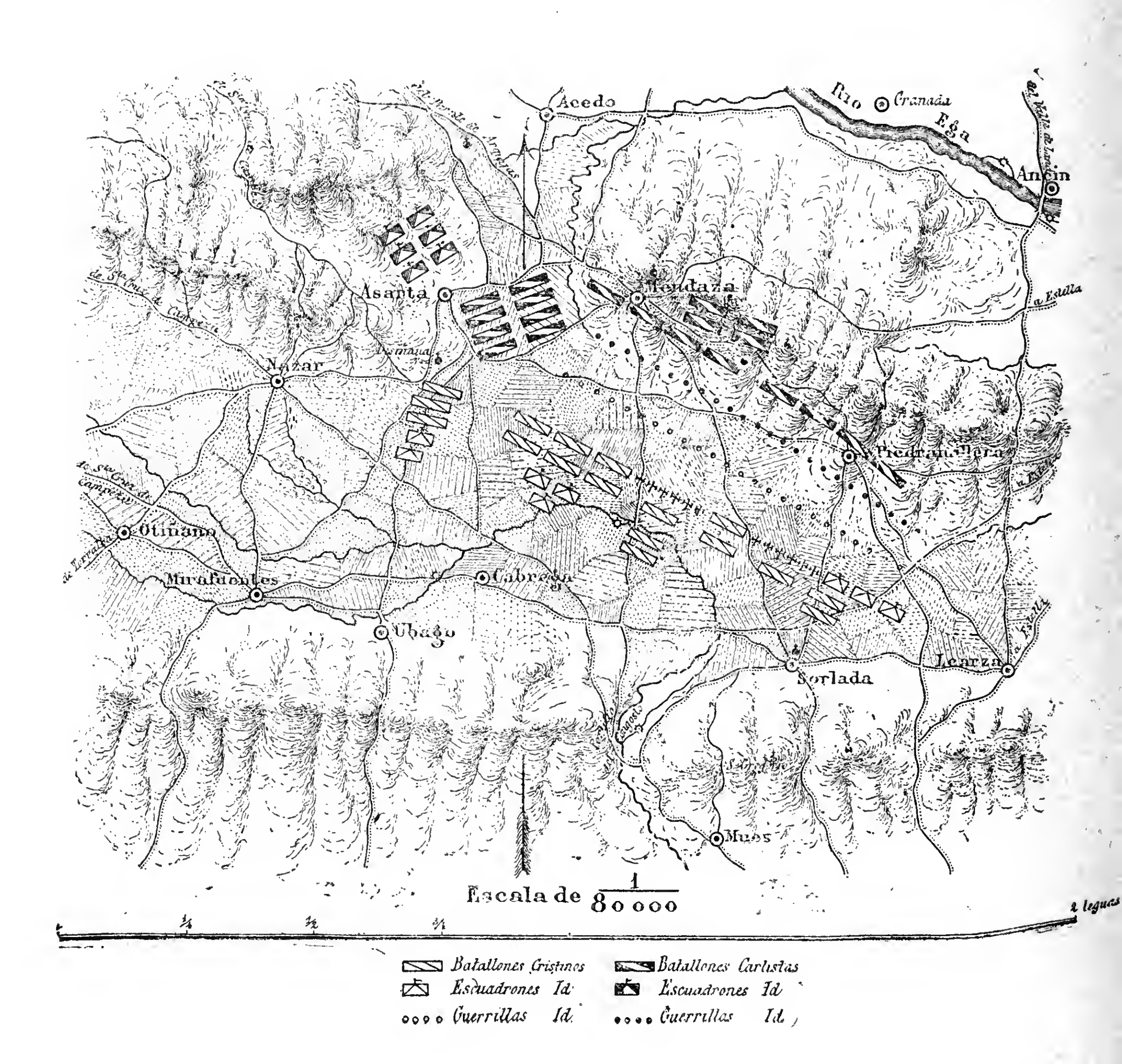
En consecuencia, las tres divisiones de Córdova, Oráa y López se hallaban reunidas en Los Arcos el 11 de Diciembre de 1834. Aquí supo el primero que el enemigo se encontraba en el valle de la Berrueza, al parecer resuelto á esperarlo, y resolvió atacar al siguiente día. Ya entrado el 12, marchamos con todas las fuerzas á franquear la cordillera que separa aquel valle de los llanos en donde empieza la Ribera de Navarra, dirigiendo la caballería y artillería, bien escoltada con suficiente infantería, por el camino carretero que conduce al valle. Esta infantería, que se componía de tres batallones, iba mandada por el entonces coronel D. Manuel Mazarredo, de acreditada y merecida reputación. El todo de la columna lo confió al brigadier D. Narciso López. El grueso de la infantería, en donde marchaba Oráa, fué dirigida por un camino estrecho y quebrado que corre paralelo al otro por donde entró la caballería, el cual atraviesa la difícil montaña por la ermita de San Gregorio. El coronel Mazarredo recibió la orden, antes de emprender la jornada, de detenerse en lo más alto de la cordillera, y tomando posición con su infantería y 200 caballos, la de marchar, después que la batalla se empeñara, por el camino que conduce á Nazar y Azarta, á fin de envolver la derecha enemiga colocándose á su retaguardia. Este movimiento, que ejecutó felizmente el coronel Mazarredo, fué protegido durante toda la tarde por una densa niebla que, pegada á lo alto de la cordillera en toda la extensión del camino, ocultó el terreno y la columna de la vista del atento y vigilante enemigo; pero resultó inútil y no tuvo consecuencia alguna para el éxito del combate, porque si Mazarredo llegó al flanco de Zumalacárregui, no utilizó su posición, y si alcanzó á colocarse á su retaguardia, era demasiado débil para resultar eficaz sobre un enemigo que podía muy bien revolverse contra él con muy superiores fuerzas; movimiento propio del sistema de guerra que había seguido siempre el general carlista. Las fuerzas de Mazarredo habrían estado mejor empleadas en la reserva, pudiendo tomar la ofensiva después de rechazados los ataques de flanco que ejecutó Zumalacárregui en las últimas horas de la batalla. Así lo reconoció durante ella mi hermano mismo, cuando se vió tan bruscamente acometido, como después veremos. Los movimientos envolventes realizados á la vista del general que manda en jefe, tienen casi siempre resultados felices; no sucede

lo mismo cuando se ejecutan con pocas tropas á largas distancias. Para obtener de estas maniobras completos resultados, es condición precisa disponer de fuerzas muy respetables, y que por los jefes que las manden sean realizadas con gran vigor, ciñéndose estrictamente á las instrucciones que reciben.

Á medida que la infantería marchaba un tanto adelantada para apoyar la marcha de la caballería y artillería, desembocaban los batallones en el valle de la Berrueza, formándose en el llano delante del desfiladero, en dos líneas de columnas del frente de compañía. Delante de estas líneas de columnas habíanse desplegado otras compañías de cazadores que, con sus reservas correspondientes, hacían alto á distancia de medio tiro de fusil. El enemigo, que nos aguardaba ya preparado, tenía á nuestra vista cuatro batallones formados en masa delante del pueblo de Mendaza, dispuestos á desplegar, y á su frente una línea espesa de tiradores, que, con la fuerza próximamente de un batallón, se prolongaba sobre su izquierda como para desbordar y envolver nuestra derecha. Manteníanse las dos líneas contrarias de cazadores en actitud imponente, á muy corta distancia y sin tirar un solo tiro. El silencio de unos y otros se interrumpía sólo por las recíprocas y picantes invectivas que se dirigían los soldados de ambos bandos. Deseaba Zumalacárregui no empezar pronto el combate, porque todo su plan se fundaba en sostener á la defensiva, apoyándose en las posiciones que le ofrecían los pueblos, montañas y bosques en que tenía sus líneas y ocultaba sus reservas. Deseaba por su parte el general Córdova, antes de empezar las hostilidades, que el total de sus batallones empeñados en el desfiladero desembocaran en el valle y desplegásen en la llanura, así como la pronta entrada al mismo tiempo en su línea de batalla, de la caballería incorporada á la artillería, con la cual debía romperse el fuego. Con este interés mandó repetidas órdenes á los cazadores para que no disparasen un solo tiro, á fin de evitar que el fuego empezado en cualquier punto se generalizase en toda la línea con propia desventaja por no tener reunidas y dispuestas todas las fuerzas.

Al mandar el general al grupo de ayudantes la transmisión de esta orden, yo que comprendí su importancia, corrí á comunicarla; pero mi hermano, que sin duda temió iba á provocar el combate dejándome llevar del ímpetu á que me convidaba la vista del ejército, me gritó sin consideración alguna y de tal suerte que todo el Estado Mayor lo oyó: —«*¿Adónde va V., señor oficial? Vuélvase V., y que vaya otro á cumplir mi orden.*»—Yo me volví avergonzado. Lleno de silencioso despecho y profundamente herido, me coloqué detrás de la escolta. Ninguna razón tuvo mi hermano para haberme tratado así, ni motivo para supo-

ner que no comprendiera la importancia de la orden que iba á llevar. Pasado algún tiempo, toda la fuerza que había desembocado en el valle entró en línea, encontrándose reunida y en posición de empezar el combate según el general lo había deseado. La infantería en dos líneas;



la artillería en el centro, dominando el terreno en dos únicas baterías, y la caballería repartida en las dos alas.

Entonces se dió principio á la batalla. En momento tan solemne, mi hermano, que había sin duda comprendido su reciente injusticia y lo ofendido que debía estar, preguntó á otro ayudante en dónde me encontraba, á lo que le contestó mi compañero que estaba detrás con la escolta y que había dicho que por aquel día no tenía nada que hacer, pero que

al siguiente me iría con Espartero, en donde no se desatendían mis servicios. Sentido de lo hecho, porque era un noble corazón, le contestó:

—Cuando se haya de romper el fuego él llevará la orden. Si hubiera ido antes á las guerrillas, me lo hubiese echado á perder todo con su carácter.—Y en el acto me gritó:

—Ayudante Córdova: orden á las guerrillas para romper el fuego ganando terreno, y á las reservas para que sostengan las guerrillas.....

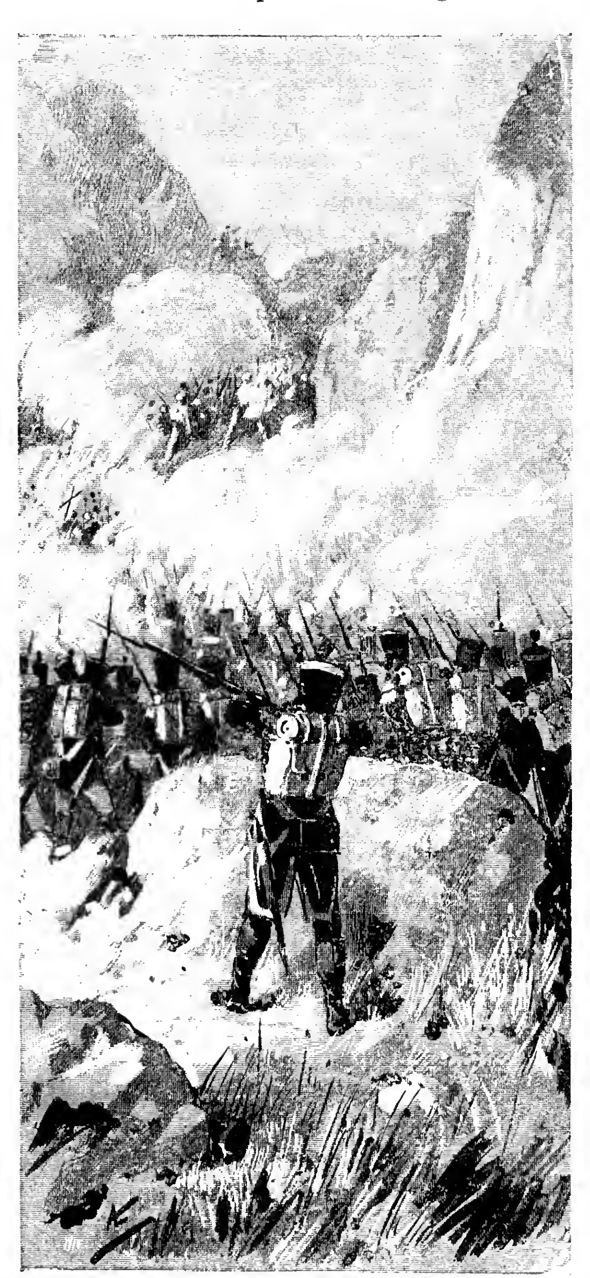
Yo, aunque con semblante muy serio y disgustado, recibí la orden con el sombrero en la mano y las demostraciones de respeto que le eran debidas, y corriendo por toda la línea, dí las órdenes de empezar el fuego al grito repetido de *¡Viva la Reina!* Desde aquel momento, sólo me acordé de que combatía por la gloria de mi hermano.

Zumalacárregui, sin duda, cometió ya la primera falta en esta batalla dejando de atacar al ejército cristino antes de tener éste reunidas sus fuerzas. Las razones mismas que tuvo el general de la Reina para retardar el ataque debió tener el carlista para adelantarlo, preparado como estaba con todas sus masas en el valle; pero Zumalacárregui fundó todo su plan en el proyecto formado de sorprendernos en Mendaza con un ataque sobre nuestra retaguardia en el momento en que más empeñados estuviéramos, sin pensar que á los ejércitos, y mucho más á los ejércitos bien mandados, no se les sorprende de esta suerte, y que tales operaciones son más propias para empleadas en combates contra pocas fuerzas y en terrenos menos despejados que lo era aquél del valle de la Berrueza, en el que los soldados de la reina Isabel debíamos combatir aquel día memorable.

Generalizado el fuego en toda la línea de tiradores, la carlista opuso tenaz resistencia, que no cedió ni por el empleo de las reservas con que las guerrillas fueron reforzadas. Verdad es que las enemigas recibieron también las suyas. Cuando al siguiente día recorrimos en el campo de batalla el terreno que ocuparon las guerrillas carlistas, ofreció la particularidad de estar señalado por una espesa línea de cadáveres, formados en la correcta alineación en que combatieron.

Dirigió mi hermano sobre los cuatro batallones situados delante de Mendaza tres columnas de dos batallones, de las cuales la última sostenía á las dos primeras, que, precedidas de los cazadores, mantenían un vivo fuego ganando siempre terreno. Mandó al propio tiempo el general cristino que los dos batallones de Gerona con el de Granaderos provinciales de la Guardia, que debía apoyarlos, atacaran por la derecha la aldea y posición de Pedro-Millera, coronando la cordillera á cuya falda se asienta el pueblo del mismo nombre, con orden de correrse hacia la izquierda para dominar y ocupar Mendaza, sobre cuya posición creyó indudable que se encontrarían mayores fuerzas enemi-

gas, destinadas á envolver y á sorprender las nuestras cuando llegaran á este punto al ejecutar su principal ataque. Aquel movimiento fué en verdad una feliz inspiración del general Córdova, y no lo fué menos su insistencia, porque al recibir el brigadier Oráa la orden de atacar Pedro-Millera, observó que no había camino posible para que las tropas marchasen y combatiesen; pero á pesar de que la autoridad de Oráa era entonces y fué siempre muy decisiva por lo práctico que se le reconocía del terreno navarro, insistió aquél en la ejecución de su orden, asegurándole que Gerona, compuesto de catalanes, subía por todas partes. El movimiento tuvo el éxito que esperaba el general. El regimiento de Gerona y los Provinciales, venciendo todos los obstáculos del terreno, tomaron el pueblo y la cordillera, sobre lo alto de la cual atacó y puso en fuga á la fuerza destinada por el jefe carlista, bajo las órdenes de Iturralde, á sorprendernos en Mendoza. En este vigoroso ataque, en el que Oráa y sus tres batallones mostraron tanto vigor y energía, murió sobre aquel victorioso campo el valiente capitán de Granaderos provinciales Malvaz, de una de las primeras y más nobles casas gallegas, cuyos deberes fielmente cumplidos, más que sus opiniones nada isabelinas, le mantenían en la Guardia.



Coronada aquella posición por Oráa, hizo éste que sus fuerzas cambiaran de dirección sobre la izquierda, y continuando su ataque, acometió á poco de flanco á los carlistas que defendían el pueblo de Mendaza.

Entretanto el centro carlista, defendiéndose con obstinación, obligó á mi hermano á emplear dos batallones más con que reforzó los seis antes destinados contra el centro, y quedóse con otros tres y la artillería, que por las dificultades del terreno había limitado su empleo al solo objeto de sostener el ataque del centro. Mas la acción no estaba decidida todavía en esta parte de la línea, cuando el ayudante de plana mayor D. Joaquín María de Alba, corriendo desde la extrema izquierda, fué á participar al general que el enemigo hacía un movimiento ofensivo sobre aquel punto con fuerzas considerables. Corrió Córdova á toda la brida de su caballo al alto culminante que nos ocultaba el enemigo, y pudo ver lo amenazado que en efecto estaba nuestro flanco, y cuán decisivo é imponente era el esfuerzo que Znmalacárregui ejecutaba para decidir en su favor la batalla. Sobre los bosques que cubren el terreno entre Nazar y Azarta había guardado ocultas sus reservas desde las primeras horas, destacando sobre nuestro flanco izquierdo y desbordándolo, tres columnas paralelas de dos batallones, precedidas de una masa de tiradores que con vivo fuego nos acometían ganando terreno sobre nosotros. Este ataque de la infantería enemiga estaba además apoyado por una fuerza de 600 caballos á su derecha, con el conocido intento de envolvernos ganando nuestra retaguardia. Mi hermano sólo podía disponer en aquel crítico momento de los dos batallones del Infante, compuestos de andaluces de la provincia de Córdoba, y de otro de Granaderos provinciales de la Guardia, de impertérritos y fríos gallegos.

La situación habíase hecho grave y capaz de imponer á tropas serenas y aguerridas; pero aquéllas estaban mandadas de cerca por un general que parecía crecer con el peligro. Era D. Luis Fernández de Córdova una de esas naturalezas propias para la guerra y para el mando: con su valor sereno y su concepción rápida, tenía el don de comunicar su confianza á los que mandaba: de militar y enérgica palabra, sabía fascinar en momentos críticos al oficial y al soldado. «¡Soldados del Infante, Granaderos de la Guardia!—les dijo;—vamos á recibir esa turba de facciosos: á los gritos con que pretenden ocultar el temor, opongamos el silencio sereno y las puntas de nuestras invencibles bayonetas.» Los batallones, formados en masa, desplegaron en una sola línea de batalla. Recuerdo que los soldados parecían orgullos de ir á medir con el enemigo sus armas á la vista y á la voz de mando de aquel joven, embriagado como ellos por el entusiasmo, á quien saludaron con acla-

maciones. Las 14 piezas, mandadas por Magenis las de montaña, y las de carril estrecho por Gil, desplegáronse en el centro en una sola línea, y sosteniéndose mutuamente abrieron el fuego con el de nuestra infantería en medio del más profundo silencio y confianza. Si se oyó después en aquella valerosa tropa alguna voz, era la del general y oficiales que la dirigían á los soldados con palabras de merecidos elógios. Recibido de esta manera el enemigo, mandóse en busca de los batallones que servían de reserva al ataque principal de Mendaza, á fin de que rebasaran con rápida marcha la derecha enemiga, y por mi conducto recibió el brigadier López la orden para que cargara con la fuerza de su mando. Nunca se ha presentado á caballería alguna ocasión más propicia para vencer. Las columnas carlistas venían precedidas de dos batallones en confuso tropel de tiradores é incapaces de ejecutar movimientos ordenados, y las mismas columnas, varias veces rechazadas y deshechas por el fuego, eran segura presa de una caballería como la de cazadores de la Guardia y carabineros, de gran espíritu militar, mandadas por oficiales valientes y entusiastas.

López retardó las cargas por razones que nunca pudo dar, y no le animó á ello ni la retirada de la caballería contraria, ni la dispersión con que los batallones dejaron el campo de batalla para recorrer las dos leguas que los separaban de su primer abrigo del puente de Arquijas. Un movimiento espontáneo de avance que la caballería de la Guardia y los carabineros al fin ejecutaron casi ya de noche, dióles por resultado no pocos prisioneros y trofeos, pero en número bien inferior á los que pudieron obtenerse si antes hubiéranse arrojado sobre el enemigo con más oportuno acierto. La inacción de López fué también causa de que Mazarredo, bien colocado para sacar la mayor parte del fruto de la victoria obtenida por el ejército, no empleara su fuerza apoyando la caballería.

Pero mientras que en nuestra izquierda ocurrían estos sucesos, tanto más importantes, cuanto que en la derrota personal del general carlista iba envuelta la del mismo príncipe D. Carlos — que unido á Zumalacárregui, con él abandonó el campo de batalla—Mendaza era tomada al fin á los carlistas por los batallones de nuestro ataque central, no sin que los de la derecha de Oráa, después de su brillante empleo contra Pedro-Millera y su cordillera, hubieran obligado al enemigo que en los bosques se ocultaba á precipitarse del lado opuesto por los barrancos para alcanzar su salvación por Acedo y llegar al puente de Arquijas. En uno de los combates parciales que un batallón del 4.º regimiento de la Guardia sostuvo contra dos navarros, encontróse haciendo alardes de valor y de serenidad D. José de Orive, que tantas ocasiones aprovechó después en Aragón para acreditar su intrepidez y su

osadía, destruyendo con una pequeña columna las contrarias que alcanzó, atacó é hizo en su totalidad prisioneras. También recuerdo que mandaba aquel batallón del 4.° de la Guardia á que pertenecía Orive, el coronel D. Bruno Alaix (1), de quien el General en su parte oficial decía al Gobierno, «que peligro alguno disminuía su valor y su serenidad.»

No había terminado la batalla, y todavía el centro enemigo manteníase furiosamente en Mendaza, cuando mi hermano, en un arranque que no olvidaré jamás, y ardiendo en deseos de ver triunfantes en todos los puntos las armas de la Reina, asióme del brazo izquierdo y me dijo con salvaje energía: —«¡Si no gano la batalla, Fernando, me pego un tiro!—Tus palabras—le contesté—no me dan cuidado alguno. La batalla está ganada, y en vez de matarte celebraremos la victoria»—y así fué, en efecto. No pasó mucho tiempo sin que los enemigos dejaran sin un solo batallón que combatiera, aquel campo en donde Zumalacárregui libró su primera batalla con el grueso de sus fuerzas, y en donde también se presentó D. Cárlos á sus defensores, corriendo con ellos los azares de la lucha y sus peligros y fatigas, como lo había hecho el fundador de su raza combatiendo también contra españoles.

Pero ahora es tiempo de que á fuer de cronista imparcial intente una excursión sobre las cualidades personales de D. Carlos, haciéndole la justicia merecida y señalando las que le fueron adversas. Distinguióse aquel Príncipe desde sus primeros años por una probidad y una honradez de carácter verdaderamente intachables, por el sentimiento de rectitud que guiaba todos los actos de su vida, y por la gran firmeza con que llevaba á cabo cuanto se proponía. Creo positivamente—y quizá extrañen algunos esta afirmación mía—que si en la conciencia de D. Carlos hubiera penetrado la convicción de que los derechos á la corona eran patrimonio de la hija de su hermano el rey Fernando, á quien amaba con pasión, no habría tenido D.ª Isabel II en todo su reinado súbdito más fiel y obediente, defensor más constante y decidido. Para D. Carlos la legitimidad de sus derechos constituía una verdadera religión, y así los mantuvo. Se creyó usurpado y defraudado en los altos destinos que para sí y sus hijos le reservara la Providencia, y no vaciló en sumir á su patria en los horrores de una guerra sangrienta y fratricida, con la convicción de un fanático y el estoicismo de un justo. Y así le vemos desplegando la constancia más inquebrantable y el valor más sereno ante las responsabilidades de la historia y ante los peligros de los combates.

De esforzadísimo corazón, viéronle sus partidarios hartas veces ves-

(1) Este coronel Alaix no es el que después fué Ministro.

tido de grande uniforme y con las insignias de capitán general recorrer á caballo las guerrillas de sus defensores con impertérrito continente, exponiéndose á las balas en Mendaza, en Mendigorría, en Huesca, en Barbastro, cual el más humilde de sus soldados. En Gra, en Chiva y en Retuerta hizo alardes temerarios; se expuso durante toda la campaña á las mayores fatigas y penalidades, desempeñando á veces enojosas misiones, tales como las de sufrir la persecución de las columnas cuando en tiempos de Zumalacárregui llamó sobre sí las fuerzas de Rodil, Mina y Valdés, en tanto que sus generales realizaban operaciones lejanas y alcanzaban ventajas más ó menos reconocidas.

Tan relevantes prendas obscurecíanse, no obstante, por el mismo fanitismo religioso de que se hallaba poseído. Su confesor, algunos prelados y altas dignidades de la Iglesia seguían constantemente el cuartel Real y ejercían en su ánimo una influencia tan decisiva como funesta para sus intereses; entraban éstos en la dirección de las operaciones de la guerra, resolvían acerca de los nombramientos de generales y jefes, y aun recuerdo cómo se ejercitaba aquel extraño poder eclesiástico-militar contra oficiales subalternos, cuyas ideas en materias de fe fueron causa de persecuciones, destituciones, destierros y prisiones. Crearon bien pronto tales hechos un antagonismo violento entre el elemento militar carlista y su propio clero, á favor del cual se inclinaban siempre las decisiones del Pretendiente, preparándose de esta manera la opinión entre sus parciales para el convenio de Vergara, que decidió de su causa. Aquellas mismas influencias determinaron otros muchos rasgos crueles de D. Carlos, ajenos, creo yo, á su carácter y sentimientos. Su decreto de Durango condenando á muerte á los prisioneros que sus tropas hiciesen sobre los soldados de las legiones extranjeras, dictado por el odio que le inspiraban los ingleses protestantes, y las terribles ejecuciones realizadas entre los nacionales é individuos de los cuerpos francos, atrajeron sobre su causa la execración de los pueblos civilizados y velaron con negras tintas las cualidades personales del Príncipe que la representaba. En el campo enemigo habíase retrocedido hasta los tiempos de mayor intolerancia social, política y religiosa. Cometió también la imperdonable falta, funesta para sus intereses, de ceder el mando personal y directo de las tropas. Con esto excitó el celo, la rivalidad y la discordia entre sus propios generales, quienes muerto Zumalacárregui se disputaron encarnizadamente la dirección del ejército y de la guerra, decidiéndose alternativamente por uno ó por otro su favor, según que la suerte de las armas les era más ó menos contraria. Faltóle, pues, á D. Carlos un consejero leal y exento de pasiones, á la par que un caudillo con autoridad suficiente para mantenerle con la jefatura militar, dominando así todas las turbu-

lencias y ambiciones. Quizá entonces habría prevalecido una gran transacción entre las dos ramas de la familia Real, cimentada en el casamiento que se proyectó en aquella época, asegurándose con la paz y las concesiones políticas todos los intereses y todos los progresos del país.

Recuerdo que en aquel día de Mendaza la presencia de D. Carlos



S. M. la Reina Doña Isabel II.

en el campo de batalla, que todo nuestro ejército conocía, provocó una grande explosión de entusiasmo por la reina Isabel, que durante toda la tarde fué aclamada con incesantes vivas.

Fué, en verdad, el valle de la Berrueza, donde por primera vez libró batalla Zumalacárregui con todo el grueso de sus fuerzas al ejército de la Reina reunido con el mayor número de las tropas que operaban en

Navarra; fué también el primer combate en que se encontró D. Carlos en persona, y que hubiera sido decisivo para nosotros con mayor energía y resolución por parte del brigadier D. Narciso López; fué, en fin, la primera y última vez que Zumalacárregui se aventuró á descender á la llanura, arriesgando el todo por el todo al éxito de un empeño en el que la infantería navarra atrevióse á medir sus armas con la cristina, mejor organizada, maniobrera, disciplinada y mandada por oficiales más instruídos y capaces. En Mendaza se probó una vez más cuánto pierde de su poder una infantería, por valerosa que sea, cuando acostumbrada á combatir en orden abierto á favor de los bosques y terrenos montañosos y quebrados en que principalmente se apoya, pasa á pelear en terrrenos llanos, con movimientos propios del orden cerrado. Esta verdad justificará siempre la razón que Zumalacárregui tuvo para no aventurarse después á exponer sus tropas á combates en los que faltaban á éstas las primeras condiciones de la fuerza armada.

Corría ya muy cerrada la noche cuando las tropas quedaron alojadas en los pueblos de Mendaza y Pedro-Millera, y á las once los heridos pudieron ser bien instalados, recibiendo la primera cura y un alimento reparador.

El insigne brigadier Oráa se había distinguido extraordinariamente en aquel ataque de Pedro-Millera, que ejecutó, no obstante, contra su voluntad, obligado por las reiteradas órdenes de Córdova. Al presentarse á éste, el general elogió su mérito y lo resumió en una frase: «*Ya lo ha visto V., brigadier Oráa; Gerona vence y sube por todas partes, sobre todo cuando V. lo manda.*»

El siguiente día 13 diólo el general al descanso que necesitaba el soldado, y al cuidado de reponer las armas para preparar las tropas á nuevos combates y proteger la marcha de un convoy de heridos dirigido á Logroño; pero antes quiso revistarlas y darles las gracias, y con este objeto formáronse al mediodía fuera del pueblo, en una línea de columnas cerradas por cuerpos. El entusiasmo de las tropas aquella mañana fué indescriptible. Siempre responderán en España á este gran sentimiento cuando se las hable de gloria después de los combates, por grandes que hayan sido los peligros pasados, las fatigas sufridas y las pérdidas y sacrificios experimentados. El soldado olvida todo lo que le ha hecho sufrir su jefe, y sólo recuerda para aclamarlo los grandes objetos que defiende. El general tuvo palabras elocuentes para cada cuerpo: á todos les citó ó un hecho glorioso de su historia, ó un acto victorioso de la batalla ó de la campaña. Yo no las puedo recordar todas después de cuarenta y cinco años.—*Soldados*—decía al valeroso y acreditado regimiento de Soria—*vuestro valor de ayer os hace dignos del corbatín colorado que ganó vuestro regimiento en la*

guerra de Sucesión.—Granaderos de la Guardia provincial, habéis imitado ayer á los Provinciales del cuadro de Alba de Tormes.—Al llegar al regimiento del Infante, les dijo:—*Soldados, os repito las gracias que ayer os dí en medio del combate y del peligro. Ayer peleasteis*



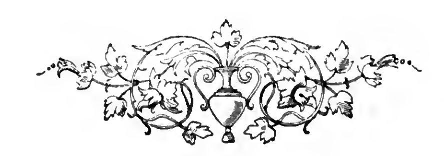
EL MARQUÉS DE CASASOLA.
(Copia de un retrato de familia.)

por el ejército atacado de flanco.—Soldados de la Guardia—dijo al regimiento en donde yo empecé mi carrera militar—*habéis heredado las glorias de los Guardias españolas de Bailén y de la Albuera, y seréis siempre invencibles.*—Repito que no puedo recordar las breves palabras que tuvo para todos y cada uno de los cuerpos. La arenga diri-

gida á la artillería terminaba con esta frase: «*La artillería ha hecho siempre lo mismo, y nunca ha hecho menos.*»

Distinguióse en aquella jornada, como durante toda la guerra, el magnífico regimiento de cazadores de la Guardia Real de caballería. Habíase formado este cuerpo, quizás el más brillante del ejército del Norte, con una oficialidad que sobresalía por el espíritu militar, el valor más sereno y la disciplina más probada. La instrucción individual de la tropa rayaba en lo inverosímil: bastaba desplegar al frente de la línea de marcha ó sobre cualquiera de los flancos una sección de aquellos cazadores, para conocer la posición del enemigo y estar á cubierto de toda sorpresa sin necesidad alguna de previas instrucciones. Desde antes de la guerra mandaba aquel regimiento el Conde Armíldez de Toledo, que á una capacidad é ilustración sobresalientes reunía raras condiciones profesionales. Servían en él jefes como Arcos é Irribarren, y oficiales como Liniers, Marquesi, Rodríguez Villar, Tornos, Casasola y Cumbres-Altas. El padre de estos dos últimos, Conde de Puñonrostro, el veterano que tanto se distinguió en la batalla de Ocaña, enviólos con su tercer hijo D. Manuel á defender en los campos de Navarra la bandera de la reina doña Isabel. Acreditóse el regimiento de cazadores en Mendaza, y entre los más decididos el Marqués de Casasola, que ya ostentaba en su pecho la cruz laureada de San Fernando, ganada en Guernica en una de las primeras acciones de aquella tenaz y sangrienta guerra. Quisiera poder nombrar aquí á todos los oficiales de aquel memorable regimiento; pero mi memoria no me favorece, y habré de contentarme con los ya citados, para representarlos á todos.

El general Mina, que recibió exactísimas noticias de la jornada, envió calurosas gracias al ejército y al general que lo mandó aquel día. Las tropas quedaron tan confiadas y contentas, como el general Córdova orgulloso de haberlas dirigido y de merecer los preciados elogios del héroe que no dejó nunca de representar la gloria del ejército español en la invicta guerra de la Independencia.





CAPITULO IX.

Posiciones ocupadas por los carlistas después de la batalla.—Sobre la guerra de montaña y sobre las condiciones en que la hacía el general Córdova.—Sus cualidades de general.—El testimonio de D. Antonio Cánovas del Castillo.—El puente de Arquijas.—Disposiciones para el ataque á la vista del enemigo.—Apodéranse dos veces del puente las tropas cristinas.—D. Manuel Pavía y Lacy.—Retraso inexplicable de Oráa.—Espérale Córdova hasta la noche.—Necesaria retirada á Los Arcos.—Cuál fué la marcha de Oráa.—Acción que sostuvo.—Consideraciones generales sobre este jefe y sobre aquella operación.

La batalla de Mendaza, librada por el general Córdova á Zumalacárregui en el valle de la Berrueza el 12 de Diciembre de 1834, tuvo el resultado victorioso que ya hemos visto en el capítulo precedente. Nuestras tropas atacaron aquella tarde las posiciones de Pedro-Millera y Mendaza, que formaban el centro carlista, y su derecha y reserva se vieron rechazadas y obligadas á la dispersión para sustraerse al empuje de nuestra caballería. De aquel campo de batalla no salió fuerza enemiga que no lo verificara en completo desorden, y toda ella, tomando el camino de Acedo, ganó por el puente de Arquijas el valle de Santa Cruz de Campezu, poniendo por medio el río Ega, para abrigarse en los pueblos de Urbizu, Zúñiga, Santa Cruz y otros más inmediatos á la Amézcoa. En estos puntos los carlistas habían tomado posiciones formi-

dables al abrigo de fragosas montañas y de espesos bosques, surcados por corrientes de aguas, sobre las que se encontraban establecidos estrechos y difíciles puentes. Eran aquellas las mismas posiciones donde se había refugiado muchas veces el jefe carlista, como las de Somorrostro, Castrejana, Arlabán y Artaza, que el enemigo tenía bien estudiadas para atraer á las tropas de la Reina á combates desiguales. Sólo en estas condiciones hubiérase decidido á volver á la pelea un jefe que tan malparado saliera de la Berrueza dos días antes, y en cuyas llanuras había estado á punto de perder la vida, y en dos horas todo el fruto de más de año y medio de ímprobos trabajos de organización y de combates sangrientos. En su nueva situación esperaba el general carlista tomar su revancha del día 12 sin exponer interés alguno importante. Tenía en ella una serie de posiciones escalonadas para defenderse al abrigo de las inexpugnables montañas, bosques y desfiladeros de las Amézcoas, y siempre donde retirarse, si inesperados contratiempos ó imprevistas derrotas le obligaran, como en Mendaza, á dejar el campo de batalla. Pero el general Córdova pensaba que para vencer tales obstáculos, el arte de la guerra permite operar sobre todos los terrenos, por difíciles y peligrosos que sean, empleando los principios á que los grandes capitanes se han sujetado constantemente en las guerras de igual naturaleza. En las de montaña, todo ataque de frente y en masa en terreno sembrado de obstáculos como lo está el que nos ocupa, proscríbelo la ciencia y condénalo la experiencia de crueles derrotas. Aquélla exige, para vencer tales dificultades, los grandes movimientos envolventes y el tomar posiciones á retaguardia ó en los flancos, obligando al enemigo al ataque para adquirir sobre él las ventajas de la defensiva.

Todo empleo de fuerzas numerosas contra una posición cualquiera presentando un gran blanco á los defensores, hállase definitivamente condenado, y deben en su lugar emplearse las que son necesarias al ataque, escalonadas en cuantas diversas direcciones lo permita la naturaleza del terreno. El empleo de las tropas, tan frecuente y vulgarmente destinado al ataque de frente que se varía por otro de flanco cuando aquél es rechazado, no ofrece ventaja alguna; es causa inevitable de grandes descalabros y siempre de dolorosas pérdidas que acaban por destruir el espíritu de la tropa mejor organizada, amenguando su fuerza y su moral. El general Córdova conocía la guerra por el estudio de la historia y el de las campañas de los generales más ilustres, y tenía ya bastante experiencia de aquélla en que se encontraba, para caer en las faltas y peligros de una rutina vulgar y lamentable. Debía hacer la guerra en las condiciones desventajosas con que la carlista se mantenía para nosotros en las provincias del Norte, porque así era necesario; pero procuró cambiar sus condiciones sin conceder al

enemigo aquellas que tanta superioridad dieron al principio á masas de paisanos mal organizadas, instruídas y armadas, sobre soldados de un ejército tan valeroso como el primero de Europa. Habíase ya medido el general Córdova en el Baztán, en Zúñiga, en Orbizu y en otros puntos contra aquel contrario, y habíalo vencido, recorriendo el país y atravesando lo más fragoso y cubierto, sin perder un soldado por inexperiencia ni descuido, sin abandonar una sola acémila ni sufrir sorpresa ni emboscada alguna. Ejecutaba las marchas con todas las precauciones que la ciencia exige, y acampaba ó tomaba cantones y alojamientos en momentos oportunos y en lugares convenientes.

Las condiciones y aptitudes militares de mi hermano pertenecen al domino de la Historia, y en ella se encuentran ya establecidas y fijadas de una manera definitiva. En estos mismos momentos en que escribo, y en que por última vez quizá corrijo estas cuartillas, un hombre de Estado, gran pensador é historiador eminente, acaba de dar á la estampa un libro luminoso, en el cual, diciendo esto mismo respecto de mi hermano, va más allá todavía, pues afirma que «como militar, podría compararsele con los mayores generales españoles del siglo pasado, es á saber, Montemar, La Mina y Ricardos, ignorando si fuera justo igualar con él á ninguno del siglo presente» (1). Nadie, por lo tanto, podrá achacarme en estas y otras consideraciones que voy haciendo, ni la ceguedad apasionada del hermano por el hermano, ni los desvanecimientos de la inmodestia para con el que á tan elevadas glorias elevó mi propio nombre.

Puedo, pues, afirmar, sin temor alguno de que me desmientan los contemporáneos y testigos de estos hechos, que desde entonces todas las tropas deseaban formar parte de las mandadas por aquel general; que las suyas vivían siempre confiadas, y que á ninguna faltaba el ánimo de que se siente poseído el soldado español cuando con su admirable instinto advierte que está bien dirigido.

Creo que las buenas condiciones de un general no se revelan solamente por el valor que despliega sobre un campo de batalla, ó porque afronte el peligro en todas las formas en que se le presente. El jefe de cualidades superiores y propias para el mando reconócese principalmente en las marchas sobre los diversos terrenos en que debe conducir á sus tropas; en los cantones ó campamentos, por las precauciones que adopte para la seguridad de sus fuerzas, y por las medidas que emplee para proveerlas de cuanto requieren, procurándolas el descanso conve-

(1) Refiérome á D. Antonio Cánovas del Castillo y á su última producción literaria *El Solitario y su tiempo*, en cuyo tomo I, pág. 271, se estampan estos mismos y otros no menos lisonjeros juicios acerca del general D. Luis de Córdova.

niente, conservando la fuerza que necesitan para pelear, y manteniendo, en fin, en ellas el espíritu, la moral y disciplina, que son prendas de segura victoria. Estas condiciones poseíalas en alto grado D. Luis de Córdova. Los soldados, como los oficiales, pagaban su celo y su inteligencia con el cariño y la confianza.

Añadiré, no obstante, como detalle muy característico, muy humano, y conveniente de consignar como enseñanza que se desprende siempre de la Historia, que mi hermano, muy querido y respetado desde luego por jefes, oficiales y soldados, fué poco estimado en un principio por los altos jefes del ejército. Su popularidad en las filas, su rapidísima carrera, sus éxitos y victorias, quizá sirvieran de exagerado estímulo para aquellos veteranos encanecidos en el servicio. Prevalecía entonces, como siempre — y de esto nos ofrece la historia militar europea repetidos ejemplos — la idea, equivocada á mi entender, de que un buen general sólo puede formarse en los cuarteles, en la rutina de las obligaciones subalternas y en el desempeño de los empleos inferiores. No es así, en mi concepto. Afirmo que nadie alcanzaría á distinguirse en el mando de un regimiento sin haber pasado por los escalones orgánicos de pelotón y compañía; pero las condiciones de un general en jefe en campaña son de índole absolutamente distinta, y sus dones, como toda función superior del entendimiento, concédelos la Providencia, no la práctica, la experiencia ni la costumbre. Faltaban aquellas condiciones en verdad al general Córdova, pero reunía las dotes esenciales que constituyen el hombre de guerra. Sobre el valor sereno, comunicativo y ardiente que peligro alguno amenguaba, despuntaba siempre el centelleo de su privilegiada inteligencia. Reunía una educación militar bien adquirida allá durante sus años mozos en la Academia de Guardias Españolas en sus primeros pasos en la carrera, y ésta se completó luego por los elevados estudios del arte de la guerra que le fué posible realizar en las principales potencias militares de Europa, y especialmente en Prusia, de que puede ser testimonio la interesante y rica biblioteca militar que dejó á su muerte y que conservo; pero es evidente, en suma, que mi hermano sentó plaza de general en plena guerra.

Más galana y elocuentemente que yo ha dicho esto mismo mi ilustre amigo D. Antonio Cánovas del Castillo, al ir bosquejando en su último libro la semblanza de D. Luis de Córdova. No puedo resistir al deseo de copiar sus palabras: «Desempeña luego—dice—varios puestos diplomáticos en Dinamarca y en París, hasta llegar con grandísimo lucimiento á ministro plenipotenciario en Berlín y Lisboa; dijérase entonces que había nacido no más que para redactar notas de Secretaría, despachos y Memorias diplomáticas; pero en esto suenan tiros en el Pirineo, los

que disparaban contra el gobierno absoluto Mina y Chapalangarra, y al punto corre á empuñar las armas: iníciase, por último, la guerra civil, y para siempre cuelga su uniforme diplomático; pretende un puesto en el ejército; preséntase en él mandando una corta brigada, pomposamente bautizada á la manera española y portuguesa, con el nombre de división, y desde los primeros días lo pone su valor al nivel de los más veteranos y más bravos. Ni el Barón del Solar, ni el de Meer, ni Espartero, le superan entre sus iguales. No era posible, sin embargo, ganar el primer puesto allí por el valor, que había muchos valientes; pero lo alcanza muy pronto por lo que menos se podía esperar de él, subalterno anticuado y ducho sólo en fiestas, comidas y conversaciones diplomáticas: por su talento estratégico.....» (1).

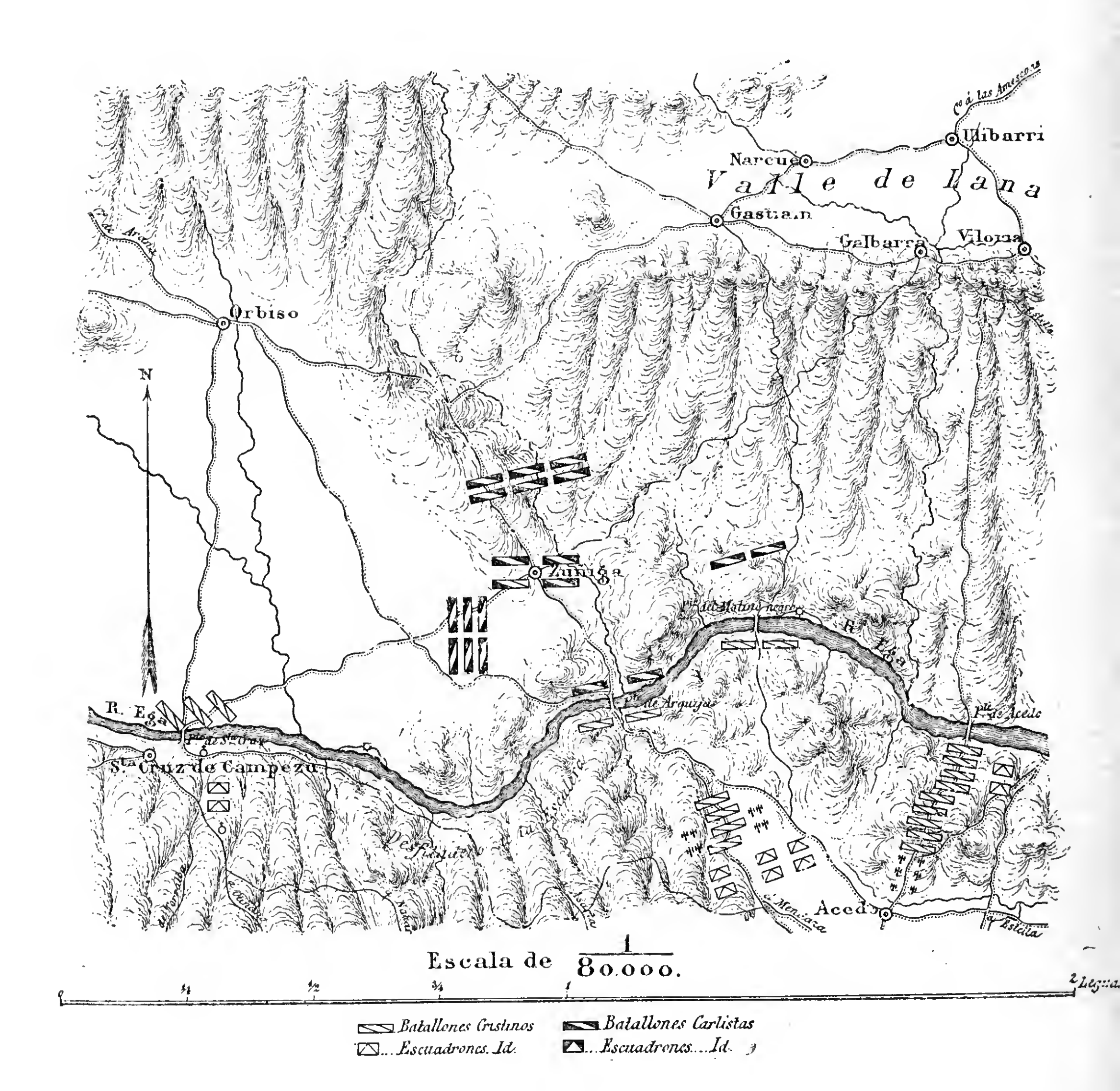
Pero vuelvo á mi relato, harto separado ya por esta digresión en que se han regocijado mi espíritu y mis recuerdos.

Descansadas y bien aprovisionadas las tropas, llenas de confianza, animadas del espíritu de la victoria, se puso en marcha el ejército, ya entrado el día 15, para tomar la dirección del valle de Santa Cruz de Campezu por el camino que conduce al puente de Arquijas. Mandaba la vanguardia el coronel Mazarredo con su brigada, reforzada por tres escuadrones que, explorando los flancos por la izquierda hasta Azarta y por la derecha hasta encontrar el curso del Ega, ocupaba á su frente la aldea de Acedo. Ya habíamos rebasado el pueblo de este nombre, cuando el ejército, así como la vanguardia, hizo alto, adelantando sus descubiertas en todas direcciones, sabiéndose allí, por confidencias, que Zumalacárregui ocupaba el valle hacia donde nos dirigíamos, proponiéndose defender el puente ya citado. Era esta posición ya conocida del ejército por haberla muchas veces cruzado, y hacía poco tiempo que el general Córdova la atravesó también para dirigirse contra los carlistas en la posición de Zúñiga y Orbizu. Corre el Ega por un curso estrecho y de profundo fondo: sus dos orillas, cubiertas de espesos bosques, permitían combatir á cubierto para atacar ó defender el puente. La orilla derecha domina la opuesta, y desde que se llega al punto en donde se comienza á descender, descúbrese el valle por el frente hasta más allá de Zúñiga, y en gran parte de su extensión por la derecha y por la izquierda.

Cerca de Acedo dispuso el general que el coronel Mazarredo, con dos batallones, marchara inmediatamente á ocupar hacia nuestra derecha el puente de Molino Nuevo, tomand› posición, sin pasar á la orilla opuesta, hasta tanto que viera dominar en el valle á los batallones del brigadier Oráa. Tenía Mazarredo en este día la misión de cubrir el

(1) *El Solitario y su tiempo*, tomo 1, pág. 273.

flanco derecho del ejército cuando éste se empleara en la principal operación de atacar á Arquijas, manteniéndose el mismo coronel á la defensiva en el caso de ser él mismo atacado. Al brigadier Oráa destinó mi hermano, con nueve batallones, seis cañones de montaña y 200 caballos, para envolver Arquijas y acometer al enemigo por su flanco



izquierdo cuando él lo verificase de frente, cuyo empeño habíase reservado. Oráa debía, marchando por nuestra derecha, pasar el Ega por el puente de Acedo, y dominando el valle de Santa Cruz, atacar de flanco cuantas fuerzas encontrara entre Zúñiga y Arquijas, protegiendo así la toma del puente de este nombre, que el general en jefe ejecutaría en el momento oportuno. Por este movimiento resultaba el

brigadier Oráa formando la derecha de Córdova en las operaciones sucesivas del ejército cristino contra todo el carlista reunido en el valle de Santa Cruz.

El coronel Gurrea, que se encontraba en Viana con los tres batallones de su mando y 300 caballos, recibió la orden de marchar toda la noche, amaneciendo el propio día 15 en Santa Cruz de Campezu para ocupar la población, formando nuestra ala izquierda y operando desde este punto culminante sobre la derecha carlista, según los accidentes del combate le aconsejaran. Esta diversión podía ejecutarla Gurrea con toda seguridad, porque Santa Cruz es una posición culminante de aquel valle, desde la cual, como desde un balcón, se podían descubrir todos los movimientos de los dos ejércitos que iban á encontrarse en medio del valle entre Arquijas por un lado, Zúñiga y Orbizu por el otro.

Á las ocho de la mañana del 15 la situación era la siguiente: Oráa había marchado; Mazarredo estaba en su puesto de combate; Gurrea debía ocupar Santa Cruz, y Córdova caminaba de frente por el camino que de Acedo toma la dirección del puente, objetivo principal de la operación. Los cazadores de la vanguardia no tardaron en llegar al punto desde el cual se domina el puente y en romper el fuego, obligando á replegarse á la orilla opuesta á los pocos que se habían adelantado á nuestro encuentro. No tardó tampoco muchos minutos el general en llegar con su Estado Mayor á este sitio culminante, desde el cual se descubrían como un magnífico panorama el puente y los bosques en primer término, el fondo del valle con sus llanos y accidentes en segundo, y las montañas á lo último del cuadro. Reconocido el enemigo, vióse defendiendo el puente por una fuerza como de un batallón desplegado en tiradores, poco más tarde reforzada por otro desde Zúñiga. En este pueblo y sobre sus flancos, otros cuatro batallones, que al parecer debían defenderlo, ocupaban sus casas mejor situadas, y más allá, en último término, alguna fuerza cuyo número no podía apreciarse, por cuanto Zumalacárregui, siguiendo su acostumbrado sistema, la ocultaba á nuestra vista. El jefe enemigo hallábase con su Estado Mayor delante de la ermita de Zúñiga, y según los oficiales que dirigía á caballo sobre su derecha comunicando órdenes, dábanos á entender que entre Santa Cruz, Arquijas y Orbizu tenía emboscados algunos batallones destinados á un ataque de flanco, con los cuales, según su operación favorita, procuraría envolvernos cuando, tomado el puente, que él no podía sostener, nos encontráramos empeñados en medio del valle atacando la posición de Zúñiga. El general Córdova celebró, en vista de todo esto, su propia previsión al dictar el movimiento de Gurrea sobre Santa Cruz, pues parecía que esta fuerza resul-

taba colocada á retaguardia de los carlistas para anular el objeto con que Zumalacárregui los había destacado y emboscado.

El día estaba claro y frío. Contra lo acostumbrado todos los años en aquella época, no había caído nieve todavía, y el terreno permanecía



DON MANUEL PAVÍA Y LACY.

(Copia de una miniatura de familia.)

seco. El Ega llevaba, sin embargo, mucha corriente, así como todos los pequeños cursos de agua que á él afluyen. La tropa, bien alimentada, marchaba contenta, confiada y llena del entusiasmo que inspira á nuestros soldados la proximidad de un combate. Debíamos esperar para avanzar á que Oráa realizara su movimiento envolvente, en el que podía emplear dos horas, y así, era menester entretener al enemigo este

tiempo con el fuego bien sostenido de nuestros tiradores. Rompiéronlo las compañías de cazadores de la vanguardia; pero no fué posible contener el ardor de la tropa, como tampoco el de los oficiales. Algunas compañías del 4.° de la Guardia pasaron del fuego al empleo de la bayoneta, y el capitán D. José de Orive, con el vigor que ya le conocíamos, tomó el puente, atravesándolo á la cabeza de sus granaderos, en cuyo brusco y glorioso ataque cayó mortalmente herido el teniente don Benito Navia y Osorio, joven de gran porvenir y perteneciente á una de las primeras familias de la nobleza de Oviedo. También cruzó uno de los primeros aquel paso, perdiendo su caballo en medio de él, don Manuel Pavía y Lacy, después Marqués de Novaliches, ayudante entonces del Barón de Meer. Recuerdo que este bravo, á la vista del ejército, y con una sangre fría extraordinaria, se detuvo en medio del puente, bajo un fuego á quemarropa, el tiempo necesario para retirar de su caballo muerto silla, brida y maleta, que no quiso abandonar á los carlistas.

Pero aquel empuje debió contenerlo Córdova hasta la llegada de Oráa. Dos veces fué así tomado y atravesado aquel difícil y peligroso paso por ataques de compañías sueltas, y otras tantas hubo el general de diferir el empleo de los batallones para pasar el río, y con ellos el de la artillería y caballería. Siempre creyó, repito, deber retrasar este movimiento general, esperando la presencia del brigadier cristino, que habiendo comenzado su movimiento á las nueve de la mañana, como se sabe, debía haberlo terminado á las once, ó lo más tarde á las doce, si obstáculos imprevistos no se lo impidieran.

Era además empresa temeraria y aun imposible acometer á la facción en aquel punto sin la cooperación de Oráa y sin conocer por lo menos la situación de las fuerzas que mandaba, las más numerosas del total del ejército; pues sumando sus nueve batallones con los dos de Mazarredo, sólo quedaban á Córdova seis para realizar el ataque y toma de Arquijas, para empeñarse en el fondo del valle ante el grueso carlista y para atacar el pueblo de Zúñiga y las culminantes posiciones que lo defienden.

Pero Oráa no llegaba. Transcurrieron las horas de las doce y de la una y de las dos de la tarde con penosa lentitud. Todas las miradas, todos los corazones se dirigían sobre la derecha, en dirección de Acedo. Mazarredo, que estaba más cerca de esta dirección, tampoco recibía noticia alguna de la numerosa columna. Rompióse el fuego de cañón expresamente desde lo alto de Arquijas para señalarle nuestra posición; pero tampoco el oído dábanos á nosotros á conocer la suya, porque por aquel valle no se oía un solo disparo, y estábamos en condiciones desde lo alto de Arquijas de darnos cuenta de cualquiera hostilidad

que en su marcha hubiese encontrado la división. Transcurrían las horas, el sol estaba ya cerca de ocultarse en las montañas, y Oráa ni se presentaba á nuestra vista, ni nos daba á conocer su posición, ni había comunicado con el general, teniendo libre el camino que acababa de recorrer, por un terreno que iba dejando expedito á su paso de todo enemigo que pudiera quedar interpuesto entre él y nosotros. Desde nuestra culminante altura de Arquijas veíamos á las fuerzas enemigas á nuestro frente en Zúñiga, y á Zumalacárregui con su Estado Mayor, tranquilo. Era, pues, evidente que no encontraba en su marcha obstáculo alguno, demostrándolo la misma situación del enemigo, que por la tarde mantenía aquella en que lo encontramos por la mañana al presentarnos delante de Arquijas. ¿Qué había pasado al brigadier Oráa, tan práctico conocedor del terreno y de las condiciones de aquella guerra? Nadie lo sabía, nadie se lo explicaba. Nadie pudo sospechar siquiera que Oráa, tan acreditado, bravo y patriota, el primero para avanzar en el peligro y el último en retirarse, hubiera eludido el combate, dejando de acudir á la cita sobre el campo de la lucha y al estruendo del cañón que le llamaba.

Pero llegó por fin la noche, y Oráa no pareció. Ante tantas y tales incertidumbres, preciso fué á Córdova tomar un partido. Su posición en Arquijas era aislada y del todo insostenible para pasar la noche. Rodeado de bosques y de líneas de agua, dominado por las montañas y por caminos desconocidos ó impracticables para los movimientos tácticos y estratégicos de las tropas, embarazado por el equipaje y toda la impedimenta del ejército, así como por una artillería y caballería numerosas, que en medio de la noche no podían servirle sino de obstáculo en aquellos parajes, no pudiendo acampar con seguridad ni ocupar posición alguna defensiva, su permanencia allí era tan falsa y difícil como peligrosa. Exponer al ejército á contingencias fortuitas sin obtener ventaja alguna, no era hombre mi hermano que lo intentase. Al separarse de Oráa habíale dado fuerza suficiente para operar por sí con todos los medios, no sólo para defenderse, sino para vencer con seguridad y gloria. Tomó en su consecuencia y sin vacilar la resolución que su estado reclamaba, retirándose á Los Arcos, en donde encontraría descanso y raciones, salvo volver al amanecer sobre el mismo terreno para reunirse á Oráa y á Gurrea, conocida la posición de aquél. Así lo hizo, pernoctando en dicho punto de Los Arcos y poniéndose en marcha al amanecer del 16 para volver sobre Arquijas en busca de las fuerzas separadas. Cerca del puente encontró al fin á Oráa, que volvía del valle unido con Gurrea. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo no se había presentado el brigadier en el punto y hora indicados en la mañana del 15?

He aquí la explicación de aquellos inexplicables hechos. Oráa, sin encontrar enemigo ni obstáculo alguno, había llegado al Ega, pasándolo por el puente de Acedo, conforme á las órdenes; pero en vez de volver á la izquierda en la dirección de Arquijas para presentarse en medio del valle entre este puente y Zúñiga y envolver todas las defensas carlistas, marchó de frente, llegando á la izquierda de Vitoria, desde cuyo punto en el interior de las montañas empezó á variar de dirección á su izquierda, dirigiéndose por Galbarra, Gastrián y Valdelana, en medio de un laberinto de cordilleras y posiciones que lo separaron de su objetivo, el cual no fué otro, repito, que flanquear el ataque de Córdova contra Arquijas entre este punto y el pueblo de Zúñiga. En tan larga marcha quedaba cada momento más cortado por la posición misma de Zumalacárregui, el cual, sin moverse, se interponía entre aquél y Córdova.

Ignoro dónde se hubiera detenido, si el jefe carlista desde su situación central, viendo á Córdova inmóvil y á Oráa errante por las montañas, no se hubiese al cabo decidido á atacarlo con la mayor parte de sus fuerzas. Hízolo así, empeñándose un ataque ya anochecido y cargando á nuestros soldados, que tomaron posiciones rechazando á Zumalacárregui, que hubo de retirarse del valle, refugiándose en lo más escabroso de las Amézcoas. Por suerte y previsión de Córdova, contó en aquella refriega el caudillo cristino con fuerzas que le permitieron defenderse ventajosamente de todo el grueso enemigo, pues de haberle entregado algunos menos batallones, contara allí la causa de la Reina con la más segura y sensible derrota de la campaña.

La crítica de aquella operación no se ha hecho hasta ahora, ni puedo yo hacerla aquí, pues declaro con toda franqueza que desconocí entonces y sigo desconociendo todavía las causas que impelieron á Oráa á obrar de tal manera, desobedeciendo de un modo patente órdenes terminantes, claras, sencillas y precisas. No era aquél un militar que desconociera ciertamente la guerra ni el terreno en que la practicaba, ni mucho menos el pensamiento que dictó aquellas operaciones, ni el resultado, en fin, que con ellas se proponía el general en momentos tan importantes y solemnes. Tengo sí entendido que algunos supusieron que Oráa obedeció estrictamente las órdenes de mi hermano; pero no es exacto que aquel movimiento tuviera por objeto ponerse á retaguardia de Zumalacárregui y llegar á Gastrián detrás de las montañas que dominan á Zúñiga y en las comunicaciones de los carlistas con las Amézcoas, porque aquello no podía ejecutarse sin que resultara el mismo Oráa cortado de Córdova, é interpuesto el jefe carlista con todas sus fuerzas reunidas entre ambos jefes, operación contraria á los preceptos más rudimentarios de la estrategia.

Para demostrar esto basta considerar á Córdova esperando inactivo en Arquijas todo el día, y á Oráa á retaguardia de Zumalacárregui, aislado, sin comunicaciones, sin base, sosteniendo un combate que sólo pudo favorecer la noche y la defensiva, en vez de encontrarse sobre la derecha de Arquijas á las doce del dia, cooperando á la acción comenzada y suspendida sobre el puente. Entre Oráa solo, acometido por Zumalacárregui en Valdelana, y Oráa atacando á Zumalacárregui en Zúñiga en unión de todo el ejército, media una diferencia esencialísima, y claro es que Córdova no pudo optar por lo primero. La impaciencia de éste, la de todo el ejército, la desesperación con que fué aquél esperado durante las ocho mortales horas del 15, tuvieron á todos por testigo en aquel día, y no hay para qué hacer otra demostración de lo equivocadas que fueron las afirmaciones de aquellos que pretendieron entonces y después librar á Oráa de la responsabilidad de aquel fracaso estratégico, atribuyéndolo á disposiciones de mi hermano, que no pudo dictar.

En cambio sus detractores supusieron que Oráa, por rivalidades indignas de su gran carácter, y por envidias que jamás abrigó en su noble pecho, intentó en Arquijas dejar burlado á Córdova, separarse de sus órdenes y cooperación, y batiendo aisladamente al jefe carlista, recabar para sí toda la gloria de la jornada. No me detendré en refutar tales calumnias. Recordaré sólo que al año siguiente, y cuando después de Mendigorría fué conferido á D. Luis de Córdova el mando en propiedad de los ejércitos del Norte y de reserva, dió á Oráa la prueba más decisiva de la estimación que le merecía, nombrándole jefe de su Estado Mayor general.

Zumalacárregui por su parte también injurió con ocasión del hecho de Arquíjas al bravo Oráa, diciendo en su boletín que éste «*buscaba los flancos para evitar los combates*»: ¡notoria injusticia! Su reputación estaba ya formada: todos sabíamos que *el lobo cano*, como los carlistas le motejaban, estaba á todas horas dispuesto á empeñar los más rudos combates y á pelear en ellos en primera fila con indomable valor. Pero esto dicho, y de todos modos, queda sin explicación la conducta militar de Oráa en aquel día, declarando yo aquí que si mi hermano la conoció y excusó, fué éste un secreto que llevó consigo hasta la tumba.

En España ha sido necesario que las batallas libradas en nuestras contiendas civiles tuvieran resultados muy decisivos, para que ambos partidos no se adjudicaran siempre la victoria. No recuerdo una acción de aquella guerra, ni aun de la última, en que los carlistas no se dieran por triunfantes, para sostener el espíritu de su partido y atraerse la opinión en el extranjero. Zumalacárregui en sus boletines se atribuyó un éxito completo en la acción de Artaza, de cuyo campo sin embargo

fué arrojado, sin que un batallón ó escuadrón siquiera de sus tropas se retirase en buen orden. En Arquijas también supusieron á Córdova vencido, cuando dos veces fué tomado el puente á viva fuerza, como lo llevo dicho, y cuando si no lo atravesó todo el ejército, fué tan sólo debido á razones ya conocidas, completamente ajenas á la voluntad ó al esfuerzo del jefe enemigo. Pero vencieron allí notoriamente y por dos veces las tropas de la Reina; la una en el puente, la otra con Oráa, que aunque separado de sus instrucciones, quedó dueño del terreno obligando á su contrario á retirarse, evacuando el valle de Santa Cruz de Campezu. Y esto se acredita por la marcha y los movimientos del coronel Gurrea, que con sólo tres batallones y 300 caballos pudo, sin tirar un tiro, atravesar el valle desde su punto de cita de Santa Cruz hasta Zúñiga, pasando por Orbizu, para reunirse con las fuerzas del bribadier Oráa.

No quedó, sin embargo, satisfecho D. Luis de Córdova de aquellas operaciones, ni menos de sus resultados. En Mendaza dejó de aprovechar nuestra caballería el inmenso éxito del combate, y dejamos de hacer al enemigo algunos miles de prisioneros fáciles de cortar en su desbandada recorriendo una llanura de dos ó tres leguas hasta alcanzar Arquijas. En este punto y al día siguiente perdióse, como llevo dicho, otra nueva y preciosa ocasión de causar á Zumalacárregui pérdidas irreparables. Pero así y todo, Mina demostró al ejército su satisfacción en una proclama que dió al país, en las correspondencias particulares ó de oficio que dirigía á mi hermano desde Pamplona, y cuando, días después, y un tanto más restablecido, pasó revista á su división en Cirauqui, con señales inequívocas de amistad, afecto y elogios.



CAPITULO X.

Zumalacárregui en la Amézcoa.—Sobre el general Mina.—Comisiona á Cordova para exponer al Gobierno la situación del ejército.—Sublevación de Cardero.—Asesinato de Canterac.—Acción de Correos.—Capitulación vergonzosa.—Agitaciones en Madrid.—Personajes notables en aquel tiempo.—Mis relaciones con los poetas de la época.—El *Parnasillo*.—La *Partida del Trueno*.—Los bailes del Conde de Toreno.—Nómbrase á Córdova comandante general de las Provincias Vascas.—Los refuerzos en Vitoria.—Sitio de Maestu.—Hábil operación de Córdova sobre la guarnición de este punto.—Segundo y no menos afortunado movimiento.—Sobre D. Tomás Zumalacárregui.—D. Juan de Alaminos.—D. Luciano Campuzano.

Después de los combates sostenidos en Arquijas por mi hermano y en Valdelana por Oráa, Zumalacárregui se retiró á la Amézcoa y mandó una parte de sus fuerzas á Vizcaya y otra á Ulzama, para atender con éstas á los movimientos de Mina, cuyo mal estado de salud le impedía dirigir operación alguna fuera de su base de Pamplona. En Cirauqui fué revistada la división de Córdova, que Mina encomió con palabras lisonjeras, como ya lo había hecho por escrito después de la batalla de Mendaza y de la acción de Arquijas. También merecieron sus elogios los combates de Zúñiga, Orbizu y los que siguieron á éstos para socorrer victoriosamente á Maestu. El general Córdova pudo comprobar en aquella entrevista con el gran Mina todo el mérito militar de que estaba adornado tan ilustre caudillo, y el desinteresado patriotismo que distinguía su noble carácter. Poseyó siempre aquel soldado el instinto y el genio de la guerra, y á ello reunía el conocimiento natural del arte y cuantas condiciones exige el mando militar; mas faltábale, ya por desgracia, la salud, y con ella las fuerzas que más que nadie necesita un general en la guerra para resistir todas sus fatigas. Mina no podía sufrir los movimientos del caballo, y veíase obligado á cabalgar en una mula de paso, aguantando, sin embargo, con la mayor firmeza los más acerbos dolores. En el país, como en el ejército, se sabía que sus preciosos días estaban contados y que el enemigo se aprovechaba algunas veces de tal situación para obligarle á ejecutar grandes marchas que lo postraban en el lecho del dolor. Cuando dirigió las pocas acciones cerca de Pamplona á que obligó al enemigo, merced á su pericia, vióse que era el

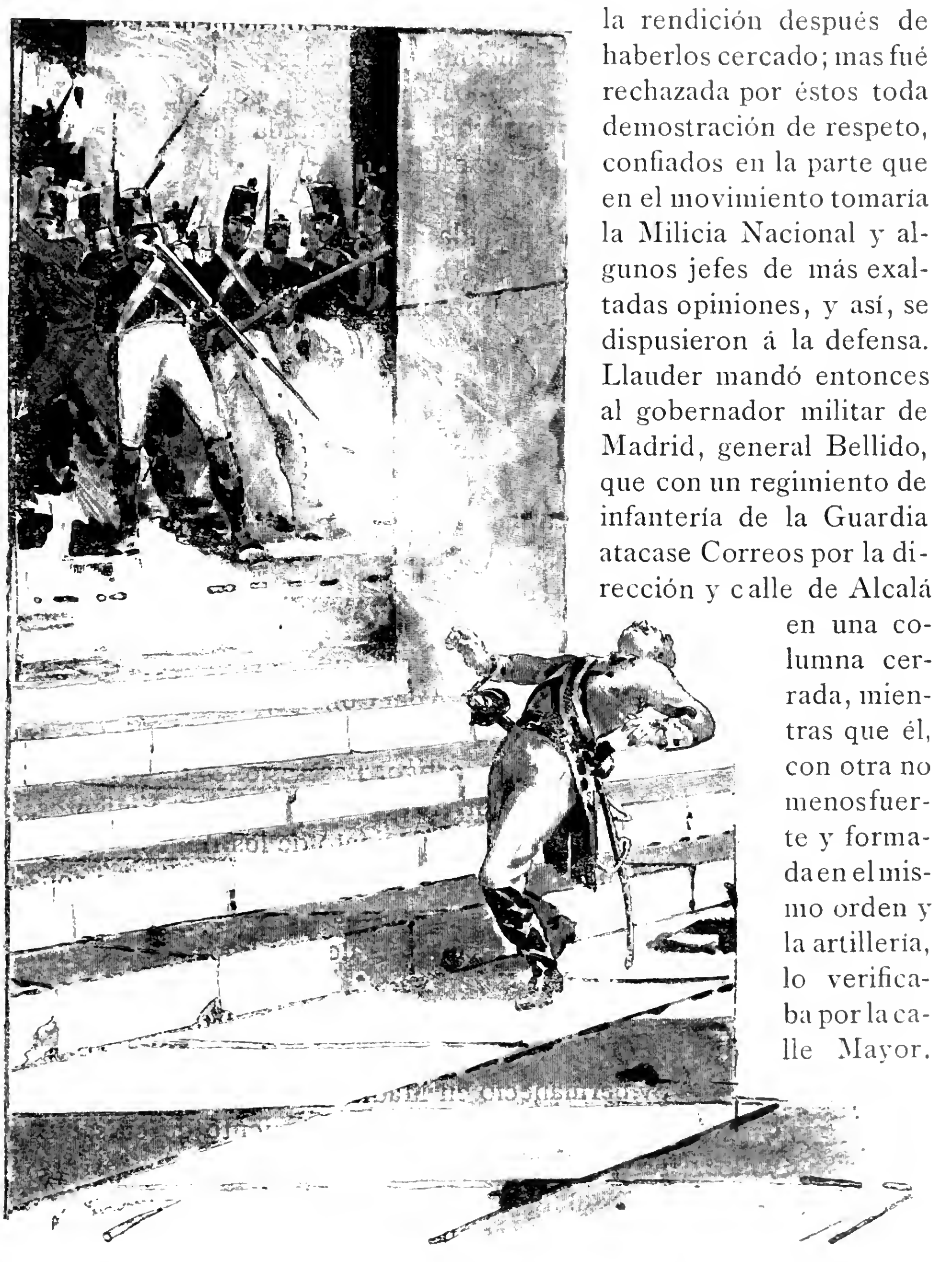
mismo hombre de guerra que tantos hechos extraordinarios y gloriosos había realizado en la de la Independencia; en aquellas memorables operaciones en que, mandando sólo cuatro batallones y cuatro escuadrones, puso en aprieto al numeroso ejército francés, gobernado alternativamente por los generales más distinguidos del Imperio. Mi hermano abrigó siempre por aquel gran patricio sentimientos de admiración, y ambos se hubieran unido estrechamente en más larga vida, para servir los intereses de la patria.

Por aquellos días consiguió mi hermano una licencia para restablecer por algún tiempo su salud en Madrid, no sin recibir la comisión de exponer al Gobierno el estado del país y de la guerra, la situación del ejército y la necesidad de aumentar su fuerza considerablemente, ya para ocuparlo, ya para hacer eficaces las operaciones sobre tan difícil y vasto territorio. Encargóle Mina que manifestara la falta de recursos en que se encontraba el ejército, mantenido á costa del país, que aunque abundante en artículos de primera necesidad, no tardaría en agotarse. Mina deseó también que Córdova hiciera presente al Gobierno su disgusto y el del ejército al advertir que el Ministro de la Guerra, Llauder, desatendía sus propuestas y los partes de sus generales, no publicándolos en la *Gaceta*, como había sucedido con aquellos de Córdova por las acciones más ventajosas de Zúñiga, Orbizu, Maestu, Mendaza y Arquijas. Si al ejército no se le pagaban sus haberes, y si tampoco era recompensado en sus brillantes hechos de armas, no parecía político ni justo que se privase también á sus oficiales de la satisfacción que les resultara de que sus familias y compatriotas conocieran el mérito y los servicios que contraían defendiendo en crudísima guerra la causa de la reina Isabel, tan enlazada á las nuevas instituciones. Mi hermano deseó que yo le acompañara á Madrid, y así lo hice, marchando con él desde Pamplona por Tudela y Zaragoza.

Al llegar á la capital el 19 de Enero de 1835, nos encontramos con toda la población conmovida por un grave acontecimiento que había ocurrido el día antes. Un oficial, ayudante del regimiento de Aragón, 2.º de Ligeros, llamado D. Cayetano Cardero, se había sublevado con el 2.º batallón, y puesto á su cabeza sorprendió el Principal, estableciéndose en la Casa de Correos de la Puerta del Sol y ocupando todas las ventanas en actitud hostil. Á este crimen de indisciplina y sedición siguieron otros. El capitán general de Madrid, Canterac, acudió al punto á sofocar la insurrección, con el valor y energía de que tantas pruebas había dado en América durante sus gloriosas campañas. Aquella infame soldadesca hizo fuego sobre el valeroso general, dejándolo cadáver en la escalera que desde la puerta principal conduce al patio del edificio: fué el primer acto de sedición que se realizó en el

ejército desde la muerte del rey D. Fernando VII, y quedó impune, dando lugar á otros no menos escandalosos y criminales.

El general Llauder, Ministro de la Guerra, intimó á los sublevados la rendición después de haberlos cercado; mas fué rechazada por éstos toda demostración de respeto, confiados en la parte que en el movimiento tomaría la Milicia Nacional y algunos jefes de más exaltadas opiniones, y así, se dispusieron á la defensa. Llauder mandó entonces al gobernador militar de Madrid, general Bellido, que con un regimiento de infantería de la Guardia atacase Correos por la dirección y calle de Alcalá en una columna cerrada, mientras que él, con otra no menos fuerte y formada en el mismo orden y la artillería, lo verificaba por la calle Mayor.



Otras fuerzas ocupaban el fin de la de Carretas y demás avenidas. Llauder, en vez de acercarse á Correos tomando las casas vecinas y las del frente por un ataque metódico que le permitiera dominar el fuego de

los sediciosos con sus tropas, mandó avanzar á éstas á descubierto, haciendo un fuego desordenado, que no causando bajas á los que se abrigaban en Correos, cruzábanse é iban así á hostilizar á los propios amigos de los batallones de la Guardia. Tales fueron, de consiguiente, las pérdidas en los regimientos de la guarnición, aumentadas por las que causaba en ellos la fuerza insurrecta desde los balcones de Correos, que hubo de ponerse fin á la contienda por la obligada retirada de las tropas leales, que al par que su disciplina, demostraron el valor y serenidad de la mejor infantería.

El Gobierno entonces, que sin duda no contaba con la fidelidad de la guarnición ni con el apoyo de los batallones de la Milicia, prefirió hacer una transacción verdaderamente inaudita, y coronó su conducta, de todos censurada, concediendo una capitulación vergonzosa, por la cual los sublevados, con sus armas al hombro, bandera desplegada y tambor batiente, salieron de la Puerta del Sol por la calle de Fuencarral y Puerta de los Pozos, con destino al ejército del Norte, entre los vítores y aplausos de mucha parte de la población madrileña.

Ante tanta humillación para el Gobierno y para el propio ejército, cuya disciplina quedaba destruída y arrastrada por los suelos, pronuncióse en masa la opinión contra los Ministros, y especialmente contra el de la Guerra. Mi hermano, no bien enterado de aquellas escenas lamentables, unió su opinión á la de todos para censurar la conducta del general Llauder, declarando al Presidente del Consejo, Sr. Martínez de la Rosa, que el ejército y la causa de la Reina perecerían si tales actos no recibían el más severo y ejemplar castigo. Las sesiones de los Estamentos fueron borrascosas con motivo de aquellos acontecimientos, pues la impunidad en que quedaron, el asesinato de los frailes primero y la insurrección del segundo de Ligeros, alentaba á los criminales contra Martínez de la Rosa, el hombre de más mérito y servicios que habían producido el régimen y las ideas liberales en España desde las famosas Cortes del año 12.

Mi hermano cumplió cerca del Gobierno, luego que éste se hubo serenado, la misión que Mina le confiara; hízolo encomiando el mérito de aquel célebre general, y permaneció en Madrid descansando de sus fatigas y atendiendo preferentemente al restablecimiento de su salud, que empezaba entonces á quebrantarse seriamente.

Yo por mi parte recuerdo que me contrarió mucho aquella permanencia en la corte, sumida entonces en el mayor abatimiento, y donde no encontraba distracción alguna ni objetos en que emplear mi actividad juvenil.

No existían entonces, como después y ahora más particularmente, las salas de conferencias en los Cuerpos Colegisladores, ni los casinos como

el del Príncipe y el Veloz-Club, ni los comités y círculos políticos, ni la multitud, en fin, de teatros, en los que la sociedad se encuentra todos los días y á todas las horas. Los coliseos estaban reducidos al del Príncipe y al de la Cruz, no todos los días abiertos, y para eso á las



DON ANTONIO ROS DE OLANO.

once de la noche se cerraban, así como los cafés, escasamente concurridos.

Fuí de los pocos militares que alguna vez asistieron al célebre *Parnaso*, al café del Príncipe, en donde conocí á Larra, á Espronceda, á Borrego, á Serafín Calderón y á otros cuyos nombres escapan de mi memoria. En mi casa y en el despacho de mi hermano conocí tam-

bién á los Carrascos, al Conde de las Navas, Burgos, Trueba, López, Toreno, Galiano, que, como ya dije, era mi pariente; á Caballero, Istúriz, Duque de Rivas, Álava, general Quesada, Castro, los dos hermanos Carnereros y á otros importantes hombres de la época; pero aquella sociedad de hombres políticos me agradaba poco, y aun la misma de los poetas y literatos en el *Parnasillo* ofrecía á mis aptitudes, inclinaciones y carrera muy cortos atractivos.

Sin haberse abandonado todavía por los referidos escritores el glorioso *cafetín* del Príncipe, cuna de nuestra regeneración literaria, ya aquel año y en aquellos meses de que estoy hablando se formó el proyecto de fundar el Ateneo, sobresaliendo como el más entusiasta defensor del pensamiento el famoso publicista madrileño D. Ramón de Mesonero Romanos, á quien nunca traté personalmente, pero á quien veía con frecuencia en compañía de mi amigo inolvidable don Serafín Estévanez Calderón y de mis compañeros de armas D. Antonio Ros de Olano y D. Patricio de la Escosura. Algunas noches, después de comer—por entonces en todas las casas se comía á las cinco de la tarde—salía de mi casa con estos amigos, y para matar el tedio entraba con ellos en el *Parnasillo*. Lo apiñado de las mesas, la gran concurrencia que habitualmente invadía su estrechísimo recinto, su pobre y miserable decorado, la algazara que allí producía toda aquella multitud, ora que se discutiese á voces de una á otra mesa la última medida del Gobierno, ora que se disertase con grandes gritos y puñadas sobre las desvencijadas tablas algún famoso discurso de Galiano, alguna chispeante carta de Larra ó alguna nueva pieza dramática de tal ó cual poeta; todo aquel bullicio, que constituyó durante largos años la fisonomía propia y el carácter del célebre café, ha sido ya hartas veces descrito por mejores plumas que la mía.

Diré sólo que, acompañando habitualmente á Ros y á Escosura, sentábame yo entre los más jóvenes y más alborotados, prefiriendo los chistes y epigramas de Ventura de la Vega y de Espronceda, los cuentos inagotables y de inagotable gracia de Carnerero, y los versos que constantemente improvisaba Bretón de los Herreros, á la seriedad de Bautista Alonso, de Gil y Zárate, de Lafuente, Caballero, Olózaga, González Bravo, Pacheco, Donoso Cortés y de otros, generalmente engrescados en interminables y para mí aburridísimas discusiones literarias, que ingenuamente confieso apenas entendía entonces, ni entendería ahora. Algunas veces, después de tomar algo en el café, salía en compañía de todos los jóvenes ya citados y de algunos otros que no puedo recordar ahora, formando parte de la *Partida del Trueno*—que con este nombre la conoció Madrid—en busca de aventuras y de lances por las calles de la capital, vigiladas apenas por los serenos y

malísimamente alumbradas por los raros faroles del pésimo aceite que el Municipio suministraba. Larra una noche, con un cubo de almazarrón de que se había provisto y una brocha, embadurnó toda la caja amarilla del *cabriolé* del Duque de Alba, que á la puerta de una casa



LARRA.

esperaba con otros coches, no pudiendo reconocerlo el mismo Duque cuando salió, por más que al despertar el cochero le asegurase que era aquel su propio vehículo. Otra de las diversiones de Espronceda y de sus amigos consistía en atar el extremo de una cuerda al coche que más cerca del puesto de una castañera estacionase, y el otro extremo al cajón de la castañera misma, procurando de este modo, al

arrancar el coche, la caída y momentáneo arrastre de castañera, cajón, castañas y puchero. Casi todos aquellos calaveras salían á sus endiabladas expediciones armados de sendas cerbatanas, con cuyos proyectiles diestramente lanzados ametrallaban cristales de tiendas, bacías de barberos, faroles de alumbrado, y aun á muchos pacíficos y retrasados transeuntes. El uso de estos instrumentos produjo varios conflictos en Madrid, y fué al cabo prohibido por la autoridad. Otras noches la *Partida* hacía irrupción en alguna casa modesta en que se celebrase sarao ó tertulia, y del comedimiento y cortesía pasaba pronto al uso de bromas imposibles de tolerar por los dueños de la casa, terminando las reuniones á cintarazos ordinariamente.

Por aquellos meses abrió los salones suntuosos de su casa de la calle de San Bernardino el ilustre Conde de Toreno, que á la sazón terminaba su admirable historia de la guerra de la Independencia, y puesto al frente del partido de orden que poco después se conoció con el nombre de *moderado*, ocupaba, así en las letras como en la tribuna, y en el seno de la nobleza, el lugar preeminente que le correspondía. A uno de sus grandes bailes asistió personalmente la Reina Gobernadora, siendo aquella la vez primera que se vió en España á un soberano realzando con su presencia la casa de un particular. A todos los bailes con que obsequió al gran mundo madrileño en aquel Carnaval, tanto más celebrados y concurridos cuanto mayor era la desanimación de la soeiedad, tuve la honra de asistir, mereciendo afable acogida de la Condesa, cuyos altos blasones no impidieron nunca que fuera considerada como la dama más bondadosa de la corte.

A mediados de Febrero súpose en Madrid la conducta inhumana de Mina en algunos pueblos carlistas, y que su salud, más quebrantada cada día, imposibilitábale de continuar con actividad y fruto las operaciones: también llegó la noticia de la pérdida de algunas acciones, sufrida por nuestras tropas en Arquijas con Lorenzo, en el valle Araquil, en el Baztán y en la ribera de Navarra.

La opinión pública en Madrid, los políticos, y por su parte Mina desde el ejército, exigían que los refuerzos que á duras penas había reunido el Gobierno, sacados de todas partes, los condujera el general Córdova con el cargo de comandante general de las Provincias Vascongadas. No deseaba mi hermano volver al ejército del Norte, al menos por entonces: conocía bien las dificultades de aquella guerra y la oposición que le harían, más que los enemigos personales, que no tenía, sus émulos. Pero para un militar pundonoroso, el arrostrar el peligro es un deber, y muy difícil el oponer á ello razones fundamentales. Fuerza le fué, pues, salir de Madrid á la cabeza de dos batallones provinciales y otros dos del 4.° de Ligeros, tomando el camino del Norte por Somo-

sierra, Burgos y Miranda, para llegar á Vitoria. En la marcha advertimos que estos refuerzos que mi hermano conducía eran muy débiles, y que para emplearlos contra los aguerridos batallones enemigos sería



LA CONDESA DE TORENO.

(Reproducción directa de una litografía.)

necesario exquisita prudencia, porque ninguno tenía fuerza ni organización suficiente para resistir al empuje navarro. La mayor parte de la tropa se componía de quintos sin bastante instrucción ni firmeza. Los jefes y oficiales eran anticuados ó viejos, é incapaces de soportar las fa-

tigas de la ruda campaña, y á los más jóvenes, que acababan de salir del colegio ó academia, faltábales la experiencia de la guerra y del servicio. El Gobierno envió así al Norte y á las provincias inmediatas hasta diez mil hombres de igual composición en soldados y oficiales. Llegamos á Vitoria sin contratiempo, acompañando yo á mi hermano con aquella buena voluntad á que también me invitaba el deseo de servir la causa que manteníamos.

Al posesionarse Córdova del mando de Vitoria, que debía ser el centro de sus operaciones, empezó por aumentar sus obras de defensa y poner la ciudad á cubierto de un golpe de mano, á que estaba expuesta; pero de esta tan preferente atención interrumpiéronle las noticias alarmantes que recibió de Maestu. Zumalacárregui con sus principales fuerzas y toda su artillería sitiaba aquel punto, que con su valerosa guarnición de 500 hombres se defendía heroicamente, aunque la falta de víveres y municiones hacía prever su próxima rendición. No era hombre mi hermano que dudara un momento sobre lo que debía hacer ante una situación que obligara á rendirse una fuerza que había adquirido ya, por el heroísmo de la defensa, títulos á la protección de sus compañeros de armas, aun á riesgo de perecer en la empresa. Tenía sólo el general en Vitoria siete batallones, cuatro de ellos de los recientemente llegados con él al ejército; contábamos, es verdad, con más caballería que el enemigo y muy superior en calidad; pero no era el territorio de Maestu y el camino que á este punto conduce, propio para emplearla; y en cuanto á la artillería, era toda de arrastre y no podíamos llevarla por escabrosos terrenos y caminos estrechos de montaña. Era también evidente para el nuevo comandante general de las Provincias Vascongadas, que á Zumalacárregui guiaba en el sitio de Maestu el interés de llamar á aquel terreno para él ventajoso al general Córdova, á fin de librarle una batalla que en tan difícil punto debía serle favorable; pero ¿podía el general dejar perecer á Maestu, cuando tan heroica defensa ejecutaba? ¿Podía correr á una derrota cierta é inevitable con tropas tan inferiores en número y en calidad, si quería socorrer la plaza? Tales eran los problemas que mi hermano resolvió prontamente, como deben resolverse todas las cuestiones militares de esta especie, aunque figuren en apoyo de las contrarias la superioridad del número, la calidad de las tropas y las condiciones topográficas.

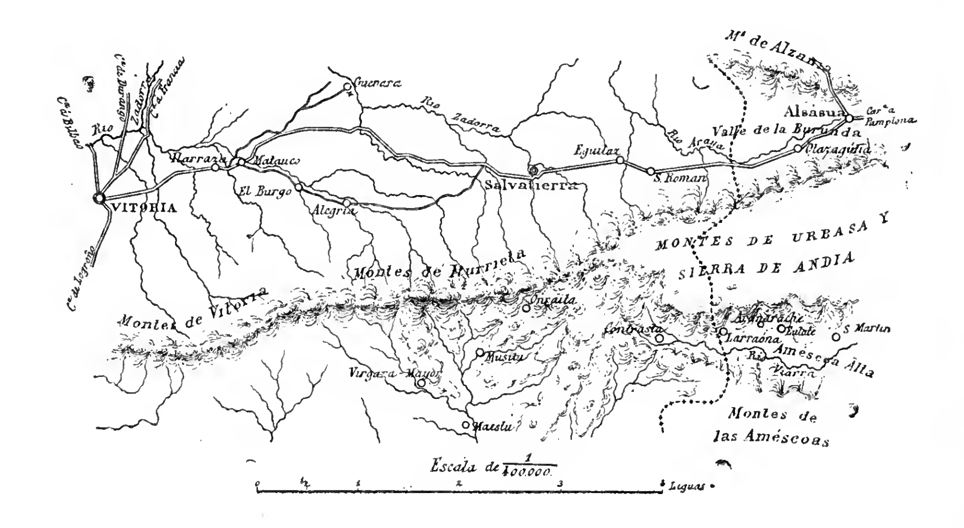
Veamos cómo fueron resueltas: reunió á las fuerzas de su división, cuya calidad y número conocemos, toda la guarnición de Vitoria, la artillería rodada y los migueletes, dejando en los puestos del servicio de la plaza á la Milicia Nacional, y á las cuatro de la tarde del 1.º de Abril salió con todas las fuerzas en una sola columna por el camino real de Pamplona, haciendo correr la voz de que se dirigía á la

Borunda, decisión probable para el jefe carlista por la artillería rodada que nos acompañaba y lo numeroso de nuestra caballería. Cuando ya había anochecido, haciendo alto, mandó Córdova que la guarnición de Vitoria con la artillería y la mayor parte de la caballería retrocediesen á la ciudad, y con el resto de la fuerza cambió de dirección á la derecha y marchó rectamente á Maestu, acelerando el paso. La tropa iba bien aprovisionada. Al llegar como á una legua de la plaza, supimos que Zumalacárregui había marchado por la tarde en dirección á Alsásua para hacerle frente en la Borunda, dejando con tres batallones y la artillería al brigadier D. Camilo Moreno, que pocas horas antes había levantado el sitio. ¿Qué había, pues, acontecido en el campo carlista? Engañado Zumalacárregui por las noticias de sus espías y por las señales de los aduaneros, que constituían un buen telégrafo, dándole por cierta la salida de Vitoria de las tropas de la Reina con dirección á la Borunda, creyó que Córdova le llamaba la atención para combatir allí, y allí fué á recibirlo en efecto. Ningún terreno era mejor para Zumalacárregui que la boca de la Borunda, en el que el jefe contrario estaba dispuesto siempre á la lucha. Existen allí posiciones, puertos y desfiladeros muy á propósito para la defensa, retiradas seguras para evitar derrotas, y bosques en que abrigarse para combatir á cubierto. Nada faltaba á las posiciones de Alsásua para hacer segura y ventajosa aquella defensiva carlista que el jefe enemigo elegía con preferencia como la de mejores condiciones para el combate y para pasar á una vigorosa ofensiva, por poco que la suerte le favoreciese. Cuando llegó á Alsásua de día, mi hermano estaba ya largo tiempo hacía en Maestu, y en retirada Camilo Moreno.

Al advertir Zumalacárregui el movimiento cristino, juraba que Córdova pagaría cara la estratagema con que le había burlado. Sin preocuparse éste mucho del jefe carlista, levantó la guarnición, destruyendo las fortificaciones, y allí se le reunieron las divisiones del general Aldama, compuestas de 16 batallones y 800 caballos. Con 23 de aquéllos y 1.200 de éstos, marchamos dos días después por los altos de la sierra de Andía para dejar en Salvatierra toda la impedimenta y artillería de Maestu con el batallón provincial de Sevilla, y Zumalacárregui fué por segunda vez engañado, porque supuso que Córdova iba á caer sobre la Borunda. Pero en vez de tomar esta dirección, dejando que lo esperase el enemigo, sorprendió con todas las fuerzas reunidas la Raona y Artaza. Los almacenes, hospitales y depósitos carlistas de la Amézcoa fueron ocupados; el país arrasado, y secuestradas las vituallas que no habían podido retirar; y siguiendo la marcha y dueño de sus movimientos, invadió á seguida el valle de Santa Cruz de Campezu, atravesó el puente de Arquijas, cuyas defensas destruyó por su espalda, y pernoc-

tando en Mendaza, Nazar, Azarta y Pedro-Millera, ocupó el ejército el valle de la Berrueza.

Aquella felicísima operación tuvo en el país inmensa resonancia. Era la vez primera que el caudillo carlista había sido frustrado de tan completa manera, realizando después movimientos que sirvieron á su enemigo para conseguir su objeto, y con él una victoria moral indiscu-



tible é indiscutida. El crédito de mi hermano aumentóse así, y las fuerzas del Pretendiente, que hasta entonces tenían en Zumalacárregui una fe ciega, sintieron quebrantada su confianza. Y sin embargo, ningún general podía inspirarla con títulos más legítimos. Los que contra Zumalacárregui luchamos, reconocimos siempre sus cualidades extraordinarias, y á nadie extrañará que yo las recuerde ahora á grandes rasgos, rindiendo así justo homenaje á una de las figuras más esclarecidas de nuestra historia contemporánea.

D. Tomás Zumalacárregui nació el 29 de Diciembre de 1788 en la villa de Ormaistegui, provincia de Guipúzcoa. Sus padres fueron de noble linaje y regular fortuna. Huérfano de padre, tuvo nueve hermanos. Animado por el valor y el patriotismo, sentó plaza de soldado distinguido en el batallón del Portillo, con el cual asistió á la defensa de Zaragoza en el primer sitio que esta noble ciudad sostuvo contra las huestes francesas en la guerra extranjera. Sin pasar de soldado, asistió poco después á la batalla de Tudela, y al retirarse de esta derrota experimentada por nuestras armas, lo verificó á la ciudad invicta, en donde tomó parte en su segunda defensa contra las legiones de Napoleón. La capacidad y los hechos de armas en que se distinguió D. Tomás Zumalacárregui, valiéronle sucesivamente los empleos hasta capitán y el de

secretario de Jáuregui en la guerra contra los franceses. El caudillo guipuzcoano, que al final de la gloriosa guerra asistió en 1813 á la batalla de San Marcial, estuvo también en el sitio de San Sebastián.

Al principio de la época del régimen constitucional de 1820 al 23, resistióse á toda participación en la causa realista, á que lo invitó repetidas veces el general Quesada, que mandó sus huestes; pero la desconfianza y la intolerancia liberal le obligaron al fin á decidirse por el régimen absoluto. Sabido es que Zumalacárregui tuvo ideas liberales como su hermano mayor, que fué diputado progresista. En la división navarra que dirigió Quesada en 1823 llegó á ser ascendido á comandante, en la lucha sostenida contra las tropas constitucionales. Durante esta guerra civil conservó siempre el mando de un batallón y ascendió al empleo de teniente coronel, distinguiéndose por su grande espíritu disciplinista y las cualidades relevantes de su genio organizador, que le valieron mucha reputación y el cariño y aprecio de sus jefes, especialmente el del general Quesada primero, y después el de D. Santos Ladrón. Al concluirse la guerra de 1823, mandó el batallón Ligeros del Rey como coronel interino, que desempeñó más de un año, siendo teniente coronel efectivo de aquel cuerpo. Quesada le conservó en esta situación para prepararlo con el mando al empleo efectivo que en Diciembre de 1829 alcanzó en el de voluntarios de Gerona, cuando tenía la edad de cuarenta y un años. Separado de este cuerpo, destinósele, después de rehabilitado, al mando del regimiento de Extremadura, y con él á la Capitanía general de Galicia y á dar la guarnición en la plaza del Ferrol, de la que fué al propio tiempo gobernador interino. En este cargo fué el oficial de que nos ocupamos otra vez objeto de desconfianza antes de la muerte de Fernando VII, y separado del mando del regimiento, retiróse á Pamplona, en donde permaneció bajo la vigilancia de la autoridad militar; pero antes de acaecida la muerte del rey Fernando había ofrecido sus servicios al infante D. Carlos, cuando este Príncipe conspiraba con su familia en Madrid. Al saber más tarde, estando comiendo, la muerte del rey Fernando, tuvo Zumalacárregui un arranque de resolución que pudo costarle la vida, pues quiso alzarse en la plaza y proclamar en aquel momento por soberano á D. Carlos. Su mujer y los amigos que le acompañaban le contuvieron con lágrimas y súplicas; pero no tardó en ser uno de los primeros que se unieron á D. Santos Ladrón para defender la causa realista. Hecho D. Santos prisionero en la primera acción desgraciada que sostuvo en Los Arcos contra las tropas de la reina Isabel mandadas por Lorenzo, fué pocos días después fusilado en Pamplona. Las cualidades de hábil y activo organizador de que Zumalácarregui tenía singular fama, proporcionáronle entonces la confianza de mandar los cuatro primeros batallones de Navarra que la Junta foral de

este virreinato había formado, y por cuyo jefe lo reconocieron otros de mayor graduación, pero no de tan relevantes cualidades. Para darle mayor autoridad sobre los voluntarios, la Junta navarra nombróle poco tiempo después brigadier y mariscal de campo, y desde los primeros días de este mando empezó el general de quien me ocupo á dar pruebas extraordinarias de su especial mérito.

En todos los ejércitos y en todos los tiempos se ha considerado siempre que las principales cualidades del jefe militar estriban en sus dotes de mando para mantener el orden, la organización y la disciplina de las tropas, y que es prenda y garantía de victoria el conservar estas condiciones de su ejército en medio de la guerra, cuando todos sus accidentes contribuyen cada día á destruirlas. Las guerras principian comunmente con tropas de largo tiempo formadas y preparadas por medio de los elementos con que para mantenerlas en orden y fuerza acuden, sin tasa de recursos, ni pérdida de tiempo, los Gobiernos; pero en España el general de quien escribo estos apuntes desplegó para la organización de sus batallones y para la de la guerra disposiciones tan relevantes, que la Historia ofrece escasos ejemplos de otros partidarios que, improvisándose generales, desarrollaran facultades parecidas á las que presentó Zumalacárregui á la admiración de sus amigos y á la de sus propios contrarios. ¿Quién podrá desconocer los grandes merecimientos de aquellos españoles que, mandando grandes masas de paisanos, sin constitución militar alguna, en el fragor de una guerra sostenida en las estaciones más extremas y bajo la persecución más vigorosa y continua, tuvieron que reclutarlas, instruirlas en las horas necesarias al descanso, disciplinarlas y ordenarlas sin clases, vestirlas sin repuestos, armarlas y municionarlas sin parques, alimentarlas sin almacenes, y formar, en fin, el espíritu y entusiasmo para alcanzar de ellas la victoria y el heroísmo? ¡Qué mérito representa en estos generales el mantener diariamente una tropa sin completo de oficiales, sin dinero, organizando todos los servicios y acudiendo á cuantas necesidades de calzado y de equipo necesita un ejército reponer diariamente! Marchar diez, doce ó más horas cada día, siempre perseguido sobre su pista por tropas valerosas que ninguna posición, fuerza ni valor contiene; dar á los deberes de la organización las horas del descanso, y á los trabajos burocráticos los necesarios elementos; combinar las operaciones y las marchas y disponer los combates contra un ejército, si no de más valor, de superiores condiciones á lo menos por el entusiasmo constante y los recursos inagotables que en los primeros tiempos de aquella guerra procuraba á sus cuerpos el Gobierno del país, tal fué la tarea que se impuso Zumalacárregui. Aquellos generales carlistas no desmintieron su mérito en una lucha incesante, verificada en medio de los horrores de la pelea sin

cuartel, en la que las tremendas ejecuciones que seguían á los combates debían disminuir en los pueblos, como en los batallones, la fe y la firmeza. Zumalacárregui fué bajo todos estos conceptos un prodigio que nadie superó ni aun igualó, entre los muchos imitadores subalternos que se presentaron en aquella lucha. Aquel hombre extraordinario con-



DON TOMÁS DE ZUMALACÁRREGUI.

siguió en muy poco tiempo afirmar en su tropa la disciplina más rigorosa, y haciéndose querer de los soldados, alcanzó de ellos y del país el respeto, la confianza y el entusiasmo. Organizó con igual habilidad y firmeza una caballería costosa y dificilísima de obtener con sus escasos recursos, y formó una artillería que muchas veces le bastó para rendir algunos de los fuertes atacados, cuando sus operaciones se desarrollaron en mayor escala. Tenía Zumalacárregui que vencer además los obstáculos y embarazos que le suscitaba á cada momento la camarilla de D. Carlos oponiéndose á sus mejores y más calculadas operaciones militares, como á las medidas políticas que son el auxiliar más poderoso de la guerra, especialmente en las luchas civiles que sostiene el

fanatismo religioso. Los trabajos y disgustos que la corte del Pretendiente hizo sufrir al caudillo que mandaba el ejército vasco-navarro fueron superiores á los que la misma guerra le procuró, y en la conducta que creyó debía observar con el ejército enemigo después que obtuvo algunas victorias, no halló la libertad de acción que debe ser inseparable de un general en jefe.

Zumalacárregui, á favor de incesante perseverancia, pudo formar hasta diez batallones navarros y uno de guías, así como un regimiento de caballería. Consiguió organizar además seis guipuzcoanos, ocho vizcaínos y cinco alaveses, todos de 700 á 800 hombres. También empezó á crear los primeros batallones compuestos de castellanos, que constituyó con soldados pasados del ejército cristino ó que, hechos prisioneros, formaron parte del ejército carlista. Dos batallones de cántabros fueron la base de una división que debía sostener y perpetuar la guerra á las órdenes de Andechaga en las Encartaciones y provincias de Santander y Burgos y establecer sus planes de lucha en el antiguo Principado de Asturias. Zumalacárregui, según el adagio italiano de que quien *va piano va lontano*, y sin separarse de este principio, consiguió alcanzar ventajas, algunas de las cuales, á poderlas conducir con más vigor, hubieran sido de resultados más decisivos; pero quizá por temor á la responsabilidad de aventurar en una acción arriesgada la obra de tanto saber, laboriosidad y tiempo, el jefe carlista, siempre tímido en la concepción de sus planes, lo fué también en su ejecución, y no se mostró tan hábil estratégico para aprovecharse de las ventajas que la misma clase de guerra le ofrecía, como entendido para emplear sus tropas con los preceptos de la táctica sobre el campo de batalla. Confiado en que pequeñas ventajas le darían al cabo la victoria, no quiso exponer nada á los azares de la fortuna, ni su tropa á combates largos, en los que vencen casi siempre la mayor disciplina y la solidez de las fuerzas regulares. Para no arriesgar el todo por el todo, comenzaba los combates á horas avanzadas de la tarde, á fin de que la noche viniera pronto en su auxilio, ya terminando la victoria de su ejército, ó las derrotas que las tropas cristinas le hicieran experimentar. Muy instruído en el manejo de las fuerzas en el orden abierto, y comprendiendo que era aquella la táctica más aplicable para las cualidades de los soldados provincianos que mandaba y para las condiciones de aquella guerra, empleaba generalmente pocas tropas para empezar las acciones, formando el mayor número en orden abierto, sin hacerlas entrar á todas en el fuego. En contra de los buenos principios, observaba la regla de conservar el mayor número de sus fuerzas en reserva, desconociendo el de Napoleón en su primera campaña de Italia, cuyos sostenes entraban desde el primer momento en la acción para obtener lo más pronto po-

sible el fin de todo combate, que no es otro que el de vencer á su enemigo. Verdad es que Zumalacárregui, al atacar muchas veces á hora cercana á la noche, hacíalo atendiendo al corto número de cartuchos que entregaba á sus soldados, y á fin de que no llegaran á faltarles de día y en hora desventajosa, quedando sin municiones en el campo de batalla.

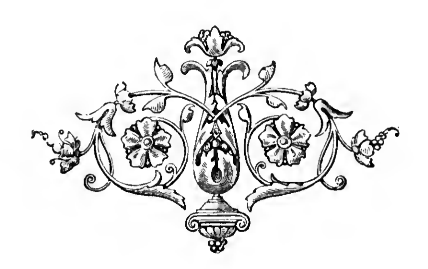
Faltaba á Zumalacárregui el valor temerario y el espíritu aventurero que llevó siempre á Mina á las grandes empresas, y en las que, aventurando el todo por el todo, alcanzó las victorias más completas y sorprendentes. Faltóle también la actividad corporal incansable de aquel ilustre general, con la que ejecutaba marchas de veinte leguas en treinta horas para caer sobre puntos extremos que atacaba victoriosamente. No tuvo, como el caudillo de la guerra de la Independencia, y como Cabrera más tarde, esas dotes que ganan las batallas decisivas; mas estas cualidades hubiéralas alcanzado quizás el general carlista con el estudio y la experiencia, porque son de las que se aprenden y de las que algunas veces se ejecutan por imitación. De haber reunido á sus condiciones de organizador y de instrucción táctica aquéllas en que sobresalió Mina, con el instinto de la guerra propia al país vasco, quizá la causa de Doña Isabel II, y con ella la causa de la libertad, hubieran entonces perecido.

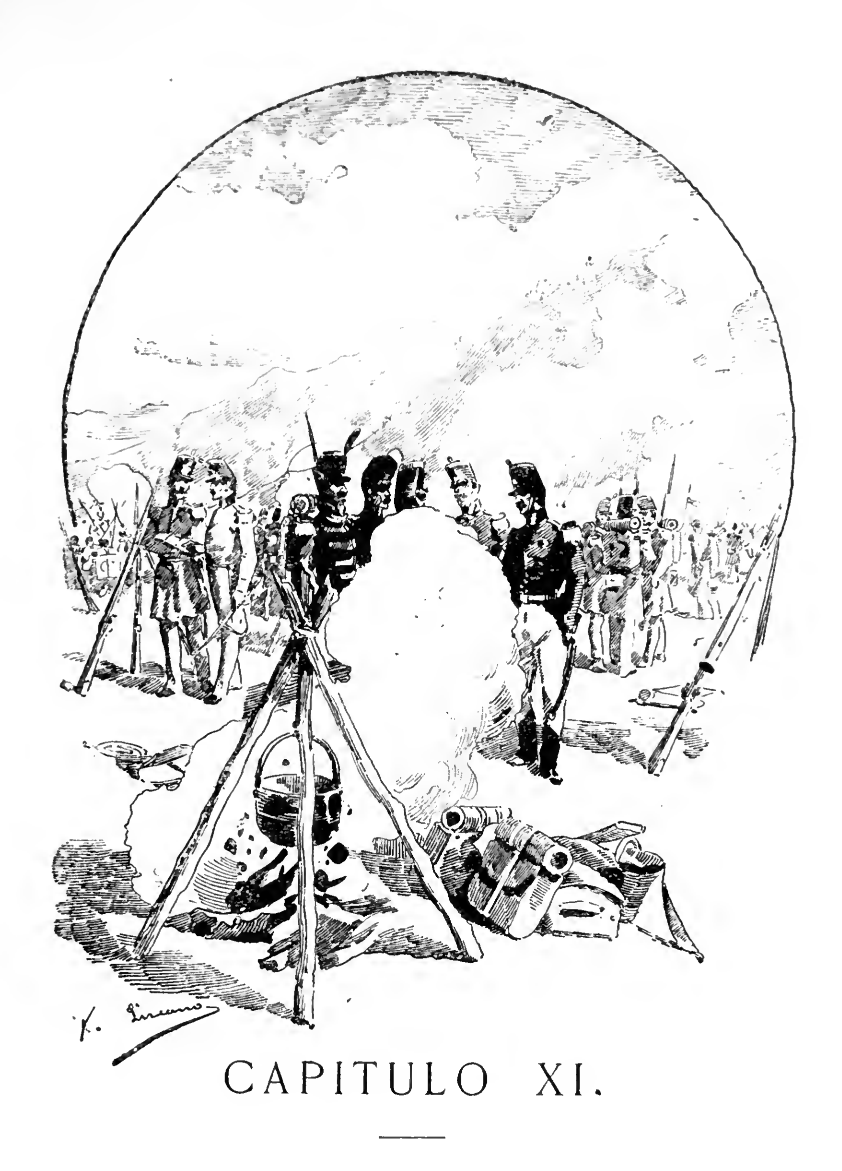
Una herida que en los primero días pareció leve, y que tratada por un curandero sin inteligencia hízose en poco tiempo peligrosa, aumentó en mucho la importancia del general, á quien sólo faltaba derramar aquella preciosa sangre para acrecentar su gloria y llevar su prestigio entre los partidarios hasta la exaltación del entusiasmo. Complicada la herida con otros padecimientos crónicos que sufría, retardada la extracción de la bala hasta que le sobrevino una grande inflamación, produjósele una violenta calentura nerviosa, á la que sucumbió cuando menos lo esperaban los amigos que estaban á su lado, confiados en una pronta cura. Creyóse en el país, en medio de la sorpresa general y del sentimiento público, que el ilustre caudillo fué envenenado, y algunos malévolos lo atribuyeron á la misma camarilla de D. Carlos, que, como entonces se dijo, no ocultaba su contento insensato; pero la noticia llenó de consternación al ejército carlista, y el de la Reina fué lo bastante noble y valiente para no recibir sin pena un acontecimiento del que no esperaba más ventajas que aquellas que creía obtener de todos modos con la fuerza de las armas.

Pero vuelvo á mi relato antes de terminar este ya largo capítulo.

En aquella expedición de Maestu conocí al teniente general D. Juan de Alaminos, entonces teniente de la Guardia provincial y ayudante de mi primo el brigadier Bernui. Alaminos acababa de salir del cole-

gio de Segovia, y era tan joven y simpático como bravo para buscar con avidez el peligro, que en aquella guerra se multiplicaba por todas partes. Simpatizando conmigo, no sólo corría los azares que le ofrecía su propio puesto, sino que cuando los deberes cerca de su jefe se lo permitían, venía á correr los míos propios acompañándome en las marchas, en las acciones y en los cantones. Como Santiago, Malibran, Oráa y otros, Alaminos fué uno de esos oficiales que se señalan desde el principio en todas las guerras, y que parecen destinados á los más elevados puestos, si no sucumben por el plomo ó el hierro del enemigo, como aquéllos perecieron. La amistad formada en aquellos años de la juventud quedó tan bien cimentada entre nosotros, que causa política alguna ha podido disminuirla después. En Acedo entramos en un hospital de coléricos carlistas que, muertos de hambre, socorrimos con carne y vino en abundancia. La operación terminó pernoctando una noche en Los Arcos y llegando más tarde á Logroño, no sin pasar por Viana, cargada la tropa del botín y de provisiones tomadas en territorio enemigo, en el que permanecimos ocho días. Nuestra conducta con los heridos de la Amézcoa y los coléricos de Acedo fué celebrada y elogiada en el país, poco acostumbrado á tanta generosidad. Y finalmente, no he de olvidar que mandaba la compañía de zapadores en la plaza de Maestu el hoy general D. Luciano Campuzano, tan distinguido por su valor como por sus relevantes servicios é instrucción, y tan notable á pesar de la obscuridad y olvido en que vive, con desventaja del ejército todo, privado hace tiempo de sus reconocidos talentos.





CAPITULO XI.

Don Jerónimo Valdés, Ministro de la Guerra y general en jefe del ejército del Norte.—Su carácter y condiciones.—Me confiere el mando del 2.° batallón Ligeros de Aragón.—Un acto de indisciplina y su castigo.—De Vitoria á Salvatierra.—Marcha sobre la Borunda y sierra de Andía.—Campamento en la Amézcoa.—En los desfiladeros.—Faltas de Zumalacárregui.—Subida por Contrasta.—Abandono.—Otro campamento en Urbaza.—Marcha á Estella.—Situación crítica.—Brillante comportamiento de mis soldados.—Marcha de noche.—Desorden y dispersión de algunos cuerpos.—Posición arriesgada.—En Estella.—Al socorro de Burens.

Mientras aquellas operaciones se verificaban, realizábase en Madrid una modificación ministerial, por la cual el general Llauder dejaba el Ministerio de la Guerra á impulsos de la impopularidad en que le hizo caer la derrota de la Casa de Correos y la inaudita transacción con los soldados sublevados de Cardero, reemplazándole el general D. Jerónimo Valdés. El mando de éste en Valencia habíase nuevamente ilus-

trado por la casi extinción de las facciones, y héchose popular porque era, al propio tiempo que enérgico contra el carlismo, dulce y patriota con los liberales. No entra en el círculo de mi plan enumerar las medidas que como Ministro dictó por Reales decretos para la formación de la Milicia Nacional movilizada en todas las provincias, el aumento del ejército con cuerpos francos, y otras providencias que debían adelantar el término de la guerra y que fueron recibidas por la opinión con merecido favor, valiéndole la jefatura del ejército del Norte y conservando el Ministerio de la Guerra. Mina había reiterado su dimisión, porque la gravedad de sus males y sus muchos padecimientos le impedían ponerse al frente de las operaciones, en las cuales nuestras tropas no habían llevado la mejor parte, con lo cual padeció algo su crédito, disminuyéndose con esto la confianza que inspiraba y su prestigio. Además de las fuerzas que el general Córdova llevó consigo á Vitoria, mandó poco después Valdés al Norte numerosos batallones y escuadrones, allegándolos al Ebro por la parte de Castilla, y á las fronteras de Navarra por Aragón, con objeto de cubrir al país de invasiones ó excursiones carlistas y de acudir á operaciones sobre el territorio enemigo.

Llegó Valdés á Logroño en el primer tercio de Abril, adonde fué á reunírsele el general Aldama con 14 batallones. También lo verificó por los mismos días el brigadier D. Narciso López con 800 caballos. Á la cabeza de estas fuerzas, y acompañado de alguna artillería, salió de la ciudad el nuevo general en jefe, encaminándose á La Guardia, desde donde hizo retroceder la caballería de López y la artillería, dirigiéndola á la ribera de Navarra, en la previsión de que el enemigo intentara invadirla para proveerse de víveres, de que este territorio era entonces muy abundante. Conociendo que ante su proximidad Zumalacárregui había dividido sus fuerzas, dirigióse á Vitoria por Peñacerrada, y reuniendo los siete batallones que tenía Córdova, juntó hasta 34 con los que mandaban el general Aldama, el brigadier Seoane y los coroneles D. Froilán Méndez Vigo y D. Evaristo San Miguel, que acababa de ser destinado al ejército.

La llegada del general D. Jerónimo Valdés fué saludada con vivo entusiasmo por todos, y bien pronto mi hermano se captó su amistad y confianza, como él mismo la de su subalterno, el cual conoció desde el primer momento que el ejército contaba con un jefe inteligente, experimentado, activo y valeroso, al que adornaban dotes superiores de mando, y que, sin dejar de mostrarse firme, era bondadoso y muy propio para captarse las voluntades de la tropa. Su carácter era extremadamente simpático para todos, y particularmente para aquellos que por su posición le trataban de cerca. Jamás he conocido un general ni más sencillo en su trato, ni más comunicativo, sin dejar de ser el jefe res-

petado. Vino al ejército Valdés sin fausto alguno ni séquito, con un solo criado y una pequeña maleta, y sin caballos, uniformes ni armas. Él mismo no sabía dónde estaba el equipaje que le pertenecía. Tam-



DON JERÓNIMO VALDÉS.

poco traía dinero, y nada en verdad necesitaba. De uno de los generales adquirió el sombrero, de otro el caballo que debía montar, de otros los cigarros, y la comida tomábala en donde la había ó sentíase con apetito. En cambio, todo lo que era suyo pertenecía á los demás. Su carácter afable atraíase el cariño de sus tropas, y no contribuía poco

á esto aquella manera de proceder consigo mismo, renunciando al lujo y comodidades de la vida en posición tan elevada y á una edad en que el hombre necesita mayores goces y cuidados.

La actividad del general Valdés era extraordinaria; no dejaba para el siguiente día lo que podía hacer en aquel en que se le presentaba el despacho de los importantes negocios puestos á su resolución. El día anterior al en que tuvo lugar el principio de sus operaciones contra los carlistas me confirió el mando del 2.º batallón Ligeros de Aragón, que había llegado al ejército, el mismo que sublevado por Cardero en la Casa de Correos de Madrid, rompió la disciplina y la subordinación, asesinando al capitán general Canterac. Contra este cuerpo habíase sublevado la opinión de todo el ejército, y muchos jefes representaron para que no tuviese puesto alguno en él y fuera destinada su tropa al fijo de Ceuta; pero el general en jefe no quiso atender á estas reclamaciones, y llamándome á su presencia, dióme á conocer el mando difícil que me confiaba, y su deseo de que lo desempeñase con toda la energía y firmeza necesarias para restablecer en él la más rígida disciplina. Orgulloso de esta confianza, le aseguré que cumpliría con sus deseos y mi deber.

Siempre le agradecí la distinción que en ello me hizo, sin creer nunca que la obra fuera difícil; porque para restablecer la disciplina en una tropa cualquiera, por quebrantada que esté, basta sólo el fiel y exacto cumplimiento de la Ordenanza, y yo la conocía bien en su espíritu y letra para hacerla respetar de todos. El batallón fué destinado á la división de mi hermano y á la brigada que mandaba el general Barón del Solar de Espinosa, muy distinguido en el ejército desde el principio de la guerra por su admirable bravura. En la misma brigada formaba el brillante batallón provincial de Toro, que mandó con crédito extraordinario D. Ramón de Barrenechea, compañero que fué mío en la Guardia y cariñoso amigo en todas ocasiones.

Antes de partir de Vitoria publicó el general Valdés las proclamas de costumbre, reanimando el espíritu de las tropas. El ejército, lleno de entusiasmo y compuesto de 34 batallones, algunas baterías de montaña, una de cohetes á la *congrève* y suficiente caballería, salió de Vitoria el 19 de Abril de 1835 con dirección á Navarra, pernoctando en Salvatierra y pueblos inmediatos.

Aquel mismo día presentóseme la ocasión de conocer el estado en que se encontraba el 2.º de Ligeros, así como la de dar á entender á sus individuos bajo qué pie empezaba yo á mandarles y lo que debían esperar de mi autoridad. Estaba el batallón formado en masa por compañías, y yo á su frente montado á caballo, cuando vi á un granadero que, llamado por el teniente que le mandaba, hablábale sin respeto y

sin llevarse la mano al chacó para saludarle; advertí en seguida que volviéndose bruscamente y dando la espalda á su oficial, púsose á hacer una diligencia con ademanes descompuestos é insubordinados. Indignado como era consiguiente de semejante falta, y mucho más al notar la indiferencia del teniente, que ya era viejo y de aire socarrón, mandé en el acto al batallón poner armas al hombro, y haciendo salir al grana-



Don Ramón de Barrenechea.
(Copia de un retrato de familia.)

dero veinte pasos al frente, hícele despojar de sus armas y equipo y aplicar sesenta palos por cuatro cabos de la compañía, al toque de fagina. Ejecutado con rigor el castigo, y casi exánime el granadero, le mandé conducir al hospital, para pasar después de curado al fijo de Ceuta, enviando el teniente arrestado á banderas por su cometida falta de no haber sostenido al punto la disciplina. Cumplido el castigo, arengué vigorosamente al batallón, asegurando á sus soldados que los mataría á palos por cualquiera falta que cometieran, y que no les temía aunque hubiesen asesinado á un general. Puesto en marcha el ejército, me alojé con el batallón en un pequeño pueblo cerca de Salvatierra, en donde dispuse que el servicio se practicase con el mayor rigor; pero al revistar por la noche los cuerpos de vigilancia establecidos en los extremos del pueblo, arresté á siete oficiales que encontré acostados en sus camas, abandonando el servicio de vigilancia que les correspondía

al frente del enemigo. Pocos días después híceles pedir el retiro, dejando sus empleos á oficiales más jóvenes y dispuestos al cumplimiento de sus deberes.

Al siguiente día 23, el ejército en varias columnas continuó en dirección de Navarra, y durante la marcha, el general, á quien el jefe de mi división había comunicado los hechos de la víspera, quiso saber por mí lo acaecido, y llamándome á su presencia por un ayudante, me interrogó con interés. Díle de todo detallada cuenta, y su conformidad absoluta me afirmó en mi resolución de emplear cuanto rigor considerase conveniente para el sostén de la disciplina, y eso que no estaba en mis costumbres de mando emplear tales procedimientos. Yo era entonces, como lo he sido siempre, contrario al empleo del palo; pero entonces, como después, lo usé excepcionalmente como el mejor medio para hacer entrar á una tropa insubordinada en la línea del deber.

Al amanecer del 20 el ejército se puso sobre las armas, siguiendo en su marcha la dirección del día anterior hacia Navarra. Empieza á estrecharse el valle llamado de la Borunda antes de llegar á Alsásua, adonde el enemigo pudo creer se dirigía el ejército; pero cambió éste de dirección á la derecha, y en diversas columnas marchó á subir los puertos de Olazagoitia y Ciordia para coronar la sierra de Andía. Así lo hicieron las tropas, sin encontrar resistencia, sin oir un solo tiro ni ver enemigo alguno. Parecía imposible que los carlistas nos dejaran el terreno sin defender las fuertes posiciones que ofrecen aquellos pasos tan estrechos, elevados é infranqueables, en los que no se pueden ejecutar ataques de frente sin exponerse á grandes pérdidas, y en todos casos á combates rechazados; pero, ya lo he dicho, Zumalacárregui no había comprendido bien las ventajas con que hacía la guerra y que le ofrecían la topografía y accidentes del país, las cualidades y condiciones respectivas de los dos ejércitos, y la superioridad que le daban el territorio y la opinión de los habitantes, favorable en su totalidad á la causa realista.

Ya el ejército sobre la sierra de Andía, dirigiéronse sus divisiones en una marcha de varias columnas paralelas al valle de la Amézcoa, en el que penetró, invadiéndolo por diferentes puntos, sin divisar ni enemigo ni tampoco habitantes. Parecía aquel país un desierto, y hubiéramos considerado el valle completamente abandonado, sin la presencia de algunos ganados extraviados y la multitud de ropa y efectos de casa y víveres, y aun dinero, que los soldados encontraban escondidos en los huecos de los árboles. La marcha fué dirigida con inteligencia por el general en jefe y ejecutada por las tropas con orden y precisión. Llegada que fué la noche, establecióse un campamento trazado con todas las reglas del arte, que dió á conocer la práctica que el general Valdés había adquirido en muchos años de mando en América al frente

de considerables fuerzas, y su incontestable y merecida reputación. Las tropas formaron en tres columnas profundas en orden paralelo y á distancia de maniobra. Su frente abrazaba todo el valle de uno á otro lado. La caballería y artillería, convenientemente protegidas, ocupaban el centro. Avanzadas y escuchas bien colocados cubrían al campamento. La noche, fría y obscura, hacía desear el fuego, y el general permitió se encendieran fogatas, que el soldado alumbró en gran número con la abundante leña de que disponía. Recuerdo que el aspecto del campamento fué deslumbrador é imponente. Mi batallón ocupó la cabeza de la columna del centro, y con él acampó el Barón del Solar de Espinosa ocupando un puesto central. Los demás jefes y brigadieres estaban convenientemente repartidos, y los cuerpos recibieron la orden de no moverse de sus posiciones respectivas, de guardar el mayor silencio y de no hacer fuego al enemigo sino á quemarropa, recibiéndolo con la bayoneta en caso de que se arrojara sobre nuestras filas. Mas el enemigo no dió señales de vida durante la noche, y contra su costumbre, no llegó á tirotear nuestras posiciones. Sólo nos dió á conocer su inmediata presencia por una fogata encendida á nuestro frente á distancia de dos tiros de fusil, en el fondo y centro del valle y en la dirección y altura de Contrasta. Yo, que no dormía, recorrí silenciosamente durante la noche las filas de las compañías, que después de haber hecho opípara cena con abundantes jamones y tocinos encontrados en los árboles del monte, tuvieron la fortuna de apoderarse también de algunos pellejos del buen vino de Estella. La escasez de oficiales en las compañías me obligó á mandar que los ocho que desde el día anterior tenía arrestados en banderas pasaran á montar su servicio, no sin haberlos antes severamente amonestado.

Con la aurora del 21 se levantó el ejército á la señal de diana, y los cuerpos más avanzados, así como los situados en los flancos y retaguardia, hicieron la descubierta reconociendo el territorio, que por lo espeso de los bosques y muchos accidentes era peligroso y muy necesario explorar de cerca. Ningún resultado nos dió aquella operación, que toda fuerza debe ejecutar diariamente para establecer sus vigilancias. Zumalacárregui parecía querernos amedrentar con el silencio y con el aspecto imponente y singular de aquellos lugares solitarios. Ni un soldado, ni un habitante, ni sér alguno viviente se presentaba á nuestra vista ni al alcance de los anteojos dirigidos hacia todos los puntos del horizonte después de recorrer los terrenos intermediarios. El ejército, un tanto impresionado, más quizá que si viera de cerca á todo el enemigo reunido, púsose en marcha á su frente con el mismo orden en que habia acampado. Mas al llegar á la altura de Contrasta hízose alto y empezaron las tropas á desfilar por la izquierda, subiendo el puerto para

volver á la misma sierra de Andía, de donde el día anterior había descendido. La división de mi hermano debía sostener, según mandó Valdés, el movimiento general tomando posición, y no empezar el suyo hasta que el todo del ejército hubiese evacuado el profundo valle. Cuando se verificó así, mandó mi hermano proseguir la marcha á los batallones de su división, quedándose él para sostenerlos con el de mi mando de Aragón, que, escalonado por compañías, iba tomando posiciones á medida que dejábamos el terreno. En este movimiento fuímos molestados por el ataque de un batallón navarro, al que debimos causar considerables pérdidas por nuestro fuego lento y á cubierto. Llegaron todas las compañías á lo alto de Contrasta, y el general Córdova dirigió á mi tropa, formada en masa, algunas palabras de elogio por la serenidad y aplomo con que había marchado y lo ordenado de su fuego contra el enemigo. Durante la operación hablé también frecuentemente por mi parte á los soldados, para recomendarles el no tirar sino sobre objetos visibles á los cuales apuntaran, procurando asegurar en ellos la serenidad y confianza que sólo el orden establece en una tropa, especialmente cuando combate en orden abierto y en retirada.

En este día olvidó indudablemente Zumalacárregui cuanto podía convenirle en una guerra de montaña, sostenida en país tan difícil como aquel en que operábamos y que tanto le favorecía. Debió el jefe carlista oponer sus fuerzas, por escasas que fueran, á la subida del ejército á los altos de la sierra, defendiendo los desfiladeros y puertos que daban salida al valle. Con pocos batallones habríale sido fácil mantener tan difíciles posiciones sin experimentar bajas en los combates á cubierto. No conocía quizá el jefe carlista cuán grandes eran los embarazos que desde aquel día nos produjo un considerable número de heridos, faltándonos medios para trasladarlos, retrasando la marcha para protegerlos, y obligándonos á variar la dirección de nuestras operaciones para conducirlos á hospitales en donde fueran curados y asistidos con seguridad, después de los primeros auxilios que recibían en el campo de batalla.

Cuando mi batallón llegó á la sierra con mi hermano, nos encontramos solos, sin apoyo, sin órdenes ni indicación alguna del punto sobre que debíamos dirigirnos. El Estado Mayor no había tenido en esto la previsión debida. Aquella sierra ofrece grandes llanuras cubiertas de fina y abundante hierba, pero de grandes manchas de bosques que forman un verdadero laberinto, en donde el general que no sea práctico puede perderse y experimentar además peligrosas sorpresas. El general Córdova, en la difícil situación en que se encontraba, con un solo batallón separado y perdido del ejército, hubo de resolver por su buen juicio y con la ayuda que le prestó su ordenanza Miguel Ecarte, muy práctico del terreno, porque, como antiguo carlista y habiendo cruzado

hartas veces con su batallón aquella sierra, sabía que desde el puerto de Contrasta se pasaba por la venta de Urbaza para seguir en la dirección de la Borunda ó en la de Pamplona. En tan crítica posición, resolvímonos por ir á dicha venta; pero era necesario para llegar á ella no perderse, y Ecarte nos dirigió con acierto y fortuna. El batallón, en un orden perfecto, marchó por los llanos en columna cerrada para llevar mejor la tropa bajo la influencia de la voz de su jefe y del general, y éste, al flanco de la tropa, inspiraba por su propio valor aquella serenidad jovial y comunicativa que tanta influencia ejerce en la moral del soldado cuando ve á su jefe alegre en los momentos de grandes y evidentes riesgos. Por fin llegamos sin contratiempo alguno á la venta, y allí encontramos á todo el ejército. El Estado Mayor señaló á mi batallón el puesto que en el nuevo campamento le correspondía con el resto de su brigada. Alrededor de Urbaza, que era una pobre venta, tuvimos que acampar también, formando un gran cuadro con la infantería desplegada en tres filas, una de las cuales debía permanecer sentada sin separarse ningún hombre de su puesto ni dejar las armas de la mano. Las otras dos filas podían descansar sin descomponer la formación ni abandonar tampoco los fusiles, aunque estuviesen acostadas. Á retaguardia, y detrás de los batallones así dispuestos, situáronse algunos en masa como en reserva, y dentro del cuadro se confeccionaron los ranchos cerca de los regimientos respectivos.

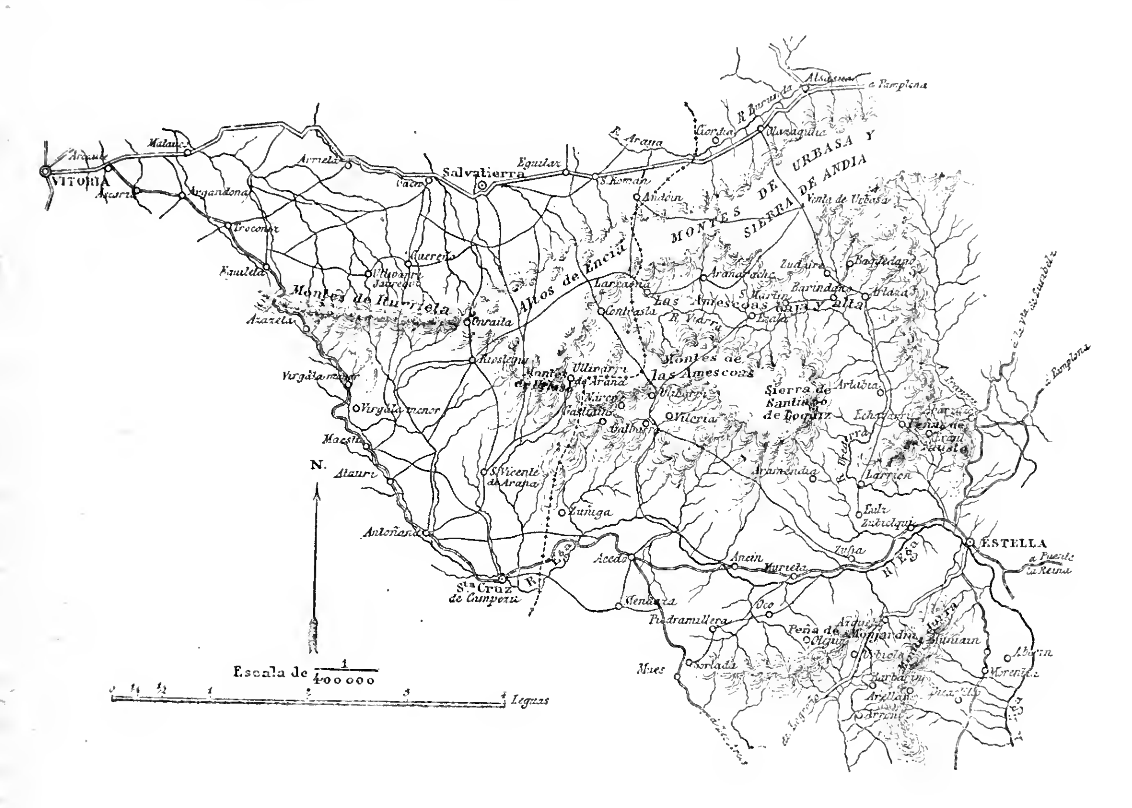
Se dieron además convenientes disposiciones; entre otras, la de no encender fuego ni fumar, y la de mantener al frente de los batallones dobles escuchas y pequeñas avanzadas no distantes, para hostilizar á quema ropa las partidas enemigas que pudieran acercarse é introducir con sus fuegos la confusión y el desorden en nuestro campo. Volvióse á prohibir á los cuerpos tirar como no fuera á boca de jarro en una sola descarga, caso de que el enemigo viniese sobre nosotros, pero cargándolo con todo vigor á la bayoneta, sin empeñarnos en perseguirlo, y volviendo á la formación del cuadro. Estaba prohibido á oficiales y tropa hablar ni dar gritos de guerra si el enemigo nos acometía; sólo deberían oirse las voces de mando de los jefes de batallón y de los oficiales. En el centro del cuadro acampó la caballería cerca de la venta, así como la artillería. El ganado debia trabarse y encadenarse, á fin de precaver el desorden de una desbandada en la obscuridad de la noche.

El general Valdés entre tanto estableció su cuartel general dentro de la venta, y quiso tener á su lado á los que mandaban las divisiones. El campo tenía el defecto de tener poca agua, y la que había en dos pozos inmediatos á la venta y en un abrevadero se repartió por horas á los cuerpos para evitar la confusión y el desorden. Todas las disposi

ciones que el general en jefe dictó, y que fueron exacta y rigurosamente cumplidas, acreditaron más su gran práctica. El ejército, sin temer al enemigo, antes por el contrario, deseando encontrarse con él, se hallaba no obstante impresionado ante aquel país convertido en un desierto, porque preveía que los carlistas habrían de presentarse en el momento menos esperado y cuando pudieran hacerlo con mayores ventajas. Sólo contra la retaguardia de mi batallón combatió otro navarro al subir Contrasta, dándonos á conocer que los rebeldes pretendían inspirarnos la confianza de que no tenían fuerzas en aquellos parajes cuando no las habían empleado en ocasión tan propicia, á fin de mantenernos descuidados. Pero dos horas antes de amanecer, cuando las fuerzas contrarias presumieron sin duda que las tropas, rendidas por el sueño, habrían relajado la vigilancia en el campo, presentáronse algunas compañías enemigas en diferentes puntos para tirotearnos. Las instrucciones todas se llevaron á cumplida ejecución. Una fuerza enemiga como de veinte hombres cayó sobre la avanzada de mi batallón y sufrió una descarga á boca de jarro, costándole tres muertos que dejó sobre el terreno. Yo quedé contento de mi tropa, que se mostró serena: sin ruido ni confusión, las tres filas primeras aguardaron al enemigo con las armas preparadas, no levantándose siquiera las dos últimas. Mis soldados, como yo, esperamos en vano un segundo ataque, y con sentimiento vimos pasar la noche sin que se presentaran en mayor número. Cuando rayó el alba y la diana resonó en el campo por una banda de música de la Guardia, dí á conocer á mis soldados lo satisfecho que de ellos estaba, mandando tomaran el aguardiente, que debía un tanto confortarles. También la tropa, lo confieso sin falsa modestia, quedó satisfecha de su jefe. Nada agradece tanto el soldado como los cuidados y el celo que éste pone para su descanso y bienestar, como no sea el verle compartir sus propios riesgos.

El ejército al salir de Vitoria había sacado cuatro raciones de etapa, y aquel día era el último de su aprovisionamiento; pero muchos ó la mayor parte de los soldados habían consumido en los tres primeros días lo que debía durarles cuatro, y esto era para el general, como para todos, un verdadero conflicto que obligaba al primero á dirigir sus operaciones hacia un punto en donde pudiera estar seguro de encontrar aprovisionamientos. Es verdad que el ejército había tomado en los bosques de la Amézcoa muchas vituallas que los habitantes de aquellos pueblos retiraron y escondieron en los huecos de sus corpulentos y elevados árboles; pero el soldado es poco previsor para guardar las provisiones que le sobran, y las había consumido con sus raciones sin reserva alguna. El general durante la noche anterior celebró un consejo con los de división y de brigada. Escuchó también á los prácticos,

formando su juicio, y estaba resuelto á dirigir su marcha á Estella. La situación respecto de subsistencias, punto tan primordial, se lo aconsejaba; habíamos salido de Vitoria hacía cuatro días, y varias razones obligábanle á no volver á este punto de partida. La más principal era el efecto desgraciado que causaría en el ejército y en la opinión del



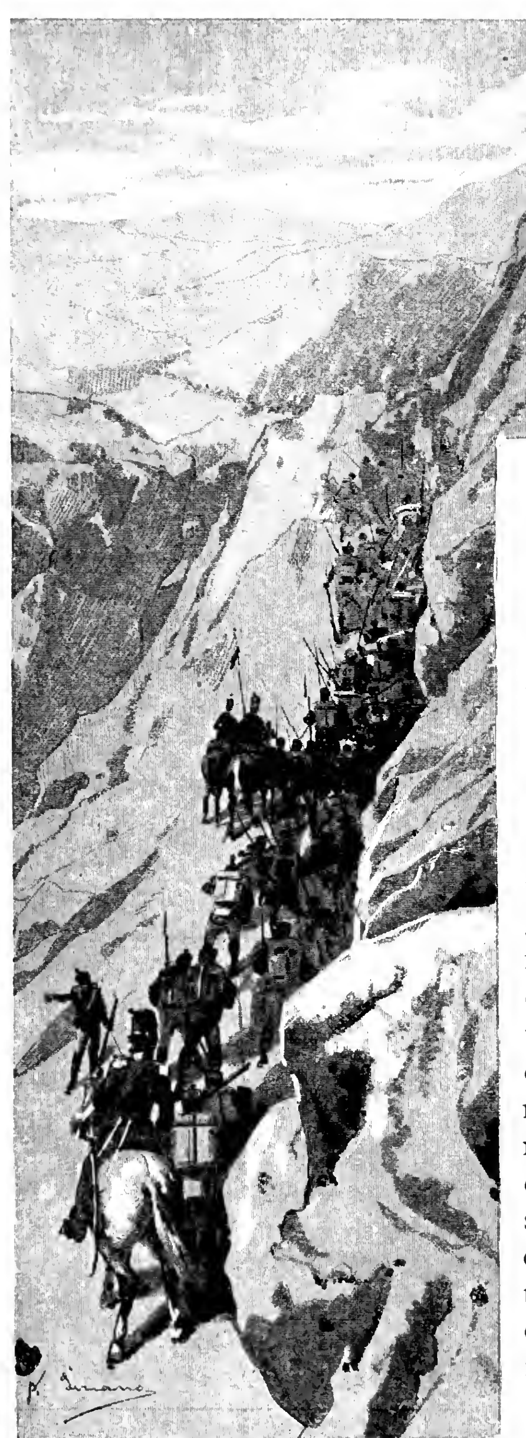
país aquel regreso sin haber combatido ni conseguido ver al contrario. Por lo demás, estábamos á dos marchas de Vitoria, y en recorrer esta distancia podríamos tardar más tiempo si el enemigo se nos presentaba, en cuyo caso el ejército quedaría sin más aprovisionamientos que aquellos que eventual y casualmente encontrara en ganados, pocos en verdad, por la presteza con que los retiraban los carlistas. Marchar á la Borunda desde la venta de Urbaza, que era otra dirección que podía elegirse, no parecía difícil, porque bastaba descender por los puertos; mas sería entrar en país pobre, sin recursos, tan difícil para las operaciones como la Amézcoa, y en el cual los entorpecimientos para dejar el valle se presentarían á cada paso, ora que nos encamináramos hacia Vitoria, ora que quisiera dirigir el general su marcha del lado de Pamplona. Iguales dificultades se presentaban de todos modos ante cualquiera de aquellas decisiones respecto de las subsistencias, asunto el más arduo, como he dicho, de cuantos debía resolver Valdés.

Por otra parte, encaminarse directamente á Pamplona ofrecía mayores razones en contra, porque no estando esta plaza á menor distancia, eran mayores los tropiezos que ofrecían los escabrosos y estrechos caminos, la miseria de los pueblos y la escasez de sus recursos. Fué, pues, la mejor resolución entre cuantas se presentaron, la de dirigir el ejército á Estella, ya porque estábamos á una sola jornada de la ciudad, ya porque sólo encontraríamos obstáculos sobre el puerto de Artaza, no difíciles de vencer, ya, en fin, porque en Estella, punto fortificado, existían raciones y recursos para proveer las tropas, cuya necesidad aumentaba á medida que el tiempo transcurría. Decidióse, digo, el general en jefe á marchar á Estella; mas fué sensible que no hubiese resuelto este movimiento el día antes, desde su campamento de la Amézcoa, en vez de regresar á la venta de Urbaza, porque el mismo tiempo que empleó para llegar con todo el ejército á este punto, donde apenas pudimos encontrar agua, hubiérase empleado en alcanzar á Estella.

Resuelta así la difícil cuestión, dió el general sus disposiciones para que el ejército atravesara un desfiladero que desemboca sobre una meseta que forma el puerto de Artaza. El general se puso á la cabeza de la vanguardia, como en el punto de mayor peligro, y desde el cual estaba en mejor actitud para dictar sus disposiciones en todos los casos. Correspondía aquel día á la división de mi hermano cubrir la retaguardia, y mientras el ejército desfilaba, pasó revista y habló con los jefes de los cuerpos, dirigiendo algunas frases á los soldados más veteranos y de actitud más animosa. Mi batallón daba muestras constantes de ánimo, disciplina y buen espíritu; éste se afirma con el buen trato, y cuando el soldado, después de un grave delito militar, reconoce su falta, se arrepiente y le anima el deseo de repararla por el ejercicio de las mayores virtudes.

En marcha ya la división en pos del ejército, tocóle llevar la cabeza al Provincial de Toro, mandado por Barrenechea. Á poco comenzamos á oir un vivo fuego en la dirección de la cabeza. El camino era sumamente estrecho, y apenas si sobre él se podía marchar á la desfilada con dos hombres de frente. Por la derecha elévase el terreno en grande y pendiente altura cubierta de bosque espeso; por la izquierda un profundo barranco, ó mejor dicho un precipicio, en el que algunos que cayeron encontraron sin duda la muerte, nos impedía prolongarnos de este lado. La orden del general en jefe para que el primer batallón que marchaba á la cabeza subiera por la derecha al bosque y tomara posición en la meseta que lo domina, dejó á mi batallón el puesto de cabeza, y á su frente al general Córdova. Según íbamos adelantando, el tiroteo parecía arreciar, haciéndose cada vez más inmediato, lo cual no

tenía fácil explicación. ¿En dónde estaban los 26 batallones que marchaban delante del que yo mandaba? Bien pronto debía comprenderlo. Mientras seguíamos por aquella larga pendiente, Valdés, con la división de vanguardia, subía al bosque por la derecha, ya para tomar una posición desde la cual protegiera las otras divisiones al desembocar sobre el puerto, ya para servir de flanqueo al ejército todo. La división de D. Santiago Méndez Vigo, al llegar á Mendaza, encontró al enemigo á medio tiro de fusil, con fuerza de cuatro batallones en posición sobre la meseta, dirigiendo y reconcentrando sus fuegos sobre los regimientos, en la desventajosa formación de desfilada. No podía la tropa resistir fuego tan vivo y reconcentrado, y así, conforme salían del desfiladero, inclinándose sobre la derecha y cubriéndose los soldados con el bosque, trepaban á su altura. Esto efectuaron los ocho batallones y lo mismo también la brigada de Seoane, que precedía á la de mi hermano: Seoane, á pesar de los heróicos esfuerzos que realizó para que le siguieran sus soldados, fué abandonado por ellos y herido gravemente de bala,

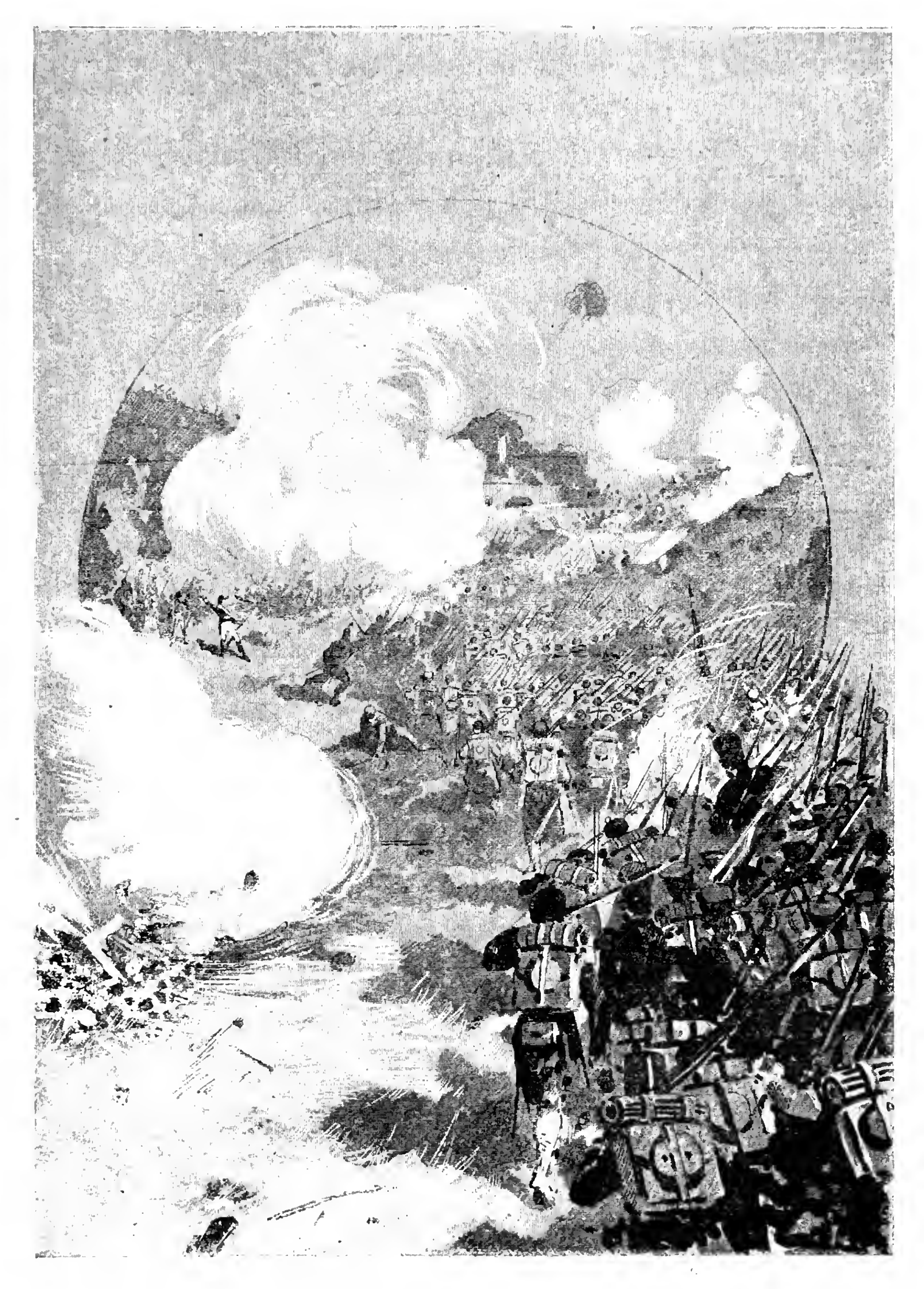


quedando, entre otros muchos, olvidado y tendido sobre el campo de batalla.

Por aquel movimiento á que se vieron obligados nuestros batallones, rechazados por el violento fuego enemigo, resultó que 24 cuerpos de nuestro ejército quedaron mezclados, confundidos y en desorden en aquella inmensa montaña. No obstante, algunos de éstos y una batería de cohetes mantenían el fuego en todo el frente que da al camino que corre desde el pueblo de Artaza á lo más alto del puerto del mismo nombre. También resultó en cabeza sobre el desfiladero la división de mi hermano, y consiguientemente en tal posición, el batallón de Ligeros de Aragón, con el que marchaba. Al desembocar mi compañía de granaderos sobre el puerto, fué recibida con igual y terrible fuego que los batallones que le precedían. En aquella descarga perdí diez hombres que quedaron muertos, entre los cuales se contaban el sargento primero de aquella compañía y el teniente que días antes arresté. Entre los muchos heridos contáronse también el ayudante del batallón, que era un excelente y bravo oficial, cuya suerte he ignorado siempre por desgracia.

Un inmenso pánico comenzó á dominar al batallón. Mis voces de mando, desatendidas; menospreciadas las que dirigía á los soldados para excitar su entusiasmo, y sin dar un paso hacia adelante, ni aun seguían el movimiento á la derecha para refugiarse en el bosque y subir á la meseta como lo realizaron los cuerpos anteriores. Impedíales volver la espalda lo estrecho del camino y los batallones que nos seguían. Ya he dicho que por la izquierda cerraba un inmenso barranco casi cortado á pico, cuyas profundidades conducían á una muerte segura. Mi hermano, comprendiendo aquella situación terrible, mientras caían los soldados y se arremolinaban y confundían, vino hacia nosotros con la mirada centelleante y arengó á la tropa; pero ni su ejemplo, ni su energía, ni su arrebatadora elocuencia bastaron á excitar el valor de aquellos hombres. Don Luis de Córdova entonces tomó un fusil, y colocándose á pie al frente de los soldados, comenzó á marchar hacia el enemigo; mas una bala le contusionó fuertemente en el vacío izquierdo, salvándole sólo la faja, ó un milagro. Yo lo creí herido mortalmente y excité desesperadamente á mi tropa; pero todo era inútil. Me resignaba ya á perecer como en una gran hecatombe, cuando una palabra me sacó del conflicto. Sin saber por qué razón, no estando entonces en mis opiniones y sin conocer ni esperar sus efectos, se me ocurrió dar á la tropa el grito de *¡viva la libertad!* Á esta voz el soldado salió de su estupor y corrió conmigo adelante. Al impulso de los granaderos marcharon las demás compañías, y todos seguimos, llegando á unas bordas de ganado que á ciento ó ciento cincuenta pasos adelante

había. Aquellas guaridas del ganado para el invierno y para los días lluviosos fueron mi apoyo, pues bastó un minuto para que los techos



quedaran por tierra y convertidas las tapias en reductos ó parapetos que cubrieron á mis soldados, y que por su posición avanzada resulta-

ban á tiro muy corto de los batallones carlistas, formados en batalla. El batallón de Aragón no tardó entonces en romper el fuego, y obligado el enemigo por lo certero de nuestros disparos, tuvo que retirarse á posición más lejana, aunque siempre á nuestra vista, pero fuera ya del alcance de nuestras balas.

Desde aquel momento quedó terminado el combate de la mañana. El ejército se formó sobre la llanura en lo alto del puerto de Artaza, ordenándose las divisiones. Mi batallón, por mandato verbal del general Valdés, dejó las bordas, y pasó á ocupar la posición que antes habían mantenido los carlistas cuando defendieron el desfiladero. Formado entonces en masa, adelanté la compañía de tiradores en guerrilla, y á corta distancia las parejas. El general Valdés vino á arengar á mis soldados dándoles las gracias, y sobre aquel campo de batalla me honró con el grado de coronel, cuyas insignias me hizo poner aquella misma tarde con no poco orgullo y contentamiento mío. Desde aquel momento le debí gratitud, y su memoria ha sido siempre por mí profundamente venerada. Hice comprender á mis soldados que debía aquel honor, más que á mi mérito, que no era ninguno, al valor é intrepidez de que habían dado ellos tan relevantes pruebas; y como poco después supieran por algunos pasados de aquella mañana que los jefes carlistas habían dado la orden de fusilar á todos los soldados de Aragón que cogieran prisioneros, porque en Madrid, decían, habían matado al capitán general, aproveché esta ocasión para afirmar el espíritu de aquella tropa, y los exhorté á que vendieran antes caras sus vidas en cuantos encuentros tuvieran con los enemigos, lo cual supieron hacer cumplidamente.

Cuando el general Valdés hubo ordenado sus divisiones, realizándolo con actividad y energía, rompió su movimiento hacia Estella, mandándome que atacara con mi batallón á los cuatro carlistas que tenía al frente, haciéndome sostener con otros en reserva. Reforzada mi línea de tiradores con varias compañías, marché hacia el enemigo con el arma á discreción; pero éste no nos aguardó, y sin tirar un solo tiro se retiró de nuestra vista con más prontitud de la que todos deseábamos. Era aquel terreno más abierto, y ningún obstáculo debía detenernos. Para continuar la marcha, pasé á ocupar mi puesto en la división á que pertenecía. Entretanto el general Valdés había quedado pie á tierra, y tuve el honor de ofrecerle mi caballo, montando yo uno de los de mi hermano.

En aquella segunda etapa tomó el general en jefe, como de costumbre, la cabeza de la columna para dirigir mejor la marcha. Presentósenos cerca de Estella alguna fuerza sobre la derecha, al apoyo del Monte-Jurra, y á la izquierda sobre Abarzuza; pero algunas tropas que contra ella destacó el general en jefe bastaron para ahuyentarla, entrando al

poco tiempo con las primeras en la ciudad. Mas el camino continuaba estrecho, el movimiento lento, y la tarde era ya entrada cuando comenzó la marcha, sobreviniendo bien pronto la noche. La conducción de 300 á 400 heridos y enfermos alargaba la columna, deteniéndose con frecuencia todo el movimiento en tan prolongada línea de marcha. Cuando algún batallón hacía alto, el claro que dejaba en el camino obligábale á perder la dirección y continuidad de la columna, y no porque hubiera otros caminos con los cuales pudiera confundirse el de Estella, sino porque algunas fuerzas abandonaban la dirección sin cuidarse de seguir aquel que conducía á la ciudad. En la obscuridad de la noche alguno de los cuerpos formados de quintos, y con oficiales ya de edad ó faltos de experiencia, sin disciplina aquéllos y sin vigor y serenidad éstos, perdieron la formación y se dispersaron, contribuyendo á introducir el desorden y confusión en muchos otros.

Por virtud de estos movimientos mi batallón se encontró á retaguardia de todo el ejército, y serían como las once de la noche cuando, considerando dificilísima mi llegada á Estella, donde habían entrado ya los primeros cuerpos de mi hermano, resolví tomar posición fuera del camino y esperar el día. Mas en aquellos momentos, y cuando no se escuchaba ya el fuego del enemigo y menos en verdad lo esperábamos, empezóse á oir un vivísimo tiroteo del lado de Estella, cuya dirección, por desdicha, demostraba que provenía de nuestras propias fuerzas y que por éstas era también contestado. La obscuridad profunda de la noche, la confusión de la marcha y un pánico inexplicable que se apoderó de varios cuerpos del ejército dió origen á estas escenas lamentables, que costaron la vida á muchos bravos, sacrificados en la aspereza y lobreguez de aquellas sierras por sus propios hermanos de armas.

Yo por mi parte, manteniendo todo mi batallón en masa, y dando las órdenes más severas y terminantes para que no se disparara un solo tiro, atravesé con él un riachuelo, alcanzando una elevada posición que se me presentaba á cortísima distancia, donde resolví esperar las primeras claridades de la aurora, calculando aproximadamente mi situación no lejana del Monte-Jurra, cuya inmensa mole se proyectaba en el horizonte como una mancha totalmente negra sobre el fondo menos obscuro del cielo. Pero la situación de aquellas fuerzas de mi mando era grave. Solos y sin el amparo de otros cuerpos, podíamos ser víctimas de una sorpresa, cayendo en masa en poder de los carlistas. Así, llegué á imponer pena de la vida á todo individuo que fumara, hablara, se alejara de las filas ó hiciera fuego sin ordenarlo yo; faltas en que no incurrió un solo hombre, penetrados todos del riesgo inminente que corríamos.

No tuve afortunadamente que esperar el día para llegar á Estella.

Reconocido el terreno cercano, hallé un camino oculto entre las viñas, que conducía á la ciudad, por el que cautelosamente marchamos á favor de la noche, por espacio de algún tiempo, llegando al fin á las puertas de Estella sin obstáculo cuando empezaba á despuntar el alba.

Costóme mucho trabajo alojar al batallón, por estar todas las casas



El Barón del Solar de Espinosa.

ocupadas, y cuidé de proveerlo de una ración abundante de bacalao, que hallé en gran cantidad en casa del alcalde, y de otra copiosa de vino de Estella, el mejor sin duda, por entonces, de aquel rico país. Rendido de fatiga y cumplidos aquellos deberes, fuíme á alojar á casa de mi hermano, que me esperaba con impaciencia y disimulada zozobra.

Mas no tardó el general Córdova en llamar á los cuerpos en las primeras horas de la mañana. El cansancio, la desmoralización y la indisciplina hicieron que más de la mitad de las tropas dejaran de acudir

en aquella ocasión al llamamiento del deber. De la fuerza de mi batallón no faltó un solo individuo, y así hubo de reconocerlo, con no escasa satisfacción mía, el jefe de mi brigada, Barón del Solar de Espinosa, al que he conservado siempre un respeto inquebrantable, sin duda cimentado en aquellas graves circunstancias.

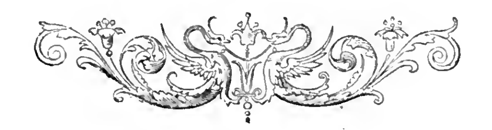
Enfermo el general en jefe, dispuso que mi hermano con el ejército marchase á proteger una fuerza que la noche anterior se había desbandado sobre el camino y se encontraba refugiada en Abarzuza á las órdenes del brigadier Burens. Estando este pueblo á corta distancia de Estella, debíamos alcanzarle pronto.

En su consecuencia, fue la marcha dispuesta cuando ya los carlistas empezaban á maniobrar para interponerse entre las tropas de la Reina y el precitado pueblo. Mi hermano entonces me confió, con el mando de mi batallón, otro de Extremadura para la guarda del camino que desde San Fausto y la Amézcoa conduce á Estella. Al darme la orden para que á todo trance defendiera aquella posición, me dijo:

—Si el enemigo ocupara este puesto, quedaría yo cortado de Estella. Pierde antes la vida que dejar pasar por aquí á Zumalacárregui.

—Puedes ir descuidado—le contesté;—te respondo de la posición.

Era, en efecto, ésta el paso del desfiladero de San Fausto, de tan triste memoria para el ejército; pero eran también distintas las condiciones en que los carlistas medirían sus armas con las nuestras. En el año anterior la división de caballería fué sorprendida atravesando el desfiladero, y en aquel día estaba yo en posición para defenderlo con dos batallones, contando con los refuerzos que necesitara. El enemigo se presentó en el desfiladero, como me había anunciado el general; pero tales posiciones no las atacaban nunca los carlistas, y se retiraron sin disparar un tiro, con no escasa contrariedad mía, que hubiera deseado ser atacado aunque fuera por toda la facción, porque la posición era fuerte, y yo tenía la mayor confianza en la tropa puesta á mis órdenes para defenderla con éxito completo. En vez de combatir, hube, pues, de contentarme con repartir entre los dos batallones, para racionarlos, un hato de cabras que cayó en poder nuestro, y mi hermano protegió la salida de más de tres mil soldados de distintos cuerpos, que con Burens se habían refugiado en el pueblo de Abarzuza, cuyo regreso á Estella cubrí desde mi posición.





CAPITULO IX.

Consideraciones generales sobre aquellas operaciones. — El ejército en Logroño. — El convenio de Elliot. — Misión en Madrid del general Córdova.—La intervención francesa.—Madrid en 1835.—María de Buschenthal. — Los círculos y partidos políticos. — Acontecimientos en el Norte. — El Conde de Toreno. — El Duque de Ahumada. — Desaliento en Madrid.— Actitud del general Córdova.— Es nombrado interinamente general en jefe del ejército. — Su peligrosa marcha con Zarco del Valle. — Entrada en Bilbao.— Proclamas.— Marcha del ejército á Vitoria por Orduña y á Logroño por Peñacerrada. — La batalla de Mendigorría.— Entusiasmo del ejército.— Fuga de D. Carlos.— Sobre el brigadier López.— Una bala inoportuna.—Los cazadores de Aragón.

De todas las operaciones que ejecutó el general Valdés durante la primera parte de su mando he dado cuenta detallada. No le dirigiré seguramente cargos por no haber librado combate ni batalla alguna decisiva y victoriosa. Sabido es que en aquella campaña no se batió tropa enemiga, sin que ella quisiera medir sus armas con las de nuestros soldados. Jamás se vió obligada á combatir contra su voluntad. Si alguna vez se presentó este caso, fué por sorpresa ó porque tratara voluntariamente de salir de su sistema; pero nunca porque tuviéramos habilidad para obligarla á pelear en punto que no le conviniese. La pro-

tección del país y sus condiciones de guerra eran tales, que hallaba siempre el enemigo medios oportunos de una retirada á tiempo antes de empeñarse en acciones dudosas. ¿Qué hubiera tardado el general Valdés en destruir á los carlistas, sin el apoyo de los pueblos, en cualquiera provincia del interior? Las operaciones empezadas en Vitoria en 19 de Abril terminaron en Estella el 24, defraudando grandes esperanzas. Veintidos mil hombres dieron muestras de valor y de patriotismo, pero probaron otra vez que la fuerza vale poco en una guerra tan especial como aquélla, en la cual, para obtener todos los resultados apetecibles, se necesita contar con muchos elementos, aunque no se empleen todos sobre el campo de batalla. El ejército, al cual faltaron á los cuatro días raciones, necesitaba transportes para conducirlas á los puntos del interior, hospitales para los heridos y enfermos y otros recursos. Guerras semejantes se sofocan sólo ocupando grandes posiciones estratégicas con muchos y sobrados combatientes. Así se ahogó, después de inútiles esfuerzos y operaciones costosas, la guerra en la Vendée.

El ejército quedó desalentado, como la parte liberal del país, aunque no fueron las pérdidas materiales de gran consideración. Poco más de 300 prisioneros cayeron en poder del enemigo en la marcha y desorden de la noche; y aun cuando en el combate de la mañana las tuvimos mayores que él, quedamos dueños del campo de batalla, por cuya razón nos atribuímos la victoria.

Cuanto más se medita acerca de la conducta observada por el general en jefe carlista, con mayor fundamento pueden militarmente censurarse sus operaciones. Con una prudencia que se acercaba á la irresolución y á la timidez, viósele evitar los combates en los puertos de la Borunda, en los bosques de la sierra de Andía, en el fondo de la Amézcoa y en los campamentos.

Debió Zumalacárregui defender el puerto de Contrasta con algunos batallones. Es más fuerte esta posición que la que al día siguiente 22 nos disputó sobre Artaza. Pudo también en aquel día haber empleado mayor fuerza que la que presentó en ella. Durante la acción no vimos más de cuatro batallones sobre el puerto y otros dos sobre el camino que se dirige al valle. Por la noche no atacó nuestra retaguardia con más de seis compañías, que no se atrevieron tampoco á seguirnos en nuestra nocturna marcha. En cuanto á los flancos, no temería equivocarme si asegurara que los carlistas sólo hicieron entrar en fuego por la dirección de Monte-Jurra la corta fuerza de una compañía. ¿Para cuándo dejaba el general carlista el empleo del total ó el de la mayor parte de sus tropas? ¿Qué mejores terrenos esperaba para combatir, que aquéllos, tan célebres después por lo quebrados, para realizar toda suerte

de operaciones? Zumalacárregui tenía por costumbre, y era uno de sus principios en la guerra de montaña, que jamás olvidó, el ocultar sus fuerzas al enemigo; pero abusó de su sistema, porque al fin llega un momento en que el general tiene que emplear toda la tropa de su mando, y el no hacerlo constituye una falta que suele causar derrotas ó impide sacar todos los resultados ventajosos de la victoria. No pretendo hacer paralelo alguno entre el general carlista y el que gobernó el ejército de la Reina. El arte con que Valdés dirigió las marchas desplegando el desarrollo de sus columnas; el orden de acampar, combinando la seguridad con el descanso; la tranquila y serena disposición con que movía y mandaba los batallones; el juicio preciso y claro sobre todo cuanto se refería á los movimientos tácticos, y la atención que daba á la disciplina, como á los cuidados que la conservación del soldado le demandaba, fueron cualidades que el general Valdés adquirió en una larga práctica de la guerra, y que le valieron, así como la confianza y el respeto, el cariño y la estimación de todos cuantos servimos bajo sus órdenes. Él, por su parte, distinguía mucho á los que tuvo en buen concepto, y entre éstos honró siempre al general Córdova.

Pero en la expedición á la Amézcoa cometió la falta de hacer marchar á todo el ejército sobre una ó cuando más dos líneas, dando una prolongación interminable á las columnas é inutilizando la mayor parte de las fuerzas, que sólo presentaban sus primeras cabezas, con lo cual eran tardíos los movimientos y las maniobras de las tropas, é imposible el empleo de las que estaban en el centro y retaguardia para el ataque de estrechas posiciones. El enemigo en estos casos debe ser acometido por diferentes puntos de su frente y flancos, para conseguir desbordarlo. También la impedimenta embarazó mucho la marcha de los cuerpos, porque ocupó los caminos obstruyéndolos, y privó de rapidez los movimientos y la circulación de las órdenes. Aquella posición en que me preparé para defenderme hasta la llegada del día, fué la misma en cuya falda y cerca de Abarzuza recibió el general D. Manuel de la Concha la herida gloriosa que puso fin á su existencia.

Al siguiente día tomó el ejército el camino de Viana, pasando el 25 á Logroño sobre la derecha del Ebro, sin que el enemigo nos molestase. La difícil salida de Estella por el lado de Monte-Jurra no la interrumpió nunca Zumalacárregui, pues evitaba combatir, si se exceptúa en Mendaza, sobre toda llanura, por más que estuviese apoyado en fuertes posiciones y en espesos bosques. El ejército marchó á Logroño para encontrar víveres y descanso. Deseaba además el general Valdés estudiar, con la enseñanza de lo ocurrido, medios más rápidos de terminar la guerra y ponerse en comunicación segura con el Gobierno

de Madrid para transmitirle sus planes, y quizá las tristes impresiones que sacara de aquellas ásperas sierras.

Haría como cuarenta y ocho horas que nos encontrábamos en Logroño, cuando se presentó en la ciudad Lord Elliot, procedente del cuartel general carlista.

Traía aquel negociador inglés un proyecto para regularizar la guerra por medio de un convenio, á cuyas condiciones habíase ya conformado el general enemigo. Llamó Valdés á consejo á los generales empleados en el ejército que mandaba, y después de alguna discusión y de ciertas modificaciones á que no fué ajeno mi hermano, en vista de sus especiales aptitudes diplomáticas, quedó aceptado por el general Valdés, salva la aprobación del Gobierno (1). También puso el general en jefe en manos del mismo Consejo de Guerra de generales la grave cuestión

(1) Supongo que mis lectores verán con gusto las siguientes cartas confidenciales que sobre este asunto y en aquellos meses dirigió á mi hermano Sir George Williers, Ministro Plenipotenciario de la Gran Bretaña en Madrid. Por ellas se tendrá conocimiento de los antecedentes de aquella misión importantísima, cuya gloria corresponde enteramente á este famoso diplomático, el cual tomó cerca de su Gobierno y de Lord Wellington, que á la sazón lo presidía, la iniciativa de toda la negociación.

Madrid, le 19 *de Mars* 1835.

PARTICULIERE.

N'ayant rien eu d'important à vous communiquer, mon cher Córdova, je ne vous ai pas écrit depuis votre départ. A présent j'ai à vous dire que ma proposition d'un Commissaire anglois au Quartier Général du Prétendant, a été parfaitement bien accueillie par le Duc de Wellington. Il est même allé au devant de nos désirs et m'a expédié un courrier avec des indications pour rendre cette mission plus régulière et plus respectée, en lui donnant le but de proposer *un Cuartel* et de pourvoir au changement de l'horrible système de represailles. Ce but est non seulement honorable pour la Reine, comme preuve de son désir d'épargner le sang espagnol, mais il assurera au Commissaire anglois une réception par D. Carlos, même si ce dernier est disposé à écouter les autres choses qu'on lui dira, et qui sont *tout-a-fait* celles dont nous sommes convenus.

Le Gouvernement a passablement bien senti l'importance de cet acte, fait à la face de L'Europe par le Ministère Anglois et y a bien répondu, mais comme j'ai trouvé la note de Martinez * vague, je lui ai fait sentir, comme à Valdés, qu'on devroit franchement aller à la rencontre du Duc de Wellington et ne pas jeter sur lui (comme ou le voulait) le fardeau des instructions au Commissaire; car hors de l'Espagne, il ne faut pas se cacher que c'est sur le Gouvernement que tombe tout le blâme du système meurtrier de cette guerre. Personne ne pense a l'opinion publique qui est toute aussi sanguinaire que les factieux, et qui encourage le Gouvernement, les généraux, et les soldats, aux répresailles. Mais tout le monde dit qu'un Gouvernement doit se mettre au dessus d'une opinion mal dirigée, et user des moyens qu'on doit toujours posseder dans l'interêt de l'humanité, qu'on croit être inseparable de la saine politique. Donc, je suis certain qu'une demarche telle que propose le Duc de Wellington, fera plus que toute autre pour la cause de la Reine hors d'Espagne, et diminuera en même temps le nombre et le pouvoir des partisans de D. Carlos. On a fini par compendre ceci, et Mr. Valdés m'a dit qu'il avoit écrit à Mina de ne plus fusiller personne, et de mitiger par tous les moyens en son pouvoir le système qu'on a poursuivi. Plus, le Gouvernement est prêt à designer quelque place

* Martínez de la Rosa.

de la cooperación francesa. Opinaba por ella Valdés, así como todos, incluso Córdova, por muy poderosos motivos ya iniciados en los Cuerpos Colegisladores y en la prensa, que poco tiempo después tuvo ocasión de manifestarse. De acuerdo los generales, recibió mi hermano del jefe del ejército la misión de llevar y sostener en Madrid

forte qui sera regardée com'un terrain neutre, où les prisonniers des deux côtés puissent être gardés jusqu'à la terminaison de la guerre, et que toute proposition faite par le Commissaire anglois et agrée par les insurgés ayant pour but *l'humanisation* de la guerre, sera bien vue et adoptée par le gouvernement. J'espère, mon cher ami, que vous serez de mon avis; que tout ceci est *bon* et capable de *bons résultats*.

Le moment aussi de l'entreprendre est très favorable. Zumalacárregui pendant les trois semaines passées, a fort peu profité des avantages qu'il avait obtenu. Les factieux comme on nous l'assure, sont assez *apurados*. Le gouvernement montre de l'energie, en envoyant de renforts, et vous avez un commandement qui doit bien alarmer le Prétendant et Zumalacárregui. Ce n'est donc pas par la peur, que la Reine se prête aux voeux amicaux de Son Allié, qui en même temps fait savoir à D. Carlos, que jamais ni de lui, ni d'aucune autre puissance européenne peut-il espérer le moindre secours à sa cause, et qu'on verra avec un souverain déplaisir, tout ce qui tend à la prolongation de la guerre.

Quand les factieux seront bien *enterados* de tout ceci, qu'ils voient que, ni dédans, ni déhors de l'Espagne il-y-a espoir d'appui pour eux, et qu'ils voient aussi que dans le moment de sa force, le gouvernement de la Reine désire montrer sa modération, il me semble presque impossible que les chefs et les soldats restent toujours sourds à la raison, ou plutôt à leurs intérêts, et ne cherchent pas à profiter du port qui leur sera ouvert, surtuout, si les Généraux de la Reine agissent bien de concert avec eux-mêmes et le gouvernement, sur les moyens politiques, tant que militaires.»

«Tout ceci est un *profond secret* pour le publique de Madrid, et je n'ai pas besoin de vous prier de le taire à *tout le monde*.»

«Jai beaucoup parlé de vous avec Valdés, qui a toute la confiance possible en vous, et il m'a paru parfaitement apprécier votre zèle, votre activité et votre bravure, et surtout, comme il disait, cette ambition qui porte les hommes aux hauts faits, et qui malheureusement manque tant en Espagne. J'ai été tout-à fait content de lui par rapport à vous, et je suis bien exigeant quand-il s'agit de mes amis.»

En otra carta de fecha 30 de aquel mismo mes de Marzo, le decía:

«Je ne veux pas laisser partir ce courrier sans vous remercier de votre lettre du 23. Jusqu'au 26, le Gouvernement n'avait rien entendu de Mina, depuis son départ de Pampelune. Les bruits des grands succès qui avaient circulé en attendant, ont été dissipés par la dépêche de Mina même, qui tout en s'éfforçant de le faire, ne met évidemment pas un grand prix à ce qu'il a fait, et la prise de cette malheureuse bicoque de Echarriaranaz prouve que Zumalacárregui est plus alerte ou plus rusé que lui.

»Je n'ai rien de nouveau d'Angleterre depuis que je vous ai écrit, excepté une depêche très satisfaisante du Duc de Wellington dans laquelle il se montre tout-à-fait prêt à seconder les vues du Gouvernement pour faire partir l'Infant et pour mettre fin au système sanguinaire de la guerre. Jugez donc comme cette proclamation de Mina, livrant aux flammes le village de Lecaroz, et *quintando* les habitants, est arrivé à propos! Le publique d'ici en à été enchanté, et le regarde comme la plus belle chose que Mina ait jamais faite, desirant seulement que cet excellent système ne fut par borné aux provinces insurgées, mais qu'on le donna un peu d'entendu pour le pays en général.

»Hors d'Espagne je sais bien le mauvais effet que cela produira; et dans le moment on le Gouvernement espagnol donnoit des assurances au Cabinet anglois qu'on adoucissoit la guerre le plus posible, une proclamation aussie féroce ne peut que produire une impression fâcheuse sous tous les rapports, même si toute la sévérité imaginable étoit nécessaire pour la cause de la Reine.»

aquellas dos graves é importantísimas cuestiones, que ponían á disposición del Gobierno medios poderosos para regularizar la guerra y para que se realizara la cooperación extranjera, poniéndola término, y con ella á la anarquía y desmoralización que amenazaban concluir con el trono de Doña Isabel II y la libertad. Yo recibí la orden de mi hermano

Pero continuando constantemente con el noble afán de ver mejorar aquellas terribles condiciones en que nos combatíamos, y dando cuenta á mi hermano del estado en que se hallaban las negociaciones y de los resultados ya conseguidos, decía el insigne diplomático el 13 de Abril:

«Valdés est parti enfin, et j'espère que dans sa double capacité, et avec ses pleins pouvoirs il parviendra à ramener un peu d'ordre, et à faire sentir à ces messieurs que l'intérêt personnel en faveur duquel ils prolongent la guerre, doit enfin avoir un terme. A ce qu'on me dit, il va agir assez rudement avec les plus coupables.

»Vous saurez que le Duc de Wellington a envoye deux commissaires au Quartier Général (s'il en a un) de D. Carlos: ils sont bien choisis, et leurs intentions sont les plus décisives possibles: D'abord, ils doivent tâcher d'arranger quelque chose pour l'echange des prisonniers, et dans ce cas, un de ces messieurs se rendra au Quartier Général de Valdés pour lui en donner compte. Puis ils doivent assurer au Prétendant l'horreur qu'inspire cette guerre en Europe; la résolution fixe de l'Angleterre et de la France, de donner effet aux articles additionnels de Quadruple Alliance; qu'il ne recevra aucun aide de ces Puissances, ni d'aucune autre en Europe, et que s'il ne quitte pas incessamment l'Espagne, il trouvera dorénavant ses communications fermées avec le monde entier. On lui offre dans le cas qu'il quitte toute suite l'Espagne un asile en Angleterre ou en France. Il n'y a pas de double entendu dans tout cela, et la manière prompte dont la chose a été faite, étonne les braves gens d'ici. Le matin du 14 j'ai écrit que le Gouvernement espagnol verroit avec plaisir cette mission, le 27 les deux commissaires evoient déjà quitté Londres. Tout étant arrangé pour la coopération de la France—mais, le croirez-vous? oui, vous le croirez facilement—que Martinez de la Rosa, n'ayant donné que des demis instructions à Frias, celui-ci s'est refusé de faire une demande formelle de la part de son Gouvernement, pour qu'un commissaire François acompagne celui de l'Angleterre. Le Duc de Broglie ne comprenant pas cette froideur de la part de l'Ambassadeur, a dit qu'il ne nommeroit personne jusqu'à ce que Frias eut reçu des ordres de Madrid. Par conséquent, ou les anglois sont allés seuls, et la mission perd la moitié de son importance, ou ils attandent le commissaire françois, et perdent 15 jours de temps.»

Por fin, y con esto termino por ahora la copia de esta correspondencia, el 27 de Abril le escribió esta importantísima carta:

«Je vous remercie de votre bonne petite lettre du 18, mon cher ami, qui m'a fait grand plaisir quoique vous auriez du m'y parler de votre tournée dans les Amezcoas * qui me parait véritablement *un capo d'opera* dans son genre, et que tout le monde peut parfaitement comprendre et apprécièr parce que votre dépéche là dessus est simple el prophétique au-plus haut dégré—elles le sont toujours. Cette affaire a produit une vive impression ici. La Reine en est enchantée.»

«Le fils de Amarillas m'a dit que lui et son frère recevoient constamment des lettres de leurs correspondans militaires et civiles, *llenas* de vos éloges, de la confiance que vous inspiriez et du contentement général que vous avez su repandre. Je n'ai pas besoin de vous dire le plaisir que ceci me cause.»

«Jusqu'à présent, personne ne paroit comprendre le plan de campagne que va suivre Valdés; mais on a de grandes espérances de vous et de lui. Ces factieux semblent recommencer leur ancien système de dispersion, et je crains que jamais il ne vous livreront bataille. C'est pour cela que je trouve que Valdés a raison de brûler les villages; il fera probablement prisonniers

* Se refería á las operaciones realizadas después de salvada la plaza de Maestu.

para que lo acompañara á Madrid, entregando el mando del 2.º batallón de Aragón. Grande fué mi pesar: habíalo desempeñado pocos días; pero durante ellos alcancé de aquellos soldados muchas pruebas de estimación y confianza, y se me hicieron queridos, porque sobre sus señales de afecto y de arrepentimiento sobresalieron pronto grandes cualidades militares de valor y de disciplina.

No tardamos mi hermano y yo, corriendo la posta, en regresar á

tous ceux qui seront capables de porter les armes, mais j'espère qu'il ne les fusillera pas sans nécessité absolue, ou au moins, sans établir une espèce de procès militaire préalable qui produirait pour la forme un excellent effet hors de l'Espagne, ce qu'il ne faut pas absolument négliger, car c'est toujours d'un gouvernement établi, et d'une armée organisée, qu'on attend un bon exemple; quoique'ici, comme vous le savez bien, on ne serait que trop enchanté de vous voir nager dans le sang factieux, sans songer que c'est toujours le sang espagnol, qui, plus qu'aucun autre en Europe, crie à la vengeance et aux représailles.»

«Je ne sais rien des mouvements ni des démarches de Lord Elliot. L'attitude imposante que prend à présent l'armée de la Reine, lui sera utile, en rendant le Prétendant *mas manso*, quoique la dimission du Gouvernement anglois change beaucoup le caractère de ses instructions.»

« Regardant cet événement comme espagnol et non comme anglois, je le trouve très facheux pour ce pays. Les sommités de l'opposition ici, qui ne comprennent pas le premier mot de la politique de leur pays, et qui, par conséquent sont fort peu propres à juger de celle des autres, ne peuvent pas contenir leur joie: ils prétendent que la défaite de Wellington vaut six de Zumalacárregui. Ces messieurs ne comprennent pas, que malgre qu'il y ait des differens entre les Whigs et les Torys, ont est *caballero* en Angleterre avant tout, et sans référence à la couleur politique; et que, par conséquent, si on déclare suivre telle ou telle marche, on le fait, et on ne dit pas une chose en faisant une autre. Le Duc de Wellington à son événement au ministère a reconnu que le salut de l'Espagne dépendoit de la abolition de la loi Salique; que la richese, le sang, l'intélligence, tout en fin sur lequel peut dépendre l'avenir d'un pays qui est digne d'être respecté dans une communauté quelconque, se trouvoit rangé du côté de la Reine qui avoit pour ses ennemis, ceux qui le sont de tout progrès humain et que vivant par les abus, en desiroient le maintient. Il a toute suite vu que la cause de D. Carlos était celle de la révolution, et il n'a pas hesité un instant à appuyer la Reine, non seulement de bonne foi, quand aux traités existans, mais de bon cœur, comme question européenne. Tout autre gouvernement anglois auroit fait et fera comme lui pour les armes, munitions, etc.; mais, qui si non lui peut-être *dans la situation* d'envoyer un Commissaire au Prétendant, pour dénoncer au nom du gouvernement anglois, et des *Puissances de l'Europe*, sa cause, ses prétentions, et ses espoirs d'appui? Qui si non le Duc de Wellington auroit pu faire ceci? qui si non lui purra parler raison aux Puissances du Nord avec la chance d'être écouté? Je suis convaincu en outre, que ces Puissances ne demandoint pas mieux que de prendre ses conseils, et je pourrais presque dire sa garantie pour la marche des affaires en Espagne, et qu'elles se seroient hâtées de revenir de la fausse position où elles se sont mises. Personne moins que moi attache une importance indue à la reconnoissance de ces Puissances, mais je tiens fort à leur neutralité. Quel sera à présent leur marche? Elles regarderont les successeurs de M. Peel comme un gouvernement revolutionaire, un gouvernement qui voudra porter la propagande partout où il pourra mètre le pied, et ça sera naturellement dans le pays ou les formes constitutionelles son en état de pousser des racines. Ça sera donc, dans ces pays qu'elles chercheront à combatre le gouvernement anglois. Qu'est-ce que ça leur fait, que la Péninsule soit livrée au feu et au fer, aux horreurs d'une guerre d'opinions? Elles n'y auront rien à perdre et si de l'anarchie peut, éventuellement, sortir le despotisme, leur but est acompli. C'est pour ceci que je regarde la chûte du gouvernement Péel comme malhereuse pour l'Espagne, mais je crois que si je tenais ce langage à Galiano et compagnie, ils n'en entendroient pas un mot, mais me prendroient simplement pour carliste. La Sainte Alliance n'osera jamais se mettre activement en hostilité, mais l'encouragement morale et l'argent ne manqueront pas, et jamais je n'ai plus senti qu'à présent l'importance de finir avec la guerre.»

Madrid, donde desde las primeras horas de nuestra llegada comenzó á mostrarse la agitación pública. Sufría á la sazón el jefe del Gabinete, Sr. Martínez de la Rosa, grandes embates de los partidos extremos, haciendo más precaria la situación política en que se encontraba el Gobierno, que, como todos los de aquellos calamitosos tiempos, vivía agobiado por inmensas dificultades y sin la autoridad ni el prestigio necerios para abordar é imponer á la opinión proposiciones de la trascendencia extraordinaria que envolvían aquellas de que era portador Córdova.

Conocidas las bases de la negociación, sirvieron bien pronto de tema á los ataques más violentos y á las declamaciones más apasionadas. No me extenderé sobre este punto, tratado extensamente por mi hermano en su *Memoria justificativa* y en otros estimados libros. Diré, no obstante, que oponerse á la regularización de la guerra, poniendo término á los horrores de los fusilamientos de que eran víctimas los oficiales y clases de tropa más inocentes y desdichados, y exigir sacrificios tales del ejército á nombre de la libertad y de principios liberales y aun democráticos, parecióme entonces como ahora el colmo de la iniquidad y de la barbarie. Hiciéronse por fin triunfar, aunque no sin grandes esfuerzos, las principales bases del convenio de Elliot en una parte del territorio que asolaba la guerra; mas no pudieron generalizarse ni hacerse admitir en Cataluña, Aragón, Valencia y otras provincias, donde por desgracia, y para vergüenza de todos, continuaron ambos partidos dándose mutuos ejemplos de ferocidad implacable.

Mayor oposición encontró todavía del partido exaltado el proyecto de cooperación extranjera, cuando éste se fundaba principalmente en un principio de justa reciprocidad y podía reportar á la patria ventajas inmediatas. Por el tratado de la Cuádruple Alianza resolvimos nosotros en Portugal el triunfo de Doña María de la Gloria con el de la causa de la libertad en aquella nación hermana, y en virtud del mismo tratado teníamos derecho á reclamar de las potencias contratantes el propio auxilio. Pero negóse Francia en un principio á la intervención, entre otras razones, por el empeño demostrado aquí por todos los partidos, excepción hecha del que á la sazón gobernaba, de rechazarla. ¿Qué importaba en efecto á Francia nuestra anulación y nuestra ruina, consecuencia inmediata de la prolongación de la guerra? En las muchas é importantes conferencias que el general Córdova celebró entonces con los Ministros y con no escaso número de Próceres y Procuradores influyentes, á nombre y en representación del general Valdés, defendió la intervención, limitándola á que las fuerzas aliadas ocuparan todos los valles desde la frontera hasta el Ebro, gran parte de Cataluña, y muy especialmente la provincia de Gerona. Sin apoyo en el Norte ni comunicación

con la frontera, sin ramificaciones posibles del lado Nordeste de la Península, quedaba Cabrera con sus huestes de Aragón y Valencia á merced del Gobierno, y la guerra en todas partes rápidamente terminada. De todos modos, nada se consiguió; intimidado el Gobierno por el vano clamoreo de la prensa y de los corifeos políticos, dejó correr el tiempo y los sucesos sin adoptar resolución alguna en aquel patriótico sentido, y cedió en mal hora á las demostraciones turbulentas de aquellos mismos que, ejerciendo el poder más tarde, solicitaron con mayor ardimiento lo propio que entonces rechazaran. ¡Fatal inconsecuencia de los partidos españoles!

Así pasó algún tiempo, y mi hermano como yo dejamos definitivamente de pertenecer al ejército del Norte.

Entretanto yo vivía en la corte en medio de su escasa sociedad, sin ocuparme mucho de la guerra y nada por cierto de política. Madrid había decaído lamentablemente. Disuelta ó poco menos la Real familia por la muerte del Rey y por los acontecimientos que la siguieron, perdió el Palacio aquella influencia que yo alcancé y que animaba tanto la vida de la capital. Ausente y combatiendo en la montaña el infante D. Carlos; emigrada su familia, la de la Princesa de la Beira, y con ellas toda la numerosa y brillante servidumbre de los dos cuartos, quedaba sola en el Alcázar D.ª María Cristina con las dos Princesas niñas, observando estrechamente el duelo de su viudez y harto agobiada por la gobernación del Estado en aquellas circunstancias críticas. Don Francisco, en actitud poco definida entonces, viajaba por el extranjero, y ni siquiera el Cuerpo diplomático lograba prestar alguna animación á la sociedad madrileña; pues sin reconocer todavía el nuevo Gobierno por gran parte de las potencias, muchos de los individuos que lo componían recibieron orden de regresar á sus cortes, siendo escasísimos los que en aquel año conservaron su representación cerca de la Reina Gobernadora. Entre estos últimos citaré, no obstante, á Sir Georges Willers, después Lord Clarendon, tan hábil ministro y esclarecido hombre de Estado en Inglaterra, como se sabe. Conservo entre los papeles que dejó mi hermano, la nutridísima correspondencia que con él mantuvo aquel insigne diplomático, de la que he copiado las cartas referentes al convenio de Elliot, como copiaré algunas otras más adelante, y desde luego aseguro que si todas ellas fuesen entregadas á la publicidad, llamarían poderosamente la atención en Europa.

La Grandeza de España y la aristocracia toda, así en Madrid como en las provincias, dividióse desde el comienzo de la campaña en dos opuestos y enconados bandos, y aun muchos de los que permanecieron adictos á la hija del Rey tomaron partido en el campo liberal por los moderados ó por los progresistas—aun cuando éstos fueron los menos;—

pero resultando de todo ello, por efecto de la viveza con que la política hería las pasiones de todos, la desanimación y aun la disolución casi completa de la buena sociedad madrileña. Aquella brillantísima oficialidad de la Guardia peleaba y moría en el Norte, entristeciendo y cubriendo de luto muchas familias, cuyos salones, tan hospitalarios y brillantes, permanecieron entonces y por largo tiempo desiertos y cerrados. Algunos de aquellos apuestos jóvenes, para librarse de persecuciones arbitrarias, cruzaron el mar, como lo hizo mi estimado amigo D. José de la Pezuela, uno de los más bizarros de su época, buscando en la isla de Cuba un refugio que no admitió en las filas carlistas ni en la emigración al extranjero.

Manteníanse tan sólo en Madrid por aquellos años las tradicionales y agradabilísimas tertulias de los «amigos de confianza», y no era mucho que los míos y yo recorriéramos en cada noche tres ó cuatro de tan encantadoras reuniones, donde brillaban siempre las hermosuras que fueron gala de la antigua corte, y otras que empezaban á renovar el alegre mundo femenino. Las pertenecientes á las familias de Puñonrostro, de Santiago, de Oñate, mostraban ya el porvenir á que las destinaban sus encantos y sus virtudes entre la futura grandeza de este país, cualquiera que fuese la política triunfante en el campo de la guerra.

Veíase en raras ocasiones á esta parte de la sociedad en los paseos, y menos en los teatros, muy decaídos entonces, pero bastante frecuentados ya por las clases del comercio y por las familias pertenecientes á la industria y á la alta banca. En aquella época se presentó en Madrid una dama de deslumbradora hermosura y de atractivos singulares por su elegancia, su amabilidad y su talento, que parecía habernos enviado América para rivalizar con Europa. Me refiero á madama de Buschenthal. Su casa fué muy pronto el punto de cita de una sociedad selecta, donde se mezclaban la aristocracia, la política, las artes y la industria, como en campo neutral abierto á todas las ideas y opiniones. Aun creo yo que fué este el primer salón de tal carácter cuyas puertas franquearon el paso en Madrid, para confundirlos, á estos elementos hasta entonces sistemáticamente separados, inaugurando la fisonomía especial que ahora distingue á la sociedad contemporánea. Debo también á Buschenthal, al amigo querido por quien tantos afectos alimenté, un recuerdo en estas *Mis Memorias.* Hasta su llegada no se conoció en Madrid al prototipo del hombre de negocios, original, trabajador, incansable, de actividad febril y fecunda para los adelantos y progresos materiales del país. A él se deben las grandes empresas, las grandes iniciativas industriales y mercantiles que otros siguieron después como continuadores suyos, enriqueciendo y aumentando la fortuna pública.

Como detalle en verdad insignificante, pero que causó mucha impresión en Madrid, variando el anticuado aspecto de sus calles, citaré la desaparición del prosaico calesín, debida á su iniciativa, y su sustitución



DOÑA MARÍA DE BUSCHENTHAL.

(Copia de una miniatura de familia.)

por las confortables berlinas de alquiler, que entonces nos parecieron un exceso de comodidad y de elegancia. De aquella época arranca la generalización del paseo de coches en el Prado. Los salones abiertos desde entonces de madama de Buschenthal, á quien ya tratábamos con el familiar y cariñoso nombre de *María*, no se han cerrado nunca. Muchos

años después de la fecha á que aquí aludo, y por vicisitudes de la política que hicieron á Buschenthal perder y adquirir de nuevo la fortuna, cuyos secretos conocía como nadie, tuve ocasión de abrazarlo en Madrid tras larga estancia en América y pocos meses antes de su muerte. En su casa volvimos á encontrarnos Salamanca, Serrano, Prim y tantos otros: todos habíamos envejecido, excepto la sin par María, que joven siempre, cariñosa y sociable como ninguna, mantenía su salón como lo mantiene ahora, rodeada de ilustres amigos que no la abandonan nunca y que jamás han sido abandonados por ella.

Pero no gozaban del reposo y atonía de que daba muestras el gran mundo, las gentes y los círculos políticos, agitados por grandes luchas y conmovidos por las cuestiones de que andaba pendiente el porvenir de España.

El Rey difunto había dicho, con el talento práctico que le distinguía, que él era para esta sociedad *lo que el tapón para una botella de cerveza, que saltaría á su muerte.* Las pasiones, en efecto, alcanzaron la mayor intensidad de que tengo recuerdo en mi larga vida, y de igual modo se combatían y entrechocaban á cañonazos en los campos de batalla, que empleando las malas artes y rencores de la odiosidad política en los círculos, en los clubs y sociedades secretas ó en los Estamentos. Creo yo que, al revés de lo que sucede ahora, en que la mayoría del público permanece indiferente ante las luchas de los políticos, no existía entonces español alguno que no ocupara su puesto en los partidos y defendiera sus ideas por todos los medios imaginables. El país, como era natural, hallábase profundamente dividido entre las dos causas representadas por D.ª Isabel y por D. Carlos. Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza, Sevilla, las ciudades principales y populosas, pronunciábanse con más decisión cada día por las soluciones de la libertad, entrando en aquel grande y poderoso movimiento las clases industriales y la población obrera, ávidas de progreso material y de reformas políticas.

En las poblaciones de segundo orden, en los pueblos rurales, en las aldeas y en los campos, ejercíase más directamente y con resultados eficaces el influjo del clero y las opiniones realistas de aquellos que diez años antes recibían al Duque de Angulema con sus 100.000 soldados al grito de *¡Vivan las cadenas!* Algunos asesinatos inicuamente cometidos en las personas de inermes frailes sublevaron el sentimiento público, y las antiguas inclinaciones del pueblo en favor de las comunidades religiosas reprodujéronse furiosamente, reclutando buenos contingentes para las filas de D. Carlos, donde al combatir las ideas nuevas creían pelear contra los que esgrimían el puñal cobarde y alevosamente, confundiendo así plausibles doctrinas y procedimientos infames. Contra los

derechos de D.ª Isabel pronuncióse también la gran masa de los empleados del antiguo régimen, expulsados de sus puestos y sustituídos por otros que, sobre merecer únicamente al favor sus destinos, demostraban á cada paso la inexperiencia que por desgracia llevaban al gobierno y á la administración. Los propietarios eran por lo general partidarios de D. Carlos, suponiendo que bajo su gobierno se verían expuestos á contribuir con menores cargas y vejámenes á las necesidades del Estado, y demostrando grandísima aversión por el régimen parlamentario naciente, cuyas primeras resoluciones se tradujeron desde luego en la imposición de tributos, y cuyos hombres, reclutados entre las filas de los partidos políticos, no representaban en realidad en aquellas épocas, ni creo yo que en la presente, las verdaderas necesidades ni los intereses directos del país.

El poco tiempo transcurrido desde la muerte del Rey y desde el planteamiento del sistema representativo, bastó para desacreditarlo, entre otras razones por la falta de realización que tuvieron en la práctica las grandes y fascinadoras promesas de que llegaba revestido. Cuarenta y siete años han transcurrido, y todavía continúan, si bien con caracteres distintos, las mismas luchas y las mismas dudas. ¿Qué habría de acontecer entonces, en los albores del sistema y en el seno de aquella ebullición de ideas, de intereses y de pasiones?

Iguales fenómenos se advirtieron desde un principio en el ejército. Cuantos servían en él, procedentes de las antiguas bandas realistas que combatieron la Constitución desde 1820 al 23, y que fueron separados de las filas á la muerte del Rey, declaráronse enemigos de la Reina, entrando á formar parte de las facciones carlistas desde el momento en que éstas se presentaron en las provincias del Norte, en las dos Castillas, en Valencia, en Aragón y en Cataluña.

Entre éstos se contaron la mayor parte de los oficiales de la Guardia de todas armas y de la Provincial: otros, como O'Donnell, Roncali, Aymerich y Malvar, de ideas reconocidamente absolutistas, sacrificáronlas al sentimiento de la disciplina y combatieron y murieron en defensa de una causa contraria á sus convicciones honradas. ¡Admirable ejemplo de honor militar y de fidelidad á las banderas! Los oficiales facultativos, y muchos que procedían del Colegio general, creyeron, como mi hermano, que sólo podía respetarse la memoria y la voluntad del Monarca difunto defendiendo los derechos por él reconocidos de su propia hija. Diré, además, que las vacantes que dejaron en los cuerpos los jefes y oficiales separados á la muerte del Rey fueron cubiertas por los procedentes de la emigración liberal y por aquellos que el antiguo régimen dejó en calidad de *indefinidos*. Entre éstos recuerdo á Narvaez, á Messina y á Loygorri.

En las clases de tropa de nuestros regimientos encontraron también las facciones carlistas un reemplazo constante y numeroso por la deserción. Las afecciones de familia y el espíritu del clero, enviando á nuestros soldados constantes consejos y excitaciones, contribuyeron mucho á que faltaran á su deber engrosando al enemigo, bajo cuyas banderas se alistaron al mismo tiempo gran número de los voluntarios realistas, desarmados y disueltos por el nuevo Gobierno.

Si tales y tantos elementos no bastaran á explicar el rápido acrecentamiento de la facción, recordaré la flaqueza de los dos Gobiernos que se sucedieron en el poder desde la proclamación de D.ª Isabel II hasta la época de que voy hablando, y la descomposición y quebranto de todo el organismo del Estado cuando se inauguraba un reinado nuevo, un régimen político distinto, y era depositaria del poder supremo una ilustre Princesa, si inteligente y valerosa, inexperta y débil como mujer al cabo. Para dar satisfacción á la opinión pública, que reclamaba victorias inmediatas y decisivas sobre el enemigo, Zea Bermudez como Martínez de la Rosa no se dieron punto de reposo en relevar y en sustituir generales en jefe para el ejército de operaciones; y Sarsfield, Quesada, Valdés, Rodil, Mina, y Valdés nuevamente, en el breve espacio de dos años, dieron entonces clara muestra del escaso valor práctico que encierran las prendas de valor y de pericia que todos ellos poseyeron, si tales condiciones no se completan para el triunfo, con la unidad de mando, de procedimiento y de plan general, que todas las guerras por necesidad requieren.

Así, á nadie extrañará que ante aquel cúmulo de dificultades y de peligros comenzara á preocuparse seriamente la opinión liberal, allá por los primeros meses del verano de 1835, considerando muchos inevitable el triunfo del carlismo. La crisis y el cambio de Ministerio acaecido en aquellos días agravó también la situación, especialmente por la causa internacional á que obedecía. Martínez de la Rosa, convencido al fin de la necesidad de apelar á la intervención extranjera pidiendo auxilio á las potencias, convencimiento que arrancó sin duda de las excitaciones de Valdés, Córdova y demás generales del Norte, y de la profunda sensación causada en Madrid por la derrota del primero en Artaza y el fracaso completo de sus operaciones, decidióse á reclamarlo de Francia é Inglaterra por conducto de nuestro embajador en París, el Duque de Frías. Conocido es el éxito contrario de aquella negociación diplomática, á que no pudo sobrevivir el Gabinete, y son también conocidas las consecuencias de la crisis, que á poco sumieron á España en la más espantosa anarquía por la sublevación casi simultánea de las principales ciudades del Reino.

Cierta tarde, como saliera de una de las tumultuarias sesiones del

Estamento, vióse Martínez de la Rosa amenazado por los puñales de una turba frenética, debiendo sólo la vida en aquel trance á mi hermano y á unos pocos oficiales, entre los que me encontraba yo, que le acompañamos y protegimos desde el Estamento de Procuradores, plaza de Santa Catalina, hasta su casa de la calle de Alcalá, sable en mano. Jamás olvidó aquel servicio de nuestro deber y conciencia Martínez de la Rosa.

¡Triste época y tristes recuerdos, en verdad.....! No he olvidado los elogios que mereció á todos los hombres sensatos la actitud de admirable sangre fría del sucesor de Martínez de la Rosa, del insigne Conde de Toreno, que aceptó la presidencia del Consejo de Ministros en aquellos malhadados días. No me faltarán quizá ocasiones en este libro de encarecer los servicios de aquel patricio; pero diré en seguida que, como orador elocuentísimo, historiador, filósofo y hombre de administración y de gobierno, halló en su tiempo pocos competidores, recabando para sí una jefatura casi indiscutida del que ya comenzó á llamarse partido *moderado*, en momentos que hubieran arredrado á los más fuertes. Pero Toreno poseía el temple de alma y el valor cívico de los hombres que la Providencia envía en los momentos críticos de los pueblos, y aquellas grandes cualidades parecieron acrecentar en él á medida que se cerraba con más obscuras nubes el horizonte de la patria.

Ayudáronle en su campaña gubernamental: Mendizábal, de quien me ocuparé más adelante; García Herreros, D. José Sartorio, Alvarez Guerra, Rivaherrera, y como Ministro de la Guerra, en fin, D. Pedro Girón, más conocido en el país entonces por su noble título de Marqués de las Amarillas. Era aquel general en su tiempo el hombre más ilustrado del ejército, si se exceptúa únicamente á mi insigne deudo D. Antonio Remón Zarco del Valle, á quien pocos igualaron en este siglo en el vasto campo de la ciencia. La reputación de Amarillas como soldado arrancaba de la guerra extranjera, donde gobernó con extraordinario lucimiento una división bajo las órdenes de Lord Wellingthon. Unía á todo esto mucha actividad para el trabajo y grandes aptitudes de organizador; cualidades que produjeron pronto sus frutos, porque sin grandes recursos en hombres, pertrechos y armamentos, pudo enviar rápidamente bastantes refuerzos al Norte, que se utilizaron después, como veremos, en las sucesivas operaciones.

Sin embargo, las noticias que cada día se recibían del ejército mientras se desarrollaba y resolvía aquella crisis eran desconsoladoras, y más graves y alarmantes por momentos. Después de Artaza súpose que Valdés levantaba la guarnición de Estella y abandonaba la ribera de Navarra, en donde nuestra caballería había dominado siempre con sus armas. Conocióse pronto también la derrota de Oráa en Larraizar y el aban-

dono de Treviño, Elizondo, Santisteban y Salvatierra, anunciándose la inmediata evacuación de Vitoria. La derrota de Carratalá en Ormástegui, el inútil y sangriento combate de Guernica, sostenido por Espartero y Carratalá reunidos, el sitio y toma de Villafranca por Zumalacárregui, á que siguió la derrota de Descarga y la rendición de Vergara con más de 3.000 hombres, precedieron á la entrega de Durango y Ochandiano y al sitio puesto á Bilbao por Zumalacárregui, que alcanzó pronto algunas ventajas sobre la ría, y sobre una guarnición que no era numerosa aunque múy brava, y que tenía pocas defensas artificiales, si bien estaba sostenida por su propio espíritu y por el de su valerosa Milicia Nacional.



EL MARQUÉS DE LAS AMARILLAS.

A todo esto Valdés había entregado el mando por falta de salud á Espartero, y éste, como Latre y como otros generales, se daba de baja por enfermo. Ninguno se sentía con fuerzas para sobrellevar el peso y la responsabilidad de las circunstancias. De sucesión en sucesión, el brigadier Tello, oficial de gran bravura, pero que todavía no era bien conocido, llegó á gobernar las armas. El Conde de Valmaseda, capitán general de Burgos, fué á reclamar y obtuvo con honra propia aquella sucesión del mando en el ejército, hasta que recayó por último en La Hera.

Ante aquel cuadro de desdichas y de riesgos inminentes, en que estuvo á punto de perecer el trono y la causa de la libertad, cuando los horizontes parecían cerrarse por todos lados, pronunciadas las

principales ciudades, perseguido y derrotado el ejército, la agitación en Madrid aumentaba y el desaliento cundía. Los pronósticos de los hombres más entendidos y de corazón esforzado eran fatales. Si se perdía á Bilbao, no podría contenerse al enemigo por un ejército pequeño y desmoralizado, que no resistiría el empuje de las fuerzas carlistas, fuertes por el número, por la victoria y por los jefes superiores que las mandaban. Don Carlos vendría sobre Madrid, guarnecido sólo por algunos batallones de la Milicia, sin encontrar obstáculos ni fuerza alguna capaz de resistirle.

¡Qué aspecto aquellos días el de las calles y plazas de la capital! La de la Montera y la Puerta del Sol, centro de la política y de las noticias, ofrecían alternativamente la imagen del caos ó la del desaliento más profundo. Parecía unas veces próximo á estallar un movimiento revolucionario sin razón ni objeto determinado, pero capaz de acabar con las pocas fuerzas que aun restaban al poder; y era tal en otras ocasiones la atonía, que la desesperación se apoderaba del corazón más animoso.

En tales momentos un hombre se atraía todas las miradas y era objeto de la expectación, y aun diré de las últimas esperanzas del país. El general Don Luis de Córdova, llegado del ejército con los laureles frescos de sus triunfos, representaba para muchos la victoria, y con ella la salvación. Veíasele con frecuencia en los altos círculos del Gobierno, consultado y requerido por los hombres del poder, y murmurábase, no sin algún fundamento á juicio mío, que diariamente penetraba en las regias habitaciones, manteniendo largas conferencias con altísimas personas. Jamás, creo yo, alcanzó mi hermano mayor posición militar y política ni mayor prestigio. Cuando asistía por las noches á las reuniones privadas ó sitios públicos, veíase inmediatamente rodeado, y érale difícil atravesar á pie las calles de la corte, sin que á los pocos momentos fuera engrosando el número de sus acompañantes, hasta el punto de causarle confusión y molestia. Mostrábase, sin embargo, modesto, cariñoso y comunicativo, manifestando una serenidad que en realidad distaba mucho de su ánimo. No recuerdo haber escuchado de sus labios por entonces una sola palabra de crítica ó censura contra los generales sus compañeros del ejército, ni de oposición á los Gobiernos. Un día, muy de mañana, me llamó á su cuarto y me dijo:

—Veo que el mando del ejército viene á mí, llamado á ese puesto por la opinión y las circunstancias. No lo deseo; tampoco lo rehusaré, porque hay en ello una obligación que me impone la patria y una cuestión de honor para nuestro nombre. Procura tener todas las cosas preparadas para marchar en las doce horas siguientes al recibo



Don Luis Fernández de Córdova.

de las órdenes. Elige seis ayudantes, contándote entre ellos; pero te encargo sobre todo el mayor sigilo. Si no voy al ejército, añadió, no se perderán estos preparativos, porque al paso que caminan los acontecimientos, tendré que reunir 20.000 hombres para defender á Madrid.

Los hechos, en efecto, confirmaban estas previsiones. Zumalacárregui estrechaba más cada día á Bilbao, que sólo podía oponer al enemigo los valerosos pechos de su Milicia ciudadana y de su fiel y sufrida guarnición. Ninguna defensa artificial oponíase al ataque, y la artillería era insuficiente y de escaso calibre. El ejército, al emprender su movimiento para socorrer la plaza, dirigióse por el camino de Valmaseda y Somorrostro, dejando en descubierto al frente de nuestro centro y libre al enemigo el camino más directo de Madrid. De esta suerte realizábanse los fatídicos pronósticos generalizados en la corte.

Un día al fin se supo que el Conde de Toreno había llamado al general Córdova, confiándole en nombre de la Reina y del Gobierno el mando interino del ejército del Norte. Mi hermano lo aceptó al momento, sin condiciones. En la noche anterior á nuestra partida asistió al Consejo de Ministros, declarando sin jactancia, pero con aquella firme serenidad que le era propia, que *no había formado por el momento plan alguno sobre las operaciones, pero que estaba resuelto á salvar á Bilbao ó perecer;* palabras á que aludió Toreno al felicitarle después de Mendigorría, en carta que copiaré más adelante y que conservo.

A las pocas horas corríamos en posta hacia Burgos por Valladolid con sólo algunos de los ayudantes designados, y sin detenernos en Briviesca pasamos á Valmaseda. No hallamos fuerza allí que nos sirviera de escolta suficiente y necesaria, pues los carlistas estaban interpuestos. Pero ningún peligro, sin embargo, contuvo al general, y emprendimos la marcha. En Medina de Pomar nos reunimos con Zarco del Valle, que iba al ejército con su Estado Mayor á pasarle una revista de inspección. Habíamos reunido con las dos escoltas 80 infantes y 30 caballos, y fué, por cierto, temeridad ciega atravesar aquel territorio. Continuamente marchando sostuvimos contra Castor rudos combates, en los que le batimos, para llegar á Portugalete. Todo parecía milagroso. Luchábamos á la desesperada, con la idea de alcanzar el ejército para salvar al país. Durante cuarenta y ocho horas no dejamos de caminar sino los pocos momentos en que dábamos de comer á los caballos. Las dos cortas compañías de infantería resistían más las fatigas que aquéllos, y los hombres parecían fantasmas que marchaban durmiendo. En Somorrostro nos dió un refresco la noble familia de la Marquesa de Villarias; pero tuvimos que abandonarlo á la mitad para

combatir contra Castor de nuevo, y le acometimos tan rudamente, que á punto estuvo de caer en nuestras manos.

Llegamos por fin á Portugalete: allí supimos que el ejército había entrado aquel día en Bilbao, y que los carlistas, muerto Zumalacárregui de resultas de sus heridas, habían levantado el sitio. Mi hermano, á pesar del cansancio de todos, quiso llegar á Bilbao, donde entramos á las once de la noche, empujados en una lancha por la marea.

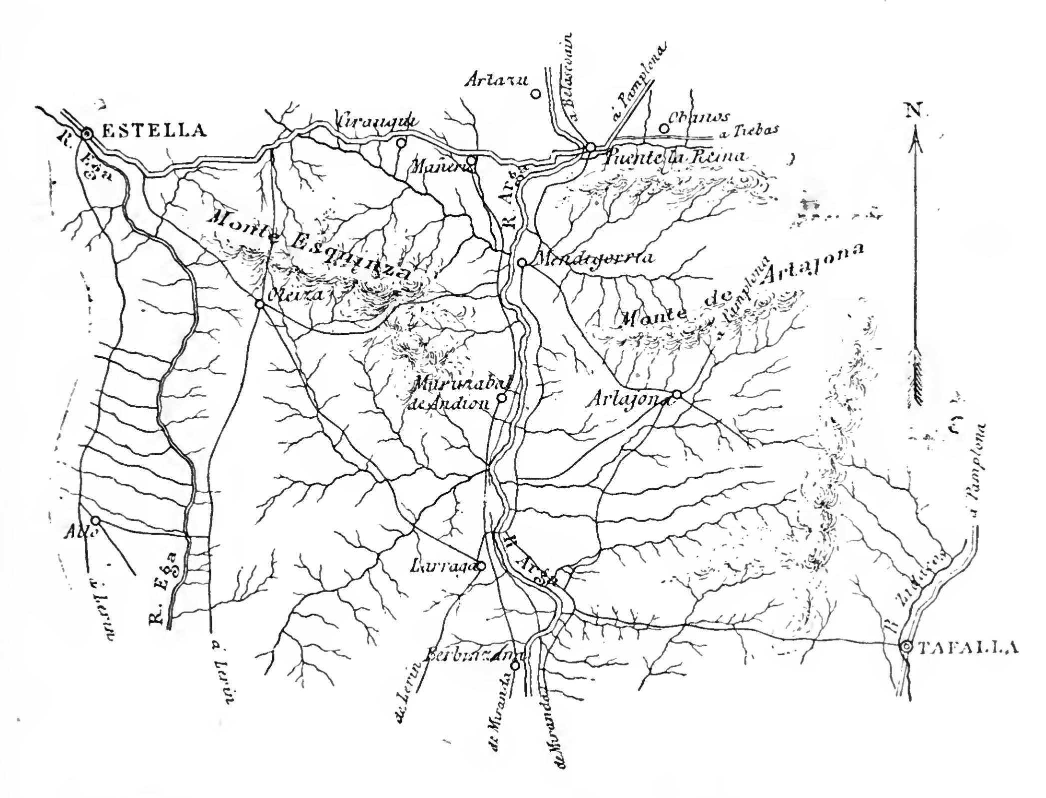
Al siguiente día tomó el mando, y como iba precedido de tanto prestigio, el entusiasmo de la tropa y oficiales fué grande, y mayor todavía el de la Milicia Nacional. Todos los cuerpos fueron inmediatamente revistados, y las desgracias sufridas parecieron darse al olvido. El ejército recibió la orden de marchar. Salir de Vizcaya y de Bilbao es más difícil que penetrar en el país y en la ciudad invicta. Mi hermano dió una proclama anunciando el camino que el ejército tomaría: era ya un reto lanzado al enemigo y una promesa de vencer que ofrecía á sus soldados. En ella les decía: «Este es el momento de la crisis, en el que todo el que abrigue un corazón noble y libre debe unir á los míos sus esfuerzos. Isabel y libertad será nuestra divisa; muerte ó libertad, el término de nuestras fatigas, la recompensa de nuestras proezas!»

Salió el ejército en una sola columna, camino de Orduña. El cuartel general pernoctó en Amurrio. Cuatro batallones sostenidos por otros cuatro, y bien mandados por un jefe conocedor del país, que creo recordar fuera Gurrea, marcharon por la noche, y sin detenerse atravesaron á Orduña y subieron á la Peña, coronando la altura más culminante. Al rayar el día, los carlistas acudieron para tomar esta posición; pero ya era tarde, y se lo hicimos conocer por un fuego á quema ropa. Mi hermano había cumplido su palabra al ejército, y lo había hecho sin inútil y sensible derramamiento de sangre. Aquellas terribles posiciones fueron fácilmente salvadas por las tropas, atónitas de semejante operación. Economizar la sangre del soldado es el primer objeto de un general estratégico que sabe emplear su fuerza en operaciones posibles y en empresas de útil resultado.

Triunfantes como si hubiéramos ganado una batalla, entramos en Vitoria. La opinión liberal en el país se había también rehecho. ¿Qué sucedía? ¿No eran los mismos cuerpos con los mismos jefes, oficiales y soldados? Un solo hombre lo había cambiado todo con una sola idea, con una firme resolución: con la de llevar al ejército á combatir por el camino de la victoria; y el camino de la victoria es para todo ejército aquel en el cual no se teme al enemigo.

Desde Vitoria marchamos á Logroño por la dirección más peligrosa, pero la más breve, y para ello el ejército atravesó Peñacerrada y la

Rioja alavesa. El entusiasmo de los patriotas, que victoreaban á aquel ejército que un mes antes veían tan abatido, era la mejor recompensa que éste podía recibir en premio de su propio buen espíritu. Espartero, restablecido, se incorporó á las tropas en Logroño. Tello, que tenía el cuño de valiente, mandaba una brigada; el Barón del Solar, de ya merecida fama, estaba á la cabeza de otra; Bernuy, en quien peligro alguno disminuía su festivo carácter, llevaba á sus órdenes á los cazadores de la Guardia, uno de cuyos batallones mandaba el bravo coronel La Torre; Carreras, cuya fama ganada en la guerra de la Independencia duraba con laureles no marchitos todavía, mandaba otra; Gurrea, el más valiente de los soldados de Mina, con los Méndez Vigo y el capitán Riego, eran garantía liberal para todos; y allí estaban Meer, O'Donnell, Narvaez, Roncali, León y muchos otros que después han ocupado los primeros puestos de la milicia española. Algunos oficiales de menor graduación entonces, pero de no menos mérito, como Pavía, Puñonrostro, Cumbres Altas, Mámola, Escosura, Ros de



Olano, Abadía, Santiago Rotalde, Malibrán, Marchessi, Alaminos y otros cien, mantenían con la alegría y el contento del ardor juvenil la satisfacción y la moral de las tropas, que sólo querían pelear. El ejército así animado y con mejor organización y espíritu, se reunía en

Logroño y pueblos inmediatos. Parecía que tantos valientes se daban cita y tocaban llamada para vencer.

Entretanto los carlistas sitiaban á Puente la Reina, cuya guarnición se defendía valerosamente, mandada por San Just; pero calculando el general enemigo que Córdova marchaba á socorrer la plaza, decidióse á librar batalla, para lo cual reunió sus fuerzas en Cirauqui, Mañeru y otros pueblos inmediatos. Las tropas de la Reina se detuvieron dos días en la Rioja y pasaron el Ebro por el puente de Lodosa, dirigiéndose por Lerín y Larraga á Artajona y pueblos contiguos. Ya entonces los carlistas habían levantado el sitio de Puente la Reina y su batería principal, de la cual retiraban la artillería; pero sorprendidos por fuerzas de la guarnición, murieron sobre el terreno varios individuos, entre ellos el jefe Reina, oficial valeroso y que, procedente del cuerpo de artillería, se había pasado al enemigo.

En la noche del 15 de Julio la situación de los ejércitos beligerantes era la siguiente : el grueso principal se encontraba en Mendigorría, centro de una línea en la que Moreno se proponía librar una batalla, apoyándose en la misma población, situada en una altura de duro acceso. Detrás de esta posición corre el río Arga, bastante caudaloso, aunque vadeable por diferentes puntos, con comunicación las dos orillas por un puente no muy ancho, como la mayor parte de los de España. Al otro lado del puente, es decir, en la orilla derecha y defendiendo este paso, colocábanse en posición y sirviendo de reserva seis batallones, la mayor parte alaveses, mandados por Villarreal, que era uno de los más bravos y entendidos generales de D. Carlos. Éste, con Simón la Torre, Mazarrasa, Zariátegui, Sopelana y otros caudillos carlistas, se hallaban en el pueblo distribuídos en posiciones que daban vista al camino de Artajona, por donde podía verificarse la marcha del ejército cristino si atacaba el carlista, al cual, como se ve, debía recibir al nuestro en la defensiva. Eran, pues, varios los defectos de la posición carlista. Por cualquiera de ellos podía recibir la humillación de la derrota.

Daba el ejército del Pretendiente la espalda á un río, y no cuidaba de comunicarse con su reserva, situada en la margen opuesta, más que por un angosto puente que unía las dos orillas. Separada por aquel río esta fuerza, era estrecho el terreno donde podían desplegar sus guerrillas y desenvolver el cuadro de tantos batallones. Las masas carlistas situadas delante del pueblo hallábanse embarazadas para maniobrar, y si no conseguían desarrollarse, quedaban al alcance del fuego de nuestra artillería y de nuestros numerosos tiradores, apenas éstos se presentaran. En tanto, el ejército cristino mantuvo el mismo día 15 reconcentrados en Artajona su centro y la derecha, que al siguiente debía

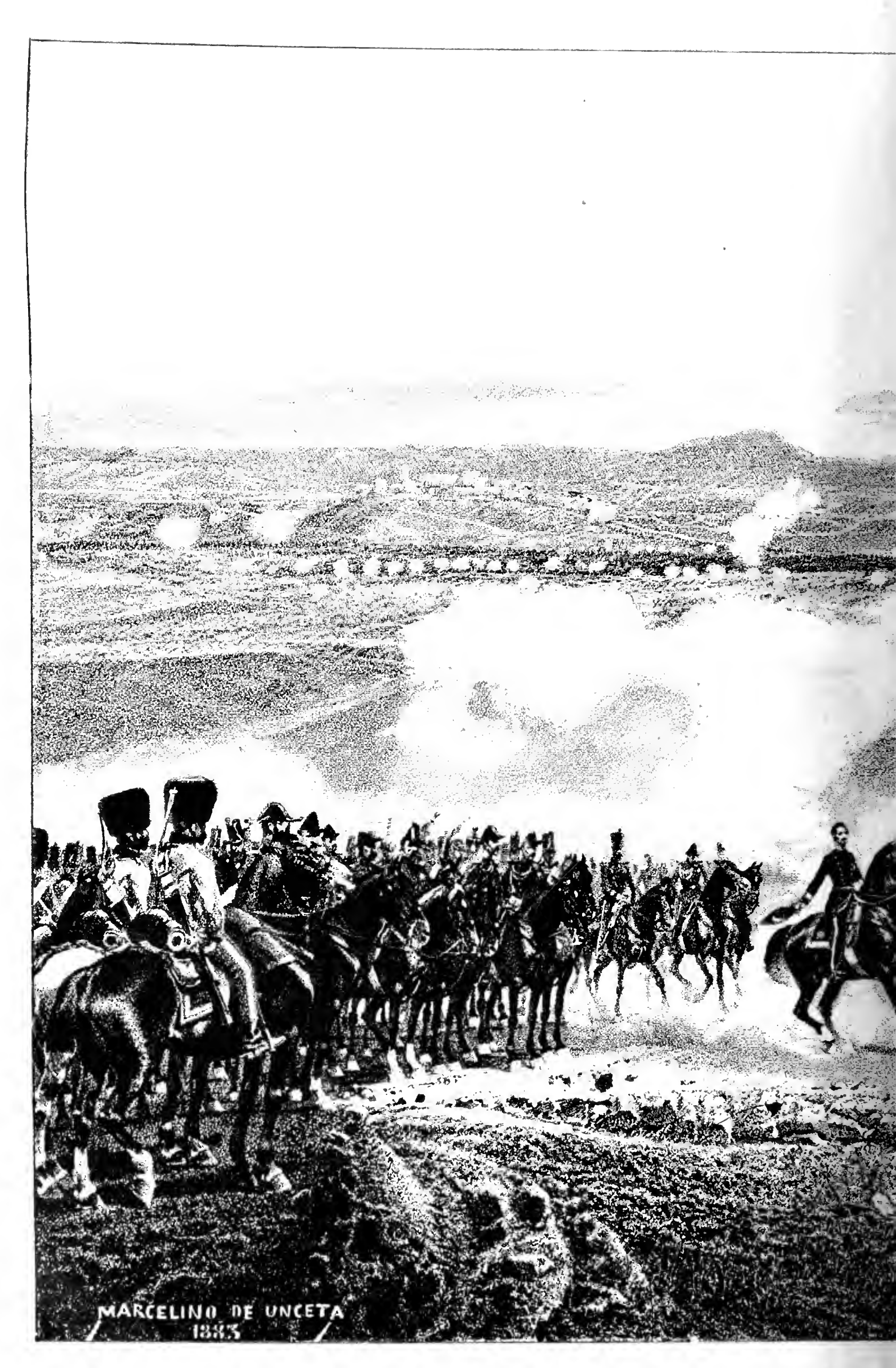
avanzar sobre este costado, marchando sobre Mendigorría. Formaba su centro la división de la Guardia, mandada por D. Santiago Méndez Vigo, oficial entendido y valiente, y una brigada de línea. La derecha componíase de tres batallones y 300 caballos, capitaneada por Gurrea, que animaba, como he dicho, el espíritu y la memoria de Mina; otra brigada dirigía D. Froilán Mendez Vigo, hermano de D. Santiago, y como éste, gran soldado. La izquierda en Larraga gobernábala Espartero, y la componían su división y otra, cuyo jefe era el Barón del Solar de Espinosa. En estas fuerzas se encontraban: Narvaez, mandando el regimiento del Infante como teniente coronel; Barrenechea, con el Provincial de Toro, de honrados castellanos; el brigadier Bernuy, con sus cazadores de la Guardia Provincial, una de las mejores infanterías que jamás tuvo el ejército; y Tello, tan valiente como festivo en el peligro, que dió la orden á su tropa en aquella jornada *de mojar las cazoletas* (1). De las fuerzas mencionadas, el regimiento del Infante componíase de andaluces; el 2.º de Ligeros, de cordobeses, y el inmortal de Gerona, así como el valeroso de Córdoba, de catalanes. La caballería, con D. Narciso López, entonces brigadier, el que más tarde había de encontrar tan desastroso fin en Cuba, debía mantener á retaguardia entre la izquierda y el centro una posición para acudir sobre el punto en que su acción se hiciese más necesaria y conveniente, enlazando de este modo la izquierda de Espartero con la derecha y el centro. Nuestra línea era oblicua, y nuestro orden de batalla, por lo tanto, el de rebasar la derecha, que estaba en un terreno donde el general no creyó que el enemigo se aventurara á todos los peligros que debía ofrecerle la superioridad y calidad de nuestra caballería, en la que figuraban los valientes cazadores de la Guardia. Dormimos en Artajona y Larraga, y bien aprovisionada nuestra tropa se entregó al descanso, segura de vencer. Hallábanse los generales confiados, y mi hermano radiante de ardor y de alegría. Así amaneció el 16 de Julio de 1835, día de la Virgen del Carmen y, como se verá, de doble fiesta para el ejército.

Las tropas tomaron las armas al amanecer, después de los ranchos, y el general en jefe practicó un reconocimiento con la brigada de Gurrea, que tomó posición sobre nuestra derecha, sosteniendo combates parciales con la izquierda enemiga, cuyos puntos avanzados arrolló en todas partes. Inmediatamente, á Espartero, que con cuatro brigadas había pernoctado en Larraga, dió orden de atacar con tres la derecha enemiga, que se apoyaba sobre la posición de la Corona, á la margen izquierda del Arga, sirviéndole la cuarta de reserva; y á

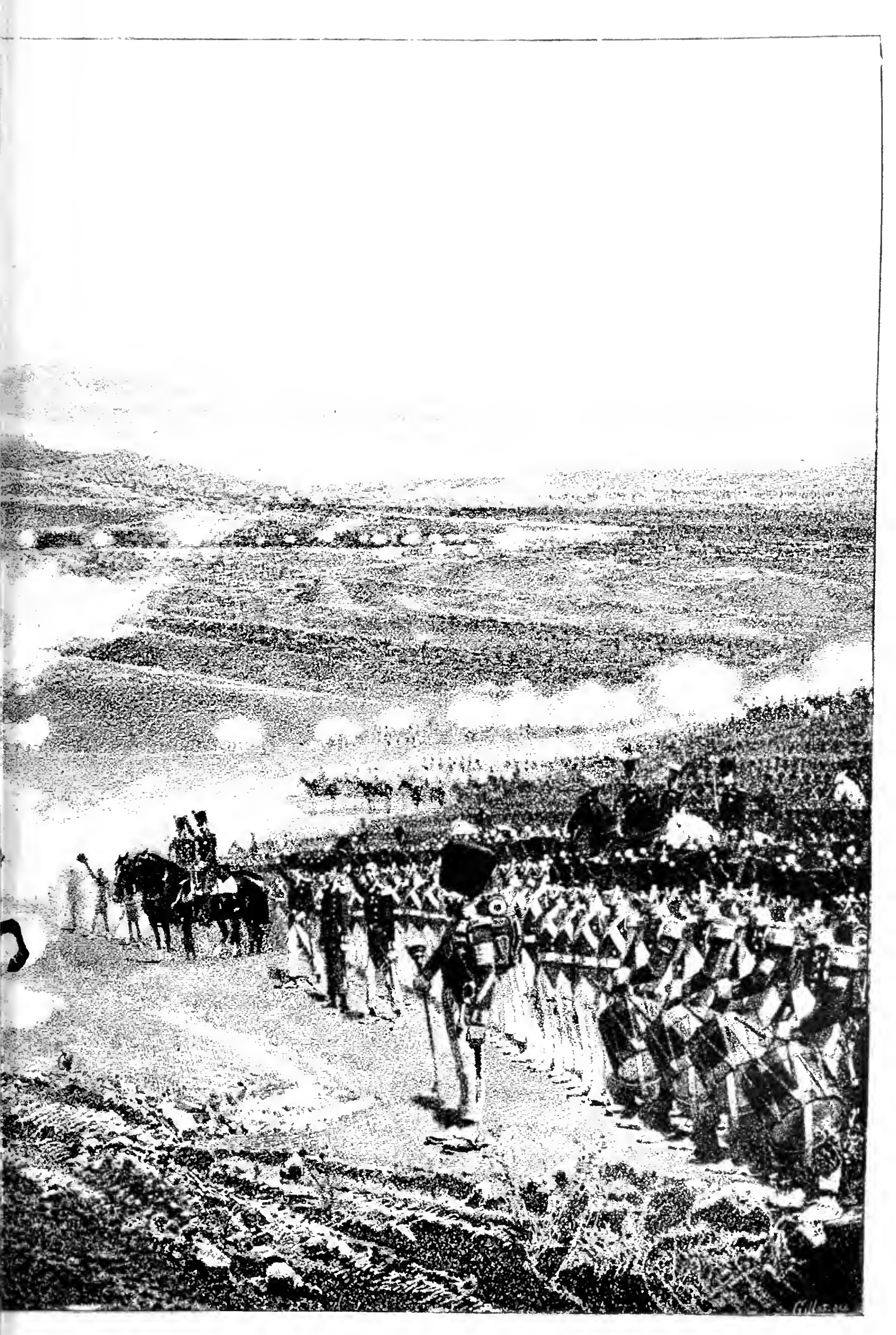
(1) Y digo *mojar*, por respeto á mis lectores; pero la frase fué otra que adivinarán seguramente todos, y especialmente los militares.

Gurrea, la de envolver la izquierda por el lado de Ovanos. Para contener á Eraso sobre este punto, mandó el general tomar posición á la brigada de D. Froilán Mendez Vigo, debiendo cubrir así, al mismo tiempo que nuestra extrema derecha, al pueblo de Artajona, en donde quedaron situadas las ambulancias, los equipajes y los caballos de los oficiales, que debían este día marchar y combatir á pie. Un batallón quedó á la guarda de aquel interesante punto, que servía de base á las tropas. La caballería reunida dominaba los caminos de Artajona á Larraga y desde este punto á Mendigorría. El país, poco accidentado, estaba cubierto por un tupido, verde y alegre viñedo. Apenas si alguno que otro árbol marcaba las lindes de las propiedades.

El enemigo, siempre delante de Mendigorría, ocupaba las mismas posiciones que la tarde anterior, y, como antes dije, no tenía espacio para maniobrar ni desplegar, que fué el gran error del orden en que Moreno había formado las fuerzas para el combate. Como en una parada, el ejército de la reina Isabel se puso en movimiento contra el del Pretendiente antes de que el día mediara, emprendiendo el camino de Artajona á Mendigorría. Una pequeña vanguardia de cazadores marchaba en cabeza, seguida por el general en jefe, que con su brillante Estado Mayor se presentó al ejército. Este le recibió en medio del mayor entusiasmo. Al general Córdova ya le conocen mis lectores: era jóven, su edad no pasaba de treinta y cinco años, alto, de figura tan distinguida como simpática y de expresivo semblante; su mirada viva penetraba hasta el fondo del alma. Montaba brioso caballo extremeño, que dominaba sin ocuparse de él, y vestía, aun en el campo, con extremada elegancia. El atractivo de su fácil y elocuente palabra le prestaba el don de arrastrar al soldado en el entusiasmo de su propia inspiración, y así á todos lo comunicaba con su presencia. Los oficiales y jefes saludaron conmovidos al general con sus espadas y banderas; las músicas y tambores batieron marcha, haciendo llegar al opuesto campo los honores que le tributaban, recibiendo el general con viva emoción las aclamaciones del soldado, que parecía querer romper la disciplina rompiendo las filas para saludarle. Tuvo palabras para cada cuerpo: al acercarse al 4.° de la Guardia, compuesto de viejos y honrados castellanos y gallegos, les dijo con vibrante voz: *¡Granaderos, el terreno es fácil: hoy es día de emplear la bayoneta!* Y al divisar la bandera de Gerona, bajo la que sólo servían veteranos catalanes: *¡Soldados*—exclamó,—*esta tarde beberemos juntos en Mendigorría!* Las tropas contestaban, y el diálogo entre el soldado que iba quizá á recibir la muerte, y el general que á la gloria lo conducía, impresionaba ardientemente todos los corazones. Así marchaba á ponerse á la cabeza de la vanguardia, más inmediato al enemigo que debe estarlo el jefe de un



EN MEN



GORRIA.

ejército; pero estos ejemplos de valor tiene que darlos todo general que manda soldados españoles.

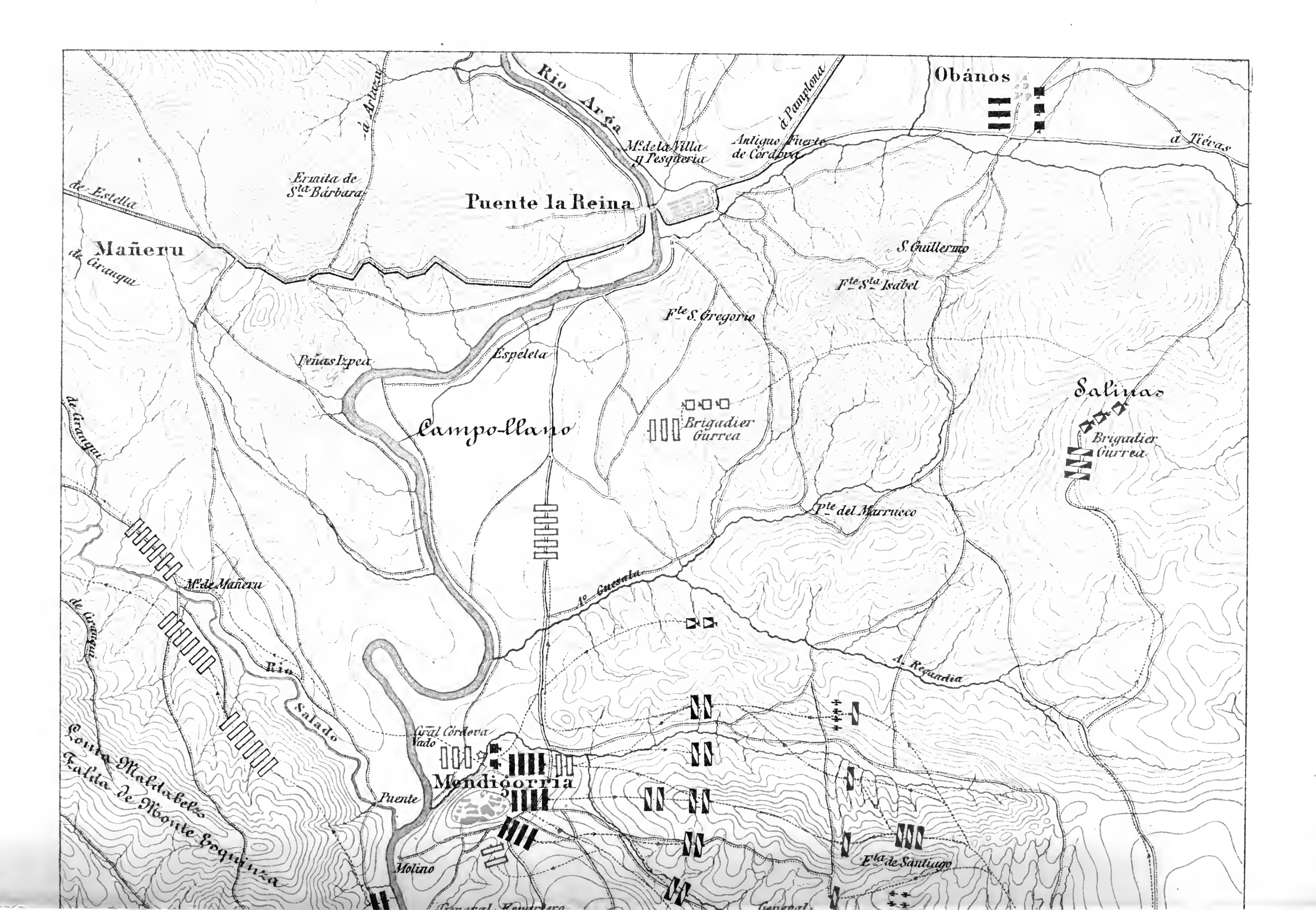
Como jefe de Estado Mayor, el veterano general D. Marcelino Oráa transmitía con seguridad y firmeza las órdenes superiores, y á su lado se distinguía ya por su juventud y bravura su hijo único, que sirviendo en el Estado Mayor, había de recibir más tarde en Arlabán gloriosa muerte. El Barón de Meer, de imperecedera memoria para aquellos que tuvieron la honra de servir bajo su inteligente y vigoroso mando, marchaba á la cabeza de sus valientes batallones de la Guardia Real, y á su lado el joven Pavía, que ya se había distinguido en anteriores combates como buen soldado. En las filas de la Guardia formaban muchos jóvenes oficiales que sucesivas batallas han diezmado y que contribuyeron todos á enaltecer el valor y fama del ejército de la Reina; y no olvidaré en el regimiento de Castilla al teniente D. José de Reina y Frías, hoy veterano general, tan distinguido en las armas por su bravura como por su inteligencia. La Guardia y la Línea con oficiales de este temple, y cuyos nombres todos me es sensible no poder recordar, marchaba en columnas cerradas de dos batallones con el frente de compañía. Á retaguardia de la primera iba la artillería de batalla, mientras que la de montaña subía las colinas, cubiertas de viñas, para tomar posiciones ventajosas. El fuego, roto por las guerrillas carlistas, fué en el primer cuarto de hora poco contestado por nuestros soldados, que avanzando sin detenerse, parecían anunciar su resuelto propósito de combatir sólo con el arma blanca. Ya estaban los cazadores á medio tiro de fusil, cuando sobrevino una terrible tempestad. El huracán y el aguacero fueron tan violentos, que azotando las caras de nuestros soldados les obligaban á volverlas. Mas nuestras guerrillas del centro adelantaban, si lentamente por esta contrariedad, muy confiadas, y sus fuegos ya casi alcanzaban las masas contrarias, cuando fueron cargadas por dos escuadrones de lanceros enemigos mandados por el bravo D. Tomás Reina, que habiendo servido en la Guardia de caballería, tenía en nuestro campo más amigos que en las filas cuya causa abrazó. Esta carga no esperada produjo algún desorden en nuestros tiradores; pero las reservas avanzaron, y yo formé martillo con una compañía de granaderos de la Guardia, mandada por Boulanger, que en el estrecho camino contuvo al enemigo rechazándolo con un fuego sostenido. Todo esto se ejecutó en poco tiempo, y ya las masas muy adelante, desplegaron en batalla alguno de los regimientos de la Guardia. El fuego de la artillería, el de las guerrillas y el de los últimos batallones en posición, dirigidos contra el centro carlista, imposibilitado de moniobrar, púsole en gran conflicto, que se pronunció más desde el momento en que comenzaron

su despliegue. A la vista de aquel desorden, que á tan corta distancia observábamos, los batallones de la Guardia cargaron la posición á la bayoneta, arrollando con una rapidez pasmosa cuanto se les puso delante. Quedaba, pues, el centro derrotado.

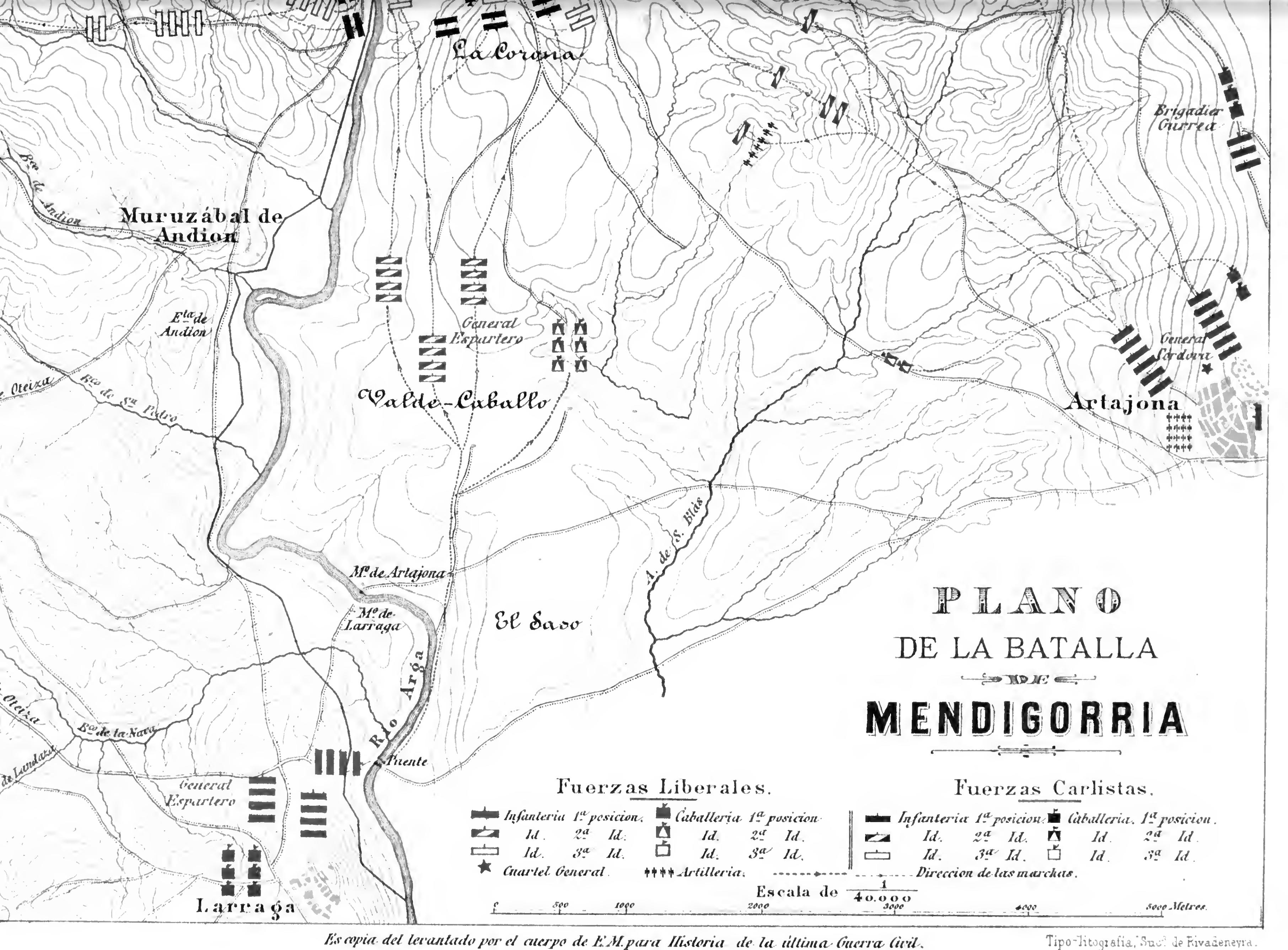
Al mismo tiempo Espartero avanzaba envolviendo la derecha de la línea carlista y amenazaba cortarla de sus reservas. Las fuerzas enemigas que se le presentaron delante de la altura de la Corona fueron desalojadas por sus tiradores y por las columnas que hizo avanzar á la bayoneta después de un sangriento combate. Ya al frente de esta posición formidable, ocupada por numerosos batallones en masa, Espartero hízola cargar por el Barón del Solar de Espinosa y por el general Tello, á quienes ningún obstáculo contuvo, y el enemigo, empujado desde la Corona, descendió al río, pasando el puente, sin que bastara á detenerle la actitud firme de Villarreal, que con la reserva de Simón Torre y Sopelana lo defendía. Por este punto se retiraron desorganizados muchos batallones carlistas. Mi hermano mandó entonces á Narvaez que atacase y tomara el puente y su temible altura. Aquella operación la verificó el noble soldado con singular intrepidez.

La batalla estaba ganada; pero quedaban retrasados en Mendigorría 4 ó 5.000 carlistas, que salieron por retaguardia del pueblo á pasar por un vado el río, empujados por una carga de la Guardia y del regimiento de Extremadura, los cuales penetraron en la villa en varias columnas, arrollando á cuantos enemigos pretendieron hacerles frente. Verificábanlo en desorden sin formación alguna, cuando se presentó en el flanco el brigadier cubano López para cargarles con la caballería. Esta carga no se ejecutó: López pudo hacerlo, pero lo difirió con fútiles pretextos y dejamos de coger miles de prisioneros. Era la segunda vez (la primera en Mendaza) que mi hermano por faltas de López—y no diré por cobardía, porque aquel desgraciado era valiente, y valiente como pocos—dejaba de coger prisionero la mitad del ejército contrario, y con él el fruto de la victoria. Entonces me ordenó pasara con su escolta el río, y lo verifiqué por el vado, cogiendo sin pérdida alguna un centenar de carlistas de los muchos que corrían á alcanzar Cirauqui, donde entraban ya en país seguro de montaña. No se puede dudar que si nuestra caballería, muy numerosa, se hubiese interpuesto entre el Arga y Mendigorría, habríamos hecho cinco ó más miles de prisioneros en aquella jornada, poniendo quizá término á la guerra.

Concluída la batalla, el entusiasmo del ejército rayó en frenesí. Los soldados, con más libertad ahora, rompían las filas al avistar al general, para vitorearle y hasta besarle. Como todos estaban ennegrecidos por la pólvora, al roce imprimían su propio sudor y polvo sobre la cara del general, por cuyo varonil semblante corrían en el extremo de tanta



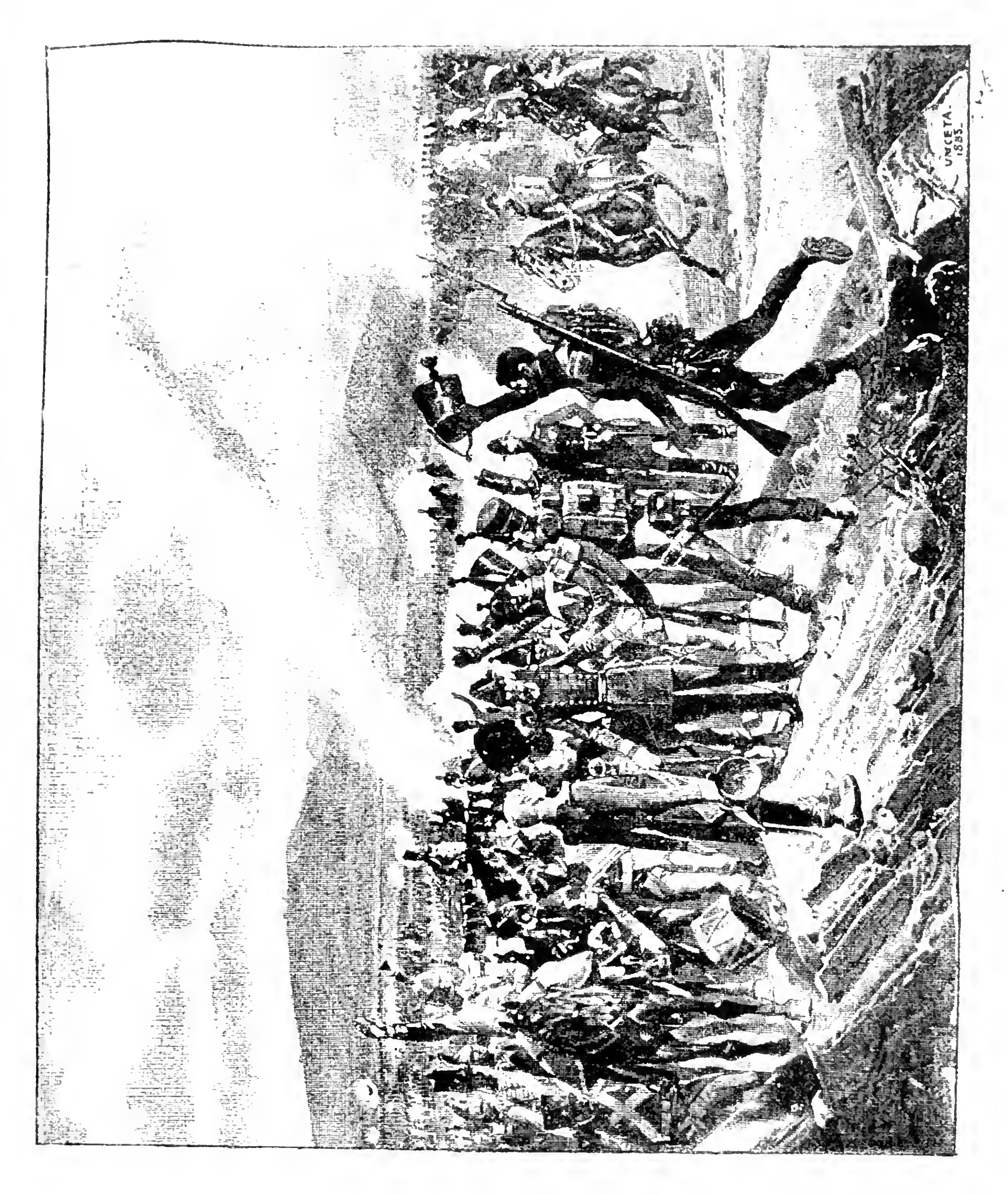
Obános
á Tiévas
Rio Arga
á Pamplona
Antiguo Fuerte de Cordova
Mt. de la Villa y Pesqueria
á Artazu
Ermita de Sta. Bárbara
de Estella
Puente la Reina
Mañeru
de Granqui
S. Guillermo
Fte. Sta. Isabel
Fte. S. Gregorio
Peñas Izpea
Espeleta
Salinas
Brigadier Gurrea
Campo-llano
Brigadier Gurrea
Pte. del Marrueco
de Granqui
Mt. de Mañeru
Aº Guesala
de Granqui
Río Salado
A. Regandia
Gral. Córdova
Vado
Mendigorria
Puente
Molino
Lomita Maldabels
Falda de Monte Esquinza
Ermita de Santiago



Es copia del levantado por el cuerpo de E.M. para Historia de la última Guerra Civil.

Tipo-litografía, Sucs de Rivadeneyra.

emoción lágrimas de gratitud y suprema dicha, porque nada lisonjea ni enorgullece tanto al hombre de guerra como el amor del soldado y las demostraciones de su afecto. En el camino de Puente la Reina



recibió nuevamente estas pruebas, devolviéndolas con palabras que volvían más locos á los soldados. Mi hermano era andaluz, tenía en sus dichos la gracia del bello país en que nació, y no desdeñaba en la frenética expansión de tales instantes dar la mano á un recluta, abra-

zar á un valiente ó tomar la curtida cara á un veterano. En esta ocasión, viendo desfilar las tropas sobre el camino de Puente y volviéndose al comisario del cuartel general, le gritó: «*Señor comisario, doble ración de vino á estos borrachos que la pólvora ha embriagado....*» llegando el júbilo de los soldados á su colmo; y los del Infante, que acababan de ganar el puente, los de la Guardia Provincial, y Córdoba y Gerona, que inundaban el camino, casi en hombros arrastraban general y caballo, mientras mi hermano, no menos ebrio de satisfacción, con su voz vibrante les decía: «*¡Soldados: la Reina sabrá vuestro valor, y los pueblos conocerán la conducta heróica de sus hijos!*» Á cuyas palabras los catalanes contestaban: *¡Viva la petita!*

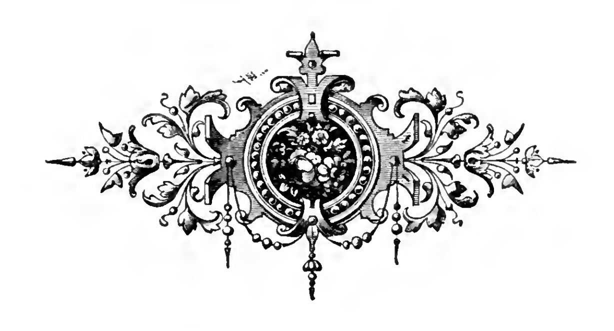
Don Carlos, durante el principio y lo más rudo de la batalla, comía tranquilamente en su casa, teniendo á la puerta los caballos de su escolta. Moreno le envió varios avisos del mal estado en que se encontraba la acción, y no hizo caso. Ya lo he dicho, era el Infante pretendiente confiado y valeroso. El fuego se acercaba tanto, que al fin se levantó, acudió á la ventana y pudo ver á los soldados cristinos que ya tocaban las primeras casas del lugar. Entonces dejó comida y varios efectos de su equipo y montó apresuradamente su caballo, corriendo á tomar el puente, lo cual consiguió con algunos oficiales y ordenanzas, que fueron los últimos que lo pasaron. En este pueblo de Mendigorría, como en Mendaza, dejó también fugitivo el Pretendiente el campo de batalla ante la espada de D. Luis de Córdova, y de haberse hallado en el ejército generales de caballería como después lo fueron León, Ulibarri, Schely, Pezuela, Serrano, Dulce, Zabala y otros, D. Carlos habría sido hecho prisionero en aquel día, y la causa realista hubiera terminado.

Sufrió el enemigo pérdidas que ascendieron á 1.500 hombres entre muertos y heridos, dejando en nuestro poder como 400 prisioneros. En el conciso parte de esta batalla que el general en jefe dió al Gobierno, dijo que se abstenía *de recomendar á ninguno, por el temor de ofender á todos.*

No he de concluir este capítulo de la batalla de Mendigorría sin recordar un episodio en el que figuró un amigo mío que ya no existe, que fué un valiente y que era muy conocido y estimado de todos en el ejército. Al principiar el combate por el despliegue de los cazadores, estalló, como dije, una gran tormenta, cayendo varios rayos. La electricidad era terrible. Un trueno coincide con la carga de la caballería carlista; la tropa se sobrecoge en el primer momento, y Magenis se vuelve á los granaderos y les dice: *¡Firmes, muchachos; ésta es el alma de Zumalacárregui, que baja á los quintos infiernos!* En este momento una bala le atraviesa la cara, le parte la lengua y le arrebata gran

número de muelas y dientes. Magenis era un incansable hablador, y por espacio de cuatro ó más meses no pudo articular una sola palabra.

Tampoco dejaré de consignar aquí que aquel batallón del 2.° de Ligeros, á cuyo valor en Artaza debí el grado de coronel, y que formando parte de las divisiones de Espartero combatió con Tello á la bayoneta en la posición de la Corona, terminada que fué la batalla y al pasar yo cerca de él para comunicar órdenes, rompió su silencio para vitorearme, obligándome con emoción profunda á saludar su bandera sombrero en mano, con gritos repetidos de *¡Vivan los cazadores de Aragón!*





DON DIEGO LEÓN.

CAPITULO XIII.

Entra el ejército en Puente la Reina.—Proclama.—En Pamplona.—Niégase Sarsfield á aceptar el mando del ejército.—Sobre Sarsfield.—Felicitaciones.—Es nombrado el Barón de Meer virrey de Navarra.—Algunas cartas.—Planes de guerra.—Entre Lerín y Larraga.—Trabajos de organización.—Dificultades.—Conducta de los carlistas.—Insuficiencia numérica del ejército y escasez de recursos.—Acción de Los Arcos.—D. Leopoldo O'Donnell y D. Diego León.—Expedición de Guergué.—Padecimientos de mi hermano.—Cómo soportaba las fatigas de la campaña.—Sobre mis ascensos.

Después de la batalla de Mendigorría el general en jefe entró en Puente la Reina, donde fué recibido entre los vítores de la guarnición y de la Milicia Nacional, que habían sufrido mucho por las priva-

ciones y trabajos del sitio. Esta fuerza popular, poco numerosa, pero muy entusiasta, prestó grandes servicios en aquella época y tuvo pérdidas considerables en proporción de su número. La población, que era carlista, fué duramente castigada, teniendo que proveer á todo el ejército por algunos días de su excelente vino. Desde Puente, el 17, dió el general parte al Gobierno de la victoria. Llevólo en posta á Madrid uno de sus ayudantes de campo, mi amigo y compañero el Conde de Cumbres Altas, quien elevado después al empleo de teniente general, sucumbió há poco al peso de las fatigas de los años, más ennoblecido por sus servicios. Dejando el general Córdova una división y el grueso de la caballería en Puente y Mendigorría, marchó con el resto del ejército en dirección de Pamplona por el camino real y Venta del Perdón. Antes de partir dirigió al ejército una elocuente proclama, en que, recomendándole la primera virtud que exige la buena constitución de toda milicia, decía: «Compañeros: Unión, confianza y disciplina. Bajo estas condiciones os ofrecí conduciros á la victoria. Todos hemos cumplido con nuestro deber y nuestras ofertas; todos seguiremos recogiendo nuevos laureles mientras igual sea vuestra observancia á aquellos preceptos.» Ya había llegado á la capital de Navarra la noticia de la victoria, y así, al entrar en la ciudad por la tarde, fuimos saludados como en Puente, por las aclamaciones de la guarnición y del pueblo liberal, que durante algunos meses habían sido estrechamente bloqueados.

Aquella marcha á Pamplona no fué sólo la realización de un movimiento necesario al plan general de las operaciones. Tenía mi hermano que cumplir en la capital de Navarra un alto é imprescindible deber. Seguido de su Estado Mayor, y antes de entrar en su alojamiento, fué á apearse á la casa en que habitaba el anciano é ilustre general Conde de Sarsfield, el cual, y aunque por la incomunicación de la plaza lo ignoraba, había sido nombrado por el Gobierno general en jefe del ejército, y dado á reconocer como tal por mi hermano al ponerse en Bilbao al frente de las tropas. Anhelaba vivamente el general Córdova entregarle el mando, realizando sin demora aquel acto de deber y de respeto. Sarsfield había recibido pocos momentos antes el correo, y con él sus despachos; pero por más esfuerzo de razones que hizo Córdova, no pudo conseguir que el veterano general se decidiera á tomar sobre sí la pesada carga que aquél le deponía. Alegaba Sarsfield como razón de su negativa el mal estado de su quebrantada salud, pero sobre todo, la de que la opinión en el ejército y en el país más tarde no podría menos de designar con legítimos títulos para aquel puesto al general afortunado que acababa de obtener victoria tan importante. Los reparos

de Sarsfield no probaban, en suma, sino lo exquisito de sus delicados sentimientos. Disfrutaba con justicia de un grande y sólido prestigio adquirido en la guerra de la Independencia en el ejército de observación de Portugal, y en los mandos que ejerció al empezar aquella formidable lucha, atacando á Peñacerrada, é invadiendo la Vizcaya con las primeras tropas. Además de los respetos que entre nuestros oficiales y soldados le merecían estos recuerdos, disponía Sarsfield en su favor las simpatías por su benigno y afable carácter, por la dulzura de su sistema de mando, por lo vasto de su instrucción táctica y de sus grandes conocimientos estratégicos que daba á conocer en todos sus actos militares, y hasta por la expresión varonil y enérgica de su figura, que inspiraba irresistible y afectuosa veneración. Si Sarsfield hubiera tomado el mando del ejército, todos le habrían recibido con entusiasmo. El mismo general que acababa de vencer hubiese tenido á honor continuar bajo sus órdenes la campaña con la misma buena voluntad, fe y entusiasmo con que había servido con Rodil, Mina y Valdés, sus antecesores. Mis lectores me perdonarán sin duda este paréntesis; pero no puede pronunçiarse ni escribirse el nombre de Sarsfield sin rendirle los tributos de admiración y de respeto que inspiró á todos los que sirvieron bajo sus órdenes ó que tuvieron la fortuna de conocerle. Tampoco pasaré adelante sin deplorar su desgraciada muerte. Aquel anciano general, á quien las balas y la metralla enemiga respetaron en los combates, fué cobarde y vilmente asesinado por una turba de malvados que penetró en su propia casa de Pamplona. Nunca han llegado á conocerse suficientemente los móviles secretos de aquel crimen. La mayor sagacidad no pudo atribuirlo sino al propósito de comprometer aquellos asesinos á otros no menos punibles que sirvieran á traidoras y ambiciosas miras.

Pero Sarsfield expresó firmemente su resolución de no aceptar el mando del ejército. Era el primero en reconocer la importancia militar y política de la victoria conseguida, que cambiaba todo el aspecto de la guerra. En las repetidas conferencias que Córdova celebró con él, siempre manifestó que sólo al reciente vencedor del Pretendiente correspondía en propiedad aquel puesto. Así se reconoció también en Madrid, á donde mi hermano comunicó al momento la irrevocable determinación de aquel general. En la Granja, donde á la sazón se hallaba la corte, esta noticia proporcionó al Gobierno ante la opinión pública un gran desembarazo, pues en Corte, Gobierno, opinión pública y política había producido entusiasmo extraordinario el éxito de la batalla del 16 y el nombre del general que la libró. Los periódicos de Madrid no tardaron en llevar al ejército el reflejo del ardor patriótico en que se encontraban todos los ánimos. Demostrábalo además la ac-

tiva correspondencia que mi hermano recibió en aquellos días de los hombres más influyentes en la política y en la milicia. Trasunto, y ciertamente no descolorido, de tal estado son las primeras cartas del Conde de Toreno y del Duque de Ahumada, que el correo se apresuró á trasmitir al cuartel general. Toreno, á la sazón Presidente del Consejo de Ministros, en 22 de Julio decia: «No esperaba yo menos de usted, y le doy el parabién más cumplido, resultándome la doble satisfacción de no haberme engañado en mis esperanzas y de haberse verificado el vaticinio de V. en la primera parte, y no en la segunda afortunadamente (1), siendo V., y no puño ajeno el que escribe y anuncia, no derrotas, sino victorias y mucha ventura. Sigan otras á las del 16, y será V. uno de los que más hayan contribuído á afirmar la corona en las sienes de Isabel II.» El Duque de Ahumada era aun más expresivo. Escribía á Córdova desde San Ildefonso el 21 de Julio, y le felicitaba de este modo : «Su ayudante de V., mi sobrino el Conde de Cumbres Altas, me entregó á las tres de esta tarde los pliegos de V. del 17, y le doy mi cordial enhorabuena por la importante victoria de Mendigorría, que cambia totalmente la moral de la guerra y que no tiene precio bajo este su verdadero punto de vista. Inmediatamente fuí á comunicar tan agradable noticia á S. M., que la oyó con la mayor satisfacción, y tuvo á bien ascender á V. en el acto á teniente general, como era justo: sea, pues, enhorabuena por esta merecida recompensa tan gloriosamente adquirida. De todo se enteró S. M.; vió el croquis con la mayor atención, y quedó sumamente satisfecha, pudiendo yo tener el gusto de añadir á V. que S. M. ha tenido la fineza de dar esta tarde en el *santo* su nombre de V. por tal, y su apellido por *seña*. A mí me ha llenado de complacencia el comportamiento de nuestras tropas hasta ahora tan injustamente deprimidas, y el que cada uno haya cumplido con su deber de la manera que V. me dice : es muy cuerdo y merece toda mi aprobación el modo que tiene V. de ver en esta guerra, poco entendida hasta ahora» (2). La misma Reina Gobernadora, D.ª María Cristina; los generales Castaños, Duque de Bailén, y Palafox, Duque de Zaragoza, cuyos nombres por sí solos bastan para recordar las más grandes hazañas de nuestra última epopeya militar; Castroterreño y

(1) Aludía en esto á que mi hermano, al salir de Madrid para tomar el mando del ejército, ofreció al Gobierno, como recordarán mis lectores, «perecer bajo los muros de Bilbao ó salvarla.»

(2) El ministro inglés, el insigne sir Georges Willers, le decía, con aquellos apasionados arranques que le eran propios, en carta fechada en San Ildefonso el 24 de Julio, lo siguiente:

«Vous donner une idée, mon cher Córdova, de toute la joie que votre lettre (ma première annonce de votre victoire) m'a fait éprouver, seroit impossible. Je n'en ferais pas même l'essai. Il faut me juger d'après vos propres sentiment si quelque grand bonheur m'étoit arrivé à moi. J'étois absolument ivre de joie et j'ai dit vingt fois à Southem, qui étoit auprés de moi, que je n'aurais pas senti un quart du contentement en ayant gagné la victoire moi-même, qu'en sa-

otros de no menos egregia memoria, unieron sus felicitaciones á las anteriores.

Desde el día 17 que entramos en Pamplona, hasta el 22 que salimos para Logroño, ocupóse el general noche y día en dar las disposiciones que reclamaba el estado en que el ejército y la plaza quedaron por consecuencia de los acontecimientos pasados. Para desempeñar interinamente el cargo de virrey de Navarra nombró en comisión al Barón de Meer, que dió desde entonces pruebas de ser un organizador activo y un administrador tan hábil como diligente y probo. Del mismo modo se aplicó de lleno y sin descanso á reorganizar el ejército, poniendo á la cabeza de las divisiones y brigadas los jefes más competentes, pues como él era personalmente conocido de todas las tropas desde sus mandos anteriores en el ejército, poseía la inapreciable ventaja de poder graduar en su efectivo mérito á los jefes que las dirigían, estando en aptitud de juzgar por cuenta propia de la capacidad y prendas de cada uno, en la medida de las variadas exigencias de la guerra. De esta manera, y con inspirado acierto, pudo hacer nombramientos que, como el de Meer ya citado, habían de reportar más tarde indiscutibles ventajas para la causa que defendíamos.

En medio de estos trabajos de organización le encontraron las cartas y despachos de Madrid á que he hecho referencia, y cuando en el ejér-

chant qu'elle est dûe à vous, et à vous seul. C'est vrai que les troupes se sont comporté héroiquement, c'est vrai que les chefs ont tous fait leur devoir! . . . .

. . . .

Mon cher ami, je suis sûr que vous n'êtes pas aussi fier de ce que vous avez fait que moi je le suis pour vous.

»Le lendemain de la nouvelle je suis arrivé ici, où j'ai trouvé tout le monde, comme de raison, archi-content. Comme je les ai fait sentir à tous, à qu'ils étoient redevables! Toreno m'a dit que votre dépêche étoit un des plus beaux morceaux qu'il avoit jamais lû, et que c'étoit vraiment *parfait*. De lui et de Ahumada aussi, j'ai été fort content. Ce dernier m'a dit combien il étoit satisfait de vous tenir si vite la parole, que vous seriez Lieutenant Général par vos propres œuvres. Le soir j'ai vu la Reine seul, et je l'ai félicité, non seulement de la victoire, mais sur ce qu'elle avoit été gagnée par Córdova. Elle étoit parfaite pour vous sous tous les rapports et vraiment elle parloit à cœur ouvert.

»Une chose m'a fait grand plaisir; c'était, de voir que vous ne vous êtes pas laissé tenter par les succès d'aller trop loin et de poursuivre les carlistes dans des lieux ou ils auraient pu avoir un avantage. Là, je reconnois votre prudence et que vous profitez de l'expérience. Avant de quitter Madrid, j'ai vu qu'il y avoit des gens qui craignoint votre *impetuosité*. J'ai parlé avec Ahumada sur les moyens politiques qu'il seroit bon à employer à présent au moment de la force que donne la victoire—il-y-est très fortement porté—il croit que de rassembler les Cortes des provinces, ou au-moins de faire sentir que ce privilège n'est pas détruit, aurait un excellent effet. Qu'en pensez vous? Je désire plus que jamais l'emploi de quelques mesures semblables. L'or et l'espoir pourroint à ce qu'il me paroit, être *sêmé* avec fruit.

»Le Gouvernement anglais a envoyé un courrier à Bayonne qui doit trouver Irgalde (Dieu sait-où) pour lui dire qu'il doit se rendre toute suite au quartier général de D. Carlos, pour lui signifier que s'il ose violer le traité, vis-à-vis des auxiliaires anglois, qu'il faut compter que le Gouvernement regardera cela comme cause nationale. Adieu, mon cher ami. Continuez comme vous avez commencé, et croyez-moi tout à vous de cœur.—G. WILLIERS.»

cito se supo su elevación al empleo de teniente general, la noticia fué recibida con la satisfacción más expresiva, pues cada cual, sin exageración alguna, se creía personalmente recompensado en el premio recibido por el general en jefe. Entonces, en la correspondencia de mi hermano juntáronse en una las dos felicitaciones, llegando cartas que por todo extremo le fueron lisonjeras. Algunas había de un laconismo tan lleno de elocuencia, como la que el día 26 de Julio le dirigió desde Miranda el general Latre, aquel insigne soldado en quien la Reina y el ejército perdieron en temprana edad un defensor leal, valiente é ilustrado: «*Veo por la vez primera en esta guerra*— Latre le decía —*un bordado que asienta bien sobre el otro.*» No menos concisa y entusiasta era del Barón de Carondelet, que después de haber ilustrado su nombre con hechos propios, tuvo la fortuna de heredar el glorioso título de Duque de Bailén. «*Sea mil veces enhorabuena por el segundo bordado*—escribía Carondelet—*ganado á fuer de caballero en los campos de Mendigorría.*» Pero si renuncio á seguir copiando frases igualmente halagüeñas de la numerosa correspondencia de aquellos días, no puedo prescindir de lo que el Barón de Meer—que no me cansaré nunca de presentar en mis Memorias como prototipo de todas las virtudes militares—le expresaba en carta del 31 de Julio:

«Por la *Gaceta Extraordinaria*—decía—del 22 del corriente, relativa al triunfo conseguido por nuestras armas en Mendigorría el 16 del actual, he visto con mucha satisfacción que S. M. se ha dignado promover á V. á teniente general de sus ejércitos, y me apresuro con este motivo á darle la más cordial enhorabuena por un grado tanto más lisonjero, cuanto es el premio de una acción brillante, en que un digno general, justo apreciador del mérito y virtudes del ejército, ha sabido vindicar con una victoria señalada las injustas prevenciones y calumnias esparcidas contra una tropa á quien se suponía en el último desaliento, en razón de una serie de reveses, efecto únicamente de la mala dirección.»

El general Aldama, que mandó bajo Mina la caballería y división de la Ribera, y á quien disensiones con Valdés le habían alejado del ejército con sentimiento de cuantos veían en él un bizarro jefe, escribió, desde su residencia de la Puebla de Sanabria, el 27 de Julio:

«Anteayer llegó el correo, que es lo único que llega á este miserable destierro, y leí no sin mucha dificultad los partes de V. sobre Larraga, Mendigorría y Puente la Reina. Mis lágrimas de puro placer pagaron su irremediable tributo á nuestra sincera amistad y á la memoria de esas virtuosas tropas, tan dignas de ser mandadas por quien les hace justicia.»

A estas frases Aldama añadió una felicitación calurosa, que por lo

extensa omito. Mi hermano conocía las prendas militares que adornaban á aquel soldado, y pidió al Gobierno fuera á mandar la división de la Ribera, en la que se había distinguido antes, y donde cooperó después á otras victorias como la de Los Arcos. Pero la victoria de Mendigorría hizo también latir de noble emulación muchos generosos corazones y exaltó á otros para aspirar á compartir con el nuevo caudillo las fatigas y las glorias de la guerra. De lo primero es buena prueba lo que desde Logroño le escribía el 20 el general Zarco del Valle, en quien los años y achaques contraídos en el servicio no disminuían un ardor y entusiasmo propios de la juventud.

«No sé si habrá V. recibido—le decía—la que le dirigí desde aquí á mi llegada el 17, felicitándole por sus glorias del 16, que he celebrado en mi corazón, al paso que no puedo negar á V. que me ha llevado á la desesperación la idea de no haber participado de las fatigas y fortuna de tan bello día. Jamás me consolaré!»

En el segundo caso se encontraba el general Seoane, el valiente entre los valientes, el que más tarde, como capitán general de Madrid y semejante á los paladines de la Edad Media, había de recoger el guante que le arrojara toda la oficialidad de la Guardia y había de batirse á muerte con Manzano en un singular y terrible desafío que tuve la honra de presenciar como testigo:

«Tengo la esperanza de saludar á V. personalmente muy pronto—decía—pues el sosiego y buenos facultativos han producido un alivio notable en mis heridas. Espero me conservará V. el mando de la primera división, de cuyos individuos soy conocido. Me dedico exclusivamente á mi curación, y cuando tenga las heridas cerradas volveré al ejército, donde tan buena recepción me promete su general.»

Con razón, en fin, había de escribirle más tarde el Conde de Almodóvar, cuya esclarecida memoria todo el país conoce, tanto por sus cualidades militares como por su honradez y patriotismo, las siguientes frases al encargarse del Ministerio de la Guerra: «*En el ejército ya victorioso que V. ha llevado á los triunfos están fundadas todas nuestras esperanzas, que son las de la Reina y las de la patria.*»

Muchas cartas podría continuar citando; pero ni debo detenerme por más tiempo en este punto, ni creo tampoco que sean necesarios otros testimonios para dejar demostrado que la batalla de Mendigorría señaló el principio de una época de seguridad para el trono de doña Isabel II y para la consolidación de las instituciones liberales. Desde aquella victoria afirmóse para la causa nacional la superioridad de las armas cristinas, aun en medio de períodos desastrosos que el país atravesó varias veces, pero que terminaban siempre por el triunfo, no ya dudoso, de nuestro ejército. En Mendigorría, como en Mendaza, Gue-

vara, Los Arcos y otros muchos encuentros de que más adelante habré de ocuparme, los combates se resolvían en poco tiempo, sin que los generales pudieran contener el ardor y el entusiasmo de las tropas, que sin entretenerse en sostener prolongado fuego, se lanzaban á la bayoneta, decidiendo las acciones, con perjuicio muchas veces de los mayores resultados que debían esperarse de las combinaciones más lentas de la estrategia y de las maniobras previas y preparaciones que prescribe el arte de la guerra. La misma confianza, aunque de diferente modo manifestada, dióse á conocer en el partido de la Reina. Aumentábase el número de la Milicia Nacional en las capitales como en los pueblos más importantes del teatro de la guerra. Mi hermano aprovechó sin perder instante todos estos elementos para la obra de organización que había emprendido, y tales fueron los resultados, que á poco pudo invitar con reiterada instancia al Ministro de la guerra, Conde de Almodóvar, para que fuera en persona á revistar el estado del ejército y las operaciones que más tarde debía emprender sobre Arlabán.

Las operaciones del ejército, que según las inspiraciones, cálculos y planes del General, tomarían desde aquel punto rumbo diferente, tendrían en adelante por base el Ebro, y por campo de ejecución la ribera de Navarra á la derecha, y la llanada de Álava á la izquierda, sin excluir las que debieran practicarse sobre los mismos valles, cuyo acceso no fuera para el ejército el más inútil, seguro y estéril peligro, realizando, con el auxilio de combinaciones diferentes, la invasión ó excursiones en el país contrario cuando al interés de la guerra conviniese, en vez de ir incautamente á caer en la derrota al ser llamado por la astucia del enemigo á parajes comprometidos, en que los carlistas combatían teniendo de su parte la superioridad del número y la incontrastable que les ofrecían la escabrosidad y dificultades del terreno. Resolvió, pues, mi hermano, abandonar toda inútil operación en la Borunda, en la Amézcoa y en las montañas más fragosas, y se propuso empezarlas estableciendo su cuartel general en Logroño, para atender á las provincias Vascas y operar desde esta posición central de mayores recursos y de más fáciles comunicaciones con el Gobierno y con todo su campo de acción; comunicaciones sin las cuales no puede hacerse guerra alguna regular y estratégica. La marcha que en la ejecución de este intento hicimos desde Lagarra á Lerín el 23, nos fué sin embargo funesta: aunque, como decía acerca de ella el general Córdova al Gobierno, «pudiera servir de consuelo la ocasión que han tenido estas fieles tropas de probar que su constancia, disciplina y sufrimientos en las fatigas no son inferiores á las virtudes y cualidades guerreras que tienen tan bien acreditadas en los campos de batalla.» En efecto, á cosa como de una legua de Larraga, y cuando mi

hermano con el cuartel general y la vanguardia se estaba alojando en Lerín, sucedió que los rayos del sol fueron aquel día tan ardientes y maléficos, que por todas partes comenzaron á caer en tierra bajo la general asfixia soldados á centenares, muriendo muchos en el acto. Comunicó al general en jefe la desconsoladora noticia el brigadier don Santiago Méndez Vigo, exponiéndole el estado en que se encontraba su división, y la ineficacia de sus medios de socorro. Corrió Córdova al sitio del desastre, á donde le siguieron las caballerías y acémilas de la guarnición y cuantas monturas se encontraban, de cualquier pertenencia que fuesen, con sendas cargas de agua, vinagre y otros auxilios. El celo de los jefes y oficiales salvó á muchos de los que yacían moribundos sobre el campo. No obstante, más de cincuenta fallecieron y hubiéranse salvado pocos de los muchos asfixiados, si eficaz y oportunamente no hubiesen caído, para el alivio general, los torrentes de agua con que descargó repentinamente la atmósfera sus malas influencias. «En un día de victoria no se hubieran hecho dignos de mayores alabanzas—añadía el General en su comunicación al Gobierno—todas las clases del ejército, como lo han sido en estas tristes circunstancias, pues todos han rivalizado con el soldado infeliz, y éste ha mostrado, al paso que su invencible firmeza, la confianza y gratitud que le inspiraba el interés con que veía á sus jefes y oficiales aumentar las propias fatigas por aliviar las suyas. He dado á todos las debidas gracias, y solicito de la bondad de S. M. la autorización especial de hacerlo en su Real nombre, porque tales días establecen precedentes y recuerdos honrosos, que forman el espíritu de un ejército digno de llevar á cabo las arduas empresas á éste confiadas.» No obstante, ni aun en medio de aquella sensible catástrofe, que afligió á todos, descuidáronse un punto los deberes tácticos de la guerra. La caballería tomó posición con la artillería, para proteger las masas de los infantes de tal suerte inutilizadas para pelear contra un enemigo cercano, y que quizás hubiera querido aprovecharse de nuestra situación si él mismo no hubiese pasado por igual ó parecido conflicto. Fué una batalla que nos libró y ganó la atmósfera, y contra la cual no pudimos oponer ni el hierro ni el fuego.

El ejército tardó algunos días en reponerse en Logroño y en los patriotas pueblos de la ribera derecha del Ebro. Más de dos meses se ocupó el General en jefe organizando, no sólo el ejército como ya he dicho, sino la guerra misma. Se fortificaron puntos, se establecieron líneas, se formaron hospitales y almacenes, y se dió á los cuerpos el orden y la armonía necesarias á un ejército en el que todo parecía disolverse al encargarse Córdova de su mando en Bilbao. Mi hermano estudiaba la guerra. Los resultados hasta entonces obtenidos pare-

cían negativos, porque nada se había adelantado. Tantos encuentros y batallas, ninguna de ellas decisiva, no parecían propias á terminarla. Lo evidente era que aquellos combates sin resultados prácticos contribuían á formar del enemigo un ejército de soldados aguerridos y veteranos, transformando aquellas informes masas que lo constituyeron, y á las cuales al principio de la insurrección una fuerza cualquiera dispersaba. Todas las guerras tienen sus condiciones propias, y para sostenerlas, es la primera necesidad del general que las dirige adoptar los métodos, las armas y los sistemas adecuados. Nosotros habíamos empleado siempre el mismo sistema, que nunca producía el éxito apetecido, persiguiendo al enemigo por su pista y atacándolo de frente, sin más diferencia que el empleo de la fuerza por la derecha ó por la izquierda. La embestida de frente era la más usual, y los principios de la guerra de montaña parecían desconocidos.

Las reglas para cambiar las condiciones de la campaña, fortificando y dominando los pueblos, privando al enemigo de sus medios de comunicación y de sus recursos para sostener las poblaciones, bloqueando los territorios, haciéndose dueños del curso de los ríos y de las ventajas de los caminos abiertos y despejados; la dominación de ciertos países por la caballería; la ineludible ciencia de apropiar las armas á los terrenos; la de saber combinar la política con las medidas enérgicas contra instituciones rebeldes que pretendían prevalecer sobre todos los sentimientos é intereses nacionales; en una palabra, el desenvolvimiento científico de la guerra, privando al enemigo de todo lo que constituía su fuerza, tales eran las cuestiones que mi hermano estudiaba y procuraba resolver, teniendo que luchar para ello con innumerables dificultades y aun con el mismo Gobierno, que exigía y esperaba, como siempre acontece en estas contenidas civiles, verlo terminado todo por una batalla para dar una *Gaceta Extraordinaria*, obtener un voto en las Cortes y mayor y más seguro apoyo de la Corona ó de esta ó de la otra fracción política.

Á la guerra de persecución incesante que nos procuraba sorpresas, cansancio y frecuentes derrotas, numerosos enfermos y muchos desengaños, quiso oponer y opuso el general Córdova líneas que matuvieran descansando y con mejor salud al soldado; que nos afirmaran en la dominación del país cubierto por ellas, y que privaran al enemigo de sus recursos y de los mismos hombres obligados á servir en sus banderas por la fuerza. Aquellas líneas debían retirar las subsistencias de primera necesidad del país ocupado por el enemigo, porque eran al propio tiempo líneas de bloqueo, y el país carlista no podía mantener toda la gente que en él se había refugiado del interior, careciendo de pan y vino, que bien pronto ni les sería posible distribuir á los batallones, ni

expender en los pueblos. Las líneas garantizaban nuestro propio territorio y las provincias de donde antes el ejército se mantenía, no excluyendo las operaciones de nuestras tropas sobre el interior, en los puntos más desatendidos del enemigo. Las pérdidas que entonces les causáramos serían para él irremediables. Nosotros, en fin, debíamos, al mismo tiempo que las líneas se establecían, practicar operaciones que arrasasen sus comarcas más productoras, exclusivamente monopolizadas por los carlistas. Pero no seguiré más adelante por ahora en estas consideraciones. Mi hermano ha expuesto su sistema en la luminosa *Memoria* que publicó en medio de la guerra, y que no ha encontrado contradicción ni impugnación alguna cuando la dió al público, ni después cuando la guerra se reprodujo (1).

La correspondencia oficial que diariamente mantuvo *el joven caudillo*—con cuyo nombre fué desde entonces conocido en toda España y en el ejército mismo—sería un precioso trabajo para la ciencia y el arte militar, si pudiera reunirse, ordenarse y coleccionarse con las correspondiencias confidenciales de los ministros de la Guerra, Ahumada y Almodóvar, y con la de los jefes del Gobierno, Toreno, Mendizábal é Istúriz. En estos interesantes trabajos que emprendía después de largas y penosas marchas á caballo, en lo más riguroso del invierno ó del estío, sufriendo, ora las lluvias continuas que muchas veces eran torrenciales, ora las grandes nevadas con que el país solía cubrirse por meses enteros, invertía el General el tiempo, empleándose con afán ardiente é incansable en el estéril y penoso trabajo de instruir al Gobierno, por largas y razonadas comunicaciones, de las dificultades de la guerra, de los medios de vencerla y de las medidas y recursos necesarios para terminarla. Devorado por un cáncer en el estómago, que minaba y destruía ya su vida, que no le permitía dormir con sosiego, hacer comidas regulares ni fáciles digestiones, y ante cuyos terribles padecimientos quiso el destino que sucumbiese pocos años más tarde, la energía de su espíritu, su celo por servir la causa que defendía, el cumplimiento del

(1) Antes bien, acaba de recibir una sanción, por decirlo así, definitiva. Véase lo que sobre el particular escribe D. Antonio Cánovas del Castillo, en su ya citado libro *El Solitario y su tiempo*, tomo 1, pág. 289: «Al recorrer ahora su *Memoria* he hallado, no sin placer, que Córdova juzgaba imposible terminar la guerra en las provincias del Norte sin la formación de dos ejércitos distintos, si bien movidos por un común propósito, capaces de operar independientemente; los cuales, penetrando por Navarra el uno, y por Álava y Vizcaya el otro, privaran al enemigo de la ventaja inmensa de su posición central, evitando las alternativas marchas del grueso de nuestras tropas, ya al Este, ya al Oeste del gran istmo pirenáico, tan ocasionadas á dejar descubierto uno ú otro de los espaciosos flancos y á traer derrotas parciales de más ó menos consideración en sí, pero siempre funestas. Ese plan, sin tenerse presente el de Córdova, fué adoptado por el primer Gobierno del rey D. Alfonso en la dirección de la guerra del Norte; y no hay que decir cuáles fueron los resultados, que vienen á comprobar ahora el indudable talento estratégico de aquel malogrado capitán.»

deber, su patriotismo y su corazón de soldado le mantenían y alentaban. Muchas veces tuvieron sus ayudantes que acudir á su socorro, levantándole exánime de la mesa en que aquella noble cabeza, tan privilegiada, caía sobre los despachos que su pluma trazaba con trémula y débil mano, pero con admirables, calculados y convincentes raciocinios. Entre sus papeles que poseo hay algunos apuntes sobre la guerra de Navarra, que escribía en medio de la guerra misma.

No me parecerá inoportuno é inútil que sacando algunas de sus ideas del olvido de un archivo, abandonado sólo á los recuerdos recónditos y á los afectos siempre vivos de familia, las dé á conocer aquí para que sirvan al estudio de aquella guerra, y más que de ella, al que constantemente debiera hacerse sobre la política de la misma, para encontrarnos siempre prevenidos si para desgracia de la patria viéramos encenderse por vez tercera el fuego de aquella lucha sangrienta. Sus ideas no podrán menos de ser apreciadas como exactas y convenientes, aun para aquellos que no habiendo hecho de la guerra y del arte militar el objeto de su carrera ni de sus estudios, no deben aparecer extraños, sin embargo, á cuestiones que caen siempre bajo el dominio de los hombres de talento. Procuraré tener ocasión de ingerirlas con oportunidad en este trabajo.

Los carlistas, á pesar de la derrota sufrida en Mendigorría y de cierta desunión que ya se notaba en las filas de su ejército, que desde la muerte de Zumalacárregui promovían las rivalidades entre Moreno y Maroto, conservaban la posición central que siempre tuvieron, y desde la cual habrían podido sacar, á mi juicio, resultados mejores que los obtenidos en aquella época. Ocupando el enemigo con una docena de batallones, y á veces con mayor número, los puntos centrales de Salvatierra, la entrada de la Borunda y los pueblos que avecinan la cordillera de Arlabán, amenazaban constantemente con llegar en pocas marchas sobre los puntos importantes de la circunferencia del teatro de la guerra que debíamos defender. En ninguno de éstos nos encontrábamos con suficientes fuerzas para hacer frente á estos cuerpos, que uniéndose en la ofensiva con los que habitualmente se encontraban en el territorio por ellos reforzado, formaban una masa que no bajaba de diez y ocho á veinte. Hartas veces, cuando tenían operaciones más importantes que emprender, acudían con mayor golpe de fuerza, descubriendo por algún tiempo territorios de su defensiva, seguros de que no los invadiríamos por falta de elementos y de tropas. Acudiendo de esta suerte sobre las inmediaciones de San Sebastián, de Bilbao y Puente la Reina en pocas marchas, sabían bien que no podíamos socorrerlos dirigiéndonos á través de las cordilleras que era preciso atravesar para penetrar en Guipúzcoa ó acudir al socorro de Bilbao,

exponiéndonos á los peligros y dificultades que ofrece la cuenca de Vizcaya, tanto al penetrar en ella como al abandonarla, por cualquiera dirección que sea. Otras veces, cuando el ejército de la Reina se reunía con su principal fuerza sobre Vitoria, amenazábannos los carlistas con expediciones sobre el Alto Aragón y Cataluña, y amagaban invadir la Rioja por la frontera de Aragón ó poner sitio á Puente la Reina, que por su proximidad á las montañas y lo débil de sus fortificaciones de campaña, era un objetivo seguro y preferente para las empresas enemigas. Mi hermano, con tres ó cuatro brigadas, necesitaba acudir á estos extremos de sus líneas, y después de Mendigorría, durante el resto del mes de Julio y todo el de Agosto corrió con toda diligencia para prevenir al enemigo de uno ú otro lado haciéndole frente. Otras veces conteníalo amenazando fingidamente puntos defensivos carlistas, como la Amézcoa, la Borunda ó aquellos mismos territorios de Guipúzcoa y Vizcaya que se obstinaban siempre en defender, considerando ellos como cierto deber de honra el impedir que nuestras armas los invadieran, por exigirlo así los pueblos que les prestaban mayor número de recursos.

Las fuerzas de nuestro ejército eran además muy reducidas. Disminuíanlas cotidianamente las inevitables bajas de las acciones, las enfermedades, las fatigas de las largas marchas, y aun las privaciones que sufrían tropas á veces insuficientemente alimentadas por carencia de metálico y de almacenes. Todavía no era ministro Mendizábal, y no se había obtenido, por lo tanto, la quinta famosa de los cien mil hombres, que se conoce en la historia con el hombre de su apellido. Afirmo que si el ejército hubiera sido reforzado—cosa que al Gobierno era imposible en aquel tiempo por las atenciones que reclamaban tropas en Cataluña, en Aragón, en Valencia, en la Mancha y en otras provincias de las Castillas, y la falta de recursos pecuniarios que lo afligía—el enemigo habría perdido la mayor parte de las ventajas de su posición central. Mi hermano alimentaba entonces el plan de formar un cuerpo de ejército de doce á diez y seis batallones, con una escuadrilla que en pocas horas los trasladase de Bilbao á San Sebastián y viceversa. Amenazando con frecuentes desembarcos los pueblos de la costa entre aquellas dos interesantes capitales de las provincias hermanas, habríanse impedido los sitios de cualquiera de ellas, reuniendo en corto tiempo más de veinte batallones de nuestro ejército en el punto amenazado. Del mismo modo habría hecho irresistibles las invasiones en el interior con tan considerables contingentes, é imposible además que diez y seis ó diez y ocho batallones guipuzcoanos y vizcaínos se distrajeran y separaran de sus provincias para ir no sólo al auxilio de los navarros en su territorio y favorecer sus empresas, sino al amago de sus

capitales respectivas. Las operaciones de este cuerpo de ejército sobre las costas de Cantabria, pensaba mi hermano que además de quitar al General en jefe el cuidado de atender á Guipúzcoa y Vizcaya y de dominar la insurrección carlista en estas provincias, que no padecían mucho de la guerra, permitiríanle formar la línea del Bidasoa, que cerraba al enemigo la frontera francesa desde Fuenterrabía á Vera. Tal era uno de los proyectos de decisivos resultados que el general Córdova halagó entonces, y que la falta de fuerzas hizo imposible siempre.

Otro cuerpo de ejército de tres divisiones, situado á la izquierda del Arga y teniendo por base á Pamplona para atender á este río y á Zubiri, debía ganar terreno estableciendo la línea que, dejando atrás el Baztán, se uniera por Vera con el cuerpo de ejército cantábrico de la línea del Bidasoa, dominando así por el flanco izquierdo el valle de Ulzama, en el que se apoyarían la línea que debía recorrer el estrecho camino que desde Lecumberri se dirige hasta las Dos-Hermanas. Los batallones navarros, ocupada la ribera por la división de caballería, habríanse así reducido á vivir en pueblos de la montaña, sin recursos para mantenerse. Faltos del auxilio de los batallones de Guipúzcoa y Vizcaya, sucumbirían también, y muy pronto, ante la fuerza cristina que los rodearía sobre diversas líneas y bases de operaciones. Consumidos los carlistas sin planes posibles de eficaces operaciones, y faltos de recursos para subsistir, ¿qué otra cosa podían hacer que deponer las armas, por grande que fuera en ellos el ardor y el entusiasmo por la causa de D. Carlos? Les habríamos quitado la libertad de sus movimientos, sus medios de subsistencia, sus campos de batalla y sus recursos para proveerse de municiones y de armas, privando al soldado navarro del vino, que mantiene su espíritu y que lo alienta y fortifica para resistir las fatigas y mantener la fortaleza de su andar. La campaña, así localizada y organizada, terminara entonces por la sumisión, en vez de concluir por la transacción, diferencia esencialísima, pues las guerras civiles, como las revoluciones, deben dominarse por la fuerza de las armas, sometiendo al enemigo, para no correr el peligro de verlas renovadas más tarde. Lo que más alentó á las Provincias Vascas y á Navarra para sublevarse varias veces después contra los Gobiernos del país, fué sin duda la arrogante creencia en que vivieron, quizá no destituída de todo fundamento, de que sus hijos fueron siempre los vencedores, ó por lo menos, de que no fueron nunca los vencidos.

Mi hermano, que no recibió refuerzos de nuevas tropas hasta pasados algunos meses en que ingresaron en las filas de su ejército algunos miles de quintos—sobre los que por cierto debo consignar que por haberse rebajado la edad para realizarla en tan grande número, eran hombres sin desarrollo, y sin fuerzas por lo tanto para resistir las fati-

gas y hasta el peso de las armas, del equipo y de las municiones de boca y guerra—vióse obligado á combatir contra mayor número de contrarios. Formaron los carlistas en aquella fecha muchos nuevos batallones de llamados *castellanos*, con los miles de prisioneros que perdimos en aquella serie de combates desgraciados que terminaron en Mendigorría. Parecía que aquellos batallones de nueva creación, por estar compuestos de prisioneros, serían más fácilmente derrotados y propensos á pasarse á nuestras banderas en que sirvieron. No fué así; antes bien, mostraron siempre ser una tropa de la mayor solidez, disciplina y empuje. También formaron los carlistas otros cuerpos de hombres reclutados por los agentes y partidarios del Pretendiente en las Encartaciones y demás pueblos de Castilla, que producen tan excelentes, subordinados y decididos soldados.

Luchando el general Córdova constantemente contra tantas dificultades como le presentaba un enemigo osado y entusiasta defensor de su propia causa, lleno de fe en su triunfo y de abnegación, la escasez de sus medios y recursos llegaron á tal punto, que cada día se hacía sentir más la falta de dinero para socorrer las tropas en raciones, haberes y vestuarios. No fueron pocos los cuerpos cuyos soldados, en lo más rigoroso del invierno, que en aquellas provincias es crudísimo, acampaban con pantalón blanco y con escaso alimento sobre las más elevadas cumbres de los Pirineos, cubiertas de temprana nieve, sin otro abrigo que la fe, el entusiasmo y la disciplina. Sin atender á sus personales padecimientos marchaba el General en jefe á caballo, dando así el ejemplo á los soldados, en continua actividad y movimiento, emprendiendo fatigosas y largas marchas que lo conducían desde Puente la Reina á Vitoria y desde esta ciudad á la ribera de Navarra, para llevar á todas partes el celo de su vigilancia y de su solicitud en cuanto se refería á las necesidades del ejército y de la guerra. Toda la inteligencia y estrategia de Moreno no consiguió sorprender jamás su vigilancia.

Pero siguiendo mi plan de consignar los hechos que tuvieron lugar en aquella guerra, y la parte anecdótica, que se pierde á medida que el tiempo pasa y vamos desapareciendo los pocos que todavía sobrevivimos á ella, continuaré con el relato de algunos hechos en que por aquel tiempo tomé parte.

Á consecuencia de la batalla de Mendigorría fuí promovido al empleo de comandante de la Guardia, de la cual era ya capitán. Mi hermano quiso que permaneciera á su lado por el mal estado de su salud, y tuve que renunciar al honor de mandar un batallón de aquel benemérito Cuerpo—en el que había comenzado mi carrera, y de cuyo puesto tenía yo el más vivo anhelo—por deferir á sus deseos, que eran siempre preceptos para mí.

Ya en Viana el 2 de Septiembre, nos encontramos á punto de acudir cerca del general Aldámar, que con su división de la Ribera, reforzada previsoramente por Meer, libraba batalla cerca de Los Arcos contra fuerzas que había reunido secretamente el enemigo en la Amézcoa, y que ocultaban, como una doble cortina, los estribos que forman el valle de la Berrueza.

Ocupaba Aldámar á Sesma, y Moreno pretendía entrar en Los Arcos con el intento publicado de celebrar los funerales por el alma de Zumalacárregui, pero con el verdadero propósito de impedir la extracción que hacían nuestras tropas de la gran cantidad de granos que afluían de los pueblos de la Ribera, para lo cual había ocupado Santa Cruz de Campezu y algunos pueblos de la Berrueza con batallones procedentes de la Amézcoa. El general Córdova había llegado ya á Viana cerca del teatro en donde creía ó calculaba intentase Moreno librarle un reñido combate. Para prevenir á su contrario, mandó á Aldámar que con doce batallones, quinientos caballos y cuatro piezas rodadas ocupase Los Arcos, y á Espartero, con su división, que marchara á Miranda para estar al quite de toda otra operación carlista sobre su flanco izquierdo por la parte de Castilla. El General en jefe, con cuatro batallones, el cuartel general y alguna caballería, se trasladó á Viana, no distante de Aldámar, que con el mayor número de fuerzas debía ocupar Los Arcos. Por precaución hizo Córdova avanzar cien caballos de los suyos para reconocer el verdadero intento del enemigo, que parecía maniobrar procurando ocultarle su verdadero objetivo. Mas Córdova se mantuvo en Viana separado de Aldámar, á fin de alentar á Moreno á que atacase á uno ú otro, confiado en la superioridad del número. Los ayudantes galopaban por aquellas llanuras llevando las órdenes, y con ellas el concierto y la combinación con que los dos generales debían operar. Los enemigos se presentaron por fin, al mediar del día 2, en la dirección de la ermita de San Gregorio, ocupando las alturas de Lomba delante de Los Arcos, con doce batallones y quinientos caballos mandados por D. Carlos en persona y por su jefe de Estado Mayor, Moreno. Corrió Córdova á reforzar á Aldámar, ya atacado vivamente. Las tropas se condujeron con aquella intrepidez á que se habían acostumbrado. La caballería ejecutó cargas brillantes que le valieron los vítores de la infantería, y mi hermano tuvo la gloria de conducirla al flanco, desde donde fueron lanzados los escuadrones contra el enemigo, que abandonó dos veces el campo de la acción.

En lo más recio del combate, cuando el empeño no estaba todavía decidido, una fuerza muy superior carlista, que mandaba D. Simón de la Torre, atacó con irresistible empuje al batallón de la Guardia, gobernado por D. Leopoldo O'Donnell. Pero aquel batallón bizarro, después

de nobles y desesperados esfuerzos, vióse obligado á retroceder ante el número y el vigor de sus contrarios. Cuando á los carlistas se les volvía la espalda, la derrota era difícil de evitar, y más todavía si estaban dirigidos por jefes como Simón de la Torre, que tenía el dón de comunicar su valor á los que conducía. O'Donnell entonces, viendo su bata-



DON LEOPOLDO O'DONNELL.

llón perdido, y comprendiendo que todos sus esfuerzos no impedirían su destrucción, corrió á toda la brida de su caballo, y dirigiéndose á Diego León, que mandaba no lejos un escuadrón de lanceros, le gritó desesperado, él á quien sólo el fuego sacaba de su natural frialdad: *«¡Sr. León, será V. el más cobarde de los jefes de caballería si deja V. destruir mi batallón!—Señor O'Donnell, yo le enseñaré á V. ahora, y*

más tarde, quién es León y qué soldados manda.» Era la promesa inmediata de su auxilio y un reto personal para después del combate.

El escuadrón cargó, secundado de flanco por otro de cazadores de la misma Guardia; la infantería carlista fué arrollada; Simón de la Torre quedó herido y abandonado, y á pesar de su tenaz empeño, vióse en la precisión de retirarse del campo de batalla. O'Donnell volvió caras con su batallón, y los dos ganaron una acción brillante, cogiendo muchos prisioneros: «*Señor León*—le dijo entonces el ilustre comandante de Granaderos de la Guardia—*es V. el jefe más valiente de toda la caballería, y sus lanceros, los soldados más bizarros del ejército.*» León quedó satisfecho y estrechó la mano de O'Donnell; había perdido tres caballos en la refriega. Eran dos jefes valerosos, y daban ya á entender con tales hechos lo que la suerte les prometía en el curso de la campaña.

Al siguiente día, mi hermano, condecorando á León en Viana con la cruz laureada de San Fernando, que tomó de mi pecho, hacíalo desfilar por delante del ejército formado en batalla, el cual, con las armas presentadas, gritaba con entusiasmo: *¡Vivan los lanceros de la Guardia!* y desde aquella tarde consideróse á León como una lanza invencible, y á sus soldados como los más aguerridos y terribles del ejército.

Moreno, que se jactaba desde que tomó el mando, después de la muerte de Zumalacárregui, de que batiría á Córdova y de que se alegraba tenerlo de contrario, «porque era un general improvisado, y tan mal soldado como diplomático», pasó por la pesadumbre de haber sido por él dos veces derrotado á presencia de su Soberano. Retiróse el enemigo al abrigo de sus bosques y montañas, con pérdidas cuatro veces mayores á las que experimentó el ejército de la Reina. La caballería, la mayor parte de la Guardia, se acostumbró desde entonces á cargar toda fuerza enemiga que se le presentaba. La artillería en la jornada hizo certeros disparos desde una posición inmediata del camino. Entonces quedó también probada la confianza que se había establecido con sentimiento recíproco entre unas y otras armas del ejército, y el éxito consolidó la unión y armonía entre generales y oficiales; los soldados de los diferentes cuerpos y armas parecían pertenecer á una sola; habíalos unido la victoria. Tuvieron las tropas cristinas ciento treinta hombres fuera de combate, é hicieron doscientos prisioneros con seis oficiales enemigos. Aquella noche durmió el ejército en Los Arcos, y el general dió conocimiento al Gobierno de la acción.

Guergué salió de Navarra con una brigada carlista para ir á Cataluña por el Alto Aragón. Para perseguirlo, destacó el General en jefe el 13 á Gurrea con cuatro batallones y suficiente caballería, privándose de esta fuerza y de tan excelente jefe, que estaba siempre dispuesto con la mejor voluntad á marchar y combatir. El 4 del mismo mes se trasladó el cuartel general á Logroño, donde supimos la dimisión del Duque de Ahumada y que lo había sustituído el Duque de Castroterreño, y el 7 en Haro salió Espartero á reforzar á Ezpeleta con su división, que con tres batallones del ejército de reserva había ido á socorrer á Bilbao y se encontraba imposibilitado de salir de aquella plaza. Pero aumetábanse los recelos de Córdova á medida que sus hombres y recursos en dinero disminuían, así como sus padecimientos recrudecíanse por su actividad incansable. A los que estábamos á su lado faltábannos fuerzas para seguirle ayudando. Cuando no estaba á caballo, escribía, y si dejaba la pluma era para celebrar conferencias ó dictar órdenes. No he conocido antes ni después de su muerte hombre que mostrara más celo en el cumplimiento de sus deberes, fueran éstos militares, diplomáticos ó civiles. Yo fuí una de las personas que amó más en el mundo; mas si hubiera cometido una falta en el servicio, ni la habría disimulado, ni dejado pasar sin correctivo. Nunca me prefirió á mí sobre otro que creyera con más mérito ó que valiera más. Seguro estoy de que mi carrera al lado de otro general habría sido más rápida y brillante. A su lado no pensé jamás en las recompensas; me bastaba el convencimiento de haberlas merecido, y añadiré que para proponerme

para una gracia después de las acciones de guerra en que me recomendaba, era menester que yo ganase mi ascenso dos ó más veces, y que él se hubiese convencido de no cometer en favor mío la menor injusticia. En esto había algo de ese egoísmo peculiar á los grandes caracteres.



CAPITULO XIV.

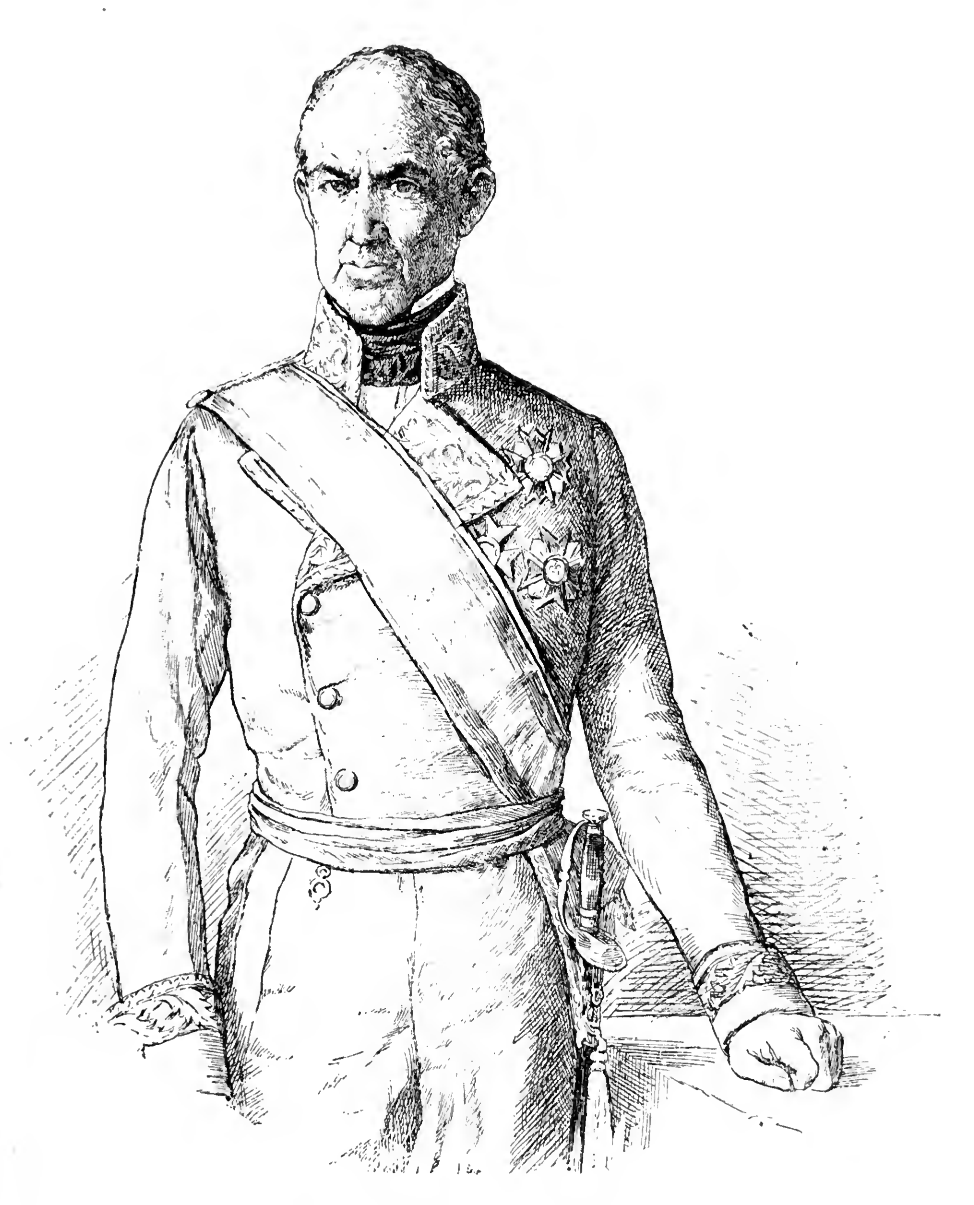
La legión inglesa.—La acción de Arrigorriaga.—Espartero herido.—Nuestras pérdidas.—D. Juan Martínez Plowes.—Disensiones en el campo carlista.—Nuevas y oportunas operaciones de Córdova sobre la Peña de Orduña.—Movimiento insurreccional de nuestros soldados en Puente La Ráa.—Es sofocado.—Un aviso al enemigo.—Deja Córdova en libertad á unos oficiales carlistas prisioneros.—Acciones de Guevara.—D. Santiago Méndez Vigo.—Las recomendaciones y recomendados.—Un almuerzo oportuno.—Retirada brillante.—La muerte de Rebolledo.

Envióme mi hermano á San Sebastián á cumplimentar al general Evans, comandante en jefe de la legión inglesa. Tuve que ir por mar y embarcarme en Santander, á donde llegué en posta. El comodoro Lord Rusell, que mandaba la escuadrilla inglesa en aquellas aguas, me ofreció un puesto en su barco. Fuí tratado en él con esa atención que sólo los ingleses saben emplear cuando sirven á causas que les son simpáticas. Este distinguido marino pertenecía á la familia del Ministro de Inglaterra que había conocido yo en Lisboa, cuando estuve con mi hermano en aquella misión diplomática; hoy es el almirante que ha mandado en Oriente la escuadra inglesa que pasó los Dardanelos y tomó más tarde posesión de la isla de Chypre. El comodoro Rusell me condujo al cuartel general de Evans, cerca de quien cumplí mi misión satisfactoriamente. Mostróme aquel jefe la legión en las líneas de San Sebastián, y en celebridad de mi visita tuvimos un día de fuego, en el que me obsequió dándome á conocer el mérito de los batallones legionarios. En todo observé la buena voluntad del que los mandaba y del Gobierno que los había enviado. Distinguíase Evans como uno de los mejores oficiales que había tenido el ejército británico, en el que tantos jefes de nota da la guerra. Era además tipo de elevada educación y elegancia, y supo atraerse mucho respeto y generales simpatías de nuestros oficiales superiores. La legión á su cargo se estaba organizando rápidamente, recibiendo pronta y admirable instrucción bajo las órdenes de oficiales que si no habían servido todos en el ejército inglés ó

en el de la India, parecían discípulos de tan excelente escuela, porque todos eran instruídos y valerosos. Recuerdo con placer algunos nombres: el de mi amigo el brigadier Chichester, que ya veterano en la milicia, distinguióse siempre por su sangre fría en los combates y por la firmeza de su carácter, y el del Cuartel Maestre de la legión, brigadier Sir Jochmas, de nación hannoveriana. Era éste otro oficial general de mucha instrucción, mérito y actividad incansable. Durante todo el tiempo que estuvo en España durmió siempre con las espuelas puestas, como el militar que no quiere perder en el peligro el minuto que hubiera tardado en calzárselas. La artillería de la Legión estaba á cargo del coronel Sir Colcogan, que la organizó é instruyó admirablemente en poco tiempo, manejando los cohetes á la congrève de manera tan hábil, que excitaba el aplauso en nuestra filas, así como el temor en las del enemigo. Entre los más animosos oficiales de su caballería se atraía también simpatías generales en el ejército el entonces capitán y después coronel Partingthon, el cual, disuelta aquella legión, quedó con los restos de la caballería al lado del general D. Diego León, de quien fué íntimo amigo, y al que acompañaba en todas sus cargas. Aquel simpático oficial, muy conocido en Madrid, casó después en la Corte con una señorita española de la mejor sociedad, y vino á establecer la Compañía del Gas, que hacia 1841 se fundó. Su afición á cuanto era español hacíalo muy estimado en todas partes.

Terminada mi misión cerca del general Evans, que me colmó de obsequios, regalándome unos preciosos cordones de ayudante y entregándome cartas y comunicaciones para que las pusiera en manos de mi hermano, me embarqué en el vapor *Isabel II*. Era, por cierto, aquel barco de vapor el primero que adquirió la Marina nacional española. En él me trasladé á Bilbao, donde encontré á los generales Espartero y Ezpeleta, que habían acudido á impedir el nuevo sitio que contra la invicta villa intentaban establecer los carlistas mandados por Maroto. El general Ezpeleta, que fué mi coronel sirviendo yo en el primero de Granaderos de la Guardia, y el de igual clase, Espartero, de quien había sido también ayudante de campo cuando mandó el distrito de Vizcaya, diéronme otros pliegos para mi hermano. Debía yo entregárselos lo más pronto posible, embarcándome en el *Mazzepa* y tomando en Santander la posta para volver al cuartel general. Mas antes de verificarlo quise despedirme de los generales que estaban á punto de salir á campaña por el camino de Arrigorriaga, y deseé acompañarles algún tiempo dejándolos en marcha. No bien pasamos el puente Bolueta, fuimos ya hostilizados por las primeras fuerzas carlistas, y no pareciéndome decoroso retirarme á Bilbao, pedíles permiso para seguir, asistiendo por esta circunstancia á

la reñida acción que terminó por la retirada de nuestras divisiones á la plaza. Las fuerzas de Maroto que se nos prestaron en la primera hora



El General Ezpeleta.

de marcha, fueron arrolladas con impetuoso valor por los batallones, que en dos columnas, marchando una por el camino real y otra por la cordillera que paralelamente se eleva á la derecha de éste, adelantaban sin detenerse, llenas de ardor y confianza, y dirigidas con firmeza por

los dos generales. El Provincial de Toro, que aun mandaba con bizarría é inteligencia el coronel Barrenechea, ocupó por orden de Espartero las alturas que por la derecha dominan á San Miguel de Basauri. Desde esta posición ventajosa flanqueaba aquella fuerza todos los puntos estratégicos que el enemigo dominaba hasta Arrigorriaga. Al llegar cerca del puente de este nombre, y cuando el mayor fuego de los carlistas hacía conocer que intentaban defender tenazmente el paso y librar en tan fuerte posición ruda batalla, Ezpeleta como Espartero advirtieron los grandes refuerzos que Maroto recibía por momentos. Unos prisioneros hechos al enemigo informaron además á Ezpeleta—que por su mayor antigüedad mandaba los once batallones de una y otra división—que D. Carlos, con Moreno y Villarreal y considerables fuerzas de guipuzcoanos, alaveses y castellanos, hasta el número de veinte batallones, habían pernoctado en Durango la noche anterior, corriendo la voz de que todos caerían sobre Bilbao. En efecto, no tardaron las tropas carlistas en presentarse, desfilando algunas por el puente para reforzar las de Maroto. Las nuestras se hallaban muy reconcentradas, y Ezpeleta, juzgando que ante aquel número de enemigos que obstruían su camino no podría verificar un movimiento ofensivo, resolvió retirarse al abrigo de la ciudad.

Serían ya las dos de la tarde de aquel día 11 de Septiembre, en que tuvo lugar la acción, cuando nuestras fuerzas comenzaron la marcha en retirada y por escalones, en posición siempre, siguiendo la cordillera por donde más temprano avanzaron, sin que el enemigo en grandes masas consiguiera forzar ni hacer más precipitada la marcha firme y tranquila de nuestros batallones. Mas una pequeña columna se retiraba paralelamente por el camino real con más rapidez que la que convenía á la precisión con que las demás tropas caminaban, cuando el general enemigo Simón Torres, con buen refuerzo, siguiendo á nuestros soldados por el camino real y casi sin resistencia, consiguió llegar cerca del puente de Bolueta antes de que lo hubiesen atravesado las tropas que se retiraban por la cordillera. Por desgracia, el mencionado puente, que por orden de Ezpeleta habíalo ocupado la guarnición para sostener este escalón último, dejóse desguarnecido, porque las tropas seguían hacia Bilbao á medida que lo recorrían. Esta falta del sostén conveniente dejó abandonado el punto, quedando sin pasar el Nervión alguno de los batallones de Espartero, el cual, con el último, sostenía personalmente la retirada. El de Almansa, sin intimidarse, se abrió paso á la bayoneta. Los soldados del regimiento de Córdoba, con cierta confusión y desorden, y olvidando la disciplina con que siempre habían combatido, quisieron pasar á la margen derecha del río, pereciendo muchos ahogados; y Espartero, que por retirarse el último había quedado solo

con pocos oficiales y ordenanzas, al llegar cerca del puente lo encontró ocupado por algunas fuerzas carlistas, á las que cargó, abriéndose paso por medio de ellas.

Acompañaba á Espartero en aquel hecho el capitán de Plana Mayor entonces, D. Juan Martínez Plowes, cuyos muchos merecimientos le han elevado después hasta el empleo de teniente general, siendo uno de los más dignos é ilustrados del ejército. Tendría que llenar muchas páginas para referir los servicios que prestó en su larga carrera en los ejércitos del Centro y de Cataluña, y antes en el de reserva, así como en las líneas de San Sebatián y en los combates de Arlabán.

En aquella carga que verificó el general Espartero con tan escaso número de oficiales y ordenanzas, recibió una herida de bala en el brazo izquierdo, que á pesar de su gravedad no le impidió dictar las disposiciones últimas, en tanto que algunos batallones de la legión inglesa que en Bilbao se organizaron, entrando en fuego por la vez primera, cargaron á los enemigos á la bayoneta, recuperando las posiciones que cubrían el puente y que aseguraban la posesión de éste y de la derecha de la ría.

Mis lectores leerán sin duda con gusto la relación que de aquel hecho heroico hace el mismo Espartero en carta que dirigió á mi hermano al mes siguiente, en ocasión de darle gracias por la gran cruz de Isabel la Católica que obtuvo á propuesta suya. Refiriéndose al momento en que halló ocupado el puente después de haber sostenido la retirada con el último escalón hasta « quemar el último cartucho», dice: «mi posición era crítica y no daba lugar á meditar mucho, porque venía cargado por la espalda por once batallones y me venían tomando los flancos una nube de tiradores. En tal estado, era preciso morir ó apelar á la desesperación para salvarse y salvar al puñado de valientes que á la vista de todo Bilbao se habían batido con tanto heroísmo; y en efecto, sólo la desesperación pudo salvarnos. Yo sólo tenía un cortísimo Estado Mayor y mis cuatro húsares ordenanzas, ó más bien héroes. Con ellos, seguido de una pequeña columna, nos fuimos bruscamente sobre el puente. Yo destapé los sesos de un pistoletazo á un lancero, y seguidamente nos mezclamos á sablazos. En esto llegaron las bayonetas de mis compañeros de infantería, y cediendo por un momento el enemigo el paso que yo tanto deseaba, se efectuó mejor que era de esperar; pero aun faltaban algunas compañías cuando el enemigo volvió á cargar el puente. Yo me fuí de nuevo sobre ellos con mis húsares, y esta segunda carga contuvo segunda vez al enemigo; nos volvimos á mezclar; no tuve lugar para cargar mis pistolas; pero imitando á mis húsares y animado con su valor, daba yo también muy buenas estocadas. En el ínterin acababa de pasar el puente mi pobre infantería, y yo me retiré con un buen golpe



DON BALDOMERO ESPARTERO.

de vara de lanza y con el brazo atravesado de un balazo, que lo sufrí por más de media hora sin decir nada á mis compañeros, pues eran pocos en aquel acto trágico y era preciso no dar motivo al desaliento.»

Sin el desgraciado abandono en que quedó el puente, y que produjo el desorden en los momentos de estar casi terminada esta operación con el mejor éxito, habría podido ser considerada como una gloriosa y triunfante batalla. Los carlistas no alcanzaron todas las grandes ventajas que pudieron obtener de su mayor fuerza numérica y de las que les ofreció el terreno, que impidió á nuestras columnas desplegarse y combatir con la superioridad que casi siempre alcanzaba el ejército, empleando las acometidas de las columnas cerradas ó los ataques á la bayoneta, tan frecuentes en nuestras valerosas tropas. Todo el Estado Mayor del general Ezpeleta fué sacado de combate, muriendo unos y quedando cruelmente heridos los otros. Don Isidoro Chacón, oficial de la Guardia, á quien todo Madrid ha conocido honrando su persona con una pierna de palo, cayó herido en aquel campo de batalla mostrando su noble origen. De aquel inmortal regimiento de Córdoba, que en Mendigorría, como en todas las acciones en que se halló, tanto se había distinguido, perdimos unos 300 soldados ahogados en el Nervión. No quiero olvidar que en este combate se encontraron también y distinguieron Rubín de Oña, quien llegó á ser teniente general, y el capitán D. José Rodríguez, que sirviendo en la Plana Mayor, nunca he podido averiguar después, con sentimiento, cuál fuera su suerte. Encontróse, como ya he dicho, en aquella desgraciada acción mi antiguo compañero y amigo D. Ramón de Barrenechea, hoy teniente general, que en aquellas circunstancias se hizo notar con su valeroso y bien organizado batallón de provinciales de Toro; á su frente se había encontrado con Valdés en Artaza y en otros muchos combates y batallas, la de Mendigorría entre ellas. Alcanzó en todas renombre, y luego en el segundo sitio de Bilbao, como correspondía á un militar de raza, sobrino del general Castaños y muy apreciado de todos los generales. Aquella acción de Arrigorriaga nos costó próximamente 1.000 hombres, y no fueron muchos menos los que perdieron los carlistas. Obtuvimos de ella, no obstante, alguna ventaja efectiva, pues desde aquel día Maroto, que mandaba la provincia de Vizcaya y sus batallones, se enemistó de tal suerte con Moreno, que la disciplina se resintió mucho en el ejército contrario. Don Carlos no tuvo suficiente energía para hacer respetar á este último, cuya autoridad de general en jefe no quiso Maroto reconocer, y esto dió lugar á escenas escandalosas, provocadas por las polémicas que se suscitaron sobre los hechos del encuentro. Maroto presentó su dimisión repetidas veces, siéndole al fin aceptada y destinándosele de cuartel á Tolosa. Con viva insistencia lo había pedido

para Francia, pero D. Carlos no quiso consentirlo, con perjuicio de su causa, porque fué la conducta de Maroto motivo de desunión y descontento y centro de peligrosas oposiciones militares, que no tardaron en convertirse en actos de funesta consecuencia para el principio que defendían.

El día siguiente al de Arrigorriaga permanecí todavía en Bilbao, para recibir las órdenes que los generales quisieran darme y los pliegos en que comunicaban al general la acción que habían reñido, la situación en que quedaron por su consecuencia y lo que se proponían hacer. Con sus últimas órdenes y con noticias del estado de la herida de Espartero, que fuí á recibir de labios mismos del general—pues tenía por cierto interesarían á mi hermano, que abrigaba entonces por el herido especial predilección—me embarqué en el precitado vapor, que en pocas horas me condujo á Santander. En esta ciudad tomé la posta, y sin detenerme un momento la corrí con toda diligencia hasta Pancorbo, donde encontré el cuartel general. Me apresuré á enterar á mi hermano de todos los acontecimientos, entregándole los interesantes pliegos de que era portador. Supo por ellos que Evans, con todo lo restante de la legión que mandaba en San Sebastián, se trasladaba á reforzar la guarnición de Bilbao, y que así aumentada, y no teniendo nada que temer de los intentos carlistas, podría salir Ezpeleta á tomar sus anteriores posiciones de Medina de Pomar, á fin de cubrir la Castilla, formando la izquierda del ejército de la Reina. Calculando el General en jefe que Moreno volvería á caer sobre la retaguardia de Ezpeleta ó sobre uno de los flancos de su línea de marcha, resolvió atacarle en su retaguardia desde la Peña de Orduña, hacia donde marchó resueltamente. El general enemigo temió quedar entre dos fuegos por este movimiento, prefiriendo revolver sobre Córdova, que á su vez marchó hacia Puente la Ráa separando á su adversario de Ezpeleta. Bien pronto conoció el general carlista que había sido engañado por el de la Reina, y no insistiendo en seguirlo por un terreno del que podía resultarle un combate en situación desventajosa, volvió segunda vez sobre Ezpeleta para atacarlo con resolución. Más Córdova, diligente siempre, no dejó de seguirle por la pista, dispuesto á no permitir que Ezpeleta fuera acometido sin que el general carlista le encontrase tenaz á su retaguardia con las dos divisiones que llevaba. Ante aquel peligro de que no podía escapar, Moreno desistió de seguir la división que salió de Bilbao, volviendo sobre Córdova, y el movimiento que de nuevo ejecutó, atrayendo á su contrario hacia Puente la Ráa, dejó á Ezpeleta concluir el suyo sin ser molestado y ganar su posición de Medina de Pomar. El clamor que se levantó en el campo enemigo contra Moreno acabó de quebrantar su crédito y obligó al indeciso enemigo por tercera vez á marchar sobre

el general cristino, pensando que tenía asegurada la victoria por la superioridad del número de sus batallones y caballería; pero aquella intentona carlista la desbarató también mi hermano por tercera vez y con igual éxito. Con esto, Moreno no pudo resistir á su descrédito ni mantenerse en el favor de D. Carlos, y fué relevado por el general Conde de Casa-Eguía, que aspiraba hacía tiempo al mando y trabajaba activamente, poniendo en juego sus muchas influencias, para conseguirlo. Eguía era un general instruído, tan conocedor del país como de la guerra, y gozaba en la corte de D. Carlos de mucho favor.



EGUÍA.

Tranquilo sobre la seguridad de Bilbao, que garantía la presencia de la legión en aquella invicta villa, y seguro de que Ezpeleta no sería molestado ya, porque se bastaba á sí mismo con sus valerosas tropas y con la división de Espartero, que se había incorporado al ejército en tanto que él sanaba de su herida, trasladóse el General en jefe á Briviesca, con objeto de recibir al general Álava y al Conde de Almodóvar, que debían llegar de un día á otro para revistar el ejército y para tomar parte en algunos de los combates ú operaciones que se preparaban. Veinticuatro horas hacía que estábamos esperando la anunciada llegada, cuando el General tuvo comunicación urgente del jefe de Estado Mayor, D. Marcelino Oráa, que le avisaba del movimiento insurreccional que había tenido lugar en la guarnición de Puente la Ráa, y del estado de excitación que dominaba en las tropas acantonadas en Pancorbo. Corrió mi hermano en una hora, con su Estado Mayor, las tres leguas que separan este último punto de Briviesca, y enteróse bien pronto de la importancia de aquellos sucesos, que eran el principio de un criminal y trascendental acto de indisciplina.

Sin temer á aquellos soldados que en tan mal camino se encontraban, se metió solo en medio de ellos, los arengó, y allí, como en Puente la Ráa, consiguió tranquilizarlos, ofreciéndoles el triunfo y la victoria. *Soldados*—les dijo—*hagamos frente al enemigo para vencerle, y volvamos las espaldas á las disensiones políticas que desgarran las entrañas de la patria* (1). Al día siguiente se pusieron en marcha las tropas, y ya veremos cómo el general Córdova les cumplió su palabra. Todos los ánimos se tranquilizaron, y con la calma se restableció pronto la confianza y el imperio del deber. Cualquiera excisión al frente del enemigo hubiera podido sernos aciaga, no aprovechando más que á los carlistas que estaban cerca y que parecían esperar las funestas consecuencias de la indisciplina, atizada por la falta de patriotismo.

El 5 de Octubre, encontrándose el cuartel general en Logroño, anunció Córdova al Gobierno la intención del enemigo de volver á poner sitio á Puente la Reina, lo que celebraba mucho, porque proponiéndose impedirlo, estaba seguro de vencer. Con un parlamentario que del enemigo recibió el 6 en Logroño, mandó á decir al general carlista «que si no se apresuraba á tomar á Puente antes de cuatro días, seríale después imposible atacar la ciudad.» Esto, que pareció á los enemigos una jactanciosa bravata, viéronlo después confirmado plenamente. Las operaciones de mi hermano fueron siempre tan calculadas, tan precisas y tan seguras, que podía anunciar anticipadamente á sus contrarios los resultados de sus empresas.

Marchamos á Navarra por Larraga, y el 14 entramos en Pamplona. El 17 volvió á Lodosa, después de haber hecho volar los puentes sobre el Arga en Mendigorría y Belascoain, verificando una operación de la

(1) La disciplina en que mi hermano mantuvo constantemente el ejército mientras estuvo al frente de su mando, no le valió menos plácemes que sus victorias. Como ejemplo de esto, traslado aquí una carta de Martínez de la Rosa, cuyo interés podrán apreciar mis lectores:

«Mi estimado amigo y dueño: Yo sí que deberé estar avergonzado y pesaroso por no haber contestado antes á la apreciable carta de V.: nada diré de las expresiones con que en ella me favorece, ni del motivo que la dictó: en mi discurso no hice más que pagar un tributo de justicia con la convicción y vehemencia que salía de lo íntimo de mi corazón. Lo que dije entonces, lo veo confirmado cada día, y lo repito ahora: el mayor servicio que está prestando ese ejército á la patria no consiste en contener al partido rebelde y vencerle siempre que se presenta la ocasión; la empresa más ardua, la más difícil, la que más honra á V., es mantener ese ejército bajo los principios de orden y de disciplina, sin que lo corrompan ni disuelvan nuestras disensiones políticas. Por el interés que me tomo en la causa pública (aunque me vea reducido á la clase de un mero particular), deseo infinito que se sobreponga V. á sus males físicos y á los tormentos morales que quebrantan ánimos menos fuertes, y que por ningún motivo ni pretexto abandone usted el mando de un ejército cuya suerte se comprometería si V. se separase de su frente. Me coloco en la situación de V., pero tampoco puede olvidarse que debe V. ese sacrificio á su patria, á su Reina y á su propio nombre. He dejado correr la pluma, olvidando quizás que V. no está en el caso de perder un tiempo precioso leyendo frases inútiles; pero V. me dispensará, en obsequio de los sentimientos que las han dictado, y verá en ello una prueba de la estimación y aprecio que le profesa su afectísimo amigo y servidor, Q. S. M. B., *Francisco Martínez de la Rosa.*»

que había dado ya cuenta al Gobierno, y que, siendo pequeña parte de sus planes, bastábale para asegurarse de que éstos darían los más evidentes y ventajosos resultados. La voladura de los puentes nos hizo dueños del curso del río y de todo el territorio desde su margen izquierda hasta el Alagón. Parecía que habíamos llevado todas las aguas de este río á unirse con las de aquél, para oponer juntas una insuperable barrera al carlismo, y así nos apoderamos de todo el territorio que se extiende entre ambos ríos. El país quedó por esta simple medida dominado ó conquistado. Pamplona, siempre bloqueada por pequeñas partidas enemigas, vióse libre desde aquel momento, sin que fuerza alguna la molestara ya. El paso por los peligrosos sitios del Carrascal, que una división de nuestras mejores tropas no podía atravesar sin graves peligros de derrotas ó de combates sangrientos hasta entonces, pudo realizarse con marchas seguras y ventajosas para nuestras armas. Aquel territorio, teatro frecuente de las victorias de Mina sobre los ejércitos de Francia en las guerras contra el Imperio, y que los soldados franceses no cruzaron jamás sin riesgo de ser batidos y hechos prisioneros en divisiones enteras, recorríanlo ya los correos con una simple escolta de diez caballos, comunicando las tropas y las pequeñas fuerzas entre Pamplona, Tafalla y Tudela. Todas las ventajas que mi hermano esperaba viólas confirmadas. Abandonó el enemigo un país rico que le daba muchos y buenos soldados con que reemplazar sus bajas, y todas sus grandes contribuciones, perdiendo medios importantes que aumentaban los recursos de su erario. Puente la Reina, comunicando libremente con Pamplona y con el Ebro, dejó de ser para los carlistas un objetivo de sus planes en la ofensiva, y para nuestras armas una atención de nuestra defensiva. Considerada la operación como ensayo, fué la primera demostración de todo lo que podía esperar el General en jefe del desarrollo de sus proyectadas líneas. Toda la cuestión de la paz ó la guerra, dependía ya de los recursos que en material, hombres y dinero para mantenerlos fuera posible al Gobierno de Mendizábal procurarle.

El nuevo general en jefe enemigo pretendió inaugurar su mando levantando su crédito y dominación con la victoria. Mientras las fuerzas de la Reina apoyaban desde Puente, Mendigorría y Larraga las operaciones y trabajos sobre el Arga, ocupó él, con ocho ó diez batallones navarros, castellanos y alaveses y un escuadrón, los pueblos de Cirauqui, Mañeru y otros inmediatos, como en señal de reto. Aldámar y Bretón atacaron y envolvieron las fuerzas enemigas con movimientos que dispuso el General en jefe, apoderándose sin grandes dificultades de la altura y ermita de Santa Bárbara. En aquellos ataques, donde se abatió siempre el orgullo y la firmeza navarra, «*mostró Bretón*, dijo Córdova, *todo el ardor que tan antiguamente tiene acreditado.*»

El coronel D. Pedro Regalado Elío, primo de D. Joaquín, que servía en las filas carlistas, y que no era menos inteligente, activo y denonado, mandó un fuerte piquete de caballería, con el que, recorriendo la llanura desde Larraga hasta cerca de Estella por Allo, cogió unos cuarenta prisioneros y 2.000 cabezas de ganado lanar que escoltaban dos lanceros navarros llamados *Curpín* y *Olite*, los cuales, armados y montados como estaban aquella tarde, ingresaron en la escolta de mi hermano. De estos dos ordenanzas, que fueron tipos de su clase, ya tendré ocasión de ocuparme. Nuestro coronel Elío murió á poco sobre un campo de batalla, con toda la bizarría de que han hecho alarde cuantos han llevado tan distinguido nombre.

En Lodosa hallábase ya el 17 el General en jefe, después de haber ordenado todo lo necesario para fortificar convenientemente á Larraga, como uno de los puntos centrales y más importantes del Arga, encargando auxiliara esta operación, que los ingenieros debían llevar á efecto, al general Aldámar, que allegó todos los recursos necesarios, de los demás pueblos de la Rivera. Aldámar ponía toda su inteligencia y celo en cumplir cuanto se le mandaba ó indicaba. Otra vez, el 18—y parece imposible tanta diligencia—se encontraba Córdova en Briviesca para recibir al general Álava, y en la espera también de los generales Evans y Almodóvar.

Desde Haro escribió mi hermano al Gobierno pidiéndole que la división inglesa de Evans viniese á Vitoria, dejando las poblaciones de la costa, para formar parte de una gran fuerza que, tomando por centro de sus operaciones la mencionada ciudad, al propio tiempo que cubría las Castillas, amenazara el corazón de Guipúzcoa por un lado, el de Vizcaya por otro, dominando la llanada de Álava y la entrada de la Borunda. Deseaba de este modo entretener al enemigo, dando tiempo á que el Gobierno le proveyera de hombres y dinero para el final establecimiento de sus líneas. Pero la legión inglesa no podía verificar su movimiento rápidamente. Era obra magna moverla con la impedimenta que traía, y empresa muy difícil además conducirla á Vitoria atravesando el país de montaña. Para aquella operación necesitaba hacer largas marchas viniendo por Medina de Pomar, y así lo verificó más tarde, acompañándola Espartero con sus tropas.

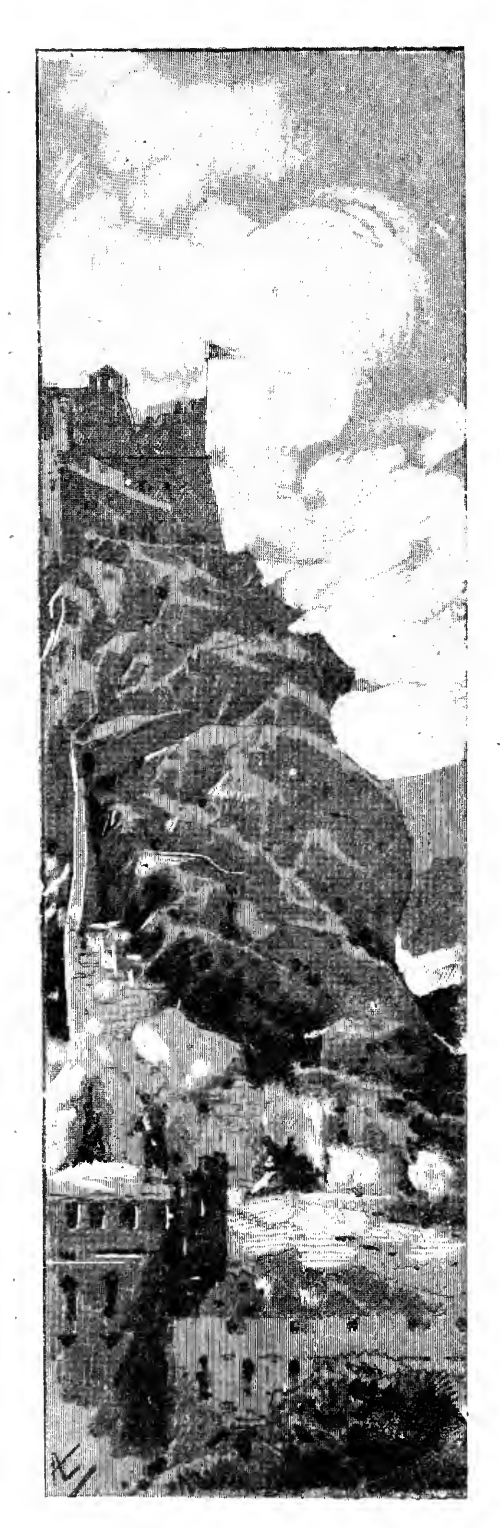
Por aquellos mismos días mi hermano pudo noticiar al Gobierno que Eguía juntaba sobre el camino de Miranda á Vitoria la mayor parte del ejército carlista y su artillería, con ánimo de librarnos una batalla general, que habría de ser la mayor que el enemigo hasta entonces nos ofreciera. Con aquel propósito se incorporó seis de los ocho batallones que dejó en Navarra, y para hacer más fuerte la posición elegida en el desfiladero de La Puebla, abrió anchos y profundos fosos

y levantó sobre las alturas elevados parapetos y espaciosos reductos, en donde proyectaba emplazar sus piezas. Don Carlos y los suyos abrigaron entonces las mayores esperanzas, disponiendo se hiciesen rogativas en todas las iglesias. Volaron el puente de Nanclares para hacernos más difícil el paso del Zadorra, que la mayor parte del año corre con mucha agua. Así las cosas, comenzaron el bloqueo de La Puebla, que defendía bien el coronel Mauri, antiguo diputado á Cortes, con una guarnición que fué reforzada convenientemente. En su gobernador tenía el General en jefe tal confianza, que decía: «Las fortificaciones de La Puebla no son de consistencia, pero su guarnición es numerosa. Hace poco tiempo que aumenté considerablemente sus municiones, y el gobernador que allí puse es uno de aquellos hombres determinados que no ceden sino con la vida ó con el último cartucho el puesto que se les confía.» El enemigo llevó toda su artillería, reuniendo hasta treinta y seis piezas de todos calibres.

El general Zarco, que conocía en todos sus detalles la posición enemiga y todas sus dificultades y obstáculos, dirigió los trabajos de ataque, preparando los pasos del río para nuestras tropas y los medios de rehacer el puente, asegurándolo por obras de campaña. Abrigaba Córdova tan ventajosa idea de su celo y capacidad, que dió la orden en el ejército para que en él se le obedeciese como á sí propio.

El día antes de aquel designado para marchar contra el enemigo, supo mi hermano que en Miranda se habían reunido en uno de los fuertes, seis oficiales y un centenar de soldados carlistas prisioneros. Presentándose á ellos les dijo: «que sabiendo que el general enemigo iba á librarle batalla, les dejaba en libertad para que pudieran asistir á ella.» Los carlistas aceptaron con júbilo, y nuestros soldados les acompañaron hasta el puente de Miranda con demostraciones de alegría. Las tropas se reforzaron aquella noche con algunas que llegaron de Navarra, con toda la división de Espartero, que acababa de incorporarse curado de su herida, y con una batería de artillería de posición que vino desde Burgos en posta, conducida por el capitán D. Juan Martínez Plowes, de quien ya he señalado una parte de su relevante mérito. En marcha se encontraba el ejército el 24 contra el enemigo, cuando advertimos que los carlistas abandonaban el campo con poca honra después de tantos retos; el General entonces estableció su cuartel general en Vitoria, con objeto de facilitar el movimiento de Evans, atrayendo hacia sí á los carlistas, que tenían intención de molestar á éste y á sus tropas. La ocupación del puente de Nanclares, la corta fuerza con que se guarneció este punto, y las defensas aumentadas en La Puebla, transformaron completamente aquel territorio. Las comunicaciones entre Miranda y Vitoria quedaron restablecidas. Dos hombres solos pu-

dieron marchar desde entonces por la carretera con igual ó mayor seguridad que sólo días antes podía concederse á una columna numerosa, porque nada temían tanto los carlistas como quedar cortados en su retirada por un curso de agua, y por lo tanto prisioneros. Vitoria quedó en comunicación con el Ebro, y por Miranda mantuvo todo su comercio con el interior.



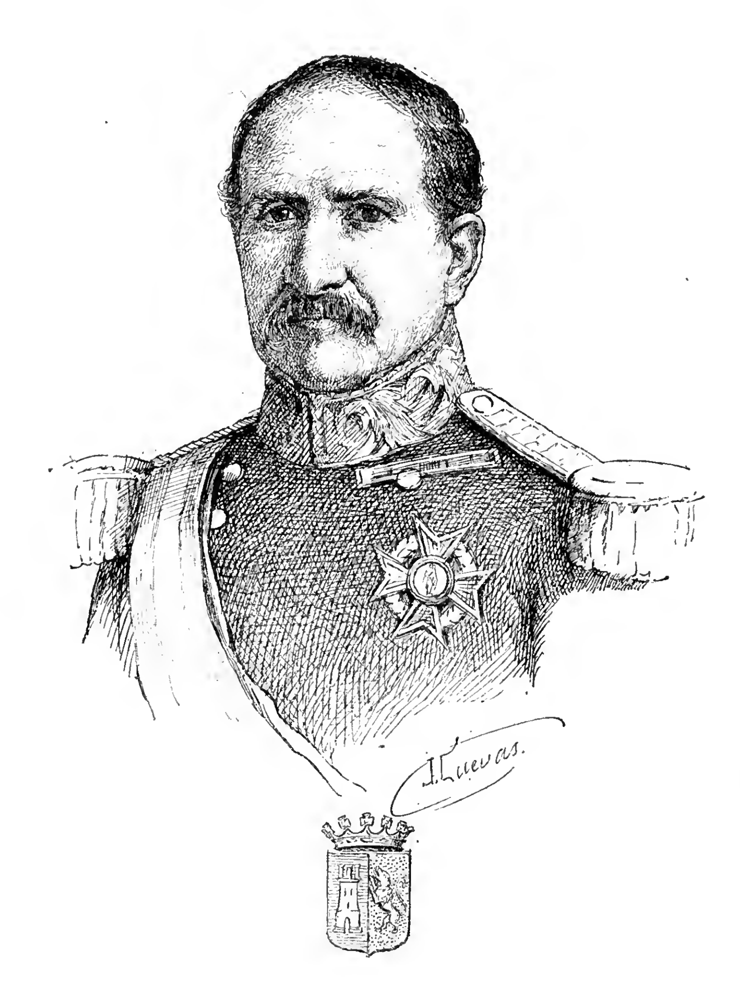
Para llevar al enemigo por la línea opuesta, resolvió el General marchar hacia Salvatierra. Sus combinaciones estratégicas, para apoyar la marcha de Evans de Bilbao á Vitoria, lleváronle á esta última ciudad, y en los días 27 y 28 de Septiembre sostuvimos dos combates sangrientos y prolongados á las inmediaciones del castillo de Guevara y venta de Chavarri, por los cuales fuí agraciado con la cruz de San Fernando de primera clase y con el empleo de teniente coronel mayor.

He aquí algunos de sus detalles. Á las nueve y media de la mañana estábamos ya en la venta de Chavarri, en donde, aquel mismo día hacía un año, sucumbió el infortunado brigadier O'Doile, precipitado por su propio arrojo y confianza. El enemigo desfilaba por las alturas que siguen paralelamente al camino por nuestra izquierda, sobre las cuales está situado el castillo de Guevara. Al llegar á la altura de éste vimos á todo el ejército de D. Carlos, ó al menos á su mayor parte, que ocupaba posiciones,

sobre una de las cuales, á la izquierda, levantábase la fortaleza con el pueblo al pie; la de su derecha se halla separada por un profundo barranco, en una de cuyas laderas corre el camino que pone en comunicación aquellos valles. Con la intención de ganar antes que nosotros á Salvatierra, destacó Eguía algunos batallones que debían adelantársenos; pero mi hermano previno el movimiento enemigo, dirigiendo sobre este punto una fuerza de las dos armas, por la que fué ocupado, con orden de mantener el puesto. El General en jefe mandó al propio tiempo hacer alto al resto del ejército y dar frente al de don Carlos, destacando con su división por la derecha para embestir, al general Rivero, el cual ganó las alturas que debían envolver al enemigo. Por el frente dirigió otros batallones sueltos, entre ellos el de cazadores de la Guardia, que mandaba el coronel Blacke, hijo del ilustre general de su nombre que tanto papel hizo en la guerra de la Independencia, y por la izquierda iba D. Ramón Narváez con el regimiento del Infante, que todavía, aun después de Mendigorría, mandaba interinamente como teniente coronel. Los carlistas quisieron defender la posición de Guevara con tres batallones guipuzcoanos. La que atacó Narváez lo estaba por otros alaveses. Mi hermano me mandó dar la orden para que en el centro se cargase á la caballería carlista, que se había presentado sirviendo de escolta al general Eguía, con fuerzas dirigidas por el coronel León, pariente de aquel bizarro D. Diego que mandaba los lanceros de la Guardia; éste continuaba sin cesar mostrando su impaciencia por acometer al enemigo. Pero al dar la vuelta para el cuartel general, cumplida y ejecutada la orden de mi hermano, de repente encontré al batallón cazadores de la Guardia detenido al comenzar su ataque é indeciso á pesar de su valor ante la vigorosa defensa de los batallones guipuzcoanos que mantenían la posición de Guevara. No me detuve. Corrí á él, viendo que con una compañía de cazadores del Infante aun sufría el fuego á corta distancia. Lo arengué. Tuve la fortuna de inflamar el ardor de aquellos soldados, que salieron de su mortal inacción, y adelantando bravamente tomaron posición y pueblo al grito de *¡Viva la Reina!* No empleamos más que la bayoneta. La acción me fué certificada por el general Rivero, habiendo sido ejecutada á la vista de todo el ejército, porque la posición de Guevara se destaca culminante, en hermoso anfiteatro, como un gran panorama que se divisa desde muchas leguas de distancia, y ante él estaba formado nuestro ejército en sólidas y profundas masas.

La primera parte de la acción quedó ganada. Narváez tomó también con su habitual denuedo la posición que se le había mandado atacar, mostrando allí aquella temeridad de que tantas veces dió relevantes pruebas. También por la tarde me uní á la carga que los húsares, man-

dados por Zavala, dieron á los enemigos en el pueblo de Guevara, en donde fueron acuchillados. El mayor premio que de este hecho he podido recibir en mi vida, fué la honrosa mención que de él hizo en el Senado muchos años después el mismo Zavala, ya teniente general,



DON SANTIAGO MÉNDEZ VIGO.

(Copia de un retrato de familia.)

titulado en África y envejecido en las armas y en la política, al contestarme á un discurso de oposición que pronuncié contra un Gobierno de que él formaba parte. ¡Cuán distantes estábamos uno y otro, en aquella función de Guevara, de que habíamos un día de combatirnos mutuamente en otros terrenos, si no de tan noble entusiasmo, de no menos

apasionado ardor y más candentes todavía que aquellos en que se libran las batallas!

Mi hermano me mandó pidiera el juicio contradictorio para obtener nuevamente la cruz de segunda clase laureada de San Fernando. Pocos juicios se han hecho más brillantes y notorios; pero el Tribunal Supremo de Guerra y Marina informó en sentido contrario, por el escrúpulo, que hoy parecería nimio y hasta injusto, de no haberse abierto la sumaria dentro del corto plazo que señalan los Estatutos. Había perdido algunos días..... ¡empleados en la prosecución de las operaciones! ¡Después se han dispensado hasta años enteros para conceder aquellas insignias y sus emolumentos!

Era ya anochecido este día glorioso cuando el ejército marchó á Salvatierra. Para sostener la retaguardia quedaron los batallones de la Guardia mandados por Roncaly y O'Donnell, que Ulibarri protegía con más de 800 caballos apostados en aquel territorio despejado y llano para la marcha nocturna de la infantería, que se encontraba toda en el camino real que conduce á Salvatierra, y distante legua y media de esta población. Estas fuerzas eran de la división de D. Santiago Méndez Vigo, á quien mis lectores conocen, porque en distintas ocasiones he recordado sus cualidades de soldado y de general y sus merecimientos. Piérdese cada día su recuerdo, como el de otras muchas ilustraciones de la época para las generaciones nuevas, y no será mucho que consagre á su memoria estos renglones uno de los que se contaron entre sus más respetuosos subordinados.

Pero cuando menos lo esperábamos, y ya entrada más la noche, que hermoseaba la clara luz de la luna, presentáronse inopinadamente dos grandes masas carlistas mandadas por Villarreal y sostenidas por la caballería que D. Pascual Real dirigía, en número de 800 caballos. Con nutrida y cerrada descarga rechazaron la demostración del general enemigo los batallones de la Guardia, tomando inmediatamente posición, y nuestra caballería, en una gran masa desordenada, voló á cargar toda la fuerza de los contrarios de á pie. Dos descargas á corta distancia la detuvieron. Yo me había unido á ella, y la vi rápidamente arremolinarse toda, sin poder adelantar ni retroceder, ni salir por ninguno de sus flancos. Convirtióse aquella fuerza en un montón confuso é inerme, en el que estábamos perdidos si la caballería contraria nos embestía en tan crítico y difícil momento, ó si su infantería se hubiese acercado para saludarnos con sus fuegos. Mas desatóse el nudo, gracias á la inacción carlista, y los regimientos de caballería se ordenaron, y en regular formación tomamos el camino de Salvatierra, cubiertos por los batallones de la Guardia, con los cuales marché yo en cumplimiento de la orden que recibiera de seguir con la retaguardia.

Estaba ya avanzada la noche cuando pude dar cuenta de todo lo sucedido al General en jefe, que consideró cuán peligroso es ejecutar operaciones fuera del día y en los embarazos de la obscuridad, y mucho más en las Provincias Vascongadas y Navarra, ante enemigos valientes y emprendedores. Oráa, á cuyos preceptos daban mucha autoridad sus avanzados años y larga experiencia, decía con este motivo y con mucha razón, que «la noche se había hecho para dormir y para galantear las muchachas.» En el parte de esta primera acción el General recomendó al brigadier D. Santiago Méndez Vigo, á D. Ramón María Narvaez, al comandante de cazadores D. Joaquín Blacke, á D. José Urbina, que fué herido, á D. Antonio Ros de Olano, á D. Patricio de la Escosura y al Conde de Cumbres Altas. «Todos ellos—dice el General en jefe—se distinguieron á porfía en los puntos de mayor peligro.» También yo lo fuí, y merecí de mi hermano en aquel documento oficial, que hoy guardan los archivos de la Guerra, las siguientes líneas: «Debo á la imparcialidad y á la justicia el hacer también una honrosa mención del coronel graduado D. Fernando Fernández de Córdova, que dirigió la carga á la bayoneta al castillo, cargó á la cabeza de los húsares por la tarde y á la de los lanceros de la Guardia por la noche, y vino toda ella con la retaguardia.»

Volvimos á ponernos en marcha para regresar por el mismo camino á Vitoria al siguiente día. El ejército marchaba en una sola columna. Al llegar frente á Guevara divisamos todo el ejército contrario. El cuartel general hizo alto á la altura del castillo, y mi hermano me mandó apear y tomar el anteojo para reconocer al enemigo. Pronto pude informarle que todo el ejército carlista estaba allí presente en gran número y en fuertes masas, ocupando excelentes posiciones. Eran las que el día antes habíamos atacado y tomado. El General mandó inmediatamente desplegar una brigada sostenida por una batería en posición para apoyar la marcha del convoy de heridos del combate anterior y la del ejército, si los carlistas descendían ó empezaban la batalla en el terreno más despejado por él elegido. Mas Eguía y Maroto las rehusaron, retirando sus destacamentos avanzados á las posiciones principales, lo que, observado por Córdova, le determinó á renovar la orden de proseguir la marcha hacia Vitoria con todas las precauciones de la guerra y la precisión y desembarazo de una maniobra ejecutada en un campo de instrucción. Probada la víspera sobre el mismo terreno nuestra superioridad, no creyó que debía tomar otra vez la iniciativa de un nuevo ataque sobre posiciones tan recientemente dominadas y cuya posesión á ningún objetivo práctico conducía. «La guerra—dice mi hermano en su *Memoria*, refiriéndose á esta acción—se compone de combates, es cierto; pero éstos deben encerrar un objeto, aspirar á un

resultado que sea el precio de la sangre en ellos derramada; yo no lo debía repetir, una vez logrado el fin especial que en éste me había propuesto.» Este fin era atraer sobre sí las principales fuerzas enemigas, para dejar, como ya he dicho, expedita á Vitoria la marcha del general Evans con Espartero y la legión inglesa.

No dejaré escapar un curioso recuerdo de aquel día, que mis lectores apreciarán sin duda y que referiré con toda sinceridad. Mientras que el ejército y el convoy desfilaban por delante del Estado Mayor, permanecí inactivo por no haberme empleado en comunicar orden alguna. No me había desayunado. Mi estómgo se hallaba sin lastre alguno, y un secreto presentimiento me anunciaba que aquel día me habían de matar. Tenía—¿por qué no he de decirlo?—tenía miedo, y resolví no entrar en fuego, evitando todo peligro en cuanto á mi honor le fuera permitido. Mi hermano dijo en alta voz que no atacaría al enemigo en sus posiciones, y escuché aquellas palabras con alegre y secreta aprobación. Mientras el ejército ejecutaba su movimiento de desfile y el cuartel general quedaba á retaguardia, ordené al cocinero de mi hermano que me diera algo de almorzar. Un buen pedazo de solomillo, un pollo asado y algunas ruedas de salchichón saciaron mi apetito, en cuyo opíparo banquete se me unieron algunos otros compañeros. No rociamos, como es costumbre en la vida de la guerra, una y otra vez estos manjares empinando la bota, ni tampoco el frasco del excelente ron que llevaba mi ordenanza, y terminamos sólo el reparador almuerzo con algunos buenos cigarros. Para lo primero teníamos muchos una razón de sistema. En los primeros momentos de una función de guerra nos limitábamos á beber agua sola, entendiendo que es la primera necesidad del que milita, mantener todo el calor en el corazón y toda la serenidad en la cabeza. Así concluyó el banquete que nos ofrecimos sin apearnos de los caballos. Momentos después ya desafiaba yo á los carlistas á singular batalla, y de esto deduje entonces, y sigo creyendo ahora, que el estómago ejerce una influencia decisiva en la energía del corazón, y que las tripas no sólo llevan al hombre á la fatiga, sino que le conducen al peligro y á la muerte. De mi experiencia propia he aprendido, y de ella me aproveché para practicarlo, que el cuidado de los jefes para que el soldado se alimente bien ha de ser muy solícito, pues el valor y la fortaleza del hombre para arrostrar los riesgos y las fatigas y para mantener su buen espíritu se acrecientan á medida que está mejor alimentado.

El enemigo nos dejó pasar, mas pretendió colocarse á nuestra retaguardia, y cuando ya habíamos verificado nuestro desfile, atacó nuestras últimas tropas, empleando once batallones y su caballería. En todas partes fué prevenido y rechazado. El General en jefe y Oráa marcha-

ron á retaguardia, escalonando en persona las fuerzas de manera que en el último escalón estaban uno ú otro y el Estado Mayor comunicando las órdenes. Los oficiales de este cuerpo y los ayudantes acompañaban los escalones, que después de defender el terreno poníanse en marcha al paso regular, y por lo general en batalla cuando se podía caminar en este órden, ó por columnas de compañías paralelas. La artillería jugó, así como la caballería, en los terrenos que le eran propios. Los pequeños cursos de agua se defendieron obstruyendo los puentes después de atravesarlos, y no se destruyeron por excusar daño al país, no siendo después de todo indispensable. También los bosques fueron defendidos, y cuando los desamparábamos se ejecutaba parcialmente su abandono con sostenes muy inmediatos.

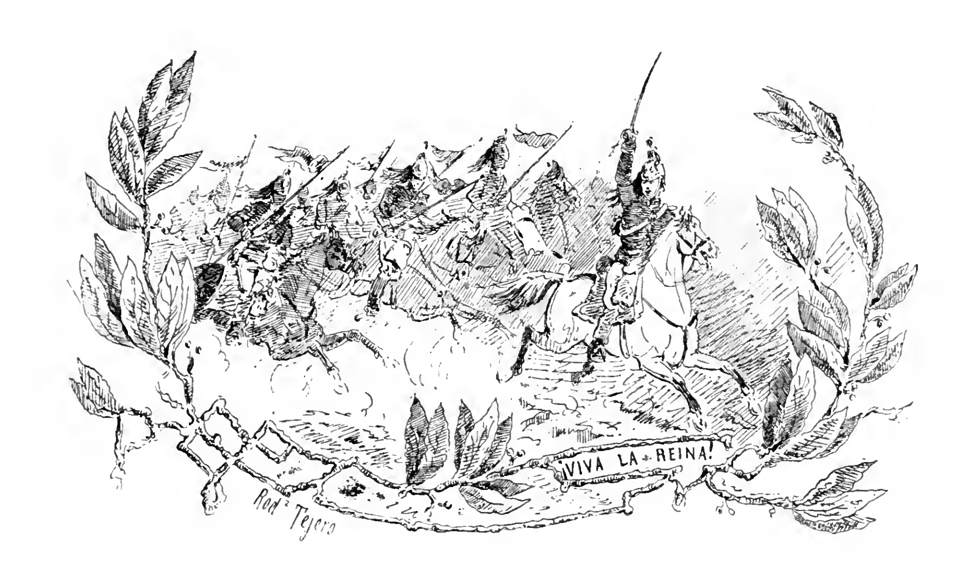
En uno de ellos dejaba el bosque un batallón de Almansa. Al salir de él tuvo que formar en batalla. Debía atravesar un llano, y á su mitad se dispersó, siendo herido el comandante. Corrí á él, lo llamé con la corneta; volvió la fuerza al momento; la formé en orden bajo el fuego enemigo, é impávida, confiada, segura y al son de la música, acabó de recorrer su escalón á los gritos de *¡Viva la Reina!* El último puesto fué sostenido por una brillante lucha, en la que Diego León, con sus lanceros de la Guardia, cargó á la caballería alavesa, fuerte de 300 caballos, mandados por un antiguo capitán de la Guardia de caballería, muy conocido en la primera sociedad de Madrid. Esta marcha en retirada, porque debíamos ir á Vitoria y teníamos al enemigo á retaguardia—que no la hacíamos ni por inferioridad ni por debilidad—fué considerada como una victoria, porque no fué forzado un escalón ni dispersada más fuerza que la ya mencionada, y esto momentáneamente. El enemigo mismo la elogió. La primera condición de todo oficial que dirige una retirada es el más frío cálculo y la firmeza de carácter más inquebrantable.

Sufrieron los carlistas al pie de quinientas bajas en muertos y heridos, y muchos prisioneros. Los dos días combatieron con esa prudencia exagerada que en los ejércitos valerosos, como lo era ciertamente el carlista, se considera desventajosamente. Eguía tenía grandes condiciones de general, pero carecía del don de entusiasmar á sus soldados, quizá por no llevarlos á los peligros.

Muchos hechos memorables de personal denuedo faltarán á mi recuerdo en el relato de aquellas y otras empresas; pero no olvidaré ciertamente á aquel infortunado Mayor del Provincial de Sevilla, Rebolledo, que habiendo perdido, por descuido sin duda, la plaza de Morella y sintiendo lastimado su honor, pidió que se le destinase al ejército del Norte, y ya en él, al puesto de mayor peligro. Unido al ataque del batallón de Cazadores Provinciales sobre Guevara, el pundonoroso jefe co-

rrió delante sobre el enemigo, y murió como un valiente con un fusil en la mano, dejando su honra tan alta como la primera. En el parte del segundo día hizo también el General en jefe grandes y justísimos elogios del general D. Marcelino Oráa, que toda la mañana y tarde sostuvo bajo el fuego enemigo la retirada en la extrema retaguardia.

Los carlistas hicieron correr como siempre falsas noticias sobre estas acciones, entre ellas la de mi muerte, que no necesito desmentir ahora, porque mis lectores saben que estoy relatando estos hechos después de cuarenta y seis años de azarosa vida. Yo, sólo contaba entonces veinticinco de la feliz existencia de la juventud.



CAPITULO XV.

Paréntesis en el relato de la campaña.—Proyectos de negociación para un convenio entre los dos ejércitos.—Las cartas inéditas sobre este asunto, de Sir George Williers.—Detalles desconocidos y secretos.—La actitud del Rey de Francia con respecto á los negocios españoles.—Los acontecimientos políticos de Madrid y de la Península, narrados en las correspondencias de Sir George Williers, Conde de Toreno y Duque de Castroterreño.—Una carta de la reina D.ª María Cristina.—Sobre la dimisión de mi hermano, ofrecida entonces al Gobierno.—Los comienzos de Mendizábal y su entrada en el Gabinete.—Trabajos de Williers para unirlo al general Córdova.—Más cartas particulares de Castroterreño, Williers, Mendizábal y D. Fernando Muñoz, sobre todos los asuntos de la época.

MIENTRAS ocurrían en el Norte los sucesos de que llevo hecha relación en los capítulos que anteceden, desarrollábanse en Madrid y en toda España gravísimos acontecimientos políticos, de los cuales debo dar conocimiento á mis lectores, pero empleando un método distinto, pues ya he repetido que me proponía en estas *Memorias* no hablar por mí propio sino de aquellos hechos que presencié ó de aquellos en que me fué lícito tomar una participación directa. No me ocupaba yo en los últimos meses de 1835 sino de la guerra. Si la política penetraba en las filas de aquel ejército, invadía tan sólo la jurisdicción de nuestros jefes más elevados, que por necesidad ó afición debían prestarle la atención merecida, sobre todo tratándose de una campaña en que por tanta parte intervenía la lucha incesante y devastadora de los partidos; pero nosotros, los que nada representábamos y nada podíamos en este punto, vivíamos tan sólo la vida de la guerra con sus incesantes afanes, sus fatigas, sus peligros y sus glorias, sin otros horizontes que los que limitaban aquellas rudas montañas, sangriento teatro de nuestras discordias.

No podría yo, por lo tanto, relatar aquí nada por cuenta propia de lo que en otros campos y en otras escenas ocurría; mas como lo considero interesante en altísimo grado, me propongo reconstituir aquel período, merced á la nutridísima correspondencia particular que poseo, dirigi-

da á mi hermano por las primeras figuras políticas de la época, seguro de ensalzar de esta manera á sus autores, y prestando tal vez algún servicio á los que intenten estudiar con datos ciertos aquel período complicado de nuestra historia contemporánea.

Á muchos extrañará, sin duda, el que yo afirme que desde el siguiente día al en que se ganó la batalla de Mendigorría por las tropas cristinas, comenzaron á mediar tratos secretos entre ambos campos enemigos para llegar á un convenio que pusiera fin á la guerra; convenio patriótico, que se realizó al cabo en Vergara años después y cuando su primer iniciador moría desterrado y perseguido en tierra extranjera. No creo, en efecto, que mi hermano dijera en aquella época ni después á nadie lo que por mucho tiempo constituyó un secreto profundamente guardado por algunos pocos, cuando yo mismo nada supe entonces, ni aun largos años después de terminada la guerra y de ocurrida su prematura muerte. Pero de aquella importante circunstancia—y la califico de este modo porque demuestra cuán pronto penetró la desconfianza en las filas enemigas—tuve yo conocimiento al ordenar los papeles de mi hermano, y al enterarme de la notabilísima correspondencia que con él sostuvo durante toda la época de su mando y después de ella, el ministro diplomático inglés de quien ya he hablado en diferentes ocasiones, Sir George Williers, sagaz y habilísimo político, emprendedor, activo, y hombre que por su larga permanencia entre nosotros, sus grandes relaciones, su crédito y fortuna, llegó á naturalizarse de tal modo en España, á interesarse con tan vehemente y apasionado empeño en nuestros asuntos públicos, que más de una vez influyó, como veremos pronto, en la marcha, en el desarrollo y en la solución de los acontecimientos y problemas de nuestra política interior. Á esta correspondencia, de la que podría formarse un volumen entero, voy á apelar principalmente para dar á mis lectores noticias interesantes, mezcladas con los juicios, libre y desembarazadamente expuestos, de un extranjero ilustre, acerca de nuestros hombres y de sus hechos en aquel crítico período.

Sobre los comienzos de los tratos entablados por mi hermano con algunos jefes carlistas para venir á un convenio que pusiera fin á la guerra, y en el cual tomaría una intervención importante el Gobierno inglés, presidido entonces por el gran Wellington, como ya lo había realizado en el referente al canje de prisioneros y término del sistema de fusilamientos y represalias, escribía Williers á Córdova lo siguiente, en carta fechada en la Granja el 4 de Agosto de 1835. Tradúzcola, como traduciré otras del idioma francés en que están escritas, para poderlas intercalar en el texto mismo de este libro, evitando así la molestia de las notas, aun cuando pierdan en ello gran parte de la espontaneidad y elegancia de su estilo. Dice así la carta:

«San Ildefonso, 4 de Agosto de 1885.

»Mi querido Córdova: No sé cómo agradecer á V. bastante sus interesantes cartas y el haber hallado ocasión de escribirme entre el cúmulo de ocupaciones que le rodean, y encontrándose además cansado y enfermo. Usted ya sabe el interés vivísimo que me inspira cuanto le concierne, y por lo tanto, lo agradable que será para mí el estar al corriente de sus operaciones, de las cuales soy, como todo el mundo, entusiasta y fervoroso admirador.

»Hablaré á V. primero de su carta del 1.º de Agosto. El Duque de Ahumada me la envió al mismo tiempo que la de su confidente de usted, que parece ser activo, inteligente y valeroso, muy digno de su jefe en todo. Á Toreno y á Ahumada ha gustado mucho esa carta, y como puede usted figurarse, mucho también la mina diplomática y política que está usted explotando cerca de esos señores. Como se refería la carta de Alba (1) á una misión inglesa, he explicado el asunto á los dos Ministros, diciéndoles la verdad exacta de todo, y que, al escribir á V. con toda la franqueza de nuestra amistad (y en forma tal que sin comprometer á nuestros Gobiernos pudiéramos servir á la causa objeto de todos los afanes), había afirmado á V. que si los facciosos se negaban (y estoy seguro que se negarán siempre) á entregarse al ejército español, y que si una intervención diplomática podía salvar el honor de esos jefes carlistas dándoles la garantía de Inglaterra, yo estaría completamente dispuesto y resuelto á ponerme á la disposición de V. y á echar sobre mí, con mi Gobierno, toda la responsabilidad de cuanto se haga en ese sentido en interés de la Reina. Dije también á los Ministros que sólo con V. me hubiera atrevido á dar ese paso, porque con V. sólo podía hablar con el corazón y con la más completa franqueza, abrigando la seguridad de que V. no me invitaría á tomar parte en la negociación sin haber preparado el terreno y sin creer que se podrían obtener grandes resultados; pero que con nadie había hablado después de este asunto, porque ignoraba si V. le *había dado curso.* Les añadí que, viendo ahora que pensaba usted en ello, era de mi deber preguntarles, como á Ministros españoles, si veían en todo esto algún inconveniente.

»Toreno me contestó que, por el contrario, creía que podrían llegar pronto circunstancias en que esos tratos produjeran el mejor efecto, pero que desde luego él tampoco transigiría nunca: primero, con reconocer de modo alguno á D. Carlos sus derechos ó pretensiones; y segundo, con emplear un sistema de protocolos. Le contesté que, en cuanto á lo primero, jamás me aventuraría á ello, tanto por mi Gobierno cuanto por

(1) D. Joaquín de Alba, ayudante de campo del General, de quien publicaré también algunas importantes cartas.

mis propios sentimientos; y que respecto de lo segundo, siendo yo el agente de todo, tendría buen cuidado de no caer en ese pozo de inutilidad y de ridiculez. Ahumada me dijo lo mismo.

»Convinimos todos en que sus transacciones de V. tenían muy buen cariz y aspecto, pero que encontrándose todavía en embrión, era preciso evitar á toda costa un compromiso, por mi intervención, á la faz de Europa, sin tener buenas y casi seguras garantías de éxito. Sé que usted hará todo lo que un mortal pueda hacer; pero temo, por la naturaleza misma de las cosas, que sea imposible llevar el asunto al extremo de que el Gobierno inglés ó su agente puedan tratarlo bajo su aspecto general y en su conjunto. Es decir, que aunque se encuentren algunos jefes aburridos y cansados y dispuestos á capitular diplomáticamente, no creo fácil que arrastren consigo suficiente gente para hacer un arreglo general ó para neutralizar esa especie de influencia que D. Carlos, ayudado por su clero, ejerce sobre las masas de una población ignorante y fanática. Creo de todos modos que, si el arreglo puede ser posible alguna vez, será sólo cuando los haya V. derrotado de nuevo, y aun varias veces. Quizá entonces escucharán los consejos de la razón, mirando las instancias y la obstinación de D. Carlos como la demostración de intereses puramente personales..... pero no le darán á V. ocasión para otro triunfo; lo digo con tristeza. En fin, veremos; mas sepa V. que tanto los Ministros como yo creemos firmemente que si el pensamiento fuese factible, sólo V. podría realizarlo.

»Yo, por mi parte, no necesito decir á V. que, en primer lugar, me intereso sinceramente por el éxito de la causa, y que preferiría *mil veces* que la gloria del triunfo final de la Reina se debiese á V. solo; pero estoy dispuesto á emprender un viaje á su cuartel general, si creyera V. útil mi presencia, fiándome enteramente en V. y en que no me lo propondría sin tener razones fundadas para comprometerme en ello. Personalmente hablando, iría gustoso, con las menores probabilidades de éxito en mi favor; pero como Ministro inglés, no podría exponerme á que esos señores se burlasen de mí.

»Como hablo á V. siempre con la más completa franqueza, le diré que no estuve de acuerdo con V. sobre la última parte (la primera era perfecta) de su carta á Harispe (1). Le proponía V. que entrase en el Baztán. No hubiera podido hacerlo sin autorización, y hubiera V. recibido del rey Luis Felipe la negativa más impertinente de este mundo, lo que hubiera expuesto al Gobierno español y á V. mismo á la mayor humillación. Luis Felipe ha hecho de todo este asunto una *cuestión personal*, hasta un extremo del que difícilmente podrá V. formarse

(1) General francés que mandaba la división francesa de los Bajos Pirineos.

idea, irritándose con la mayor violencia cuando cree, y lo está sospechando siempre, que se le quiere arrastrar á una intervención, aunque sea indirecta. Las noticias que tenemos sobre este particular son recientes; pero las que yo particularmente he recibido no han podido dejarme sobre este punto la más leve duda, y estoy seguro de que, si hubieran llegado á tiempo á su conocimiento de V., no habría usted hecho á Harispe proposición alguna.

»He leído á Toreno y á Ahumada la parte de su carta en que enumera los proyectos de ese amable vecino. Les han llamado extraordinariamente la atención, y están de acuerdo conmigo en que será menester considerarlo en adelante más como enemigo oculto que como amigo ó neutral. He insistido mucho con Lord Granville sobre la situación en que está la frontera y sobre la conducta equívoca del Gobierno francés; pero por más que se haga, por más que se dirijan reclamaciones á Mr. de Broglie—que piensa en todo esto como nosotros—cuando vemos que llegan órdenes dirigidas á las autoridades, superiores á las suyas, y que aquéllas son obedecidas, nos contentamos con rechinar los dientes..... pero ninguna otra cosa conseguimos.»

Dedúcese bien claramente de esta carta que el General en jefe desde aquella fecha consiguió tener inteligencias en el campo contrario; que de ellas habló al Ministro inglés en cartas particulares y secretas, sin duda con la intención de facilitar el convenio con la ayuda y los buenos oficios de una nación amiga, y aun que debió invitar á su representante á que comenzara personalmente las negociaciones, trasladándose al mismo cuartel general. También nos dice Williers que aquellos proyectos recibieron la aprobación de los dos hombres de Estado más importantes del Gobierno, y la particularidad bien significativa de que todos ponían en el asunto, como la primera y esencialísima cláusula, la de *no reconocer* por ningun concepto los derechos y las pretensiones de D. Carlos á la corona. ¡Así defendian aquellos patricios, hasta en las negociaciones más reservadas de su política, los derechos y el trono de Doña Isabel II! La hostilidad que según esta misma carta nos demostró siempre Luis Felipe, y sus órdenes respecto de la guarda de la frontera; su obstinación de no intervenir para nada en nuestras luchas, cuando ya lo hacían los demás países constitucionales de Europa, como política encaminada á neutralizar la protección que manifiestamente dispensaban las tres potencias del Norte al Pretendiente, son también datos muy dignos de tenerse en cuenta, porque demostrarán que la nación vecina, cualquiera que haya sido su forma de gobierno y su política respecto de Europa, ha procurado constantemente perjudicar, por una ú otra causa, pero siempre en igual forma, á los Gobiernos constituidos en España.

Pero semejantes proyectos de convenio entre los ejércitos que se disputaban en el Norte el porvenir del país, debieron fracasar temporalmente ante el estado de completa disolución y de anarquía en que por aquellos días comenzamos á entrar. Reavivaba las esperanzas carlistas el cuadro desolador representado por un Gobierno sin fuerza para contener el espíritu revolucionario, que cundió rápidamente por toda la Península, la situación de las ciudades más importantes del Reino, alzadas contra la autoridad central y gobernadas por Juntas rebeldes y revolucionarias, y el abandono completo en que se dejó al ejército del Norte, en hombres, en dinero, en recursos y en elementos de todas clases. Mayores laureles que en Mendigorría, que en Guevara y Los Arcos, mereció sin duda el general Córdova, manteniendo en aquel estado á los carlistas, como en un círculo de hierro, entre la frontera y el Ebro.

Pero oigamos al mismo Williers, que él se encargará de facilitarnos noticias exactas y verdaderamente *íntimas* de todo cuanto en Madrid y en el resto de España acontecía:

«No sé ni por dónde comenzar esta carta—escribía á mi hermano el 16 de aquel mismo mes de Agosto desde la Granja—porque desde hace diez días los acontecimientos desgraciados se han acumulado con tanta rapidez y han abierto un porvenir tan desastroso, que no se sabe ya hacia dónde volver la vista para hallar cuando menos la esperanza. Ya tendrá V. noticia de los horrores de Barcelona, Tarragona, Valencia y Murcia, continuación del gran ejemplo mostrado por Zaragoza. Emprendido ya ese camino, no creo que Madrid se quede atrás. He aquí, sobre poco más ó menos, lo que ha ocurrido y el estado en que nos encontramos:

»La Reina y sus Ministros han cometido la grave imprudencia de permanecer aquí en vez de trasladarse á Madrid, manteniendo dividido en dos partes el Gabinete y la guarnición; pero sintiendo el empuje de la opinión pública, más hostil y terrible cada día, se pensó en abordar algo así como un pequeño golpe de Estado, el cual, como toda medida débil y tímida, ha producido consecuencias deplorables. La Reina fué antes de ayer á Madrid para presidir un gran consejo de notabilidades, compuesto de los individuos del Gabinete y del Consejo de Gobierno, de los decanos del Consejo Real, del Superintendente de policía y del Corregidor. No tendré necesidad de decir á V. que ésta hizo lo que toda Junta: hablaron mucho y no tomaron más acuerdos que el de reunirse al siguiente día para adoptar medidas enérgicas. Creo que esta última resolución ha precipitado algo los sucesos, pues los *jacobinos* creyeron que era llegado para ellos el momento de acción. Así, al regresar ayer de los toros el batallón de urbanos que se encontraba de servicio, se

detuvo en la Plaza Mayor gritando: *¡viva la Constitución! ¡mueran los Ministros!* y cuantas simplezas puede V. suponer. Uniéronsele otros; levantaron barricadas en las calles que desembocan en la plaza, sin permitir que saliera ninguna de las personas que penetraban en ella, y constituyeron seguidamente una Junta, que esta mañana ha publicado su manifiesto, declarando: 1.°, que la Milicia se había reunido para redactar una exposición dirigida á la Reina pidiendo nuevos Ministros, reformas, etc., etc.; 2.°, que esta exposición se entregaría en seguida en manos de S. M., y 3.°, que no depondrían las armas hasta obtenerlo todo.

»Las autoridades, mientras tanto, quedaron, como de costumbre, estupefactas; como de costumbre, nada han decidido, y todo lo que hasta ahora sabemos se reduce á que á las cuatro y media de la tarde las cosas seguían en el mismo estado, con la diferencia de que las tropas habían ocupado ya la plaza de Oriente.

»Se han enviado de aquí 600 hombres, que marcharon llenos de entusiasmo con la idea de combatir á los urbanos. La Reina, Toreno y Ahumada permanecerán aquí por el pronto, hasta ver el giro que toman las cosas. Esto me contrarió mucho en un principio; pero he visto después que, hasta cierto punto, han obrado con prudencia, pues si triunfasen los insurrectos encontrándose la Reina en Madrid, quedaba S. M. expuesta á caer en su poder, y se vería quizá en el caso de *tragar* la Constitución y de suscribir á cualquiera otra diablura que imaginasen y que la obligarían á aceptar. Aquí se encuentra en una posición más independiente, y si llegara á ser necesario, podría retirarse á Burgos ó reunirse al ejército de reserva.

»Esta es la verdad; á esto hemos llegado. Usted podrá completar y perfeccionar este cuadro con los rasgos de apatía, de indiferencia, de indecisión y hasta de miedo, que no faltan nunca en estas ocasiones. Hoy he dicho aquí á todo el mundo más de mil veces, que si V. se encontrara en Madrid, todo esto terminaría con ventaja para el Gobierno: ahora, ¿quién sabe si concluirá con su caída? Ahumada me ha dicho que no se atrevía á pedir á V. tropas porque estaba usted muy lejos de contar ahí con todas las que necesita. No sé si realizará su pensamiento esta noche.

»No tengo tiempo para más. La caballería urbana se ha reunido ó unido á las tropas, pero no se puede contar con ella para grandes empresas. El 2.° batallón de infantería urbana ha hecho lo mismo, pero me temo sea con objeto de seducir y corromper á la Guardia, porque es el peor de todos. Los autores del motín están también indecisos, y estoy seguro de que con algún vigor se hubiera terminado todo esta mañana; pero se han perdido treinta y seis horas, y en estas épocas revolucionarias es tiempo suficiente para perder un trono.»

El Sr. Valera, en su continuación á la *Historia general de España*, de Lafuente, da muchos pormenores de aquel motín y de la participación que en él tomaron el general Quesada—amparando en cierto modo á los urbanos en un principio y combatiéndolos después—D. Andrés Borrego, D. Luis González Brabo, entonces simple aunque ya influyente miliciano; D. Salustiano Olózaga, D. Ventura de la Vega, ayudante del batallón sublevado, Aviraneta y algunos otros. Estos eran los *jacobinos* á que se refiere Williers. Pero nada podré yo por mi parte añadir ni quitar á la relación somera, aunque expresiva, del Plenipotenciario inglés. Créola, sin embargo, la expresión fidelísima del efecto que produjo entre todos los hombres de orden aquel suceso.

De la situación general de España pocos dias después nos dará también conocimiento el mismo personaje en otra carta del 27, que aunque evidentemente escrita bajo la influencia pesimista de aquellos momentos, y como documento privado y enteramente particular, en términos algo vivos y desenvueltos, júzgola también muy digna de figurar en este libro, pues fijará bien nuestras ideas acerca de cómo se apreciaban en la corte y entre los elementos gubernamentales los acontecimientos. Dice así:

«No he escrito á V. estos días por dos razones: en primer lugar, porque sólo tenía que comunicarle noticias aflictivas, y en segundo, porque al saber cuán rápidos eran sus movimientos, mis cartas corrían el grave riesgo de caer en manos ajenas. Estas razones existen todavía, especialmente la primera; pero le daré hoy señales de vida, porque me desagradan las interrupciones largas de nuestra correspondencia.

»Ya tendrá V. conocimiento de los sucesos *infernales* que por todas partes se reproducen. La autoridad del Gobierno ha quedado reducida á la más completa nulidad. Parece haberse circunscrito y limitado á la expectativa de los acontecimientos. Todo es obra de un puñado de malvados, tan impotentes en el fondo como vocingleros, y cuya fuerza reside, por desgracia, en la debilidad del Gobierno. Desaparecería como la niebla ante el sol, si V. pudiera recorrer algunas de esas desdichadas ciudades y *colgar* á media docena de tunantes en cada una. Pero en este desgraciado país, donde impera, en todo cuanto se refiere á su política interior, tanto egoísmo; donde el patriotismo en estas cuestiones parece completamente anulado, representándolo todo el interés personal; en este país, digo, un Gobierno que no posee fuerza material se encuentra absolutamente privado de poder y de influencia moral, y á menos que un ejército de 50.000 hombres nos cayera del cielo (porque no llegará nunca de Francia), no veo más esperanza ni otro porvenir que una sucesión de horrores. Cada día, sin embargo, me parece más evidente que D. Carlos no reinará jamás en España.

»Cada día me parece también más inexplicable la política de Luis Felipe. Para un hombre que comprende con tanta sagacidad sus propios intereses, esa actitud tranquila de espectador impasible ante la lucha entre un Gobierno que reconoce y practica su misma política, y el partido que representa á sus irreconciliables enemigos en Francia, es verdaderamente inexplicable. Pero tales son los hechos, y le creo más decidido que nunca contra la intervención. Mientras tanto, los facciosos ganarán á favor de cuanto ocurre de un extremo á otro de la Península, en Figueras, en Gerona, en Cádiz y en la Coruña. Pueden compararse los acontecimientos de la semana última á la aparición del cólera cuando invade un país por vez primera: no hay medio de poner el pie en la calle sin recibir una noticia más aflictiva que la últimamente conocida, y sin que el mal se revele más desastroso en nuevos lugares y provincias. El contagio del ejemplo corre ahora como el de una epidemia, y ninguna previsión humana podría calcular el punto en que se detendrá.

»El haberlo previsto todo es un consuelo bien triste; pero sabemos perfectamente V. y yo que los Gobiernos inglés y francés fueron advertidos á tiempo, *etapa por etapa*, del camino que tomarían los acontecimientos si se les dejaba correr, enredarse y complicarse de este modo. ¿Recuerda V. los despachos que le leí á los comienzos del mes de Junio? Ayer los ví de nuevo, y estuve por combiarles las fechas y añadirles algunos nombres, como el relato fiel de los sucesos y de sus causas en la semana última.

»De París me escriben que la situación de España comienza á preocupar allí á todo el mundo seriamente, pero continúan sin adoptar resolución alguna. Deseando como deseaba ardientemente la intervención hace tres meses, ya no sé si hoy por hoy aceptaría la responsabilidad de aconsejar la entrada de un ejército francés. En Junio se hubiera vencido á los *jacobinos* aniquilando á los *carlistas;* pero han alcanzado por la impunidad tal fuerza los primeros, que quizá recibirían con mayor hostilidad que los segundos á un ejército extranjero, presintiendo que había de serles tan contario como á los soldados del Pretendiente. Los dos bandos, cada uno por cuenta propia, harían causa común contra un enemigo que sería común. Y ¿cómo combatirlos á todos? ¿Dónde buscarlos? Hace tres meses el enemigo se encontraba más allá del Ebro; ahora le tenemos en todas las provincias, en todas las ciudades de España. ¡Duéleme contemplar una causa tan noble por sí misma, tan europea por sus resultados y consecuencias, y tan gratuita y miserablemente perdida!

»La Reina insiste en permanecer en la Granja, y Toreno continúa allí. Acaba de designar para el Ministerio á Castroterreño y á Sartorio;

Mendizábal está para llegar de un momento á otro, y temo..... pero no me atrevo á decir lo que temo de la economía de la Cámara de los Comunes y de la mayoría de la Cámara de los Lores.

»Supongo que Mendizábal, que ha pasado por Lisboa, habrá arreglado definitivamente la entrada de las tropas portuguesas. Hace tiempo que hubieran debido verificarlo, y me temo que la necesidad en que V. está de refuerzos haya llegado á sus últimos límites. Los ingleses, á pesar de sus buenas disposiciones, no podrán estar listos antes de dos meses, é irán llegando poco á poco y en pequeño número. ¡Cuántas cosas podrán ocurrir en este tiempo! Las famosas medidas de rigor que se pensaba tomar contra los revolucionarios de Madrid se han disipado como el humo, y nada se ha hecho.

»Pero basta ya de estos asuntos tristísimos, y termino esta carta no menos desolada. No tengo más esperanza para España que en V.; pero aun cuando le inspirara á V. el mismo Dios en persona, nada podría usted hacer si no le facilitan medios, y sobre todo, si no tiene la primera condición de todas: la salud. Temo, según lo que me ha dicho el Duque de Ahumada, que haya V. quedado fuera de combate y que sus fuerzas no hayan podido mantenerse á la altura de su energía moral. ¡No lo permita Dios!»

En aquellos mismos días en que se escribía esta carta, ocurrían aquellos movimientos insurreccionales en el ejército del Norte, de que ya dí cuenta, y que tan rápida y fácilmente fueron sofocados por mi hermano. Esto no tranquilizó, sin embargo, á los Ministros, á cuyos oídos debieron llegar también por entonces calumniosas acusaciones contra D. Luis de Córdova, suponiéndole dispuesto á faltar, ignoro en qué sentido, á la confianza que en él depositaban la Reina, el Gobierno y el país mismo. Demuéstralo la siguiente carta del Presidente del Consejo de Ministros, de fecha 30 de Agosto, escrita también desde San Ildefonso:

«Mi estimado general y amigo: En medio de la tormenta que nos azota y de las pasiones que andan tan sueltas, todos son temores en unos, sospechas en otros y dudas en muchos. No es, pues, extraño que en tal desencadenamiento de cosas pudiese tocar algo del mal hasta al ejército mismo. A lo menos, así han querido hacérselo recelar á S. M. la Reina. Pero como tiene, no menos que su Ministerio, pruebas tantas y tan grandes del valor, de la constancia y de la lealtad de las tropas, no han podido hacer mella en su Real ánimo las insinuaciones de la malevolencia ó el fervor de un indiscreto celo. Sin embargo, como S. M. tiene en V. entera fe y conoce lo acrisolado de su pundonor, no ha hallado reparo en mandarme pregunte á V. confidencialmente si á pesar de los acontecimientos desastrados de algunas provincias en el sentido de la anarquía, y de los ofrecimientos y manejos que valiéndose

de aquéllos ha podido hacer y llevar el Pretendiente, no hay temor alguno, ni lejano, hasta ahora, de que se perturbe la fidelidad inalterable de soldados y oficiales, tan batida en la actualidad con ejemplos tan



EL CONDE DE TORENO.

perniciosos y con maquinaciones tan continuadas. La seguridad que usted dé ayudará mucho á la política de S. M., que se funda en no transiguir con las violencias y demandas ilegales, y en caminar con paso firme por la recta senda de reformas prudentes y sucesivas, y tales como las consiente el estado bien entendido de la nación.

»Ahumada ha querido retirarse, y no teniendo á mano para reemplazarle persona que llenase las ideas de S. M., se ha puesto en su lugar al honrado y firme, aunque viejo, Duque de Castroterreño. Alvarez Guerra ha hecho lo mismo que Ahumada, y le sucede el Procurador á Cortes Rivaherrera, de fortaleza conocida. Y como nuestro Alava rehusa absolutamente admitir el Ministerio de Marina, S. M. ha nombrado para el mismo cargo al jefe de escuadra Sartorio, marino antiguo y de servicios distinguidos.

»Hace tiempo envié á V. y á Zarco del Valle un ejemplar á cada uno de mi *Historia de la guerra de la Independencia.* Y como de ninguno de ambos he tenido noticia de haberlos recibido, repito el envío de dos ejemplares del primero, y dirijo ahora dos del segundo, que há poco se ha publicado. Excuse V. esta pausa á asuntos más serios á la flaqueza de un autor que, aunque novel, adolece ya de las de tal naturaleza, sobre todo cuando nacen del deseo de cautivar la opinión de dos personas que en el asunto, política y militarmente, tienen á mis ojos mucho valor.

»Por lo demás, V. sabe es dueño de disponer á su arbitrio de la fina voluntad de su más afectísimo amigo y s. s., q. s. m. b.—*El Conde de Toreno.*»

Á esta carta acompañaba otra del nuevo Ministro de la Guerra, el Duque de Castroterreño, que decía:

«Querido Luis: Mi desgracia, mi obediencia y mi respeto me han decidido á tomar un cargo muy superior á mis luces, á mis fuerzas físicas y á mi genio; pero no he podido rehusarlo sin lastimar mi delicadeza y honor. ¡Ojalá sirva de ejemplo á los descontentadizos remolones! Ya te enviaré refuerzos. Aquí se confía en tí; ten salud, y cuenta con tu tío y amigo,—*M. Prudencio.*»

No sé yo realmente qué admirar más en la carta que he transcrito del Conde de Toreno, si la gallardía inimitable de su prosa, ó la delicadeza con que insinúa los recelos de que su espíritu se hallaba indudablemente poseído, y el arte con que pedía seguridades propias y ajenas de mi hermano.

Tampoco sé lo que éste pudo contestarle; pero sí que debió sentir lastimada su probada fidelidad y su hidalguía ante aquellas apariencias de sospechas, pues escribió sin duda á S. M. una carta, y otra al mismo Conde de Toreno, de las que fueron inmediata contestación las que voy á transcribir seguidamente. Decíale S. M. en escrito autógrafo:

«San Ildefonso, 5 de Septiembre de 1835.

»Córdova: Esta mañana he recibido la tuya del 2 de éste, en la que veo á la par pintada tu fidelidad y sentimiento de que voces esparcidas por algunos malos hayan podido hacerme dudar de ella. No, no creas nunca que yo pueda dudar un solo momento de tu modo de pensar y de tu adhesión: muy ingrata sería si pudiese pensar mal de quien me ha dado mil pruebas de ser uno de los mejores y más dignos defensores del Trono de mi querida hija, y que hasta su conservación sacrifica por ella. Bien puedes vivir tranquilo, que enteramente descanso en tu valor y talento, tanto respecto á tu persona como al ejército, en el que, mientras esté mandado por tí, no tendrán cabida las insinuaciones de hombres que no desean más que ver desaparecer el orden y las leyes; en fin, que no quieren ningún bien para su patria; y cree que en el ejército y en tí tengo toda la esperanza de que mi hija un día pueda decir: «Estos »han sido mis defensores, á éstos debo mi Trono, y la España su feli»cidad.»

»Tú, que bien sabes entusiasmar la tropa, no sólo con hechos, sino con tu lenguaje lleno de fuego, te encargo hagas conocer á todo el ejército, desde los jefes hasta el último soldado, el aprecio que de ellos hago, y que en éstos, estoy segura, siempre encontraré un baluarte contra los enemigos de todas clases que atentan contra el Trono de mi hija y de la verdadera felicidad de la Nación, la que anhelo de todas veras.

»¡Cuántas veces me he acordado de tí, en varias cosas que han sucedido y que ya me anunciaste antes de tu marcha! Y siento en estas circunstancias estar lejos de tí y no poder hablar de muchas cosas en las que vendrían muy á propósito tu previsión, acierto y consejos: muchas te diría que no pueden fiarse á la pluma.

»He dicho á Toreno, el que creo te escriba esta noche según me ha prometido, respecto á darte las más amplias facultades y reunir bajo tu mando el *dicho* ejército de reserva: sobre esto último me ha puesto varias dificultades, de que sirve para la persecución de Merino, etcétera, etc.; en fin, no lo dejaré de la mano, para que se efectúe cuanto antes lo que justamente pides.

»Tengo en mi poder el cuadrito que te destino con los tres retratos nuestros; dime si quieres que te lo mande, ó qué hago. Bien sé que tu corazón no necesita tener á la vista nuestros retratos para acordarte de nosotras; pero en esto quiero darte una pequeña prueba de la amistad de quien mucho te aprecia y en tu adhesión descansa.—*María Cristina.*»

Por su parte, el Conde de Toreno también le tranquilizaba en carta

de la misma fecha, dándole á la vez conocimiento, así de la marcha política del Gobierno, como de los buenos ánimos y firme temple en que se hallaba para hacer cara á la tormenta, sin sospechar quizá entonces que aquel Ministerio que presidía tenía ya contados los días de su azarosa existencia. Héla aquí:

«Mi estimado general y amigo: Vino la de V. del 2 muy en sazón, y tanto más cuanto acompañada de nuevas tan placenteras. S. M. ha quedado del todo satisfecha con la contestación de V.; no por lo que hace relación á la persona de V.—de la que S. M. tiene constantes y sobradas pruebas de adhesión y lealtad, y acerca de la cual habrá usted notado mostraba yo nos asistía entera fe—sino por el buen ánimo del ejército y su firme decisión, mucho más apreciable en estos días en que todo suele torcer á un extremo ú otro.

»Al Gobierno no le faltará energía ni le ha faltado; han solido faltarle brazos ejecutores, escasos siempre en las crisis, y más en esta nación, temerosa en tanto grado de comprometerse sacándola de cierto carril.

»S. M. se aproximará un día de estos á Madrid, y para que le conste á V. la marcha del Gobierno, acompaño dos ejemplares del manifiesto de S. M. á la nación y decretos que acompañan. Le irán á V. otros por otros lados, y he de merecer á V. envíe uno al general Alava. El manifiesto, que he extendido yo por orden de S. M., advertirá V. no se pierde en *nubes de ambigüedad*, como quería achacarme cierto corresponsal, que estoy cierto no me conoce, si es hombre de buena fe.

»S. M. se irá al Pardo probablemente dentro de tres ó cuatro días, y allí, más reconcentrado el Gobierno, tendrá más ventajas; porque, aunque la tormenta es recia, á mí no me arredra lo que á otros; carece de pie siempre que tengamos á la capital y al ejército, habiendo entre los alborotadores toda la semilla de discordia suficiente para descomponerse en breve y ser muy facticio el movimiento.

»El Gobierno dará á V. cuantas facultades crea V. necesarias, y es seguro que yo lo apoyaré en vez de ser un obstáculo. Así lo insinuaré á Castroterreño.

»S. M. concede la gracia de la gran cruz de San Fernando al general Aldama, y lo mismo dispensará las demás que V. le proponga.

»Puedo decir á V., ya casi con certeza, que para el 15 de éste pisarán 6.000 portugueses el territorio de nuestra Castilla. No diré otro tanto de los franceses; pero sí que el Gobierno no descuida este punto y que, sin confiar mucho, cree que los *trágalas* hacen con su conducta más por la intervención que todos los carlistas.

»Glorioso ha sido el triunfo de Arcos, con la doble ventaja del efecto

real ahi y el moral aquí. Loor sea dado á ese valeroso ejército, cuyo espíritu ha sabido V. tan bien reanimar y hacerle que vuelva por su propio honor tan vulnerado.

»Deseo con ansia mejore V. en el estado de su salud, rogándole mande cuanto guste á su afectísimo amigo y fino servidor.—*El Conde de Toreno.*»

Tales pruebas de confianza, tan altas, tan explícitas y tan numerosas, debían haber bastado á tranquilizar la susceptibilidad de mi hermano; mas no debió ser así. Era aquél un hombre verdaderamente impulsado por los rasgos de la abnegación más pura, sentimiento al que se mezclaba y con el que parecía confundido no sé qué especie de romanticismo ó sentimentalismo, producto sin duda de la sociedad y de la época en que vivió, y hasta de la inmensa influencia que ejercía en todas las imaginaciones de entonces la literatura predominante. Aquella inclinación continua de su espíritu le llevaba al sacrificio inmediato de los intereses propios, rindiéndose con facilidad á la injusticia. Prueba es de ello el propósito que entonces abrigó de presentar su dimisión, cuando la fortuna le prodigaba á manos llenas sus favores, y en los momentos en que la descomposición misma de todos los organismos del Estado le hacía el árbitro de sus destinos. Si no insistió en la presentación de aquella intempestiva renuncia, débese esto, á mi juicio, al giro que inmediatamente tomaron los acontecimientos con la aparición en la escena pública de un hombre que llegaba rodeado de todas las aureolas populares, en quien por un momento se cifraron las esperanzas todas del país, pero que estaba llamado á ejercer de todos modos una influencia preponderante en la suerte de España. Ya se habrá comprendido que me refiero á Mendizábal. También sobre estos graves asuntos, de que yo entonces no tuve más noticias que aquellas que se desprendían de los hechos exteriores y ya consumados, dejaré la pluma á Williers y á Mendizábal mismo. Así veremos cómo se unieron en días tan azarosos, aunque por muy breve tiempo, dos hombres de ideas absolutamente antitéticas, y cuyos antecedentes, historia, educación social y política, designios y aspiraciones, no podían obtener el menor punto de contacto.

«Querido Córdova—decía Williers con fecha 10 de Septiembre:—después de la salida de su ayudante de campo he recibido su carta. Mucho me ha entristecido; no sólo por su resolución, sino porque reconozco la fuerza y la justicia de las razones que la dictaron. Hoy me han asegurado que la división Gurrea ha vuelto al ejército del Norte y que el Gobierno le acaba de hacer á V. la tardía limosna del mando en propiedad: es posible que vuelva V. sobre su decisión.

»No quiero ofrecer á V. el menor consejo sobre este punto, porque la posición en que está V., moral, militar y aun de salud, es tan crítica, que sería de mi parte verdaderamente absurdo juzgar su conducta, lejos y apartado de todas las causas que la dirigen. Sólo le diré que si con la división Gurrea y con el mando en jefe en propiedad consigue usted mantenerse como desde hace cinco semanas, la legión francesa llegará (no sé qué diablos hace ó espera en Cataluña), los ingleses habrán terminado su organización, y los portugueses atravesarán la frontera; entonces la posición de V. será por lo menos *posible*.

»Si Mendizábal forma un Ministerio, si refrena las masas de alborotadores y consigue, como lo espera, inspirar un sentimiento de unión y decisión general ante los peligros que nos rodean, entonces como nunca podrá V. ser útil á su país, y entonces quizá se arrepentiría de haber perdido esta gran ocasión. Advierta V. también que, por sus esfuerzos, el ejército constituye el único elemento de orden en este caos universal. Se conoce V. á sí mismo lo bastante, y conoce V. también á esas tropas suficientemente, para saber que á las veinticuatro horas de su marcha todo cambiaría, y que tan pronto como penetrase en sus filas la desmoralización, tan pronto como sufrieran un descalabro, ni la legión extranjera, ni los portugueses, ni Mendizábal, ni nadie en este mundo, podrían contener el torrente de la disolución general. Veo con tintas sombrías el porvenir de la causa de la Reina, y me parecería hoy por hoy completamente perdida, si persistiera V. en la idea de su dimisión. Sólo reconocería en V. el derecho de envainar la espada cuando le creyese persuadido, absolutamente persuadido, de ser inútil ó impotente para defender la causa. Pero en ese caso, ¡valdría más buscar la muerte que suicidarse! También he sabido que ha sido V. objeto de indignas sospechas comunicadas al Gobierno. Pero estoy seguro que las habría considerado muy por bajo de su altura, permaneciendo tan indiferente á los odios de algunos miserables como á sus lisonjas. Usted sirve á una causa y á su patria, no á determinadas gentes, y tiene V. á su alcance la ocasión de sacar á esta desgraciada España de la ruina en que se precipita.

»Se lo digo á V. sinceramente: creo que es V. el único que ha procurado con entera buena fe dominar los obstáculos que rodean el trono de Isabel II; Europa entera tiene puestos los ojos en V., y Europa entera le agradecerá cuanto haga para conseguir su triunfo. Estos elevadísimos objetivos amortiguarán sin duda las asechanzas y los golpes que le dirigen á V. desde la obscuridad, por rudos y dolorosos que sean. He dejado correr la pluma alejándome de mi objeto. Quería hablar á V. de Mendizábal, que me ha satisfecho mucho más que en los dos primeros días. Se ha colocado en la actitud de un piloto temerario

á quien la fuerza de la tempestad y el peligro del navío hubieran inspirado sentimientos de prudencia. Ve, comprende perfectamente su situación; y al decirle á V. que me han inspirado mucha confianza sus principios, su energía y su *moderación*, creo que V. participará como yo de tales sentimientos. Ha visto á mucha gente en estos días; ha consultado por todas partes la opinión pública, y se ha convencido de que su unión con Toreno es completamente imposible. Se perdería él sin utilidad para nadie. Ayer estuvo en el Sitio para exponer francamente todo lo que ha visto, todo lo que ha escuchado, y las razones por las cuales cree que es tiempo todavía de salvar al país, moderando la exaltación de los partidos. No ha regresado todavía, pero su visita debe decidir de la suerte del Ministerio Toreno, y creo yo que, por ahora al menos, de la suerte del país; pues si la Reina le rechaza y Mendizábal se aleja, me temo una explosión general contra el Ministerio y aun contra S. M., y V. conoce mejor que yo todas las consecuencias á que pudiera arrastrarnos el furor popular, exaltado aquí hasta sus últimos límites. Esto se evitaría por lo menos con la entrada de Mendizábal.

»Adjunta envío una carta suya que acabo de recibir, para que V. vea que no desespera; pero diré á V. también lo que hemos hablado los dos con respecto de V. No sé quién (creo fuera Dal-Borgo) me dijo el primer día de la llegada de Mendizábal, que no estaba V. ni podría estar nunca en buenas relaciones con él. Aproveché la ocasión al día siguiente para asegurarle que V. es el único hombre en España—excepción hecha de Alava—que me inspira la más absoluta confianza, y por quien respondería siempre, en todas ocasiones, con mi propia vida, y que por lo tanto, nadie podría ser mi amigo sin estar *de acuerdo conmigo con respecto de V.* Me contestó, como siempre, con mucha franqueza y en forma que me agradó infinitamente, diciendo que si en otros tiempos había estado enfrente de V. cuando las cuestiones de la Isla (1), todo aquello lo había olvidado hacía largos años, y que creía, *como resultado del sufragio universal*, que V. es el hombre más capaz y más bravo que cuenta entre sus filas la causa de la Reina, y que, por lo tanto, su mayor deseo consistía en entablar con V. las más estrechas relaciones. Me añadió que se proponía escribir á V. manifestándoselo. Ayer, en efecto, me entregó la carta adjunta, rogándome se la enviara y le dijese que va escrita *con todo el corazón.* Entonces fué cuando le dije todo lo que V. me escribía en su última respecto de su porvenir y de su misión en estos momentos, y de las esperanzas que podían fundarse en un Ministerio ó en una situación presidida por él. Ha quedado

(1) Alude al año de 1820 y al pronunciamiento de las Cabezas de San Juan.

ARCHICONTENTO: no puede V. verdaderamente figurarse la alegría que aquello le causó.

»Toreno ha permanecido en su puesto con esa imperturbable tranquilidad que le conocemos, esperando siempre que el estado á que han llegado las cosas traería la intervención. Pero no veo la menor señal de que esto ocurra, ni Mr. de Rayneval (1) tampoco.»

He aquí ahora las dos expresivas y curiosas cartas de Mendizábal, de que habla Williers. La primera, la dirigida á él, dice así:

«Hoy miércoles 9 de Septiembre.
65, *calle de Atocha.*

»Mi querido Williers: Comeré con V. á las cinco y charlaremos un poco. A las once veré á V. para enterarme de las noticias de que me habla en la suya.

»¿Ha leído V. la *Gaceta?* Está tocando á rebato. Las pasiones nos precipitan al mayor de los abismos. Sin ellas, y con *desinterés*, *actividad y energía*, no es difícil hoy hacer que la nación entera respete á un Gobierno que reuniendo aquellas cualidades marche con el *Estatuto*, *Isabel II* y *Reina Gobernadora*. Usted sabe que no soy capaz de aventurar mi reputación; sin embargo, creo que sin aventurarla podría salvar á esta grande pero desgraciada nación. Estoy soñando con los ojos abiertos, y mi sueño es, *que aun me está reservado á mí el salvar á mi patria.*

»Adiós, mi querido Williers; espero que V. no tomará á mal la manera franca con que le trata su afmo. amigo, q. s. m. b.—*Juan Alvarez y Mendizábal.*»

La dirigida á mi hermano dice:

«Madrid, 8 de Septiembre de 1835.

»Querido amigo: Al dirigir á V. estas cuatro líneas, séame permitido que le trate con preferencia con el título de amigo. Nacidos en un mismo suelo, conocidos antiguos y embarcados con gloria en una misma causa, me lisonjeo que V. pensará, como yo, que debemos ser *amigos.*

»Aun no me he encargado del Ministerio: es preciso no sólo discurrir los medios de salvarnos, sino convencer á las personas que deben contribuir á hacer la aplicación, que ellos son los mejores, ó á lo menos, los *menos* malos. ¡Esto es más difícil que lo demás!

»Deseo á V. mucha felicidad, y que disponga de su paisano y amigo que su mano besa—*J. A. y Mendizábal.*»

(1) El Embajador de Francia en Madrid.

Pero veamos ahora de qué modo se resolvió aquella crisis, y en qué condiciones principiaba la dominación de Mendizábal, que comenzando por aceptar el Ministerio de Hacienda en el Gabinete del Conde de Toreno, obtuvo en poquísimos días la cartera de Estado,



MENDIZÁBAL.

la de la Guerra, y seguidamente la jefatura del Gobierno, y con ella la absorción completa del poder. Varias cartas igualmente dirigidas á mi hermano nos darán á conocer todos estos acontecimientos, copiadas por su orden correlativo de fechas, sin más aclaraciones ni comentarios por mi parte.

«Hoy 10 de Septiembre de 1835.

»Mi querido Luis: Bien sabes que ínterin permanezca en este fatal puesto, te complaceré y ayudaré, porque lo mereces y por que te quiero.

»Ese ejército es y deberá ser el baluarte y apoyo de la Reina, del Estado y de los hombres de bien y honrados. Entusiásmalo más y más contra los enemigos de S. M., y muy particularmente contra los anarquistas revolucionarios, que no pudiendo sostener sus desvaríos, animan y protegen la causa del Pretendiente. ¡Cuánto nos va á dar que hacer el Ministro de Hacienda, Mendizábal! Es más revolucionario que el Conde de las Navas y que López. Á su paso por Badajoz ha hecho la explosión y decidido á Carratalá para que la dirija.

»Por mi parte, el poco tiempo que pueda permanecer aquí habrá energía y decisión. Los demás Ministros son del mismo temple; á pesar de la falta de medios, mucho se puede conseguir: contigo contamos.

»Ponte pronto bueno y fuerte, y dispón de tu tío que te quiere mucho.—*M. Prudencio*» (1).

«Madrid, 17 de Septiembre de 1835.

»Querido Córdova: Acabo de recibir su carta del 14 en este momento. Ya he remitido á Mendizábal la que V. le escribe, y enviaré en seguida á su hermana de V. la destinada á la Reina. Por nada de este mundo cambiaría punto ni coma en ninguna de ellas; he dado también curso á la nota en que trata V. de mí, porque nada de lo que V. aconseja á Su Majestad ha dejado ya de realizarse, y la carta de V., por consiguiente, será la completa aprobación de su conducta.

»S. M. me mandó llamar antes de tomar una decisión, rogándome la hablara, no como Ministro inglés, sino como *gentleman*. Contesté como debía á un llamamiento de esta especie. La dije todo, absolutamente todo; francamente, como si hablara con V. mismo. No tengo la pretensión de creer que mis consejos alcanzaran una influencia decisiva: esto además importa poco. Pero creo que por el momento se ha resuelto la crisis del mejor modo posible. Aceptada la dimisión de Toreno y llamamiento de Mendizábal al poder, el cual, sin duda, hubiera sido encargado de la formación del Ministerio si en los últimos momentos no hubiesen prevalecido los consejos de Toreno. Mejor hubiera sido, pero no tiene esto gran importancia. Alava, si viene, se someterá en un todo á Mendizábal, y como no se encuentra en Madrid, Mendizábal se encargará interinamente del Ministerio de

(1) El Duque de Castroterreño.

Estado. Esta última parte tiene grandísima importancia, pues adquirirá de este modo la autoridad necesaria para desbaratar las mil intrigas que se están formando contra él, y sobre todo, según me dicen, en las oficinas y en los centros oficiales.

»Cada día da Mendizábal nuevas pruebas de su valer, y cada día me convenzo más de que es éste el hombre que España necesita en esta crisis diabólica. Él enviará á V. probablemente su exposición á la Reina, pero también se la remito yo para que de ninguna manera le falte. A mí me satisface este documento, aunque si lo hubiera visto antes de impreso, le habría aconsejado que borrase algunas frases en las que habla demasiado de sí mismo. Creo que á V., como á mí, le agradará extraordinariamente el párrafo que se refiere á las reformas necesarias: es imposible leer nada más honrado ni más digno de un hombre de gobierno. Había introducido algunas ideas muy conservadoras acerca del Estatuto Real, pero la misma Reina las borró de su puño y letra, diciendo «que V. con mucho tacto y prudencia había omitido toda »mención sobre este punto en el manifiesto al ejército, y que aconse»jaba á Mendizábal hiciese lo propio.»

»Cree Mendizábal que todo esto satisfará á las Juntas y volverán á la obediencia. Yo no lo entiendo así. Ese partido quiere el *poder*, el *poder* y el *poder*, y mientras no lo obtenga seguirá como hasta aquí, á menos que se le domine por la fuerza; pero Mendizábal dice que las Juntas le importan poco aunque no vuelvan á entrar en orden. He aquí ahora sus proyectos. Va á reconcentrar todos los elementos de que el Gobierno dispone, en hombres, dinero, armas, municiones, etc., etc., para reforzar á V. y concluir antes que nada con la facción; se propone retirar todas las tropas de las provincias para enviarlas á Navarra, á fin de que esas Juntas de *exaltados* se encuentren frente á frente con los carlistas y entregadas á sus propios recursos, si no se someten. Cree que de este modo se entregarán todas á discreción al Gobierno; y si no lo hicieran, las dejará tranquilamente que se destruyan entre sí durante dos meses todavía. Dominada la guerra del Norte, quedará tiempo para ocuparse de ellas y para hacer un ejemplar con las que todavía pudieran permanecer en actitud rebelde.

»Zarco y yo le hemos dirigido vivísimos ruegos respecto de los portugueses, y ya ha enviado hoy un correo proponiendo su inmediata entrada. He escrito en el mismo sentido á mi colega de Lisboa. Tiene, por fin, Mendizábal la intención de llamar á las armas á todos los hombres válidos, entre la edad de diez y ocho á cuarenta años.

»Pero ¿querrá V. creer que ahora los moderados (que lo perderían todo, provocando la victoria del Pretendiente ó la de los anarquistas), muy conformes en considerar imposible la continuación de Toreno, y

en que sólo Mendizábal podía encargarse del poder en estos momentos; querrá V. creer, digo, que han comenzado ya á hostilizarle respecto de *sus antecedentes*, demostrándole todo género de desconfianzas y oponiéndole todas las dificultades posibles? ¡Qué gente, qué gente!..... Sabe cuánto le quiere su invariable—*G. Williers.*»

«Pardo, 20 de Septiembre de 1835.

»Mi apreciable dueño y amigo: S. M. me manda dar á usted las gracias por su carta, que ha leído á Mendizábal, y que le haga presente que en todas ocasiones cuenta con V. como su más firme apoyo.

»Ya habrá V. sabido se apartó á Toreno de los negocios y demás cosas con respecto á esta mudanza, así como lo dispuesta que está S. M. para hacer todo el bien posible á la nación, por lo que trabaja incesantemente. Si los resultados de sus trabajos no han ido alguna vez á este fin, culpa será de otros, no de S. M., que jamás se ha negado al bien. ¡Ojalá que todos hubieran secundado sus ideas, pues algo más feliz sería la España en este instante! S. M. sentó el principio *de que era preciso conceder al pueblo aquellas cosas justas y que reclamasen las circunstancias, antes de que la opinión general las arrancase al Trono, en cuyo caso perdían su virtud.* Por esto ha estado siempre clamando, y nunca creyeron los Ministros llegado el caso de caminar más aprisa en las reformas. Esta conducta nos ha traído al estado en que nos hallamos. Lo que á su tiempo hubiera sido agradecido, en la crisis á que hemos llegado va á ser debilidad del Gobierno para unos, y arrancado al poder para los otros. ¡Dios nos saque en paz de esta lamentable situación! Yo estaría más tranquilo si S. M. hubiera determinado su traslación á Burgos, pues allí descansaría en la fidelidad de ese valiente ejército y no se vería expuesta á lo que aquí está.

»El Conde de las Navas parece que viene con las tropas que se han alistado en Andalucía, sin saber á qué. Nada dice, y sólo sí se le ve marchar hacia esta capital, sin dejar pasar los correos ni de una ni de otra parte. Hoy parece debe estar en Santa Cruz de Mudela.

»Adios, mi buen amigo. Disimule V. que lo distraiga de sus muchas ocupaciones este su afectísimo amigo que lo saluda con el más alto respeto y desea ocasiones en que poderlo complacer y b. s. m.—*Fernando Muñoz.*»

«24 de Septiembre de 1835.

»Mi querido Córdova: Doy á V. gracias muy sinceras por sus cartas, que encierran para mí el *más alto interés*. Contestaré á V. por órden.

»Espero que habrá V. ya recibido el mando en jefe de todo; ejército de reserva, cuerpos auxiliares, etc., etc., pues Mendizábal me ase-

gura que mandaba expedir esos nombramientos; pero como sólo tengo confianza en los hechos consumados, deseo saberlo por conducto de usted mismo.

»Ya habrá V. visto gran número de nombramientos en la *Gaceta:* Mina, Palafox, Quiroga, etc. No sé el efecto que le habrán producido; pero Mendizábal dice, y tiene razón en mi concepto, que no puede ser responsable de la situación en que ha encontrado al país, entregado á una revolución *doble* y espantosa que se extiende de un extremo á otro de la Península, y en la que las Juntas han usurpado por todas partes el poder supremo, dejando al Gobierno completamente desprovisto de fuerza, tanto material como moral. Está, por consiguiente, en el deber de procurar por cuantos medios tenga á su alcance, el atraer á su política el espíritu público, ofreciéndole desde luego las garantías necesarias para inspirar confianza en el sistema que se propone seguir.

»Todo marchaba bien. Mendizábal ganaba cada día en la opinión; se leían con avidez los artículos de la *Gaceta*, que supongo recibirá usted, artículos inspirados en el mejor espíritu de lealtad, de franqueza y de reformas atemperadas por el buen sentido, cuando el Conde de las Navas, poniéndose á la cabeza de un movimiento anarquista, reclutando la gente más perdida de toda la Andalucía, y formando una especie de ejército revolucionario de *sans culottes*, pónese en marcha y se dirige sobre Madrid, proclamando que se propone *libertar á la Reina y organizar el Gobierno.* ¡Parece verdaderamente que España sea un país de conspiradores cada cual por su cuenta, pero todos contra sus propios intereses! Han interceptado los correos para impedir que se conozca en el Mediodía el estado de los asuntos, y se conducen en todo exactamente como el cura Merino. Ahora se encuentran ya, según parece, con una fuerza aproximada de 4.000 hombres, y el Gobierno ha recibido esta noche las bases de Las Navas, con arreglo á las cuales tratará con él: «*Cámara constituyente; Mi-»nisterio elegido entre los de su partido; Toreno llevado á la barra*, y »¡no *deponer* las armas hasta que todos los agravios del pueblo queden »satisfechos!!!»

»La contestación sería fácil si se pudiese contar con la guarnición. Dícese, yo no podría afirmarlo, que no se puede..... y he aquí de qué manera un puñado de alborotadores van á perderlo todo, matando la libertad razonable á punto de nacer, y asegurando el triunfo de D. Carlos. Fuera de España debe producir todo esto un efecto deplorable, y puede traer consecuencias verdaderamente desastrosas.

»La posición de Mendizábal no puede ser más difícil; porque si emprende la política de resistencia que le dicta su responsabilidad ministerial, puede despedirse de su influencia popular; y por otra parte,

¿cómo dejar abandonado el país á estos excesos? Creo que esta noche lanzará una proclama enérgica, apelando á los intereses privados de todos los que se encuentran en peligro. ¡Ojalá que las circunstancias dieran á V. facilidades para venir aquí dos días..... *dos horas*, con algunos batallones!

»Suyo afectísimo de corazón—*G. Williers.*»

«Madrid, 26 de Septiembre de 1835.

»Mi estimado general y amigo: La Reina Gobernadora me ha encargado el despacho del Ministerio de la Guerra mientras llega el Conde de Almodóvar, que será dentro de pocos días.

»A pesar de las infinitas ocupaciones que me rodean, me ocuparé de la guerra preferentemente, y no descansaré hasta que facilite á ese ejército auxilios de todo género. Si hemos tenido desacuerdos, confío haya en adelante mucha cordura; y á la verdad que la necesitamos para acabar con las hordas del Pretendiente. Ya sabrá V. lo bien que las cosas van en Galicia, Valencia, Extremadura, Aragón y las dos Castillas. Sólo en Andalucía se disputa sobre palabras, pero confiesan que yo soy única garantía para los amigos de la libertad: muy cercano veo el término de que nos entendamos francamente, sin reticencias de ningún género.

»Mucho trabajará V., mas no me sucede á mí menos, que ocupo veinte horas cada día en los negocios. Y ¿qué importa ni aun la vida, si conseguimos ver á nuestra patria libre y marchando por el camino del bien, y á nuestra Reina triunfante de sus feroces enemigos?

»Cuente V. siempre con mi estimación, con mi afecto, con mi amistad, y mande lo que guste á su invariable amigo, que encargado de cuatro Ministerios, no le es posible hacer otra cosa que pensar, y gracias. Esta noche quedarán convocadas las Córtes y organizado el Ministerio. Como yo me reservaré la Presidencia, V. no dude que yo sostendré á V. en todo.—*J. A. y Mendizábal.*»

«Madrid, 29 de Septiembre de 1835.

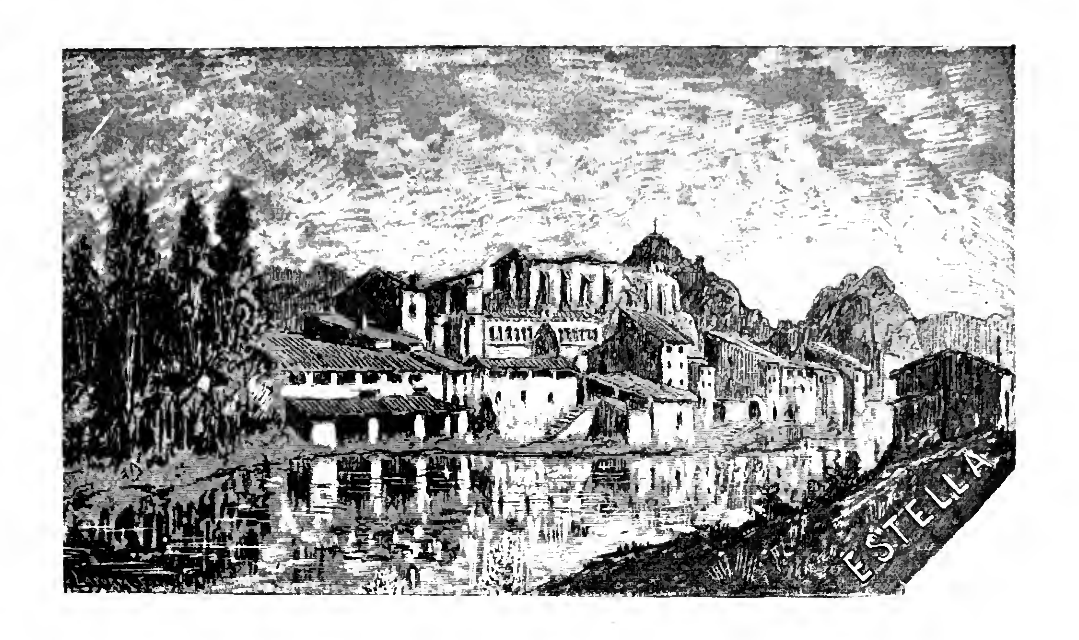
»Querido amigo y paisano: Escribí á usted ayer, y lo repito hoy, para mandarle los adjuntos decretos de la convocatoria de Cortes, medida con que creo conciliar los ánimos, y se conciliarán, á pesar de que en Cádiz piden cosas que no son admisibles: ¡disparates, locuras! Mas confío, sin embargo, en que la razón y la aquiescencia de casi todas las provincias rectificarán ciertos desacuerdos. Siéntolo sólo porque no me dejan ancho campo para poder sacar de él todos los medios y acabar con esa guerra que debe ser nuestra atención preferente. A pesar de todo, saltaremos vallas, venceremos cuantas dificultades se presenten,

y con nuestros recursos y los que nuestros aliados nos proporcionen, veremos pronto concluída esa guerra devastadora. De hoy en doce días pisará nuestro territorio la división portuguesa, que no es mal refuerzo.

»Cuente V. conmigo para todo, pues sabe que desea complacerle su afectísimo servidor y amigo. Disimule V., querido Córdova, que no le escriba de mi puño: apenas tengo tiempo para dictar y para examinar cada una de las mil cosas que tienen que emanar de mí. Suyo—*J. A. y Mendizábal.*»

No pasaré más adelante en la copia de estas cartas, que me llevarían muy lejos de mi propósito. Con las transcritas lo he cumplido sobradamente quizá; pero el lector puede ya apreciar con verdadero conocimiento de causa los acontecimientos que se desarrollaron en España en aquel corto y anárquico período, como también la situación respectiva en que por resolución de la crisis quedaban los partidos: recelosos los moderados por la caída de Toreno, y casi en guerra abierta con Mendizábal; sometidas por la elevación de éste, algunas, aunque no todas las provincias que á mano armada reclamaban la derogación del Estatuto; alentados los carlistas ante aquella situación general que imposibilitaba auxiliar con elementos poderosos al ejército, y muy contento, emprendedor, activo, esperanzado y entusiasta, Mendizábal. Poco tardaron en derrumbarse sus grandes ilusiones.





CAPITULO XVI.

Parlamento en el campo carlista.—Mandos á O'Donnell, Narvaez, Roncali y Gámiz.—Un rasgo de don Ramón Narvaez.—Reconcentración en Vitoria de las legiones inglesa y francesa.—Conrad, Dumesnil, Bazaine.—Colocación de fuerzas.—Operaciones en Navarra.—Nuestra entrada en Estella.—D. Joaquín Elío.—Lemerich.—Una acción sangrienta y una proclama elocuente.—Una anécdota.—El general Zarco del Valle.—Veladas militares y literarias.—D. Serafín Estévanez Calderón.—La batalla de Bailén y la victoria de la Albuera, narradas por el general Zarco.

El 2 de Noviembre me envió el General en jefe á parlamentar al campo carlista. Villarreal, aunque enemigo, me recibió en Salvatierra con grandes señales de aprecio. Por visitarme fueron á su casa muchos de mis antiguos compañeros de armas que, aunque sirviendo en contrario campo, conservábanme, y yo á ellos, los afectos de la amistad. Allí estuvieron D. José de Arizaga, Sopelana, Simón la Torre, Arjona, Bocanegra, los dos hermanos Fulgosio, que mandaban batallones castellanos, y otros muchos que escapan á mi memoria. Villarreal me dió de comer con algunos de sus íntimos, y después jugamos un tresillo para acabar la noche; hasta muy tarde la pasamos juntos sin acostarnos. Nuestra conversación, franca, familiar y amable, no parecía de hombres que se hacían la guerra, y pude conocer, por el sentido de las palabras y la amargura con que hablaban, que la más profunda división desunía á los del campo carlista, no sucediendo esto entre nosotros, los soldados de la Reina, estrechamente identificados para defender los grandes intereses que representaba la Gobernadora Regente. Allí supe que el infante D. Se-

bastián acababa de incorporarse al ejército de D. Carlos; que le había traído fuertes sumas procedentes de las subvenciones extranjeras, y que Eguía no estaba querido, ni nadie tenía gran confianza en él, pero que inspiraba la idea que sugiere un médico nuevo, de cuyos remedios se espera algo más que de los ya experimentados.

Por aquel tiempo quiso el General en jefe proveer algunos regimientos vacantes en coroneles de nota y de renombre. Dió á O'Donnell el mando del de Gerona; el de la Princesa á Narvaez; el de Extremadura á Roncali, y el de Córdoba á Gámiz, jefe muy acreditado y frío, que nadie apenas conocía por su modestia, pero que se cernía á la altura de los mejores entre los buenos. Gámiz, sin ruido ni dar que hablar, hizo en pocos días de Córdoba un gran regimiento. El de Extremadura lo organizó Roncali por el estilo de los de la Guardia y á la manera del Conde de España, de quien fué partidario y gran imitador. A fuerza de castigos severos convirtió O'Donnell el regimiento de Gerona en un magnífico cuerpo. Diré además que era el de la Princesa el más indisciplinado de todos. Narvaez desde su creación había servido en él mandando una compañía de cazadores: muchos oficiales de los que fueron allí sus compañeros perseveraban aún en el cuerpo y en los antiguos empleos, por lo que recibieron con mucho disgusto la noticia de su nombramiento. La murmuración dominaba en las conversaciones de todos; pero súpolo pronto el nuevo coronel. Hallábase el regimiento en Tafalla, y al presentarse Narvaez, dijo con el mayor desenfado á la oficialidad: *Conozco, señores, que este regimiento es el más indisciplinado de todos en el ejército, y que ustedes tienen de ello la culpa; pero desde luego deseo hacerles conocer que sabré imponerme, y que tengo más corazón y más carácter que ustedes, para hacer cumplir á la fuerza á todo el mundo con su deber. Para demostrarlo á cuantos se crean ofendidos con estas palabras, desde ahora hasta mañana al toque de diana, no soy para nadie el coronel, sino el compañero que está dispuesto á darles satisfacción con las armas.* Ninguno contestó. Narvaez se impuso así, dando á conocer la energía de su carácter, pero no tuvo necesidad de batirse con nadie; el regimiento pasó á ser el más subordinado, y los oficiales se unieron pronto al coronel con los lazos de la disciplina y de la amistad.

Los batallones ingleses que se habían reunido en Bilbao llegaron á Vitoria protegidos en su marcha por Espartero, que restablecido de su herida, había vuelto á ponerse á la cabeza de sus tropas. Aquéllos adelantaban cada día en la instrucción y constituían una fuerza muy propia para la defensiva. Su brillantez igualaba á la de los mejores cuerpos del ejército, y á sus ejercicios de línea acudíamos los más aplicados, para

aprender muchos movimientos de la escuela de batallón, nueva para nosotros. También vino á reconcentrarse en Vitoria toda la legión francesa, más conocida con el nombre de *la Legión Argelina*. Componíase de seis magníficos batallones mandados por Bernell. Fué su segundo jefe el coronel Conrad, oficial de mérito, que más tarde recibió muerte gloriosa á la cabeza de sus batallones en la acción de Barbastro. Mandaba uno de los cuerpos de esta legión el comandante Dumesnil, soldado tan entendido como bizarro y de quien su general estimaba el carácter. Como parte de uno de los cuerpos figuraba también, con el empleo de capitán, el que fué mariscal Bazaine y después había de ilustrarse tanto por sus hechos de armas y servir como ejemplo de esa ingratitud á que la pasión política conduce en todas partes. Bazaine, cuyos méritos podrían alimentar la gloria de un general de fama, sobrelleva la injusticia de todo un pueblo con la noble entereza del que tiene la conciencia de no merecer su desgracia, sirviéndole sin duda de consuelo el respeto de que se ve rodeado en su segunda patria. Cuantos conocen por la historia de la guerra franco-prusiuna las batallas que libró á los invasores de su patria, apreciarán la gloria en ellas adquirida por las armas del Mariscal, que más de una vez vivaquearon sobre diferentes campos de batalla á las inmediaciones de Metz después de rechazar á los prusianos. Acepte el veterano general el respeto que á muchos militares españoles inspiran su presencia, su historia y su infortunio.

Los oficiales de los seis batallones de la legión eran en su casi totalidad franceses, y dignos de haber servido bajo las banderas de la Francia. La tropa se componía de muchos soldados alemanes, italianos y no pocos audaces y desgraciados polacos, para quienes las puertas de la patria se encontraban cerradas. Pero entre aquellos seis batallones, debo declarar con tanta exactitud como orgullo y con ausencia de toda pasión, que el mejor de todos—porque al valor y disciplina en que á los demás igualaba, superábalos en fortaleza y agilidad—era uno compuesto de españoles, que para todo el ejército fué motivo de justa y patriótica complacencia.

En los últimos días del indicado mes de Noviembre, mi hermano, que tenía en Meer y en Aldámar la mayor confianza, decidió encomendar al primero la formación de las líneas de Zubiri, y al segundo las del Arga con la guarda de la ribera de Navarra por la parte que cubre la Rioja castellana desde la orilla izquierda del Ebro. Deseaba él establecer su cuartel general en Vitoria, para dirigir sus futuras operaciones desde este punto y atender más eficazmente á Bilbao y á toda excursión carlista que se intentara hacia las Encartaciones. Allí debía ir el nuevo Ministro de la Guerra, Conde de Almodóvar, para revistar el ejército y reunirse á Evans, Espartero, Bernell, Oráa, jefe de Estado Mayor,

y á Zarco del Valle. Procuró el General en jefe que el Ministro de la Guerra conociera personalmente á los generales de más reputación y adquiriera de ellos los informes y noticias que tuviese por conveniente escuchar.

Pero en aquellos días comenzó Eguía á hacer grandes demostraciones sobre Bilbao. Estaba á la sazón dividido el ejercito entre Alava y Navarra, y no se podía desguarnecer ninguno de los dos territorios sin exponerlos á las rápidas incursiones carlistas, que aprovechaban siempre las ventajas de su posición central. Comprendió pronto Córdova que aquellos amagos de Eguía sobre la heroica villa no tenían otro objeto que el de obligarle á debilitar y desguarnecer su derecha. Pero era tal la penuria del ejército en aquellos momentos, y estaban tan disminuídos los contingentes de los cuerpos por las bajas y las enfermedades, que Bilbao con esto solo, ó la misma línea del Ebro en Navarra, se veían seriamente amenazados y en gran riesgo. Así, resolvió Córdova prontamente emplear el mismo procedimiento que su adversario; sólo que en vez de amenazarle propúsose embestir y tomar uno de los puntos más importantes en que principalmente se apoyaba, y trasladándose velozmente á Navarra, anunció su proyecto de penetrar en Estella, abandonada á los carlistas meses hacía. Con esto satisfacía además á la opinión pública y al Gobierno, que reclamaban siempre la entrada de nuestras tropas en aquella ciudad importantísima del teatro de la guerra, corte y ordinaria residencia del Pretendiente.

Como preliminar de este plan, resolvió pasar el Ebro con dos divisiones por el puente de Lodosa, pernoctando en Lerín: dejó allí á Tello con una brigada de cuatro batallones, artillería, caballería y las instrucciones convenientes para los movimientos que había de ejecutar después sobre Estella, y al pasar por Mendigorría para ir á Puente, encontró á la brigada Rivero. Después de revistarla, dió á su jefe las órdenes necesarias para la mejor armonía del movimiento, y el 14 de Noviembre muy de mañana se pusieron las tropas en marcha camino de Estella. Rivero, Tello, Domínguez y Aldámar combinaron sus marchas, que tenían por punto objetivo aquella ciudad, y el 6.° batallón ligero de la brigada de Méndez Vigo flanqueó las posiciones á la derecha del camino real, apoderándose de la ermita de San Gregorio. Encontramos el camino cortado en diferentes puntos; pero estos obstáculos fueron vencidos por las tropas, y reparados los desperfectos prontamente por una compañía de ingenieros. Tenía el enemigo reconcentrados en Estella 3.000 hombres y 100 caballos, pero esperaba no tardaría en llegar Eguía con buen número de batallones, y aquel día 14, cuatro de ellos mandados por Elío, fueron atacados y arrollados por los del 2.° y 6.° de Ligeros. En esta acción cogimos al enemigo

dos centenares de prisioneros, y al cabo entramos en Estella á viva fuerza. Debo recordar que en aquella época se hacia la guerra en otras condiciones muy diferentes á las que después tuvieron tan grande influencia en el éxito de las acciones sobre este mismo territorio. No estaba el ejército carlista armado con fusiles de largo alcance y precisión, de más fácil y pronta carga, ni se aumentaban siempre las ventajas del terreno con líneas de bien entendidos parapetos y trincheras. El ejército entonces penetró en Estella bajo el mando de Córdova, deseando siempre que los carlistas, en el interés de la defensa, se hubiesen reunido á disputarle la posesión de la ciudad, porque aunque accidentado y difícil el terreno que la avecina por los lados de la Ribera, de los Arcos y de Cirauqui, no ofrecía obstáculos de aquellos que impidieran á mi hermano librar al enemigo batallas generales.

En aquellos encuentros, en que tomaron parte Aldámar, Tello y otros muchos valientes, empezaba á distinguirse en las filas contrarias el coronel D. Joaquín Elío, que con O'Donnell, Barrenechea, D. Manuel de la Concha, Orive y otros, habían servido como capitanes ó tenientes en las filas de la Guardia Real y entonces combatían en los opuestos campos. Escribiendo mis *Memorias*, ¿cómo he de escatimar algunas líneas de justicia al que fué mi amigo y compañero, y al que siempre conservé los más puros afectos de la juventud? En estas acciones de las alturas de Cirauqui y de Mañeru, Elío, que se había ya distinguido, adquirió solidísima reputación mandando batallones navarros, fuerza que no por ser de enemigos, y de enemigos algunas veces victoriosos, he de negarme á reconocer en ella las cualidades guerreras de las mejores tropas. Pertenecía el jefe carlista á una nobilísima familia de Navarra, muy respetada y querida en el país, y fué sobrino del general Elío, que murió sacrificado sobre un patíbulo levantado en Valencia en 1822. Consecuente y fiel á su partido, y sirviendo á D. Carlos con una lealtad que las persecuciones é injusticias no disminuyeron nunca, el jefe de quien me ocupo llegó á los más altos puestos del ejército enemigo, siguiendo á D. Carlos en la desgracia de la emigración y compartiendo más tarde con no menos celo la suerte del Conde de Montemolín, á quien acompañó sin fe ni confianza, pero con abnegación suma, en su loca empresa de San Carlos de la Rápita. Elío, elevado á capitán general, mandó últimamente el ejército carlista cuando el nuestro atacaba las posiciones de San Pedro de Abanto, muriendo poco después agobiado por los años, los achaques y los laureles recogidos en su larga y honrosa carrera.

Eguía llegó tarde á Estella para defenderla, pero á tiempo de presenciar nuestra entrada y su fracaso, pues se encontraba en sus calles al

penetrar en ellas las tropas de la Reina. Como acontecía en todos los puntos dominados por el enemigo y ganados por los nuestros, hallamos la ciudad absolutamente desierta y sin recursos, víveres, ni abastecimientos de ninguna clase; era, pues, inútil permanecer allí, conseguido ya el efecto moral propuesto, y así, dispuso mi hermano para el siguiente día 16 nuestra partida, y dictó las órdenes necesarias para disputar á Eguía los pasos en que se propuso librarnos una de las acciones más empeñadas, largas y sangrientas de aquella guerra.

En aquel día al romper el alba salieron los cuerpos que habían ocupado la ciudad, por el camino de Monte Jurra y Dicastillo, siendo ya como á cosa de las siete furiosamente acometidos por el enemigo, apoyado en posiciones, bosques y obstáculos importantes; pero nuestras tropas, ocupando con antelación otras posiciones y escalonándose con fuerzas suficientes de todas las armas, le combatieron con las ventajas de la defensiva y como toda tropa serena que deja el terreno después de haberlo mantenido con firmeza. Ante uno de los escalones se presentó un escuadrón de lanceros carlistas, que con una sección de los de la Guardia cargó y batió bizarramente el entonces comandante y hoy general distinguido, Lemerich, que la mandaba. Otro escalón de algunas compañías lo dirigió el general Ros de Olano, capitán ayudante de campo de mi hermano, y otro, D. Patricio de la Escosura, también ayudante del general.

Pero las fuerzas cristinas que dos días antes habían quedado en la Solana y Villatuerta, cumpliendo las instrucciones recibidas acudieron al fuego, y la acción se generalizó, haciéndose porfiadísima á medida que también llegaban siete batallones carlistas y otras fuerzas de guipuzcoanos, vizcaínos y castellanos, que al mando de Iturralde hizo avanzar Eguía. Nuestros soldados tomaron posiciones sobre las dos faldas opuestas del Monte Jurra, cuya escarpada cima disputaron, ganaron y sostuvieron. «Un viajero, y sobre todo un militar, dice mi hermano, creería, al ver el lugar de aquel combate, que sólo las cabras pueden trepar á tales sitios» (1).

El general Tello había ocupado la ermita de Dicastillo. El brigadier Rivero, animado siempre de celo, se incorporó á su brigada á poco de salir de Estella, trabando con la izquierda enemiga reñido combate que se hizo general y vivísimo por los dos costados de toda la línea, tratando después el enemigo de desbordar al ejército haciendo un vivo y terrible fuego contra sus flancos. Para rechazarlo hizo el general adelantar al brigadier Saint-Just y que tomara posiciones avanzadas para dar con el brillante primer batallón del Infante una carga á la bayoneta,

(1) Memoria justificativa.

que fué secundada por otra que con los lanceros de la Guardia ejecutó el brigadier Iribarren en opuesto flanco, repitiéndose después las que permitía el terreno.



El General Tello.

Es la primera vez que cito en estas *Memorias* á mi amigo Saint-Just, por quien mi hermano tenía particular afecto, mereciéndole relevante

concepto la distinción con que se portaba en todas las acciones. Nombrado á principio de 1836 gobernador de Málaga, y profesando ideas muy liberales, fué vilmente asesinado por su empeño en mantener el orden en circunstancias extraordinarias; se acreditó en el ejército como uno de los jefes de más fama por su inteligencia é intrepidez; y lo mismo debo consignar en estas páginas respecto de Iribarren, que más tarde debía morir en la acción de Huesca, cargando á los carlistas con la excelente caballería de la Guardia que mandaba.

La batalla, no obstante, llegó á su máximum de intensidad como á cosa de la una de la tarde, y mucha parte de nuestras tropas habían consumido todas sus municiones, cuando el enemigo se reconcentró para hacer mayores esfuerzos contra nuestra izquierda, por donde por instantes el ataque se formalizaba más. Allí, un solo batallón de Borbón se cubrió de gloria ganando á la bayoneta los corrales en que se habían abrigado los enemigos con dos batallones, para dirigirle un fuego vivo y á quema ropa. Las armas de los dos combatientes se cruzaron en este punto; pero bastó el amago de otros cuerpos que acudían de todas partes, para contener definitivamente el empuje del enemigo, y reforzando á Tello con el segundo batallón de Extremadura, siguió el general á Allo con sus escalones que en dos direcciones paralelas iba estableciendo. Á medida que era rechazado el enemigo, avanzaba el ejército con firme marcha, ofreciendo en todas partes la más alta idea de lo que pueden ejecutar en una grande operación, las mejores tropas. El fuego cesó completamente á la derecha y disminuyó en el centro, aunque renovado aquí por intervalos con violencia.

Ya en Allo, volvió Córdova á ofrecer en la tarde de aquel día con las tropas formadas una segunda acción, que el enemigo rehusó replegándose sobre todos los puntos, sin conseguir por nuestros esfuerzos y provocaciones que bajara á los llanos, y le vimos con sentimiento contenido en Dicastillo por la prudencia. Siguió entonces todo el ejército á Lerín, casi agotadas las municiones y sin que fuéramos molestados ya por un solo tiro. Esta jornada fué de veintiuna horas de fatiga. Perdió en ella el enemigo de 600 á 700 hombres y 100 prisioneros, con algunos oficiales. La conducta de la tropa fué en todas partes admirable. Ni un momento de confusión ni de desorden se produjo en el día, siendo magnífico el aspecto de los quince batallones de la Reina cuando, despues de un combate de ocho horas, presentaron nueva batalla al enemigo entre Allo y Lerín, con el orden propio de una parada. Mi hermano no se cansaba de hacer elogios de Oráa, Tello, Rivero, Iribarren y de don Froilán Méndez Vigo, así como de todas las tropas. Aquel día el general Aldámar, luchando personalmente en el campo de batalla, se portó con el mérito de que venía dando señaladas muestras, y los ayudantes

de campo D. José de la Concha, Casasola, Cumbres Altas, Malibrán, Santiago y Mámola dieron pruebas de gran bravura, no abandonando un solo instante los puntos de mayor peligro mientras duró tan larga y sangrienta jornada.



EL GENERAL ALDAMAR.

Al día siguiente dió mi hermano una de sus más bellas proclamas, que fué por todos encomiada. Estos documentos han quedado en el ejército como modelos acabados de literatura militar, y aun conozco yo en el día generales que entonces las aprendieron y las recitan de memoria con entusiasmo y emoción; he aquí ésta á que me refiero:

«Soldados: el enemigo se jactaba de que no volveríais nunca á pene-

trar en la corte de la rebelión, y antes de ayer entrasteis en ella á viva fuerza. El caudillo rebelde corrió mucho para llegar á tiempo de huir de sus muros y de nuestra vista, y pasó la noche construyendo parapetos con que defender las avenidas de las Amézcoas. Desconcertados sus planes sobre Aragón y Bilbao, vino á recoger el fruto, una humillación más, en Estella.

»Ayer trató de vengarla con más cólera y violencia que inteligencia y denuedo, en la marcha que con nuestros compañeros de la Solana hacíamos á esta villa. ¡El Monte-Jurra! ¿Qué terreno más ventajoso para los que se titulan reyes de las montañas, con menos confianza en sus armas que en la protección del país, que han fanatizado con sus arrogantes y desacreditados embustes? Vosotros habéis visto las consecuencias, y les habéis por segunda vez demostrado que los soldados de Isabel II se baten en todos frentes, terrenos y situaciones. Nuestra marcha fué lenta y firme, terrible y gloriosa. Todos los cuerpos han tomado parte en este combate, todos han rivalizado en firmeza, á todos he oído con orgullo y emoción aclamar á nuestras augustas Reinas y á la libertad, al cargar ó rechazar al enemigo. La caballería hizo los prodigios de valor con que ya se ha familiarizado, llevando á su colmo el terror que inspira á nuestros contrarios. ¡Honor á sus invencibles lanzas, y que los que tan dignamente las empuñan para honra de este ejército reciban, soldados, el justo tributo que les debe nuestra amistad y admiración!

»Al llegar á Allo se nos presentó un terreno más abierto; y aunque sabía que la mayor parte de los cuerpos habían apurado sus municiones en ocho horas de tan fatigoso combate, conocí también de todo lo que era aún capaz vuestro valor. En esta confianza, reconcentrando nuestras fuerzas mientras cuatro compañías contenían al enemigo, formé y ofrecí la batalla á todas las de los rebeldes reunidas. No olvidaré jamás, soldados, el orden admirable, el ardor extremo con que después de diez horas de fatiga os presentasteis á desafiar, como en una parada, la jactancia de esos soldados montaraces, que sólo se atreven á combatir entre breñas y bosques: sus jefes obraron con prudencia tocando á retirada en Dicastillo. ¡Ojalá que, alucinados por la arrogancia, hubieran recogido el guante! Soria, Extremadura, Castilla, Navarra, Mallorca, Infante, Borbón y Gerona; vosotros les habríais dado una lección de prudencia, que por desgracia rara vez olvidan ellos. La artillería y caballería del enemigo vieron frustrarse vanamente sus esperanzas; pero Bilbao libre de sus impotentes amenazas; la expedición de Aragón regresando cobardemente á sus guaridas; los granaderos de la Solana aligerados; la capital inexpugnable humillada; el nuevo caudillo prevenido en todas partes y desacreditado; 600 de los suyos tendidos

en el campo, en los hospitales ó en nuestro poder; ahí tenéis, compañeros, lo que el ejército, lo que el ejército no, lo que sólo 15 batallones habéis ejecutado en treinta y seis horas. Que los pueblos alucinados comparen la seguridad que les prometen sus seductores, con el recuerdo de la presencia de nuestras armas en Ochandiano, Durango, Salvatierra, Estella y la Solana durante las dos últimas semanas.

»La segunda división, al mando del brigadier Vigo, ha merecido la gratitud del ejército y de la patria, por la rapidez de sus marchas y oportunidad de sus movimientos para cubrir el Aragón ó perseguir á sus invasores.»

Réstame sólo, al ocuparme de aquellas operaciones sobre Estella, recordar una anécdota que fué muy conocida del ejército. Mandaba la brigada de vanguardia, compuesta de cuatro batallones de la Guardia, D. Froilán Méndez Vigo, jefe de reconocido mérito y probado valor. Era ya D. Froilán entrado en años, y había pedido en matrimonio á la hija del general Oráa, navarra robusta, de carácter noble como el padre, de relevantes virtudes y noble presencia. Debo advertir que Don Froilán Méndez Vigo tenía el carácter más irascible é irritable de cuantos he conocido en mi larga vida, y que en sus arranques, que estallaban como una tempestad por cualquier causa, y muy particularmente si sospechaba la más leve ofensa, era verdaderamente terrible; poseía con todo esto un corazón de oro; Oráa estaba muy satisfecho con aquel casamiento, que le unía á una noble familia. Mi hermano debía ser el padrino de la boda, y aquella noche que permanecieron en Estella se había concertado todo en el mismo alojamiento, hablando largamente aquellos jefes de estos halagüeños asuntos. Comenzado el combate, encontrábase Oráa—que era hombre también de genio vivo—al frente del Estado Mayor sobre el camino de Monte-Jurra, y á su lado mi hermano, cuando se presentó D. Froilán solo, algo mohino y sin sus batallones, que se habían escalonado por órdenes sucesivas desde la salida de Estella. Oráa, que deseaba emplearlos en aquel mismo momento, le preguntó airado: *¿Dónde están sus batallones de usted, señor brigadier?—No lo sé, mi general; sus ayudantes de usted me los han quitado.—¿Cómo quitado? ¿Así se quitan los batallones?* Y Oráa, realmente furioso, dirigió á Méndez Vigo algunas otras reconvenciones, terminando con estas palabras: *Pues me c..... en la novia, en el novio.....* y como en este punto advirtiera el efecto terrible que estaban produciendo en el ánimo del brigadier, añadió rapidísimamente: *y en el suegro!!...—Y no se olvide usted del padrino!* interrumpió mi hermano, con lo cual, novio, suegro, padrino y cuantos fuimos testigos de aquella escena, rompimos en explosión de risa, de que nos sacó una arremetida impetuosa de los carlistas.

A poco de estos sucesos el cuartel general establecióse al fin en Vitoria, en cuya bien situada plaza, así como en los pueblos inmediatos, se acantonó el ejército, que procuró atender desde esta posición central á los movimientos del enemigo si intentaba alguna expedición.

Ya creo haber dicho que el general Zarco del Valle desempeñaba en el ejército la importante comisión de Inspector general. No era su edad avanzada; no pasaba entonces de cincuenta años. Nadie conocía sus graves y continuos padecimientos, porque los ocultaba bajo un incesante trabajo organizando todos los servicios del ejército, de hospitales, ambulancias, transportes y almacenes, y dirigiendo el sistema de fortificaciones de campaña, que establecía con una inteligencia en que no conoció rival, pues fué Zarco, sin duda, uno de los más instruídos y hábiles ingenieros que desde el famoso Pedro Navarro tuvo jamás el ejército. Todos los días comunicaba con el Gobierno y los Inspectores de las armas para reclamar oficiales, material y todos los recursos de que se carecía. Cuando no daba á este servicio todo su tiempo, veíasele á caballo resistiendo lo más duro de las estaciones con firmeza incansable. Lo mismo en las acciones de guerra que en los reconocimientos que frecuentemente hacía el General en jefe, y á pesar de su poca vista para dirigir por buen camino el caballo que montaba, corría Zarco como el mejor jinete, saltaba las vallas y zanjas según éstas se presentaban, sin apercibirse de ellas, porque ponía una singular intensidad de atención en la exploración científica del país y en los movimientos del enemigo, y dejábase llevar por el caballo como si viajara en coche, sin cuidarse de él. El General en jefe le tenía grandes deferencias; escuchábale siempre con gusto y tratábale con respeto, sentimiento que inspiraba á todos cuantos le conocían. No existía rivalidad alguna entre ambos generales. Las opiniones y consejos de Zarco eran siempre escuchados por mi hermano, y las resoluciones y órdenes de éste ejecutábalas el Inspector general con la mayor exactitud. Desde que subíamos la ría del Nervión la noche en que entramos en Bilbao antes de Mendigorría, empezó á inspirar Zarco la admiración del general Córdova y de todos. En aquella ocasión interrogaba al patrón de la lancha sobre las posiciones, puentes y lugares que á derecha é izquierda se encontraban en nuestro camino, y que recuerdo atravesábamos en medio de profunda obscuridad. Todas las señalaba por sus nombres, explicando sus circunstancias militares; era, sin embargo, la primera vez de su vida que se encontraba en aquellos parajes. Lo mismo sucedió en todas las marchas posteriores por el interior del territorio. La ilustración parecía quererle indemnizar con tan privilegiado conocimiento y tanta memoria, de la falta de vista con que vivía mortificado. Un dia, marchando con mi hermano sobre el camino de Vitoria á Navarra y haciendo los

dos generales un reconocimiento forzado sobre las posiciones y castillo de Guevara, no atendiendo para nada el vivo fuego enemigo, explicaba Zarco las circunstancias de las posiciones y fuerzas contrarias. Hacíalo con una precisión tal, que parecía poseer una vista de lince que penetrara al través de las montañas, descubriendo lo que ocultaban los bosques y las posiciones. «*¿Cómo puede usted, mi general,*



EL GENERAL ZARCO DEL VALLE.

darse cuenta del enemigo con tanta exactitud? le pregunté.—*Amigo mío* — me contestó un poco lisonjeado —*porque le oigo.*—*A mí me parecía*—le repliqué—*que era usted sordo, al menos para el silbido de las balas.....*» Tal era, en efecto, la poca atención que el general Zarco prestaba á este detalle de la guerra, para él indiferente.—Cuando se encontró años después en las primeras capitales de las grandes potencias del Norte con una importante misión diplomática, que obtuvo el éxito más feliz, dando por resultado el reconocimiento de la Reina, la ins-

trucción y el saber de Zarco sobre todas las particularidades y detalles de los territorios en que los ejércitos operaron en todas las grandes guerras europeas, así como sobre aquellos que sirvieron de teatro á las campañas de Napoleón, causaron asombro verdadero entre los mejores generales y estratégicos de Berlín, Viena y San Petersbugo, cuyas Academias científicas le acogieron pronto en su seno. Su fama se ha conservado á través de los años, y será una de las reputaciones españolas más elevadas que de la edad contemporánea pasen al dominio de la posteridad.

Vive en mi memoria un grato recuerdo de aquella época, y no debo dejar de consignarlo aquí. Las aficiones literarias y científicas del general Córdova fueron perennes en él desde la primera juventud. En París primero, en Berlín después, adquirió el hábito y hasta la necesidad de conversar en animada y bulliciosa sociedad de amigos ilustrados, hombres de imaginación ó de ciencia, ó bien de la carrera en que á la sazón servía. Esta costumbre le acompañó á la guerra, y cuando el estado de su salud se lo permitía, franqueaba su gabinete de trabajo durante las largas veladas de aquel invierno á los más queridos generales y jefes. De los primeros era Zarco; de los segundos, O'Donnell, Narvaez y otros. Sus ayudantes, en cuyo número se contaba Escosura, el discípulo más predilecto de Lista, después de Espronceda, eran recibidos también en estas reuniones confidenciales. Cuando el humor del general era más festivo, porque sus dolores del estómago daban alguna tregua á sus padecimientos, gustábale á su vez sorprender la tertulia de sus ayudantes, en la que tomaba parte nuestro querido y alegre amigo D. Serafín Estévanez Calderon, auditor del ejército y hombre de entendimiento tan claro como de agudo ingenio y chispeante gracia, á quien generales y ayudantes contábamos siempre entre los nuestros, porque en las batallas comunicaba órdenes y participaba del peligro como el más intrépido de todos. Ordinariamente estas tertulias comenzaban cada día comunicándonos con mutua espontaneidad las noticias de Madrid que cada uno tenía. Algo tratábase también de toda la chismografía del ejército, en donde, de igual manera que en las grandes ciudades, hay jóvenes que la alimentan. Pero descartados estos asuntos, siempre se suscitaba alguna cuestión de ciencia, historia ó disciplina militar, donde Zarco del Valle, cuando su salud le permitía asistir, se imponia siempre. Al momento dominaba este general á su auditorio con lo ameno de su conversación, ya versase sobre temas propios del arte de reñir las batallas, ya Estévanez Calderón, Ros de Olano ó Escosura la hiciesen deliberadamente recaer sobre materias hasta literarias ó poéticas. Jamás se habló de política, ya lo he dicho. No se conocía ésta en el ejército por aquella época.

De lo que se pueden llamar *discursos familiares* de Zarco del Valle en aquel tiempo y en aquellas tertulias, se hallan muy presentes en mi memoria los encantadores episodios y las grandes batallas por él narradas de la guerra de la Independencia, á las que había asistido



DON SERAFÍN ESTÉVANEZ CALDERÓN.

(*El Solitario.*)

en el Estado Mayor bajo las órdenes de los primeros generales españoles, y principalmente del inmortal Castaños. Sus interesantes narraciones, oídas con religioso silencio, parecían conferencias dedicadas á una Academia de historia, arte y ciencia militar. Cuando hablaba de la batalla de Bailén, en la que tomó parte como capitán de Plana Mayor á los veintitres años de edad, el cuadro que de ella presen-

taba era tan vivo y conmovedor como palpitante. Creíamos asistir á todos sus más atractivos episodios, trasladándonos sobre aquel risueño y alegre territorio de las Andalucías en los momentos solemnes y decisivos de la batalla. La marcha de Reding y Coupigny con la primera y segunda división, pasando el Guadalquivir por Menjíbar y el vado del Rincón; sus movimientos batiendo y envolviendo en todas partes á los franceses hasta apoderarse de Bailén, con lo que se cortaba al ejército de Dupont del de Vedel, que había ido á la Carolina, separándole también de las fuerzas de Santa Elena, constituían una reunión de importantes pormenores que Zarco describía con animadísimos detalles y prestaban á la jornada un interés extraordinario. La resistencia que los mismos generales Reding, Coupigny y Abadía opusieron el segundo día de la batalla á los impetuosos ataques de Dupont, que pretendió recuperar á Bailén y sus perdidas comunicaciones con Vedel, era para nosotros conmovedora, escuchando su narración de labios tan autorizados. Zarco presentaba al ejército francés realizando esfuerzos desesperados para unirse, y esto fué lo que constituyó el principal objetivo de Dupont al salir de Andújar, colocándose en la falsa y cortada posición entre Reding, que era dueño de Bailén, y Castaños, que se apresuró á ocupar aquella ciudad con la tercera división y la vanguardia, mandadas respectivamente por Lapeña y Venegas, entre las cuales estrechó á Dupont contra Bailén en el camino real. Para nosotros, que hacíamos la guerra como aprendices, encerraba este cuadro doble enseñanza que inflamaba el espíritu y hacía palpitar nuestros corazones de soldados, condolidos de combatir á hermanos en vez de emplear tanto esfuerzo y valor común contra un enemigo extranjero. Otras noches nos contaba el noble general Zarco cómo los picadores y vaqueros andaluces, formados en escuadrón valeroso, vestidos con el pintoresco traje de nuestros hombres de campo y armados con las formidables garrochas, cargaron á los coraceros enemigos, y sacándolos de sus sillas con forzudo brazo, los levantaban en el aire para hacerlos caer y besar la tierra que con sus plantas profanaban. Fué aquél un hecho sin igual ni parecido en la historia de las más valerosas caballerías. Pero no era menos interesante para nosotros, jóvenes é inexpertos oficiales, aunque llenos de ardor y entusiasmo, la versión que nos daba el general, retratando con vivos colores el cuadro del ejército francés en número de más de 21.000 hombres de soldados viejos y aguerridos, desfilando en dos distantes y diversos grupos con sus banderas y cañones, para rendir las armas ante otro compuesto de bisoños voluntarios que realizaban la noble empresa de defender la independencia de la patria y de rescatar al *deseado* Monarca. Aquel imponente espectáculo conmovía todos los ánimos. Desfilaban los

vencidos por delante de Castaños vertiendo lágrimas de vergüenza y de despecho, mientras que los vencedores con generoso silencio respetaban la desgracia de sus contrarios. Dupont, á quien Napoleón apelli-



CASTAÑOS.

(Según un retrato del año 1808.)

daba el *Rayo del Norte* por las victorias que sus armas habían alcanzado en toda Europa, al desfilar delante de Castaños, con visible emoción y turbada voz le dijo: «*General, os entrego esta espada con que he vencido en cien batallas.—Pues, General*—le contestó nuestro cau-

dillo, devolviéndole el arma gloriosa y dándose pausados golpes en el abdomen—*mi primera victoria es ésta*»; hermosa frase, que podía dar á conocer á los franceses la grandeza de la guerra que iban á sostener contra la independencia española.

Las batallas de Baza, Talavera, Chiclana y la Albuera, en que nuestras armas quedaron vencedoras, como otras en que fueron vencidas, sirvieron también de texto á Zarco para sus conferencias íntimas en aquel seno de la amistad, del entusiasmo y de la alegría juvenil. Reccrdar todos los incidentes de aquellos hechos mencionados por Zarco, sería dilatar un trabajo que no es el objeto de mis *Memorias*. Sin embargo, ¿cómo he de terminar aquí sin referir aquel incidente por él revelado á nuestra embelesada atención, y que contribuyó á la victoria de la Albuera? El mariscal Beresford mandaba en 1811 el ejército aliado de ingleses, portugueses y españoles, fuerte de 31.000 infantes y 3.600 caballos. Una parte sitiaba la plaza de Badajoz. El mariscal Soult recibió la orden de Napoleón para socorrerla, y con este objeto marchaba desde Sevilla por el camino real, con fuerte y aguerrido ejército, mientras que Beresford, levantando momentáneamente el sitio, formó en batalla delante de la Albuera, á cuatro leguas de la plaza, para recibir á su contrario. Los aliados, establecidos en dos líneas, formaban en orden de batalla con los españoles, bajo el mando de Blacke, Castaños, Ballesteros y de otros primeros generales de gran fama. Todo el ejército lo acaudillaba en jefe el ilustre general inglés. Mandó éste á Zarco al amanecer del día de la batalla, que se adelantara al encuentro de los franceses, para avisarle con tiempo de su aproximación. Corrió, en efecto, éste por el camino de Sevilla, con toda la diligencia que como su saber tenía ya acreditada, y divisó al ejército enemigo, que llegaba desplegado en tres grandes columnas dispuestas para el combate con fuertes reservas. Volvió sin perder minuto el oficial Zarco á dar cuenta del desempeño de su comisión; mas al avistar á los nuestros desplegados para recibir al enemigo, pudo observar el defecto de la dirección en que nos encontrábamos. Según su formación, una de las alas resultaba retrasada. Consiguientemente el orden con que iban á recibir los aliados á su contrario era oblicuo, ofreciendo á los franceses la ventaja de poder envolverlos tomando de flanco á los españoles, que recibirían así el empuje de todo el ejército francés. Blacke, Castaños y otros generales, reunidos con Beresford, comprendieron al momento todo lo falso de la posición que mantenían y Zarco les denunciaba, apresurándose á rectificar la línea por medio de un gran cambio de frente y por simultáneos movimientos bien y prontamente ejecutados. La batalla se dió según esta nueva disposición, en un orden paralelo. Los esfuerzos y la tenacidad de Soult resultaron va-

nos. Las tropas de las tres naciones aliadas, combatiendo á la defensiva, rechazaron en todas partes al ejército francés, y es indudable, y así lo reconocieron los generales aliados, que á Zarco se debió el éxito victorioso, que casi siempre depende de las primeras disposiciones del combate. El ilustrado general nos decía, como queriendo enseñarnos una parte esencial del servicio de los ayudantes, *que éstos deben observar, desde el punto de vista del enemigo, cuál es la posición de las tropas*

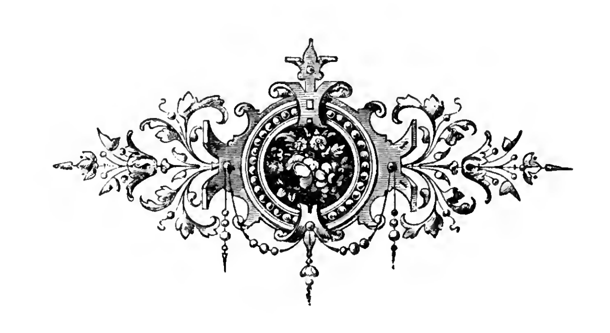


propias, para enterar á su general con tiempo á fin de que se puedan corregir los defectos tácticos del orden de batalla. Yo no olvidé nunca la lección del sabio general, que enseñaba, como Molke, á jóvenes que debían ser generales.

Sobre aquella batalla de la Albuera no olvidaré otro hecho que acredita la solidez de la infantería española. En los ataques impetuosos del francés, algunos escuadrones polacos atravesaron la primera línea por

el claro que presentaban, según el orden táctico, dos de los batallones de Guardias españolas; pero no se intimidó aquella infantería en situación tan crítica. Las dos primeras filas continuaron el fuego, resistiendo los ataques de las columnas francesas. La tercera, dando media vuelta, rompió el suyo contra la caballería polaca, que pereció entre esta parte de la primera línea española y toda la segunda inglesa, que iniciaba también el ataque contra los lanceros enemigos. De uno de aquellos batallones de la Guardia mandaba la compañía de granaderos D. Joaquín Ezpeleta, coronel á cuyas órdenes, como ya lo saben mis lectores, serví en mis primeros años, y á cuya respetable memoria dedico este recuerdo.

Si se apreciasen como de poca importancia estos hechos aislados que deseo consignar en mis *Memorias*, no se dude que el conjunto de todos servirá para formar la historia y el espíritu del ejército. A este fin escribo yo una parte. ¿Por qué no lo hacen también cuantos con mayor ilustración pueden perpetuar los hechos más brillantes de las armas nacionales?





iseria del ejército. — El soldado español según el general Córdova.—Respectiva situación de los contendientes á principios de 1836. — El principio de una operación. — Las legiones extranjeras. — Cotoner, Echagüe y el batallón de Chapelgorris. — La toma de Arlabán. — Otro rasgo de Narvaez. — Su herida en la cabeza. — Breves reflexiones sobre la naturaleza de aquella guerra. — Muerte de D. Fernando Santiago. — Reconocimientos. — En busca de la cruz de San Fernando.— Un duelo á muerte. — La vida íntima del ejército. — Las fatigas, las penalidades y los alojamientos. — Las condiciones de las ciudades y pueblos. — Bilbao, Pamplona, Vitoria. — La sociedad aristocrática de Navarra. — Las familias de Guendulain, Bigüesal, Elío y Besoya. — Las mujeres y su influencia en la guerra. — Navarras, guipuzcoanas y vizcaínas. — El juego en el ejército. — Anécdotas del general Castaños. — Los asistentes. — Curpín y el *trompeta de Olite*. — Miguel Ecarte.

Tiempo hacía ya que el Conde de Almodóvar, Ministro de la Guerra, se encontraba en el ejército pasándole revista en todos sus detalles, para poder resolver más tarde y con mejor conocimiento las cuestiones de su organización y de su empleo. Animado de sentimientos patrióticos, y deseoso de ver la paz pública restablecida, comprendía la responsabilidad que un día habría de pesar sobre el Gobierno si la guerra no llegaba á pronto y feliz término, dejándose formar un ejército enemigo por la guerra misma, prolongada indefinidamente. Mi hermano, que fué á Burgos á recibirle, le acompañó después por todas partes. En pocos días recorrió con él la Navarra, la Rioja y Alava. Revistáronse las tropas en todos los campos de instrucción. Hospitales, almacenes y cuarteles, fortificaciones, transportes, vestuario, armamento, todo pasó bajo la experta mirada del Ministro, que reunía á mucha inteligencia la práctica del militar educado en medio de los ejércitos. Pudo advertir Almodóvar que la ración del soldado era insuficiente; que raras veces se le daba carne, y que sólo imponiéndolo como castigo y multa á los pueblos rebeldes bebía vino; que las raciones de etapa eran de mala calidad y de peso tan disminuído, que no se comprendía cómo bastaban para mantenerlo. Por estas causas el estado sanitario del ejército dejaba mucho que desear, y los hospitales se encontraban atestados de enfermos. El vestuario era de todo punto deplorable. Muchos cuerpos carecían de capotes. A todos faltaban mantas, que entonces no figuraban entre las prendas de campamento con que se provee hoy al soldado en pie de guerra. Otros carecían de ropas de paño, y parecía imposible que la tropa resistiese tantos sufrimientos en medio de uno de los inviernos más rigorosos que habíamos conocido en aquellas provincias.

Mendizábal hacía los mayores esfuerzos para procurar al ejército recursos, sin los cuales ni era posible continuar la guerra, ni al mismo Gobierno dirigir los negocios públicos.

La activa é interesante correspondencia que dirigió entonces á mi hermano, y que conservo íntegra, demostrará, como ya lo veremos por algunas cartas que copiaré más adelante, los trabajos que emprendía, la actividad plausible que desplegaba, y las esperanzas á que su meridional imaginación entregábase de continuo; pero ni los resultados correspondían á estos esfuerzos, ni mi hermano, ni el ejército, ni el país, obtuvieron sus esperados frutos. El dinero, nervio del ejército, faltaba lastimosamente en el Norte, y así es que, además de la carencia de subsis-

tencias y pertrechos, los oficiales no cobraban sus sueldos, ni el soldado sus reducidas sobras. Conservábase la disciplina merced al patriotismo, al sentimiento liberal y al espíritu de subordinación que se mantenía en las filas, por el cariño que unía al soldado con el oficial, á éste con el jefe, y á todas las clases entre sí. Y cuenta que la miseria en los ejércitos es el mayor estímulo de la indisciplina, y que sus agentes no tienen auxiliares mejores que las privaciones del soldado ; pues los hombres que afrontan diariamente la muerte contra un enemigo constante y valeroso, llegan en muchas circunstancias á vacilar en su fe y á ceder en su energía. La lealtad del ejército del Norte fué siempre, por fortuna, inquebrantable en el seno de tantas privaciones y trabajos, de tantas seducciones y halagos, muchos de los cuales partían de la misma familia del soldado. Recuerdo que un día, al encontrarse mi hermano en marcha con los cuerpos é informándose como acostumbraba, por ellos mismos, de su estado moral, preguntó á los soldados de la división del general Rivero que halló en la Rioja: «*¿Cómo va, muchachos?—Muy mal, mi general, muy mal*», respondieron á coro los soldados; y por cariñosas preguntas pudo entonces informarse de que hacía más de dos meses que no recibían haberes. «*Pero qué*—prosiguió el general—*¿os faltará constancia para sufrir todo eso por la patria?*—y aquellos admirables soldados contestaban con entusiasmo : «*¡ Oh! eso no, mi general: por la patria hasta la muerte.*» Estas ó parecidas escenas se repetían con frecuencia. Divisiones enteras se quedaban días seguidos sin recibir el pan, empleando la mayor parte de las horas en las marchas, en los servicios de vigilancia y en los combates.

El amor de mi hermano por aquellos soldados no puede describirse. Muchas veces le asomaban las lágrimas al presenciar sus infortunios, inspirándole observaciones y juicios que poco después estampó por escrito en uno de los párrafos más elocuentes que creo yo hayan brotado de la pluma de un general, acerca de las condiciones y cualidades incomparables del soldado español. «No cedo, no—decía—á las sugestiones ó preocupaciones del orgullo nacional, cuando con una grande experiencia de la lucha en Navarra sostenida, y después de haber recorrido casi toda la Europa, afirmo con la resolución del más íntimo convencimiento y con la imparcialidad de un hombre ajeno á la vanidad de necias fanfarronadas, que el soldado español no tiene superior, no tiene semejante en la guerra de montaña, como no lo tuvo en otro tiempo y no lo tendría ahora en ninguna clase de guerra, si las circunstancias generales del país permitiesen á una mejor organización militar utilizar sus casi increibles cualidades físicas, sus heroicas prendas morales, y sobre todo, esa admirable docilidad, ese imperturbable buen humor,

esa incansable constancia, que ni el hambre debilita, ni la intemperie ni la desnudez enfrían, que no alteran, en fin, ni la derrota, ni ninguno de los reveses de la guerra: ente verdaderamente sublime algunas veces, siempre extraordinario, que ejecuta, corriendo más bien que andando, marchas tenidas por imposibles; que entretiene cantando las más apuradas privaciones; que se embriaga de entusiasmo al ver correr su propia sangre; que hace suya, personal, la causa por la cual pelea; á quien la desgracia irrita y no abate; á quien, por último, no arredra el escarmiento de tantos compañeros de fila que después de haber perdido un brazo ó una pierna, no tienen más amparo que la caridad pública, más alimento que el que mendigan por las calles, más abrigo de su desnudez que los miserables andrajos que una limosna les arroja; pues la patria en su pobreza no puede ni asegurar el sustento á sus mutilados defensores, ni regalarles al despedirlos, en memoria siquiera de la mucha sangre con que las empaparon, las destrozadas prendas del escaso vestuario con que vivieron y durmieron tres años» (1).

Enterado Almodóvar de la situación del ejército, y presenciando por sí propio tanta miseria, fácil era que representase con lúgubre pintura á sus compañeros de Gobierno el cuadro de la verdad y excitase á las Cortes á remediar nuestras necesidades. En continuas conferencias con el General en jefe, con Zarco, Oráa, Espartero y otros jefes del ejército, púsose del mismo modo al corriente de todas las cuestiones administrativas y estratégicas de aquella guerra especial, así como de la topografía del país, en su relación con el plan de los proyectos de fortificaciones y líneas que mi hermano meditaba ó realizaba. Para todos era esto conveniente, pues nada importa tanto al éxito de una campaña y á la buena ejecución de las operaciones como el mutuo acuerdo entre el General en jefe y el Ministro de la Guerra, que tiene que ser en el Gobierno el lazo que una al ejército con todos los elementos, las fuerzas y los intereses del país. Ligados á ellos por mancomunidad de planes y trabajos estaban Zarco del Valle, Aldamar, Oráa, Carondelet, Meer, Solar de Espinosa, Espartero, Tello, Ezpeleta, Bernuy y otras relevantes figuras de nuestro siglo.

En los primeros días de Enero de aquel año de 1836, cubiertas de nieve las montañas, con lodazales infranqueables los caminos, crecidos con avenidas impetuosas los ríos y torrentes, habíase reconcentrado el ejército en Vitoria y pueblos inmediatos. Encontrábase allí la legión inglesa, mandada por Evans, y la instrucción de sus batallones adelantaba, maniobrando con mucha precisión y solidez. Ocupaba aquella tropa cantones inmediatos á la ciudad; mas en sus relaciones con la población

(1) Memoria justificativa.

de los campos su disciplina dejaba mucho que desear, pues los legionarios trataban como á enemigos á los habitantes de los caseríos y pequeños pueblos, imitando así al ejército inglés en algunas de sus guerras regulares. La legión francesa, que gobernaba el general Bernell, y las divisiones de nuestro ejército, encontrábanse escalonadas en los diferentes caminos que desde Vitoria conducen á Guipúzcoa, Navarra, Vizcaya, la Rioja y Miranda, alternando entre todas para guarnecer á Vitoria. En Navarra, sobre Pamplona y Zubiri, el Barón de Meer vigilaba los movimientos contrarios, guardando las líneas, que contrariaban mucho al enemigo por los efectos del bloqueo y de la estrechez del territorio á que se le reducía cada día. La ribera de Navarra estaba bien cubierta por la caballería, acaudillada siempre con la misma actividad por el general Aldamar, y como reserva, situáronse algunas fuerzas en la derecha del Ebro, sobre la posición central de Logroño. Los efectos de las líneas se hacían sentir en el enemigo, que sufría mucho del bloqueo por la carestía del vino y del pan y la carencia de otros artículos de primera necesidad. La carne era lo único de que no escaseaba y de la que podía suministrarse abundantemente; pero tenía que encarecer bien pronto, porque el ejército se proveía también sin economía, interesado como estaba en que llegase á faltar en el país lo más rápidamente posible. Mientras el ejército estuviese así reunido en la posición central de Vitoria, amenazando á la Borunda y la Amézcoa por un camino, por otro á Guipúzcoa, en esta provincia á Oñate, corte del Pretendiente, y por otro á toda fuerza que intentara poner sitio á Bilbao, con las Castillas bien cubiertas, ninguna operación importante era posible á los carlistas, que morían de inacción y se consumían en querellas y rivalidades de provincias y de partidos. El llamado apostólico era incapaz de gobernar, y no permitía que los castellanos, como apellidaban á todo el que no era vasco, prevaleciesen en el ánimo de D. Carlos.

En esta situación, todo aconsejaba suspender por algún tiempo las operaciones. Anunciados por el Gobierno recursos cuantiosos para un plazo no lejano; pedida ya al país la quinta famosa de los 100.000 hombres, cuyos contingentes comenzaban á llegar al ejército; encargadas grandes remesas de paños para vestuarios, y en la creencia de que muy pronto lograrían la actividad y el crédito de Mendizábal levantar empréstitos que nos suministraran los armamentos, víveres y recursos en metálico, que cada día parecían más indispensables, la inacción del ejército en aquel mes y en el siguiente de Febrero debía reportar indudables ventajas de organización, que permitiría luego acometer al enemigo con grandes elementos y no menores probabilidades de buen éxito.

No fué esto posible; los amagos que dirigieron entonces los carlistas

sobre San Sebastián, quizá para forzar al ejército á penetrar en el interior del país, alejándose de sus bases de operaciones; la necesidad en que se vió mi hermano, para no comprometer la seguridad de aquella valerosa plaza, de practicar cuando menos una demostración á fin de atraer sobre sí al enemigo, y la de satisfacer de este modo y en cuanto



Don Fernando de Cotoner.

de él dependiese las continuas y apremiantes exigencias del Gobierno y de la opinión, que pedían siempre operaciones y victorias, obligáronle á emprender el ataque de las célebres líneas de Arlabán, que inspiraban al enemigo la mayor confianza, arrostrando todas las dificultades que ofrecían la estación, el terreno, la desnudez de las tropas y la escasez de elementos y de recursos. Propúsose al mismo tiempo fortificar á

Villarreal de Alava. Pero debo hacer constar que el general Córdova inició todas estas operaciones abrigando la seguridad de que nada decisivo resolverían.

Dispuesto todo, salió el ejército de Vitoria en tres columnas el 13 de Enero. Espartero al amanecer, reconcentrando sus fuerzas, marchaba decididamente á ocupar Villarreal, sobre el camino de Vizcaya. Bernell



DON RAFAEL ECHAGÜE.

Batallón de Chapelgorris. *(Fuerzas liberales.)*

y Rivero se dirigían al mismo tiempo por la carretera real de Francia, formando el centro del ejército. Con ellos iban el Ministro de la Guerra, Zarco del Valle, el Barón de Carondelet, el general en jefe y el cuartel general. La columna de la derecha, al mando del General inglés Evans, con su legión y unos cuantos batallones españoles, tenía la misión de observar á Guevara é interceptar las fuerzas enemigas que desde Salvatierra y la Borunda pretendieran reunirse con Eguía sobre Arlabán.

Como se ve, no pudieron los carlistas apreciar el objetivo del general cristino, y su incertidumbre se dió bien pronto á conocer. Las tropas marchaban entusiasmadas. El tiempo era frío, y la nieve caída días antes coronaba las alturas. Apenas llegamos al frente de las posiciones más elevadas, y cuando Espartero no había entrado todavía en Villarreal, que se encuentra á la misma altura, las fuerzas del centro desplegaron en varias líneas. A la izquierda del camino situáronse en masas de batallones el regimiento de la Princesa, y á su cabeza el coronel Narvaez. El regimiento del Infante, el de Mallorca y el 6.º Ligero formaban á retaguardia de la Princesa en línea de columnas de batallón, con el frente de compañías, y mandaba esta división el general don Felipe Rivero, á quien los batallones de la Princesa mostraban su impaciencia por verse lanzados contra el enemigo. A la derecha del camino formó en masas profundas de dos batallones, Bernell con su legión francesa, que siempre frío y sereno, manejaba su tropa tranquilamente y aplicaba en el campo los movimientos de la táctica con mucha precisión y pericia; recuerdo que aquellos jefes y oficiales extranjeros mandaban á los sodados paternalmente y estaban á su vez adorados por sus tropas. También Evans se encontraba ya en su puesto de combate, impaciente por romper el fuego con su brillante legión y con algunos cuerpos españoles, entre los cuales se distinguían los *Chapelgorris*, que mandaba con mucho crédito el comandante Cotoner, aquel compañero mío en la Guardia y en los lances, aventuras y amoríos de Barcelona, de quien hablé en los primeros capítulos de este libro. Cotoner era querido de todos, y mucho más de los ingleses, como tendré ocasión de decir más adelante. Fué el batallón de *Chapelgorris* uno de los magníficos cuerpos ligeros que con tanta frecuencia suelen constituirse en el ejército español. Ágiles y andadores hasta lo infatigable, altos y esbeltos, eran además serenos y valientes, tan buenos y seguros para mantener un vivo fuego á corta distancia, como firmes para sufrir ó dar con vigor cargas á la bayoneta, que no temían ni rehusaban jamás. Incansables en la fatiga, una marcha de ocho ó diez leguas no amenguaba en aquella tropa sus condiciones de energía ni su entusiasmo. El batallón tuvo 900 hombres, y oficiales de primer orden, como Echagüe, cuya sangre fría imperturbable le hizo pronto célebre en el ejército, y como Lersündi, Barcáiztegui y otros.

Los días eran cortos: los carlistas se presentaron en Arlabán, cuya altura está dividida con un barranco por donde penetra el camino real de Salinas, formando dos posiciones separadas en la misma línea. Desde que el enemigo nos divisó marchando por el camino de Francia, antes de llegar á la altura de Arroyave y en dirección de Villarreal por la carretera de Vizcaya, en Miñano, lanzó sus batallones de

todos los pueblos que en una y otra vertiente los abrigaban, para ocupar la cordillera, y no tardaron en coronarla, tomando con presteza y serenidad sus posiciones. Mi hermano no podía contener el ardor de las tropas, así francesas como españolas, y mandó atacar.

El movimiento se verificó de una manera simultánea. Espartero, ya cerca de Villarreal, dividió en tres su fuerte columna con una reserva, y avanzó; mas los carlistas, con el fin de concentrar más la defensa, abandonaron al pueblo sin sostenerlo con tropa alguna y se aglomeraron hacia el centro de su línea, mientras que Bernell acometía de una manera brillante, adelantando sus guerrillas, las fuertes y escarpadas posiciones en que el enemigo, además de contar con los obstáculos naturales del terreno, se atrincheraba en las obras de campaña hábilmente construídas en los últimos días, para defender el interior del país, y á Oñate, corte del carlismo y capital de su asolado territorio desde que Estella había sido ganada por nuestras armas. Contra la derecha liberal y la legión francesa empleó el enemigo gran número de batallones y una vigorosísima resistencia. Mas nada contuvo á nuestros soldados, que fueron tomando una por una todas las trincheras y posiciones, sufriendo también considerables pérdidas los cuerpos franceses, que sostuvieron en la jornada su antiguo prestigio conquistado en Argel, derramando generosamente por España la sangre de sus hijos.

Mi hermano, que se mantuvo durante la primera parte de la acción presenciando desde una altura de la derecha aquel triunfo glorioso, acudió entonces al centro á todo el escape de su caballo, acompañado ya de Bernell. Al pié de las empinadas posiciones de Arlabán, y sobre una planicie situada á la derecha del camino, se encontraba inmóvil todavía la división Rivero, y en primera línea el regimiento de la Princesa y Narvaez, dispuestos á comenzar el combate.

Jamás olvidaré aquella escena. Al presentarse mi hermano, resonó en todos los cuerpos gran vocerío, agitando los soldados los fusiles y los morriones, á pesar de estar situados al alcance del enemigo, de escucharse el silbido agudo de las balas y de haber ocurrido ya algunas bajas en las masas profundas de nuestros batallones. Sin detenerse corrió mi hermano á la Princesa, acompañado siempre de Bernell y de Narvaez, que salió á su encuentro.

—¡Soldados!—les dijo—¡vais á combatir delante de la legión extranjera y á mostrar cómo vencen ó perecen los soldados españoles!....

Pero ¡cosa extraña! á Narvaez, mientras D. Luis de Córdova pronunciaba aquellas frases, demudábasele el semblante. Por fin, como quien estalla, exclamó con voz vibrante y con los ojos inflamados de ardor y de expresión:

—¡Mi general, perdone V. E., pero ni yo ni mi regimiento necesitamos que se nos *jalee!*

Volvióse mi hermano á él rápidamente: no podré describir su mirada en aquel momento; pero le dijo con frialdad:

—Usía oirá en silencio y con respeto las palabras de su general.

—Y por el general y el amigo sabré morir—exclamó Narvaez—y dos manos se estrecharon con vehemencia en el instante mismo, se-



DON RAMÓN MARÍA NARVAEZ.

llando allí de nuevo una amistad profunda que nada entibió después, y terminando de este modo aquella corta escena, cuyos resultados pudieron ser muy otros, y quizá de grandes consecuencias para la suerte y el porvenir de España.

El regimiento de la Princesa fué lanzado al ataque. Era Narvaez hombre de corta estatura, de valor indomable, de pasión inmensa. En el peligro crecía algunas pulgadas; su voz era tan enérgica como dominante, y su voluntad de acero. Pocas palabras dirigía á sus soldados. Á éstos infundía su propio entusiasmo por el gesto, por la actitud y por la figura.

El regimiento avanzó, y á pesar de la bravura de la defensa y de los obstáculos del empinado terreno, la posición fué tomada casi á la carrera. A la mitad del camino una bala dió en la cabeza al valiente coronel y le derribó al suelo, en donde todos creyeron que había caído muerto. Una sola voz dió Narvaez: *¡Adelante!* y el regimiento, privado de su jefe, venció, llegando á coronar la posición enemiga. Bernell escribía después sobre aquella acción al Ministro francés: «*Rien de plus beau, que le colonel Narvaez à la tête de son regiment dans un jour de bataille.*» Corrió el general Córdova al lado de Narvaez, como si sus cuidados pudieran devolver la vida al amigo, al compañero de la juventud; pero la bala fué extraída aquella misma tarde, y la herida gloriosa no privó sino cortos días al ejército y á la patria de los servicios del bravo coronel llamado á tan altos fines (1).

El movimiento de la Princesa fué secundado á corta distancia por todo el resto de la división á que pertenecía, y tomadas así todas las famosas posiciones de Arlabán, estableciόse el ejército sobre el campo de batalla, rechazando sobre todos los puntos al enemigo, que acabó por retirarse á sus abrigos. Mientras tanto Espartero, después de ocupar á Villarreal, coronó el resto de la posición que había conquistado la Princesa, y no tardó en posesionarse de Salinas marchando en dirección de Oñate. Una de sus brigadas llegó hasta penetrar en Arama-

(1) Muchas ocasiones tendré en el curso de este trabajo de recordar hechos, episodios, actos y palabras del general Narvaez, de quien fuí íntimo amigo durante todo el curso de su vida, y con el que compartí los trabajos, las pesadumbres y las responsabilidades de la política por espacio de largos años. Todo el mundo sabe la influencia que después ejerció aquel hombre eminente en la suerte de España, y todos presienten el lugar que ocupará en la historia, por más que su memoria haya sido singularmente olvidada por la generación actual, sin que un monumento siquiera, debido á la nación, ó por lo menos á un partido, guarde las cenizas de una de las figuras más altas de este siglo. Pero muchos ignorarán seguramente que las pretensiones y ambición de Narvaez en la época que describo en este capítulo eran tan insignificantes y modestas, que tocaban en el límite de lo inverosímil y ridículo.

Ni la reputación que adquirió en la batalla de Mendigorría y en la conquista valerosa del puente del mismo nombre, ni su conducta después cerca del castillo de Guevara, ni la parte que tomó en Arlabán al frente del regimiento de la Princesa, ni su carácter, en fin, de que he dado buena muestra en el episodio anterior, hiciéronle presentir su futura suerte. Prueba es de ello el siguiente curiosísimo hecho.

Todavía no era más que teniente coronel del Infante, cuando animado con el apoyo que esperaba de su amigo el General en jefe, se le presentó un día en Vitoria con una solicitud pidiendo el retiro. Interrogado vivamente sobre el motivo que le impulsaba á tan extraña petición, hízole conocer que estaba cansado de la guerra y que toda su ambición se reducía á pedir después la *Administración de correos de Bilbao*. Su antiguo compañero de la Guardia recibió con risa imposible de contener aquella confidencia, y rompiendo la instancia de retiro, «toma el mando accidental del Infante, le dijo, y deja para otros de más pacífico carácter el deber de repartir cartas y despachar estafetas.»

En efecto, el que se represente á D. Ramón María Narvaez como teniente coronel retirado, desempeñando una Administración de correos y limitando á esto la ambición de su vida, no podrá menos de meditar acerca de las extrañas combinaciones que resultan entre los fines para que la Providencia reserva á los hombres y la absoluta ceguedad en que viven acerca de ellos.

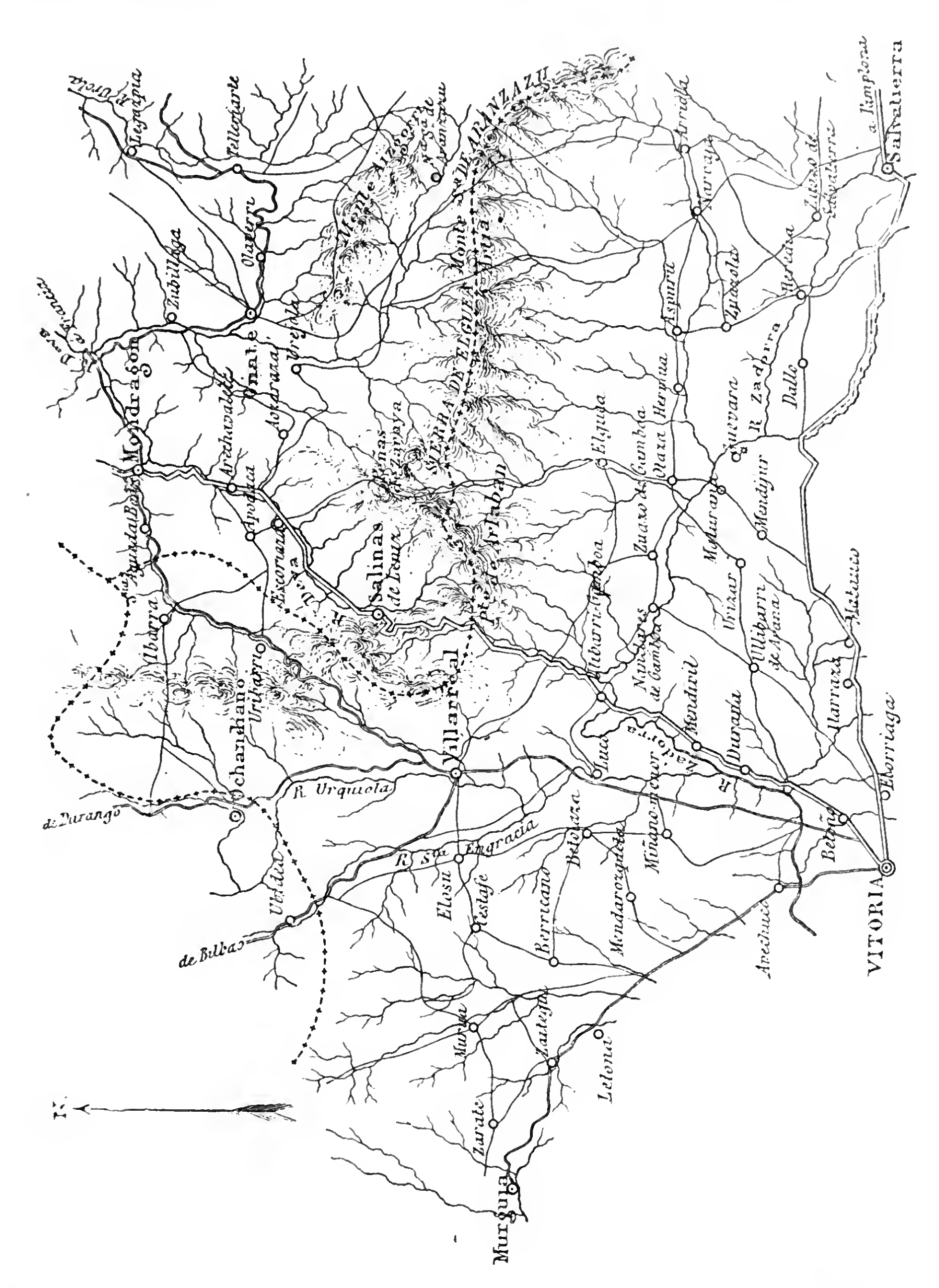
ñona. El camino era el más difícil que jamás había recorrido el ejército, y pude observarlo personalmente, pues tuve que llevar órdenes al mencionado general. Para llegar á Oñate no era necesario más que descender la cordillera y arrollar una tropa que ya carecía de moral y de espíritu para resistir.

La legión inglesa no tuvo ocasión de darse á conocer en esta acción general; mas en medio de aquel tiempo tempestuoso, la nieve que caía á grandes copos, y los ventisqueros que la arremolinaban en profundos abismos, molestáronla mucho en las posiciones que ocupó. En algunos momentos parecían próximas á desaparecer columnas enteras que desafiaban los elementos desde las más elevadas cimas de los Pirineos. Pero Evans dominó con sus fuerzas el camino de Salvatierra, cumpliendo exactamente las órdenes y la misión que se le confiara, es decir, la de inteponerse entre Arlabán y cuantas fuerzas pudieran llegar al socorro de los carlistas desde la Borunda. Sostuvo, no obstante, algunos pequeños encuentros, todos victoriosos. Los cazadores de Álava que tenía á sus órdenes rechazaron con los *Chalpelgorris* al enemigo en todos los puntos en que se presentó; el brigadier Chichester, con dos batallones, llegó á lanzarse contra los alaveses de Villarreal, y un batallón de Castilla, mandado por el teniente coronel Cabrera, operó unido con dos británicos, decidiendo del terreno con la fuerza de la bayoneta. El teniente coronel Churethil empeñó también con los granaderos Westminster otro combate, en el que los alaveses dejaron el campo.

Este día memorable terminó así, vivaqueando el ejército sobre las alturas conquistadas, y en algunos puntos sin leña siquiera para encender las hogueras que debían reanimar los entumecidos miembros de aquellos soldados, muchos de los cuales llevaban el pantalón blanco de verano, menos blanco en verdad que la nieve que por todas partes les rodeaba. En muchos cuerpos durmieron acostados los unos sobre los otros en confuso montón, para comunicarse mutuamente con el contacto algún calor.

Al día siguiente, habiendo comprendido Villarreal que la misión del general inglés se reducía á impedirle se uniera con Eguía y el grueso del ejército enemigo, dispúsose á marchar á los altos de Salinas por el puerto de Elguea, en donde se reunió el mayor número de fuerzas; pero el general Córdoba previno y frustró este movimiento haciendo que Espartero se corriera hacia el centro y operara su unión con la división de Rivero, que fué la primera en romper el fuego en la mañana del 17. Las fuerzas restantes ocupaban las mismas posiciones de la víspera. Espartero quedó en el centro. Eguía había perdido toda iniciativa, y los ataques que espontáneamente verificaron sus generales du-

rante todo el día sobre nuestras posiciones fueron constantemente rechazados, causando al enemigo considerables pérdidas, especialmente en jefes y oficiales, sobre los cuales el fuego de nuestros soldados se diri-



gió con preferencia, porque se hacían muy visibles sobre aquel terreno cubierto con una espesa capa de nieve. Por otra parte, la niebla era muy espesa, y aunque conocedor de la topografía del país y apreciador su Estado Mayor del terreno, ignoraba Eguía las aplicaciones de la tác-

tica á la fuerza que en tan crecido número de batallones manejaba. El frente y los flancos de nuestra línea, todo fué por ellos tanteado, pero todo en vano. Condujéronse allí los carlistas, debo confesarlo, con extremada bizarría en las ocho ó diez horas que duró el combate, pero en todas partes fueron rechazados.

Tales fueron las operaciones sobre Arlabán y la conquista de sus líneas. Conseguida ésta, dada satisfacción completa al país, que deseaba, como el Gobierno, combates y victorias, nada le quedaba que hacer al ejército sobre aquellas inhospitalarias é inhabitables cumbres. Mantenerse un día más en Arlabán, sin subsistencias, abrigos, recursos, leña, hospitales ni comunicacianes seguras, era imposible, y así lo reconocieron todos los generales y el Ministro de la Guerra mismo, ordenándose en su consecuencia la reconcentración sobre Vitoria y sus cantones. Los hechos dieron plena razón á mi hermano, pues de tales operaciones no se recogió sino gloria, pero ningún resultado práctico que mejorase la situación de la guerra. El problema quedaba siempre en pie: sin líneas fortificadas que fueran avanzando al interior del país y conquistando progresivas zonas, y sin fuerzas y elementos suficientes para guarnecerlas, la guerra no terminaba, y el enemigo se suponía vencedor por el hecho de volver á ocupar las posiciones de que había sido arrojado á viva fuerza, ante la necesidad en que se encontraba el ejército de replegarse á los pueblos para atender á las necesidades de su vida. Hasta la saciedad, hasta la exageración, con tenacidad incansable, con la insistencia más desesperada y firme, demostraba todo esto al Gobierno el General en jefe en sus conversaciones con el Ministro, en sus cartas particulares y en su correspondencia oficial. ¿Comprendiéronlo así sus hombres, ó siguieron persiguiendo, cual vana quimera, la definitiva batalla que todos los días reclamaban, en que debía aniquilarse y reducirse á pavesas á todo el ejército contrario en el espacio de algunas horas? Pronto lo veremos, y pronto comprenderemos también en qué razones se fundaba la dimisión que poco después presentó el general Córdova, insistiendo en ella durante largos y angustiosos meses de esfuerzos y de trabajos tan ímprobos como estériles é ineficaces.

Contamos en Arlabán entre nuestras pérdidas más sensibles la del capitán D. Fernando de Santiago, amigo íntimo mío, oficial de un valor y entusiasmo vehementes. Había recibido un balazo en la pierna izquierda, que por lo alto de la herida no pudo ser amputada. Otro ayudante de mi hermano, el comandante Calleja, fué también herido de gravedad. Abadía, Malibrán y otros tuvieron sus caballos heridos. El Estado Mayor del General en jefe pagaba en cada acción su tributo de sangre al arrojo y á la decisión.

Repuesto á los pocos días el ejército en sus cantones, hízose en aquel mismo mes de Enero un reconocimiento en fuerza sobre Villarreal, siendo por todas partes arrollado el enemigo sin emplear más tropas que las que teníamos sobre los cantones de este camino. Los carlistas quisieron mostrarse más fuertes cuando regresamos por la tarde á Vitoria, según su costumbre; pero una carga del brillante regimiento de húsares de la Princesa, que se distinguió mucho en aquella guerra, ganando las corbatas de San Fernando que ostenta en su estandarte, nos procuró mayor gloria, más número de prisioneros y demasiada circunspección en adelante de parte del enemigo, sobre el cual, como ya nadie dudaba, teníamos una superioridad decisiva en todos los terrenos que no fueran las gargantas de sus montañas.

Otro día inmediato se dirigió el cuartel general con el Ministro de la Guerra, que lo estaba inspeccionando todo, del lado del castillo de Guevara, fortificado ya por el enemigo, llegando nosotros hasta dentro de la zona batida por su artillería. Recuerdo que para aquella marcha me confió mi hermano el mando de todas las fuerzas destinadas á escoltar á los generales, y que cuando éstos se retiraban á Vitoria después de haber cumplido su objeto, ocurrió un incidente muy digno de mención porque dará á conocer el carácter terrible de aquella guerra.

Con el general Almodóvar habían llegado algunos jefes y oficiales encargados de su despacho, y que formaban su Estado Mayor. Eran excelentes aquellos jóvenes y vivían con su general en casa de mi hermano; pero su principal trato era con nosotros, los ayudantes. Una noche, hablando de las delicias de Madrid, manifesté yo el deseo de ir en posta á la coronada villa con el parte de una acción, añadiendo que mi hermano me había dado palabra de enviarme después de la primera batalla que ganásemos. Yo era joven, quizá estuviera enamorado en la corte, y quería darme la importancia de un oficial que entra en los salones con noticias victoriosas de un ejército en guerra.

—Mucho nos alegraremos—me dijo en tono jovial uno de los recién venidos; y añadió:—le daremos á V. una cruz de Isabel la Católica.

Picado yo, le contesté con sobra de presunción:

—Estoy acostumbrado á ganar las de San Fernando, y no aceptaría las que se conceden á los alcaldes de monterilla.

—Las de San Fernando—me replicó mi contrincante con aire burlón—se ganan fácilmente.

—¿Fácilmente? ¿Usted sabe cómo se gana la laureada?

—¡No he de saberlo!—me contestó;—batiéndose contra dos enemigos, por ejemplo; así la ganaré yo.....

Claro es que mi amigo sólo pensó en aquel momento en embro-

marme, explotando lo mucho que me había ofendido lo de la cruz de Isabel la Católica.

—Esos casos—le dije secamente para terminar el diálogo—se ofrecen pocas veces en la guerra.

Con estos antecedentes que ya el lector conoce, pero que por lo recientes no se habían borrado de mi memoria, quedéme aquel día del reconocimiento sobre Guevara á retaguardia de todas las fuerzas, con sólo una escolta de 25 caballos, compuesta de lanceros pasados del enemigo, soldados navarros de la montaña en su mayoría, y hombres todos de guerra y de condiciones extraordinarias. Me acompañaban algunos ayudantes, y entre ellos el de la cruz de San Fernando. Los carlistas, según su costumbre cuando nos retirábamos, nos seguían de muy cerca. De repente, uno de entre ellos, el más osado, se adelantó al galope de su caballo, y deteniéndose como á dos tiros de pistola, comenzó á insultarnos con grandes voces y aspavientos, blandiendo su lanza. Era un verdadero desafío á que nos provocaba.

—Dé usted gracias á la Providencia—grité entonces al ayudante del Ministro;—ella le depara á usted la ocasión de ganar la cruz laureada de San Fernando, pues aunque no son dos los adversarios, éste los vale y nosotros lo certificaremos.

Mas como el interpelado no se moviera en aquel mismo momento, llevando yo mi crueldad hasta el extremo,

—¡Curpín!—grité, dirigiéndome á mi ordenanza, otro lancero navarro, de fuerzas atléticas y bravo de corazón, que hacía tiempo estaba á mi servicio;—mata á ése, ó tráelo prisionero.

Curpín volvió su caballo, enderezó su lanza, colgóse el sable de la muñeca izquierda, y se arrojó sobre el carlista, que lo esperaba á pie firme. Entonces, con el pecho oprimido por la ansiedad, presenciamos un combate corto, pero terrible, un duelo á muerte, cuerpo á cuerpo, reproducción fidelísima de aquellos en que perecían los antiguos caballeros de la Edad Media. Dos ó tres veces se cruzaron ambos caballos á todo el correr de sus piernas, revolviéndose con presteza, y sin emplear los combatientes más armas que sus lanzas. Por fin, Curpín, más hábil ó más afortunado, logró atravesar al carlista con la suya, y recogiendo sus armas y caballo, me lo trajo, dejando al jinete tendido en el camino. Mucho se habló en Vitoria de aquel lance. Curpín recibió dos onzas por el caballo, que yo me reservé y que resultó ser muy feo, pero veloz, saltador y seguro, caballo que preferí á los míos, y que monté después en todas las ocasiones de peligro. Pronto veremos qué fin tuvo Curpín, aquel valerosísimo soldado.

No puedo acometer la enumeración de todas las operaciones que realizaron en los diferentes puntos del territorio ambos ejércitos, ni la

empresa de relatar las distintas acciones de menor importancia que se empeñaron y en las que nos fué siempre muy favorable la fortuna. Esto me llevaría lejos de mi propósito y del plan en que han de permanecer encerradas estas *Memorias*. Dejo á otros el cuidado de escribir la *Historia de la primera guerra civil*, empresa ya adelantada por los grandes y meritorios trabajos de compilación realizados por el señor Pirala y lo últimamente escrito por el Sr. Valera. El primero de estos dos solícitos escritores acogió, quizá con demasiada confianza, versiones contradictorias sobre los mismos hechos, insertándolas sin extremada depuración, aunque dando muestras de loable imparcialidad, y es lástima que el segundo siguiera paso á paso, sin muchas investigaciones nuevas, al Sr. Pirala. Pero dicho esto para justificar mi silencio respecto de todos los acaecimientos de la guerra que siguieron á la toma de las famosas líneas de Arlabán, dedicaré el resto de este capítulo á recordar algunas particularidades de la vida íntima y privada y de la existencia interior de aquel bravo ejército, tan digno de recordación para estas generaciones, y de eterna gratitud para los amantes de las libertades públicas.

Cuando entraba el ejército en operaciones generales, comenzaban las fatigas continuas, las marchas largas y diarias, las privaciones de todo género y los peligros de cada momento.

Empezaban los días con la maldecida *diana*, que era la señal conocida para que los equipajes y las municiones de boca y guerra se cargaran al lomo de las flacas y macilentas acémilas, que parecían deseosas de encontrar la muerte para hallar algún descanso. Después de aquel toque, no tardaban los tambores y cornetas en hacer resonar la *llamada* ó *asamblea*, que prevenía á los cuerpos el momento en que cada uno debía reunirse para comenzar la jornada. Desde aquel instante nadie desconocía los peligros que le esperaban; pero una larga vida de guerra había acostumbrado á oficiales y tropa á no temerlos, á no pensar en ellos. Rara vez se interrumpía el profundo sueño de las tropas no empleadas en el servicio de vigilancia, por los tiroteos continuos con que el enemigo nos favorecía cada noche en nuestros cantones y campamentos. Ni la presencia de los contrarios, ni los preliminares de un combate ó batalla sangrienta, alteraban el aspecto tranquilo de los soldados, acostumbrados á los riesgos diarios y á presenciar cada día cómo los compañeros más queridos pasaban de una vida llena de juventud y de esperanzas á la muerte más inmediata. Pero las marchas eran tan fatigosas por lo común, tan desprovistas de emociones é interés, trepando por riscos y montañas, cruzando valles, atravesando puentes, vados y bosques, salvando desfiladeros y recorriendo comarcas enteras absolutamente abandonadas, sin habitantes ni rastro alguno de civilización ni

de vida, que las batallas y combates más sangrientos servían al ejército como de distracción ó como accidente deseado, para cambiar algo de aquella monótona rutina en que cada hombre veía transcurrir los días y los meses sin otro agrado que el recuerdo de las familias y de los seres queridos. El servicio de correos era limitadísimo en aquella época; no pasaban de dos en cada semana los que podía aprovechar el público en toda la Península; mas no penetraba uno solo en todo el territorio dominado por la guerra. Así es que las cartas dirigidas á los oficiales y soldados esperaban siempre en los puntos de estafeta y capitales de provincia, á que los azares de la campaña llevasen á ellas á las divisiones, transcurriendo á veces meses enteros sin que esta circunstancia se produjera, y por lo tanto, sin recibirse noticia alguna de los parientes y de las afecciones. Esta particularidad principalmente, y la prolongación de la guerra, hizo que muchas familias de nuestros jefes ú oficiales casados se estableciesen en los pueblos y villas cerca de los territorios en que las divisiones de éstos operaban, corriendo con tal motivo aquéllas muchos peligros cuando estos puntos eran amenazados por el enemigo. Tal circunstancia hacía muy grata á veces la vida social del ejército cuando las operaciones le conducían á las ciudades, favorecidas por la presencia de numerosas y agradables familias, como Logroño, Santo Domingo de la Calzada, Calahorra, Haro, Lodosa, Lerín, Puente la Reina, Pamplona, San Sebastián, Irún, Bilbao, Miranda y Vitoria. De todas las capitales de provincia, era Bilbao la preferida del ejército, por su activo comercio y por los abundantes recursos con que proveía á todas nuestras necesidades. Aquella encantadora capital, en la que no se penetraba nunca sin alegría, ni se abandonaba sin pena, supo conquistar entonces de tal manera el afecto del ejército, que todos sus individuos estaban siempre dispuestos á defenderla y garantirla á costa de su propia sangre. Toda su población viril, y aun los ancianos, empuñaron las armas para rechazar las huestes del Pretendiente, constituyendo una milicia ciudadana cuya bravura y heroísmo se recordarán siempre en los anales contemporáneos. Algunas veces sus aguerridos batallones acompañaron al ejército en las empresas y en los combates lejanos.

Pamplona era en Navarra nuestra población favorita. Una hora después de la llegada de las divisiones bajo sus muros, los oficiales, cuidadosamente vestidos con sus mejores uniformes, llenaban los cafés y el lindo paseo de la Taconera, deseosos de encontrar en éste las mujeres de su predilección, ó de regalarse en aquéllos con ricos helados, café y licores, de que absolutamente se carecía en los pequeños pueblos de la montaña ó de la ribera. Los alojamientos y las facilidades que allí disfrutábamos eran singulares, mereciendo siempre de su población ruda,

honrada y obsequiosa, la mejor acogida. Cuando la guerra comenzó á regularizarse y las operaciones se hicieron en mayor escala, obligando al ejército á tener por base la línea del Ebro, la mayor parte de los cuerpos y el Estado Mayor frecuentaban y recorrían las principales poblaciones y villas de la Rioja. Haro, Lodosa, Alcanadre, Cenicero y muchas otras, servían de puntos de etapa á nuestras columnas, y en ellas pernoctaban, descansaban ó se reponían los regimientos de sus fatigas, por la necesidad de ocupar temporalmente posiciones estratégicas, de impedir ó destruir las expediciones carlistas intentadas contra el interior, ó por estar en aptitud de reforzar más pronto los puntos extremos de nuestras atenciones defensivas, en la expectativa de acometidas carlistas. En estas ciudades y pueblos de la Rioja castellana eran recibidas nuestras tropas con el cariño y entusiasmo que inspiraba la unidad de principios y la defensa de una misma causa. La mayor parte de los oficiales no tomaban boletas de alojamiento. Todos se establecían á discreción en las casas preferidas de sus particulares y anteriores conocimientos, y la excelente condición de sus habitantes era tal, que á los dos ó tres años de guerra llegaron á recibirnos como á individuos de sus propias familias, admitiendo á sus amigos aunque tuvieran otros alojados y se redujesen ellos á estrecha habitación, cediéndoles siempre las estancias más cómodas y principales. Patrones y alojados comían y vivían juntos, demostrando aquéllos constante desinterés y abnegación.

Las mismas apasionadas opiniones y conducta se formaron en los pueblos del interior de las tres provincias hermanas, aunque por diferentes causas y sentimientos. El ejército carlista era recibido en ellos con igual ó mayor entusiasmo que nosotros en Vitoria, en San Sebastián ó Bilbao. En los pueblos enemigos los hombres nos hacían guerra á muerte con las armas en la mano, y creo yo que las mujeres habrían concluído con todo el ejército liberal si en los rayos de sus hermosos ojos hallaran el poder de aniquilarlo. A toda expresión de galanteo contestaban sin piedad, con terribles desprecios y desengaños; y si alguno llegaba á propasarse ó hacía demostración temeraria, podía estar seguro de ser rechazado con indomable, varonil y superior esfuerzo.

Recuerdo que brillaba en Pamplona durante lo más crudo de la guerra una sociedad compuesta de la aristocracia navarra, tan escogida y elegante como la más distinguida de Madrid en los mejores tiempos del reinado de Fernando VII. Las familias de Guendulain, Bigüezal, Elío, Besoya y otras se unían por el parentesco y formaban entre sí una numerosísima familia, que residía en la ciudad á pesar de los peligros de las circunstancias, prestándola siempre una animación extraordinaria y contribuyendo con sus esfuerzos á mejorar la situación del

ejército, especialmente en todo cuanto se refería al cuidado de los heridos y enfermos y al entretenimiento de los hospitales.

La oficialidad, que, como se sabe, pertenecía en gran parte á las primeras familias del Reino, invadía durante sus permanencias en Pamplona los salones de aquellos nobles señores, que no olvidaban jamás para con nosotros las leyes de la hospitalidad y de la cortesía. Allí se constituyeron gratísimas tertulias en las noches interminables del invierno, olvidando cerca de las grandes chimeneas, y en torno de jóvenes bellísimas y amables, los peligros del día siguiente y las fatigas pasadas. Algunos afortunados regresaban de sus expediciones á Pamplona orgullosos y felices por haberse distinguido en la lucha y merecido elogios y recomendaciones de sus jefes, esperando los plácemes de las mujeres que cautivaban su pensamiento; porque debo advertir que en los corazones de aquellas valerosas navarras eran motivo de seducción poderosísima el denuedo y los hechos de la guerra distinguidos ó heroicos, más quizá que las diferentes condiciones de prendas personales á que se rinde por lo general el bello sexo. En aquellas reuniones, á que también asistían los generales y jefes con los señores mayores de edad, hablábase mucho de política, y todas las noches de la guerra, y como es común en casas españolas, se jugaba al tresillo, entretenimiento á que era aficionadísimo Espartero. Pocos viven de cuantos componían aquellas *soirées* aristocráticas de Pamplona; pero las hijas y nietas de nuestros amables huéspedes frecuentan ahora la sociedad más distinguida de la corte.

Ya he dicho cuál era, y será todavía sin duda alguna, la cualidad predominante de la mujer navarra. De las bilbaínas no olvidaré ni su conocida belleza, ni su educación esmeradísima, ni la apasionada y entusiasta fe con que mantenían las mismas opiniones liberales que sus esposos, padres y hermanos. Aquel sentimiento adquirió entonces una fuerza verdaderamente incalculable, y condujo á resultados eficaces para la causa de la Reina, pues se inculcó con tales y tan bellos ejemplos en el corazón de todos los habitantes de la ciudad, contribuyendo mucho á que su población viril la defendiera hasta tocar en los límites del heroísmo. Cuando llegaban á Bilbao convoyes de oficiales y soldados heridos, trocábanse sus mujeres, de animosas y batalladoras, en solícitas y tiernas enfermeras. En cambio, las mujeres del interior, si animadas del mismo indómito tesón para sostener las opiniones contrarias é impulsar á los suyos á la defensa de la causa carlista, eran de corazón menos sensible, distinguiéndose entonces como siempre las guipuzcoanas, así por sus virtudes como por la entereza del carácter, que les hace dominar muy pronto á sus amantes ó maridos y someterlos con facilidad á sus voluntades.

Natural era que el trato constante, la simpatía nacida de la igualdad en las ideas y de las aspiraciones patrióticas, los alojamientos y las facilidades que éstos procuran para intimar y crear sólidas relaciones, aumentase el número de enlaces entre los oficiales del ejército y las señoritas del país. Miraban aquéllos con indiferencia los riesgos del matrimonio, contraído en época temprana de la vida, y no les contenía siquiera la perspectiva de la muerte que cada día les esperaba en la aspereza de las sierras, sosteniendo una guerra tan empeñada y sangrienta. Es verdad que nuestros oficiales se veían por todas partes bien acogidos y muy solicitados. Para una joven de belleza, que podía aspirar á casamientos de primer orden, era una fortuna el enlace con un capitán; no se desdeñaba la mano de un teniente, y se hacían esperar las pretensiones de un alférez. Pero ninguno era despreciado en aquellas relaciones tan fácilmente contraídas, y en las cuales, debo decir, no entraban para nada los cálculos de la fortuna. Algunas preciosas riojanas conocí yo que entregaron con su mano, á simples oficiales sin más porvenir que el de su espada, bienes cuantiosos, pingües dotes y herencias patrimoniales. La guerra hacía fácil y frecuente el ascenso, y aquella juventud jugaba todos los días á una lotería cuyos premios, adquiridos por el valor y el heroísmo, trocaban pronto en jefes y generales á los subalternos menos ambiciosos. Así, repito, el cálculo, que entra siempre por poco en las familias españolas, no impidió enlaces desiguales de fortuna, que por otra parte fueron en algunos casos compensados, adquiriendo los favorecidos, y por la guerra misma, altas posiciones políticas y militares. Pero el bello sexo, apasionado y ardiente, contribuyó en no escasa medida á mantener en los hombres el valor y la decisión por la causa que cada uno defendía. El cobarde en el peligro, ó el indiferente ante la idea política, era despreciado por las mujeres; al cobarde llamábanle *falso* en la montaña; al indiferente cerrábansele en la ciudad todas las puertas; aquélla era la mayor injuria que podía recibirse, y ésta la medida de más rigor en un pueblo tan hospitalario. En todas nuestras luchas civiles la influencia de las mujeres ha sido inmensa, y algunas veces decisiva, recrudeciéndose cuando ellas han impulsado á la guerra á sus hijos y á sus maridos, y aminorando su violencia si lo evitaban.

He dado el primer lugar al bello sexo en este imperfecto cuadro de la vida íntima del ejército, por un sentimiento de galantería muy excusable, pero no ciertamente porque fuera ésta su afición más predilecta. La pasión dominante allí era la del juego. Cuantas órdenes se dieron en todas las épocas, y especialmente en la de mi hermano, para extinguirlo, fueron absolutamente ineficaces. Establecíase la *banca* en los cafés si los había, ó en los alojamientos más espaciosos, una hora después de la

llegada de las tropas á los puntos de etapa ó cantones. Allí acudían presurosos los innumerables aficionados á estas emociones, y en los pueblos donde el local faltaba por completo, se ocupaban las sacristías de las iglesias, empleándose sin reparo para los naipes las torneadas y antiguas mesas en que se colocan los objetos del culto y las vestiduras de los sacerdotes. Aquellas reuniones, comenzadas ordinariamente en las últimas horas de la tarde, terminaban casi siempre al toque de asamblea del siguiente día, cuando los oficiales se veían obligados á reunirse con su tropa para emprender una marcha ó comenzar un combate. No acertaré á decir á qué horas dormían los más asiduos al juego, ni cuáles empleaban en comer. Los fieles asistentes acudían al local de las partidas con los manjares que ellos preparaban en los alojamientos; y en cuanto al sueño y al descanso, muchas veces ví en aquella guerra á oficiales profundamente dormidos en los momentos mismos de una acción, aprovechando los instantes en que no combatían, ya por estar sus tropas en reserva, ya por encontrarse inactivos después de ganar al enemigo, con pérdidas crueles, alguna posición culminante. Así, parecía que el combate era un accidente muy secundario de la vida, que ni impresionaba ni encerraba grande importancia. En algunas retiradas ó derrotas se apoderaron los carlistas de cantidades considerables al despojar los cadáveres ó prisioneros de cuanto llevaban sobre sí, ó de lo encontrado en las maletas de los que habían realizado ganancias cuantiosas en noches anteriores. El desprecio de la propia vida, y la inseguridad de conservarla ante el riesgo del día siguiente, son los mejores auxiliares de ese vicio que se desarrolla siempre en los ejércitos al prolongarse una campaña, por el hábito ó el gusto de arriesgar cuanto se posee.

Muchos ejemplos podría citar en apoyo de esta afirmación; pero me limitaré á los que escuché varias veces de labios del general Castaños, que solía narrar con gracia inimitable los episodios y particularidades de la guerra que mantuvimos contra los franceses, bajo Carlos IV, en los Pirineos, y en la que nuestro célebre caudillo mandaba ya el regimiento de Africa con grandísimo lucimiento. El juego estaba en aquel ejército tan admitido y tolerado, que se *tallaba al monte* en el mismo cuartel General del general en jefe, admitiéndose en él á los jefes y oficiales de todas graduaciones y á los caballeros cadetes, á quienes se consideraba para ello como á oficiales. Manteníase la disciplina en el ejército con todo el rigor de la ordenanza, aun para las ocasiones y conversaciones más familiares del juego, devolviéndose unos á otros los tratamientos que les correspondían, cual si se tratara de los actos del servicio.

—Excelentísimo señor—decía una noche un brigadier á un teniente

general que llevaba la *banca*—V. E. me permitirá que tenga el honor de observarle que he ganado tres onzas en la sota del *gallo*.

—Señor brigadier—contestaba el general con los más finos modales—me parece que la puesta de V. S. la verá satisfecha de aquel lado de la mesa, cerca del capitán de Guardias Españolas, coronel Conde de.....

Una noche, al decir de Castaños, el general en jefe fué desbancado hasta cuatro veces por un Marqués, Grande de España y capitán del regimiento de Ultonia, el cual reemplazó como banquero al general. Al amanecer dejó aquella oficialidad los naipes para acudir á las peripecias de la batalla de Irún, en la que el futuro vencedor de Bailén recibió una gravísima herida en la cabeza, que por espacio de siete años le ocasionaba frecuentes síncopes, el último de los cuales le acometió en casa de la Condesa de Benavente, ocasionando, por cierto, que los médicos de la ilustre dama extrajeran al glorioso soldado algunas esquirlas, y que con esta operación sanara. En los cuerpos que acompañaron al Príncipe de la Paz á su tristemente célebre campaña de Portugal cundió de tal manera la indisciplina con respecto del juego, que las clases de tropa en algunas columnas asistían á estas reuniones mantenidas por los oficiales, quienes dejaron lado en cierta ocasión al tambor mayor de un regimiento para que llevase la *banca;* viéndose en otra á un simple soldado abrirse camino por entre una cuádruple fila de oficiales y jefes, *copar* á una carta más de cien onzas de oro que había sobre la mesa, ganarlas, y recoger tranquilamente y sin emoción alguna el dinero que se disputaban momentos antes sus jefes naturales.

En el ejército del Norte los habituales depositarios de las pagas y de los fondos pertenecientes á los oficiales eran los asistentes. Si hubiera de enumerar las cualidades de estos inapreciables servidores en el ejército español, y especialmente en tiempo de guerra, necesitaría quizá todo un capítulo de este libro. Á un servicio inteligente, asiduo y cariñoso de todos los instantes, suplían entonces con su crédito personal, no se sabe cómo, la falta de dinero en que el oficial se encontraba muy frecuentemente, meses enteros. En los cantones ó en guarnición, si era el oficial casado y con hijos, cuidaba el asistente de los niños cual la más solícita criada, asistiéndolos en sus enfermedades, durmiéndolos en sus brazos, llevándolos á los paseos, é inspirándoles un cariño siempre recompensado en igual moneda, hasta un límite extremo y entrañable. En nuestros alojamientos nos procuraban con afán constante la mejor comida posible, preparándola en la cocina con avíos y condimentos inesperados que se procuraban de la patrona sin saber cómo ni por dónde, imitando muchos al viejo soldado del cuento, que se propuso guisar una sabrosa cena con peladillas del camino, después

que la huéspeda asombrada le hubo proporcionado buenas magras de jamón, ricos chorizos y numerosos tropezones de tocino, longaniza y menudillos, que acompañaban en la sartén á las lisas y blancas piedrecillas.

Durante las marchas, cargados con todos los objetos necesarios á sus amos, con las buenas monedas de oro ganadas por éstos en la *timba* de la víspera, que escondían en calcetines viejos y guardaban en los más recónditos bolsillos ó forros, muchos ocultaban cantidades importantes de sus propios *señoritos*, con las cuales les sorprendían agradablemente en los días de los grandes apuros, constituyéndose así voluntaria y espontáneamente en honrados administradores de la fortuna de sus amos. Cuidaban siempre con gran esmero de sus equipajes, poniendo á contribución, para el trabajo de composturas y remiendos, á las patronas y sus criadas; y cuando carecían de estos medios, veíaseles lavar la ropa blanca, zurcir los pantalones, reparar el claveteo del calzado recomponiéndolo á su manera, convirtiéndose, según las necesidades de cada día, en zapateros, sastres, sombrereros, costureras, etc. En los momentos de las grande fatigas se encontraban siempre á nuestro lado, apagando nuestra sed con la bota que oportunamente llevaban consigo, ó con el agua recogida del más próximo arroyo ó manantial, que descubrían en todos los campos con instinto maravilloso. En lo más crudo de las acciones asistían constantemente á los amos en los puntos de mayor peligro, y peleaban denodadamente á su lado. Son innumerables los casos en que los asistentes han salvado á sus oficiales heridos en los campos de batalla, cargándolos sobre sus espaldas al verlos caer exánimes, conduciéndólos así, á costa de grandes fatigas y peligros, á los hospitales más inmediatos y constituyéndose en seguida en enfermeros inapreciables. En estos casos frecuentísimos, de que podrán certificar cuantos oficiales españoles hayan hecho la guerra por algún tiempo, estos incomparables asistentes se han hecho superiores á todo elogio y dignos de la mayor admiración y agradecimiento. En otras ocasiones, si el oficial caía prisionero de guerra, desertaban del ejército y se entregaban al enemigo para sufrir la misma suerte. ¿Podrían encontrarse ejemplos de abnegación más generosa?

Pero estas cualidades admirables han sido para muchos fuente inagotable é inesperada de prosperidad y de fortuna. Narvaez conservó siempre á su lado, y aun emigrado en París, á su fiel asistente Bodega. Sentábalo muchas veces á su lado en la mesa, comiendo juntos en los *restaurants*, y llevábalo al teatro de la Ópera italiana, haciéndole ocupar una butaca inmediata. Juntos aprendieron el francés con un mismo maestro, y era tan conocido de la emigración el leal asistente, que todos los españoles sabían á quién pertenecía la tarjeta que con el simple nombre de

Bodega dejaba en las casas de los amigos de su amo. Todo el que ha visitado la casa de la noble Marquesa viuda de Villavieja ha conocido al fiel Sánchez, antiguo ordenanza de su marido el general D. Luis Hurtado de Zaldívar, después su ayuda de cámara, y últimamente el mayordomo y hombre de confianza de la casa, donde falleció hace algún tiempo, cargado de años y servicios, y siendo su muerte muy sentida de todos, y especialmente de los hijos del general, á quienes familiarmente tuteaba. El Marqués del Duero mantuvo en su portería por largo tiempo á su asistente, amputado de un brazo; y citaré, por último, para no hacer enojosa esta relación, al valeroso, honrado y fiel Cesáreo Orbea, que aun vive prestando valiosos servicios como alguacil de uno de los Juzgados de esta corte, y que sirvió durante treinta años al anciano general Zarco del Valle, asistiéndole en los últimos tiempos de su gloriosa vida con una solicitud incomparable. Los que han criticado en la prensa periódica y pretendido abolir en el ejército el servicio de asistentes, desconocen lamentablemente la vida interna de la milicia y dan pruebas de singular inexperiencia al combatir una costumbre de que no se podrá nunca prescindir, que en nada perjudica al Estado, sino antes bien lo beneficia, estableciendo estrechos lazos entre el oficial y las clases inferiores. Los asistentes en algunos cuerpos prestan una parte del servicio de plaza, asistiendo á las formaciones, paradas y ejercicios durante la paz, y en la guerra pelean al lado de sus oficiales, escoltan los equipajes, enfermos y heridos de las divisiones á que pertenecen, y forman una fuerza de retaguardia, algunas veces necesaria. En 1834, un grupo de asistentes, que no pasaba de 50 hombres, escoltando los enfermos de una columna, defendió victoriosamente la venta de Urbaza en la sierra de Andía contra una parte de la facción, mandada por Zumalacárregui en persona, salvando con valor los objetos é intereses puestos á su cuidado.

Ya he hablado en este mismo capítulo de Curpín, uno de mis ordenanzas, y de sus altos hechos de armas; pero reservaré una página todavía para dedicar igual recuerdo á otros valerosos soldados que constituían la escolta habitual de mi hermano, formada y compuesta de navarros pasados á nuestro campo, como ya en otra parte dije. Aquel núcleo se formó con la presentación de dos carlistas cierta noche de otoño, encontrándose el cuartel general en Artajona. El oficial de una de las avanzadas los trajo al alojamiento de mi hermano en ocasión en que terminábamos de comer. Quiso verlos el general é interrogarlos para saber algo respecto del enemigo, y les mandó pasar. Ambos se presentaron con marcial continente, y sin desconcertarse se quitaron las boinas.

—¿En qué regimiento servías?—preguntó mi hermano á uno de ellos.

—En el 1.º de lanceros de Navarra, señor—contestó.

—¿Y por qué te has venido á nuestras filas?

—Porque los carlistas no pagan, dan mucho palo, y los jefes son falsos.—Falso, en el lenguaje navarro, significa cobarde.

—¿Cómo te llamas?

—Curpín—contestó el que había dejado de ser carlista.

—¿Serás fiel á nosotros?

—Sí, señor; si no, no hubiera venido.

—¿Y tú, cómo te llamas?—preguntó mi hermano al otro.

—¿No ha oído usted hablar del trompeta de Olite?—le contestó éste.

—No—respondió mi hermano.

—¡Cómo! ¿no ha oído usted hablar del trompeta de Olite?—insistió como un hombre verdaderamente asombrado.

—Hombre, no; ¿cómo te lo he de decir? No..... me ha sido presentado—añadió el general dirigiendo á sus ayudantes una sonrisa.

—¡Pues yo soy el trompeta de Olite!

El trompeta de Olite era un navarro, tipo verdadero del hombre de guerra de este país. Alto, nervioso, robusto, de color subido, más por lo copioso de la bebida que por la naturaleza; de ojos saltones, y colorado el blanco de ellos; con expresión singular de bravura, y como pudimos ver después, valiente, y más que valiente, temerario. Era conocido en la ribera con este apodo, porque nacido en Olite, tocaba la trompeta en todas las procesiones, corridas de toros y novillos, y frecuentando todas las tabernas de la ribera, era también en ellas temida su navaja como una de las primeras del país. Curpín era otro tipo semejante, más ilustrado y civilizado. Hermoso hombre por su actitud y gallardía, era pendenciero y rasgaba la guitarra. Cuando bebía, nadie se ponía delante de él. Estos dos soldados, á quienes se dieron desde aquel día seis reales, ración diaria de todo, y hacían su servicio al lado del general en jefe, fueron la base de los veinticinco de la escolta, y lo hubieran sido de todo un regimiento si las operaciones nos hubiesen mantenido en Navarra y su ribera.

Muchos otros desertores pertenecientes á la infantería vinieron por la influencia de los dos primeros; pero todo el regimiento carlista de lanceros habría pasado á nuestras banderas por las excitaciones de Curpín y del de Olite, si hubiéramos permanecido más tiempo en el país, porque á su influjo se añadía el de otro antiguo carlista muy conocido en aquella época en el ejército y después en Madrid.

Me refiero á Miguel Ecarte, designado en aquella época con el apodo de *Miguelón*, y distinguido en Navarra durante toda aquella guerra por el más rudo, el más bravo y el más noble corazón que alentaba desde el Ebro á la frontera. Su historia merece ser conocida y consignada.

Natural de no recuerdo qué pueblo de la montaña, era alto, quizá pasaba de los siete piés, ancho en proporción, de fuerzas colosales y de agilidad sorprendente. Desde que estalló la guerra en la montaña abandonó su casa y su labranza, y se alistó como voluntario realista en las filas del 4.° batallón navarro. Admirado allí por su valor y serenidad en los combates, su extraordinaria sangre fría, su inteligencia clara y su increíble resistencia para soportar toda clase de fatigas, de que daba continua muestra, fué pronto elegido como ordenanza de Zumalacárregui, á quien sirvió de inteligente y seguro guía en muchas partes del territorio, hasta que entre Zúñiga y Valdelana, después de la acción de Arquijas, cayó prisionero con algunos otros que por orden de Zumalacárregui exploraban el terreno y los movimientos de nuestros batallones. Presentado á mi hermano aquella noche en Mendaza, le dijo éste:

—¿Conoces la suerte que te espera?

—No, señor.

— Pues mañana serás fusilado.

El navarro hizo un movimiento de suprema indiferencia y contestó:

—¡Y qué le hemos de hacer, señor!

Pero mi hermano no quiso que pasara la noche bajo la impresión de su próxima muerte.

—Anda—le dijo, después de algunas preguntas—véte á la cocina, pide de comer y duerme tranquilo, porque yo no fusilo á nadie.

Desde aquel día Miguel Ecarte consagró al general Córdova una abnegación, un cariño y una fidelidad entusiasta y ciega. Su gran corazón se sintió atraído por aquel otro corazón no menos valeroso, y fué imposible ya separar á Miguel de su general, un solo instante. Constituyóse desde el siguiente día en su ordenanza, guía y asistente, que para todo servía. Seguíale como su propia sombra por todas partes; dormía muchas veces atravesado á la puerta de su cuarto; teníale siempre la brida del caballo al montar ó desmontar en los pueblos, y durante las marchas le precedía constantemente á distancia de cuatro ó seis pasos, cualquiera que fuese el aire del caballo ó la distancia recorrida. Pagóle el general sus servicios con un destino muy de su gusto, dejando á su cuidado las cargas del equipaje, los papeles y el dinero; poco después, sin desatender estos cuidados, tuvo el de recibir las raciones que correspondían al cuartel general bajo la protección del cocinero, que era un francés estrafalario conocido en Pamplona bajo el nombre de *Pierre le fou*, y á quien un día quiso matar, no sé por qué razón.

Este negociado de las raciones era importante. A las que correspondían á mi hermano se agregaban las que tenían derecho á recibir los muchos oficiales que con él vivían y los soldados que comían en la casa.

No beneficiaba ninguna Miguel Ecarte; esto le estaba prohibido, pero disponía de los muchos sobrantes en su beneficio. Tenía el navarro un estómago sin fondo; comerse un cabrito ó medio carnero, después de haber engullido un solomillo de vaca y medio cochinillo, era cosa que con frecuencia hacía; pero beberse diez, doce y hasta diez y seis pintas del buen vino de Puente, Mendigorría ó Estella, estaba ya en sus costumbres y diarias necesidades, que podía satisfacer desempeñando el cargo de que hablamos. Curpín y el de Olite, en su calidad de orde-

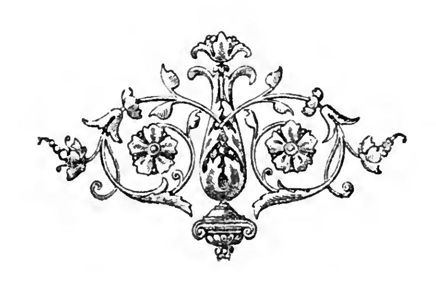


Miguelón, CURPÍN y *El trompeta de Olite.*

nanzas míos, para cuyos puestos ellos mismos se habían designado también, empezaron por ingerirse en estas suculentas comidas como convidados, acabando por recibirlas como de derecho.

Abandonado por mi hermano el mando del ejército, siguióle *Miguelón* á París, donde le acompañó hasta su regreso á Madrid. Ya en aquellos días sentíase el navarro presa de invencible nostalgia. Parecía que las ciudades le pesaban cual si las tuviera sobre el pecho, y su excursión por el extranjero sólo sirvió para avivar en él el amor á la vida alegre y

libre de la guerra. Vagaba por las calles de la capital como si no encontrase en ellas aire suficiente para alimentar sus pulmones enormes. Siguió, no obstante, á mi hermano en su viaje por Andalucía, y cuando después de los sucesos de Sevilla tuvo aquél que emigrar á Portugal en 1838, enviómelo á Madrid, donde bien pronto me suplicó que saliéramos para el Norte á continuar la campaña. No pudiendo yo por mi parte complacerle, lo recomendé al general Oráa, y así pudo Ecarte volver á sus montañas y á su necesaria existencia. Terminada la guerra, fallecido mi hermano, volvió Miguel á mi casa; pero como me dijera constantemente que él necesitaba *el monte*, le procuré á poco un buen destino en casa del Marqués de Salamanca, como guarda mayor de su posesión de los Llanos en Albacete. Allí continúa el benemérito soldado, con la cabeza blanca por los años, pero con el alma tan joven y serena, tan noble y generosa, como el día en que una amenaza de muerte no le hizo en Mendaza palidecer ni temblar. Con su inseparable escopeta al hombro, su constante vigor y su cinta roja y amarilla de la cruz laureada de San Fernando que ostenta en su grueso chaquetón, es conocido y apreciado de cuantos visitan la finca del noble Marqués; y cada dos ó tres meses viene á Madrid con el exclusivo objeto de visitarme en mi casa, donde encuentra siempre recuerdos de tiempos mejores, un lugar en mi mesa y la mano de un viejo compañero.





Don José Gutiérrez de la Concha.

CAPITULO XVIII.

El invierno en Vitoria.—El actor Farro.—Su casa-fonda.—Una comilona inglesa y un discurso de Cotoner.—El cuartel general de mi hermano.—Osuna.—Javalquinto.—Campo Alange.—Ros y Escosura.—D. José de la Concha.—Moriones.—Nuestros paseos y expediciones.—Una emboscada.—La muerte de Curpín.—Mi reto al tercer batallón navarro.—Una carta á D. Joaquín Elío y su contestación.—Las crudezas del invierno.—Estado de la guerra.—La acción de Orduña y la muerte del coronel D. Pedro Regalado Elío.—El regimiento de húsares de la Princesa.

En Vitoria, donde pasamos algunas temporadas de aquel largo invierno, se bailaba y se galanteaba todas las noches, y la música improvisada de un piano ó de cualquier otro instrumento, incluso la popular y prosaica guitarra, se confundía á veces con el estampido del cañón que resonaba en los cantones fortificados inmediatos, ó con el tiroteo de los puestos avanzados, á escasa distancia de la ciudad. Los oficiales que no jugaban, y éstos eran siempre muy contados, pasaban las noches en tales reuniones, que general-

mente terminaban de manera algo brusca, en los pésimos cafés que entonces existían en la capital de Álava, ó en un teatro de mala muerte, ocupado las más veces por compañías de *la legua*, y en aquella ocasión por la de un actor llamado Farro, muy inteligente y de la propia escuela y época que Carlos Latorre y Julián Romea. Aquel digno intérprete de Moratín y Calderón explotaba también una casa-fonda destinada á dar grandes comidas, y excusado será decir que, ni con el teatro, ni con las comidas, lograba el buen Farro cuantiosos beneficios. Una noche, célebre sin duda en los fastos de Vitoria y de la casa-fonda por haberse reunido en fraternal banquete toda la oficialidad de la legión inglesa, me encontraba yo con algunos compañeros en el teatro, discurriendo con ellos por entre los mugrientos y ruinosos bastidores del escenario. Farro andaba descuidado en su papel de primer galán. Su mujer era la dama joven, aunque su cara, ya bastante injuriada, mostraba lo contrario.

—Señor Córdova—me decía Farro—los ingleses tienen esta noche gran comida, y ya llevan cuarenta y ocho botellas despachadas. Esto va bien y la noche promete.

Y cuando más se ocupaba en celebrar el número de las botellas y aquel inusitado triunfo, recibió otro aviso urgente.

—Señor Córdova, ¡ya son sesenta, y no han entrado en los postres todavía!

—¿Podremos asistir sin ser vistos á esa cena de Baltasar?—le pregunté.

—Nada más fácil—me dijo el actor acabando de arrancar su peluca, aunque sin quitar de sus mejillas el almazarrón que le servía de fino y delicado colorete.

Y concluído el bolero, que no perdonábamos nunca, porque la protagonista era graciosa y amable, nos encaminamos Casasola, Cumbres Altas y yo á la fonda, que también servía de residencia y hospedaje á Farro, con su flamante compañía de verso. De larga distancia y en el silencio de la calle, comenzamos á oir los vigorosos *hurras* de los ingleses y los taponazos del champagne. El número de sesenta se había aumentado, y cuando llegamos á nuestro puesto de escondite pudimos presenciar el cuadro más pintoresco del mundo. Hasta treinta ó cuarenta generales, jefes y oficiales habría en la gran mesa, incluso Evans, todos con elegantes uniformes colorados, con las caras tan encendidas como las casacas, los ojos chispeantes y la voz temblona. Estaban en los brindis: la reunión llegaba al punto álgido del entusiasmo. Después de los discursos de los más graduados, que por ser dichos en inglés no entendimos, tocóle el turno al comandante D. Fernando Cotoner, de los Chapelgorris, único español invitado. Ya muchos estaban recostados sobre la mesa, y otros dormían debajo de ella. Cotoner era allí el

único sereno, y en quien las botellas de Farro no habían producido perturbación sensible. Desde nuestra juventud, en Barcelona, conocía yo su resistencia en ésta como en todas las lides, acostumbrado sin duda á mantener aquéllas con los ricos mostos de Bañalbufar. De pie, con la copa en la mano, arrebatado como la grana, con los ojos brillantes cual dos carbunclos, y con ese acento marcadamente mallorquín que jamás le ha abandonado, decía á los ingleses en correcto español, sin que su auditorio le entendiera una sola palabra:

—Señores borrachones (*Aplausos y hurras*), sois unos valientes para batiros, pero poco temibles cuando se trata de trincar. ¡Vais á pagar á Farro mucho vino! Estáis todos muy malos..... (*Hurras y aplausos*). Sostenéis mejor en el campo que en la mesa el honor británico (*Mayores aplausos y hurras*). Saludo á la bandera inglesa.....—Y como al llegar á este punto quisiera el valeroso mallorquín mezclar en su discurso algunas frases inglesas que había aprendido recientemente, atragantáronsele en la garganta, y puso fin al discurso, y los ingleses á la comida, dejando á buen número tendidos en aquel campo de batalla hasta el siguiente día, y á Farro entusiasmado, pues habían consumido cerca de cien botellas, cuando él, en sus cálculos más ambiciosos, sólo contaba con sesenta.

El cuartel general de D. Luis de Córdova se aumentó en aquella época con muchos oficiales distinguidos que llegaron al ejército con el deseo de sostener personalmente los derechos de Doña Isabel II. El General en jefe necesitó también aumentar el número de sus ayudantes, por las crecientes necesidades del servicio.

Además de Osuna y de Javalquinto, se encontraban allí los tres hijos del Conde de Puñonrostro. En el ejército adquirieron reputación merecida, y siempre han mantenido muy alto el valor que heredaron de su ilustre padre, que sirvió distinguidamente en la guerra de la Independencia, asistiendo á sus principales batallas, que muchas veces oimos referir de sus labios. Ayudante era el Conde de Campo Alange, que iba siempre en busca de ocasiones para ilustrar más un nombre que sus antepasados habían elevado tanto. Don Antonio Ros de Olano, tan buen soldado como escritor distinguido, llevaba asimismo los cordones, y dejábalos para ponerse de capitán ó comandante al frente de una compañía ó batallón, empeñado ya el fuego, si faltaban sus jefes naturales. Patricio Escosura reunía á iguales condiciones un inmenso talento, una popularidad merecida y una gracia que, tanto en el tedio de las marchas ó del cantón, como en las emociones de la batalla, mantenían el contento y la alegría de cuantos se le acercaban. Su valor era igual en todos los terrenos y casos. Pudo demostrarlo incontestablemente en Pamplona, casándose

con una señorita distinguida, de quien estaba enamorado, y poseyendo sólo aquella noche tres duros, de los que entregó dos á la criada para sostener sus obligaciones, guardando el tercero al montar á caballo y entrar en fuego al amanecer del día siguiente. Su cara revelaba una situación que se complacía en agravar con propias burlas, enumerando los días de marchas y fatigas que le esperaban, con la paga del mes ya percibida y gastada. Abadía era el amigo de todos; hijo del general del mismo nombre, parecía en el peligro tan afable y simpático como en el piano, que tocaba como un maestro consumado. Fué asimismo ayudante de mi hermano D. José de la Concha, cuyos hechos revelaban ya en 1836 el alto porvenir que le esperaba, y que ganó poco después en Arlabán una de sus cruces laureadas de San Fernando. Figuraba también á sus órdenes el comandante Huet, primo del general Zarco del Valle, que había servido en Filipinas y que se distinguió en muchos combates. De Malibrán y Santiago sólo diré que murieron gloriosamente sobre el campo de batalla, y que su memoria se ha mantenido en mi corazón al través de los años. También se encontró á las órdenes de mi hermano el teniente coronel Moriones, padre del general que en esta última guerra ha llegado á teniente general y obtenido el título de Marqués de Oroquieta. Aquel valeroso oficial fué ayudante y favorito de Mina, y su compañero en la emigración; pocos conocí en el ejército que le igualaran en bizarría ni en honradez y en el conocimiento del terreno y de la guerra. Mi hermano le tuvo en alto aprecio.

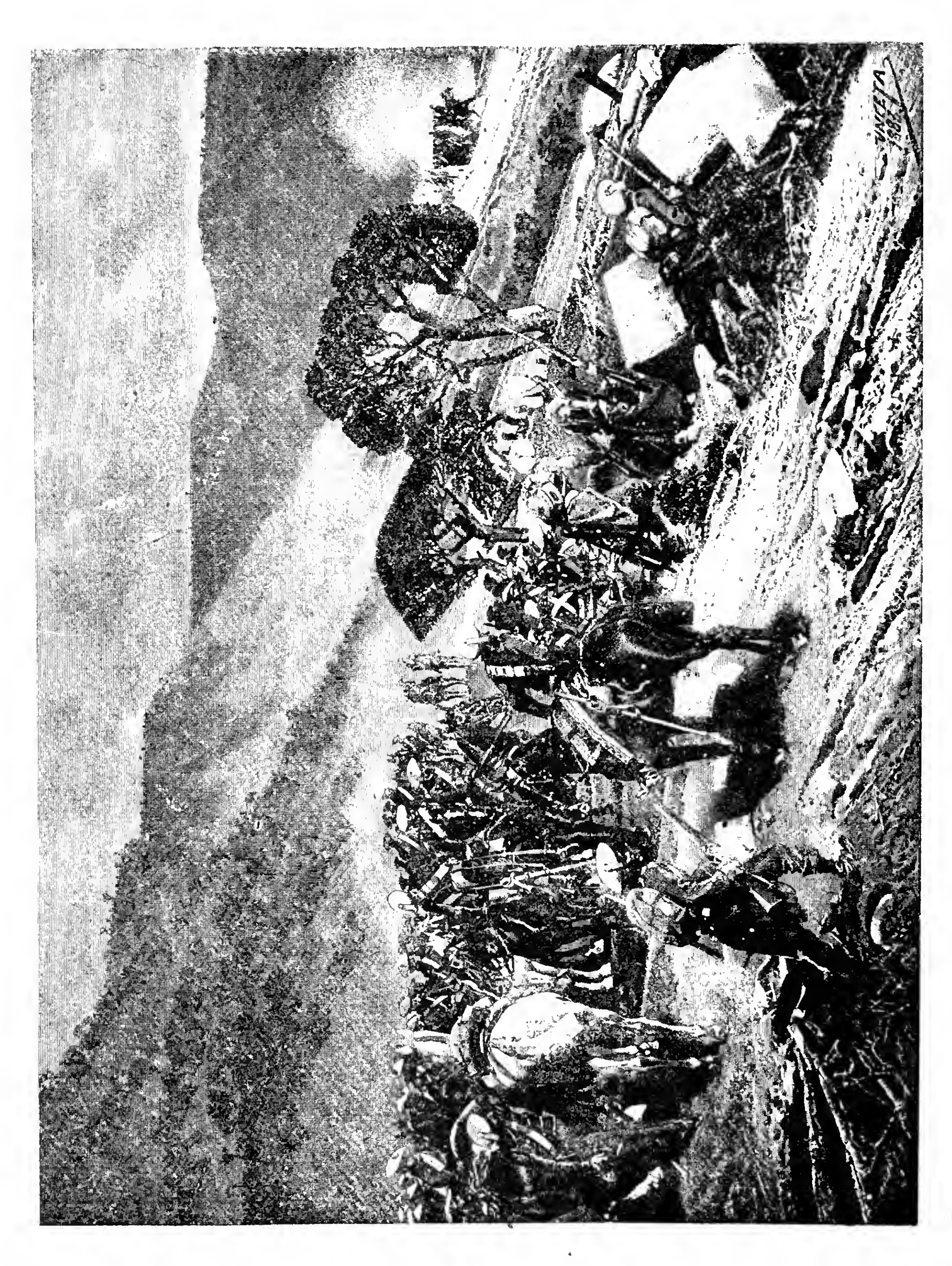
Aquellos oficiales, estimulados los unos por los otros, buscaban los peligros aun en los días que el ejército dedicaba al descanso. Teníamos costumbre de pasear á caballo con nuestra escolta de navarros por los caminos de Francia, Vizcaya, Navarra y Castilla. Casi siempre abandonábamos las carreteras buscando zanjas ó vallados que saltar. Algunos caían revueltos con los caballos, pero formábanse así buenos jinetes y adiestrábase el ganado para la guerra. Una tarde cargamos á una partida enemiga sobre el camino real de Francia con nuestros ordenanzas, pero sin sables, porque salíamos con látigos de paseo. En aquella ocasión cogimos tres prisioneros de caballería, por cierto bien montados y armados. Cuando encontrábamos tropa de esta arma que iba á forrajear, nos uníamos á ella, manteniendo los combates á que daban lugar estas pequeñas operaciones. En todos los ejércitos inspiran por lo general los ayudantes escasas simpatías á los jefes y oficiales de los cuerpos y del Estado Mayor; pero no creo incurrir aquí en un rasgo de inmodestia al asegurar que nosotros, por el contrario, fuimos estimados siempre, ya porque realmente nunca rehusábamos los peligros, ya porque no íbamos en busca de los ascensos y recompensas de que se priva á los que las ganan y merecen en las filas, ya, en fin, porque jamás omi-

timos el parte y la relación circunstanciada al general de cuantos actos meritorios presenciábamos de cerca en los combates.

Debo recordar á los que lean mis *Memorias* y estuvieron en aquella campaña, una empresa impremeditada de mi parte, que pudo ocasionar pérdidas sensibles en el Estado Mayor del general. El vigía de Vitoria anunció una tarde que el cantón que en Miñano, camino de Vizcaya, ocupaba el coronel O'Donnell con una brigada, se hallaba atacado por los carlistas. Era consecuencia del sistema de guerra de bloqueo; el enemigo bajaba ya al llano para buscar los encuentros y mantener su espíritu. Mi hermano montó á caballo, y con sus ayudantes y ordenanzas corrió al combate. Cuando llegamos, el bravo coronel había rechazado victoriosamente al enemigo. El general volvió á Vitoria después de haberse enterado de la acción y visitado los heridos, reunidos en la iglesia. Por la noche le dije que á la mañana siguiente deseaba visitar el campo de batalla y enterarme del combate. Me proponía ir con la escolta de los navarros procedentes de las filas carlistas. Mi compañero D. Mariano Téllez Girón, hoy Duque de Osuna, deseó acompañarme con su primo D. Pedro, Marqués de Javalquinto, que, como he dicho, acababa de llegar al ejército, recomendado por su padre el teniente general Príncipe de Anglona. Llegado el momento, montamos á caballo, y poco tiempo después tuvimos un tiroteo á orillas del Zadorra con algunos enemigos que supusimos pertenecieran á las fuerzas del general Villarreal; pero sin importancia el encuentro, abandonaron el campo los carlistas. Caminábamos hacia el pueblo de Villarreal, dejando ya á nuestra espalda el cantón ocupado por O'Donnell, cuando divisamos como á una media legua un escuadrón enemigo que, pie á tierra, entre unas piedras y en la pendiente de una ladera de poco arbolado se encontraba. Al apercibirme de su actitud pasiva y casi descuidada, resolví acercarme, y lo puse inmediatamente en práctica sin que la fuerza contraria variase de posición. Marchábamos al paso; no había en ello por el momento ni mérito ni peligro, porque nos encontrábamos todos bien montados y podíamos retirarnos en el momento en que las circunstancias ó la prudencia lo aconsejaran. Ya inmediatos, parecióme empresa fácil el arrojarnos á todo escape sobre el escuadrón, que se encontraba todavía pie á tierra, hacer en él un zafarrancho, realizar una acción brillante, estrenando de este modo á Javalquinto, y ganar los que allí íbamos una cruz de San Fernando. Para mí, en aquella época, entre concebir un pensamiento y practicarlo mediaba poca distancia. Emprendimos, pues, el galope, y muy luego el paso de carga, arrojándonos ciegamente sobre el enemigo. Mas éste, abriéndose á derecha é izquierda rápidamente y montando á caballo, descubrió una fuerte compañía de infantería oculta

entre las piedras, que nos saludó con una descarga cerrada y á quema ropa.

La situación había cambiado, y si podíamos intentar antes una carga



contra el escuadrón, no era ya esto posible contra una compañía de infantería que combinaba con aquél su eficacia. Mandé, pues, dar

media vuelta y emprendimos la retirada al paso. De la descarga sólo un caballo, resultó herido y esto á causa sin duda de la gran velocidad con que atacamos, que impidió á los carlistas dirigir bien su puntería. Sus jinetes entonces emprendieron nuestra persecución, pero sin salir del paso, dirigiéndonos un fuego bastante nutrido con sus carabinas. Ganábamos ya alguna distancia, cuando mi bravo ordenanza Curpín recibió un balazo que lo atravesó de parte á parte. Aquella desgraciadísima circunstancia agravó la situación, pues no pudiendo abandonar al herido, que atravesamos sobre un arzón, nos vimos obligados á caminar al paso. La retirada se hizo entonces penosa, teniendo que hacer frente al enemigo repetidas veces para contenerle. En esto se nos presentó una ancha zanja de las muchas que se encuentran en la llanada de Álava, y que todos los caballos salvaron, excepción hecha del de Javalquinto, que se plantó. No sé el tiempo que tardamos en aquella situación crítica para decidir al terco bruto. Los ordenanzas y Osuna contuvieron de nuevo al enemigo con el fuego de las tercerolas. causándole algunas bajas, y Javalquinto por fin logró sacar á su montura, no sin teñir en sangre las espuelas. Ante una nueva zanja también se detuvo, y volvió á repetirse el conflicto; mas los carlistas, ya inmediatos al cantón de O'Donnell, no juzgaron prudente aventurarse ni insistir en la persecución, de que sólo escapamos por la impericia ó prudencia harto exagerada de su jefe. El actual Marqués de Javalquinto condújose en este su primer hecho de armas con distinción. El Duque de Osuna podía presumir ya de veterano.

Después supe que el escuadrón enemigo y la compañía pertenecían á la brigada de D. Simón de la Torre, el cual me escribió pocos días después diciéndome: «Jamás me hubiera consolado si tú ó tus compañeros hubierais muerto en la emboscada, y he sentido mucho no saber que venías tú, pues habríamos practicado juntos el reconocimiento y te hubiera hablado de muchas cosas, aprovechando esta ocasión para darte un buen abrazo.....»

Pero aquella arriesgada empresa que intenté tuvo por causa la costumbre ya inveterada entre cuantos pertenecíamos al ejército del Norte, de buscar constantemente lances, aventuras y hechos de algún lucimiento, pues era difícil distinguirse entre tanto bravo. No me la perdoné entonces, ni me la perdono ahora, porque fué de ella víctima Curpín, que murió días después en el hospital de Vitoria, donde le visité y pude notar la fortaleza de su espíritu en la agonía, como había conocido su valor cuando en la plenitud de su vida cruzaba el campo de batalla sobre su buen caballo y lanza en mano, ostentando un heroísmo que inspiró varias veces la admiración de cuantos le conocieron. Demostróme siempre gran cariño, y lloré su muerte. Los navarros,

cuando llegan á identificarse con sus oficiales, son, creo yo, los primeros soldados del mundo; se unen á ellos y no les abandonan jamás, al haberles otorgado su confianza inspirada por el valor del que les man-



Don Simón de la Torre.

da; combaten con denuedo, vencen sin crueldad, se retiran con firmeza, marchan diez, doce y hasta quince horas, y al terminarlas, como tengan vino y guitarra, prefieren el baile al sueño. Un ejército compuesto de soldados semejantes sería invencible, y aquel del Norte, para serlo, sólo necesitó encontrar enfrente otro que no reuniese, como el carlista, sus propias cualidades. Teníamos, sin embargo, en nuestras tropas, en

su organización, disciplina y buen espíritu, la mayor confianza. Mejor que nada demostrará esto el desafío que concerté con el brigadier Elío en las Dos Hermanas entre un batallón nuestro y el batallón 3.º de Navarra, llamado *el Requeté*, con 50 caballos de cada parte. Lo singular é inusitado de aquel reto, las circunstancias que le acompañaron, y su desenlace, merece que lo refiera con algunos detalles, porque también se advertirá en ellos el carácter caballeroso que en aquel tiempo realzaba á los jefes y oficiales de ambos ejércitos.

Encontrándose mi hermano en los primeros días de Febrero en Navarra para presenciar y adelantar los trabajos que se realizaban á fin de establecer la línea del Arga, me envió como parlamentario al cuartel general enemigo, con pliegos interesantes sobre reclamaciones y canjes de prisioneros. Fuí conducido á las Dos Hermanas—residencia á la sazón del general carlista—por los primeros puestos de facciosos que encontré. Conocida mi llegada, corrieron á mi encuentro muchos oficiales, antiguos camaradas míos de la Guardia, que estrecharon con efusión mi mano, experimentando todos satisfacción suma al encontrarnos allí, aunque bajo distintas banderas, pues la juventud recuerda siempre con gusto al amigo de los primeros años. Entre ellos figuraba D. Joaquín Elío, ya brigadier, que, como de los más íntimos compañeros que yo tenía en el ejército del Pretendiente, había recibido la misión de acompañarme y hacerme los honores. Recibióme el general con singular cortesía y distinción, hablándome de la batalla de Mendigorría, de los combates de Guevara, Estella y Arlabán, y encareciendo el orden y bizarría de nuestras tropas, y especialmente el carácter regular y humanitario que había tomado la campaña desde que en ella intervenía como general en jefe de las tropas cristinas el general Córdova. También encontré yo frases de elogio para ellos, y ofreciéndome atender inmediatamente á las reclamaciones de mi general que fueron el objeto de la misión y contestarle prontamente, me despidió el caudillo rebelde, no sin ofrecerme algunos cigarros, que cambié con los de mi provisión, procedentes de los cajones que la Reina Gobernadora enviaba frecuentemente á mi hermano.

Ya en el camino, y acompañado de Elío, que deseó dejarme sano y salvo en las avanzadas nuestras, encontramos cerca del pueblo de Erice pasando lista al tercer batallón navarro, conocido con el nombre del *Requeté*, y muy famoso entre los suyos por el crédito alcanzado en diferentes acciones de guerra en que cargó á la bayoneta. La fuerza me pareció mal; estaba derrotada en su vestuario, sin policía alguna, y menuda la gente. En cambio parecióme su aire demasiado pretencioso por su actitud y sus desvergonzadas miradas. Al acercarme con Elío, fuí recibido con muchos gritos de «¡Viva Carlos V!»

—Este batallón es el célebre *Requeté*—me dijo Elío.

—¿Célebre por sus cargas de bayoneta?—le pregunté.—Eso demuestra que no todos los batallones carlistas las efectúan. En cambio los de la Reina prefieren todos combatir al arma blanca, buscando otros medios superiores para adquirir celebridad.

Y como me había molestado bastante la actitud provocativa que advertí en el *Requeté*, y deseaba recibiera una lección, añadí:

—Propongo á V. un desafío entre ese cuerpo y 50 caballos, y otro nuestro de igual fuerza con otros tantos jinetes, en los llanos de Mendavia ó en cualquier otro terreno en que no exista ventaja para ninguno.

—Acepto el combate—me dijo vivamente Elío.



—Pues queda mantenido el reto, y lo dirigiré á V. oficialmente y por escrito, tan pronto como obtenga la indispensable autorización de mi general. Despedíme allí de Aguirre, jefe del batallón desafiado, que presenció todo el diálogo, y sin separarse de mí el brigadier, en cuyo alojamiento dormí en Zarazá, regresé al siguiente día á Pamplona, acompañado y custodiado por una escolta de lanceros carlistas que hallamos al cruzar un río. Debo decir que Aguirre, procedente también de la Guardia, y sin mucho crédito en los primeros años de su carrera, lo

adquirió muy grande en aquella campaña con el mando del batallón ante el cual murió gloriosamente, meses después, en la segunda defensa de las líneas de Arlabán.

Cuando dí cuenta al general de lo acaecido en mi comisión y del concertado desafío, agradóle en extremo el pensamiento y resolvió aprovecharlo para realizar un acto que tuviera gran resonancia en toda España y en Europa, demostrando que si la guerra se prolongaba, era debido esto exclusivamente á la naturaleza del territorio y á las casi inexpugnables posiciones en que se guarecían los contrarios. Conocidos pronto aquellos hechos en el cuartel general y en las divisiones inmediatas, muchas fueron las solicitudes que recibió mi hermano, bien por escrito ó de palabra, de multitud de jefes del ejército, reclamando el honor de mandar el batallón que se designase para el combate, y entre ellas figuraron como las dos primeras las instancias de D. Ramón Narváez y de D. Leopoldo O'Donnell. Pero yo declaré al general con firmeza que abandonaría inmediatamente el ejército si se me hacía la injuria de que otro jefe fuera á cumplir el compromiso de honra por mí espontáneamente contraído. Hecha justicia á mi legítima reclamación, designé á mi antiguo batallón del 2.º de Ligeros, compuesto de soldados andaluces de la provincia de Córdoba, de mi mayor confianza.

Acordado esto, dirigí á Elío desde el cuartel general de Lizaso, con fecha 18 de Febrero, la siguiente carta:

«Muy señor mío y amigo: He dado cuenta á mi hermano y general de nuestro desafío, y autorizado por él, reitero á V. que, con otros tantos soldados como tenga el batallón de Guías y 50 caballos de ambas partes, me ofrezco á batirlo y á probar que en ésta como en todas las armas la superioridad de las nuestras es grande é incontestable, y habría dado hace mucho tiempo término á la guerra si obstáculos y ventajas extrañas al valor no la hubiesen prolongado para desgracia de este país. Mi hermano me ha concedido también el honor de mandar en esta ocasión á los valientes de este ejército, que están ansiosos de sostener lo que yo he sustentado de palabra y ellos sustentarán en el campo con las armas; por lo tanto, si V. persiste en su oferta, podemos concertar desde luego día, terreno y condiciones que aseguren á los más bravos y firmes este pequeño lance que ha de amenizar la campaña.

»Con este motivo me encarga también mi general repetir á V. lo que ya ha enviádose á decir al suyo por algunos parlamentarios, á saber:

»1.º Que para demostrar á qué punto es superior nuestra caballería á la de VV., con 300 caballos nuestros reta á 500 lanceros escogidos entre todos los de VV.

»2.º Que con 16 batallones y 400 caballos dará batalla campal á 20 de igual fuerza y 500 caballos.

»3.° Que con 25 batallones de este ejército, con la fuerza de reglamento, 600 caballos y 4 piezas rodadas, combatirá en terreno igual y despejado á todas las fuerzas enemigas de la augusta Reina que se encuentren en las cuatro provincias, las que, según afirman algunos oficiales de VV., ascienden á 41 batallones y 1.000 caballos con muchas piezas de artillería.

»Mi general me ha mandado que al participar á V. todo lo que llevo expuesto le advierta que, en la esperanza de que la publicidad pueda contribuir á que su general de V. recoja el guante, ha determinado que yo dirija copia de esta carta á los diarios nacionales y extranjeros.

»Tres son los objetos que en todo esto se propone. El primero, ver de acelerar el término de una lucha cuya prolongación no es menos funesta para estas provincias que para la nación á que todos pertenecemos, y á la cual está haciendo aquélla tan desgraciada como á la humanidad, afligida por la mucha sangre que corre en este país, cuando el resto de Europa goza de una paz octaviana: en evitar tales horrores ambos beligerantes están interesados, pues si, como no es de prever, ustedes pudiesen llegar á triunfar, encontrarían los pueblos exhaustos de brazos y recursos para conservar el lustre é independencia de esta antigua Monarquía. Es el segundo, fijar la opinión de la Europa entera sobre el verdadero mérito y valor de los engaños y suposiciones con que se la alucina, presentando VV. sus derrotas como triunfos, y los combates sostenidos de su parte, con un inferioridad de fuerza respecto á las nuestras que sólo ha existido en los boletines que se circulan, para reanimar á sus parciales ó desanimar á sus enemigos. Y el tercero y último, demostrar al mundo del modo más evidente, ya acepten VV. ó ya rehusen, como temo, este desafío, que las verdaderas causas que sostienen y amparan la rebelión de estas provincias y la prolongación de nuestra lucha, retrasando su inevitable término, residen en ventajas, accidentes, causas y obstáculos extraños al valor relativo de las tropas y á la inteligencia y pericia de los jefes, y que no reposan sino en la excesiva cautela, circunspección, prudencia, ó como quiera calificarse, con que VV. se mantienen encaramados en sus elevadas é inaccesibles montañas, detrás de sus desfiladeros, reforzados con cercas, parapetos y trincheras, cuya adquisición, tantas veces hecha para gloria y reputación de este ejército nacional, ha demostrado que no puede, por mil causas, conducir á un éxito definitivo; en vista de lo cual, y avaro de la sangre de sus soldados, el general de este ejército, desde que tiene el honor de dirigirlo, ha dado otro sistema y una dirección más positiva, prudente é infalible á la guerra.

»Yo deseo, mucho más que espero, que esta ocasión pueda conducir á acortar los padecimientos de nuestra patria, y me tendría por muy feliz

contribuyendo á tan grande y dichoso resultado, como lo soy ya del honroso permiso que, con emulación de todos mis compañeros, me autoriza á repetir y sustentar *que las armas de la Reina de España son superiores en todos conceptos á las de sus enemigos.*

»Quedo, etc.»

A esta carta contestó Elío con la siguiente:

«Sr. D. Fernando Fernández de Córdova.—Irurzun, 2 de Marzo de 1836.—Muy señor mío: Destinado á alguna distancia de este pueblo, recibí la de V. del 26 con mucho atraso, é inmediatamente me puse en marcha para cumplir como buen navarro y carlista mi promesa; mi promesa tal como yo la hice, y supongo V. no habrá olvidado, que 300 Guías se batirían contra 300 que V. escogiera en su ejército; y esto es lo que repito, pues además de las razones que á V. dí para no mezclar caballería, tengo la poderosa de no poder disponer de los 50 caballos sin permiso de mi general en jefe; como V. me dice mandará los soldados de su ejército, yo le aseguro que tendré el honor de dirigir á los valientes Guías el día que marchen á este combate; espero no nos ofrecerá grandes dificultades la elección del terreno y condiciones; una sí exijo de V., y creo que con toda justicia, y ésta es la de que no dé á su carta la publicidad que me manifiesta: su general de V. es muy dueño de publicar todas las proposiciones que haga al mío, si así conviene á sus intereses, pero no de una carta que V. me escribe á mí y cuya publicación me comprometería con mi general: esto sería poco delicado, y confío que, persuadido V. de esto mismo, no enviará las copias; pero si el mal estuviese hecho y efectivamente las hubiese V. remitido á los diarios, espero tendrá V. la bondad de avisármelo para que yo envíe á mi general la carta de V., en cuyo caso esperaré sus órdenes. Pido á V. que con la posible brevedad me haga saber sus intenciones, pero particularmente si mi carta, es decir, la que V. me dirigió, podrá aparecer en algún diario sin que sea posible el evitarlo, pues me sería muy desagradable que llegase á noticia del general en jefe por un periódico sin haberlo puesto yo en su conocimiento, y en este caso se dilataría bastante esta prueba que deseaba pasase como una función de puestos avanzados. Aunque no tengo la seguridad que V. manifiesta, confío, sin embargo, que la bravura de los Guías recogerá en este día un nuevo laurel que añadir á los que tan bizarramente ha ganado en esta gloriosa campaña, y poder probar á V. toda la generosidad de que es capaz un enemigo que aprovecha esta ocasión para repetirse de usted atento y seguro servidor, Q. B. S. M., *Joaquín Elío.*»

No conté yo con que Elío hubiera omitido dar inmediatamente cuenta á su general del desafío concertado; así, detuve la publicación de mi carta hasta que dos días después envióme mi contrario otra en la que

me decía haberle prohibido terminantemente su jefe aquel encuentro, ó desconfiado del éxito, ó malhumorado por haber llegado tarde á su noticia. No tuvo, pues, lugar el lance, que hubieran sin duda presenciado ambos ejércitos enemigos arma al brazo, como trasunto fiel y caballeresco de aquellos combates singulares que entre reducidas unidades de fuerza se trabaron tantas veces durante las guerras de otros siglos.

Aquel invierno del 35 al 36 fué de los más crudos. Dos ó más varas de nieve cubrían el suelo. Las nieblas eran tan densas, que no se podían continuar las operaciones sin exponerse á caer á cada paso en emboscadas ó sorpresas inevitables. A las nieblas, á los hielos y nieves sucedieron en los meses de primavera lluvias torrenciales que sacaban los ríos de su cauce, inundaban los valles, arrastraban los puentes, hacían perecer infinitos ganados, y aun nos quitaban muchos hombres que fallecían en las penalidades de las marchas, ejecutadas bajo los elementos desbordados, para ir en auxilio de un pueblo, de un fuerte ó de una fuerza atacada con superioridad de número. No he de malgastar, sin embargo, el tiempo ni la paciencia de mis lectores describiendo minuciosamente todas las acciones parecidas entre sí, que en esta época ocurrieron. Ya he repetido que no pretendo hacer la historia de la guerra civil; pero escribiré breves renglones reseñando el estado en que se encontraba la campaña.

En el mes de Marzo ya estaba la legión inglesa de Evans en las líneas de San Sebastián, donde las condiciones propias del soldado inglés debían demostrarse más, y ser mayor el interés y cooperación que la escuadra inglesa prestara á la causa de la Reina Isabel. Los resultados correspondieron á los cálculos. Evans y sus batallones conquistaron en los pueblos que avecinan á San Sebastián muchas glorias y ventajas. Los de Bernell fueron á ocupar la línea de Zubiri con algunas fuerzas españolas, y en la frontera francesa prestaron servicios señalados que sellaron con abundante y generosa sangre en muchos y victoriosos combates. Hicimos nuevos reconocimientos sobre Guevara, y de ellos resultó que no tenía el ejército el material de sitio necesario para atacar este castillo. ¿No era ésta elocuente prueba de la impotencia en que por falta de elementos se encontraba el ejército, cuando carecía hasta de los medios necesarios para reducir una fortaleza de condiciones tan insignificantes?

Por aquel tiempo el Conde de Almodóvar salió de Vitoria para regresar á Madrid. Acompañóle hasta Miranda el general en jefe en un coche, sin llevar escolta alguna, como demostración de la seguridad con que se caminaba por aquella línea de su sistema, que nos permitía dominar un territorio por la simple operación de haber fortificado el puente de Nanclares y reforzado la guarnición de la Puebla para domi-

nar el curso del Zadorra. Bien fácilmente comprendió el enemigo cuánto iba á sufrir por el establecimiento del bloqueo, y que el país sería el que más caro pagaría sus fatales y necesarias consecuencias. Para evitarlas, empleó las expediciones, que verificadas con fuerza de batallones castellanos, obligaron al general Córdova á desmembrar los suyos destacando columnas en su persecución, por carecer el Gobierno de Madrid de otros soldados.

No esperó Córdova impedir por las líneas que las expediciones salieran de las Provincias ni pasaran el Ebro. Lo que pretendía de sus lugartenientes, y á este fin se encaminaron sus órdenes, fué que las expediciones carlistas encontraran obstáculos y derrotas en las líneas, ó detenciones suficientes para ser alcanzadas por las columnas que se enviasen en pos de ellas. Los cursos de agua y los obstáculos levantados por obras de campaña debían ser para los carlistas tan fatales como lo fueron para los vendeanos en circunstancias perfectamente análogas.

El 14 y 15 de Marzo las tropas hicieron dos fuertes reconocimientos sobre Villarreal y Guevara, en los cuales sacamos al enemigo de sus posiciones, trayéndolo á terreno más abierto, en donde era constantemente derrotado. Para pelear tenían que salir de lo más áspero de sus montañas, y si no lo verificaban, eran los generales carlistas acusados á D. Carlos como traidores, por el partido apostólico. La victoria se había fijado en nuestras filas; pues si bien se perdieron en aquel mes los puntos de Plencia y Valmaseda, por la imposibilidad en que estuvo el ejército de socorrerlos á consecuencia de los continuos temporales que imposibilitaron todo movimiento al interior, ganáronse triunfos renombrados en Bilbao y su ría, en Villarreal con O'Donnell, en Murguía, en Amurrio, en Zubiri, sobre la frontera, y en otras muchas acciones que no enumero, pero entre las cuales citaré no obstante la de Orduña, por la circunstancia especial que la decidió y por haber muerto en ella uno de los jefes más denodados del ejército. Á principios de Marzo ocupaba Espartero á Berberana, y deseoso de aprovechar algunos días de buen tiempo que interrumpieron las continuas lluvias de aquel fatalísimo equinoccio, se dirigió el día 5 con D. Felipe Rivero y algunos batallones por el camino de Vitoria. Como de costumbre, ocupó el enemigo la peña de Orduña y su fuertísima posición, y empeñado ya el combate, ordenó Espartero que cargase el regimiento de húsares de la Princesa, mandado por el coronel D. Pedro Regalado Elío, y en el que ya servía al frente de un escuadrón D. Juan de Zabala. El empuje de aquella heroica caballería no se detuvo ni ante los parapetos y trincheras en que se ocultaban los carlistas, ni ante el fuego que desde las ventanas del pueblo le dirigió el enemigo. Ya en su plaza y calles, desalojaron á cuchilladas á un batallón que las ocupaba, persiguiéndolo largo trecho,

cogiéndole más de 100 prisioneros y ganando la primera corbata de San Fernando que ostenta en el asta de su estandarte. Uno de aquellos prisioneros, á quien no se había recogido su fusil, asesinó al heroico coronel, ya terminada la acción y cuando la fuerza se hallaba de regreso para el pueblo, tan valerosamente conquistado. Mi hermano deploró aquella muerte con extremado pesar, y en la comunicación que dirigió á Espartero el mismo día que recibiera la noticia, le decía. «Dispondrá V. E. que toda la división de su mando lleve luto por tres días. Que el regimiento de húsares de la Princesa, á cuyo frente murió su coronel D. Pedro Regalado Elío, no pase nunca revista de comisario mientras dure esta campaña, sin que sea llamado su malogrado jefe por su empleo, nombre y apellido, contestando el primer húsar que forme en alta voz estas palabras: *Muerto en el campo del honor por la causa de la patria, pero después de cubrir de gloria á las armas de este regimiento y al ejército del Norte, en que servía voluntario.* Señalará asimismo V. E. el día en que se tributarán á su memoria exequias fúnebres, con honores de brigadier, que serán costeadas por suscrición voluntaria de las planas mayores del arma de caballería del ejército, y se pondrá una lápida sobre su tumba, con la inscripción que los oficiales de húsares acuerden entre sí, para honor de su nombre.»

Todavía en la época en que escribo pasa revista de comisario don Pedro Regalado Elío en el regimiento de húsares de la Princesa, bajo cuyo glorioso estandarte ha comenzado su carrera, con orgullo mio, mi hijo menor muy querido, el alférez D. Ramón de Córdova.





DON BRUNO VILLARREAL.

CAPITULO XIX.

Es reemplazado Eguía por Villarreal.—La acción de Evans en San Sebastián.—Nuestras operaciones sobre Arlabán.—El general en jefe reconociendo de noche al enemigo.—Movimiento estratégico.—Acciones victoriosas.—O'Donnell herido.—Sobre Nouvilas.—Muerte del capitán Oráa y de Malibrán.—Ferrer de San Jordi, Thous, Aguirre.—Panorama espléndido.—Heroísmo de Oráa.—Un rancho suculento, una dificultad imprevista y una comisión honrosa.—Éxito de la operación.—Nuestros combates á la defensiva.—Los tres hijos del Marqués de Santiago.—En Salinas.—Juicio crítico de aquellas operaciones.

EGUÍA fué por entonces relevado del mando en el ejército carlista, sustituyéndole Villarreal; y aunque mi hermano tenía de éste muy buen concepto, escribió al Gobierno al dar cuenta de tal cambio, que *don Carlos había perdido un buen general de división sin haber ganado un general en jefe.* Su juicio se realizó. Por aquel tiempo un hecho también de suyo insignificante dió lugar á que algún periódico de Madrid atacara á mi hermano

violentamente, con la injusticia que es habitual en España cuando se emprenden cierta clase de oposiciones. Había llegado al cuartel general un parlamentario carlista, y mi hermano le dió para D. Bruno Villarreal un paquete de cigarros puros de la Habana. Por otra parte, Sopelana me dió el encargo de una gorra, y yo hice á mi vez á Villarreal el de un par de pistolas de Eibar. Villarreal mandó dos pares, uno de ellos para mi hermano y el otro para mí. Aquellos actos de militar galantería, que no podían ser obstáculo para que con las mismas armas nos combatiéramos á muerte, fueron causa de tales acusaciones y calumnias por parte de la prensa, que mi hermano me aconsejó devolviera las pistolas, como lo hice.

A principios de Mayo comenzó á mejorar el tiempo, haciéndose posible comenzar de nuevo las operaciones. Los carlistas, que abrigaron en aquella época grandísimas esperanzas de penetrar en San Sebastián, estrecharon el cerco que tenían puesto á la ciudad, bajo las órdenes de un jefe guipuzcoano valerosísimo, llamado Sagastibelza. No creyeron los enemigos que la plaza, guarnecida sólo por escasa fuerza del ejército y algunos endebles batallones de nacionales, resistiría al empuje de sus buenas y numerosas tropas, aun después de haber sido reforzados por mar los defensores con la legión inglesa al mando de Evans. Pero este general desmintió gallardamente las calumnias y ofensivos juicios que acerca de sus tropas se propalaron en Madrid y en toda España, verificando una salida gloriosísima el 5 de Mayo, en la que, después de una lucha encarnizada, logró rechazar á los carlistas de todas sus líneas, ocupar sus posiciones, arrojarlos de sus cumbres, posesionarse de algunas de sus piezas de batir, y conseguir, en suma, una de las victorias más renombradas de aquella guerra. En ese día perdieron los carlistas á su bizarro jefe Sagastibelza, que cayó muerto en una trinchera, atravesada la cabeza por un balazo.

Grave fué aquel suceso para el ejército enemigo. Todo su plan de operaciones se fundaba entonces en la toma de San Sebastián, que aseguraba sus comunicaciones marítimas con las costas francesas, de donde esperaban recibir los recursos en armamentos y municiones, y aun de vituallas, que comenzaban ya á faltarle desde que, establecidas las líneas de bloqueo del Arga y de Zubiri, hízose dificilísima para ellos toda comunicación con el resto de la Península. Para asegurar más la toma de aquel importante punto, é impedir que fuera socorrido á tiempo desde el interior del país por las tropas de Córdova acantonadas en las inmediaciones de Vitoria, ocupáronse los carlistas durante los meses de aquel invierno, en que la crudeza del tiempo detuvo nuestras operaciones, en fortificar todos los pasos que podían conducirnos hacia el Norte de Guipúzcoa, pero muy especialmente aquellas posiciones de

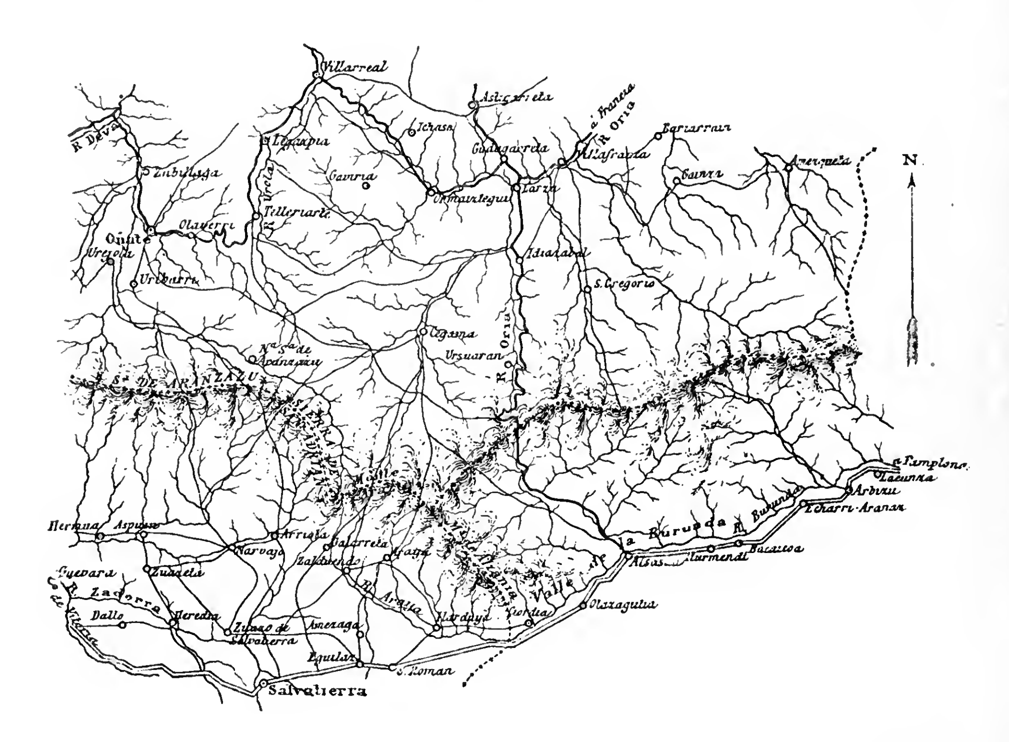
Arlabán, cuya conquista, meses hacía, había costado no escasa sangre á nuestros soldados. Desde ellas se vanagloriaban públicamente de que con sólo algunos batallones colocados á la defensiva en sus abrigos y trincheras nos impedirían toda incursión en el interior, empleando entonces todo el grueso de sus fuerzas en la ansiada y en verdad importantísima ocupación de San Sebastián.

Pero el 5 de Mayo, como he dicho, sufrieron la acometida de Lazi Evans, muy oportunamente enviado allí por mi hermano, como lo demuestran estos resultados, y á mediados de mes perdieron el fruto de todos sus afanes y trabajos con la pérdida de aquellas mismas líneas de Arlabán, que ocupamos sin esfuerzo alguno, y que sirvieron sólo, como una triste ironía de su mala fortuna, para que nuestros soldados se aparapetaran, rechazando desde sus propias trincheras al enemigo, obligado á batirse en las mismas desventajosas condiciones que á nosotros nos habían ellos reservado. Veamos cómo pudo el general Córdova realizar esta especie de milagro y llevar á cumplido efecto las operaciones más estratégicas y más hábiles de toda su campaña, como también las más desconocidas y peor juzgadas por cuantos han escrito y publicado su reseña.

Con muchos días de anticipación, y no sin emplear los mayores esfuerzos, pues de todo se carecía en el ejército, logró reunir el general el día 20 las provisiones necesarias para una operación que invertiría cuatro, seis ó más días. Hallábase el ejército acantonado en sus mismas líneas, que ya conocemos, sobre los caminos de Pamplona por la Borunda, de Francia por Salinas atravesando la posición de Arlabán, y de Vizcaya por Villarreal y Ochandiano. Espartero ocupaba éste, y Rivero el de Pamplona. El 21 muy de mañana todo el ejército se puso en movimiento sobre los caminos de Francia, Vizcaya y otros secundarios, en la dirección de Arlabán.

Contra su costumbre atrevida, no había el general publicado con antelación el objetivo de su movimiento, y así, tanto los carlistas como los mismos generales comandantes de las divisiones ignoraban absolutamente su pensamiento, obedeciendo órdenes concretas y limitadas que recibieron en la noche anterior. Marcada ya la marcha del ejército que los carlistas desde las cumbres de sus posiciones descubrieron, los batallones enemigos corrieron á ocupar sus puestos. Los carlistas podían ya considerar con satisfacción que el ejército cristino se dirigía, como en Enero, á tomar de frente las posiciones de Arlabán, preparadas según he dicho, y aumentadas sus defensas con varias líneas de parapetos, con frecuentes plazas de armas para sus reservas, y con caminos cubiertos de comunicación y seguridad. Mas cuando nadie lo esperaba, cerca de Arlabán, y como á tres cuartos de legua del enemigo,

variaron súbitamente de dirección á la derecha las cabezas de las columnas, y dejando á la izquierda las posiciones contrarias, dirigiéronse rectamente hacia el castillo de Guevara. El general carlista creyó



entonces que los cristinos íbamos á sitiar esta fortaleza, y que para verificarlo salía de Vitoria un tren de sitio que efectivamente nos acompañaba. Algunas fuerzas se acercaron bastante al castillo, que rompió el fuego sobre nosotros con malísima fortuna; mas las divisiones, sin detenerse ante sus muros, continuaron su marcha hacia su nuevo frente, es decir, penetrando en el valle de la Borunda y oponiendo á su izquierda una división entera, como flanqueo de todo el ejército. Los carlistas, entonces, engañados completamente, abandonaron todas las posiciones de Arlabán y emprendieron su marcha por la cresta de los montes paralelamente y en la misma dirección que nosotros. Al caer la tarde llegamos á Salvatierra, y destacando el general una fuerte columna como vanguardia, en la misma dirección de la Borunda y sobre el propio camino, ordenó se pernoctara aquella noche en Salvatierra y pueblos inmediatos, con todas las precauciones de vigilancia que hacía indispensables la proximidad del enemigo.

Él no durmió. Como á cosa de las diez de la noche me hizo avisar, y silenciosamente montamos á caballo, marchando ambos absolutamente solos por espacio de tres horas hacia el Norte y en dirección perpendicular al camino, hasta alcanzar la cumbre de una gran altura ó picacho

de durísimo acceso, desde la cual se divisa la cordillera de Arlabán á lo lejos hacia la izquierda, y más cerca toda su prolongación Este, donde pierde aquel nombre para tomar la denominación de Elguea y de San Adrián. Era una noche serena, y la luna en su cuarto creciente derramaba su luz azulada sobre aquellas fragosidades, haciendo perceptibles todos sus detalles y accidentes. Ocultando los caballos entre unas breñas que cerca había, echamos pie á tierra, y mi hermano, acercándose á la vertiente Norte de aquella altura, recorrió con la vista todo el territorio.

—Mira—me dijo vivamente, señalando con el dedo las planicies que forman las cumbre de San Adrián.

Entonces observé que todo ó una gran parte del ejército carlista realizaba en silencio un movimiento de concentración hacia su izquierda con arreglo al frente de Arlabán, es decir, del lado de la boca de la Borunda hacia el monte Araiz, continuando su marcha de flanco sobre aquellas llanuras de la planicie. Divisábanse, como líneas sombrías que parecían arrastrarse perezosamente sobre el suelo, largas columnas enemigas, y dos batallones, formando sin duda la extrema derecha del ejército enemigo, acertaron á cruzar un pequeño valle situado á nuestros pies como á distancia de dos tiros de fusil. Unidos el uno al otro é inmóviles, sin pronunciar una sola palabra, vimos cómo relumbraban sus bayonetas, directamente heridas por los resplandores de la luna.

Cuando descendimos de aquel monte, el semblante del general revelaba una gran alegría, mas no me dió entonces explicación alguna, y sobre las cuatro de la mañana regresamos á nuestro alojamiento, sin haberse dado á conocer de las grandes guardias y escuchas que encontramos establecidas y con perfecta vigilancia, en torno de la zona ocupada por el ejército.

Con igual reserva respecto de la idea de aquella marcha, y en dudas naturales todos, continuó el ejército el día 22 su movimiento sobre Alsásua. Los carlistas durante las primeras horas de la mañana terminaron el suyo, que ya mis lectores conocen, emprendido la noche antes, y persuadidos de que íbamos á Navarra, se dividieron en brigadas de dos y tres batallones para verificar sus marchas más fácil y rápidamente, dirigiéndose todos á la boca de la Borunda, para hacernos frente en las buenas posiciones cubiertas de bosques que allí ofrece el terreno. Lanzadas en esta dirección las tropas, bien marcado nuestro movimiento y el de los carlistas para prevenirnos, ordenó el general sobre las doce y media del día á Espartero, Rivero y Oráa, que variasen rápidamente de dirección sobre la izquierda, y que en tres columnas distintas y en una misma línea atacasen todo lo que encontraran

á su frente en la dirección de la sierra de San Adrián, que debían coronar como principal objetivo del movimiento, luego que batieran los batallones que encontraran en su marcha sobre la montaña que por aquella parte cubre á Oñate como una cortina. Así lo ejecutaron en efecto los generales. Rivero resultó formando la derecha, Espartero la izquierda, y Oráa, jefe de Estado Mayor, el centro, cerca del cual marchaba el General en jefe. Nuestras columnas entonces, fuertes de doce ó más batállones cada una, atacaron á los carlistas en su marcha de flanco. Diseminados y sorprendidos éstos, sin poder reunirse y sin órdenes en presencia de aquella situación, no opusieron en ninguna parte más de dos ó tres batallones, los cuales, en cuantos puntos pretendían resistirnos, eran rechazados, envueltos y en todas partes batidos.

Delante de mi hermano y en el centro desembocamos en Galarreta, pueblo ocupado por tres batallones y dos escuadrones alaveses. Nuestra acometida fué tan vigorosa, que el enemigo tuvo que abandonarlo dispersándose con muchas pérdidas en muertos y en heridos. La caballería inglesa del 2.º de lanceros de la legión, por hallarse algo apartada, perdió la ocasión de hacer muchos prisioneros, no habiendo podido aprovechar el momento de cargar los batallones cuando salían dispersos del pueblo para descender al fondo del valle por el lado opuesto al ataque; pero las lanzas de aquellos bravos soldados no dejaron de teñirse en la sangre de los bizarros alaveses de igual arma, que les hicieron frente. No es fácil describir las muchas y diferentes acciones parciales empeñadas por efecto del movimiento de flanco que ejecutó el ejército, y en el que los carlistas sorprendidos combatieron aisladamente y sin concierto, pero con el valor que siempre acreditaban. Todo el grueso de sus tropas había marchado durante la noche anterior sin detenerse hacia nuestra derecha, encontrándose distantes de la acción en el momento crítico, y cuando el ruido del cañón y el de la fusilería les llamó al combate, hallaron interpuesta y en posición la división Rivero, que habría defendido bien aquellas alturas si el enemigo hubiera osado atacarlas.

Resultó de aquellas circunstancias, que nosotros sólos derrotamos verdaderamente á la retaguardia carlista, y que merced á un esfuerzo relativamente pequeño conquistamos aquellas alturas, quedando todo el ejército sobre las cuatro y media ó las cinco de la tarde en las cumbres de San Adrián, con el camino expedito á su izquierda para posesionarse de Arlabán sin disparar un tiro, y con el enemigo distanciado en dirección de Alsásua, deshecha su retaguardia y obligado á contramarchar y á emprender, para arrojarnos de sus mismas posiciones, una serie de combates en los que tendríamos á nuestro favor todas las ventajas de la posición, del terreno y de la defensiva.

Durante las tres ó cuatro horas que duró el empeño, vimos acudir á los generales y jefes carlistas más inmediatos, á todo el escape de sus caballos, recogiendo cuantas fuerzas se encontraban cercanas, para tratar de disputarnos todavía la posesión de las cumbres; pero ninguno pudo reunir más de dos ó tres batallones, ni disponer de ellos para contener nuestras numerosas é intrépidas columnas, cuyos soldados sentíanse fuertes por el número y satisfechos y confiados por el mismo movimiento estratégico que les daba una superioridad tan manifiesta. En una de aquellas inútiles resistencias fué herido, haciendo nobles esfuerzos, el general enemigo D. Simón de la Torre, que hizo frente á las tropas que conducía Espartero, defendiendo una de las posiciones más elevadas. Había ya perdido su caballo, y al montar otro hízole una bala caer en tierra hiriéndole en un pie. Villarreal, de quien él era el amigo más querido, acudió á sostenerle con tres batallones; pero toda resistencia se hacía imposible contra el número de soldados que á los dos generales cargaron, y cuyo entusiasmo y resolución aumentaba por momentos. Debo decir que los jefes carlistas hicieron en aquellos momentos esfuerzos personales superiores á todo elogio, y que fué el primero en dar el ejemplo Villarreal, que animaba á sus acosadas fuerzas con aquel valor frío y grande de que tantas pruebas dió en toda la guerra.

Formaba el regimiento de Gerona una de las columnas, y venció á otra enemiga á costa de pérdidas sensibles, entre las cuales debo recordar la de su coronel D. Leopoldo O'Donnell, quien en aquella posición inmediata á Galarreta lanzóse al ataque caladas las armas, y en el momento de decidirse la refriega cayó con el brazo izquierdo atravesado y roto. No sé si será ocioso recordar aquí todo el mérito del insigne jefe O'Donnell, tan conocido de todos; sólo consignaré que en aquella época se hacía notar por la sonrisa que adornaba sus labios en los momentos de mayor peligro; por aquella misma sonrisa que causaba después la desesperación de sus contrarios en el Parlamento.

Sobre un flanco se había distinguido con no menor brío el regimiento de Córdoba, que lleno de entusiasmo y al grito catalán de «¡viva la Petita!», marchaba delante, venciendo todos los obstáculos. Ya figuraba en este cuerpo, aunque con el grado subalterno de teniente, pero llamando la atención por sus méritos, un joven y obscuro catalán apellidado Nouvilas, que en todas las acciones se distinguía, habiendo recibido alguna herida, y ganando por sus hechos los elevados puestos á que llegó después en el ejército. Á su muerte deben ahora sus hijos el reconocimiento de lo que valía. Los últimos años de su vida fueron de dolor y de amargura; yo puedo con tanta mayor imparcialidad tributar á su memoria estos elogios, cuanto que no fué jamás amigo mío, y

aun me dirigió rudos ataques en la época en que desempeñé por vez postrera el Ministerio de la Guerra.

Sufrimos en este día otras pérdidas muy dolorosas. Á cuatro pasos de mí murió el simpático capitán Malibrán, ayudante de mi hermano, joven de gallarda figura, de raro valor, de un trato ameno y distinguido, y perteneciente á una noble familia de la Habana. Una bala en la cabeza le dejó muerto, sin darle tiempo para articular una palabra. Malibrán y Santiago, que había sucumbido antes, eran amigos; ambos se llamaban Fernando, vivían en la intimidad, y los dos, jóvenes, de interesante figura, elegantes, apuestos, entusiastas y de porvenir en la milicia, estaban enamorados y comprometidos con dos hermanas de Vitoria, de mucha belleza, para las cuales fueron bien funestas aquellas sierras. También cayó aquel día para no levantarse más el hijo del general Oráa, oficial de grandes esperanzas, de porvenir sonriente, tan joven é interesante como Malibrán y Santiago, y en quien todo el mundo veía al heredero de las grandes cualidades del padre. Al atacar con un regimiento otro navarro establecido en fuerte posición, una bala le atravesó los pulmones cuando con la voz de mando comunicaba su propio ardor á los soldados que dirigía. ¡Cuántos oficiales brillantes, de igual mérito, sucumbirían en uno y otro bando, cuyo heroísmo quedará ignorado para la historia! Aunque en anterior combate, en el mes de Enero, no dejaré yo olvidados para ella los nombres queridos de tres compañeros míos de la Guardia, que murieron en el campo contrario sobre las mismas posiciones de Arlabán, defendiéndolas contra nosotros á la cabeza de los batallones que mandaban. El más joven, D. Vicente Ferrer de San Jordi, fué mi mejor amigo de la primera juventud, y quizá el más valiente de todos. Cuando se batía en duelo, lo que era en él muy frecuente, dejaba siempre á su contrario la elección de armas, del sitio y de la hora. En aquella posición murió Thous, más viejo y veterano, pero no menos estimado. Y en aquel mismo día, en fin, y sobre el propio terreno, sucumbió Aguirre, el jefe del famoso batallón *Requeté*, y el mismo á quien dos meses antes había yo retado á singular combate cuando regresaba con Elío de parlamentar en las inmediaciones de Pamplona.

Ahuyentados por todas partes los enemigos, y sin que por ninguna se divisaran sus batallones al entrar la noche, cesó el fuego en toda la línea y recibió el ejército la orden de vivaquear sobre aquellas mismas alturas, formado en varias líneas desplegadas. Se encontraba en la primera una parte de la infantería en batalla, cubierta con grandes guardias y puestos avanzados: hallábase en la segunda la caballería, situada á los dos flancos de la artillería, reconcentrada en el centro y en dos líneas; y el resto de la infantería cubría en una tercera estas armas,

dando frente á Guipúzcoa. Dos masas de batallón protegían las alas de la caballería. Numerosos fuegos daban á la posición el aspecto de un país ardiendo en medio de un profundo silencio, sólo interrumpido por las voces de vigilancia.

La luna, que como la noche anterior se presentó temprano del lado de Oriente, iluminó al ejército, contrastando con los rojizos resplandores de las hogueras. Llegó el amanecer del 23, y la diana tocada por las bandas y músicas nos despertó. Al rayar la luz del nuevo día era indescriptible el cuadro que presentaba acampado el ejército, que se disponía á renovar la lucha sobre las cumbres, donde los soldados, según la frase feliz é inspirada de la entusiasta proclama del general, *habían subido más alto que las nieves de Mayo, y veían volar las águilas bajo sus plantas!* Ya he dicho que San Adrián es una importante sierra de la gran cordillera pirenaica. Su parte superior va ensanchándose conforme se acerca al Este, formando una planicie de gran extensión, sobre la cual la caballería puede maniobrar en grandes masas. Del lado del Mediodía dominábamos con la vista toda la llanada de Alava y todo el valle de la Borunda hasta Alsásua, y á nuestros pies el castillo de Guevara, Salvatierra y multitud de pequeños pueblos y caseríos. Más lejanas, al frente y hacia la derecha de Alsásua, veíanse, como inferiores á San Adrián, las más altas cumbres de la sierra de Andía, que pertenecen á Navarra, tantas veces cruzadas y ensangrentadas por el ejército. Algunas montañas nos ocultaban á Maestu, en cuya gloriosa guarnición había ganado la cruz laureada de San Fernando el intrépido y caballeroso general Campuzano; y nuestros soldados, al dirigir la vista hacia la derecha, descubrían bien pronto sobre la llanura la noble ciudad de Vitoria, recordando con agradecimiento y cariño la hospitalidad que en ella recibían siempre de sus generosos habitantes. Hacia Vizcaya divisábase Villarreal, al pie de Arlabán, y un poco más adelante Ochandiano, en medio de sus bosques. Serpenteando por accidentado terreno se distinguía el curso del Zadorra hasta que se ocultaba por las alturas que cubren la Puebla de Arganzón, y señalábanse también, como líneas trazadas sobre el terreno, los caminos que conducen desde Alava al valle de Arratia y hacia la cuenca de Vizcaya. Por la parte opuesta, en dirección Norte, el ejército descubría otro terreno de distinta configuración, formando sus elevadas montañas los amenos, frondosos y profundos valles de la Guipúzcoa, tan estimados por su clima y saludables aguas.

En el fondo del valle más inmediato á la misma posición ocupada por las tropas dibujábase á vista de pájaro y atraía todas las miradas la célebre ciudad de Oñate, residencia que fué de D. Carlos hasta los días en que comenzaron aquellas operaciones; pero este pueblo fué

entonces abandonado por la corte del Pretendiente, sin dejar en él un solo batallón que lo defendiera. Para ocuparlo era sólo preciso descender al frente la cordillera, marchar media hora y penetrar en él sín obstáculo alguno, porque toda ó la mayor parte de la fuerza enemiga había quedado dispersada en la dirección de Navarra. Todo aquel panorama se nos ofrecía, en fin, como el más bello espectáculo que el ejército hubiera presenciado jamás.



Mi hermano cumplió en las primeras horas de la mañana con el tristísimo deber de comunicar á Oráa la terrible noticia de la muerte de su hijo. Oráa había dormido toda la noche tranquilo y satisfecho por el resultado de aquella operación, cuyo recuerdo debía amargar muy pronto el resto de sus días. Recibió no obstante el golpe con la fortaleza de un héroe espartano.

—Diga usted á la Reina—exclamó—que siento no tener otros hijos para ponerlos á su servicio.....

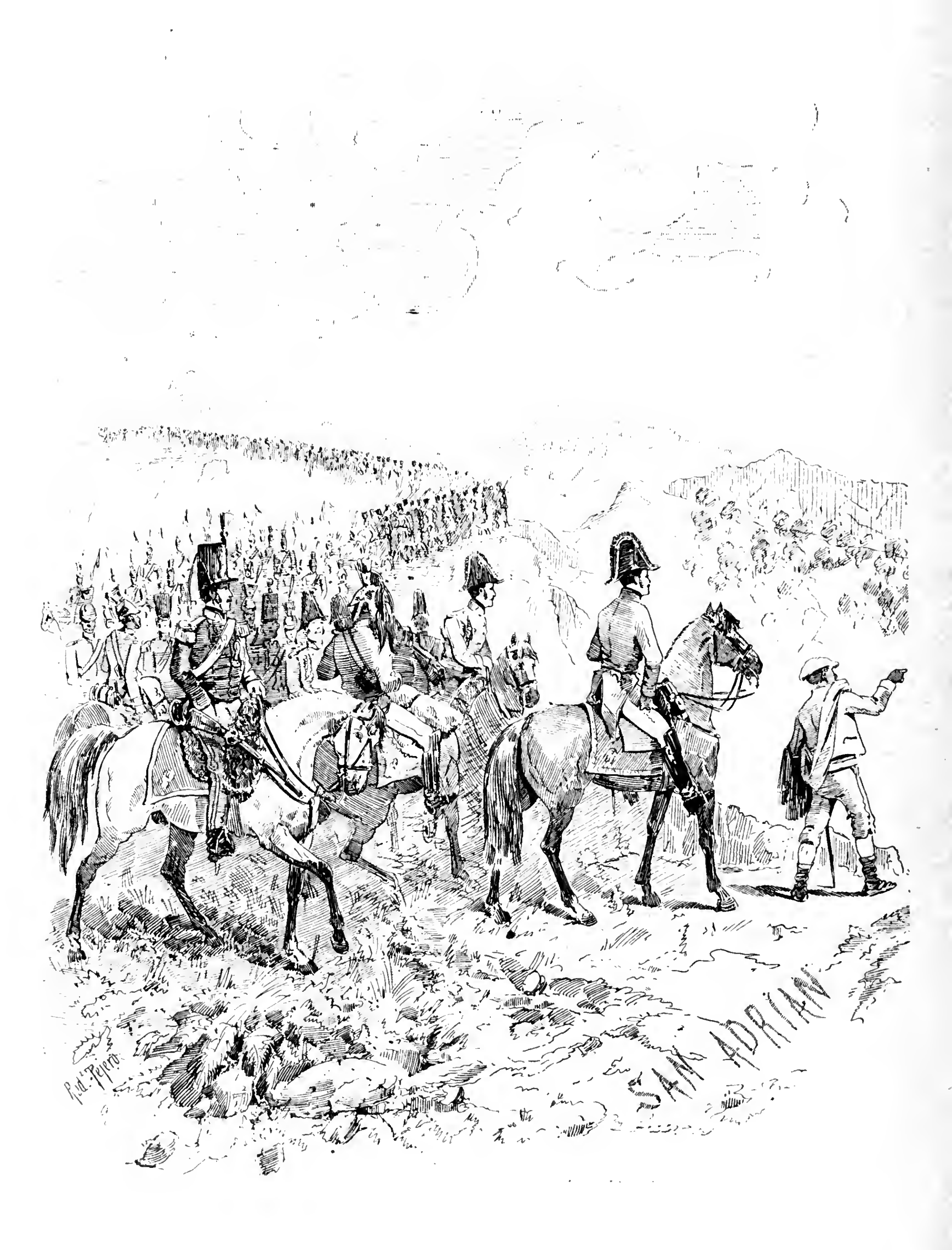
Aquellas palabras fueron bien pronto conocidas y produjeron admiración en el ejército. Dos horas después se presentaba el guerrero á sus batallones con el semblante sereno; mas desde que perdió á su hijo nadie volvió á verle sonreir, única forma en que se manifestó su dolor.

Descansadas las tropas y animadas del mejor espíritu, recibióse la orden de marchar. El tiempo era primaveral y el terreno fácil por aquellas elevadas cumbres cubiertas de fina hierba y salpicadas de algunos bosques que aparecían como grandes y obscuras manchas. Tuvieron los soldados carne en abundancia, y durante la jornada, abarcando una extensa zona, cogimos algunas recuas con numerosas cargas de vino que habían logrado atravesar la Rioja para abastecer al país. Dió mi hermano la orden de que la tropa se alimentara con carne á discreción, y aun en mayor cantidad de ésta que de pan, á fin de que duraran más tiempo las cuatro raciones que de este alimento se habían distribuido en Vitoria al comenzar las operaciones. La escolta del General en jefe ofreció á los ayudantes un gran plato de criadillas fritas, que ellos comieron como rancho y que el más hábil cocinero no hubiera preparado mejor. Fué, repito, muy grande la abundancia de carne en aquel día, pues recuerdo piaras enteras de cerdos que cayeron en poder de las tropas. Cuando el soldado español ha pasado por grandes privaciones, sabe indemnizarse en la abundancia, y así como sufre el hambre y la sed sin amenguar su espíritu, su estómago no parece tener fondo para recibir cuanto le viene á mano. Era cosa digna de ver la carne ya preparada que encerraba cada uno en su morral con la mayor previsión.

Estaba bien entrado el día cuando el ejército se puso en movimiento. Ni un solo batallón, ni la más escasa fuerza nos hacía recelar la inmediata presencia del enemigo, que, como ya he dicho, quedó todo del lado de Alsásua. Volviéndole la espalda y seguros de que jamás se atrevería á atacarnos en aquellas alturas, tomamos de nuevo la dirección de Arlabán sin abandonar nunca la divisoria de las aguas y guardando todas las precauciones imaginables para evitar una sorpresa. Marchaba en cabeza la caballería, mandada por el Barón de Carondelet, formada en columnas de escuadrones y precedida de varias secciones desplegadas en tiradores que descubrían el país. Era vistosa la diversidad de los colores de sus uniformes, é imponente la masa que su reunión ofrecía á la vista. Ya he dicho que sobre tan vasta sierra se puede maniobrar en línea sin encontrar obstáculo alguno, porque sólo los más finos y abundantes pastos cubren tan fértil suelo, que muchos manantiales riegan y refrescan. Tras la caballería así formada seguía, marchando también en tres columnas continuas y del frente de compañías, la infantería en masa, y en medio de ellas la artillería de montaña. La retaguardia venía garantida además por destacamentos á caballo. En tal formación, resultando los generales á la cabeza de sus divisiones y reunidos, comunicábanse sus impresiones y satisfactorias esperanzas. Todos los ánimos iban alegres y satisfechos en aquella marcha victoriosa, que nos permitiría en la misma tarde ocupar sin pérdida alguna,

ó cuando más sosteniendo algún pequeño combate, las temidas y formidables posiciones de Arlabán.

Mi hermano, que siempre llevaba á su lado los mejores prácticos de Vitoria, sabía por éstos que aquella sierra de San Adrián sobre la cual



marchábamos en orden tan profundo, se unía á la de Arlabán sin obstáculo alguno de intermisión. Tal creencia fué la base de su combinación estratégica y de sus movimientos tácticos en los días anteriores. Pero no era así, sin embargo, porque de repente y como á dos leguas de Arlabán se nos presentó la cordillera cortada por un profundísimo barranco cubierto de espeso bosque y sin más caminos que algunas tortuosas y estrechas sendas. Si Arlabán estaba ocupado por tres ó cuatro batallones enemigos que nos cerraran el paso, nuestra posición era comprometida. No podríamos atacarlos sin exponer al ejército á un sangriento y desventajoso choque en aquellas breñas, y quedaríamos obligados á bajar forzosamente á la llanada de Álava, sin otra operación posible que la de volver á Vitoria. Los prácticos nos habían engañado, no por traición, porque eran leales patriotas de la Milicia Nacional, sino por ignorancia de lo que es el arte de la guerra y por la falta de conocimiento en el tecnicismo militar para explicarse ó entender. Mi hermano, que nunca ejecutó en nadie la pena de muerte, quería fusilarlos. Pero dando á la reflexión atención y tiempo, formó pronto su plan, y llamándome, me dijo con voz nerviosa y resuelta:

—Todo lo brillante de la operación se ha perdido si está ocupado Arlabán y si dos batallones siquiera nos defienden este paso; pero yo no aventuro al ejército ni á vanguardia alguna en ese horrible barranco. Coge la escolta de carlistas pasados; baja con ellos, sube á esa posición y reconoce el terreno. Los tiros, disparados de dos en dos, me darán á entender que no hay en ella enemigos, y entonces haré bajar las tropas y subirán á Arlabán. Si la posición está ocupada, yo lo veré desde aquí. Entonces, échate por la izquierda y sálvate como puedas hacia Vitoria.

En obediencia de la orden de mi hermano empecé á bajar el imponente y espeso bosque. No habrían pasado cinco minutos cuando ya se me incorporó la compañía de carabineros de guías del General, que por lo escogido de la gente y su bravura equivalía á un batallón. Mi hermano no quiso fiar mi suerte á la seguridad de 25 caballos, y en esto daba á conocer el interés que por mí no desmintió nunca. El general Rivero me envió al mismo tiempo dos compañías de cazadores del Infante, una de las cuales conocía yo en todo cuanto valía, y ella á mí, desde Guevara. Ya constituía la reunión de aquellas fuerzas una verdadera y respetable vanguardia. Unióseme voluntariamente, según su costumbre, en aquella honrosa comisión, mi amigo D. Juan Alaminos, sobre quien diré que ni los años ni las vicisitudes políticas han variado ni disminuído nunca los vínculos de nuestra fraternal amistad, formados en medio de riesgos comunes. No quiso Alaminos de-

jarme marchar solo con tan poca fuerza y ante tamaño peligro sin venir él á correrlo conmigo, y como la brigada de Bernuy estaba unida al cuartel general, afrontó después todos los que la suerte nos deparó en la guerra. Había estado el día antes en Galarreta, y se halló también en las primeras operaciones de Arlabán.



DON JUAN DE ALAMINOS Y VIVAR.

Aquella comisión que me fué conferida delante de los generales, y que necesitaba ejecutar á la vista del ejército, me llenaba de orgullo y de entusiasmo. El terreno era tan rudo, por lo espeso del bosque y lo empinado de la bajada, que la tropa conoció pronto el riesgo que corríamos, y dábalo á entender por su silencio y por el recelo con que dirigía sus miradas á todos lados, llevando preparadas las armas como expertos tiradores. Llegamos al pie de la pendiente sin tropiezo, y empezamos á trepar por la falda de Arlabán, que no era menos fatigosa y de peligro, y cuando coronamos la posición, sin disparar un tiro ni hallar enemigo alguno, sentí quizá la satisfacción mayor y más pura de mi vida. Ordené hacer las señales mandadas por el General, y apresuréme á enviar las dos compañías del lado de

Salinas, hacia cuyo lado advertí la presencia de una fuerza carlista como de dos batallones. Los ordenanzas corrían mientras tanto el terreno, reconociéndolo por todas partes. Desde el punto en que me encontraba divisábase casi toda la Guipúzcoa, y me convencí bien pronto de que aquellas tropas eran las únicas que los carlistas habían dejado en Arlabán; pero se hallaban á larga distancia, y ni siquiera parecieron informarse de nuestra presencia. Al día siguiente supe en el mismo pueblo de Salinas que estuvieron mandadas por el brigadier Gómez, jefe que fué después de la famosa expedición tan renombrada en Europa; pero cometió en aquella circunstancia la falta militar más grave de que pueda hacerse responsable á un jefe.

No tardaron en aparecer los primeros batallones y el cuartel general. El Estado Mayor les daba colocación, designándoles posiciones convenientes en el campo á medida que llegaban, y así, sin disparar un solo tiro, sin encontrar la menor resistencia, el ejército entero desfiló por aquel barranco en que pudo fenecer, llegando los cuerpos uno tras de otro á las cumbres de Arlabán, que ocuparon en todos sus repliegues y posiciones, estableciéndose las brigadas al vivac como en la noche anterior, pero al abrigo de las trincheras enemigas, de aquellas mismas obras de campaña en que se emplearon los carlistas durante meses enteros, y que fueron por nosotros ganadas en la forma que llevo referida. Cuando al siguiente día al despuntar la aurora resonaba la diana en el campamento, llegaba el último batallón de la retaguardia, mandado por don Manuel de la Concha.

El enemigo mientras tanto se había rehecho del descalabro sufrido en San Adrián el 22, y bajo las órdenes de D. Bruno Villarreal emprendió el día y noche siguientes un movimiento hacia Arlabán, corriéndose por la vertiente Norte de la sierra del Elguea.

Mas no bien hubo entrado el día 24, emprendió, guiado por la ciega temeridad de su jefe, una acción general contra todos los puntos defendidos por los cristinos sobre las crestas de Arlabán. Sus propios parapetos y trincheras nos sirvieron para derrotarlos completamente, no sufriendo nosotros sino pérdidas insignificantes.

Todo aquel día fué de combate, pero cambiando en su totalidad las condiciones habituales de los dos ejércitos. Ya lo he dicho: en las guerras de montaña el arte consiste en tomar posiciones que obliguen al enemigo á los desventajosos encuentros de la ofensiva, y en Arlabán mi hermano consiguió tan difíciles objetos cumplidamente. El flanco izquierdo del ejército gobernólo Espartero durante las primeras horas del combate, siendo aquellas las primeras tropas que comenzaron á maniobrar por la tarde para descender al llano. El centro lo ocupó Das

Antas con sus portugueses, que se condujeron durante todo el día con gran bravura, y la izquierda se formó con toda la división Rivero, que sufrió lo más vivo de la acción.



EL GENERAL RIVERO.

Ya era entonces conocido Rivero como uno de los primeros y más aventajados generales del ejército. Tenía un valor tan frío, que cuando estaba en el peligro no se le conocía emoción alguna en el semblante. Era muy instruído y había hecho un estudio especial de táctica, así de línea como ligera. Cuando las tropas que tenía á sus órdenes combatían, hacíalas observar sus principios y preceptos de manera tal, que las acciones por él mandadas parecían ejercicios ó simulacros militares. Era

además un jefe que se hacía querer de sus oficiales, y los soldados también le estimaban, porque se preciaba de justiciero. Siempre me inspiró gran respeto, sin haber estado nunca á sus órdenes inmediatas ni en su intimidad; pero me vanaglorío de tener certificados suyos que considero como títulos honrosos.

En los últimos momentos de aquella jornada bajó mi hermano al camino real, estableció su cuartel general en una casa inmediata á él, y ya en terreno llano, hizo bajar á la caballería con Carondelet y otras tropas, para atender á las operaciones que se proponía sobre Villarreal, cuyo pueblo fué invadido. Pero desesperado sin duda el general carlista ante los resultados de aquella operación, y ardiendo en deseos de rescatar las casi inexpugnables alturas, dirigió su última y más furiosa embestida por el mismo barranco que había yo explorado el día antes. Defendiólo allí, con algunas compañías de la Guardia, el oficial D. Hipólito Bernáldez de Quirós, á quien por heridas de sus compañeros había correspondido el mando. La defensa fué heroica. Cuatro hermanos, hijos del Marqués de Santiago, estaban en el ejército en aquella época, sirviendo todos en la Guardia, y los cuatro, valientes y entusiastas, renovaban la gloria de su ilustre familia, contándose entre ellos don Carlos, que hoy lleva el título de la casa y es uno de nuestros más veteranos generales, muy digno del respeto del ejército.

En la misma tarde ocurrió un episodio interesante, que debo relatar—aunque yo tomara en él una parte principalísima—porque dará bien á conocer el espíritu del ejército; quizás debió servirme ese hecho para alcanzar una recompensa brillante; pero estaba entonces menos desarrollada la ambición, y el oficial, al exponer su vida, creía cumplir simplemente con su deber. Hablaba mi hermano con el general portugués Barón Das Antas, cuando un oficial de Estado Mayor vino á decirle que el regimiento de Gerona estaba sublevado y no obedecía á nadie; que bajo el fuego de los carlistas ni avanzaba ni quería retirarse, añadiendo que los enemigos empezaban á conocer la verdadera situación de la tropa. Atribuíase aquel hecho extraordinario á que, separado de su coronel, D. Leopoldo O'Donnell, herido dos días antes, no había obtenido el regimiento la posición de extrema vanguardia que creía corresponderle en la acción.

Sentido mi hermano de que el Barón hubiese escuchado aquel parte, sin contestar ni hacer al oficial pregunta alguna, me llamó y me dijo, tocándome en el hombro:

—Coronel Córdoba, vaya usted á poner en orden ese regimiento;— y dirigiéndose á Das Antas con cierta confianza, de la cual quizá no estuviera poseído, añadió:

—Ya verá usted cómo el regimiento vuelve pronto á la disciplina.

Yo monté á caballo, muy lisonjeado con aquella misión, y corrí hacia el puesto que ocupaba el regimiento á la vista de Salinas; pero antes de llegar me alcanzó el jefe que había dado el parte al general, para decirme que éste me enviaba el batallón de Castilla, mandado por el valiente coronel Cabrera, que sirvió también en la Guardia y era compañero y amigo mío. El general quiso apoyarme, y en su corta lucha entre el orgullo militar y el cariño, venció en su corazón este sentimiento.

Cuando llegué á la posición, encontré al regimiento en el estado que había referido el oficial. Los jefes, en un grupo, estaban sentados á cubierto del fuego enemigo; los oficiales, diseminados la mayor parte, aparecían separados de la tropa, á cubierto también del peligro; y los soldados, dispersos, no contestaban al fuego. Algunos otros cuerpos sostenían la pelea con los carlistas y les contenían. Yo empecé por apostrofar á los jefes por no sostener la disciplina, y mandé á los oficiales que reunieran las compañías. Formado el regimiento, arengué á la tropa. «*Soldados*—les dije—*hace dos días habéis perdido á vuestro coronel, O'Donnell, y ya le habéis olvidado! ¿Qué dirá cuando conozca vuestra conducta? ¿Qué dirá el ejército del regimiento de Gerona? El General en jefe me envía á vosotros para que os reuna, os forme y os lleve á pelear; que en todas las posiciones, y en cualquier puesto, Gerona sabe recoger laureles.*» Los soldados se entusiasmaron con estas y otras palabras, y mandé que la música entonara un himno entonces muy á la moda, llamado *de Valladolid.* Reuniéronseme los jefes y oficiales, juntóse el regimiento, se formó en diferentes puntos, desplegó algunas guerrillas y atacó á Salinas. Una columna de cuatro compañías tomó conmigo el camino real, y me dirigí á este pueblo que los carlistas defendían tenazmente; pero al observar el empuje de aquellos soldados, y sin detenerse, huyeron hasta el fondo del valle. Restituídos los jefes al mando, ordené se diera á la tropa una ración de vino, que sacamos del pueblo; se distribuyó toda la carne que encontramos en el abasto, y sin emplear el batallón de Castilla, que devolví al general, y después de haber participado del vino y de la carne repartida, marché á darle cuenta, no sin rechazar antes un furioso ataque que nos dirigieron los carlistas en aquella posición intermedia, que es llave de la de Arlabán, y que divide en dos la que ocupaba el ejército. El general me recibió por la tarde con plácemes que fueron para mí la recompensa mejor. Das Antas me felicitó también, y cuando después la política me hizo volver á Lisboa á pedir la hospitalidad del proscrito á tan noble pueblo, obsequióme con una comida en que recordó aquel suceso en un brindis laudatorio. El hecho quedó luego olvidado y obscurecido por mi repugnancia á toda clase de reclamaciones.

El siguiente día 25 abandonamos todas las posiciones de Arlabán,

reconcentrándose el ejército en Villarreal y su camino de Vitoria después de haber destruído y arrasado todas las defensas carlistas. Arrojáronnos éstos en aquella marcha algunas granadas; mas nos hubiéramos apoderado fácilmente de su artillería de campaña con algunos escuadrones mandados por León, que ya se prepararon á cargarla, si no hubiera desaparecido bien pronto en el fondo de las montañas de Guipúzcoa. Mi hermano escribió y dirigió á las tropas la elocuente y entusiasta proclama, tan celebrada en aquella época, que todavía recitan de memoria algunos veteranos. El 26 volvió el ejército á sus cantones y líneas generales ya conocidas.

Tales fueron aquellas memorables operaciones de Arlabán, que dieron á mi hermano en el ejército una reputación inmensa, elevando su prestigio militar hasta el más alto grado que jamás alcanzó (1). En el país no obtuvieron iguales efectos ni produjeron la misma resonancia, por el completo desconocimiento en que estaba la opinión, y el Gobierno mismo, de la naturaleza de la guerra, y más especialmente de la carencia de medios en que se encontraba el ejército para obtener resultados decisivos.

Ya tendré ocasión de tratar de estos asuntos muy en breve; pero diré en seguida que se acusó primero á mi hermano de no haber entrado en Oñate el 22 al encontrarse sobre las cumbres de San Adrián, y luego, de su regreso á Vitoria despues de conquistadas las trincheras enemigas el 24.

Bastará, creo, la relación detallada de las operaciones que llevo hecha, para que por ella puedan juzgar los militares del fundamento de tales censuras; mas para los que no se hallen al corriente ni dominen estas cuestiones, diré sólo que el ejército el día 23, después del combate de la víspera, hubiera descendido á Oñate en una sola marcha sin encontrar obstáculo alguno. Es más, aquella orden habría sido recibida con entusiasmo y confianza general; pero ¿para qué ir á Oñate? El general se lo preguntaba, y él mismo se respondía con la negativa. Ir á Oñate era empresa fácil de ejecutar, pero de consecuencias peligrosísimas.—«*Sería una falta que no cometeré*—decía—*aunque me inclinen á ella el deseo del Gobierno, las exigencias de la prensa y toda la opinión de los propios amigos. Algunos en mi posición optarían por descender á Oñate; pero se arrepentirían de una temeridad que podría*

(1) Y todavía no se ha borrado de la memoria de cuantos asistieron á ellas. No hace muchos días, hallándose mi amado hijo el capitán D. Luis Fernández de Córdova en casa de su distinguido amigo el Sr. Cónsul de la Gran Bretaña en esta corte, Mr. Macpherson, entró muy al caso el coronel Fitz, que, aunque inglés de origen y nacionalidad, conserva en nuestro ejército el empleo adquirido en los campos de batalla luchando por causas españolas. Al serle mi hijo presentado, el coronel Fitz exclamó: «*¡Ah! ¿Es V. sobrino del general de Arlabán?*»

costar cara al ejército, cuando comenzaran los embarazos con la falta de subsistencias y hospitales, con dos ó tres mil heridos y enfermos, y con el enemigo, repuesto, ocupando vigorosamente, con la masa de sus fuerzas, la línea de nuestras comunicaciones con Vitoria.»—No ir á Oñate tenía más mérito que ceder á una operación inútil, sin resultados y sembrada de peligros é inconvenientes. El general se dirigía por sus convicciones, jamás contra ellas ni contra su conciencia.

Su regreso á Vitoria después de ganada y defendida la cordillera de Arlabán se explica por idénticas razones. Los ejércitos no pueden subsistir en terrenos despoblados y desiertos, sin que todo el complicado organismo de su administración, aprovisionamientos y hospitales les acompañe, proveyendo á sus inmensas necesidades. Para adelantar nuestra base de operaciones á las líneas de Arlabán y San Adrián, para tomar y conservar á Oñate y dominar en aquellos valles del interior, el ejército hubiera necesitado poder *asegurar sus comunicaciones*, desde estas líneas nuevamente conquistadas, con Vitoria por la izquierda y con Pamplona por la derecha. ¿Era esto posible sin más soldados que aquellos que combatían, necesarios todos para el éxito de las acciones y para dominar el país nuevamente conquistado? Y aun suponiendo que aquellas comunicaciones hubieran podido garantizarse, ¿tenía el ejército medios de transporte siquiera para conducir desde las ciudades sus necesarios aprovisionamientos en víveres y municiones?

Al defenderse algún tiempo después D. Luis de Córdova de otros ataques que por la prensa le fueron entonces dirigidos, omitió en su *Memoria justificativa* el relato circunstanciado de sus operaciones sobre Arlabán; tan ocioso le parecía, y tan evidentes y claras las razones que le impulsaron á conducirse como se condujo. Pero hizo mal en omitirlo. Los que después han descrito su campaña, siguieron puntualmente su propia versión en la citada *Memoria* sobre todas aquellas operaciones que él describe, anteriores ó posteriores á Arlabán; pero al encontrarse con el vacío que deja acerca de este punto, recurren á las versiones carlistas, y así aparecen aquellos sucesos completamente desnaturalizados (1). No habré perdido yo el fruto de este trabajo restableciendo la completa exactitud de los hechos y reivindicando para la memoria de mi hermano la gloria que en ellos notoriamente le corresponde.

Pocos días después de su regreso á Vitoria emprendió el general con

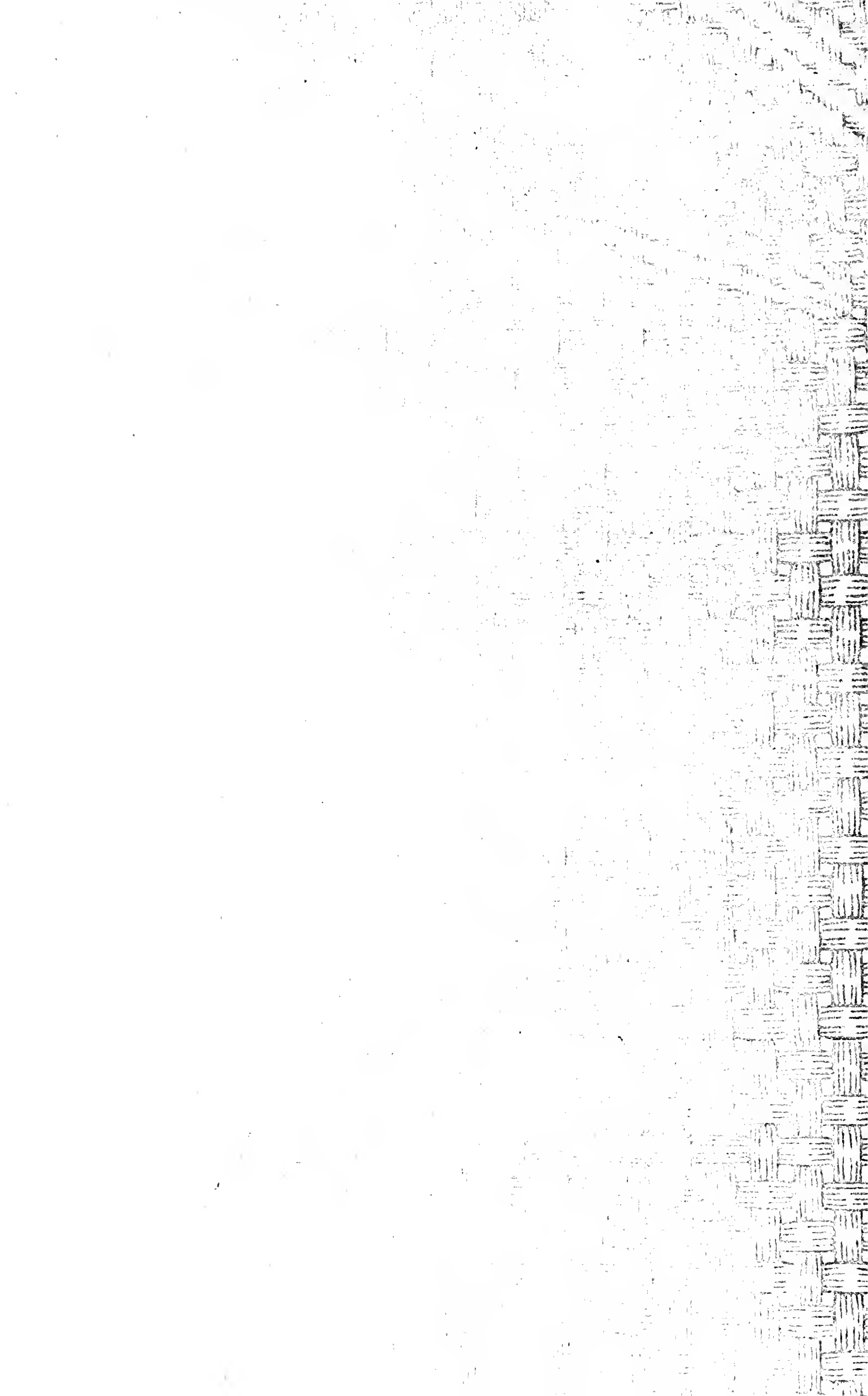
(1) Tengo en mi poder todos los partes y relaciones oficiales de aquellas operaciones, que mi hermano no juzgó necesario publicar en su *Memoria justificativa*. Tampoco los inserto yo, para no obligar al público á repetir la lectura de cuantos hechos he relatado minuciosamente; pero pongo aquellos documentos á la disposición de todas las personas que deseen examinarlos.

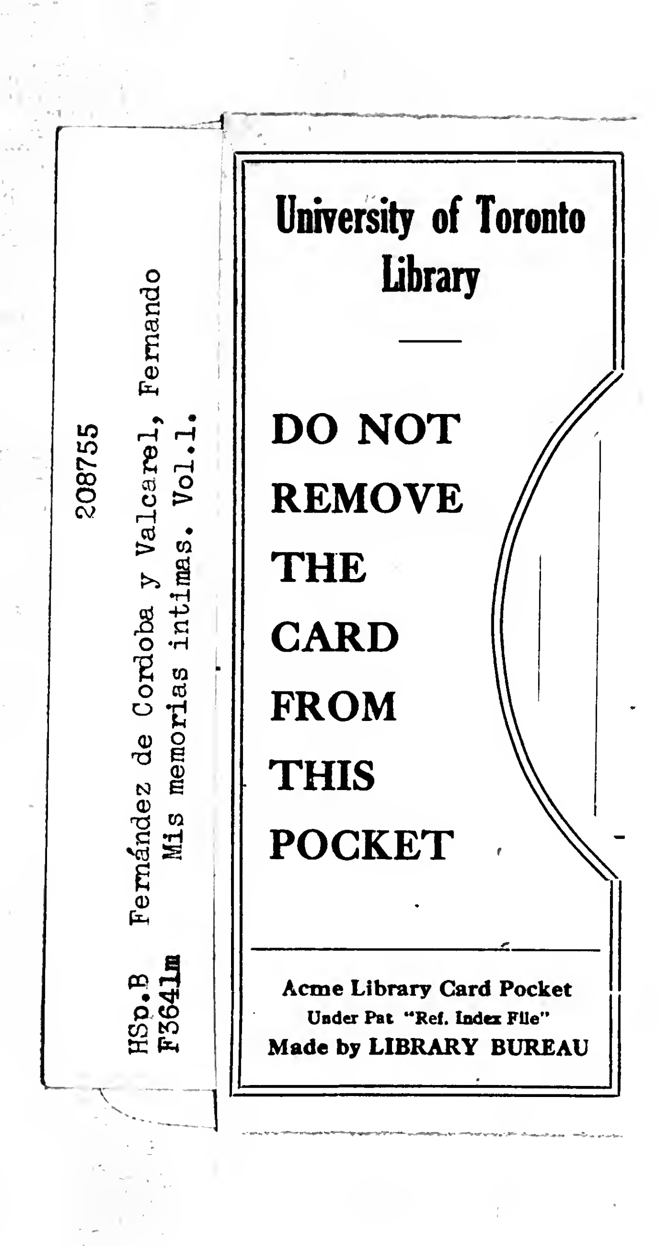
todo su brillante Estado Mayor un viaje á Madrid, llamado que fué por el Gobierno. Mendizábal había caído del poder y reemplazádole Istúriz. Mas para darse cuenta de las razones que motivaron aquel para mí inesperado viaje, su objeto y sus resultados; para explicarse la caída de Mendizábal y el estado político del país en aquellos momentos, preciso será retroceder bastante en el relato de tantos y tan importantes acontecimientos.



FIN DEL TOMO I.

INDICE SUMARIO DEL TOMO I.




208755
HSp.B
F3641m
Fernández de Cordoba y Valcarcel, Fernando
Mis memorias intimas. Vol.1.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

